

NOSOTROS CONTRA EL MUNDO

Anders Roslund

Stefan Thunberg



13

Cuatro hombres esperan tumbados en silencio en un oscuro bosque de las afueras de Estocolmo. Por séptima noche consecutiva vigilan a un guardia mover su linterna mientras hace su ronda en uno de los depósitos de armas secretos del ejército sueco.

Los hermanos Dûvnjac crecieron en el seno de una familia con pocos medios, un padre violento y la determinación de no depender de nadie nunca más. El dinero es la respuesta.

A ellos se ha unido un amigo de la infancia. Ninguno de los cuatro tiene antecedentes criminales cuando asaltan el depósito y consiguen suficientes armas para equipar a un pequeño ejército. El grupo está determinado a cometer la serie de atracos mejor preparados y más implacables que el país haya visto jamás. El plan es impecable. La escapada, limpia. El golpe, perfecto.

El detective John Broncks recibe el encargo de investigar el caso. El policía es tan obsesivo en sus pesquisas como los Dûvnjac en la inteligente preparación de sus espectaculares hazañas. Broncks no pierde un momento antes de lanzarse en busca del rastro de sus presas. La caza ha comenzado.

Anders Roslund
Stefan Thunberg

Nosotros contra el mundo



Título original: *Bjorndansen*
Anders Roslund - Stefan Thunberg, 2014
Traducción: Pontus Sánchez, 2014

Revisión: 1.0

Si entonces es ahora.

Si ahora es entonces.

Va sentado en una furgoneta Volkswagen de color amarillo que huele a sudor y pintura y a algo más que no sabe identificar. Si es el vaso de cartón del café para llevar de la gasolinera que hay en el salpicadero. Si son los restos de tabaco de liar que hay en el asiento del acompañante. Si son el saco de yeso y las brochas en el asiento que tiene detrás, que compró en la ferretería de la calle Folkungagatan. O si son las herramientas y la mesa de trabajo plegable que están al fondo y que seguían en el maldito trastero que *ella* había hecho alquilar: cuatro años junto a la ropa de él y la cama que una vez fue su mitad de la cama de matrimonio que habían compartido.

A eso es a lo que huele.

Sótano. Almacenamiento. Tiempo.

El sol entrando por la ventanilla y la película de moscas secas y polvo. Un calor de esos peculiares. Hace girar la manivela para bajar el cristal y refrescarse, pero solo entra más calor, el recuerdo de una llamada de teléfono retumbándole en la cabeza.

—Soy yo.

—Ya lo oigo.

—¿Cómo estás, pequeño? ¿Estás bien? ¿Eh? ¿Va todo bien?

Tres horas desde Estocolmo. Una ciudad de provincias rodeada de polígonos industriales y bosques de abeto. Lleva desde primera hora de la tarde dando vueltas lentamente a su alrededor de camino al vecindario que tiene un súper Konsum, un quiosco de hamburguesas y un campo de tierra de fútbol siete. Va a la casa de alquiler que está casi justo en el centro, de tres

pisos y ladrillo rojo.

No ha estado nunca allí.

—Todo bien.

—¿Qué hacéis?

—Poca cosa... Ahora vamos a comer, mamá está cocinando.

A medida que dejaba la ciudad atrás las carreteras se habían hecho más pequeñas y lentas, a través de una Suecia que llevaba mucho tiempo sin ver. Se había detenido en la gasolinera que había en la entrada de la ciudad, se había liado un cigarrillo, había cerrado la puerta de la cabina telefónica y había marcado el número que se había aprendido de memoria. Ella había contestado el teléfono, callada al escuchar su voz, y se lo había pasado al mayor de los hijos que tenían juntos.

—¿Y tus hermanos, Leo? ¿Ellos cómo están?

—Están... como siempre.

—Y ¿están todos en casa?

—Están todos aquí.

Los últimos kilómetros condujo despacio. La iglesia de fondo y la vieja escuela y la Plaza Grande y la gente en pantalón corto y sin jersey que buscaba los rayos de sol que pronto se convertirían en nubes y tormenta. Era un calor de esos.

—¿Me pasas a Félix?

—Sabes que no quiere hablar contigo.

Ha estado sentado en el coche delante de la casa de tres plantas mirando fijamente al portal, que a su vez lo mira impertérrito.

—Y... ¿Vincent?

—Está jugando.

—¿Lego?

—No, está...

—¿Soldaditos? Cuéntame, ¿qué está haciendo?

—Creo que está leyendo. Papá, los soldaditos... de eso hace mucho tiempo.

La ventana de arriba, a la derecha, tiene que ser allí, un piso que su hijo de catorce años le ha descrito tantas veces que tiene la sensación de saber perfectamente cómo es: la cocina, entrando a la izquierda, la mesa redonda y marrón con cuatro sillas, no cinco; el salón al fondo, con una puerta de vidrio opaco; a la derecha, el dormitorio de ella con la otra mitad de la cama, se la quedó, y luego los cuartos de los niños, igual que cuando vivían juntos.

—¿Y tú?

—Yo tengo...

—¿Tú que estás haciendo, papá?

—Voy de camino a casa.

Un piso de cuatro habitaciones es todo un mundo de ruidos. Cuando mamá abre el grifo de la cocina se levanta un murmullo sordo e incesante que choca con el tintineo metálico en el cajón de los cubiertos y un delicado traqueteo en el armario de los platos. Juntos intentan superar un televisor que hay en el salón, Félix en la esquina del sofá delante de unos dibujos animados que gritan en falsete, y la música que sale de los dos altavoces gigantes de Leo, y lo que quiera que se escape de los auriculares que Vincent lleva mal puestos en la cabeza —una voz grave que está leyendo un cuento—. Un alud de sonidos que, cuando se han apretujado y apiñado lo suficiente, se entrelazan y se funden en una amalgama homogénea.

Los espaguetis están listos y la salsa boloñesa está caliente.

La mano de su madre le levanta un auricular y le susurra que la comida ya está y Vincent sale corriendo dando la voz, *a comer*, otra vuelta, *a comer a*

comer.

La tele se apaga. La música calla.

Casi reina el silencio cuando se mueven al unísono rumbo a la mesa de la cocina, y entonces aparece un sonido nuevo que los molesta, se entromete: el timbre de la puerta.

Vincent ya ha dado la vuelta y se dirige al recibidor.

—Yo abro.

Félix pasa por delante del televisor y se apresura hacia la puerta.

—Yo abro.

Corren a la carrera; Vincent, que está más cerca, llega primero y tira del cerrojo sin poder abrirlo. Félix lo ha seguido de cerca y le aparta la mano a Vincent, se inclina hacia delante y mira por la mirilla. Leo ve cómo Vincent vuelve a aferrarse al cerrojo sin fuerza suficiente para girarlo y cómo Félix se echa atrás y vuelve la cabeza con ese miedo que tantos años hace que no se apodera de él.

—¿Qué pasa?

Félix señala la puerta con la cabeza.

—Ahí.

—Ahí... ¿qué?

El timbre vuelve a sonar. El sonido se prolonga y Leo avanza hacia la puerta mientras Vincent salta para poder abrir el cerrojo y Félix se niega a soltar la manilla.

—Félix, Vincent, apartaos. Yo abro.

Más tarde ella no recordará si de verdad llega a volver la cabeza, si le da tiempo a preguntarse por qué los niños están tan quietos.

Lo que recordará, lo único, es que su pelo encrespado ha crecido y que su aliento no huele a vino tinto.

Eso, y que él le pega, pero no como solía hacerlo.

Porque si le pega demasiado fuerte ella se desploma y lo que él quiere es mantener el contacto visual cuando la destroza, tal como se debe hacer con

alguien que, con toda la desfachatez del mundo, se ha limitado a pasarle el teléfono al hijo mayor. Ella tiene que mirarlo en este primer contacto desde hace cuatro años.

El primer golpe es el puño derecho sobre mejilla izquierda, y luego la mano continúa hacia el cuello, lo agarra y lo retuerce para que puedan verse. El segundo y el tercero y el cuarto golpe son lo contrario, puño izquierdo sobre mejilla derecha, *mírame*, golpes bastante cortos pero con fuerza y ella levanta los brazos y los lleva hacia atrás para protegerse, los codos puntiagudos formando un casco de piel y huesos.

Con una mano al cuello y la otra al pelo la obliga a mantenerse en pie a pesar de que ella se deja caer, quiere desplomarse, tumbarse, protegerse, después él le baja la cara al mismo tiempo que levanta la pierna y sube la rodilla, *siénteme*, sube la rodilla, *siénteme*, sube la rodilla, *siénteme*.

El jodido silencio. Leo no lo entiende.

Por eso pasa tanto tiempo. Antes de que Leo reaccione, actúe. Papá, que es su padre y alguien más. Mamá, que no grita. Vincent, que se esconde tras su espalda, y Félix, que sigue junto a la puerta.

Aún no son igual de altos. Si lo hubiesen sido Leo no habría elegido saltarle a la espalda. Es lo que hace cuando su padre ha usado la rodilla, cuando sabe que esta vez no parará hasta que mamá esté muerta. Se cuelga de su espalda y le aprieta el brazo alrededor del cuello hasta que su padre lo agarra y se lo quita de encima.

Pero entonces sus manos también tienen que soltar la cabeza de mamá.

Leo cae al suelo y mamá retrocede dos pasos desconcertada, con los brazos se protege ahora la cara, que sangra de forma abundante, sobre todo en el pómulos, donde el puño izquierdo de papá le ha abierto una brecha profunda. Su padre la sigue, la vuelve a agarrar con la misma llave de antes: quiere que ella lo mire mientras la pega.

Un golpe más. Un puño cerrado a la nariz y la boca.

Pero solo uno más antes de que Leo se ponga en pie y se plante entre los dos cuerpos, levantando también sus manos a modo de protección.

No, papá.

Se encuentra suspendido en un espacio vacío. Entre mamá, bañada de sangre, y papá, que quiere seguir pegando pero no puede porque hay otra cara entorpeciéndole el camino.

Y Leo lo rodea con los brazos. No el cuello, papá es demasiado alto, tampoco los brazos, no los abarca, pero sí la cintura y la parte inferior del torso.

No, papá.

Sus pies resbalan por el suelo de la cocina, los calcetines no tienen agarre, y Leo apoya un pie en la pata de la mesa e intenta apartar a su padre. Le faltan fuerzas, pero al menos consigue que las manos de su padre suelten el pelo de su madre.

Ella sale corriendo de la cocina, al recibidor, en dirección a la puerta, abierta de par en par. Patina sobre las resbaladizas baldosas del rellano y la sangre le cae a borbotones, embadurna el suelo cuando se levanta, gimotea, jadea a cada paso que da, va bajando, se aleja.

Solo quedan ellos dos.

Leo aprieta los brazos con fuerza, alrededor de la cintura, o quizá es el torso, se inclina hacia delante, hacia papá, como si todavía lo estuviera abrazando.

—Ahora eres tú, Leonard.

Huele a comida, espaguetis y salsa boloñesa, y un poco a la sangre de mamá, y se miran el uno al otro.

—Lo entiendes, ¿verdad? Entiendes que yo ya no voy a estar, aquí no. Y que de ahora en adelante tú asumes la responsabilidad.

Y papá tiene los ojos distintos se apartan, se detienen, y aunque papá no diga nada más, sus ojos sí lo hacen.

No es que tenga
ninguna importancia.
Pero esto es una novela
basada en una historia
real.

ahora
primera parte

Leo contuvo la respiración. El haz de luz blanca e intensa de la linterna le pasó por encima y él hundió la cara en el musgo húmedo y las matas de arándano, apretó todo el cuerpo más fuerte contra el suelo. Se escondió. Hasta que el haz de luz volvió a apuntar al cubículo de hormigón para seguir buscando allí. El vigilante siempre hacía tres rondas en el sentido de las agujas del reloj. Y estar allí tumbado, tan cerca de él, unos pocos pasos dentro del bosque... Era tan fácil prever su regularidad.

Primero apuntó con la linterna a la puerta blindada en busca de indicios de que alguien la hubiera forzado.

Después rodeó el cubículo iluminando las caras exteriores de las paredes de hormigón.

Por último, se quedó allí de pie de espaldas a la puerta, fumando un rato, como si estuviera descansando en la oscuridad hasta estar seguro de que todo seguía igual que la noche anterior.

Leo volvió a respirar. Llevaba siete noches seguidas tumbándose de aquella misma manera. El mismo sitio entre dos troncos desnudos y a las ocho en punto. Inmóvil. Solo el viento, y ese búho que no paraba nunca de ulular, y algún que otro insecto. Era una sensación singular.

Estar tumbado a unos pocos metros y observando todos los movimientos de una persona que está convencida de que está totalmente sola. Un hombre uniformado que fuma dando caladas de pulmón y es responsable de todos los almacenes de armamento de lo que se llama el Área de Defensa de Estocolmo y que lleva el número 44.

Leo se puso bien el micrófono que llevaba en la solapa del anorak, estiró el cuello, sacó la cabeza de las matas de arándanos y susurró:

—Hombre Cáncer abandona el lugar.

La cuneta entre el bosque y la explanada de gravilla estaba llena de agua y la suela gruesa de la bota se deslizó por la hierba cuando cogió impulso para saltar al otro lado, la pesada bolsa en una mano y la plancha de masonita en la otra.

Desde el otro lado, a lo lejos, se acercaba Jasper, con un gorro de hojas y agujas de abeto en la cabeza y una bolsa igual de pesada en los brazos.

No se dijeron nada. No hacía falta.

Leo dejó la plancha de masonita —sesenta por sesenta centímetros exactos— en el suelo, delante de la puerta del cofre.

Había pasado mucho tiempo sopesando las paredes. La forma más rápida. Pero una pared de hormigón reventada con explosivos es algo que el vigilante puede ver más tarde con la linterna. Y es demasiado ruidoso.

Después había analizado el techo. Habría sido fácil levantar la chapa de acero que protegía de la lluvia, perforar quince centímetros de hormigón desde arriba y luego volver a ponerla en su sitio. Ningún vigilante vería un techo reventado alumbrando con la linterna. Pero eso también haría ruido.

Una vía de entrada restante. El suelo. Allí contaban con la contrapresión: la explosión podría apoyarse en el suelo mientras ascendía, por lo que se requería menos cantidad de explosivo, lo que a su vez produciría menos ruido.

Leo sacó la pasta de varios cientos de gramos de explosivo de la bolsa.

Clavó las rodillas en el suelo y empezó a amasar, formó doce bolas bajo el resplandor de la luz de sus cascos.

—Eso no puede ser suficiente —dijo Jasper.

Las colocó una a una sobre la plancha de masonita, como un reloj con cuarenta gramos de explosivo plástico por cada hora en punto.

—Es suficiente.

—Pero según la tabla...

—El ejército siempre pone de más. Para ellos solo se trata de matar en combate. Nosotros queremos entrar, no destruir lo que hay dentro.

Miró a Jasper, quien desplegó con un rápido movimiento la pala que había estado doblada dentro de la bolsa y se puso a cavar. El hoyo iba creciendo por segundos, primero delante y luego debajo de la puerta, que recordaba a la de

una caja fuerte.

Un pedazo de explosivo marcando cada hora. Un círculo de tiempo unido por un largo trozo de penrita a modo de cuerda.

Leo se dio cuenta de lo ridículo que resultaba, pero él vivía con el tiempo dentro: siempre sabía qué hora era, aun cuando no llevara reloj; el tiempo marcaba los segundos en su interior, y siempre lo había hecho.

—Listo.

El hoyo debajo de la puerta —*debajo* del suelo del cofre de hormigón— debía ser lo bastante amplio como para poder meter toda la plancha de masonita. Jasper estaba sudando, reclinado sobre las rodillas y con la pala metida en el fondo del hoyo. Leo se estiró pegado a él, brazos ansiosos que se molestaban unos a otros mientras escarbaba con la mano donde la pala no llegaba.

—Ahora.

Cogieron la plancha de masonita por los cantos, cada uno por un lado, y la fueron metiendo centímetro a centímetro, prestando atención a que ninguna de las doce bolas de explosivo se atascara y a que la mecha de encendido asomara como debía. Cuando estuvieron seguros de que el cuadrado de madera había entrado más allá de la puerta, que realmente estaba en el sitio adecuado bajo la única habitación del diminuto edificio, rellenaron el hoyo y lo taparon con grava hasta que quedó totalmente enterrado y compacto. La contrapresión que Leo andaba buscando.

—¿Satisfecho?

—Satisfecho.

Horas y horas haciendo cálculos. Días para conseguir el material. Semanas enteras con las botas de lluvia puestas y un cesto de setas colgando del brazo, paseo tras paseo había estado elaborando mapas de las zonas donde el ejército sueco había elegido emplazar sus almacenes de armamento, y cuando encontró este, el área denominada Getryggen y que estaba en Botkyrka, a unos diez kilómetros al sur de Estocolmo, supo que ya no tenía que seguir buscando.

Unos pocos minutos más.

Pescó la corta mecha que asomaba por el agujero bajo la puerta y la pegó con cinta a un detonador, conectó este a los bornes positivo y negativo de un cable eléctrico y se alejó lo máximo que pudo, cruzando la explanada de

gravilla y saltando la cuneta para volver a meterse en el bosque, y allí conectó el otro extremo del cable a una batería de bicicleta eléctrica.

—¿Félix? ¿Vincent?

Ya se había colocado bien el micrófono antes, ahora hizo lo mismo con el auricular.

—¿Sí?

—¿Despejado allí abajo?

—*Despejado.*

Permaneció inmóvil.

—Diez segundos.

Eran él y un suave viento, nada más.

—Después detonaré.

—*Diez segundos.*

Estaban muy cerca el uno del otro junto a una barrera roja y amarilla con un cartel de aluminio, PROHIBIDO EL PASO DE TODO VEHÍCULO.

—*Después detonaré.*

Vincent, que se aferró a una cizalla de un metro y medio de largo.

Félix, que levantó un poco el cuerpo y comprobó la hora, frotó la esfera del reloj con el dedo, la humedad lo había empañado.

—*Nueve.*

Frotó hasta que pudo ver la manecilla del segundero y luego afirmó con la cabeza mientras miraba a Vincent, que parecía preocupado: su respiración era entrecortada, nerviosa, frágil.

—*Ocho.*

—¿Estás bien?

—*Siete.*

Vincent no respondió. Ni siquiera miró a su hermano.

—*Seis.*

La pesada lona sobre sus espaldas, incluso esta estaba temblando.

—*Cinco.*

—No va a venir nadie, Vincent. Estamos completamente solos.

—*Cuatro.*

El brazo cambió de los hombros que temblaban a las manos que sujetaban fuerte una cizalla.

—*Tres.*

—¿Vincent?

—*Dos.*

—Leo está allí arriba. Ha planeado todo esto. Va a salir bien, Vincent. Y ¿no te parece mejor esto?

—*Uno.*

—¿Eh? ¿No es mejor participar y... saberlo? ¿Que estar en el sofá de casa y no saber nada?

La explosión estalló como un trueno, hizo más ruido del que Leo había calculado. El cofre hizo las veces de caja de resonancia de una guitarra. Una cáscara que aumentó la frecuencia sonora de quinientos gramos de explosivo plástico. Y después, cuando se rompió el suelo de la única habitación del edificio, la caja de resonancia continuó ampliando la siguiente frecuencia de sonido: trozos de hormigón siendo eyectados contra un techo.

Habían acordado permanecer quietos durante cinco minutos.

Fue imposible.

Leo se arrastró, reptó, se abalanzó sobre la grava húmeda con la pala plegable en la mano. Se reía en voz alta, al principio inconsciente de ello puesto que la risa le salió sin más, se reía como hacía en contadas ocasiones mientras, de rodillas, metía la mano derecha por debajo de la puerta de seguridad para tocar... *nada*. ¡Había un agujero de verdad! Desplegó la pala, quitó más tierra para ensanchar el hoyo y metió la cabeza para apuntar con el frontal. Luego lo encendió.

—¡Jasper!

Se volvió hacia la linde del bosque y gritó demasiado fuerte, pero era como con la risa, no era él quien mandaba.

—¡Ven! ¡Ven a mirar!

La luz del frontal iluminando una estancia sin ventanas. Y allí. Cuando se estiró para entrar, la primera letra, podía verla con total claridad.

K.

La madre de Dios. ¡La madre de Dios!
Metió aún más la cabeza dentro del agujero, poco a poco fue apareciendo la siguiente letra.

S.

La puta madre de Dios.

Un poco más adentro.

KSP 58

El grosor, el emplazamiento, la armadura de acero, todo coincidía *al milímetro*.

—¿Félix? ¿Vincent?

—¿Sí?

—¿El candado de la barrera?

—*Estamos en ello.*

—Bien. Cuando hayáis terminado subís con los coches.

El hombro de Jasper pegado al suyo mientras se abrían paso a paladas hasta el agujero del suelo, como quien abre un túnel de escape. Cavaron hasta que Leo pudo pasar tanto la cabeza como los hombros y los brazos y con los robustos alicates cortar el armazón que había hecho de esqueleto del hormigón. Lo fue cortando y doblando hacia arriba, se dio impulso apretando la espalda contra el suelo, igual que acababa de hacer la explosión, y apretó las manos contra los bordes cuando pasó por el agujero.

Se ajustó el frontal, que se había deslizado un poco por sus sienes sudadas, y miró a su alrededor.

Eran tan pequeño que podía tocar las paredes y el suelo.

Dos por dos por dos metros.

A lo largo de las paredes se apilaban cajas verdes de madera.

—¿Cuántas?

La voz de Jasper a través del túnel.

—Muchas.

—¿*Cuántas?*

Leo contó en voz alta.

—Un pelotón. Dos pelotones. Tres pelotones. Cuatro...

En total, veinticuatro cajas de color verde militar.

—... ¡Joder, dos compañías enteras!

Ahora era el turno de Jasper de hacer pasar su cuerpo por el túnel de tierra, riéndose todo el rato. Como Leo, no podía controlarlo. Estaban uno al lado del otro en la sala con forma de cubo, viendo cómo el polvo ondulaba ante el resplandor de las linternas.

—¿Abrimos ahora? ¿O luego?

—Ahora, sin duda.

La mano con cuidado sobre la primera caja. Una superficie áspera y un poco rugosa.

Les fue tan fácil quitar las clavijas y abrir la tapa.

Una ametralladora. Leo la levantó, se la pasó a Jasper, quien la cogió, se encogió levemente flexionando un poco las piernas e inclinando el torso para hacer frente a un retroceso imaginario, sin pensarlo, solo continuaba el movimiento que ambos habían aprendido a hacer durante el servicio militar. Se miraron como hacen las personas cuando han estado mucho tiempo viajando juntas y de pronto se dan cuenta de que han llegado a su destino.

—¿Cuántas crees que hay? A bote pronto.

Leo estaba a punto de abrir la segunda caja. Pero interrumpió el movimiento. Tras el hombro de Jasper, cubierta en parte por el polvo, colgaba la respuesta.

—No hace falta adivinarlo.

Una hoja de papel en una funda de plástico colgando de una alcayata en la pared, a la izquierda de la puerta cerrada, y junto a ella un bolígrafo atado con un cordón.

—Primera fila: 124 uds. subfusil K-pist m/45. Segunda fila: 92 uds. fusil de combate AK4. Tercera fila: 5 uds. fusil de asalto KSP 58.

Abrieron y comprobaron el contenido de todas las cajas. Cuerpos de metal pegados entre sí, bien engrasados y empaquetados con minuciosidad.

—La leche, Jasper, ¿ves esto?

Bajo la tipografía a máquina, bajo un detallado texto sobre procedimientos recomendados y rutinas, al final de todo.

—Este sitio...

No lo había visto hasta ahora.

—... lo inspeccionaron...

Acercó la cara, el frontal pegado a la hoja blanca y sobre las palabras escritas a mano en bolígrafo. Una firma ilegible.

—... *Viernes 4 de octubre.*

—Ya.

—¡No hace ni dos semanas!

—¿Y qué?

Leo agitó el papel, que chocó contra el techo.

—Los vigilantes abren la puerta de seguridad para revisar también *aquí dentro*, el *interior*, cada seis meses. ¿Me sigues? Eso implica... no lo descubrirán hasta dentro de... ¡más de cinco meses!

—¡Félix llamando a Leo!

La voz de Félix surgió entre interferencias.

—¡Repito! ¡Félix llamando a Leo! ¡Cambio!

—¿Sí?

—*Es por la... cerradura... ha surgido un problema.*

Leo hizo pasar su cuerpo por el agujero del suelo del cofre, de vuelta a la explanada de gravilla. No había contado con esto. Si no podían abrir, todo el plan habría sido en vano. Bajó corriendo por el sendero irregular del bosque en dirección a sus dos hermanos pequeños que estaban a sendos lados de una barrera cerrada y un candado con un asa de acero de catorce milímetros de grosor.

—Lo siento mucho.

En algún momento del cálido verano se habían hecho igual de altos. Pero, a pesar de ello, el cuerpo de un muchacho de diecisiete años seguía siendo muy diferente del de uno de veinticuatro.

—Leo..., joder, no puedo. No me quedan fuerzas.

Vincent encogió sus delgaduchos hombros, extendió unos brazos que parecían demasiado largos y que no pegaban del todo con el resto del cuerpo.

Se miraron el uno al otro hasta que Vincent se apartó.

—Félix, entonces lo haremos tú y yo.

Leo se sentó en el sitio de Vincent y abrió la cizalla, cuyos mangos medían lo mismo que una pierna adulta, sujetó uno con ambas manos mientras Félix se colocaba al otro lado de la barrera y cogía también con dos manos el otro mango.

—Vamos, hermano. Ahora.

Apretaron los mangos al mismo tiempo el uno hacia el otro, los filos de la cizalla mordieron el candado, dos remeros que se llevaban los remos al pecho, tirando, tirando, tirando, y justo en el momento en que dedos y manos y brazos y hombros estaban tiritando, gritando de dolor, justo entonces los filos de la cizalla pellizcaron el grueso acero y lo partieron en dos.

La primera red estaba atada entre dos abedules solitarios y la segunda entre tupidas ramas de abetos jóvenes. Habían practicado en el garaje en Skogås por las noches y la última vez al aire libre, en la ensenada de Drewiken, envueltos en una oscuridad que recordaba a la de aquí, por lo que ahora les fue fácil quitar las redes de camuflaje que tapaban los vehículos, enrollarlas y subirlas a las plataformas de carga vacías. Dos pickups Mitsubishi de color rojo, vehículos como los que suelen tener los dueños de una empresa de construcción.

Mientras Leo corría de vuelta cuesta arriba, los otros hermanos arrancaron y pusieron a rodar las dos camionetas sobre el musgo y las matas de arándano hasta cruzar la barrera.

Jasper de rodillas dentro del depósito de armas, metiéndolas en el túnel de una en una; Leo de rodillas al otro lado, recibéndolas; Félix de pie justo detrás y Vincent subido a la plataforma de la pickup.

Una cadena humana donde cada cambio de manos debía tardar un segundo y medio.

—Doscientos veintiún armas automáticas.

Cada objeto que abandonaba el cofre de hormigón debía estar subido en la camioneta a los seis segundos.

—Ochocientos sesenta y cuatro cargadores.

Leo miró su reloj de manecillas rojas. En treinta minutos y cuarenta y ocho segundos habrían terminado.

Barrieron los escombros de la detonación, rellenaron el agujero de fuera y debajo de la puerta con tierra: pisoteaban para compactar, luego echaban más tierra. Se cambiaron de ropa, ahora todos llevaban pantalones de carpintero de color azul y camisas igual de azules y anoraks negros con el logo de Constructores al final de una manga. Abrieron la barrera y pasaron, dos motores en punto muerto mientras Félix saltaba con un candado en la mano, idéntico al que acababan de partir. Había tardado tiempo en encontrar uno de la misma serie, pero era importante que la llave entrara bien, aunque luego no se pudiera girar. La noche siguiente, cuando en torno a las nueve un vigilante oyera el ulular de un búho y se encendiera un cigarrillo y al final de la cuesta diera la vuelta a un depósito de armas militar, todo parecería intacto. Un inventario elaborado con pedante minuciosidad había confirmado que tardarían casi medio año en abrir el cofre para inspeccionar su interior, el cual ya no estaría tan intacto.

Leo no se había percatado de que estaba cantando. En voz alta pero para sí mismo. La calle Hornsgatan y el puente de Liljeholmsbron y la E4, a la altura de Vástberga, fue más o menos allí, en el carril central de la autovía, cuando la oyó por primera vez, su propia voz sonando a su alrededor en el coche.

Había pagado por un desayuno a base de café y sándwich de panecillo vienés en una cafetería y luego, como primer cliente de la mañana, había entrado en el taller de pelucas que había enfrente de la Folkoperan y había seguido con ojos curiosos el baile de unos dedos que iban metiendo pelos de dos en dos en el cogote de una cabeza de plástico mientras la joven mujer explicaba que era pelo auténtico lo que estaba usando, de origen asiático, comprado al por mayor y decolorado y luego teñido. Después, en el Centro Óptico, donde se cruzaban las calles Drottninggatan y Barnhusgatan, había pasado a recoger unas lentillas, ambas sin graduación.

Una mirada en el retrovisor. Ojos azules y pelo rubio. Él siempre había sido el que más se parecía a su madre, su piel clara, su pelo rubio cobrizo. Y tenía su nariz, más pequeña pero más afilada, dura como cartílago de granito. Ojos y pelo y nariz que significaban no ser nunca tomado por un desconocido, ni siquiera un desconocido de la segunda generación. Una naricita afilada y sueca siempre había supuesto menos preguntas y menos atención.

Y si el artesano de pelucas o el óptico a los que había visitado por la mañana en la ciudad tuvieran que dar las señas de un cliente que aquel día había pagado su compra con dinero en metálico darían la descripción de una persona cuyo aspecto era el de un ciudadano cualquiera.

Salió de la autovía en Alby, donde los tres carriles confluyeron en dos, pasó por delante de la gasolinera Shell y la hermosa iglesia del siglo XII y

pronto los bloques de pisos y el asfalto le fueron perdiendo la batalla a las praderas y los bosques.

Aminoró la marcha.

Allí.

La barrera a la que Félix, tan solo siete horas atrás, le había cambiado el candado y junto a la cual, en tan solo diez horas más, un hombre de sesenta años aparcaría su Volvo, aplastaría la colilla del cigarro y la rodearía por un extremo.

Había empezado a llover durante la noche y luego había continuado, sin más, y ahora aumentaba la fuerza y los limpiaparabrisas azotaban las gotas, reuniéndolas en chorros de agua. La lluvia también caía sobre un hoyo recién cavado lo bastante grande como para albergar un cuerpo humano, un túnel de guerra bajo el hormigón. Caminaría por allí, el Hombre Cáncer. Botas de goma sobre la gravilla que tapaba el agujero. La habían pisoteado y compactado y alisado, pero nunca quedaría tan compacto como solo el tiempo podía conseguir, y si la lluvia seguía cayendo la gravilla no tardaría en hundirse, erosionar, volverse visible al contacto con la luz del vigilante.

Necesito tiempo.

No vas a descubrirlo porque hayamos hecho un mal trabajo, lo verás y entenderás dentro de cinco meses, cuando abras la puerta.

Necesito tiempo para definir un modus operandi que nadie ha aplicado, maximizar los beneficios sin aumentar el riesgo. Debería parar. Debería bajarme del coche, caminar bajo la lluvia y comprobar que el hoyo no se note.

Lo único que Leo no debía hacer.

Solo un loco se pasa meses elaborando un plan, lleva a cabo el golpe y regresa al lugar del delito a la mañana siguiente. Aumentó la velocidad.

Los vecinos y los transeúntes que pasaban por allí solían llamar a la zona en obras la Casa Azul. Una gran caja de chapa que tiempo atrás había sido la Antigua Fábrica de Carpintería de Tumba. Leo aparcó donde había aparcado por la noche, al fondo del todo, junto a la travesía y al lado de un contenedor cerrado pintado de negro.

Habían podido descargar las armas una a una sin interrupciones. Fuera de la vista tanto de la carretera como de las ventanas de las casas vecinas.

Aguzó el oído para escuchar por la ventanilla bajada los sonidos que llegaban del interior de la zona en obras y que le resultaban tan familiares: música alta de una radio salpicada de pintura y luego los cortos truenos del compresor que prensaba el aire de las pistolas de clavos. Se abrochó los últimos botones de la camisa azul, se subió los tirantes del mismo color, se desperezó y bajó del coche.

La Casa Azul llevaba mucho tiempo siendo una cáscara vacía. Se habían pasado varias semanas primero desmontando todo el inventario y luego levantando un envigado para dos plantas, aislando, poniendo suelo, distribuyendo el espacio con tabiques. De local en local, el edificio se había transformado en pequeñas empresas independientes que algún promotor intentaba reunir bajo un mismo techo con el nombre de Solbo Center.

—¿Lo has arreglado?

Nunca había pensado en ello. El aspecto de Félix al caminar. Su hermano tres años menor se le acercaba por el aparcamiento provisional y a cada paso que daba se parecía un poco más a su padre. Ocupaba el espacio. Sus pies apuntaban ligeramente hacia fuera, los hombros eran anchos y los gruesos antebrazos oscilaban a una distancia considerable del cuerpo, como si estuviera tensando los músculos sin hacerlo, se le veía ocioso, como el hombre que hace tanto tiempo caminaba por el apartamento que para ellos era todo su mundo; eso es lo que hacemos, copiamos, heredamos, tomamos prestado.

Yo me parezco a mamá. Tú a papá.

—¿Eh, Félix? ¿Has hecho lo que te tocaba?

—Creo que Gabbe intenta timarnos con el último pago.

Félix, que lograba tranquilizarlo de un modo que no sabía explicar. Debería ser al revés, esos gestos y el patrón de movimientos deberían preocuparlo, ponerlo nervioso.

—Está ahí dentro contando hasta el último clavo de las pelotas.

—¿Sí o no? ¿Fo tienes todo controlado?

Su hermano menor comenzó a desabrochar la lona de plástico que cubría la plataforma de carga del otro coche de la empresa.

—Gabbe y su murga eterna. Que si tiene derecho a dejar de pagarnos si no acabamos el trabajo según lo marcado en el calendario. Que si lo pone no sé dónde en el contrato.

—Yo me encargo. ¿Tú te has ocupado de lo tuyo?

Félix levantó la lona blanca.

—Departamento 83. La ortopedia, creo. La saqué rodando y a Vincent le empezó a doler de repente un montón la pierna.

Una caja de madera ancha con asas de metal brillante en el centro de la plataforma. Y al lado, bajo un par de mantas con el logo de la Diputación, una silla de ruedas plegable.

Dieron marcha atrás para acercar un poco los coches y abrieron el candado del contenedor negro, uno de esos que toda constructora suele colocar en una obra para poder guardar herramientas y maquinaria. Cuando las puertas se deslizaron taparon todos los ángulos de visión y pudieron bajar la caja vacía y meterla dentro.

A plena luz del día en una urbanización de viviendas y a apenas unos metros de distancia de una calle llena de tráfico. Y allí estaban ellos. Delante de una pila tras otra de armas automáticas.

—¡Leches, Leo, te he buscado por todas partes!

La voz de falsete de Gabbe le hizo unos cortes a aquel día de octubre.

Rondaba los sesenta. Tirantes azules que una vez le quedaron bien pero que ahora se tensaban con la curva de un estómago cada vez más prominente. Una taza de café y una bolsa de bollos de canela en las manos.

—¡Cómo narices vais a terminar todo esto hoy!

Estaba fuera, y se estaba acercando al contenedor.

—¿Acaso... habéis pasado por aquí en toda la semana?

Leo respiraba tranquilo. Y luego le susurró a Félix:

—Tú cierra, que yo me ocupo de él.

Salió del contenedor y se topó con un hombre jadeante y enrojecido.

—¡Leo! ¡Ayer no estuvisteis aquí! ¡Y os llamé varias veces! ¡No sé con qué *leches* andarás ahora, pero sea lo que sea está claro que no es terminar esta obra de aquí!

Leo echó un vistazo rápido sobre el hombro, Félix estaba cerrando las pesadas puertas de hierro. El ruido de una manija que queda bloqueada por un

robusto candado.

—Pero ahora estamos aquí, ¿verdad? Y lo tendremos listo para hoy. Tal como habíamos quedado.

Gabbe, que se había acercado tanto que podía tocar el contenedor con sus propias manos. Leo le pasó el brazo por los hombros para llevárselo hacia la Casa Azul, no tan fuerte como para que resultara incómodo pero sí lo bastante como para que ambos se apartaran de lo que contenía aquello que nadie debía ver.

—¡Me importa un comino si has aceptado otras obras a las que les das prioridad! ¿Me entiendes, Leo? ¡Tienes un contrato conmigo!

Gabbe resoplaba mientras entraban juntos al edificio. Al fondo de la segunda planta iría el restaurante indio, junto a la floristería, junto al solárium. En la planta de abajo, la tienda de neumáticos, la imprenta, la sala de manicura; y allí, en las paredes interiores que enmarcaban la Pizzería de Robban, estaban Jasper y Vincent montando placas de yeso.

—¿Lo ves? ¡Y una leche habéis terminado!

Esa dichosa voz. Estridente y obesa y envejecida y chusquera.

—Lo terminaremos.

—¡El primer arrendatario entra mañana a primera hora!

—Y si yo digo que lo habremos terminado, lo habremos terminado.

—¡El pago final! ¡Si no, me lo quedo! ¡*Hostias!* ¡Que te quede claro!

De *leches* había cambiado a *hostias*. Pero eso no era lo que Leo tenía en la cabeza. Lo que por allí le pasaba era que quería soltarle un derechazo al capataz en plena jeta. Un solo golpe. Directo a la nariz.

Volvió a pasarle el brazo por los hombros, como solía hacer.

—Mi querido Gabbe, ¿alguna vez te he fallado? ¿Alguna vez he hecho un mal trabajo? ¿Alguna vez no he hecho una entrega a tiempo?

Gabbe escurrió su alterado cuerpo de debajo del brazo que lo abrazaba un poco demasiado y fue corriendo a una de las esquinas de la casa de metal.

—¡Esta pared! ¡La peluquería! ¡Falta una capa de yeso! ¡Las señoras no pueden hacerse la permanente si esto no es a prueba de incendios!

Se puso a correr por la escalera otra vez, ahora hacia abajo, y luego al aparcamiento, donde la lluvia comenzaba a caer de nuevo con discreción.

—Y... ¡el maldito contenedor! ¡Ibas a moverlo! ¡Dentro de unas semanas

este aparcamiento se llenará de clientes!

Gabbe dio varias palmadas en el contenedor que ocupaba su espacio en el *parking* de clientes. Un sonido sordo, puesto que el espacio de almacenamiento estaba lleno hasta los topes.

—Cálmate un poco, nadie quiere que te dé un infarto, ¿no? —dijo Leo.

La cara del capataz estaba aún más enrojecida tras los múltiples desplazamientos, pero ahora el enfado acumulado se estaba agotando y diluyendo con el agua de la lluvia.

—*Estará* listo a medianoche. Necesito esta empresa, Gabbe, creo que no entiendes del todo cuánto la necesito. Mi empresa, nuestra colaboración, es la condición para que pueda... expandirme.

—¿Expandirte?

—Maximizar los beneficios. Sin aumentar los riesgos.

—No te sigo.

—Esa respiración pesada, me preocupa. Vete a casa y descansa. Habremos terminado a medianoche. Siempre has podido confiar en mí.

Alargó una mano y la sostuvo entre ambos.

—¿No es así?

La mano de Gabbe, pequeña y húmeda y blanda cuando entró en contacto con la suya. Leo asintió.

—Bien. He dicho que el trabajo estará listo hoy y así será. Y luego seré yo quien invite a bollos de canela. ¿De acuerdo?

Leo permaneció de pie entre el contenedor y el coche mientras el capataz se alejaba. Había estado dando manotazos con sus manos grasientas en un contenedor repleto de armas automáticas sin tener ni idea.

La próxima vez podría darle por abrirlo.

Leo comenzó a caminar, pero no en dirección a las paredes y el suelo que tenían que estar listos en doce horas, sino en la dirección opuesta, cruzó la calle y entró en el vecindario contiguo. En dirección a la solución a su problema de almacenaje: la casa pequeña, de dos plantas y un jardín cercado sin césped que hacía frontera con la carretera. Desde las obras de enfrente había visto cómo sacaban muebles de allí dentro. Ahora le habían puesto un cartel de EN VENTA en la parte de atrás. Paseó junto a una valla alta de tela metálica hacia la puerta de entrada y la verja, que estaba abierta, cruzó el

patio de asfalto y llegó hasta la casa. Echó un vistazo por la ventana a la derecha de la puerta: una cocina vacía. La ventana de la izquierda: un recibidor vacío. Dobló la esquina hasta la siguiente ventana: un cuarto de nueva construcción, vacío. La siguiente esquina otra vez hasta la siguiente ventana: la escalera al segundo piso.

Dos pisos pero sin sótano. Un vecindario entero levantado sobre el antiguo fondo del mar. Todas las casas descansaban sobre una base de fango y podían crecer hacia arriba pero no hacia abajo.

En las últimas semanas había soltado varias veces el martillo y el taladro para quedarse un rato observando aquella casita feúcha de ladrillo que estaba tan cerca de la carretera. Y sus ojos siempre habían visto la Cueva de la Calavera del Hombre Enmascarado. Sabía que era un pensamiento infantil pero era también una solución. Una casa que no se veía, para gente con poco dinero.

En la puerta había otro cartel de EN VENTA. Miró la foto de un agente inmobiliario sonriente y en traje y con el flequillo de lado, hurgó en el bolsillo interior en busca del lápiz y apuntó el número de teléfono en el reverso de un recibo de un taller de pelucas, Agencia Inmobiliaria Sueca, oficina central.

El gran garaje de al lado la convertía en un sueño. Se subió a la montaña de neumáticos usados y limpió el cristal sucio de la ventana para poder mirar dentro de un garaje que tenía el techo alto y espacio suficiente para cuatro, quizá cinco vehículos. Perfecto para un equipo en proceso de formación.

Una puerta se abrió y se cerró.

Se volvió hacia el jardín vecino, la casa notablemente más grande que había allí, parcelas de césped cubiertas de hojas y la hilera de manzanos como esqueletos retorcidos. Una mujer con un crío pequeño a un par de metros de distancia en el pasillito de tierra, ella lo miró, un comprador potencial lleno de curiosidad, y él la saludó con la cabeza.

Los golpes de martillo y el murmullo del otro lado de la carretera, la ropa que vería quien mirara. Una casa con un garaje donde él estaba ahora, la oficina central y el lugar de ensayo. Y allí, más lejos, se volvió hacia un bosque que quedaba a unos dos kilómetros: la tarde y noche más singulares que jamás había experimentado.

Que hubiese sido tan fácil.

Que tres hermanos y un amigo de la infancia, todos en torno a los veinte, unos mocosos sin estudios, pudieran decidirse a llevar a cabo el robo de armas más grande jamás cometido equipados con nociones generales de construcción, una buena dosis de explosivo plástico y un hermano mayor que sabía cómo funcionaba la confianza.

Cielo estrellado.
Una oscuridad más clara que la noche anterior.

Leo y Félix habían ido juntos en la pickup hasta un barrio de torres de apartamentos a las afueras de Estocolmo, lejos de una Casa Azul por fin terminada y un Gabbe satisfecho, de un contenedor cerrado junto al cual la gente que iba al trabajo pasaría de camino a la parada de autobús.

Los dos hermanos bajaron del vehículo y cogieron las asas de latón del pesado arcón de madera que llevaban tres años cargando —martillos, destornilladores, llaves inglesas, niveles, tijeras de hojalatero, sierras de sable, taladros—.

—Las doce menos diez —dijo Leo.

El mismo peso a pesar del contenido nuevo: la nueva vida, la otra vida, la que empezaba ahora.

—Quedan dieciocho horas.

Pasaron los matorrales y el descuidado arriate en dirección a la casa de alquiler y el portal. Leo abrió y, mientras esperaban el ascensor, las risas de Jasper y Vincent atravesaron al unísono la puerta del sótano, que estaba entreabierta y dejaba ver parte de los pasillos con los trasteros.

Tercera planta.

Su puerta. La de todos. DÛVNJAC/ERIKSSON. El arcón de madera sobre el suelo de baldosa mientras Leo buscaba las llaves y sacaba un puñado de publicidad del buzón y lo tiraba por el conducto de la basura.

Las luces estaban encendidas.

Anneli estaba en la cocina, sentada en una silla sencilla de madera, el ruido de la máquina de coser que le había regalado su madre chocaba con el sonido del reproductor de casete, Eurythmics; ella solía poner música de los

ochenta.

—Hola —dijo Leo.

Era guapa, a veces él se olvidaba de ello. Un beso y una caricia cuidadosa sobre la mejilla. La tela negra dio un tirón, atrapada, atravesada por la aguja de la máquina, arriba, abajo, arriba, abajo. Otro beso antes de volverse hacia la encimera y el armarito de debajo. Seguía allí. Justo donde él lo había escondido, al fondo, entre las botellas de lavavajillas y las botellas de friegasuelos.

Tres cajitas marrones. No especialmente grandes pero sí compactas.

—Espera.

Él ya estaba saliendo.

—Leo, oye, llevo sin verte... no sé cuántos días.

La noche anterior él había abierto la puerta del piso y sin pasar por el baño ni la nevera se había ido directo al dormitorio para tumbarse en la cama que olía a ella, no a perfume ni a pelo recién lavado, solo a ella, se había tumbado muy cerca y había pasado el brazo por un cuerpo dormido con la explosión de un depósito de armas resonando en el pecho.

—Y esta mañana...

El radiodespertador de su mesita de noche había indicado las 04.42 y ella se había dado la vuelta, su cuerpo desnudo junto al de él, había bostezado y se había pegado un poquito más.

—... cuando me he despertado, ya no estabas. Te echo de menos.

—Ahora no, Anneli.

—¿No quieres ver lo que he hecho? ¿Los jerséis de cuello vuelto? Tú me dijiste...

—Después, Anneli.

Estaba a punto de cruzar el umbral de la puerta y el pasillo hasta el salón, donde los demás ya habían empezado a deshacer el arcón, rehacerlo de nuevo, cuando vio la botella de vino vacía en la encimera y el corcho tirado en el fregadero.

—¿Has bebido? Piensa que tienes que conducir.

—Un poco. Pero fue anoche... Leo, estabas tirado en ese maldito bosque y yo no sabía nada, ni cómo fue, ni si ibas a volver a casa, si alguien os había visto y podría... ¡No podía dormir! Y ahora... ¿ahora dónde has estado?

—La obra. No habíamos terminado. Pero ahora ya sí.

Ya estaba fuera de la cocina. Ella paró la máquina de coser.

¿Por qué le temblaban las manos si ella era la primera que quería participar? ¿Si los chalecos ya estaban listos y se había empeinado en alargar el cuello de los jerséis? ¿Si era ella la que al día siguiente disfrazaría a Leo y a Jasper y luego los llevaría al sitio?

Leo bajó las persianas de la ventana que tenía vistas a las tiendas de Skogås Centrum. El salón tenía el aspecto de un salón normal y corriente, con sofá y sillón y tele y estantería, pero en poco tiempo dejaría de tenerlo.

Juntos abrieron el arcón de madera que habían transportado en la plataforma de la pickup de la empresa, la bolsa Adidas y las bolsas de papel que Jasper y Vincent habían subido del trastero y las tres cajitas marrones que pocos minutos antes habían estado escondidas debajo del fregadero. Y luego fueron colocando una cosa tras otra en una larga fila sobre el suelo de parqué para tener una vista general, como la inspección militar previa al ataque.

Una silla de ruedas plegable con funda roja de plástico en el asiento y el respaldo que había estado abandonada en uno de los pasillos del hospital de Huddinge. Dos mantas amarillas en las que ponía DIPUTACIÓN y que habían cogido de una salita de personal entre pacientes dormidos.

Una bolsa de plástico con dos pelucas hechas con pelo humano de la Folkoperan y dos pares de lentillas en tono castaño de la óptica en la calle Drottninggatan.

Dos AK4 y dos metralletas de un contenedor negro en una obra. Zapatos, pantalones, jerséis de cuello vuelto, gorros, guantes. Linternas, la pequeña, que Vincent llevaría en el bolsillo, y la grande, con distintas opciones de color con la que Félix haría señales. Dos bidones de cinco litros llenos de gasolina. Y las cuatro bolsas de deporte junto a los cuatro sticks de *hockey*.

La silla de ruedas era de las que se abren a solo dos manos. Leo se sentó en ella y se deslizó por el suelo brillante hasta la pared y el cuarto de baño, dio media vuelta y regresó. Después se quedó sentado y giró sobre sí mismo, varias veces, se inclinó a la izquierda y a la derecha en un intento de volcarla.

Era estable.

Se deslizó hasta el umbral de la puerta de la cocina pero las ruedas se atascaron en el hueco del zócalo, se levantó y se acercó a la aguja que taladraba al ritmo de Eurythmics, la mano sobre su mejilla, igual que antes.

—¿Cómo va?

—Están listos.

La tela que prolongaba el cuello negro del jersey estaba perfectamente en su sitio. Ella tiró de la tela, bastante fuerte, la costura aguantaba y no se veía. Era ella la que había tenido la idea, era diseño suyo.

—Un cuello con antifaz para cada uno. Todos funcionan.

Después señaló dos chalecos de color verde.

—Y estos. Tal como los querías. Tela de nailon con forro de algodón. Bolsillos para cargadores.

Él se puso el chaleco que llevaría bajo el anorak. Le iba perfecto. Ella conocía bien su cuerpo.

Se agachó para darle un beso.

—Todo lo que hay en el suelo allí fuera en el salón lo puede conseguir cualquier principiante. Pero esto no. Ninguno de estos.

Sujetó el chaleco y levantó los jerséis con los cuellos prolongados.

—Detalles. La diferencia. Es lo que hará que nos podamos acercar lo suficiente y nos transformemos lo bastante rápido.

Otro beso y vuelta a la silla de ruedas, la sacó del hueco de la puerta, levantó el elevador de piernas y apoyó la pierna derecha, intentó sentarse en la postura que suponía debía adoptar alguien que se hubiese hecho daño en la pierna. Delante de él, Jasper, en cuclillas, guantes de plástico fino y transparente que abrían la primera de las tres cajitas marrones y compactas —calibre 7,62, núcleo de plomo y acero—, la segunda —calibre 9, camisa metálica— y la tercera —munición trazadora con fósforo para dejar estelas brillantes de varios centenares de metros—.

Después llenó los cargadores de balas y los precintó de dos en dos.

Cuatro pares en los bolsillos nuevos de su propio chaleco, tres en el de Leo y un par para Félix y Vincent, que querían llevarlos en unos bolsitos pequeños pegados al estómago.

—Nadie mira directamente al que es diferente. Y nosotros vamos a aprovecharnos de ello. Sus prejuicios, su miedo.

Leo dio una vuelta con la silla de ruedas.

—Porque si miran... nunca lo hacen durante mucho rato.

Maniobraba la silla tal como recordaba que hacían los discapacitados con los que su madre había trabajado. Una madre que llevaba uniforme blanco de enfermera y que a veces había dejado que los tres hermanos se pasaran por la clínica cuando no podían estar solos en casa. Era entonces cuando todos lo habían visto: cómo los mayores apartaban la mirada por mera inseguridad.

—¿Verdad? Nunca claves la mirada en algo que es distinto.

Jasper le pasó una AK4 y Leo trató de empuñarla en la mano derecha, debajo de la manta amarilla de la Diputación, sobre la pierna que tenía apoyada en el soporte elevador.

—Estás sobreactuando.

—No lo estoy.

—Sí lo estás. ¿O no?

Jasper miró a Félix y a Vincent, quienes asintieron con la cabeza.

—Estás sobreactuando, Leo. Y entonces no cuela.

—Así era como llevaban las sillas de ruedas. Pero vosotros no lo sabéis. Erais demasiado pequeños.

Leo se levantó de la silla y paseó la mirada por el salón.

Era la primera vez. Ninguno de ellos había cometido jamás un atraco. Pero todos tenían su papel y sabían perfectamente lo que tenían que hacer. Y a sus pies, en el suelo, estaba todo lo que necesitaban.

En menos de un día cambiarían de aspecto.

Las cinco y treinta y cinco. Faltaban quince minutos.
Un trayecto en silencio.

Cada uno dentro de su propio cuerpo.

Anneli corrigió el retrovisor de la camioneta; era alta en comparación con las pocas amigas que tenía. Aun así, bastante más bajita que Leo, quien iba a su lado en el asiento central, seguido de Jasper, en la puerta del acompañante. Rojo. La luz del semáforo, el último antes del centro comercial Farsta Centrum. Era como si ella poco a poco se viera absorbida por su intenso resplandor, cuanto más lo miraba más mella le hacía, más la transportaba.

Un solo instante. Cuando tomó la decisión.

No lo recordaba, pero quería recordarlo.

El instante en el que alguien lo había metido en su vida, *Dios santo*, dos años atrás no se habría imaginado nunca que habría sido capaz de formar parte de esto, que un día como este estaría camino de robar un furgón blindado.

O a lo mejor no había sido simplemente un solo instante, a lo mejor habían sido muchos instantes que se habían fundido sin que ella se percatara. Quizá si alguien un día dice que hay un depósito de armas en un bosque, quizá si luego otro dice que se puede abrir y se puede vaciar, si luego alguien más dice que si vacías un depósito y tienes armas también puedes robar con ellas. Quizá lo que pasa es que, cuando te hallas en medio de instantes así, poco a poco te vuelves parte de ellos. En realidad nadie había formulado la pregunta a la que ella se había levantado y respondido que sí. Lo anormal se vuelve normal, los pensamientos de otros se vuelven mis pensamientos y de repente una mujer llamada Anneli —una madre— va conduciendo una camioneta en dirección a lo que no se había imaginado nunca. Y debió de ser por eso por lo que arrancó con demasiada brusquedad cuando el rojo pasó a ámbar y el ámbar a verde;

conducía con espasmos de una manera que nunca hacía.

Estaba temblando. No mucho, no tanto como para que Leo se diera cuenta, él hacía rato que estaba encerrado en sí mismo. Temblaba porque nunca había tenido tanto miedo, o bueno, quizá una vez, cuando dio a luz a Sebastian, había sido como ahora, cruzar un límite, decidirse y saber que la otra vida ha dejado de existir. —Allí.

Leo señaló la acera y las farolas que la bordeaban, ella calculó doscientos metros para llegar a Farsta Centrum.

—Para justo entre esos dos, donde está más oscuro.

Leo cerró los ojos, la calma que sentía, allí dentro.

Cuando solo yo sé. Cuando nadie de los que están ahí fuera entiende lo que va a pasar. Cuando solo yo siento cada paso que sigue.

Estaban sentados a la espera de la señal. Anneli a su izquierda, casi jadeando. Jasper a su derecha, respirando lenta y regularmente como esforzándose por sonar relajado.

El motor apagado, se hizo evidente lo oscura que era una tarde de octubre. Había estado cuatro viernes seguidos sentado en el coche en una de las parcelas de aparcamiento de cara a la fachada trasera del Forex Bank, cerca de la parada de autobús y la boca de metro. Había registrado todas las horas a las que llegaban los dos guardias de seguridad del vehículo blindado, qué ruta elegían, su patrón de movimientos, cómo se comunicaban entre ellos.

—Sesenta segundos.

Las manos de ella volvían a temblar y él se las cogió, la miró, las retuvo entre las suyas hasta que temblaron un poco menos y ella pudo hacer un último repaso rápido.

Primero las pelucas, hechas con auténtico pelo humano. Si más tarde alguien encontrara un pelo en algún sitio no vendría de una peluca, sino de una persona de pelo oscuro y grueso. Ella comprobó que estaban justo en el borde y que les tapaban los pelos rubios, que no estuvieran *demasiado* perfectas, le revolvió el flequillo tanto a Leo como a Jasper.

Luego el maquillaje. El rímel resistente al agua en las cejas y las pestañas, las cepilló un poco para espesarlas. Sus frentes, mejillas, narices, barbillas y

cuellos habían sido frotados en el cuarto de baño del piso para quitar suciedad y células muertas, las habían rehidratado con loción y después aplicado un autobronceador.

—Treinta segundos.

Les pidió que pestañearan hasta que comprobó que las lentillas castañas estaban en su debido sitio.

Les revisó los vaqueros y los chalecos y las botas, el anorak de Leo y el abrigo encerado de Jasper, entre todos habían analizado la vestimenta y habían concluido que aquello era lo que dos jóvenes inmigrantes árabes que acababan de llegar podían haberse comprado.

Por último, los cuellos de los jerséis.

—Inclinaos hacia delante.

Su idea, su diseño.

—Los dos.

Los dobló hacia abajo, los estiró hacia arriba, los dobló hacia abajo otra vez.

—Los lleváis demasiado subidos. Para que funcionen tenéis que poder cogerlos y luego pasároslos por la cara sin que se caigan.

—Quince segundos.

Él se corrigió el chaleco con los cargadores extra, le hacían rozadura en el pecho.

—Diez segundos.

Los guantes de cuero.

—Cinco segundos.

Le acercó la cara, un beso y ella se echó un poco para atrás cuando el bigote le pinchó el labio superior, también era de pelo humano, estaba un poco torcido y ella sonrió mientras lo ajustaba con dos dedos hasta que quedó recto.

—Ahora.

Anneli abrió la puerta y se bajó a la acera, abatió la compuerta trasera y sacó la silla de ruedas con las dos mantas. Levantó el elevador de la pierna derecha —con una culata nueva y más corta se podía esconder todo el AK4 debajo de la manta—. Luego Jasper ayudó al hombre con discapacidad a sentarse sobre la alfombrilla acolchada y se despidió con la cabeza mientras el vehículo se alejaba.

Por la oscura acera. Por la cuestecita que un poco más abajo se volvería más empinada: el muelle de carga de una de las oficinas de Forex más grandes de toda el área metropolitana de Estocolmo.

Leo había documentado a fondo cada tramo.

—¿Leo?

Jasper había parado la silla, se había agachado para tensar los cordones de las botas y volver a atarlos mientras susurraba sin que nadie pudiera oírlo.

—Sigues sobreactuando. He visto a tu madre en el curro. Y no se mueven como tú.

Jasper se incorporó, continuó desplazando lentamente una silla de ruedas por el centro de una urbanización del extrarradio que se estaba llenando de gente. Fue más o menos entonces cuando Leo vio al niño. Cinco años, quizá seis. A tan solo unos metros de distancia, entre otras personas que esperaban el autobús.

Nadie mira lo que cree que es diferente.

Un niño que señalaba con el dedo y tiraba de la mano de su madre.

Por eso nadie se acuerda a posteriori de cuál era el aspecto real de esa persona que los hacía sentirse inseguros de si estaban haciendo lo correcto.

Un niño que lo estaba señalando a él, en la silla de ruedas.

Pero un niño. Un niño no ve el mundo como un adulto.

Un niño que ahora estaba gritando en voz alta.

El niño queda prendido, está en blanco, no le ha dado tiempo de volverse temeroso.

El arma bajo la manta. Los cargadores pegados con cinta americana al chaleco. No era eso lo que el niño estaba señalando ni por lo que estaba gritando, pero era la sensación que le daba.

Solo un grito más.

Un grito más y los mayores que estaban cerca y no se atrevían a mirar se fijarían de pronto en ellos, quizá luego recordarían. Jasper dio un bandazo con la silla de ruedas y se alejó lo más rápido que pudo de la muchedumbre en la parada de autobús en dirección a un sitio menos iluminado.

17.48.

Se mantuvieron a la espera, mirando de reojo la vía de entrada. Turismos, ciclistas, peatones. Entrando, saliendo.

17.49.

Algún minuto más.

17.50.

Quizá alguno más.

17.51.

En breve.

17.52.

—¿Qué coño está pasando?

—Ahora llegará.

—Ya son las...

—Ahora llegará.

17.53.

Fueron acercándose muy poco a poco, no estaban ni a diez pasos del muro que protegía la rampa de la oficina de cambio. El vehículo blanco de transporte debía llegar hasta el final sin percatarse de dos individuos entre el gentío, un hombre discapacitado y su asistente particular.

17.54.

Jasper se puso en cuclillas, no podía seguir inmóvil. Tiró de los lazos de las botas y empezó a atarse los cordones otra vez.

—¡Hola! ¿Cómo te llamas? —gritó el niño—. Y ¿por qué vas en una de esas? ¿Te duele?

Se había liberado de la mano de su madre y había ido corriendo hasta esas personas que tenían una silla con ruedas que parecían tan interesantes.

—*You go back* —dijo Jasper en inglés con un fuerte acento sueco.

—¿Eh? ¿Cómo te llamas? ¿Y qué te ha pasado en la pierna? Jasper se llevó una mano al bolsillo que se había abierto en el abrigo y abrazó una metralleta que le colgaba del cuello con culata plegada.

—*Go back.*

—¿Gobak?

—*Go back!*

—¿Se llama así? ¿Gobak? Es un nombre bonito.

Quitaba el seguro, y lo ponía, y lo quitaba. Un chasquido irritante. Hasta que Leo le dio un golpe en el costado con el brazo. Ahí venía. El furgón que iban a robar.

—*To your mama! You go back!* ¡Vuelve con tu madre!

A lo mejor el chico no se asustó. Pero no le pareció demasiado agradable que el señor que estaba de pie se agachara y le hablara con si estuviera bufando. Así que dejó de mirar y dejó de preguntar e hizo lo que le habían dicho, volvió a paso tranquilo hasta su madre y la gente de la parada.

17.54.30.

Viernes por la noche. Faltaban dos horas. Dentro del camión blindado Samuelson miró de reojo a Lindén. Casi siete años sentado a su lado, pero en verdad no lo conocía de nada. Nunca se habían tomado un café juntos en casa, ni siquiera una cerveza en un bar, a veces es así, dos compañeros de trabajo que sienten que quieren seguir así, siendo compañeros de trabajo. Tampoco podían hablar de los niños. Sabía que Lindén tenía los mismos hijos que él, pero que ahora vivían en otra casa semana sí, semana no, y tratar de hablar de lo que alguien tenía pero había dejado de tener no solía funcionar muy bien.

Los faros del furgón ahuyentaron la luz de las farolas cuando dieron la vuelta al aparcamiento y barrieron a los ellos y las ellas que estaban haciendo cola en la parada de autobús o bajando por las escaleras mecánicas para coger el metro. Otearon, escanearon con la mirada, como hacían siempre. El puesto de perritos calientes al fondo, junto al aparcamiento de bicis, tres mujeres sentadas en uno de los bancos con bolsas de la compra desbordadas, un hombre esperando en una silla de ruedas y su acompañante conversando con un niño que parecía tener la misma edad que los suyos y cuya madre ahora le tiraba del brazo, el gran grupo de quinceañeros, esperando un poco más allá, empujándose y tratando de decidir adónde ir; las mismas caras del gentío de cada noche.

Tomaron la curva cerrada que era parte del área que usaban los autobuses para dar la vuelta, luego un pequeño giro y después el monótono pitido cuando el furgón daba marcha atrás por el muelle de carga, hacia una puerta cerrada de acero.

Lindén apagó el motor y se miraron el uno al otro, asintieron brevemente con la cabeza, ambos habían hecho el mismo análisis del sitio: una especie de calma a pesar de la hora punta de la capital. Samuelson abrió la puerta del copiloto del furgón blindado y se acercó a la puerta trasera de una sola zancada. La caja del día siempre se guardaba a dos pasillos de distancia, el

despacho del jefe de seguridad, dos bolsas de tela sobre un escritorio por lo demás vacío: billetes y monedas y un recibo escrito a mano, tinta roja, 1.324.573 coronas.

El viernes era el día de la semana en que una oficina sueca de cambio contabilizaba la mayor facturación, y Farsta Centrum era el último punto de carga para este furgón blindado en esta ruta en cuestión. La hora del día en que albergaba la mayor cantidad de dinero.

17.56.

Leo había elegido objetivo, hora, lugar de asalto. Consciente de que la silla de ruedas solo los podía llevar hasta el muelle de carga. De que allí no había dónde esconderse, tenían que hacer la emboscada durante los dos pasos que el guardia daba desde la puerta trasera hasta la puerta del acompañante del vehículo. Y que tenían que hacerlo sin que nadie tuviera tiempo de dar alarma.

17.57.

Esperaron. Echaron un vistazo a la puerta de acero de allí abajo.

Ahora.

El breve zumbido de una cerradura que se abría.

Ahora. *Ahora.*

Leo y Jasper agarraron el cuello alargado de su jersey, se lo subieron por el cuello y la barbilla y la nariz y lo soltaron justo debajo de los ojos.

Sacaron un AK4 que había estado escondido debajo de una manta amarilla y una metralleta que había estado colgada bajo el abrigo largo de Jasper.

Subieron juntos y con fuerza a un murete para saltar sobre el furgón blindado que había allí abajo.

Samuelson se apoyó en la puerta de acero. La bolsa de seguridad de color verde en la mano.

Entonces lo oyó: dos pitidos del dispositivo de radio.

Despejado.

Abrió, salió al muelle de carga y oyó el chasquido que sonó en el interior del coche, tal como debía oírse cuando Lindén abría la esclusa trasera que daba acceso a la zona de carga.

Lindén estaba en el asiento del conductor cuando vio salir a Samuelson con la bolsa en la mano. Apretó también el botón para cerrar la esclusa interior y estaba a punto de volverse para encontrarse con su compañero cuando vio algo más. No muy claro, más como un fragmento, como cuando vislumbras algo, lo registras y tratas de encajar las piezas sin comprender del todo. Primero —seguramente, a través del parabrisas— le pareció que la silla de ruedas que había observado entre el gentío al llegar estaba tirada en la acera de arriba, vacía. Y luego —por uno de los retrovisores laterales— un movimiento, como si alguien le cayera encima desde el borde del muro, alguien que tenía la mitad de la cara negra, aun a sabiendas de que las personas pocas veces se muestran así. Y por último debió de ser Samuelson, que abrió la puerta lateral ¡*Arranca!* Y se lanzó dentro ¡*Arranca, coño!* Y rodó por el suelo del furgón para ponerse a cubierto.

—*Open door!*

El segundo que necesitaba para entender.

Y cuando lo hubo entendido, los dos segundos que necesitaba para introducir el primer código: cuatro dígitos y la puerta de acero de la zona de carga volvió a bajar, bloqueando el acceso al dinero. Y cuando lo hubo entendido, los dos segundos que necesitaba para introducir el segundo código: cuatro dígitos en el cuadro de mandos para poder girar la llave en el tambor de arranque.

—*Jalla jalla, open door!*

Ya era demasiado tarde. Alguien había aterrizado en el capó del furgón. Máscara negra y ojos penetrantes y un arma automática que lo estaba apuntando.

Lindén no levantó los brazos, no se volvió hacia la puerta.

No hizo nada.

Y el cañón de metal iba creciendo, se le iba acercando.

Cada día durante siete años seguidos se había imaginado esto, cada vez que había analizado un grupo de personas se había preparado para ello, y ahora, mientras ocurría, no tenía nada que ver con lo que se había imaginado. No había podido saber que comenzaría en el pecho, en el centro del mismo, y que luego iría subiendo a presión hasta la garganta. Ni que luego no se libraría

de ello por mucho que gritara.

—*You open fucking door!* ¡Abre la puta puerta!

Entonces lo comprendió. No se libraba de ello porque no era él el que estaba gritando. Era otra persona. A su lado. Había otro ahí fuera, al otro lado de su ventanilla. Otra cara enmascarada de la misma manera, tela negra sobre la barbilla, la nariz, las mejillas, hasta los ojos. Pero con otro tipo de voz. Desesperada. No más amenazante ni más fuerte, sino más desesperada.

Alguien iba a morir. Eso era lo que sentía en el pecho. Muerte.

La ventana estalló en mil pedazos y el ruido fue atronador, lo único que podía pensar era lo fuerte que sonaba cuando alguien estaba tan cerca disparándote. Distinguió dos tiros y se echó para atrás, la cabeza y la espalda pegadas al asiento, la tercera bala le azotó el mentón y la laringe, la cuarta dio en el cuadro de mandos y la quinta en la puerta del copiloto mientras él tiraba de la alarma de la central por acto reflejo.

—*You open door!*

Se tardaba tres segundos en vaciar un cargador de metralleta de treinta y seis balas. Para esto, cinco balas a través del cristal de un furgón blindado, Jasper solo había apretado el gatillo medio segundo, pero se le había hecho mucho más largo que eso.

—*You open or yon die!*

Leo seguía en el capó del furgón apuntando al guardia, que se apretaba contra el asiento del conductor mientras Jasper golpeaba con la culata de la metralleta el cristal blindado medio destrozado. Hasta que el otro guardia, el que estaba tirado allí dentro en el suelo, levantó dos brazos por encima de la cabeza.

Samuelson observó a Lindén, su cuello, le salía sangre, y nunca había pensado antes en ello, lo roja que puede ser la sangre cuando es fresca. Se había incorporado, los brazos por encima de la cabeza, había abierto la puerta lateral y dejado entrar al de la máscara negra que antes estaba sobre el capó y que ahora estaba dentro del furgón apuntándole con el arma en la sien y hablando inglés con acento, exigiéndole que abriera la esclusa que daba acceso a la caja de seguridad. Intentaba explicarle. Pero no tenía palabras. No

en inglés. Quería hacerlo, explicarle que desde ahora la puerta de la esclusa estaba cerrada, bloqueada por código, y que ahora solo se podía abrir desde la central. Buscaba las palabras ausentes mientras la cara enmascarada se mantenía a la espera, atenta, tan tranquila, tan controlada, no como la otra, que tenía la voz desesperada y que había disparado contra la ventana. Esta cara era la que llevaba la voz cantante, era obvio, también cuando le apretó el cañón un poco más fuerte en la sien derecha.

Linden estaba desplomado en el asiento del conductor, la sangre caía por su cuello.

Y Samuelson lloraba en el suelo, en algún punto por detrás de sus espaldas.

Y la mano, la mano de la cara impasible, que se paseaba por los bolsillos de sus pantalones, del anorak, buscando hasta encontrar el manojito de llaves.

Y la desesperada, que sin dejar de gritar lo quitó del asiento a empujones, el arma contra su pecho cuando él no se movía lo bastante deprisa.

—*Start engine!*

El orificio del arma bajó de la frente a la boca. Dentro de ella.

—*You start! Or I shoot!* ¡Arranca o disparo!

El arma entre sus labios y sobre su lengua cuando se inclinó hacia el panel de códigos, cuatro cifras, el requisito para poder arrancar el motor.

—*I kill I kill I kill!*

La mano, que había perdido toda la sensibilidad, y los dedos, que no hacían caso, y Lindén introdujo el código otra vez y giró la llave y el furgón se puso en marcha.

Jasper subió despacio por la rampa del muelle de carga y por encima de la acera, en dirección al área de giro y la salida del aparcamiento. Nadie había reparado en los cinco disparos, que primero se habían visto atrapados por el murete que rodeaba la rampa y luego se habían diluido en una imagen sonora que era la de toda la gran ciudad.

Dos metros más arriba de un muelle de carga y la vida continuaba como si

no hubiera pasado nada.

Si seguían conduciendo a una velocidad normal. Si no llamaban la atención podrían vaciar la caja fuerte con calma y tranquilidad y luego desaparecer.

—*Open inner door.*

Leo sostenía el manajo de llaves en alto y se lo pasó a uno de los guardias. Ahí, en algún lugar, estaba la llave que escondía siete llaves más para siete cajones con siete cajas de dinero, cerca de un millón en cada una.

—... *please* ¡Cerrada!... *the door is locked. With code.* ¡Un código especial! ¡Solo se puede abrir desde la central!... *please please...*

—*You open. Or I shoot.*

Un vistazo rápido por la ventana.

Allí fuera, un barrio exterior de Estocolmo en movimiento. Ahí dentro, un guardia que yacía en el suelo y que parecía sumirse en su propio mundo para no tener que participar en el de fuera, y otro guardia con sangre en la barbilla y el cuello que todavía se podía comunicar.

—*Understand? Please! Only... only open at headquarter.*

Unos minutos más.

Nynäsvägen, Örbyleden, Sköndalsvägen. Más casas de alquiler, un campo de fútbol, una escuela.

Y allí arriba la cima de la empinada colina que estaban a punto de pasar. Si alguien los seguía. De aquí no podría pasar.

Félix respiraba despacio.

Coge aire. Suelta aire.

Llevaba veinticuatro minutos tirado en la hierba alta y mojada en la cima de una colina donde de pequeño había jugado a hacer la croqueta, junto al desvío que entraba a Sköndal, no muy lejos de la casa que había sido blanca y bastante pequeña y de sus abuelos.

El arma tiritaba, *coge aire, suelta aire*, cada respiración era perder el ritmo y volver a empezar, *coge aire, suelta aire*, una mano en el mango y un dedo en el gatillo, la otra en el cañón y el ojo abierto mirando por encima del

alza y la mira.

La avenida Nynäsvägen allí abajo, como si pudiera cogerla con la mano a pesar de hallarse tan lejos, una línea borrosa cuando se fusionaban los faros de los coches, vehículos de camino a casa por una de las vías más transitadas de Estocolmo. Y más atrás, Farsta Centrum, fachadas de edificios que brillaban con las luces de neón, era hacia allí adonde apuntaba el intranquilo cañón del arma, allí era por donde vendría Leo.

Allí. La furgoneta blanca.

No.

No es esa. Era blanca, y grande, pero no era un furgón blindado.

18.06. Dos minutos tarde. Dos y medio.

La maldita arma se le escurría, vibraba.

Tres minutos. Tres y medio.

Allí. ¡Allí!

Vislumbró el techo de una furgoneta blanca cruzando el puente y dejando atrás la curva cerrada a la izquierda, buscó con la mira telescópica y miró el puesto del conductor, una cara tapada con el mismo cuello de cisne que él llevaba, después el espacio de detrás de los asientos, Leo en cuclillas delante de dos hombres que yacían en el suelo, uno con las manos sobre la cabeza.

Y entonces lo vio. Detrás del furgón. Un turismo, dos personas en el asiento delantero.

Si nos siguen, lo harán en un coche patrulla pintado o un turismo, siempre negros, siempre Saab 9-5 o Volvo V70. Este era negro. Lo vio al desplazar el cañón del arma. Pero no la marca. Miras el lado derecho, tiene que haber un segundo retrovisor, así es cómo lo reconocerás y sabrás que son policías de paisano, y no aprietas fuerte, más bien abrazas el gatillo.

Buscó con la mira.

Félix, escúchame, yo mismo he ajustado el arma y no puedes fallar, o sea que nadie tiene por qué salir herido. Le pegas un tiro al motor y dejas el coche fuera de juego.

No estaba seguro, el retrovisor extra, no estaba del todo seguro de si llevaba uno.

Y abrazó un poco más el gatillo sobre el capó del coche.

Leo miraba a los guardias, Jasper al volante, y por la ventana cuando pasaron la colina. Línea de tiro despejada desde allí arriba, todo el camino hasta el puente. Y un AK4 con mira telescópica que había encargado de forma especial y que estaba tan bien calibrado que cualquier persona podría darle a cualquier cosa a trescientos metros.

Si alguien los seguía. Bastaría con un solo tiro.

Félix estaba temblando. El coche negro seguía muy de cerca. Demasiado.

Luego esperas, no abandonas el sitio y no sueltas el arma hasta que hayamos pasado y tú estés seguro de que no nos sigue nadie.

El furgón blanco giró a la izquierda después del puente, en el cruce de Ågesta Broväg-Perstorpsvägen, tal como habían planeado. Treinta metros más atrás los seguía el mismo coche.

Coge aire, sácalo.

Dejó que el punto de mira descansara sobre el morro, el refrigerador, y acarició el gatillo, lo abrazó.

Hasta que el turismo negro que a lo mejor había tenido un segundo retrovisor lateral de pronto dobló a la derecha, en la dirección opuesta. Aceleró, desapareció.

Félix ya no temblaba, eran escalofríos, respiraciones que se desbocaban.

Dos personas en el asiento delantero. De camino a casa. A un simple empujoncito con el dedo índice de la muerte por haber ido por la calle equivocada en el momento equivocado.

Se levantó de la hierba mojada, metió el arma en la bolsa y se bajó la tela que le tapaba la cara hasta que se convirtió de nuevo en el cuello vuelto de un jersey. Y corrió. Colina abajo, por el bosque y la zona de cabañas, estaba oscuro y cayó sobre una valla bajita y puntiaguda, se le cayó la bolsa, se incorporó, siguió corriendo hasta que llegó al vehículo que estaba aparcado allí abajo.

Habían pasado la colina. Félix no había disparado.

Nadie los seguía.

Leo miró la puerta cerrada de la esclusa. Allí dentro lo esperaban las otras siete cajas de la jornada: ocho, quizá nueve millones de coronas.

Habían tenido unos pocos segundos de tiempo. Habían necesitado uno más.

El guardia había tenido tiempo de introducir el código y la pared de acero había bajado y protegía ahora los cajones de seguridad. Tenían que haberlos abierto y vaciado antes de llegar al punto de reunión. Ya no era posible. Pero todavía estaban a tiempo de salirse del plan.

—¿Dónde nos llevan? *Please, please... where do you take us?*

En el punto de encuentro podrían reventar la puerta a tiros, pero eso equivalía a hacer demasiado estruendo.

—*What... pie ase, I beg yon, please... will you do with us?*

Podrían obligarlos a contactar con la central para abrir a distancia, pero eso equivalía a tardar demasiado.

—*I have... please please please please... Tengo hijos... I have children!*

El guardia que estaba en el suelo, el que sangraba un poco, se llevó una mano al uniforme, la metió debajo, y Leo le asestó un golpe con el arma en el hombro.

—*You stay put!*

Un movimiento interrumpido que al cabo de un segundo continuó, la mano otra vez por dentro del anorak, la mano que sostuvo algo en alto.

—*My children! Look! Tengo sus fotos. Please. Please!*

Dos fotografías en una cartera.

—*My oldest. De once años. Mírelo... Look!*

Un chico en un campo de fútbol de tierra. Delgado, pálido. Una pelota bajo el brazo. Tiene el pelo sudado y sonríe tímidamente con las medias blanquiazules por los tobillos.

—*And this... please please look... this is... heis seven. ¡Siete!*

Una mesa un poco más distinguida en un comedor o salón y parece un cumpleaños, son muchos, todos los sitios están ocupados, y todo el mundo va arreglado, están alrededor de un mantel blanco y un gran pastel. Al niño que se inclina hacia las velas y que está a punto de apagar la mitad le faltan dos incisivos, pero aun así su sonrisa es amplia.

—*My boys, please, two sons, look, look, hermanos...*

—*Turn around.*

Se topó con un brazo estirado y dos fotografías con los colores quemados, las agarró, las tiró al suelo.

—*Two boys, my boys... please!*

—*Turn around! On stomach! And stay!* ¡Quietos!

Vincent guiaba un bote de goma con sitio para cuatro personas, inflable y plegable.

El último trozo sobre aguas relucientes. La ensenada de Drewiken. Una curva abierta más y la mano rodeando el acelerador del motor de dos tiempos cuando a la izquierda vio la luz en el lindero del bosque. —Farsta Centrum— y la oscuridad de enfrente —la playa de Sköndalsbadet—.

Vincent apagó el motor, se deslizó hacia el pantalán y la playa. Desierta. Y él que durante el último kilómetro había creído que llegaba tarde.

Se detuvo junto al pantalán, bajó del bote y lo subió entre los juncos.

Y comprendió por qué Leo había elegido este sitio. La ensenada resguardada con la playa que llevaba todo el otoño cerrada y donde su madre había trabajado con los que habían tenido la misma edad que él, misma edad pero con y sin silla de ruedas.

Estaba de pie en el largo pantalán de madera meciéndose lentamente. A unos cuantos metros estaba el otro pantalán, mucho más corto y bastante más viejo, y Vincent pensó en un verano que aprendió a nadar, Leo que lo había instruido en el agua y en tierra y que se había inventado un nivel nuevo. Lo habían bautizado como el Pantalán y Vincent lo conseguiría cuando supiera nadar los diez metros que separaban el embarcadero viejo del nuevo, el nivel que Leo se había inventado y del que solo existía un ejemplar. Vincent había luchado con los brazos y había pateado con las piernas hasta que una tarde, cuando los demás ya se habían ido a casa, logró hacer todo el recorrido sin poner un pie en el fondo, Leo había aplaudido y le había entregado la marca: un gran trozo de madera con letras talladas.

Se balanceaba, arriba y abajo, un tablón que estaba demasiado suelto, arriba y abajo. También el pantalán nuevo comenzaba a hacerse viejo. El tablón al que se había cogido después de dar la última brazada, el apoyo que durante tanto tiempo había sido la mano de Leo, la que no lo dejaba hundirse

en el agua fría, junto con la voz, que siempre estaba allí exhortándole a pensar solo en la siguiente brazada, solo eso, ni sentir, ni mirar, solo seguir hacia delante y dar la siguiente brazada.

Intentó meter aire caliente en el estómago, respiraciones profundas que debía retener unos segundos, pero no lo conseguía, buscaban la salida a golpes entrecortados.

Ya deberían estar aquí. Él tendría que haber estado *allí*. Cualquier cosa menos esto: no saber.

Olía mal. La nariz sobre la mano, el brazo, el hombro.

Vincent notaba perfectamente cómo se abría paso por los poros de su cuerpo, eso que venía de dentro y que no tenía dónde meterse. Un olor que no había notado *jamás*, fuerte, ácido, asfixiante. Una preocupación que era más miedo del que cabía en su interior.

Clavó las rodillas en el suelo y se asomó por encima de la superficie resplandeciente, agua helada en las manos al lavarse la cara.

El arma se le clavaba en la espalda y la cambió de posición. Leo se la había dado en el pasillo antes de separarse, *el cañón siempre hacia abajo si la situación no requiere otra cosa*, Leo había hablado con claridad mientras le enseñaba, *quitas el seguro, pones el seguro, quitas el seguro*, lo había agarrado fuerte por los hombros, *piensa que eres tú el que manda, Vincent, no el arma*.

18.11.

Ya deberían haber llegado.

Félix había bajado la colina corriendo como el rayo, había cruzado el bosque y la zona de cabañas, en dirección a la pickup. El camino estrecho de grava y luego el camino asfaltado un poco más ancho hasta que se halló junto al puente al que acababa de apuntar. Y quizá el latido de su corazón se había vuelto un poco más regular, quizá le era un poco más fácil mantener firme el volante. Cuando oyó las sirenas.

Cuando vio las luces azules girando sin cesar.

—Vincent, ¿dónde estáis?

—Sigo aquí. En el pantalán. Esperando.

Un teléfono móvil que solo podía usar en caso de emergencia.

—¿Qué... *sigues* ahí?

—Sí. Aún estoy solo. Todavía no han llegado.

La voz de Vincent, débil.

—Mierda... *Mierda*.

—¿Félix?

—¡Mierda!

—Félix, ¿qué...?

—¡La puta poli está pasando ahora mismo por mi lado! ¡En dos minutos habrán llegado a dónde estás tú!

Vincent sujetaba el móvil con la voz de Félix y seguía oliendo y le salía de dentro y era aún más fuerte: el miedo, que estaba saliendo.

Fue entonces cuando lo vio, cuando lo oyó.

Un coche que se detenía y unos faros que cayeron sobre las ventanas de los cobertizos, los vestuarios de la playa donde terminaba la arena.

Y luego, las voces. Que hablaban fuerte. Que gritaban.

Leo comprobó la hora.

18.12.

En el punto de control nadie los estaba siguiendo. Todavía tenían tiempo de forzar la puerta de la esclusa que los separaba de otros nueve millones de coronas. Justo iba a bajar del furgón cuando Jasper sacó a rastras al guardia.

—¡Abrir! *Open! Or I shoot!*

Ya lo había visto dentro del furgón. Dos personas que estaban al límite.

—*I... can't. I can't!*

Jasper, que estaba de pie y le metió un arma automática en la boca al guardia.

—*I shoot!*

Y el guardia, que estaba de rodillas, llorando.

—¡No puedo! ¡Por favor! *Pleasepleaseplease please!* Jasper retiró el cañón y dio dos pasos atrás, levantó el arma.

La bota negra se hundió en la hierba cuando apoyó todo el peso de su cuerpo en la pierna izquierda y se llevó la culata al hombro. El dedo sobre el gatillo y unos ojos con los que no se podía establecer contacto.

Un coche se había detenido y apagado los faros.

Después Vincent había oído voces agitadas. Ahora oía disparos.

No uno. No cinco. Veinte, quizá treinta.

Sabía que él no podía ser visto. Solo tenía que haber dos atracadores. Eso era todo lo que los guardias del furgón debían ver y luego testificar.

Pero Félix lo había llamado. Los que los seguían estaban cerca. No tenía elección.

El dolor se repartía por todo su hombro y le resultaba agradable. Su respiración era convulsiva.

Jasper había vaciado el cargador y se abalanzó sobre la esclusa, la tocó con la mano.

Ni un rasguño.

La mano por dentro del anorak, al chaleco, a por otro cargador.

Cuando oyó pasos.

Allí, en la oscuridad, y se estaban acercando.

Se volvió hacia ellos, el arma delante del cuerpo, preparado para disparar.

Vincent no tenía elección, tenía que avisarlos. Corrió por la arena fina y la hierba en las que en otra época habían solido plantar las toallas, corrió hasta que vio el contorno del furgón. Junto a él, Leo y Jasper.

Jasper apuntó con el arma a los pasos que se acercaban.

Una cara. Estaba seguro. Allí, en la oscuridad.

Soltó el primer disparo.

Leo había oído pasos. Y había visto a Jasper volver el arma hacia el origen de los mismos. Lo había visto apretar el gatillo y luego había sentido eso que le resultaba tan familiar, el modo en que alguien ponía el pie en el suelo, su forma de mover el cuerpo. Y, simplemente, lo supo. Se abalanzó, la mano aferrada al cañón cuando lo desvió hacia arriba.

—Me ha llamado Félix, dice que...

Alguien a quien Leo había reconocido y que no debería estar allí, alguien que podía haber caído muerto por el disparo de Jasper y que ahora le susurraba con la boca pegada a su oreja.

—... la poli viene hacia aquí, ¡han pasado el punto de control!

Leo agarró fuerte a su hermano pequeño.

Tenías que quedarte en el pantalán.

—Vuelve.

Podría haberte perdido.

—Y pon el bote a punto.

Leo miró a Jasper y a una puerta de acero que estaba intacta. Tenían prisa. Vincent jamás se habría saltado una orden si no fuera realmente necesario.

—¡Vete!, *now*.

Habían gastado sus nueve minutos de Farsta a las aguas de Drewiken. Además, había añadido cuatro. No había más tiempo.

—*Now*.

Jasper vio la luz azulada que se estaba acercando, que se abría paso entre las copas de los árboles. Todavía tenía el cargador lleno, treinta y seis balas.

La voz de Leo tendría que esperar. Quería quedarse, enfrentarse a esos cabrones.

—*Now!*

Las luces y las sirenas. Y los gritos de Leo.

Jasper empezó a correr, pero no en dirección al bote, primero a los guardias, uno, luego el otro.

—*Sharmuta*, sabemos nombres.

Les arrancó las placas de identificación que colgaban del bolsillo del pecho. Nombres, número de identidad.

—Si vosotros hablar alguna vez.

Los tres metros de bote se deslizaron por los juncos. Leo delante, Jasper en el centro y Vincent atrás, con una mano alrededor de la cuerda de arranque.

Tiró. Nada. Volvió a tirar. No pasaba nada.

—¡Venga, vamos, cono!

Los dedos de Vincent resbalaban y no conseguía agarre, y cuando lo hizo siguió tirando una y otra vez sin que pasara nada.

—¡El cebador, Vincent, cojones! —Ladró Leo.

El botón cuadrado hasta fuera del todo. Un tirón fuerte de la cuerda.

Y el motor volvió en sí.

Leo miró a su hermano pequeño otra vez, el que siempre había sido tan pequeño pero que acababa de actuar por cuenta propia a pesar de una orden explícita y había decidido abandonar su puesto y dar el aviso. Y vio el resplandor azul a sus espaldas, casi le parecía hermoso sobre el fondo negro; pronto se debilitaría al otro lado de la roca, cuando se adentraran en el agua y desaparecieran en la oscuridad.

John Broncks apoyó la cabeza en el cristal de la gran ventana.

Fresco, casi frío al contacto con la frente. Los flacuchos árboles recién plantados que estaban en fila en el patio interior de la comisaría de Kronoberg habían pasado una larga temporada cargados de hojas verdes que luego se volvieron amarillas y rojas y que ahora se precipitaban al suelo, marrones, donde se quedaban para ser pisoteadas.

Siete menos diez, viernes por la tarde.

Poca cosa ahí fuera. No mucho más aquí dentro.

Debería irse a casa.

A lo mejor lo haría, luego.

El pasillo del departamento y la cocinita, que estaba más o menos en el medio, el cazo en el fuego y el agua hirviendo en una de las grandes tazas que alguien había comprado y dejado allí, un «té de plata», agua caliente con leche, solía tomarlo así. Un par de despachos con la luz encendida, solo eso. Cuatro puertas más allá, el despacho de Karlström, y al final del pasillo el comisario de la Judicial, a punto de jubilarse, escuchando su música de los sesenta y durmiendo en un sofá de pana de color marrón. Alguien en quien él no se quería convertir y en el que nunca se convertiría, alguien que pasaba las noches en comisaría porque huía de su propia soledad, un gran pozo negro por el cual despeñarse. Broncks estaba aquí por el motivo contrario, porque no necesitaba resguardarse, le gustaba llegar a casa tras habérselo ganado, tras darse el permiso a sí mismo.

La taza caliente en la mano, el agua que no sabía a nada pero que entraba tan bien. El escritorio de Broncks era igual que el de todos los demás. Montañas de carpetas, casos paralelos con los que otros se ahogaban pero que en este escritorio eran como el otoño: algo con lo que se hacía más fácil

respirar.

INTERROGADOR JOHN BRONCKS (JB): ¿Ella estaba tumbada?

OLA ERIXON (OE): Sí.

JB: Y entonces... ¿usted la golpeó?

OE: Sí.

JB: ¿Cómo?

OE: Me senté encima, sobre su pecho, a horcajadas. Mano derecha.

Otra vez.

JB: ¿Otra vez? ¿Fueron varias veces?

OE: Le gusta fingir.

JB: ¿Fingir?

OB: A veces... hace ver que se desmaya.

Cada noche. Más o menos a esta hora. Lo llamaban con más fuerza. Los casos que no le permitían salir a encontrarse con lo demás, con lo que había al otro lado de la ventana.

TOMAS SÖRENSEN (TS): Lo llevé hasta su cuarto y le pregunté si notaba alguna diferencia.

INTERROGADOR JOHN BRONCKS (JB): ¿Diferencia?

TS: La lámpara estaba encendida, joder. Llevaba así todo el día. Así que le apliqué un correctivo.

JB: ¿A qué se refiere con eso?

TS: El libro. En el cogote. ¡A ver si se entera de que cuesta dinero! No es la primera vez.

JB: ¿Que lo pega?

TS: Que se deja la lámpara encendida.

JB: Su hijo solo tiene ocho años.

(Silencio).

JB: Ocho.

(Silencio).

JB: ¿Continuó? ¿Golpeándolo? Con el libro... ¿uno grueso, de tapa

dura?

TS: Mmm.

JB: Y después... quiero que mire las fotos un poco más abajo, ¿la espalda, el abdomen, la nuca, el coxis?

TS: Pero entiende que se lo merece, ¿verdad?

Noche tras noche saltando de un caso a otro y, en general, todos de este estilo. Pero no era la persona que golpeaba. O la persona que era golpeada. No era por sus respectivas culpas. Él nunca las había visto antes, tampoco las conocía. No era esa la razón por la que se quedaba aquí cuando el pasillo estaba vacío. Eran los golpes en sí. Carpeta tras carpeta, documento por documento.

ERIK LINDER (El): Ella no me hizo caso.

INTERROGADOR JOHN BRONCKS (JB): ¿A qué se refiere?

EL: Lo que le he dicho.

JB: Y usted... ¿usted qué hizo?

(Silencio).

JB: Esta foto... según el informe del médico, primero le ocasionó una fractura de mandíbula a la dependienta.

(Silencio).

JB: Y esta, es el tórax de la chica, le dio varias patadas.

(Silencio).

JB: ¿Y no tiene nada que decir al respecto?

EL: Oiga.

JB: ¿Sí?

EL: Si hubiese querido matarla... lo habría hecho.

Y aun así. A pesar de que no le importaban las personas a las que nunca había visto. Cada vez que investigaba un caso de violencia extrema era como si se volviera más sagaz, más interesado. Una fuerza de atracción que no lo dejaba marchar. Hasta que el autor de los hechos estaba encerrado en una celda de prisión preventiva cuatro plantas más arriba.

—¿John?

Llamaron a la puerta. Había alguien en el umbral. Alguien que ahora entraba.

—Sigues aquí, John.

Karlström. El jefe del departamento de investigación criminal. Su jefe. El abrigo puesto, bolsas de papel llenas en el regazo.

—De media, cincuenta y un casos al año de agresión solo en mi mesa, Karlström, ¿lo sabías?

—Sigues aquí, como cada noche.

Dos hojas con fotografías del cuerpo de una mujer. Broncks las sostuvo en alto.

—Escucha esto: «Si hubiese querido matarla lo habría hecho».

—¿Y el fin de semana, John? ¿Te lo vas a pasar aquí dentro?

Otras fotos de otra carpeta. También las levantó.

—O esto, Karlström: «Entiende que se lo merece, ¿verdad?».

—Porque si es así, si a pesar de todo vas a quedarte, quiero que dejes eso de lado.

Más fotos, no muy nítidas, sin duda tomadas por el mismo técnico bajo la misma luz de hospital.

—O esta, escucha, casi es la mejor: «Hace ver que se desmaya».

Karlström cogió los documentos y los amontonó a un lado del escritorio sin siquiera mirarlos.

—John, ¿has oído lo que te he dicho?

Señaló el reloj de pared que John Broncks tenía detrás del hombro izquierdo.

—Hace una hora y siete minutos. Furgón blindado en Farsta Centrum. Cerca de un millón. Armas automáticas, disparos. Secuestran el furgón y lo llevan a una playa de Sköndal. Más disparos cuando los atracadores encapuchados, dos, intentan entrar en la zona de carga.

La pila de fotos que los separan, Karlström la levantó, las agitó en el aire. Y luego las dejó bocabajo.

—Ahora te olvidas de esto. Son casos cerrados. Quiero que vayas para allí. Que tomes el mando. Ahora.

Sonrió.

—Viernes noche, John. Todo el sábado. Quizá todo el domingo, si tienes suerte.

Karlström estaba a punto de coger las dos bolsas de papel y salir cuando cambió de idea y de una de ellas sacó un bogavante moteado, vivo, gomas elásticas aprisionándole las pinzas.

—Mi noche, John. Raviolis caseros. Una hoja de albahaca en cada oblea de pasta. Le pones bogavante fresco, trufa rallada, sal, aceite de oliva. Doblas la oblea en forma de media luna, aprietas bien los bordes, las sellas. A los niños les encanta.

John también sonrió, observó a un jefe que cada viernes por la tarde se iba corriendo al mercado de Östermalmshallen para probar alguna muestra de carpacho de ternera y luego sentarse en la cafetería y lamentarse de que prohibieran el pollo campero criado a base de maíz.

Uno de ellos, bogavante con gomas elásticas. El otro, alarma de robo de un furgón blindado.

Tú tienes el fin de semana que buscabas. Y yo tengo el mío.

Félix no tenía frío. A pesar de estar desnudo. Por la misma razón por la que no había disparado contra un coche negro que los había seguido y luego había doblado a la derecha.

Una especie de calma que solo era suya.

Leo, tres años mayor y el primero en tragar, si hubiera sido él el que hubiese estado en la colina apuntando a un coche sospechoso habría apretado el gatillo: por si acaso. Vincent, cuatro años menor y el que siempre se había visto protegido, el que siempre había podido ser pequeño, si él hubiese estado allí tumbado también habría apretado el gatillo: por el pánico. Y Jasper, que había deseado tantísimo ser el cuarto hermano, si hubiera sido él el que hubiese estado allí tumbado también habría apretado el gatillo: porque podía hacerlo.

Félix paseó la mirada por el oscuro bosque, sobre la superficie negra del agua.

Descalzo sobre la roca húmeda.

Se puso el neopreno, delgado, de manga corta y media pierna para reducir

la flotabilidad, tenía que sumergirse un trozo, comprobar que el traje se hundía.

La linterna en la mano, aún sin encender. Buscó sobre el agua, un viento moderado que generaba olas muy largas con rizos palpables.

Silencio. Demasiado silencio.

Quizá era él el que no oía. O quizá era el viento, que se llevaba el ruido de un bote inflable con motor Mercury.

Hizo ráfagas con la linterna: tres veces con la luz verde.

Despejado.

La bahía levemente curvada, después la punta estrecha y los cables de alta tensión que unían las dos playas como gruesas cuerdas de tender por encima de sus cabezas, luego las rocas escarpadas y, después, meta. Allí.

Débiles, aún estaban muy lejos y los árboles de la orilla estaban de por medio, pero Leo lo pudo vislumbrar, la luz, tres destellos, verdes.

—¿Vincent?

¿Sí?

—Cambiemos de sitio.

Leo había hecho pruebas con el bote con esta misma oscuridad. Un último tramo y estarían cerca de tierra firme, entre rocas afiladas que no se veían. El acelerador en la mano cuando redujo la marcha y giró, y otra vez.

—¡Vincent, joder, lo logramos!

Ahora Vincent estaba más cerca de Jasper, quien le puso la mano en la nuca.

—¡Eh, Vincent! ¡Nadie ha robado nunca un furgón blindado con tanto estilo!

Y notaba la alegría de Jasper, desde luego, pero le faltaban fuerzas para mostrarle la misma ilusión.

—¿Qué coño te pasa? ¿Te encuentras mal? ¡Si lo logramos!

—¿Que qué me pasa? Por poco me matas, joder.

—Tenías la orden de quedarte junto al bote. ¿Cómo iba a saber que te pondrías a correr por allí?

—Si no os hubiese avisado, si no hubiese...

—Silencio, los dos. Y Jasper, quítate la peluca, métela en la bolsa y lávate la cara.

Leo aminoró un poco más, la hélice más lenta en el agua negra.

La roca de allí delante. Un arco abierto por el interior. Y luego rodear el montículo.

Tres destellos.

Una luz verde que se hizo más intensa, más clara.

Se dirigió hacia ella.

El peñasco con dos abetos flacuchos, el punto de referencia. Y Félix que ya estaba allí, en neopreno y descalzo.

Habían llegado.

Saltaron del bote con tres armas automáticas y una bolsa de valores que acababa de salir de una oficina de cambio, mientras Félix iba a buscar cuatro bolsas Adidas idénticas que habían estado escondidas en la hierba alta y que contenían tejanos, jerséis, anoraks, sticks de *hockey*. Se puso las aletas y las gafas de buceo y entre todos llenaron el bote con los pedruscos que había hecho rodar hasta la orilla.

Leo, Vincent y Jasper empujaron el bote en el agua fría para Félix, que nadaba al lado, la tela marrón del neopreno como una segunda piel. Había llegado al centro del estrecho cuando se subió a pulso al ancho borde de goma y comenzó a hacer tajos profundos en el fondo del bote con un gran cuchillo, cortes largos en los lados y en la popa y, por último, cuando la mayor parte del aire ya había sido expulsado con un suspiro y el bote se estaba hundiendo, cuchilladas más pequeñas hasta donde pudo alcanzar.

Poco a poco bajo la superficie del agua.

Muy poca visibilidad, apenas de un brazo, pero sabía que según las cartas náuticas había una profundidad de diez metros y acompañó el bote unos tres, quizá cuatro metros antes de volver a subir. De pequeños se habían bañado tantas veces aquí, nadado y buceado y buscado tesoros que no existían, sin alcanzar jamás el fondo de lodo azul que esperaba, perfecto para que un bote de goma hundido quedara atrapado.

John Broncks había tomado nota de la alarma de robo de un furgón blindado y

había bajado corriendo al coche en el aparcamiento de Kronoberg, había cogido la avenida Drottningholmsvägen y había cruzado el puente de Västerbron y había parado para comprarse un perrito caliente en el 7-Eleven de Hornstull, cuatrocientas calorías que podía engullir en el mismo tiempo que otro necesitaba para cantar una receta de raviolis de bogavante. Skanstull y plaza Gullmarsplan y avenida Nynäsvägen y gente por todas partes de camino a un viernes por la noche, la transición de una vida a otra, el sistema colectivo de recompensa.

Una hora y siete minutos desde que le pasaron la alarma. Veintidós minutos en el coche. Pasó por Enskede a sabiendas de que los dos atracadores encapuchados que habían secuestrado un furgón blindado y a sus guardias ya estaban en otro sitio.

Aceleró a la altura de Tyresövägen pero sin separarse de los documentos que había dejado sobre el escritorio. El marido que acababa de matar a golpes a su esposa y luego se había quedado esperando a que llegara la primera patrulla de policía, que no había sabido gestionar la soledad que por cada golpe que daba se volvía más solitaria. El padre que había llevado a su hijo al médico y lo había obligado a mentir, a explicar que las marcas que le había dejado un libro de tapa dura eran el resultado de una caída en *skateboard* que no había rodado tan bien por una barandilla como él había esperado. Y el hombre que había guardado silencio ante las imágenes de una dependienta destrozada, convencido de que él tenía el control y que por eso podía dejar de pegar cuando él quisiera. Broncks los había interrogado a todos durante la semana. Y habían confesado.

Salió de la arteria principal, que de forma gradual había pasado de hora punta a incipiente fin de semana, a toda prisa por la carretera secundaria del barrio de las afueras de Estocolmo llamado Sköndal, entre casas pareadas que luego eran casas unifamiliares que luego eran una playa vacía y una ensenada. Que *debería* haber sido una playa y una ensenada. Pero ahora había tres coches patrulla, una ambulancia y un furgón blindado abierto.

Tú tienes el fin de semana que buscabas. Y yo tengo el mío.

El helicóptero zumbaba allí arriba, los perros ladraban allí al lado. Luego se vería con ellos. Primero el furgón blanco. Se acercó, cinco orificios de bala en uno de los cristales laterales y sangre seca de la barbilla al cuello del

guardia que tenía más cerca, el personal de ambulancia a su lado. No era urgente. Las heridas reales, las que quedarían para siempre, solo estaban por dentro.

—Todavía no.

Una mujer joven en uniforme verde de personal sanitario y cartelito rojo con su nombre en el pecho miró primero a Broncks y luego señaló con la cabeza al guardia que estaba tumbado, buscando con la mirada sin ver nada, el cerebro que no procesaba, que se había desconectado para no desmoronarse.

—De acuerdo. ¿Cuándo?

—Está en *shock*.

—¿Cuándo?

—Todavía no lo puede interrogar. ¿Entendido?

Broncks se dirigió al otro guardia, que se había puesto a dar vueltas y vueltas al furgón, giros cada vez más abiertos.

—Hola, me llamo John Broncks y me gustaría...

—Fui yo. ¿Entiende? Fui yo quien los dejó entrar.

Un poco más deprisa, un círculo un poco más ancho delante del capó.

—Si no, habríamos muerto. ¿Lo *comprende*? Ya habían disparado por la ventana. Pero luego, la esclusa, Lindén la había cerrado, y ellos querían entrar, iban a... volvieron a disparar.

—¿La esclusa?

—A los cajones de seguridad. El resto del dinero.

Broncks echó un vistazo dentro del furgón.

Sangre y cristales y casquillos en el asiento y el suelo. En el salpicadero, un recibo, *Forex Estación Central3001* bajo una fina capa de cristales.

—Sabían perfectamente que había más. Y uno disparó. El desesperado, el que no paraba de amenazar y gritar... quería entrar como fuera.

El guardia estaba a sus espaldas y enseguida se pondría a dar vueltas otra vez.

—Uno de los dos árabes.

—¿Árabe?

—*Sí. Jalla jalla. Sharmuta*. Cosas así. Y lo demás en inglés. Con acento.

Una bolsa de transporte de plástico. Entre el asiento del conductor y el del copiloto. John ya había visto antes ese tipo de bolsas, en otros robos a

furgones blindados.

—¿Cuánto?

El guardia ya se estaba alejando.

—Oiga... ¿cuánto dinero queda ahí dentro?

Una voz quebrada, pero clara, también de espaldas.

—Ocho recogidas en ocho oficinas de cambio. Cerca de un millón en cada una. Se llevaron una.

El guardia que se llamaba Samuelson siguió paseando a su alrededor, trazando círculos. Broncks lo siguió con la mirada —alguien que no sabía adónde se dirigía— cuando la sanitaria de uniforme verde lo llamó.

—Adelante, ahora ya puede. Cinco minutos.

John Broncks se volvió hacia la camilla donde estaba el otro guardia y se saludaron, una mano fría y húmeda y pasiva.

—John Broncks, Policía de Estocolmo.

—Jan Lindén.

El guardia que se llamaba Lindén intentó levantarse pero se tropezó y perdió el equilibrio y Broncks lo sujetó, lo ayudó a volver a tumbarse.

—¿Cómo se encuentra? ¿Quiere que...?

—El ladrón... estaba... como inclinado, hacia delante.

—¿Inclinado?

—El que me metió esa puta... el que me la puso en la boca.

—Inclinado, ¿cómo?

—Puso... bajó el centro de gravedad, ¿sabe? Cuando me apuntó. A mí.

El guardia estiró las piernas, las dobló un poco, para enseñar.

—Así... como si sujetara el arma *por encima* suyo. Con las piernas flexionadas. Y la bota hundiéndose en el suelo.

—¿La bota?

Luego se levantó de la camilla otra vez. Esta vez le salió mejor.

—Ha dicho la bota hundiéndose en el suelo.

Se puso a caminar él también.

—Creo que tengo que irme a casa.

La sanitaria y Broncks lo siguieron y lo cogieron uno por cada brazo al mismo tiempo.

—Me han quitado la placa de identidad. Saben dónde vivo.

Intentó liberarse pero le fallaban las fuerzas.

—¡Mis hijos, no lo entienden, tengo que ir a casa!

Y lloró. Mientras la sanitaria lo acompañaba hasta la camilla, dejando a medias un interrogatorio que retomaría al día siguiente.

Después Bronx se quedó dónde estaba, solo.

El furgón que tenía delante como una escena iluminada sobre el césped cuando un técnico se metía dentro, lo inspeccionaba por fuera. La orilla que tenía a sus espaldas como una tenue fuente de luz cuando otro técnico se desplazaba de un pantalán a otro.

Había visto miedo. Sabía cuál era su aspecto, cómo sonaba. Y ese tipo de miedo había aprendido a no evitarlo nunca más.

Violencia extrema.

¿Quién asusta a conciencia? ¿Quién usa así el miedo?

Alguien que lo ha experimentado en su propia piel.

Alguien que sabe cómo funciona, y que funciona.

John se acercó al agua y a su resplandor tembloroso. Tenían un plan perfectamente elaborado: lugar, hora. Disponían de armas pesadas. Habían recurrido a un elevado grado de violencia. Habían llevado a cabo el secuestro con frialdad. Habían elegido un destino apartado. No eran unos novatos, no era su debut como atracadores: sin duda, ya habían cometido robos parecidos en otras ocasiones.

Se acercó a un pantalán largo bordeado de gruesos juncos.

Y allí, el otro técnico de la Científica con su linterna.

Y a veces, simplemente, sabes algo.

Estaba todo muy oscuro a pesar de la luz de la linterna, pero solo había una persona en el mundo que se moviera así. John se acercó un poco más. Ella se hizo más visible.

—Gasolina.

Todavía parecía joven. John sabía que él ya no.

—Y aquí, en los primeros tablones, hierba y tierra.

Se sentó en cuclillas con la linterna sobre la superficie del agua y gotas que brillaban y se juntaban.

—Este es el camino que han escogido.

Eso fue todo. No dijo nada más, dio media vuelta, lo dejó atrás. De vuelta

al furgón blindado para allí ponerse de rodillas con infrarrojos.

Ella lo había mirado como si no se conocieran.

Los primeros años él había pensado en ella a diario, varias veces cada día. En volver a verla. Se había preocupado y había tenido la esperanza y había soñado despierto. Después, quizá no cada día, pero casi. Y luego... esto. Ni siquiera un hola ni una sonrisa.

Una sensación extraña. La de no existir.

John Broncks subió al pantalán, resbaladizo por el rocío. Farsta Centrum en la orilla de enfrente, detrás de los árboles. Y en la otra dirección, los barrios de la periferia del sur uno detrás de otro. Miles de embarcaderos donde atracar una embarcación menor.

Ella tenía razón.

Habían escapado por ahí. Criminales que tenían la violencia extrema como primera herramienta, profesionales que ya lo habían hecho antes.

Y que lo volverían a hacer.

Anneli tenía frío. Pero no quería dejar el balcón. El túnel peatonal tenuemente iluminado se podía ver desde ahí y era allí por donde Leo aparecería en cualquier momento. Y los cigarros, Minden, los paquetes verdes con sabor mentolado y acogedor, conseguían calentarla un poco si se los fumaba seguidos.

Había aparcado la camioneta, había subido corriendo las escaleras y abierto la puerta del piso, había seguido pasillo adentro hasta el salón sin quitarse los zapatos y había salido al balcón en cuanto oyó las sirenas.

No tenía la menor idea de qué estaba ocurriendo. La policía se los podía estar encontrando justo ahora, Leo podía estar recibiendo un disparo y muriendo en ese mismo instante.

Se había pasado meses escuchando cómo se revienta un depósito de armas y cómo se vacía un furgón blindado, escuchando pero sin participar, y las pocas veces que había dicho algo no la habían oído. Leo no la había oído. Los cuatro sentados muy cerca como en una especie de club que ella había podido sentir y tocar pero del que nunca había formado parte. La ausencia de Leo cuando estaba con ella y su presencia cuando estaba con dos hermanos y un tercero que quería serlo. Ya no comían juntos.

Había adelgazado tres kilos y tres kilos eran muchos para alguien que ya estaba un poco demasiado delgada. Y él ni siquiera se había dado cuenta.

Otro cigarro. Chupó la boquilla, tragó hasta el fondo, el humo llenaba el vacío.

Las sirenas se multiplicaron. Se intensificaron. Le daban vueltas en la cabeza aunque se tapara los oídos. Entró, cerró la puerta del balcón, lo dejó todo fuera, se tomó la otra mitad de una botella de vino, encendió el televisor. 19.30. Noticias. Nunca le habían gustado. No tenían ninguna importancia para

ella, aquí, en un piso en Skogås. Y primero la sintonía, el resumen de destacados que debía sonar tan importante pero que solo sonaba como las sirenas de fuera. Y las imágenes de personas tiradas sobre un suelo de tierra agrietada y con las barrigas hinchadas y personas trajeadas delante de pantallas con las cotizaciones en bolsa y personas corriendo delante de la cámara en alguna guerra y disparando a otras.

Una presentadora sonriente. Una mujer que le era familiar.

Dos hombres armados han logrado robar un millón de coronas de un furgón blindado al sur de Estocolmo hace apenas una hora y media.

Una boca. Lo único que podía ver. Labios que se movían lentamente.

Los guardias han sido amenazados con armas de fuego y secuestrados junto con el vehículo, uno de ellos ha sufrido heridas de bala.

Heridas de bala.

¿Quién?

Anneli se acercó al televisor y a la mujer de los labios que se movían. ¡No te he oído, a ver si te enteras! ¿Quién? ¡Otra vez! ¡Dilo otra vez! ¿Quién está herido de bala? Cogió el mando que estaba en la mesita de centro.

Se han levantado controles en un área extensa, pero la policía todavía no ha encontrado ningún rastro de los dos atracadores y sus posibles ayudantes.

Entonces lo oyó. *Cerca de un millón.* Por primera vez en la vida las noticias estaban hablando de ella. *No han encontrado ningún rastro.* Lo único que la tele enseñaba era un furgón abandonado. Detrás, cintas blanquiazules que ondeaban al viento. Y al lado, gente sin uniforme difícil de distinguir, hablando, buscando.

Y se acabó.

Imágenes del parlamento sueco pasaron a ser imágenes del edificio de la ONU en Nueva York.

Anneli no tenía la menor idea de cuánto había durado. Treinta segundos, quizá cuarenta y cinco. Pero había sido *ese* furgón, estaban hablando de ellos, de ella.

Volvió a salir al balcón, un cigarro, y se asomó mucho por la barandilla para ver mejor el viaducto y el túnel peatonal, sus pies casi se despegaron del frío suelo.

Las sirenas se habían callado. Ahora solo se oía el viento y música que salía de una ventana abierta del piso de abajo.

Era tan ligera, se asomó aún más, podría caer al vacío, a pesar de la altura y de que se haría daño.

Ella era la que le había explicado a Leo dónde estaba el taller de pelucas. Era ella, al menos así lo recordaba, la que le había explicado que podría convertirlos en dos inmigrantes. Los había maquillado y cepillado y las primeras veces ellos se habían tronchado de risa de pies a cabeza. Y era ella la que había diseñado y cosido los cuellos de los jerséis con los que se podrían tapar la cara y Leo había dicho que eran tan buenos que hasta podrían vendérselos a otros ladrones.

Y, al fin, llegaron.

Ella estaba en el balcón, los vio en diagonal desde arriba, saliendo del túnel peatonal, iluminados por las farolas. Cada uno llevaba una bolsa de deporte colgada al hombro por la correa, con los sticks asomando y las armas escondidas y cerca de un millón.

Y, al fin, llegaron.

Y ella sintió ese calor que solo le entraba cuando hacían el amor y se abrazaban fuerte, como cuando vio a Sebastian por primera vez, pegajoso y recién nacido sobre su barriga.

Quería correr hasta la puerta, pero no lo hizo, él no debía ver su preocupación, no le gustaba.

Jasper fue el primero en entrar. Y era como si estuviera a punto de explotar, como si tuviera que contarle algo desesperadamente, una y otra vez y en distintas versiones. Marchó hacia el salón, dejó la bolsa sobre el parque,

encendió el televisor, *Leo, cono, ven a mirar* y luego rio, o cantó, todavía *¡Estamos!* Enganchado a la adrenalina que lo había llevado a *¡Saliendo!* Meterle una metralleta en la boca *¡En!* A otra persona, se arrancó *¡Las!* El anorak y el jersey y la camiseta y apestaba a sudor *¡Noticias!* Y se desató las botas y se quitó los pantalones y la erección se le veía claramente bajo los calzoncillos *¡Estamos saliendo en las noticias!* Mientras bailaba *¡Estamos saliendo en las noticias!* Delante del texto del televisor enmudecido.

Después entraron Félix y Vincent. Los brazos por encima de la cabeza, triunfales, sonrisas amplias y gritos ahogados de alegría cuando se turnaban para abrazarla fuerte, e igual que Jasper apestaban a sudor, se desplomaron en sendos sillones tan aliviados como orgullosos. Por último oyó los pasos de él. Leo. Lo besó y le susurró *todavía no tienen ninguna pista, lo acabo de oír, en las noticias.*

—Les dio tiempo de bloquear la esclusa.

Pasó por su lado de camino a la cocina con una bolsa de plástico llena de teléfonos móviles, los fue abriendo de uno en uno.

—¿La esclusa?

Fue sacando las tarjetas SIM y las fue partiendo por la mitad con unas tenazas.

—El acceso al dinero.

Acetona hasta la mitad de una de las cacerolas pequeñas y luego los trocitos de tarjeta dentro que poco a poco iban deshaciéndose.

—Pero si por la tele han dicho... han dicho que habéis cogido un millón.

—Y se nos han escapado nueve.

—¿Escapado?

—Nueve millones de coronas detrás de una puta puerta de acero. Y ha sido por culpa mía. He sido yo el que... No volverá a pasar.

Metió los móviles sin tarjeta en otra bolsa, de tela.

—Pero ¿todo lo demás?

—*¿El qué* lo demás?

Una cuerda alrededor de la bolsa hasta cerrarla del todo.

—¿Los cuellos que os cosí?

—Estaban perfectos.

—¿Y el maquillaje, cómo...?

—Ha funcionado.

Un martillo de debajo del fregadero y la bolsa cerrada sobre una tabla de cortar y Leo golpeó, varias veces, hasta que cuatro teléfonos móviles se rompieron en mil pedazos imposibles de volver a juntar.

—Lo has hecho muy bien. Cariño, estabas con nosotros. ¿Verdad?

Una mano sobre su mejilla. Y ella lo vio en su rostro: que Leo había esperado sentir otra cosa. Debería sentir orgullo, alegría. Pero estaba vacío, ya se había ido de su lado, Anneli lo sabía, a pesar de que acababa de llegar a casa ya estaba viajando a la próxima vez.

Y esa era su cara cuando intentó parecer igual de contento que los demás en el salón, sentado junto a Anneli en el sofá, con Jasper al otro lado y Félix y Vincent en los sillones. Cuando Félix volcó una silla de ruedas imaginaria y saltó un muro, cuando Vincent fue a coger el gran bol de cristal que en verdad debía contener agua y arena y un carpín dorado y lo llenó hasta el borde con billetes de distinto valor, cuando Jasper lo abrazaba e intentaba captar su atención, Leo, lo viste, cuando estabas allí de pie sobre el capó, primero te miró a ti y luego a mí, le viste los ojos, *antes de alzar la voz y volverse árabe otra vez*, we know your ñames, *haciendo como que arrancaba placas de identidad*, sharmuta I will come for you.

Fue más o menos entonces cuando ella cayó en la cuenta de la sensación que tenía. Como si estuvieran hablando de una película. Como si hubiesen ido en la otra dirección, al centro de la ciudad, y hubiesen visto esa peli bastante nueva, todos juntos, en el Rigoletto, y ahora estuvieran en el Getingboet tomando una cerveza y comparando escenas favoritas, intentando impresionar a los demás, reproduciendo los tonos de voz y los gestos. Ella no había visto esa película. Por eso estaba allí sentada guardando silencio y apretando la mano de Leo hasta que él se percató de que ella se sentía excluida y se puso de pie y se acercó a la pecera de cristal y esperó a que todos se callaran. Y cuando lo hubieron hecho, comenzó a sacar puñados de dinero, billetes de veinte coronas y de cien y de quinientas, fue contando y repartió diez mil coronas a cada uno.

—¿Estás de broma?

Félix ya no estaba en un bar comentando escenitas. Se levantó de un sillón en un piso raído en un barrio de cemento descascarillado y empezó a sacar

más billetes de la pecera.

—¡Hola! Félix, ¿qué coño haces? Diez mil cada uno —saltó Leo.

—Y yo pregunto: ¿estás de broma?

—Diez mil.

—Tío, no me jodas, ¡pero si hay más de un millón! Y yo voy a salir esta noche. Voy a quemar cinco mil coronas porque me lo merezco. Y mañana voy a pagar el alquiler. Y...

—Pues eso. Mañana.

—¡Maldita sea, cinco mil pavos, eso es lo que cobra un niño en el McDonald's!

—*Mañana.*

Félix tenía el puñado de dinero en la mano, miró a su alrededor como para alargar el tiempo que a veces uno puede necesitar para decidirse, y luego volvió a meter con desdén los billetes de uno en uno en la pecera.

—¿Has terminado? —preguntó Leo.

De uno en uno.

—¿Sí o no?

Hasta que volvieron a estar dentro, todos.

Hasta que Leo fue a buscar un papel en la cocina y se había puesto a escribir en él mientras los demás se quedaban mirando.

—Sí, hay un millón aquí dentro. Pero habíamos contado con diez. Está claro que vais a salir de fiesta para celebrarlo, esto lo hemos hecho juntos, ¡y lo hemos conseguido! Pero tenemos que seguir vivos hasta la próxima vez. Es responsabilidad mía. Y tenemos que poder *llevar a cabo* una próxima vez. Eso también es responsabilidad mía.

El papel sobre la mesita de centro, junto a la pecera, mientras señalaba columnas de cifras con el bolígrafo.

—Ahí fuera, en el aparcamiento, hay dos coches que pertenecen a Constructores. Tiene que seguir pareciendo una empresa de construcción porque tiene que *parecer* que vamos al trabajo cada día. Coches, ropa de trabajo, herramientas. Gastos ininterrumpidos que tienen que estar ahí para que nosotros nos podamos dedicar a esto: ropa para quemar, un contenedor de alquiler para guardar armas, un bote de goma para hundir. Y eso para esta vez. La próxima saldrá aún más cara. Tú ya sabes cómo funciona una empresa,

¿no? Para poder ganar dinero tenemos que invertir más dinero hasta que tengamos tanto que no necesitemos más.

Félix y Leo se miraron. Se habían vuelto pequeños otra vez, se miraban como siempre habían hecho: uno desafiante y exigiendo y otro aceptando el desafío y saliendo vencedor, tal como debe vencer el que está al mando y quiere seguir estándolo.

Pero nunca lo habían hecho separados por una pecera repleta de billetes.

—¿Estamos de acuerdo?

Sin respuesta.

—¿Lo estamos?

Félix apretó los labios.

—Mmm.

Leo se lo acercó de un tirón, lo abrazó.

—Pelmazo que eres.

Anneli estaba tan cerca y aun así tan lejos. Ella nunca había entendido del todo por qué unos hermanos estaban así de unidos. Ella tenía una hermana mayor y un hermano menor y no tenía en absoluto esa sensación, nunca la había tenido, y ahora apenas mantenían el contacto. Lo que tenía delante eran hermanos que confiaban los unos en los otros. Se necesitaban los unos a los otros. En serio. Y ella no estaba segura de si le gustaba o no, o bueno, *sabía* que no le gustaba: cuando unas personas eran tan cercanas siempre resultaba difícil que otras pudieran entrar, pertenecer.

Leo estaba sentado en el borde de la cama. Sudor en la cara, en la espalda. Las tres y cinco. La perseverante lluvia que repicaba en el alféizar, en su cabeza. Se había acostado con frío y ahora se moría de calor.

Anneli en el otro lado de la cama, profundamente dormida, roncaba, gimoteaba un poco. Había estado tan tensa hasta el momento en que él fue a su encuentro. Entonces, cuando él la había abrazado, su cuerpo se había quedado sin fuerzas, como si así quisiera evitar tener que explicarle lo que realmente sentía.

No necesitaba explicarlo. Él sabía que el tiempo que había estado dedicando al nuevo proyecto de la compañía estaba creando una grieta entre ellos. Pero pensaba compensarlo. Cuando amas a alguien, debes devolverle lo que le quitas. Leo la besó con delicadeza en la punta de la nariz. Mantuvo su cara cerca de la de ella. Su aliento calmado era cálido, y ahora, desaparecida la ansiedad y dormida al fin, pudo ver lo que no había entendido la pasada noche o la anterior.

A pesar de que te amo, Leo, puedo abandonarte.

Y no mejoraba mucho cuando intentó dar la vuelta a la frase.

A pesar de que te amo, Anneli, puedo ser abandonado por ti.

Sonaba tan sencillo. Y le llenaba de terror.

Otro beso en la mejilla, pero no tan ligero, como si quisiera despertarla, susurrarle algo.

Cuando robáis juntos un banco, nunca os podéis abandonar mutuamente.

Se sentó con rapidez en el lado de la cama. *¿Qué narices estoy haciendo?* La adversidad nunca debería provocar dudas, nunca debería ser dirigida a la familia.

Nueve millones de coronas detrás de una puerta de acero que no pudo alcanzar. Por eso no podía dormir. No tenía nada que ver con Anneli, ellos estaban hechos el uno para el otro y nunca se traicionarían. Él mejor que nadie conocía las consecuencias de intentar alejar a alguien a quien amas.

Se acercó a la ventana, se quedó allí un rato, paseó la mirada por la Skogås en la que se había criado.

Los mismos edificios. El mismo asfalto.

Pero ahora había elegido otra vida. Atracar bancos. Y pensaba hacerlo mejor que nadie. Porque estaba *obligado* a hacerlo mejor que nadie. No podía fallar, no podían dejarse coger. Sus hermanos también participaban, y pensaban volverse económicamente independientes, todos juntos.

Ha sido culpa mía.

Por eso no lograba conciliar el sueño: tendría que haberlo hecho mejor esta misma tarde.

No volverá a pasar.

La funda de plástico estaba en la cómoda entre el sofá y el armario de esquina. La puso en la mesita y la abrió.

Un croquis de una sucursal bancaria.

Cuatro vías de escape que llegaban a cuatro rotondas con cuatro vías más cada una y un área de búsqueda con un total de sesenta y cuatro posibles caminos de huida.

Cuando llamaron a la puerta.

Una manta sobre la pecera y la tapa sobre la caja de herramientas y sus cuatro armas.

Cuando llamaron a la puerta, otra vez.

Se levantó y echó un vistazo al aparcamiento y a la carretera que venía de Centrum. Vacío. El caminito al portal, vacío. Cruzó el piso con pasos silenciosos, cerró la puerta del dormitorio, continuó hasta la puerta y la mirilla, que estaba un poco demasiado baja.

Félix. Leo se percató de lo tenso que se había puesto, su estado de alerta.

—¿No os ibais al centro? ¿A quemar cinco mil, porque me lo merezco?

—Al final, ni Crazy Horse ni leches. Jasper se ha ido a un bar ilegal en Handen y Vincent ha quedado con una tía. ¿Me puedo quedar a sobar?

Leo abrió la puerta y señaló hacia el dormitorio con la barbilla y un dedo

sellándose los labios. Retiró la manta de la pecera y se la arrojó a un Félix vestido que se desplomó sobre el sofá.

—¿Qué es eso?

Cogió el croquis de la mesa.

—La próxima.

—¿Dónde?

—Flandelsbanken. En Svedmyra. Ahora intenta dormir.

—¿Dormir? ¡Salud, hermano! ¡Un brindis por la solvencia económica!

—No se trata de dinero.

—¿Ah, no? Y la pecera esta, ¿qué? ¡Está llena hasta los bordes!

—Se trata de que... nadie nos pueda decir lo que tenemos que hacer. Cuando hayamos terminado con esto, tú y yo y Vincent no dependeremos de nadie.

Félix observó a un hermano mayor que, para evitar más preguntas, se acercó a la ventana y entreabrió la persiana, echó un vistazo.

—¿Leo?

—¿Sí?

—No entiendo cómo puedes vivir aquí.

Leo oía una voz embriagada. Pero que estaba diciendo algo.

—A veces te conoces cada arbusto, cada escalera.

—¡A eso me refiero!

—Nos criamos aquí.

—Nos criamos aquí, ¡y tú vas y vuelves por voluntad propia!

Un coche dio marcha atrás y dio media vuelta en el aparcamiento. Un ciclista cruzó el túnel peatonal. Por lo demás, la calma que solo se respiraba durante horas entre el último noticiario de la noche y el periódico de la mañana.

—Nos vamos a mudar.

—Lo que no me entra en la cabeza es cómo se te ocurrió volver.

—A veces tienes que hacerlo.

—¡Pero aquí!

—Y luego te puedes mudar. Otra vez. En serio. Anneli quiere una casa. Y yo... ya he elegido una.

—¿Casa?

—Sí.

—¿Césped? ¿Cortarlo? ¿Tú?

—No hay. Ni sótano tampoco. Esa es la cuestión.

Un primer atraco para desvirgar a cuatro principiantes. Un código de una puerta de acero con el que no había contado. Diez millones que se habían quedado en uno.

Pero la próxima vez sería perfecto.

Leo alargó los minutos delante de la ventana del salón, cubierta de gotas de agua desorientadas. Skogås al otro lado, el barrio de la periferia sur de Estocolmo con bloques de pisos idénticos que alguien había levantado allí entre las décadas de los sesenta y setenta.

El asfalto que había sido todo su mundo.

entonces
primera parte

Parece que hace bastante frío.

Ultima hora de la tarde, oscuro como solo lo está en invierno, nieve blanca y marrón y un poco gris como grandes manchas en el asfalto, y el vaho, vapor de agua saliendo de la boca mientras cuenta las intensas respiraciones.

No lleva abrigo. Aun así, no tiene frío. Ya llevan un rato en marcha, arriba y abajo, arriba y abajo, y la piel de la frente y las mejillas está cubierta por una película de sudor brillante, se lleva la mano hasta ella y se le humedece y se la seca en la tela de los pantalones.

Un bloque de tres plantas cuyo aspecto es igual que el de todos los demás. Calle Lóftvágén 15. Cinco pasos hasta el portal. Gira un poco la cabeza, la distancia hasta el siguiente portal no es significativa, Lóftvágén 17, y observa a su contrincante, quien desde allí lo está observando a él.

Félix. Su hermano pequeño de siete años que ya va a primero. Leo levanta un poco el brazo, lo dobla para bañarlo con la luz de la farola. Pulsera de cuero de color castaño claro y esfera con manecillas rojas que son cortas y feas. El día que tenga mucho dinero se comprará uno nuevo, uno como los que la gente se queda mirando.

Se mantiene a la espera. El segundero, que siempre avanza por igual pero también de forma variable. Pasa por el nueve. El diez. El once. La mano en el aire, bien arriba.

—¡Ya!

Justo en el doce. Abre la puerta del número 15 al mismo tiempo que Félix abre la del 17. Los escalones de dos en dos, hasta cada nueva puerta. El montón de propaganda en la mano, siete anuncios distintos de siete empresas diferentes, en el suelo del salón de casa los han estado doblando y separando en montones.

Abre la primera trampilla del buzón y comprueba la manecilla roja. Ha tardado veinticuatro segundos en subir las escaleras y meter el primer fajo de correo comercial. En cada planta hay cuatro puertas con el mismo modelo de buzón instalado y cuya trampilla tiene que bajar con la palma de la mano para que la abertura sea lo bastante grande. De uno en uno y lo más deprisa que puede. Pegan un chasquido cuando suelta de golpe la plaquita de metal y las botas negras de nieve retumban en el suelo mientras corre hasta el buzón siguiente.

Ha vivido aquí toda su vida. Diez años. La zona del sur de Estocolmo que se llama Skogås, miles de pisos en bloques cuadrados, todos puestos en fila y que recuerdan los unos a los otros.

Cada puerta es igual, pero diferente. Distintos nombres, olores, sonidos. A menudo alguien que mira la tele. A veces alguien que escucha música, que se reduce a graves y agudos que se filtran por las ranuras de las puertas. Muy de vez en cuando alguien que hace agujeros con un taladro y bastante a menudo hay personas que se gritan la una a la otra. Lo peor son los perros. En esta escalera hay uno que lo está esperando en la segunda planta. Uno que salta y apunta a la ranura del buzón para meter el correo comercial, que no se debe ver por fuera en caso de que quienes les pagan hagan inspecciones aleatorias.

El perro ya está ladrando cuando se acerca, el pesado cuerpo canino pegado al interior de la puerta. Abre la trampilla, una abertura cautelosa, la lengua larga y la hilera de dientes afilados, pierde seis segundos por culpa de unas fauces babosas que lo obligan a meter los papeles de uno en uno.

Y luego ese único piso que hay abajo del todo, el que siempre le toma doce segundos extra, en el 17 no hay ninguno.

Se pregunta por dónde irá Félix.

Baja los escalones de tres en tres, pero sabe que, primero, por el maldito chucho y, luego, por esta última puerta: casi un minuto y medio para toda la escalera. Félix estará allí fuera sonriéndole engreído quince segundos antes que él.

Y allí está. Su hermano ha ganado, pero no está sonriendo.

Félix tiene compañía. Un anorak feo y grueso y azul. Hasse.

El que va a séptimo y que es uno de los que siempre se quedan un rato más en el rincón de fumadores en el patio de secundaria cuando ha sonado el

timbre. Siempre suele haber otro con él, uno más bajito con cazadora vaquera incluso en invierno, Kekkonen, el finlandés que nunca tiene frío.

Pero ahora sí que lo está. Solo. Y tiene los brazos estirados. Delante y alrededor de Félix, no lo deja moverse.

—¡Eh, qué haces! —grita Leo. Es su hermano pequeño—. ¡Suéltalo!

La boca de Hasse está sonriendo, la sonrisa de una victoria que le pertenece a Félix.

—Ya viene otro marica.

—¡Suelta, maldita sea!

—¡El marica está gritando! ¡Al puto marica le cuesta pillarlo! Te avisé un día. ¿O no? Luego te lo dije *una vez más*. Si os volvía a ver a ti y a tu hermanito maricón por aquí otra vez... os *mataría*.

La respiración de Leo es igual de agitada que antes. Pero no por los escalones de tres en tres. Tiene miedo. Está enfadado. El miedo y la ira le golpean juntos el pecho, por dentro.

—Oye... ¡no somos nosotros los que decidimos dónde hay que repartir la maldita propaganda!

El miedo y la ira lo hacen acercarse rápidamente a Hasse, que tiene atrapado a Félix con sus brazos, y cuanto más se acerca Leo, más sonríe aquella maldita cara repugnante. Sigue caminando, un poco más despacio. Algo falla. Hasse no debería sonreír, es alto pero no fuerte y debería estar igual que él, asustado y enfadado, debería tener otra postura, debería estar preparado.

Pero sonríe, desde luego, y mira de reojo a algo que parece estar... detrás de Leo.

Y es demasiado tarde.

Leo nota el fétido olor que le llega desde algún lugar detrás de su espalda. El de una cazadora guarra que alguien solo se quita cuando algún profesor se lo exige. Nota el olor pero no ve el puño cerrado que le viene por detrás y lo golpea con fuerza en el cuello y un poco en la mejilla, y tiene la sensación de estar cayendo poco a poco, como si el asfalto moteado de nieve se fuera acercando cada vez más a su otra mejilla y frente. Yace en el suelo y tiene la vista borrosa, ve a alguien que se planta delante de su cara, alguien más bajito que Hasse y casi cuadrado, ve a Kekkonen, el finlandés que nunca tiene frío y

que estaba escondido detrás de uno de los matorrales altos y que luego se le ha acercado por la espalda mientras Hasse se limitaba a sonreír, expectante.

El suelo está frío. Le da tiempo a pensarlo. Pero no a levantarse.

La primera patada le da en la mejilla. La segunda, más abajo, en la barbilla. Lo último que recuerda es lo rara que se ve la oscuridad de la tarde cuando desaparece dentro de una farola, cuando esta la absorbe, que se vuelva blanca antes de ponerse negra.

Los pinchazos los nota sobre todo en el lado izquierdo, cerca de las costillas. Si se sube el delgado jersey y tantea con los dedos sobre la piel, la hinchazón sigue allí.

Leo se queda tumbado boca abajo en la estrecha cama que le va corta, los pies le cuelgan por el borde. No hay luz al otro lado de la ventana, pero sí más claridad que cuando se acostó.

Cuando se apoya en el edredón y el colchón con las manos y empuja para levantar el cuerpo siente un martilleo más o menos en el centro de la cabeza. El espejo está colgado encima del escritorio. La mitad de la cara que nota tirante ya no está tan enrojecida sino más bien morada y pronto estará amarilla, pero la nota igual de inflamada que las costillas. Se la toca. Le duele más.

Pies desnudos, cuidadosos, pasean por la habitación y Félix no se mueve en absoluto, está tumbado boca abajo en su cama con las dos manos debajo de la almohada y dice algo, lo hace a menudo, habla en sueños. Leo sale al pasillo, a diferencia de ayer, cuando *entró* a hurtadillas. Y cuando al cabo de un rato su padre había asomado la cabeza, él había procurado estar de cara a la pared y hacerse el dormido.

Cierra la puerta del cuarto de Vincent, la camita en la que él mismo ha dormido y en la que su hermano de tres años se ha girado del todo y tiene los pies en la almohada, sigue hasta el dormitorio de mamá y papá, también cierra la puerta. Y se queda allí de pie, como acostumbra a hacer, en medio del olor. El del aliento de su padre, que es a vino tinto, y el de su madre, que es mentolado, pero más el olor del sombrerero que tiene al lado, los enormes pantalones de carpintero de su padre en el colgador de hierro, un cuchillo Mora y un metro plegable en los bolsillos alargados. El olor que siempre

estaba allí, más o menos como pintura seca, o como la piel de un brazo expuesto al sol. Ahora le recuerdan al olor de la cazadora de Kekkonen. Alarga la mano con cuidado para tocarlos. Los pantalones que pronto llevarán allí colgados dos semanas, intactos. En invierno suele ser así a veces, un poco más de tiempo entre una faena y otra.

Ruido.

Al otro lado de la puerta cerrada.

Leo espera inmóvil, cierra los ojos, cruza los dedos para que cese. Lo hace. Una oreja sobre la superficie barnizada. Silencio de nuevo. Ha debido de ser mamá. Suele hacer un poco de ruido cuando acaba de llegar a casa y solo ha tenido tiempo de dormir un rato, cuando ha trabajado varias noches seguidas en la clínica de los que no pueden caminar sin silla de ruedas. Leo se ha aprendido los ruidos de la mañana. La respiración de su padre, que es buena cuando es pesada y se puede oír y que da un aviso a partir del momento en el que deja de oírse. Espera unos segundos más y luego entra en la cocina, saca el pan blanco que sabe a sirope y el queso de los grandes agujeros y la mermelada de naranja que es de un tipo nuevo. No saca la tostadora, arma demasiado barullo, y mezcla el concentrado de naranja directamente en los tres vasos: un centímetro de amarillo y el resto de agua fresca del grifo. Cada vez que se acerca al fregadero procura no tocar la cazuela con el poso de vino seco, una costra negra y dura difícil de quitar. En la encimera se amontonan los números de la lotería en pilas distintas, cubiertos con crucecitas que siguen distintos patrones, parte de un sistema que su padre lleva tiempo aplicando. Cuenta las colillas en el cenicero. Papá estuvo despierto hasta tarde anoche y no se levantará hasta dentro de un rato. Leo vuelve y sacude un brazo de Félix y luego de Vincent, un dedo sellando los labios, y ellos asienten como de costumbre.

No dicen nada mientras desayunan. El pan de sirope, la mermelada de naranja encima del queso, los vasos llenos de zumo. Aparta un poco la silla, presta atención al dormitorio. La respiración profunda: ha dejado de oírse. A lo mejor papá solo se ha dado la vuelta. A lo mejor sus bocas están chasqueando demasiado al masticar y se ha despertado. Leo saca la última rebanada de pan de la bolsa, la unta, se la pasa a Vincent, que tiene mermelada en los dedos y las mejillas y el pelo.

La puerta. Está seguro. La maldita puerta asquerosa de mierda.

Y son los pasos de papá, lentos, entre el dormitorio y el cuarto de baño: el borboteo mientras mea a pesar de haber cerrado la puerta.

Media tostada más. Dos tragos de zumo de naranja. Y luego lo tienen allí. El largo y pálido torso con los robustos antebrazos, los tejanos desabrochados en la cintura, los pies que no se acaban nunca y que van sin calcetines. Y cuando se planta en la puerta como está ahora y mira a la cocina llena todo el marco.

La mano como un peine por el pelo oscuro, lo echa para atrás, papá nunca ha tenido ese aspecto.

—Buenos días.

Leo mastica. Cuando masticas no puedes contestar. Cuando masticas y no puedes contestar tienes tiempo de volverte para mirar a Félix y entonces solo la mejilla derecha se encuentra con la voz, que continúa.

—He dicho *buenos días*, hijos míos.

—Buenos días.

Leo oye a tres hermanos responder casi en coro, como haces cuando quieres que algo pase rápido. Papá pasa por detrás de su espalda, abre un armario y saca un vaso y lo llena de agua, suena como si se bebiera la mitad y luego se vuelve hacia la mesa.

—¿Ha pasado algo?

Leo no lo mira, solo un poco con el ojo que tiene bien.

—¿Leo? No me miras.

Ahora gira un poco más la cabeza, todo lo que puede sin que sea *demasiado*.

—Enséñame la cara.

No le da tiempo. Félix se le adelanta. La tostada sobre la mesa y la voz alta.

—Eran dos contra uno, papá. Eran...

Papá ya no está en el fregadero. El torso desnudo cerca de su hombro.

—¿Qué es eso?

Leo vuelve aún más la cara, la aparta.

—Nada.

Papá lo coge por la barbilla. No fuerte, pero lo bastante, le levanta la cara.

La maldita mejilla hinchada, morada y amarilla y que se le ha juntado con el ojo.

—¿Qué coño es *eso*?

—Leo... se defendió. Lo hizo. ¡Papá! Él...

Félix respondió una vez más antes de que él lograra encontrar alguna palabra que decir. Es extraño. Él, que siempre tiene tantas, se le agolpan en la boca. Ahora no tiene ninguna. Y cuando aparecen, se las traga.

—¿Lo hiciste?

Papá sigue en el mismo sitio, sigue mirándolo, después mira un poco a Félix, luego a él, le busca la mirada, mira, mira.

—¿Leo?

—Papá, lo hizo, yo lo vi, les pegó varias veces, Leo...

—Se lo he preguntado a Leo.

Los ojos que miran y miran. Y la boca que pregunta y pregunta.

—No. No me defendí.

—Eran dos, papá..., y eran mayores, trece, o catorce, y...

—Vale. Ya basta.

Las grandes manos levantan un poco más la media cara golpeada, dedos cautelosos pasean por ella.

—Ya sé qué vamos a hacer. Ahora te vas a la escuela, Leo.

Y cuando vuelvas a casa... lo resolveremos.

Vistos desde arriba no son gran cosa. Uno que es un poco más alto y rubio y con mochila, y otro que es un poco más bajito y moreno y con bolsa de gimnasia al hombro.

Nunca los ha visto ir a la escuela, juntos. A Leo lo acompañó la primera semana de clase en primero, lo hizo, iba a su lado y le iba explicando y sermoneando y controlando —*la jodida sabana en la que cazas o te cazan y que te dará espacio si tú mismo lo coges y tú eres un Dúvnjac y ningún cabrón se sienta dónde te vas a sentar tú*—, hasta que la semana siguiente Leo le pidió que caminara unos metros por detrás, y a la siguiente ya le pidió que no lo acompañara. Después, con Félix, ni siquiera se le pasó por la cabeza, lo acompañaba Leo y así ya estaba bien.

Así no estaba bien.

Su hijo mayor ni siquiera podía protegerse.

Ivan aparta dos macetas y se asoma por la ventana apoyando las dos manos en el alféizar. En realidad la cocina no es nada del otro mundo. Un paso estrecho y una zona para comer y la ventana que desde la séptima planta hace que Skogås y dos cabezas allí abajo se vean mucho más pequeños. Pero es suya. Un piso de cuatro habitaciones en las afueras de Estocolmo que hacía cuatro días ni siquiera existía, cuando unos tipos de traje y corbata se pusieron a tirar líneas sobre un papel en un intento de resolver una crisis aguda de vivienda a base de levantar un millón de pisos idénticos.

Casca el primer huevo, el segundo, el tercero y el cuarto, siempre fritos hasta quedar crujientes, siempre bien de sal, un hombre adulto tiene que notarla cuando mastica. Él lo hace. Está de pie junto a los fogones y mueve el tenedor en la sartén pero ve una cara. Inflamada. Morada. Amarilla. Una cara que no desaparece.

Intenta concentrarse en la silla alta, Vincent que está allí de pie saludando a su padre mientras prepara la comida. Se sirve un gran vaso de agua para acompañar y da un trago. Pone más agua a calentar en el hervidor y la mezcla con el café soluble, varias cucharadas colmadas, tiene que quedar fuerte.

No basta. No le aparta la imagen que le nubla la vista.

Una mejilla hinchada, un ojo cerrado, una cara destrozada.

—¡No, no!

El plato en la mesa y la taza de café en la mano mientras Vincent se inclina y agarra el bolígrafo y el montón de números de la lotería y pone cruces donde ya las hay.

—Esos no, esos son... de papá. Ahí no se escribe.

—Hay muchas cruces.

—Pero ninguna más. ¡No, no!

Mira a un hijo que tiene tres años y que se niega a soltar lo que tiene entre sus manitas que son mucho más fuertes de lo que cabe imaginar. Tres años, pero la cara es de diez y no se la quita de delante y él se vuelve y cierra los ojos y luego gira de nuevo la cara y la hinchazón crece todavía más, Leo recibiendo un puñetazo y cayendo al suelo y arrastrándose, recibiendo sin devolver.

Un quinto huevo, otro café negro, instantáneo. Se queda sentado a pesar de haber terminado hace rato, pasea la mirada por la ventana de la cocina, sigue el caminito de asfalto que lleva a la escuela de ladrillo blanco y en la que dos de sus hijos pasan los días. El edificio chato que alberga la primaria y una cara inflamada sentada a un pupitre, respondiendo preguntas y mirando de reojo el patio con preocupación, buscando a alguien que le ha pegado. Y que a lo mejor lo está esperando para volverle a pegar.

De pronto le entra la prisa.

Deja a Vincent en el suelo y le dice que entre en su cuarto y que se quede allí y que no despierte a mamá. Los zapatos marrones, los que no tienen cordones y que en su día fueron unos zapatos de vestir y que ahora están un poco raídos en los laterales de la punta, son los que están más cerca y en los que mete unos pies descalzos y sale al rellano a toda prisa, ascensor desde la séptima planta hasta el sótano, cruza el pasillo que se ha quedado sin luz y pasa por delante de los trasteros nuevos.

El colchón es de color azul por fuera y crin cardada e hilada por dentro, la variedad dura que ya casi no se puede conseguir, ahora que todo el mundo intenta dormir sobre aire y plumas, el colchón en el que dormían juntos los primeros años en el piso del centro.

Es pesado y llena todo el ascensor. De camino a la cocina tira al suelo algunos artículos decorativos de la pared del recibidor y algunas prendas del sombrerero. Un colchón de crin de más de veinte años cubre todo el suelo entre la nevera y la mesa de la cocina. Lo aplasta con la rodilla izquierda y lo enrolla, lo comprime bien y le ata una cuerda en cada extremo, lo traslada de la cocina al despacho y lo apoya en la pared mientras empuja una silla hacia el centro. Quita la lámpara de papel y empuja el colchón contra la hembrilla abierta del techo hasta que queda cogido.

—¿Qué es eso? —dice la débil voz de Vincent.

No se percata del espectador hasta ahora. Ojos curiosos que no podían quedarse en su cuarto.

Ivan sonríe, suspira, levanta a su hijo menor.

—Una lámpara nueva.

Los ojos curiosos lo miran un rato largo.

—No, papá. No es.

—No. No lo es.

—¿Y qué es, papá?

—Un secreto.

—¿Secreto?

—Mío y de Leo.

Va a la cocina. Vincent le sigue. Quita los restos de una cuerda cortada de la mesa y coloca el cuerpecillo de su hijo en la silla alta que hay en uno de los lados cortos de la mesa. Una botella de tinto del botellero con espacio para nueve debajo del fregadero, Vranac, la etiqueta que tanto le gusta, el semental negro levantándose, empinándose, indomable. La mitad del contenido en una olla, un par de cucharadas de azúcar, lo calienta y va removiendo hasta que el azúcar se ha disuelto y se lo sirve en un vaso de cerveza.

—Mi poción mágica, Vincent.

Levanta el vaso delante de Vincent, quien sonríe y lo señala con el dedo, dejando una evidente huellita dactilar sobre el cristal.

—Poción mágica, papá.

Ivan se lleva el vaso a los labios, cierra los ojos. Mientras traga ve una cara, hinchada, morada, amarilla.

Un día largo. Pero no lo bastante. Leo se ha quedado sentado en uno de los bancos del patio de primaria esperando a un hermano pequeño que había terminado más tarde que su hermano mayor. Después se habían quedado allí sentados hablando un poco más. Sobre nada en especial. Ambos sabían que se trataba de hacer correr el tiempo. Que si se quedaban el rato suficiente a lo mejor papá se quedaría dormido por el vino.

Siete plantas, los escalones de uno en uno.

Los últimos, despacio.

Despacio.

La puerta es igual que todas las demás. Una trampilla del buzón que cede por sí sola, se abre al menor toque con los dedos. Un timbre negro que emite un sonido apagado, penetrante. Y la placa metálica que tiene encima, Prohibido mendigar y la venta ambulante, y que papá señala irritado cada vez que llaman al timbre los que no tienen que llamar.

Leo mira a Félix y este le devuelve la mirada.

Él tampoco quiere entrar, pero se inclina para escuchar los pasos de su padre sin atreverse a pegar la oreja en la puerta.

Miran la placa con el apellido de familia. DÚVNJAC. Tres respiraciones profundas.

Luego abren y entran.

—¡Leo!

Un solo paso y la voz está allí. Las piernas no quieren seguir entrando en el estrecho recibidor, así que se quedan allí plantados.

—¡Leo, ven aquí!

Papá está en la cocina. Todavía en tejanos y sin camiseta y el vaso vacío junto a la pila de números de la lotería y, en los fogones, la cazuela, igual de

vacía. Es más fácil mirar hacia abajo, al suelo, concentrarse en un linóleo amarillo muy lejos de ojos penetrantes.

—Aquí.

Leo sigue adelante, Félix a su lado hasta que Leo se lo impide, *ve con Vincent*, lo empuja al ver que no se da suficiente prisa, *ve con Vincent y cierra la puerta*, un paso más y los ojos que no se despegan del suelo.

¿Sí?

—La cara.

Mira menos al suelo y más a las piernas de papá.

—Quiero verte *toda* la cara.

Las piernas de papá pasan a ser su estómago, su pecho, sus ojos. Se hace difícil ver qué está pensando.

—¿Te duele?

—No.

La mano que toquetea y la carne tirante que se convierte en la carne doliente.

—No mientas.

—Un poco.

—¿Un poco?

—Un poco más.

—¿Y van al mismo colegio que tú?

—Sí.

—¿Y sabes cómo se llaman?

—Sí.

—¿Y no te defendiste?

—Me...

—¿Vais al *mismo* colegio? ¿Sabes cómo se llaman? Pero... ¿no haces *nada* al respecto?

Papá ya está de pie, pero aun así es como si se levantara de golpe.

—Tienes miedo. ¿Un hijo mío... con miedo? ¿Un Dûvnjac? ¡Todo el mundo tiene miedo! Incluso yo. Pero no todo el mundo corre. Tú te quedas. Tú dominas el miedo. Y creces.

El gran cuerpo tiembla. Y luego señala con el dedo, al pasillo, al despacho.

—Vamos a meternos ahí dentro.

—¿Ahí?

—Ahora.

Está pasando otra vez. Lo de hace un momento en el recibidor, las piernas que solo aguantan de pie sin poderse mover.

—Ahora.

Leo *comienza a* moverse, aunque despacio, cuando se abre la puerta del dormitorio. Mamá. Tiene el pelo revuelto y el camisón amarillo ya no le queda tan bien.

—He oído..., estáis gritando.

Papá susurra, pero se le oye bien.

—Entra y sigue durmiendo.

—¿Qué... pasa? ¿Ivan? ¿Qué estás haciendo?

—No te metas en esto.

—¿Qué vais a...? *Dios mío*, Leo, tu cara, ¿qué...?

—Esto es entre Leo y yo. Es mi responsabilidad.

Hasta que él le pasa el brazo por los hombros a Leo, lo empuja, no muy fuerte, pero sí con seguridad, en dirección al despacho.

—Vamos dentro.

Félix está junto a una puerta cerrada, escuchando. Se pega a ella y oye la voz de mamá que pregunta qué está haciendo papá, y la voz de papá diciéndole que no se meta.

La voz de Leo no la oye en absoluto, por mucho que aguce el oído, y no le gusta. Sabe que eso no es bueno. Tiene la misma sensación que cuando el puto Hasse estiró los brazos para no dejarle pasar ni retroceder. O, peor, como ayer, cuando no le dio tiempo de advertirle a Leo de que Kekkonen le lanzaba un puño cerrado al cuello.

Abre la puerta y sale al pasillo. Tiene que hacerlo. No puede quedarse allí quieto.

Y choca de frente con su madre.

Ella lo oye pero no lo ve, su mirada está perforando la otra puerta cerrada, la del despacho. Él se pone a su lado, escucha como está escuchando ella.

Un..., suena más o menos como un..., una sacudida.

Y otra.

O quizá más como un... golpe. Como cuando alguien pega. Otra vez. Otra vez. Otra vez. Otra vez.

Igual que ayer. Cuando no pudo hacer nada. Cuando él lloraba y gritaba frente a los brazos de Hasse.

Abre la puerta de un bandazo antes de que mamá pueda impedirselo.

Es una imagen extraña.

Nunca ha visto a papá en aquella postura. De rodillas, en el suelo. Con el torso pegado a un colchón azul enrollado y comprimido y atado, papá lo está aguantando, lo tiene cogido como si lo estuviera abrazando.

Él, que nunca abraza a nadie.

Leo también va sin camiseta. Torso desnudo y vaqueros. Se parece a papá.

—Todo el cuerpo detrás, así —dice papá—. Todo el peso.

Y ahora es cuando Félix se da cuenta de que el colchón azul está colgando del techo en el sitio donde solía estar la lámpara de papel.

—Pega con el cuerpo, no con la mano, tienes que poner *todo* el peso del cuerpo detrás del golpe.

Y que es *Leo quien* está pegando. Al colchón que papá tiene abrazado.

Otra vez. Otra vez. Otra vez. Otra vez.

—Cuando alguien quiera hacerte daño, apunta a la nariz. Un solo golpe. Y primero vas a por el más grande. Un golpe en la nariz y los ojos se le llenan de lágrimas.

Ahora papá se pone de pie, salta un poco en el sitio, saltitos bajitos y rápidos, y luego pega, fuerte, muy fuerte, al colchón que cuelga del techo.

Deja de golpear, le hace una señal a Leo, quien se frota los nudillos de la mano derecha, los que ya brillan enrojecidos y que se están desollando.

—Cuando le des en la nariz él se inclinará hacia delante, los muy imbéciles siempre se inclinan *mientras* les chorrean los lagrimales, es lo que pasa si aciertas como debes en la nariz, se abren, y luego él se quedará así, mírame Leo, con la frente casi delante de ti.

Papá se inclina cerca del pecho de Leo, como una cabra con cuernos a punto de embestir a otra cabra. Y entonces es cuando los ve. Ve a mamá, se cruza con su mirada, la cual exige unas respuestas que no obtiene cuando él decide mirar a Félix.

—Ve a buscar agua. Un vaso grande. Tu hermano empieza a tener sed.

Ahora empuja, arremete un poco con la cabeza contra el pecho de Leo.

—Ahora vuelves a golpear. Pero *nunca* recto hacia delante. Si lo haces le darás en la frente, el cráneo, el hueso más duro del cuerpo, y tienes que cuidar las manos. O sea que el siguiente puñetazo lo das aquí.

Papá se señala la barbilla, y un poco la mejilla.

—El mentón. Haces un gancho con el brazo, como si golpearas en diagonal desde un lado y desde abajo al mismo tiempo.

Cierra el puño y se pega a sí mismo en la barbilla y la mejilla.

—Tienes que dar aquí, justo en el delicado mentón. Con todo el cuerpo detrás, un gancho corto de derecha, en diagonal desde abajo.

Leo golpea. Golpea y golpea. Intenta doblar el codo, trazar un arco con el

brazo, acertar como papá quiere que acierte.

—¿El agua? Tenías que ir a buscar agua, Félix. ¿No te he dicho eso? ¡Corre!

Félix lo hace, sale corriendo a la cocina, al grifo, que siempre saca agua caliente que tarda tanto en enfriarse, un vaso grande y vuelve despacio, lo sujeta con las dos manos.

—Bien. A partir de ahora es tu misión. Cada media hora vienes con un vaso de agua para tu hermano. Y ahora... cierra la puerta.

Papá gira y les da la espalda desnuda. Y rodea a Leo con el brazo.

—Le has dado en la nariz. Él se ha inclinado. Ahora sigues dándole. Hasta que no se levante. Y si hay más, se rendirán. Uno o dos o tres. No importa. Es como... la danza del oso, Leo. Eliges al oso más grande y le das en el morro, luego los demás salen corriendo. ¡Bailar y pegar, bailar y pegar! Tienes que cansarlo, y cuando esté desconcertado y atemorizado le golpeas de nuevo. ¡Puedes vencer al oso, siempre y cuando sigas la danza y pegues como es debido!

Félix espera a mamá, que en lugar de cerrar la puerta da un paso y entra en el despacho, cuyo aire está caliente y cargado.

—Ivan, ¿se puede saber qué estás haciendo?

—Os he dicho que salgáis.

—Le veo la cara. Desde luego. Pero de ahí a que esto...

—Tiene que aprender a pelearse.

Mamá tiene una voz muy diferente de la de papá, piensa Félix. Cuando ella grita te atraviesa la cabeza.

—¡No puedes hacer eso! ¡Ivan! Leo no es tú. ¡Tú deberías saber mejor que nadie a qué conduce todo esto!

—¡El niño tiene que saber defenderse, coño!

—¡Quiero que entremos en el dormitorio! ¡Tú y yo! ¡Ahora, Ivan! ¡Y que hablemos de esto!

Papá se queda callado un momento. Aunque parezca que le está contestando a gritos.

Se acerca a mamá y la saca impetuoso de la habitación.

—¿Y de qué vamos a hablar, Britt-Marie? ¿De cómo tiene que tumbarse la próxima vez que lo hinchén a palos? ¿De qué lado del cuerpo tiene que

ofrecerles para que lo puedan patear aún más fuerte? ¡Tiene que saber defenderse! ¿O acaso quieres que se convierta en un jodido... Axelsson?

Mamá no responde.

Y cuando papá cierra la puerta Félix le aprieta a ella fuerte la mano.

El pie le tiembla un poco a Félix cuando se estira para alcanzar el armarito y el botiquín verde de mamá que hay encima. Se sienta en la tapa del váter y lo abre; saca vendas y cinta adhesiva blanca. Con ellos en las manos cruza corriendo la moqueta marrón del pasillo, luego el parqué del salón, que siempre está frío y se lamenta cada vez que papá lo pisa.

El jodido finlandés con su maldita cazadora vaquera.

Ya había escuchado varias veces lo que Hasse y Kekkonen les hacían a los capturados, les frotaban piedras afiladas por los antebrazos hasta que salía sangre y luego les echaban sal en las heridas. Y aquella vez con Buddha, de la tercera planta, el que les tiene pánico a las arañas y que fue capturado durante una guerra de bloques, lo ataron y juntaron los bichos que están por todo el sótano y los metieron todos en una caja de cartón de mudanzas; la abrieron por abajo y Hasse se la pasó por la cabeza a Buddha y Kekkonen se la selló en el cuello con las solapas inferiores. Las arañas y mosquitos empezaron a pasear por su cara y su pelo y las largas patas de las arañas se le metían en las orejas y la nariz y la boca. Félix había visto a Buddha más tarde, cuando caminaba de vuelta a su calle, un prisionero de guerra que no sabía dónde estaba ni quién era.

Él y Leo habían tenido suerte.

Félix sale al balcón, aire frío en la cara y no tiene miedo a pesar de la altura. Alarga la venda clásica y el esparadrapo hacia la mano de su padre, se apoya en la barandilla, asomando el cuerpo para ver el asfalto que lleva por nombre Skogås.

Leo se sienta en una de las sillas plegables de *camping* con las mejillas todavía enrojecidas.

—Tus nudillos se endurecerán, pero al principio hay que hacerlo así,

protegerlos. Tienes que poder entrenar más a menudo y durante más rato.

Papá le coge las manos, las estira, le envuelve los nudillos con la venda.

—Cuando los nudillos den en el blanco tú los acompañas, con *todo* el cuerpo, y *entonces*, justo entonces, es cuando atraviesas a tu contrincante.

La venda cenicienta sobre los nudillos y entre el pulgar y el dedo índice y luego cruzando la muñeca, vuelta tras vuelta.

—Cierras los puños.

Leo cierra la mano derecha vendada y espera hasta que su padre se la choca con una palmada.

—¿Cómo la notas?

—Bien.

Después lo mismo con la izquierda antes de que Leo lance varios golpes al aire delante de Félix, salta y corretea por el salón y el pasillo, pega y pega a nadie en concreto. Papá lo va siguiendo, vuelven al cuarto y se vuelve a poner de rodillas y apalea un poco el colchón, que se sacude y se mueve en el sitio.

—¿Cómo se llamaban?

—Hasse.

—¿Y?

—Kekkonen.

Papá lanza golpes contra el colchón oscilante, después contra su propio hombro.

—Esto es lo que hacen los putos Hasse y Kekkonen. Sus golpes paran justo... aquí. En el hombro. Todo su movimiento para aquí.

Estira el brazo derecho hacia el colchón, gira el lado derecho del torso y continúa el movimiento, lo acompaña.

—Y así es como tienes que pegar *tú*. *Tú* los atraviesas. Tú los perforas con cada golpe.

Papá se aparta pasito a pasito hasta ponerse justo detrás de Leo. Félix no ve mucho más que dos espaldas pero no se atreve a entrar más en el despacho. Se estira, se pone de puntillas en el umbral de la puerta. Parece que papá está sujetando el brazo de Leo.

—Apuntas a la nariz. ¡Y la haces explotar! ¡Cómo un jodido globo de agua! Y el cerebro, lo tienes ahí dentro, flotando en líquido. ¡Cómo un pez en una pecera redonda! Y cuando primero le das en la nariz y luego el gancho en

la barbilla... el cerebro rebota, los cerebritos de Hasse y Kekkonen chocan contra las paredes de la pecera.

Leo golpea otra vez.

—¡La nariz! ¡La barbilla!

Otra vez.

—¡Nariz! ¡Barbilla!

Otra vez.

—¡Nariz! ¡Todo el cuerpo detrás! ¡Barbilla! ¡Atraviésalo! ¡Nariz! ¡Sus cerebros de mierda! ¡Barbilla! ¡Qué reboten y salpiquen!

Al cabo de un rato le duelen los dedos de los pies, así que se tumba y sigue el brazo de Leo, que golpea el colchón desde abajo y casi parece divertido, como si no estuviera pasando de verdad.

Sigue allí estirado cuando papá le pasa por encima de una zancada y se va a la cocina y los fogones y la olla, un vasito más de poción mágica antes de ponerse la ropa de trabajo que lleva demasiado tiempo colgada en el recibidor: una de esas faenas que hay que presupuestar y evaluar para que al cabo de unos días quizá sea trabajo para papá. Félix sigue los pies con la mirada cuando salen por la puerta y oye los dos chasquidos breves cuando se abre y cierra el ascensor, después la calma, esa que llena todo el piso c-liando papá se ha ido y hay más espacio libre.

Leo lanza un puño tras otro contra un colchón azul. Se ha vendado las manos él mismo, tal como había hecho su padre antes de ponerse a pintar el día entero en la cocina de alguien en el barrio de casas unifamiliares. Leo nota que puede golpear más fuerte y más seguido sin sufrir el irritante dolor. Empieza cada mañana con un pase antes de desayunar e ir al colegio, al mediodía vuelve a casa corriendo y hace otro pase sin comer, después por la tarde y al anochecer y una vez más por la noche si se despierta y no consigue volverse a dormir.

La oye. La aspiradora, por segunda vez solo esta tarde.

Y deja de golpear.

Mamá está despierta. Mamá, que ha pasado tantas veces por la puerta y ha asomado la cabeza y su mirada, él la reconoce, no le gusta que esté entrenando.

Leo golpea de nuevo. Nariz y barbilla. Hasse y el finlandés de mierda. Los ha estado evitando, quizá incluso se ha escondido de ellos, a los que pueden aparecer en cualquier sitio en cualquier momento y estarlo esperando antes de que haya terminado de entrenar. Nariz y barbilla, Hasse y el finlandés de mierda. Ahora ya casi le sale solo. Todo el cuerpo detrás. El hombro que gira, se adelanta, acompaña el golpe y los atraviesa.

—Esto va fuera.

Mamá ha apagado la aspiradora.

—Esa hembrilla es de una lámpara. Así que una lámpara es lo que tiene que ir ahí.

Va a buscar el taburete de tres patas y se sube, se estira hacia el techo y la hembrilla mientras su hijo sigue lanzando golpes sin mirarla.

—¿Puedes parar?

Golpes que son fuertes, mucho más fuertes de lo que ella se había imaginado, y que hacen que el colchón se aparte con fuerza.

—¿Oyes lo que te digo? Deja de pegar.

Aún más fuerte.

—¿Leo?

—Nariz y barbilla, mamá.

Pega y habla al mismo tiempo, un golpe nuevo por cada sílaba, y ella coge el colchón, lo sujeta.

—¡Escúchame, Leo! ¿Cómo se llaman los chicos que te hicieron eso en la cara?

Abraza el colchón, se interpone en la trayectoria de los puños y Leo ya no puede seguir golpeando.

—Hasse y Kekkonen.

—Quiero sus nombres y apellidos.

—¿Por qué?

—Porque voy a llamar a sus padres.

—¡No puedes hacer eso! Si los llamas..., ¿no lo entiendes?

Leo se sienta en el taburete y tiene el sitio justo al lado de las pantuflas de su madre, que tienen pelusa encrespada por encima.

—Leo, yo me encargo de esto.

—¡Será peor! ¿No lo entiendes?

Ella ya no abraza el colchón, lo está abrazando a él.

—Nombres y apellidos.

Él niega con la cabeza y la frente roza contra su pecho.

—Tú verás.

Vuelve a subirse al taburete, levanta el colchón atado y lo deja caer al suelo.

—¡Lo soluciono mejor yo solo! ¡Tú no te metas!

—Empieza por quitarte ese ridículo vendaje.

—¡Tengo que entrenar!

—Ahora, Leo.

—¡Lo ha dicho papá, tengo que entrenar!

—Y yo digo que tienes que parar.

Él no dice nada más. Ni una palabra. Aguanta callado mientras ella

termina de pasar la aspiradora y cuando Félix llega a casa y cuando meriendan juntos en la mesa de la cocina y cuando ella les pide a todos que se pongan la ropa de calle, van a ir a buscar a papá, como acostumbran a hacer cuando papá ha terminado una obra, y también irán al súper, como suelen hacer después.

Sigue callado mientras van sentados en el coche.

Él en el asiento del copiloto, Félix y Vincent en los amplios asientos centrales, y los bártulos de pintar de papá detrás de todo. Mamá conduce, lo hace a menudo, va a recoger, pasa a dejar. Están en camino y normalmente a él le gusta mucho cuando están así, todos juntos, dentro del coche, es lo mejor de todo.

Apenas se tarda un par de minutos en ir de los bloques de pisos al barrio de casas unifamiliares. Se detienen delante de una de ellas y meten en el coche lo que papá ha dejado preparado delante de la valla. Cargan brochas que ya han sido enjuagadas y que huelen a aguarrás, rodillos metidos en bolsas atadas y los tarros que contienen pintura y pegamento de empapelar, mientras papá termina de hablar con la señora mayor y recibe un sobre.

Leo guarda silencio también cuando se pasa al asiento de atrás, cuando papá se sienta cerca de mamá, le da un beso en la mejilla. Está tan contento, papá, se ríe igual que como se acaban de reír él y la clienta cuando ella le ha dicho que en mayo tenía más trabajo, podría pintar toda la casa por fuera si le apetecía, entonces papá había mirado a Leo y Leo había sabido por qué, un trabajo grande, necesitaría más piernas y brazos.

—¿Y las manos, hijo? ¿Cómo las tienes?

Leo se acaricia los nudillos con la palma de la mano, ya no lleva las vendas.

—¿Leo? Te he hecho una pregunta.

—Van...

Mamá lo interrumpe.

—Lo he quitado esta tarde.

Papá se vuelve para mirarla y su cara todavía no se ha transformado.

—¿Qué?

—Que lo he quitado. El colchón de cuando nos conocimos. Ahora. Ahora se transforma. Mejillas tensas, labios que se estiran. Pero sobre todo los ojos.

Los que acechan.

—¿Qué dices que has hecho?

—Opino que no deberíamos discutir esto aquí en el coche, Ivan.

—¿Qué es lo que no deberíamos discutir en el coche? ¿Que nuestro hijo tiene la cara morada y que debe saber defenderse?

—Por favor, Ivan, ¿no podemos hablarlo más tarde? ¿No podemos, simplemente, ir al súper, volver a casa, pasar un viernes por la tarde? Y hablarlo mañana.

El silencio de papá hace que se acurruquen en el asiento de atrás. Y él ya huele al vino tinto que ha tomado la última hora, cuando la faena ya estaba casi terminada.

—Ya había terminado de entrenar. Papá, sabes... —Enséñame la mano.

Leo le acerca la mano derecha.

—Blanda.

Papá tira de ella, la manosea.

—Demasiado blanda.

Leo no mira a papá, mira a mamá por el retrovisor, sus ojos que buscan más adelante, entre coches que van saliendo de a donde ellos van entrando, el aparcamiento delante de Skogås Centrum.

—Pero ya me sale. ¿Papá? La nariz y la barbilla y con todo el cuerpo y...

—Estarás listo cuando *yo* diga que estás listo.

Todos se bajan. Y no están a gusto. Leo oye las voces altas a las puertas del centro comercial, mira de reojo a papá, sabe que él odia las voces así. Así que se toma su tiempo.

Están en los mismos sitios que la última vez.

Los que más se oyen están sentados en los bancos, y los que se oyen un poco menos, en la valla bajita de hierro. Están en fila, con latas verdes de cerveza en las manos y son adultos pero no tan mayores como papá y mamá. A veces pasa que papá se detiene justo delante de ellos, que les pregunta por qué están ahí sentados y que por qué no trabajan como todos los demás, y al cabo de un rato los acaba llamando parásitos y los repasa con los ojos, sobre todo a uno que tiene pelo encrespado y rubio y lleva anorak negro con capucha, y a otro que está al lado de ese, pelo largo y castaño y botas acolchadas brillantes. Pero esta vez papá no dice nada. Y es un alivio. En el estómago. El

del pelo rizado grita algo a sus espaldas cuando papá gira a la izquierda para ir a Systembolaget, la tienda estatal de alcohol, y Leo y Félix y Vincent acompañan a mamá al súper ICA. Salen con siete bolsas de plástico que mamá paga con una parte del dinero que hay en el sobre de papá y las llevan entre todos al coche, incluso Vincent lleva en brazos una bolsa llena de rollos de papel higiénico.

Ponen las bolsas al lado y encima de los bártulos de pintura de papá, quien ya está sentado en el coche, en la mano una botella con el caballo negro en la etiqueta, se ha tomado la mitad, papá que mira por la ventanilla a los siete que están sentados en los bancos y la valla, los parásitos.

Mamá está a punto de salir marcha atrás del aparcamiento cuando papá agarra la llave en el contacto y la gira, apaga el motor.

—Leo. Bájate del coche. Te vienes conmigo.

Mamá vuelve a girar la llave en el contacto.

—Nos vamos a casa.

—¡A mí no me contradigas!

Papá la gira en el otro sentido.

—Tú te vas a casa. Y te llevas a Félix y a Vincent contigo.

Abre la puerta y se baja, se queda allí de pie vigilando hasta que Leo también se baja, luego se asoma por la ventanilla del acompañante, los codos a modo de apoyo sobre el marco de metal.

—Tú solo haz lo que te digo. Vete a casa. Y llévate a los chicos.

Papá empieza a caminar, empiezan a andar los dos. De vuelta a las tiendas. Leo busca a su madre con una última mirada pero ella no lo busca a él, arranca el coche y sale del estrecho hueco.

—El de allí delante, en el medio. ¿Lo ves? Es el líder. El líder de los parásitos.

Papá señala al que tiene el pelo rubio y rizado y anorak negro, el que más grita y que no tiene que sentarse en la incómoda valla.

—Creo que voy a... hablar un poco con él. ¿Qué me dices, Leo?

Se detienen justo delante de él. Delante de ellos.

—Chicos. Quiero que me escuchéis un momento.

Si siguieran caminando hacia las tiendas. O si los bancos sobrecargados de pronto se partieran. O si justo ahora cayera una bomba atómica. Así no se

tendría que quedar aquí.

Leo se encoge, cierra los ojos. No cae ninguna bomba atómica.

—¿Veis la pizzería esa? Voy a entrar a comer algo. El crío y yo. Tardaremos... ¿qué puede ser? Tres cuartos de hora. Y, cuando salgamos, habréis desaparecido.

—¿Estás de broma?

—No quiero seguir oyendo vuestras voces de mierda por aquí. Y no quiero veros.

El rubio de rizos zarandea la cerveza en la mano.

—¿Estás de broma? ¿Habéis oído? El tipo se planta aquí, el cabeza negra este, a hacerse el gracioso. ¿Y qué coño hacemos cuando alguien se hace el gracioso? Nos reímos de él.

El rizos mueve mucho los brazos cuando habla, los agita, un director que dirige una risa aguda al unísono por parte del conjunto instrumental.

—¿Eso crees? ¿Crees que estoy *de broma*? Un puto parásito que no trabaja, ¿ese es el que manda aquí? Yo no lo creo. Te lo diré de otra manera, chaval. Si tú y el resto de parásitos de tus amigos no recogéis las latas para cuando salgamos os cogeré por el cuello y os sacaré de aquí con el culo por delante.

Leo se aparta un poco más, está al lado de su padre con todo el cuerpo apuntando hacia la pizzería, si se pone así a lo mejor se vuelve invisible. Son siete. Con anoraks y cazadoras vaqueras. Podrían ser los *hermanos mayores* de Hasse y Kekkonen y ahora se ponen a gritar, sobre todo el rubio, *puto turco de mierda*, y el que está sentado al lado con las botas de nieve y les levanta el dedo con las dos manos y suelta un escupitajo, *o sea que quieres caña, puto griego, y delante de tu hijo*, que coge un puñado de tierra del arriate y se la tira.

—Papá no es turco.

Leo da un paso al frente, no se le ve del todo, pero sí más que antes. Le parece importante dejarlo dicho.

—Ni griego. Es mitad serbio y mitad croata. Y mi madre es sueca. O sea que yo... yo tengo una tercera parte de sueco.

El que ha escupido y tirado la tierra deja la lata en el banco y se ríe, ahora de verdad.

—Joder, puto griego, ¿una *tercera* parte? ¡Coge al retrasado de tu hijo y ve a que os quemén en la hoguera!

No es un restaurante grande. Nueve mesas. Bastante oscuro, lámparas pequeñas y redondas como farolillos encendidos en cada una, manteles blancos y rojos cuelgan un *trozo por* cada lado de las mesas. En tres de ellas hay hombres solitarios tomando una vaso de cerveza y *en otras dos* hay *parejas* jóvenes, hombres y mujeres comiendo *pizzas* más grandes que los platos. Papá se acerca al mostrador y a Mahmoud, pide una cerveza y seis centilitros de vodka finlandés y un Zingo grande de naranja y luego elige la mesa de la ventana.

Ya han estado varias veces aquí. Y a Leo le suele gustar mucho, un Zingo en la penumbra con papá. Pero esta vez no. Tiene toda la garganta seca, como si hubiese un tapón en algún punto entre el pecho y el estómago.

—¿No bebes? ¿No tienes sed? Dale un trago.

Leo niega con la cabeza.

—¿No está bueno?

Un trago, y se le queda donde todos los demás. Más o menos a la altura del corazón.

—¿Sabes cuánto hay aquí, Leo?

El sobre de papá y el grueso fajo de billetes que contiene.

—Ocho mil coronas. Tengo que trabajar. Mamá tiene que trabajar. Todo el mundo necesita dinero. Y cuando yo trabajo, Feo..., no te puedo defender, tienes que saber defenderte tú solo.

Y tendrás que saber defender a tus hermanos.

Papá se ha bebido media cerveza, todo el vodka.

—Tu madre no lo entiende, uno *tiene* que defenderse. Los parásitos de ahí fuera no lo entienden, uno *tiene* que trabajar.

Su padre señala la ventana y los de allí fuera parecen alterados, uno se ha puesto de pie, el del pelo largo y castaño, el que lo ha llamado puto griego.

—Se sientan a gritar apiñados en una valla porque no tienen nada más. Se creen que son amigos porque beben de la misma lata de cerveza. ¡Hermanos, Leo! Familia. ¡Eso es más! ¡Más grande! Significa que... estáis unidos. Que tú proteges y te protegen. Pase lo que pase, estáis juntos. ¿La gente como esa? ¡Joder! Si le das a uno en la nariz, los demás se desploman por sí solos.

Al otro lado de la ventana. El del pelo largo ha dejado de gritar y ahora se dirige a la puerta del restaurante, paso firme.

Y ellos están allí también. Leo los ve, corriendo entre los edificios al otro lado de la calle: Jasper y los turcos y los chicos de Kullstigen. Todas las veces. De algún modo, Jasper siempre sabe cuándo se va a producir una pelea y siempre corre para ser el primero en llegar a verla. Es como si nunca tuviera bastante. Bien es verdad que no tiene un padre que cuelgue un colchón del techo.

Pero papá no ve a los otros chicos. Solo al del pelo largo. Saca la barbilla y el labio inferior, baja la frente y mira entre las cejas como hace siempre cuando ya tiene claro en la cabeza lo que va a hacer, cuando cualquier cosa puede suceder.

—Mírame, Leo. Papá se encarga de esto. Somos una familia. Nos protegemos los unos a los otros.

Entonces se abre la puerta.

El de las botas de nieve. Y ahora se le ve bastante más grande, cuando era él el que estaba sentado resultaba difícil ver que es más alto que papá, más corpulento.

El pelo largo se le mueve a medida que se acerca. Ondeas y va topando con los hombros. Hasta que se detiene y se queda mirando a papá, que deja el vaso de cerveza sobre la mesa.

—¿Tienes fuego?

Está junto a la mesa. Un cigarro en la comisura de los labios. Papá sigue en el sitio, quieto.

—Eh, cabeza negra, ¿tienes fuego?

El pelo largo llega hasta la cerveza de papá, y cuando se inclina lo moja dentro del vaso, mueve lentamente la cabeza, el pelo da vueltas dentro del vaso. Después todo pasa muy deprisa. Más tarde, cuando Leo piense en ello, cuando intente revivirlo segundo a segundo, ni siquiera estará seguro de si ha pasado o no.

El pelo en el vaso.

Y papá que desenfunda su cuchillo Mora con mango rojo, lo saca de un bolsillo de sus pantalones de carpintero, papá que le agarra el pelo, lo sujeta con fuerza, y, al mismo tiempo, se lo corta.

—*Desgraciado...*

El que estaba mojando el pelo en un vaso de cerveza retrocede trastabillando, una mano en la cabeza y lo que ya no está ahí.

—*Maldito...*

La jodida puerta otra vez. Entran tres más, el rubio de rizos y dos de los que tenía al lado. Papá tira el pelo cortado al suelo, como pétalos de una rosa cuando caen y quedan inertes junto a la pata de una mesa. Después se levanta. Y lo hace. Eso que Leo ha visto en otras ocasiones cuando papá ha hablado de la misma manera con otra gente, pero sin llegar a comprenderlo del todo. Ahora sí lo hace. El puño derecho va directo a la nariz y el izquierdo da en la barbilla, el hombro gira y el torso lanza los dos golpes y el crujido de un tabique al partirse y Leo piensa de nuevo lo fuerte que suena cuando un hombre adulto cae de bruces.

Con el siguiente pasa todo igual de rápido. El que estaba sentado en la valla, un solo golpe en mitad de la nariz y cae de cabeza sobre la mesa más cercana al lavabo, la que a menudo está vacía.

El tercero, el rubio de rizos, se queda en el sitio. Es como si se mantuviera a la espera. Y cuando papá da el siguiente paso, el hombre aparta la cara y levanta los brazos.

—¡No!

Se queda en el sitio.

—No vamos a..., no nos volveremos a sentar ahí, nos...

—Siéntate. *Aquí.*

Papá aparta la silla en la que él estaba sentado hace un momento. Y los que quedaban allí fuera y que estaban entrando, ahora salen, se van, corriendo.

—Justo aquí. Pero en el suelo. Con mi hijo. Y de rodillas.

El rubio titubea.

—¡Arrodíllate!

Y cae de rodillas.

Y justo detrás, el camarero, Mahmoud, que parece tener prisa.

—¿Ivan?

—Enseguida acabo.

Mahmoud le pone una mano en el hombro.

—Ivan, maldita sea, no puedes...

—Si se ha roto algo, tú tranquilo. Te lo pago, ¿de acuerdo?

Papá le enseña el sobre, se miran unos segundos a los ojos hasta que Mahmoud asiente con la cabeza, le suelta el hombro mientras papá se vuelve hacia el que está de rodillas.

—No eres ningún líder.

El cuchillo. Papá lo tiene en la mano delante de la cara del cabecilla.

—Un *líder* de verdad no manda a su colgado favorito y deja que moje el pelo en mi cerveza.

Se lo acerca.

—Un *líder* de verdad no manda a sus lacayos. Va él primero. Lidera.

El filo le acaricia la boca y la nariz y el rizo llora. No mucho, pero de forma evidente.

—¿Me has oído, Leo?

Papá mantiene el cuchillo cerca de la cara del rubio pero mira a su hijo.

—¿Qué?

—¡Tienes que escuchar!

—¿El qué, papá?

—Que un líder de verdad *lidera*.

El rubio mueve un poco la cabeza, lejos del filo que tiene motas de pintura blanca.

—¡De rodillas! ¡Y junto a mi hijo!

La mano de papá agarra el pelo rizado, destapa una nuca sudorosa.

—¿Leo?

—¿Sí?

—¿Lo has visto? Siempre el primer golpe en la nariz. Siempre todo el cuerpo detrás.

—Lo he visto.

Papá tira de los rizos hasta que los nudillos se le ponen blancos.

—Un buen líder pega fuerte. Es justo. Nunca deja que sus hermanos reciban. Asume la responsabilidad y los guía. ¡Este colgado de aquí, el parásito, ha enviado a otro! No ha entendido que un líder siempre va primero.

El vaso de cerveza sigue en su sitio, medio lleno. Papá señala el que está más o menos igual de lleno y que es de color naranja.

—Termínatelo. Nos vamos.

Leo niega con la cabeza, el punto entre el pecho y el estómago, ahora lo nota con más claridad y es como un nudo mal hecho, como si alguien le hubiera roto la garganta de un tirón y luego hubiese intentado arreglarla.

—¡Tú te quedas aquí!

Se habían levantado de la mesa, entonces el rizo también se había incorporado un poco.

—¡Lo que te he dicho! ¡Todo el rato! ¡Hasta que mi hijo y yo hayamos salido por la puerta y ya no nos veas!

Fuera hace más calor. O al menos da la sensación.

La entrada a Skogås Centrum sigue en su sitio. Pero los bancos y la valla están vacíos y las latas verdes ruedan desorientadas por el suelo empujadas por una suave brisa y sale humo de varios cigarrillos que aún están encendidos.

Leo coge aire, lo suelta, ahora le es más fácil.

Van por el camino asfaltado que se abre paso entre los bloques, por delante de una escuela cerrada y un aparcamiento desierto. Solo falta el último tramo hasta el número 8 de la calle Vallhornsvägen cuando papá se detiene, da media vuelta.

—¿Lo oyes, Leo?

Viento. Solo eso.

—¿El qué?

—¿No lo oyes?

—No.

—El silencio.

Papá señala en dirección al centro comercial con la cabeza. —Los bancos, Leo. La valla. Hace media hora los parásitos estaban allí gritando. Ahora se han ido. Porque yo lo he decidido.

Están en un sitio que se parece al de hace unos días Leo estaba tumbado en el suelo.

Los setos, la farola, el caminito de asfalto hasta el portal.

Se pregunta si su padre lo sabía. O si es pura casualidad. —Fuerza de voluntad, Leo, ¿comprendes? Todo esto trata de eso. Con la suficiente fuerza de voluntad puedes transformar lo que tú quieras. Siempre eres tú el que decide. ¡Nadie más! Decides y luego vas a por ello.

Sube corriendo las siete plantas mientras papá toma el ascensor, compiten, si sube de dos en dos los escalones y luego solo dos pasos en cada rellano abrirá la puerta marrón justo antes de que papá abra las puertas del ascensor. Pasa por delante de la cocina y la espalda de mamá junto a la encimera de aluminio, tiene las manos metidas en un gran bol de acero inoxidable, albóndigas o hamburguesas. Pasa por el cuarto de Vincent y sus dos hermanos

pequeños están sentados en la alfombra, una ciudad en tela, Vincent entre Félix y exactamente setenta y siete soldaditos, están ocupados con la ardua tarea de colocar las unidades de comando delante de los marines estadounidenses y Leo les susurra que está mal, que no peleaban entre ellos, y Félix susurra que ya lo sabe pero que Vincent lo quiere así.

Después nota que papá viene por detrás, deprisa, directo al despacho, al colchón reclinado en una pared y que se sube al taburete, el colchón en una mano al levantarlo y la lámpara en la otra al quitarla.

—¿Ivan?

Mamá está en el umbral.

—Ya te lo he explicado. No quiero un colchón aquí colgado.

—No es un jodido colchón, es un saco de boxeo. Ahora está aquí colgado. Y seguirá estándolo hasta que nuestro hijo haya terminado.

Ella se frota la frente con una mano, no se percata de las tenues manchas de carne picada.

—Flans Åkerberg. Jari Kekkonen. Se llaman así. Van a séptimo en la Skogåsskolan. Podemos hablar con sus padres. Hablar, Ivan. Solucionarlo.

—¿Hablar? No vamos a *hablar* con ningún padre de los cojones.

—¿Y por qué no vamos a hacerlo?

—¡Porque seguirán dando problemas! La gente como esa no para hasta que uno mismo se encarga de que paren. Así funciona, pero tú eso no lo entiendes, Britt-Marie.

Mamá se frota la frente otra vez. Más rastro de carne. Ahora sí se da cuenta, Leo lo ve, pero le da igual.

—Tú no tienes ni idea de lo que yo sé o dejo de saber sobre cómo un niño puede enfrentarse a otro. Nunca te ha interesado, Iván. Nunca has querido acercarte a nadie de mi entorno. Mi madre, mi padre. Erik y Anita. Mis amigos. ¡A ti solo te interesa generar conflictos! Para que nos aislemos. Para que seamos una familia. ¡Solo esta maldita familia!

—Le dieron una paliza a mi hijo.

—Nosotros. Contra el resto del mundo.

—Lo atacaron por la espalda, lo patearon, ¡y tú quieres que vaya a *hablar* con su padre! ¿Quieres que lo invitemos a cenar, ya de paso?

Papá le suelta un puñetazo al colchón, que empieza a oscilar entre ellos.

—Es mejor que lo resuelvan ellos mismos. Sin que nosotros nos metamos.

Leo espera a entrar, mira de reojo a la habitación de Vincent, setenta y siete soldaditos que en verdad están en el mismo bando, que se disparan entre ellos y caen y tienen que seguir tumbados hasta que todos los demás también estén tumbados y puedan volver a ponerse de pie.

Papá sigue en el sitio. Mamá está en la cocina.

Leo se dirige al saco de boxeo, se quita el jersey y se coloca en posición con el peso en la pierna izquierda, lanza el primer golpe.

—La mano derecha protege la mejilla derecha.

No tiene la mano derecha lo bastante arriba y papá da un paso de pantera y le da una leve bofetada con la palma de la mano.

—Mano derecha protege mejilla derecha, Leo.

Leo mira a papá mientras cierra el puño derecho y lanza el izquierdo al mismo tiempo que papá alarga la mano y esta vez la mejilla le pica un poco. Todavía tiene la mano derecha demasiado baja.

Se vuelve a colocar en posición.

Leo está sentado en el borde de la cama en calzoncillos, bosteza, sus pies desnudos sobre el suelo frío. Tras él está la estantería de sus tesoros: el Volkswagen Escarabajo rojo de Félix todavía en su caja original, un trofeo de plata del campeonato escolar, y el ruidoso despertador de los colores de los New York Rangers, con las manecillas en forma de stick de *hockey* y que marcan las cinco menos cuarto. Sigue estando oscuro al otro lado de la fina persiana.

Esta semana ha hecho varios pases de entrenamiento por cuenta propia, después una vez más con papá cada noche, pero también se ha levantado a esta hora cada madrugada.

Es la última vez.

Se mete en el despacho y pega contra la nariz y la barbilla. *Hoy*. Lo nota desde el brazo hasta el pecho y el estómago, incluso en la entrepierna.

Después descansa un rato en el balcón y pasea la mirada por el tejado de la escuela, a lo lejos, se lava de pie en el lavabo y pone la mesa para el desayuno, despierta a Félix, despierta a Vincent. —Leo, ¿qué pasa?

—Nada.

—Sí pasa algo.

—No es nada.

—Estás raro. No estás normal. Ni siquiera hablas como siempre, Felix hurga con la cuchara en el yogur.

—Es como si estuvieras aquí sentado... pero no conmigo. Estás sentado contigo mismo.

—Hoy los cojo.

—¿Los coges?

—Hasse. Y Kekkonen.

Félix remueve y remueve el yogur, le importa un bledo, no lo quiere.

—¿Leo?

Sigue los pasos de Leo, que ha salido al recibidor y se ha detenido delante del espejo, que apoya el peso en la pierna izquierda y golpea con la derecha.

—¿Leo?

Y que luego se vuelve hacia el sombrerero y con cuidado coge la ropa de trabajo de papá. La que papá suele ponerse, ese es el aspecto que ha tenido casi siempre, menos las pocas veces que lo vieron en la salita de visitas tras los muros de la cárcel, donde lo metieron cuando pegaba demasiado.

—¿Leo?

Los dos saben dónde está el cuchillo. En el bolsillo alargado de una de las perneras. El que Leo desabrocha.

—¿Qué haces?

Leo se ha metido demasiado en sí mismo, donde a veces ya no lo puedes alcanzar.

—Ya te lo he dicho. *Hoy*. Hoy los cojo.

Después caminan uno junto al otro, el mismo trayecto que uno de ellos pronto llevará cuatro años haciendo y el otro tres, apenas unos cientos de metros si atraviesan el aparcamiento y pasan el bosquete antes de cruzar la carretera que da al otro lado del patio.

No se dicen ni una palabra. Se quedan en el patio de primaria, esperando. Incluso cuando suena el timbre. Hasta que Félix ya no puede más.

—Leo. El cuchillo. No...

—Ha sonado el timbre.

—... puedes...

—Y dentro de cuarenta minutos exactos volverá a sonar. Entonces te vas corriendo a casa. Avisas a papá. Os ponéis en el balcón.

—No lo entiendo.

—A casa. Papá. El balcón. Cuando suene el timbre del patio. ¿Vale?

Leo mira a su hermano pequeño, que no se quiere ir.

—¿Vale?

Y que asiente, contra su propia voluntad.

—Cuando suene como ahora. Pero para salir.

Un timbrazo largo, feo e irritante. Leo mira a su alrededor. El patio de

primaria que hace un momento rebosaba de vida y ahora está desierto. Los que corrían y saltaban y gritaban y se empujaban y se reían y corrían un poco más ya no están allí. Seis entradas distintas para seis cursos distintos los han absorbido a todos, como una aspiradora, para escupirlos dentro de cuarenta minutos.

Se pone junto a la pared de ladrillo y echa un ojo al patio de secundaria, justo al pie de la colina. No está vacío, aún no. Allí abajo los que tienen que entrar en sus aulas van más despacio. Los más lentos son los que van a entrar en el aula de séptimo, el del anorak azul y el de la cazadora vaquera, los que se llaman Hasse y Kekkonen. Leo tiembla tanto que la pared de ladrillo le rasca la espalda. Hasse y Kekkonen están en medio del patio de secundaria, en el cuadrado pintado con líneas blancas junto al palo de la bandera, están fumando y gritándoles a otros que ya están entrando, golpean en la espalda a los que pasan por su lado. Son grandes, incluso en la distancia. Pero esta vez Leo sabe exactamente qué va a hacer y cómo. Esta vez es él quien los estará esperando.

Se queda pegado al edificio hasta que empiezan a caminar hacia la puerta de entrada. Calcula el tiempo. Tienen que llegar hasta el aula. No necesita reloj, sabe cuándo han pasado cinco minutos. Y luego se apresura a bajar por la colina y a cruzar el patio a meterse en el edificio de secundaria, donde ha estado algunas veces y donde ha aprendido a mantenerse siempre cerca de las paredes.

Camina junto a las hileras de taquillas, la mano sobre el cuchillo en el bolsillo del anorak, le encaja perfectamente en la mano y el mango es suave, como si día tras día se hubiese ido limando en la mano de su padre.

Se mete por el primer pasillo, junto a puertas cerradas y anoraks colgados y alguien que toca algún instrumento dentro de la primera aula, alguien que pega un silbido en la segunda. Siguiendo pasillo y más puertas. Cruza el quinto pasillo y descubre a los que anda buscando. Allí. La puerta del aula de física. Y las prendas de abrigo en los colgadores que hay al lado. Para delante del anorak que tiene una mancha de aceite en el pecho y un agujero de colilla en una manga, delante de la cazadora vaquera que tiene un parche con una lengua saliendo de una boca.

Ya no tiembla. Está totalmente tranquilo.

El cuchillo es tan suave en su mano cuando lo clava, cuando raja las espaldas de dos prendas, varias veces, líneas casi rectas.

Después se aleja veinte pasos. Suficiente. Allí se sienta a esperar.

Una clase dura cuarenta minutos. A bote pronto, faltan unos veinticinco.

Empieza a contar. Segundo a segundo. Hasta sesenta. Y luego vuelta a empezar. Le da tiempo a hacerlo casi veinticinco veces cuando la larga, fea e irritante señal inunda el pasillo. Se levanta, los pies separados, de cara a las prendas con las espaldas rajadas.

Pronto. Pronto.

Entonces se abre la puerta.

Salen los primeros. Rodillas ligeramente flexionadas. *Uno a uno van pasando.* El torso un poco inclinado.

Salen los últimos. Al mismo tiempo por la estrecha puerta. Hasse. Kekkonen.

Y ven las prendas.

Y ven los tajos.

Y lo ven a él.

Leo levanta una mano, los saluda. Ellos empiezan a correr. Kl empieza correr. Pasillo, taquillas, puerta, patio.

Leo mira atrás. Se van acercando.

Colina arriba. Patio de primaria. Cruza la carretera, pasa junto a la roca, atraviesa los setos y el aparcamiento.

Los oye gritar a sus espaldas.

Las piernas de Félix corren más deprisa de lo que se había imaginado. Escaleras arriba hasta la séptima planta en lugar de tomar el ascensor, que no llega nunca.

Cuando suene el timbre.

Entra en el piso y cruza el recibidor hasta la cocina y papá está sentado a la mesa.

Dentro de cuarenta minutos exactos.

Papá, que parece cansado, la cafetera en la mano cuando llena una de las tazas.

Ve corriendo a casa. Avisa a papá. Tenéis que salir al balcón.

—¿Qué... haces aquí, muchacho? ¿Ahora?

Félix no responde. No oye la pregunta. Corre hacia una puerta de balcón que no se puede abrir, gira, gira, la condenada... y de pronto se desliza y él se pone de puntillas para poder ver por encima de la barandilla.

No paran de gritar a sus espaldas.

Pero los pies que corren ahogan sus voces.

Las respiraciones de Leo comienzan en lo más profundo de su estómago y le llenan los pulmones y crecen y él no sabía que esto es lo que se siente al volar. Por el aparcamiento y el caminito asfaltado basta el portal de su bloque.

Se detiene y mira hacia arriba.

Allí, está seguro, la cabeza de Félix asomando por el balcón. Después se vuelve y espera a los que persiguen. Flexiona las rodillas, se encoge un poco.

Levanta los brazos, la mano derecha cubre la mejilla derecha.

Félix ve que es Leo el que se acerca allí abajo. Que se detiene delante del portal. Que se da la vuelta.

Y luego.

Ve a los dos que lo están persiguiendo. Y que esta vez no llevan prenda de abrigo. Pero aun así lo sabe. *Sabe* quiénes son.

—¡Papá!

Félix vuelve corriendo a la cocina, a una mesa y una taza de porcelana en la mano de papá.

—¡Ven! ¡Ven, papá! ¡Aquí! ¡Al balcón!

Un trago largo del líquido caliente.

—¡Vamos, papá!

Su padre se queda sentado con la taza en la mano y Hasse y Kekkonen, están allí abajo, tan cerca de Leo.

—¡Papá!

Agarra fuertemente el brazo de papá, tira y tira y tira de él.

—¡Papá! ¡Papá!

Por fin se levanta, sale descalzo, se asoma por la barandilla como siempre suele hacer.

Y lo ve. Lo que Félix está viendo.

—¡Papá! ¡Leo está allí abajo!

—Sí. Leo está allí abajo.

—¡Y ellos! ¡*Ellos*, papá! Tenemos que...

—No tenemos que hacer nada.

—¡Sí, papá! ¡Hase! Y...

—Leo se encarga. Y lo hará él solito.

Leo ha elegido un sitio que se pueda ver bien desde el balcón, cerca de los setos y la farola. Hasse es el primero en llegar y le falta el mismo aliento que a Leo. Se miran fijamente. Hasse sin anorak, Hasse que es alto y que baja la mirada cuando sus ojos se cruzan.

Las piernas separadas. Las manos en alto.

Un último vistazo al balcón siete plantas más arriba. Félix que da saltos y se agarra y tira hasta que la mitad de su cuerpo asoma por la barandilla, y, a su lado, papá.

Un solo golpe. Puño derecho. Directo a la nariz.

Hasse ni siquiera llega a entender lo que está pasando. Se desploma y cae de rodillas, con los lagrimales chorreando a raudales, la sangre le cae por la boca y la barbilla y el cuello.

Y de pronto está tirado en el suelo en un sitio parecido a donde estuvo Leo.

Luego llega Kekkonen, que respira más fuerte, más rápido. Es bastante más bajito que Hasse pero más corpulento, más Inerte. Lanza un primer puñetazo y le da a Leo en la mejilla, las rodillas tan basculantes y los pies tan rápidos que cuando Kekkonen lanza el segundo y el tercer puñetazo él ya no está ni cerca.

El primer golpe de Leo da de pleno. No en la nariz, exactamente, más bien la mejilla, la barbilla. El cuerpo cuadrado se queda en el sitio.

Y responde al ataque.

Las piernas y los pies se escurren igual que antes, suaves, rápidos, y Leo le da en la sien, luego el hombro, luego la otra mejilla hasta que Kekkonen se tambalea y se desploma con ojos que se transforman: los ojos del puto finlandés que instantes antes estaban coléricos y presentes ahora se muestran ausentes y llenos de miedo.

Justo cuando Leo se vuelve hacia el balcón, hacia papá, que lo está mirando junto con Félix, todo vuelve a cambiar. No le da tiempo a ver cómo, ni el qué, solo que de pronto papá grita y señala con una mano, como si quisiera advertirlo.

Alguien lo está agarrando por detrás.

Leo tira. Tira. ¡Tiene que soltarse! Y está a punto de romper la llave.

Cuando se le escurre del bolsillo.

El cuchillo Mora de papá.

No le da tiempo. Se agacha para recogerlo del suelo y ya no está ahí. Kekkonen se le ha adelantado y lo agita en el aire delante de él.

Cuando tienes un cuchillo delante de la cara el metal afilado es lo que más se ve. Especialmente cuando se clava.

—¡Raja a este cabrón! —grita Hasse a Kekkonen, tirado en el sucio asfalto con las dos manos en la nariz, como para mantenerla en su sitio.

La primera cuchillada se hunde en el hombro izquierdo de Leo. O mejor dicho, en el grueso hombro del anorak. El cuchillo Mora abre un gran agujero del que brota un poco de relleno blanco y mullido.

Ante la segunda estocada Leo inclina un poco el torso, lo gira a un lado, y el filo corta el aire. La tercera llega más deprisa y más recta, le vuelve a dar en el anorak, la manga, pero el tajo es menor.

Hasse grita ¡*Rájalo!* ¡*Rájalo!* Y Kekkonen mira a Leo con esos malditos ojos que escarnecen cada vez que intenta apuñalarlo. Apunta a la cara y tiene tiempo de intentarlo dos veces más antes de que el portal se abra a sus espaldas.

Leo no mira atrás, el filo del cuchillo está tan cerca, si lo hiciera no tendría tiempo de esquivar el siguiente ataque.

Entonces lo oye. Lo sabe.

Los pasos golpeando el asfalto, pasos de pies desnudos.

Los pasos de papá.

Y la respiración de papá.

Y la voz de papá.

—¡Suelta el cuchillo, niño!

Kekkonen obedece. El cuchillo cae al suelo, rebota. Y salen corriendo. Hasse con las manos en la nariz y Kekkonen con su cuerpo cuadrado inclinado

hacia delante, corren por el aparcamiento y cruzan los matorrales y el timbre de la escuela suena más o menos cuando llegan al otro lado de la carretera.

E stán de pie uno cerca del otro mirando un espejo lleno de pintadas. Uno que mide uno noventa y tres y que tiene el pelo castaño y repeinado, el otro que mide uno cincuenta y dos y tiene el pelo rubio y revuelto.

—Un cuchillo.

Papá extiende la palma de la mano y en ella descansa el cuchillo Mora manchado de pintura.

—¡Un cuchillo, Leonard!

Están en un ascensor que pasa por la segunda planta, la tercera, y Leo trata de descifrar una imagen de papá en el espejo. Una figura temblorosa. Papá suele tiritar antes de tomar el vino con azúcar, o cuando se enerva por culpa de los vagabundos o los parásitos. Pero solo por fuera. No como ahora. Por dentro.

—Te he enseñado a pelear. ¡Con las manos! Y tú... ¡y tú vas y coges *mi* cuchillo!

—No para pelearme.

—¡No necesitas un jodido cuchillo!

—Para que *ellos* pelearan conmigo. Para traerlos hasta aquí. Para que pudieras verlo.

Papá aprieta el mango.

Está tan enfadado que tiene tanto miedo que se enfada aún más. —¿No lo entiendes, niño, que tú... tú...?

—Tú lo usaste. Le cortaste el...

—¡Primero aprendí a pelearme con las manos!

Sexto piso. Séptimo. Han llegado. Pero permanecen inmóviles en un ascensor estrecho.

Mientras no abran la puerta, mientras no dejen de mirarse en el espejo pintarrajeado: mientras permanezcan en este pequeño mundo.

—Niñato de mi alma.

La voz de papá, también trémula, y Leo lo busca en la zona superior del espejo, donde la capa de pintura de espray es un poco más fina.

—Pero le di, papá. En la nariz. ¿Verdad?

Y papá sonrío. Cuando le dan los sobres con dinero se ríe, y también a veces cuando se toma el vino tinto, pero sonreír no sonrío casi nunca. Y, sin embargo, ahora lo hace.

ahora
segunda parte

Llevaba lloviendo cada día desde hacía varias semanas. Las gotas iban ahuecando un agujero tapado delante de un cubo de hormigón. Leo había decidido no pensar en ello; aun así, la inquietud no lo dejaba tranquilo ni un segundo.

Estaba esperando en el asiento del conductor delante de Skogås Centrum mientras el parabrisas se convertía en una película de agua que le emborronaba la vista. Lo que antes había sido un punto de encuentro al aire libre era ahora una galería cerrada. El súper ICA al lado del Konsum al lado de Systembolaget y la Pizzería Mahmoud's poco antes de la entrada a mano izquierda, las manchas en los manteles blancos y rojos a lo mejor eran un poco más grandes y, que él pudiera recordar, ahora había más variedades de cervezas tipo Pilsen en el estante de encima de la barra, pero el dueño seguía siendo el mismo y saludaba con reconocimiento cada vez que entraban clientes habituales. El cielo abierto se había transformado en techo de cristal, los adoquines de piedra rugosa eran ahora baldosas de cerámica y los bancos y las vallas de los vagabundos se habían convertido en puertas automáticas que se abrían solas cuando alguien se acercaba, como estaba haciendo Anneli ahora.

Se detuvo al cabo de unos pasos y le quitó el celofán al paquete de tabaco, encendió el mechero bajo la protección del saledizo de la entrada, dio una calada profunda como hacía siempre en momentos de expectación. Era tan guapa. Aun siendo mayor que él, normalmente era ella la que tenía que meter la mano en el bolso en busca del documento de identidad para enseñárselo al gorila del bar de turno. Ahora que se acercaba a él y al coche no lo hacía caminando, sino paseando, y cuando paseaban juntos hacían buena pareja, a Leo le gustaba pensar en ello.

—¿Al sur? —le preguntó, mientras se subía.

—Ya lo verás, hay casas en venta por todas partes.

Primero condujo en dirección a Trångsund y Farsta, hacia el norte, y Anneli iba mirando por la ventanilla, seguramente cruzando un poco los dedos, luego hacia Huddinge y Tullinge, al oeste, y de vez en cuando ella señalaba alguna de las grandes casas, luego en dirección a Tumba, hacia el sur, igual de expectante, su mano sobre la de él en el cambio de marchas. El coche se movía despacio por el vecindario que le era tan familiar, las casitas pequeñas y los bloques de pisos y el asfalto y los locales industriales y luego las casas otra vez. Ciudad obrera. Clase trabajadora y pequeños empresarios. El mundo a las puertas de Estocolmo.

Él pertenecía a este tipo de barrios, con las personas que no tenían cabida en el ideal de Anneli mientras iba en un barco por la ensenada de Drewiken oteando la orilla y los tejados que asomaban entre los árboles, el tipo de casa al que tanto deseaba estar dirigiéndose en este momento.

Leo disminuyó la velocidad mientras ella observaba una hermosa casa de fin de siglo con gran parcela de césped y manzanos y perales, le apretó la mano. Pero él no se detuvo. Siguió a la parcela contigua, una entrada con grandes verjas de hierro y un garaje lo bastante amplio como para meter cinco vehículos, y al lado una casita pequeña con fachada de ladrillo gris y cansada.

—¿Aquí?

Sus ojos trastabillaron al intentar esquivar los charcos del patio de asfalto irregular, que estaba metido entre dos vías de paso de lo más transitadas.

Habían cambiado el piso de la tercera planta de un bloque de viviendas de alquiler por el refugio de la planta baja.

—No hay valla —murmuró ella decepcionada.

—Hay una valla.

Leo abrió la puerta del coche y comenzó a cruzar el patio de asfalto. Ella le siguió los pasos mientras zigzagueaba entre los charcos en dirección a una valla metálica de tres metros de altura coronada por alambre de púas.

—Antes esto era una empresa de coches. Nadie puede entrar aquí.

—¿Quieres decir que... *esto*, que esto es... irnos a vivir a una casa? ¿Construir una vida juntos?

—Oye...

—¿Un puto garaje gigante? ¿Un puto patio de asfalto? ¿Una puta valla de alambre de púas? ¡Yo no quiero vivir así! Quiero una valla blanca de madera con agujeros redondos en el medio, quiero árboles de verdad y arriates y césped y ruibarbo y... ¿Leo? Como... ¡esa casa! De madera, con pasillo de grava y adoquines bonitos.

Señaló la casa vecina, bonita y grande, al mismo tiempo que se abría una puerta a sus espaldas, la de la entrada de la casita de este lado de la valla. Y por ella salió un hombre en traje gris a rayas, camisa blanca, corbata con topos.

—¿Has pedido cita... con un agente inmobiliario?

—Ven.

Anneli se quedó en el sitio, el pelo empapado, la gabardina y los pantalones y los zapatos empapados.

—Llevas semanas dejando que mi mente sueñe con una casa de verdad. ¿Y luego me traes a ver... esto?

Él la cogió de la mano.

—Ahora ya estamos aquí.

—Yo no quiero vivir así. ¿No te das cuenta?

Y luego las dos manos.

—Anneli, es perfecta para nosotros. En este momento.

—¿Pero no quiero vivir así! Quiero...

—Hablamos por teléfono, ¿verdad? —dijo el agente inmobiliario.

Un traje, una corbata y una sonrisa postiza. Era uno de esos que apretaban demasiado fuerte la mano al saludar y que se creían que eso equivalía a generar confianza. Leo sonrió y Anneli le buscó la mirada, *¿has quedado con un agente sin decírmelo?*, y él la miró, *ahora ya estamos aquí, ahora la miramos*, y cogió el folleto brillante a cuatro colores de una mano que había percibido la reticencia y se había vuelto en la dirección de la que esta provenía.

—Puede que no sea una finca de verano en plena naturaleza. Ni una casa de fin de siglo.

El agente señaló la camioneta y luego el logo de Constructores del anorak de Leo.

—Pero es una casa ideal para quien quiere tener la actividad empresarial cerca de casa, y al precio adecuado.

Leo señaló al gran edificio de chapa azul que hacía sombra al otro lado de la carretera.

—Fuimos nosotros los que reformamos el Solbo Centrum.

La esquina con la empresa de neumáticos y el restaurante indio y la floristería y el solárium y la Pizzería de Robban. Y al lado, un contenedor cerrado con suficiente armamento militar para un par de compañías de infantería de la guardia imperial del reino de Svea.

El agente lo vio, todos los que pasaban por allí lo veían.

Sin saber.

—Sed bienvenidos.

Una manga de traje mojada por la lluvia hizo un barrido sobre el asfalto.

—A una propiedad de un total de mil cien metros cuadrados, una superficie auxiliar de más trescientos metros cuadrados y una vivienda con superficie útil de noventa metros cuadrados.

Dejaron atrás los charcos y el alambre de espino y entraron en una cocina de una planta baja y oyeron la voz de un agente inmobiliario comentando *electrodomésticos prácticamente nuevos y posibilidades y potencial y buena distribución y calefacción inteligente*. La oían pero no la escuchaban. Anneli no escuchaba porque no quería estar allí. Leo no escuchaba porque ya había tomado una decisión.

De la cocina vacía al pasillo vacío: la escalera para subir al segundo piso vacío justo delante y el dormitorio vacío a la izquierda con la puerta cerrada.

El agente la abrió de par en par.

—Una ampliación. Una habitación extra.

Y los invitó a entrar entre paredes raídas, suelo raído, quizá diez metros cuadrados.

—Aquí tenían la oficina.

Leo golpeó las paredes de yeso en varios sitios con los nudillos y dio unos taconazos en distintos puntos de la moqueta de plástico que cubría el suelo, pero solo oyó los tacones de Anneli, que ya no estaban paseando sino alejándose, saliendo de la casa. Leo se disculpó, corrió tras ella. Anneli estaba al otro lado de la ventana, ahora bajo una leve llovizna, un cigarrillo en

la mano, caladas cortas y fuertes, tal como fumaba cuando estaba disgustada.

—¿Anneli?

Ella no lo miró.

—Escucha, Anneli, estaba pensando algo. Tu hijo... quiero decir... Sebastian no tiene por qué dormir en el sofá cuando nos visite aquí, como en el apartamento.

—Pero no hay espacio.

—Sí lo hay. Te lo enseñaré. Y ahí fuera, el asfalto, es perfecto para jugar al baloncesto. Y yo pondré un tablero y un aro sobre la puerta del garaje. Cuando tenía cinco años me hubiera encantado algo así.

—Seis. Sebastian ya ha cumplido seis.

—Querías que nos visitara más a menudo, ahora puede.

La abrazó.

—En un año podrás tener la casa que quieras, Anneli. En cualquier sitio. De cualquier precio.

Una mano en su mejilla.

—Pero en este momento lo necesitamos. ¿Entiendes? Para llegar allí, a la otra casa. Esto es perfecto para Constructores. Una oficina y una sala de prácticas y un almacén. En un barrio de casas unifamiliares que está levantado sobre el antiguo lecho marino, casa sin sótano. Mi Cueva de la Calavera.

Su flequillo mojado, frente y mejillas mojadas, se las secó cuidadosamente con la manga de la camisa.

Otro cigarro.

—Una puta ludoteca.

Caladas un poco más largas, más lentas.

—Aún más ludoteca que lo que tenemos ahora en el piso. Tus hermanos se van a pasar la vida aquí metidos.

Él le pasó el brazo por los hombros, desde ahí ambos podían ver las pocas habitaciones de la casa. Y luego él la giró con cariño. Hacia él.

—Entiendo que no es precisamente lo que te habías imaginado. Pero un año, Anneli.

—¿Un año?

—Un año.

—¿Donde sea? ¿Adonde sea?

—Al precio que sea.

Leo la tomó de la mano y volvieron a entrar, cruzaron el recibidor y se acercaron a la habitación ampliada.

—Esta será la habitación de Sebastian cuando esté aquí.

—¿Para que pueda estar más a menudo con nosotros?

—La habitación de Sebastian encima. Y mi habitación debajo.

El agente seguía allí, a la espera, en la escalera que llevaba al piso superior, pasaron por su lado en dirección a lo que sería el dormitorio y se acercaron a la ventana que daba a la casa vecina. —¿En un año?

Él la miró, la abrazó.

—En un año. Te lo prometo. Después habremos terminado.

Leo dejó a Anneli en la estación, luego condujo media hora por carreteras secundarias que atravesaban bosques y prados en dirección sur. No solía mentir. Ni a ella ni a nadie. De pequeño no había tenido más alternativa puesto que decir la verdad siempre había sido peor. Ahora le había mentido. Había estado de pie delante de la casa que habían decidido comprar, la había rodeado con los brazos y le había dicho que no podía acompañarla al centro, que tenía que ir a ver a Gabbe y hacer la última revisión. Le había mentido porque él mismo no entendía la verdad: que estaba a punto de pagarle una deuda a alguien a quien no le debía nada.

Cuatro años y medio y padre e hijo en la misma empresa de construcción. Había tirado el cinturón de herramientas al suelo y había salido por la puerta. *Leo, joder, has cogido un anticipo de treinta y cinco mil coronas.* Había sido una cuestión de dinero. *Tendrás que cubrirlas en horas de trabajo, antes de irte.* No había sido en absoluto una cuestión de dinero. *¡Me lo debes, Leo, no te puedes ir!* No para él. Para ninguno de los dos. Se trataba de salirse, alejarse, dar carpetazo.

Condujo despacio por un paisaje cansado. El lago a su izquierda que se llamaba Malmsjön y una fina bruma sobre una superficie inmóvil, los prados con vacas blancas y negras y cuatro caballos que se perseguían entre sí, luego el otro lado que se llamaba Axaren, igual de apacible.

¡Volverás arrastrándote cuando te falte dinero! No eres nada sin mí, Leo, ¡no te las sabes arreglar sin mí!

Faltaban un par de kilómetros cuando detuvo el coche. Una gasolinera abandonada y un rótulo de Caltex oxidado que se mecía al viento y en medio del patio frontal un surtidor con cifras mecánicas que en su día habían ido girando pero que ahora permanecían fijas en 76,40 coronas.

Bajó la ventanilla, inspiró el aire húmedo.

Ya lo había dejado otras veces antes pero siempre había vuelto. A pesar de haber aprendido a despreciar la sensación de ser una herramienta, un accesorio en la foto de familia de su viejo. Aquel día se fue de verdad. Al año siguiente, Félix había empezado a trabajar para él. Al siguiente, Vincent había dejado el bachillerato y se habían convertido en tres hermanos que trabajaban juntos.

Familia. Juntos. *Tú lo intentaste. Yo lo conseguí.*

El último tramo, más prados, más agua, caminos. De graneros solitarios, grupos de casas, una escuela, un par de tiendas. Ösmo Centrum. A media hora del corazón de Estocolmo, aun así un mundo totalmente distinto.

El coche siguió rodando lentamente.

Una gran casa de ladrillo, jardín bien cuidado con las hojas del día anterior en montoncitos ordenados. Aparcó delante del buzón y miró las ventanas iluminadas de la planta baja, su padre solía estar en casa a esta hora.

El último trozo de cebolla en una mano, el último trozo de tocino ahumado en la otra, tragó, un chorrillo para bajar. En la mesita de centro los montones de cupones de la lotería keno, rellenos y validados. Sorteo diario, a las 18.55.

Ivan se inclinó hacia delante, cogió el mando, subió el volumen.

La primera bola amarilla era el 30. La segunda el 40. Tercera, 39. Un racimo. Pintaba bien. Cuarta, 61. Esquina izquierda, abajo del todo. Quinta bola, 51. En la casilla justo de encima. Lado equivocado. Racimo equivocado.

Bajó el volumen, volvió a reclinarsse en el sillón. No le hacía falta esperar al resto de bolas amarillas. El sorteo ya había terminado. El 61 jamás entraba en su sistema, según sus cálculos era la cifra que menos se repetía.

La mayoría de la gente no comprendía que era de esto de lo que se trataba: identificar patrones. No existía la casualidad. Los patrones siempre se repetían. Todo formaba parte de un ciclo y estaba unido.

Ivan tenía cuarenta cupones de la keno en la mano que ya no valían nada. Su mapa hacia el futuro. Con once cruces a modo de indicadores para llegar. Los arrugó y los tiró al suelo.

El próximo sorteo era al día siguiente a las 18.55.

Quitó el sonido de la tele y estaba a punto de levantarse cuando percibió otro ruido. Fuera de la ventana. Un coche que se paraba y una puerta que se abría. Apartó la cortinilla.

Una pickup grande y un logo de alguna empresa de construcción en el lateral.

Había parado justo delante de su parcela.

Un hombre joven se estaba acercando. Bastante alto. Hasta que los enérgicos pasos estuvieron a medio camino de la escalinata y la puerta no se dio cuenta de quién se trataba. Pelo más corto. Mentón más anguloso. Hombros anchos que ahora llenaba. Alguien que ya no llevaba a un niño dentro.

Leo.

Ivan echó un vistazo por una cocina que se fusionaba con el recibidor, primero metió la botella vacía de la mesa en la bolsa de basura bajo el fregadero, después los cupones arrugados de la keno a la papelera.

Sonó el timbre.

Se apresuró, los pies descalzos en zapatos marrones, la americana gris sobre la camisa de pintor. No le daría tiempo de limpiar una vida que no había cambiado.

Abrió la puerta y permanecieron allí, Ivan mirando hacia abajo. Leo mirando hacia arriba, siete escalones y cuatro años y medio entre ellos.

—¿Coche nuevo?

—Sí.

—Brilla que no veas, ¿poco trabajo, Leo?

—A diferencia de ti, yo cuido mis cosas.

—Un coche de una empresa de construcción tiene que estar sucio, Leo. Mucho trabajo, mucho polvo. Como coche tampoco es gran cosa..., no tiene sitio si tienes que contar con mano de obra extra. Dos que trabajan juntos. Has venido por eso, ¿no? O a lo mejor quieres contratar a enanos. ¿Eso quieres, Leo?

—Oye, tengo dos coches más como este. O *tenemos* dos coches más. En *nuestra* empresa.

Apenas nada. Un pestañeo, un tirón en la mejilla, el labio inferior que salió un poco. Pero Leo se dio cuenta.

—¿Cómo..., qué dices, chaval..., tienes... gente contratada?

—Tres.

—¿Tres? Pues... vete con cuidado con el sindicato. Se meten en todo. Como la Gestapo. Y ya sabes, Leo, tener gente contratada es un problema.

—No creo que lo sea. ¿Sabes, papá? Acabo de terminar una obra grande en Tumba, Solbo Center. Setecientos metros cuadrados. Locales comerciales, bien de dinero. O, bueno..., *acabamos* de terminarla.

—¿Acabamos?

—Y no he venido para contratar... ¿cómo lo has dicho?... mano de obra extra. He venido para dejarte esto.

Leo sacó el sobre del bolsillo, el que había controlado tantas veces que seguía en su sitio. Se lo entregó.

—Cuarenta y tres mil.

Ivan lo cogió, blanco y un poco arrugado, lo abrió. Billetes de quinientas.

Usados.

El tipo de billetes que se guardan en bolsas de seguridad en los furgones blindados.

—Las treinta y cinco mil que según tú te debía. Y cinco mil de intereses.

Los dedos que olían a cebolla amarilla los fueron sacando de uno en uno, contándolos.

—Y... te paso tres mil más.

—¿Por?

—Mil por cada costilla.

Cuatro años antes Leo había tirado el cinturón de herramientas y había comenzado a alejarse mientras el viejo se quedaba allí chillando. Leo no recordaba lo demás, lo que se habían gritado a la cara cuando su padre lo había agarrado por el brazo, él solo se había girado y le había pegado como le habían enseñado a pegar, pero no a la nariz sino al cuerpo.

—Me lo puedo permitir, papá.

Había mirado a su padre a los ojos y acompañado el golpe con todo su peso, con el hombro, el brazo, el puño cerrado.

—Así que cógelo. Tú que lo necesitas.

Y en cuanto le dio el primer golpe notó que algo se rompía allí dentro.

Después se habían quedado en silencio, papá inclinado hacia delante con

el brazo derecho en alto sin comprender que su hijo realmente había pegado primero.

—Tengo curro. Me rompiste tres costillas, pero yo sigo entero.

Ivan sostenía el sobre en una mano, la otra apoyada en una puerta cerrada mientras balanceaba un cuerpo enfriado: americana delgada sobre camisa de manga corta que se enfrentaba a apenas dos grados sobre cero.

—Pero si lo he entendido bien... a ti te parece correcto simplemente largarte como lo hiciste. Este dinero, Leo, mi dinero, era un adelanto que tú nunca cubriste.

—Me pasé cuatro años trabajando contigo por un sueldo de mierda cada semana.

—Te daba lo que te tocaba. Ni más ni menos.

—No he venido para discutir. He venido para darte el maldito dinero. Estamos en paz.

Leo empezó a caminar hacia la pickup.

—Y ¿cómo..., cómo están tus hermanos?

Leo se detuvo, se volvió.

—Están bien.

Ahora venían las preguntas.

—Entonces..., ¿os vais viendo?

—Sí.

—Y ¿siguen viviendo allí, con ella, en... Falún?

—Viven aquí. En Estocolmo.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Cómo..., qué... están estudiando?

—Trabajando.

—¿En qué?

—Trabajan conmigo.

—¿Trabajan contigo?

—Conmigo.

—¿Vincent... también?

El hombre de cincuenta y un años que llevaba zapatos sin calcetines de pronto parecía mayor. La barbilla y el labio inferior aún más salidos, la tez

pálida, tenía frío de verdad.

—Sí. Vincent también.

Se sujetaba fuerte a la barandilla mojada de hierro fundido, como si le flaquearan las piernas.

—Pero solo tiene dieciséis, ¿no? O diecisiete.

—Como yo cuando empecé a trabajar contigo. —Pensaba... que vivía allí, con... ella.

El sobre le resultaba incómodo en la mano, se lo metió en el bolsillo interior.

—¿Es alto?

—Más o menos como tú. Y yo.

—Buenos genes.

—Y dentro de algún año será aún más alto.

—Muy buenos genes.

El cuerpo helado ya no tenía frío, había cobrado fuerzas y bajó en dirección a Leo.

—¿Y Félix?

—Mejor que nunca.

—Hace tanto tiempo.

Y Leo sabía lo que venía.

—¿Leo? ¿Tú? Joder, ¡tú podrías hablar con ellos!

—No creo que Félix...

—¡Para que nos veamos! Juntos. ¡Los cuatro!

—... quiera verte. Bajo ningún concepto. Nunca.

Ahora lo tenía cerca, a poco más de un metro, se podía percibir perfectamente los restos del Vranac de la noche anterior. —Pero tú sabes...

—Y *tú* sabes cómo es él. Cuando Félix toma una decisión, no se echa atrás.

—¡Coño, pero si hace catorce años!

—Y tú todavía no has pedido perdón.

—¿Cómo se puede ser tan rencoroso! ¿No puede dejarlo correr?

—Es como un lapo en la cara. ¿Verdad, papá?

—Intenta hablar con él. Y quedamos. ¿Vale?

Esos ojos. Ese convencimiento.

—Por cierto, yo también tengo un trabajo en marcha. Algo grande. Un hotel, cincuenta y cinco habitaciones para enmoquetar, hay que pintar la carpintería, y luego todas las ventanas, salen a mínimo trece mil coronas por habitación, dime si no es algo gordo. Y he pensado mucho en ti. En que deberíamos hacerlo juntos. Tú y yo. Y ahora, tus hermanos.

Esos malditos ojos negros que le intimidaban, con los que se había criado y de los que había terminado huyendo.

—Oye..., papá.

—¿Si?

—Ya no me dedico a hacer encargos para ti.

Esta vez esos ojos no podrían atraparle.

—¡Tú solo piensas en ti mismo! ¿Lo sabías, Leo?

Leo miró a una persona que parecía haber encogido con la edad. Cejas revueltas que despuntaban como antenas y ropa que no estaba limpia: incluso en la distancia había percibido sudor nuevo que devolvía a la vida sudor viejo.

—Siempre has hecho lo mismo. Siempre has pensado en ti por encima de todo.

Leo no respondió.

—Porque eso es lo que hace un *chivato*.

—¿De qué coño hablas?

—Vienes aquí. Te haces el duro. Ni una palabra en varios años. Yo no iba a recuperar ni un céntimo de mierda. Así que ¿qué es lo que te hace presentarte ahora con cuarenta y tres mil pavos? ¡Cuarenta y tres mil! ¿Te los has sacado del culo por arte de magia? ¿Quieres que me lo crea? No, no. ¿De dónde cojones has sacado ese dinero? ¿Sin mí? ¿Qué trabajo de mierda has hecho que te dé tanta pasta?

Ivan sacó un cigarrillo de tabaco de liar ya preparado del bolsillo de su anorak y lo encendió.

—Te presentas aquí para hablar de tus hermanos que no quieren ver a su padre. ¿Para metérmelos por el gaznate como si lucra una puta oca? ¿Para plantarte aquí e intentar ser más que yo? ¡Tal como haría un chivato! ¡Un *potkazivanje*!

—¡No dije ni una palabra entonces! ¡Y lo sabes!

—Me delataste.

Cada vez. Y no importaba si seguía gritando o si le partía tres costillas más. La cosa continuaría, seguiría allí. Leo respiró lentamente, estiró el brazo y repicó suavemente con las puntas de los dedos sobre el bolsillo del pecho de una camisa barata.

—Estamos en paz.

Demasiado deprisa por el vecindario de casas. *Chivato*. Deprisa por delante de la escuela, la piscina cubierta y la biblioteca. *Chivato*. Hasta que frenó, de golpe. La voz de papá, *chivato*, no desaparecía como solía hacer.

Aparcamientos libres delante de edificios bajitos de color rojo, Ösmo Centrum, se quedó allí un rato con el motor apagado, paseó la mirada por las tiendas de comida, bancos, una cafetería, un zapatero, una tintorería, una floristería.

No dije nada. Tenía diez años y estaba delante de aquel poli gordinflón.

Si miraba un poco más lejos, más allá de la esquina donde había un pequeño quiosco, asomaba la chimenea del edificio en el que papá estaba sentado ahora mismo y donde habían vivido y trabajado juntos cuando todavía era posible.

Diez años después de que aquel chiquillo hubiera mantenido la boca cerrada como le habían ordenado, Leo había tirado su cinturón de herramientas, había conocido a una madre soltera cinco años mayor y había decidido irse a vivir con ella en un piso de una habitación en Hagsåtra.

Ningún chivato podría haber robado un furgón blindado.

Tres meses más tarde, él y Anneli habían firmado juntos un contrato de alquiler, un piso de tres habitaciones en Skogås que una vez había sido todo su mundo. Hasta ahora.

¿Tú lo has hecho, eh, papá, has robado un furgón blindado alguna vez?

Leo abrió la puerta del coche y empezó a caminar hacia la tiendecita de la esquina. Puso un paquete de Camel sobre el mostrador mientras intentaba evitar el contacto visual con Jönsson—el-estanquero, el de la tonsura cana, restos de un pelo que por aquel entonces ya estaba ausente.

—¿Nada más?

—Así está bien.

—¿Y tu padre? Un paquete de tabaco de liar y uno de papel Rizla, ¿no?

—Hoy no.

Hurgó en busca de los billetes en el bolsillo lateral de los pantalones de trabajo, billetes usados de cincuenta de un atraco, polvo de yeso en las manos ahora que se los pasaba a Jönsson, que los cogió y los metió en la caja registradora, siempre un poco abierta, el chasquido del mecanismo de muelle cuando la máquina escupía el cajón de los billetes, lo que equivalía a no hacer recibo.

—Hacía tiempo que no te veía por aquí.

Ya estaba junto a la prensa de la puerta.

—Sí. Hacía tiempo.

—Oye —dijo Jönsson sonriendo—, saluda a tu padre de mi parte.

Siempre tenían pistas sobre ti. ¿Y tiene la policía pistas sobre mí?

Leo no contestó, con un paquete de cigarrillos y unas monedas en sus manos, simplemente asintió y se marchó.

No. No las tienen. Ni rastro.

Leo fumaba nervioso, paseándose de aquí para allá por toda la plaza. El cabrón todavía le afectaba.

Hasta que se detuvo de pronto.

Había estado aquí antes y aun así fue como si lo estuviera viendo por primera vez en la villa.

Dos bancos. Uno al lado del olio. Lomo una pareja de enamorados.

Pared con pared, metidos entre el súper Konsum y la floristería, y te podías acercar en coche hasta la puerta, con total visibilidad de la plaza.

Dos objetivos. Mismo sitio. Misma hora. Mismo riesgo.

Y ya no fumaba nervioso: notaba cómo lo inundaba la calma, aquella suerte de calma que ni siquiera su padre podía arrebatarse.

John Broncks había intentado contar las gotas de agua. Al principio le había funcionado. Hasta que se habían fusionado y el mundo de fuera se había vuelto borroso y los compañeros que corrían por el patio interior de la comisaría se tornaron difusos y patosos. A su espalda, sobre el escritorio, había dieciocho casos paralelos en carpetas de distintos colores. Y no podía recordar ni un solo día sin lluvia desde que se había puesto a la cabeza el que ahora estaba arriba del todo: le había hecho sombra a cualquier otra cosa, como las gotas de agua en la ventana.

MAX VAKKILA (MV): Hablaba igual que el de la tienda.

INTERROGADOR JOHN BRONCKS (JB): ¿Qué quieres decir?

MV: Como Ali. No era él. Pero sonaba como Ali.

El único testimonio de alguien que, a excepción de los dos guardias, había estado cerca. Un chico, seis años. Lo bastante cerca como para ver una cara, oír una voz.

JB: Y ¿qué aspecto tenía el que iba sentado?

MV: Babeaba.

JB: Quieres decir...

MV: El que se llamaba Gobak tenía toda la barbilla mojada.

JB: ¿Gobak?

MV: Se llamaba así.

Un niño que veía lo que los adultos no veían.

JB: Y ¿el resto de su cara?

MV: Había tomado mucho el sol.

JB: ¿Estaba un poco... rojo?

MV: Marrón. Como en verano.

JB: Bien. Lo estás haciendo genial. ¿Te acuerdas de algo más?

MV: La pierna.

JB: ¿Sí?

MV: Estaba cortada. O... la tenía recta, debajo de la manta.

JB: ¿Lo viste?

MV: Hum. Y un zapato abajo del todo.

Tal como un niño ve a veces lo que no es real, un cuento.

JB: Y ¿el que estaba de pie?

MV: No lo vi mucho.

JB: Pero ¿un poco?

MV: Estaba enfadado.

JB: ¿Enfadado?

MV: Hablaba deprisa.

JB: ¿Algo más?

MV: Los ojos. Parecían tan peligrosos.

JB: ¿De qué manera, quieres decir?

MV: Oscuros. Muy oscuros. Como Jafar en *Aladdín*.

Dos atracadores armados que tenían aspecto árabe, hablaban en inglés como los árabes. ¿Porque lo eran? ¿O porque era lo que querían que viera y oyera su interlocutor? El fuerte acento. La elección de vocabulario árabe que habían empleado —*jalla jalla, sharmuta*—, las palabras que él mismo habría usado para sonar creíble.

Estaba sentado delante de las pilas de documentos, bostezó, se levantó y se acercó a la cafetera americana del pasillo para servirse un té de plata. Y después a la máquina expendedora, siempre el botón con el número diecisiete, un panecillo redondo y blanco con mantequilla y una loncha de queso curado y

tomate en el centro que empapaba el pan hasta reblandecerlo, la rodaja de tomate que empezó a quitar.

Usáis la violencia como método para obligar a alguien a someterse.

Amenazáis con matar.

Por norma, la violencia extrema aparece en los patrones que persiguen alcanzar un resultado, y yo, más que nadie, la reconozco bien: como la mano de un hombre adulto que una y otra vez golpea un cuerpo que no quiere adaptarse. Una violencia que ha funcionado, que os ha dado lo que queríais.

John Broncks dejó atrás la máquina expendedora, sin el panecillo, lo tiró a la basura junto con la rodaja de tomate, siguió caminando cuatro puertas hasta la del jefe del departamento y llamó al marco como hacía siempre.

—¿Tienes un momento?

Karlström cerró el libro, al menos parecía un libro, lo empujó a un lado. John entró, se sentó en la silla de visitas y buscó curioso el título, pero solo pudo ver parte del lomo, un autor francés, Bocuse.

—Dime.

—El atraco al furgón blindado.

Broncks puso el informe técnico sobre el escritorio de Karlström.

—Quiero darle prioridad.

—Prioridad... ¿cómo?

—Quiero, al menos durante las próximas semanas, poderme dedicar a tiempo completo a este caso.

Karlström se estiró para coger un archivador del estante que tenía a la altura de la nuca, fue pasando páginas, lo volvió hacia Broncks.

—Tus dieciocho casos paralelos. *Otros casos. Otros perpetradores.*

—Sí.

—AGRESIÓN GRAVE, y EXTORSIÓN en el guardarropa del Café Ópera, jardines de Kungsträdgården. ATRACO CON VIOLENCIA en joyería Guldfynd, calle Odengatan. INCENDIO PROVOCADO en Ming Garden, plaza Medborgarplatsen.

—¿Sí?

—INTENTO DE VIOLACIÓN, Vitabergsparken. DELITO DE TRÁFICO DE DROGAS, calle Regeringsgatan. CÓMPLICE DE PROXENETISMO, parque Karlplan. CONSPIRACIÓN DE HOMICIDIO, calle Lilla Nygatan...

Karlström cerró el archivador.

—¿Quieres que siga? ¿A quién te parece que debería pasarle *tus* casos?

—Los atracadores tienen experiencia y lo han hecho en ocasiones anteriores.

—¿A quién, John, de todos tus compañeros que *también* tienen dieciocho casos paralelos en su mesa?

—Y lo volverán a hacer.

—Yo...

—Lo volverán a hacer y emplearán más violencia que en Farsta. Y después lo volverán a hacer y usarán todavía más violencia.

En este despacho no vivía la institución, la que todavía reinaba en el suyo, aquí se sentaba una persona con una vida que decidía mostrar abiertamente y con orgullo, que daba sensación de seguridad. En la pared detrás de Karlström había una mapa de su carrera policial: el título de la facultad de Derecho, el diploma del Club de Tiro de la Policía y la notificación enmarcada del nuevo intendente del departamento de investigación criminal de la Policía de Estocolmo. En el escritorio estaba el otro mapa, el de su carrera privada, el reverso de tres fotografías que John sabía representaban dos hijas, hermanas adoptadas de Colombia que estaban a punto de cumplir cinco años, quizá incluso seis, y la de su esposa, una persona de la que John jamás había oído hablar mal en boca de su jefe. Junto a los marcos descansaba el delfín ergonómico de plástico con el que se masajeaba los hombros cada veinte minutos, con bastante exactitud, el abrecartas que le había regalado el Sindicato de Policías y el libro, Paul Bocuse, ahora John ya podía ver todo el título, *French Cooking*.

—Los dos atracadores tenían AK4 y subfusiles. Armas militares. He investigado todas las denuncias de robo de armas presentadas por miembros de la milicia local, los clubes de tiro, las instalaciones militares. He mirado todos los condenados hasta la fecha, en libertad o de permiso, por delitos similares. He descartado toda posibilidad de que haya habido un robo desde dentro.

No estaba seguro de si su jefe lo estaba escuchando. Karlström, que había tenido su primer contacto con la violencia en el trabajo, en un acto de servicio; y él, que se había criado con la violencia, había vivido con ella y luego había

elegido hacerse policía para encontrársela de nuevo.

—Karlström, tenemos dos atracadores que actúan de forma premeditada y no salen del plan original. Secuestran el furgón, lo llevan a velocidad normal desde Farsta Centrum hasta la playa de Drewiken y cuando el resto del dinero se queda detrás de la esclusa abren fuego sin titubear, vacían un cargador entero.

Lo estaba escuchando. Ahora John estaba seguro de ello.

—Se controlan, tienen claro el objetivo y no se salen de los papeles ni una sola vez en una actuación que dura veinte minutos.

—¿Papeles?

—A mí no me convencen. No estoy tan seguro como los guardias de que los atracadores fueran árabes. Ni de que uno de ellos fuera discapacitado y necesitara silla de ruedas. Podrían ser hombres nacidos aquí y que hacen un buen teatro bajo una presión extrema y que emplean sus armas como herramientas, como si la violencia fuera su oficio, como si estuvieran educados en la violencia extrema.

La mujer y las hijas que estaban allí alineadas en los marcos entre él y su jefe, John tenía la sensación de saber quiénes eran.

Karlström era uno de esos que de vez en cuando explicaba cosas de su familia. John nunca hablaba de su familia. A nadie.

—Tampoco me creo que fueran dos. Tienen que haber sido más. Una banda. Y en ese caso, van a desarrollarse. Quedaron nueve millones detrás de la puerta de acero que intentaron abrir a tiros. Un fracaso total. No se llevaron lo que tenían en mente. Esta vez.

—Has dicho... educados en la violencia.

—No, no he dicho eso. Educados en la violencia *extrema*.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que se han criado con ella.

John Broncks caminaba con prisa por el pasillo. Un caso al que se le acababa de dar prioridad. Ahora podría dedicarse a una sola carpeta durante un mes. Bajó tres pisos y se encaminó al laboratorio forense. Primero asomó la cabeza en el cuarto oscuro, después en la sala de fibras de la ropa del perpetrador,

luego la sala de fibras para la ropa de la víctima. Sanna no estaba allí. Sanna, la que se había ido de la escena como si no lo conociera de nada. Sanna, que había vuelto a la Policía de Estocolmo, de forma igual de repentina que cuando solicitó el traslado. Y a la que él había evitado dos años atrás cuando se cruzaron en la calle Kungsgatan: la había visto de lejos, y cuando decidió cambiar de acera para huir ya era demasiado tarde y se había visto obligado a seguir caminando, hacer como que miraba para otro lado justo en el momento de cruzarse sus trayectorias.

Su bolso negro estaba en una de las mesas de trabajo del laboratorio grande, junto al rollo de levantador de gelatina y la caja de bastoncillos de algodón y los tarros de plástico y los tubos de ensayo y las pinzas y el microscopio. Ella estaba junto a un armario de metal que se estaba llenando de gas CNA mientras iban apareciendo las huellas dactilares de algún otro caso.

—Hola —dijo él.

Ella se volvió, lo miró. Y no mostró nada.

—Hola.

—He leído tu informe, Sanna. Varias veces.

Era justo lo que había querido evitar. Estar así de pie, delante de su cara impassible.

—No llego a ninguna parte. Pero acabo de hablar con Karlström. Y me ha dado más tiempo.

Ella seguía escribiendo, después se metió el cuaderno en el bolsillo de la bata y abrió la puerta del armario CNA, dejó salir el gas que quedaba.

—John, sabes que no hay nada que añadir.

—Y yo quiero repasarlo una vez más. Contigo.

Tomaron las escaleras para bajar al garaje, que se extendía bajo una manzana entera de edificios policiales.

John se preguntaba si *ella* también lo habría visto a él en la calle Kungsgatan y si le habría visto mirar para otro lado. Si, igual que él, ella también sabría ver sin mirar: ambos habían trabajado en casos de demandantes con protección de testigos y sabían que lo primero que hay que cambiar en un individuo con identidad nueva eran los patrones de movimiento, es lo primero

que reconoce entre una multitud la persona de la que intentas huir. Es el movimiento el que hace de vínculo de unión.

En un rincón del garaje había una caseta cuadrada construida sobre cuatro parcelas, un garaje dentro del garaje, el espacio de la Científica para vehículos confiscados. Sanna la abrió y allí estaba, en medio del suelo. Un furgón blanco. Broncks se acercó, subió. Asientos cubiertos con plástico. Esquirlas de cristal, faltaban los documentos y las bolsas de seguridad. John había revisado y copiado todas y cada una de las denuncias de coches y barcos robados en las cercanías de Farsta Centrum y Gamla Sköndal durante los meses previos al robo. No cabía duda de que los dos atracadores habían sido llevados en coche hasta el primer lugar del delito por un vehículo propio y habían sido recogidos en el segundo lugar del delito por un barco también propio.

Se paseó agazapado por el espacio trasero, donde los cajones de seguridad estaban abiertos. El informe técnico había establecido nivel 4 de rastros de sangre, fibras, huellas —de los dos guardias que habían sido reducidos y de otros guardias que habían hecho algún servicio en el furgón—. Nada más. Ni rastro de las personas que él estaba buscando.

Sanna abrió el maletín negro que siempre llevaba consigo y colocó cinco casquillos en fila en el banco que tenían delante.

—Ángulo de tiro, noventa grados.

Después le enseñó los orificios de la ventana del conductor y las trayectorias de los proyectiles hacia la puerta del copiloto.

—Y aquí, al lado de estas, cinco balas deformadas, camisa metálica completa, calibre de 9 milímetros, se han metido en la puerta. Proviene de la misma arma. Un subfusil sueco m/45.

Mecánica. Esa era la palabra que John andaba buscando. Así era la forma en que ella hablaba de su trabajo y John se preguntó si sería así como sonaban siempre sus informes o si solo se estaba esforzando por parecer indiferente delante de él.

La silla de ruedas estaba esperando detrás del furgón. Uno de los atracadores había ido sentado en ella con una manta sobre las piernas. Robada del hospital de Huddinge y, según el ingeniero forense, estaba manchada con huellas de siete individuos que habían sido comparadas con 120.000 huellas

dactilares de sospechosos de otros casos de robo registrados en el archivo A. Ninguna coincidencia.

La camisa del uniforme del guardia era de color verde. En las imágenes no se veía. Sanna toqueteó con guantes de látex un agujero en el lado derecho del cuello.

—Tuvo suerte. Si se hubiera inclinado hacia delante aunque fuera un poco la bala le habría atravesado el mentón.

—No consiguieron llevarse lo que andaban buscando —dijo Broncks.

—¿Varios?

—Jafar, el de *Aladdín*. Y alguien que se llama Gobak.

—¿Jafar? ¿Go... bak?

—Nuestro mejor testigo. Tiene seis años. Es decir, buscamos a alguien que no existe. Alguien a quien vieron un niño pequeño y cuatro más que estaban presentes porque era lo que los asaltantes querían que vieran. Yo no me lo creo. No creo en Jafar y Gobak.

Él sabía cómo caminaba y exactamente cuál era el aroma que él siempre buscaba en una sala sin ser consciente de ello. Y sabía lo que se sentía cuando ella sonreía, incluso cuando estaba lejos, como ahora.

—John, yo trabajo con fibras, salpicaduras de sangre, huellas dactilares. Con la verdad. Todo lo que existe y se puede demostrar. Y Jafar y Gobak, ellos no existen, tal como tú dices. No son reales. Igual que tú y yo ya no existimos. ¿Comprendes?

John Broncks se quedó dónde estaba mientras ella abandonaba el garaje, frío y lleno de aire con sabor a lubricante y polvo. Después fue dando vueltas y vueltas alrededor de un furgón blindado vacío, pero había vuelto a los interrogatorios de dos guardias que le habían hablado de un atracador que escuchaba y esperaba, tranquilo y dominado, una cara enmascarada que también decidía cuándo apretarles la boca del cañón contra la cabeza.

Armas como herramientas. Violencia como oficio.

Jafar no existe. Gobak no existe.

Educado en la violencia extrema.

Pero tú sí existes.

Leo se quedó un rato tumbado boca arriba, como solía hacer al despertarse, cerca de las respiraciones de Anneli, siempre pesadas. Ella era una de esas personas que duermen con los brazos abiertos. Él, en cambio, tenía el sueño ligero, siempre lo había tenido. Todavía se levantaba siempre el primero para hacer el desayuno.

Chivato.

Una palabra que iba penetrando como a veces hacen las palabras, puntiaguda, afilada. Pero ya no calaba tan hondo.

Las cajas de la mudanza seguían a los pies de la cama. Contó siete, y en el salón y el recibidor había otras tantas, de camino a una casita feúcha al lado de un supergaraje: la Cueva del Hombre Enmascarado y la solución al problema del almacenamiento. No quedarse atrapado como arrendatario en la planta baja de otro tío y rodeado de cupones arrugados de la lotería.

Había dejado de llover durante la tarde y la noche y la mañana. Hora tras hora sobre el agujero que habían llenado delante de una puerta de seguridad: tierra mojada que no estaba igual de apelmazada que la de alrededor y por ello podía hundirse y ser descubierta por un vigilante con un cigarro entre los dedos.

Ella se desperezó y murmuró algo ininteligible, volvió a tumbarse boca arriba, a roncar.

Tenía que hablar con ella. Instruirla. Ella iría hasta allí, era la única que podía hacerlo.

Leo había llegado hasta el pasillo cuando oyó las voces más allá de la puerta del piso, y luego esa breve pausa antes de tocar el timbre. Su hermano pequeño nunca actuaba antes de pensar.

—¿Qué coño lleváis puesto? —preguntó Leo tan pronto como abrió la

puerta.

Félix iba vestido con camisa de franela a cuadros rojos, vaqueros desgastados y un poco holgados y botas Timberland de color beis. Jasper iba detrás con una cazadora de cuero de 5.000 coronas, vaqueros recién estrenados y zapatillas Reebok negras.

El leñador y el poli de paisano.

—¡Aquí tenéis que venir cada mañana en pantalón azul de carpintero, camisa azul y botas de obra!

Leo cerró la puerta del dormitorio mientras Félix y Jasper entraban en la cocina en busca del café recién hecho.

—¡Nuestra fachada, cojones! La que tienen que ver los demás. ¡Jasper, pero si pareces un maldito escolta de paisano! Y tú, Félix, ya descubrirás el mundo luego, te lo prometo, te comprarás un Mustang de segunda mano en Sídney, harás *windsurf*, te tomarás tus cervezas frías.

Los días se habían convertido en semanas y poco a poco habían empezado a hacer lo único que no deberían haber hecho: sentirse seguros.

Puso la mesa. Pan, mantequilla, zumo, yogur, platillos, tazas de café.

—Somos currantes de la obra. Eso es lo que tenemos que transmitir. A ningún capullo se le puede siquiera pasar por la cabeza preguntarse *de dónde sacan el dinero, si no están construyendo nada*. A partir de ahora no tenemos por qué clavar ni un solo clavo. ¡Pero lo haremos de todos modos! Una cocina reformada por aquí, un techo nuevo por allá. Necesitamos la empresa, la facturación, la fachada.

Volvieron a llamar al timbre. Un toque corto, cauteloso. Luego se abrió la puerta.

—Soy yo —gritó Vincent.

—Estamos en la cocina. Desayuno.

Se detuvo en el umbral de la puerta. Pantalones azules, camisa azul y botas sucias. Todos lo miraron en silencio.

—¿Qué pasa?

—Uno que sí lo ha pillado —dijo Leo.

—¿Pillado el qué?

Leo sacó el filtro de la cafetera americana y llenó cuatro tazas con café negro, luego se volvió hacia Jasper y Félix.

—Que cuando terminemos de desayunar vosotros dos cogéis una pickup y os vais a casa. Y os cambiáis para *poneros exactamente* la misma ropa que ya lleva puesta aquí el más canijo. Y cuando lo hayáis hecho, os vais a Maderas Kenta y cargáis ciento cincuenta metros cuadrados de parqué de roble de ocho milímetros y lo entregáis en la calle Grönlandsgången 32, en Kista. Una oficina de informática que Gabbe ha conseguido. Y después esperáis allí hasta que Vincent y yo lleguemos.

Jasper dejó la taza que acababa de levantar de la mesa.

—¿Lo dices en serio? ¿Vamos a... la obra?

—A partir de ahora cogemos algunos trabajos así. ¿De acuerdo? Ciento cincuenta metros cuadrados de parqué, eso lo tiramos en dos días. Y siempre...

—Joder, pero si...

—... siempre a precio cerrado. Así podremos alargarlo por lo menos una semana. Faenas grandes pero simples que cuatro obreros cualificados finiquitan rápido pero alargando los plazos y facturando a precio fijo, tenemos que entrar y salir y dejarnos ver, de vez en cuando.

Leo y Vincent habían conducido más allá de Skogås, pasando por delante de la escuela y su casa de la infancia de la calle Vallhornsvägen, el piso que recordaban grande pero claustrofóbico.

Leo detuvo la camioneta y bajaron caminando por la alta hierba de la cuesta entre un campo de fútbol y el polideportivo por el que después del atraco habían pasado con idénticas bolsas tic deporte de las que asomaban claramente unos sticks de *hockey*.

Se adentraron en el bosque por el sendero junto a la montaña escarpada, el mismo sendero por el que él había caminado tantas veces las últimas semanas para controlar que una lancha hundida no buscaba su camino hasta la superficie. Caminaron hasta el final de la lengua de tierra que cuando era pequeño había sido una península y desde donde había nadado hasta la orilla contraria.

—Sigue allí.

Junto a dos piedras grandes, la hilera de arbustos bajitos y espinosos, una

extensión de heléchos y allí, justo detrás del peñasco con los abetos, un par de metros de playa de arena, el lugar donde habían desembarcado.

Buscaron, otearon, con la mirada sobre el agua.

—Sí. Sigue allí, bien abajo.

Leo puso una mano en el hombro de Vincent.

—Habíamos acordado que tú estarías justo allí, a la espera.

Vincent retorció la espalda, se quitó la mano de su hermano.

—Joder, yo... Es que venía la poli, tenía que avisaros, yo...

Leo sonrió.

—Lo hiciste cojonudo, hermano. Estabas allí solo, a oscuras. Y tomaste una decisión propia. Por nosotros. Yo había elegido confiar en ti, y demostraste que no me había equivocado. Pero la próxima vez no será exactamente lo mismo. El objetivo número 2 no es ningún transporte, es un banco y es entre personas.

—Lo sé.

—Y tú..., tengo que estar totalmente seguro de que lo has entendido, que lo has entendido de verdad, que si no quieres esto puedes salirte. Ahora. No diré una mierda al respecto. Félix y Jasper tampoco dirán nada. Es tu derecho. Y es mi máximo deber dejártelo claro.

Vincent sonrió con una boca un poco torcida.

—*Quiero* esto.

—Soy tu hermano mayor. Soy responsable de ti. Yo estoy al mando de esto y después no habrá vuelta atrás. Pero ahora sí la hay.

—*Lo sé*. Y no quiero volver atrás.

Soplaba el viento, pequeñas olas que hacían borreguillos blancos, como si tuvieran prisa.

Leo abrazó a su hermano pequeño. Estaban en camino. Juntos.

—Pues eso.

Y se pusieron a caminar, uno al lado del otro y de vuelta por un sendero serpenteante, en la misma dirección en la que habían caminado a oscuras.

—Llevarás chaleco antibalas. Kevlar. Mejor que los que usa la poli. Y una metralleta de cuatro kilos cargada. Botas negras, mono azul, pasamontañas, te verán más grande y esas piernas huesudas de adolescente desaparecerán. *Pero no tu patrón de movimiento.*

Leo se detuvo y esperó a que Vincent también lo hiciera.

—Caminas como un chaval de diecisiete años. ¿Lo sabías? Y cuando corríste, hacia los guardias y el furgón, cuando te nos acercaste por detrás en la oscuridad y Jasper se dio la vuelta y levantó el arma y... lo interrumpí. Reconocí tus movimientos.

Leo reemprendió la marcha, despacio, el sendero se había vuelto más ancho y dilató a propósito las zancadas.

—Para que esto funcione tienes que parece un hombre adulto. Las cajeras tienen que estar convencidas de que fueron tres hombres adultos cuando repasen los cuatro míseros segundos que les quedarán en sus respectivas cintas. Un movimiento se reconoce y se recuerda. Tienen que ver una banda, personas adultas que son profesionales y roban bancos como si nunca hubiesen hecho otra cosa, tienen que pensar *de dónde cono han salido, de qué son capaces* y sentirse... bastante intranquilos. Y no lo harán mientras tú vayas por ahí con pinta de adolescente.

El ancho sendero ya no daba más de sí.

—Sígueme, por detrás.

Leo salió a la hierba del prado, campo a través.

—Tienes que caminar con paso firme. Apoyar *todo* el pie. Los pies apuntando hacia delante, no girarlos hacia fuera y ocupar toda la acera.

Leo se volvió y miró a alguien que intentaba caminar como un hombre.

—Bien. ¡Bien, Vincent! Y te imaginas que pesas más, que eres pesado, y que sabes adónde te diriges. Los adolescentes no tienen ni zorra idea.

Se detuvo, y su hermano se detuvo. En mitad de un paso, las piernas separadas.

—Es muy diferente saber adónde vas. E intentar ocupar el espacio hasta que llegas.

—Entiendo.

—Y el centro de gravedad más abajo. Así.

Leo se dejó caer un poco, las dos rodillas relajadas. Vincent lo observó, lo imitó. Hasta que Leo le pasó un brazo y lo apretó un poco.

—No aquí arriba. No pongas cuello de buitre. Tienes que bajar... la polla, *aquí*, unos centímetros más cerca del suelo. A partir de ahora la polla será tu fuerza de gravedad, Vincent. Baja el abdomen. ¿Lo notas?

Estaban uno al lado de otro en campo abierto balanceándose suavemente hacia arriba y hacia abajo, hacia arriba y hacia abajo.

—Lo noto.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Leo apretó fuerte con la mano el pecho de Vincent. Y su hermano pequeño se tambaleó.

—¿Lo has notado? Estabas estable. ¿Verdad?

—Sí.

—Bien. Queda otra cosa más. La voz.

—¿La voz?

—No puedes sonar como un quinceañero. Tienes que hacerla más grave. Las llaves. Dilo.

—¿Qué... dices?

—Vincent, tú dilo. Las llaves.

—Las llaves.

—Así no. *Baja* la voz. Habla desde el pecho, desde el fondo del estómago. Como si... me dieras una orden. Dilo otra vez. Dame las llaves.

—Dame las llaves.

—¡Otra vez! Voz grave. Y más fuerte.

—¡Dame las llaves! ¡Dame las llaves! ¡Dame...!

—Tienes que sonar la hostia de convencido. Tienes buenos armónicos, ¡a partir de ahora los usas! ¿De acuerdo?

Caminaron hacia el coche, cruzaron el prado, subieron la cuesta y Vincent se mecía un poco sobre rodillas relajadas, repitiendo *dame las llaves* cada vez que ponía el talón derecho en el suelo.

Una empresa de informática en Kista. Leo aparcó al lado de una camioneta idéntica con logo idéntico a ambos lados de las paredes de la plataforma de carga, CONSTRUCTORES. Abrió la puerta y se bajó. Vincent había permanecido en silencio en el asiento del acompañante durante todo el trayecto.

—Vamos —dijo Leo.

—¿Ahora vamos a dedicarnos a eso?

—¿A qué?

—A robar bancos.

Leo sujetaba la puerta del coche y miró a Vincent, que no quería bajar, todavía. Así que se subió, otra vez.

—¿Vincent?

—¿Sí?

—El objetivo de la rotonda, solo es *un* banco. No es más que un ensayo. La próxima vez... cogemos dos. Al mismo tiempo.

—¿Dos? Eso es imposible. ¡Nos pillarán!

—Tienes que bailar con el oso, Vincent. Si quieres ganar. Nunca te puedes acercar demasiado. Porque no sobrevivirás. Es mucho más grande que tú. Te destrozará de un zarpazo. Pero puedes bailar a su alrededor. Y esperar. Tienes *un* golpe. Si aciertas, puedes seguir bailando y preparar el siguiente. Y es igual..., es igual que robar bancos. Un grupo pequeño, solo unos pocos atracadores, puede vencer a todo el sistema policial. Si cada vez le dan al oso una nueva estocada que lo irrite, que lo desconcierte. Nunca darle tiempo al oso a recuperarse, una estocada tras otra hasta que se vuelve loco. La danza del oso, Vincent. Golpear, aturdir, desaparecer. Y luego hacerlo otra vez, banco tras banco.

Entonces Leo metió una mano en el hueco de debajo del asiento del conductor, sacó una bolsa de plástico a punto de romperse y se la pasó.

—Toma. Bibliografía recomendada.

Vincent cogió la bolsa, hurgó en ella, un título tras otro.

Boobytraps: Department of the Army Field Manual. No había leído ninguno. *Explosives A: Kitchen Improvised Blasting Caps*. Ni siquiera había oído hablar de ellos. *The Anarchist Cookbook*. Casi todos delgaditos. *Homemade C-4: «A Recipe for Survival»*. Algún librito un poco más grueso. *How to Build Silencers: An Illustrated Manual*. Todos en inglés. *Explosives B: Kitchen Improvised Fertilizer Explosives*.

Los hojeó sin buscar nada en concreto —textos con terminología que no entendía, imágenes para ilustrar la construcción de pequeñas bombas— mientras Leo abría la puerta.

—Control dentro de una semana.

Vincent vio cómo Leo se acercaba al montón de parqué y se colocaba como si fuera a agarrar uno de los paquetes, pero en lugar de eso cogió a Jasper por la nuca, empezó a pelearse en broma con él como hacía a veces cuando intentaba que las cosas funcionaran. Entonces Félix soltó su montón de parqué, se abalanzó sobre los dos, era difícil decir si estaba luchando con Leo o con Jasper, quizá ni él mismo lo sabía.

Dos hermanos mayores y un amigo de la infancia.

Vincent metió los libros en la bolsa de una sola asa. Y sonrió.

No quería volver atrás. Quería estar allí. Con ellos.

John Broncks estaba de pie en el último tablón del pantalán, un paso más y caería al lago. Pensaba en otro pantalán, en veranos de hacía tanto tiempo en la islita del lago Mälaren: casi podía oír los pies sobre la madera y los gritos de mamá para que volvieran. Sam medio paso por delante de él corriendo bajo la torrencial lluvia desde la cabaña de verano hacia el agua para luego nimbarse de espaldas en el agua salobre viendo las gotas aterrizar en su cara.

Se sentó en cuclillas y partió la negra superficie de oscuridad otoñal con la mano, mucho más fría de lo que él recordaba, no le echaba más de tres, cuatro grados. En un mes o dos, una frágil capa de hielo.

—¿John? ¿Estás ahí? —gritó Sanna.

Pasos a su espalda en el pantalán de madera que lo hacían ceder, deslizarse hacia delante y hacia atrás.

—Sí.

—Y vamos a hacer... ¿qué?

Ella señaló con la cabeza al bote amarrado, uno sencillo de aluminio, ocho caballos.

—Vamos a descubrir dónde narices se metieron. Dónde desembarcaron. A qué mesa están sentados ahora planeando el próximo lobo. Ese tipo de cosas.

Esa mirada neutral. Y su voz era igual de mecánica.

—¿Y para descubrirlo tenemos que meternos con una barca destartada en la ensenada de Drewiken, en plena lluvia? ¿A pesar de que ya hayas hecho este viaje varias veces?

—Necesito tu ayuda para entender cómo piensan.

Puso un pie en el pantalán y otro en el bote al subir, dos ponchos impermeables en los brazos.

Le pasó uno a él.

—En ese caso, necesitarás uno de estos, parece que va a empeorar.

John tiró dos veces de la cuerda del motor hasta que la hélice comenzó a girar. Un empujón para apartarse del pantalán, entre juncos cansados que habían comprendido que ya no era verano y se doblegaban sin protestar, hacia el lago abierto.

El mapa plastificado extendido sobre los muslos de John, pasaron a poca velocidad junto al cabo Talludden y el islote Kaninholmen y algo que, según la ininteligible fuente, se llamaba Myrholmen. Sujetaba el acelerador con suavidad, seguía la linde del bosque de abetos y pinos, que a veces se veían interrumpidos por las plantas superiores de bloques grises y algún que otro tejado terroso de casas levantadas cerca de la playa en una época en la que estaba permitido hacerlo. Luego el lago se constreñía, Drewiken se convertía en un estrecho con tierra frondosa e inhabitada a babor —la reserva natural de Flaten, sin edificaciones, un paisaje de grietas con bosque de coníferas y caducifolio y zonas de colonias— y una tierra muy urbanizada a estribor —un batiburrillo de caminos y casitas y complejos de hormigón, Stortorp y Sjöängen, que se convertían en Trångsund y Skogås—. Lo bastante estrecho como para que unos fugitivos en barco y rodeados de oscuridad pudieran desembarcar en ambas orillas con tan solo unas mínimas correcciones del rumbo.

—¿Cuál habrías elegido tú?

Primero Sanna inspeccionó el mapa, luego la realidad, y señaló hacia la orilla que estaba más edificada.

—Esa.

—Yo también.

John se acercó hacia ese lado: un ladrón dándose a la fuga quería estar seguro de poder elegir muchos caminos y elegiría desaparecer por allí.

—Lo he comprobado, en esta zona no había ninguna denuncia por robo de barco.

—¿Y si el barco era suyo?

Sanna miró el mapa.

—Hay... cinco, ocho, once... quince embarcaderos. Mínimo. Si son dueños de un barco podrían haber ido a cualquier sitio.

—Estos no atracan en un embarcadero y dejan el barco allí, son de otra casta, una que va borrando las huellas.

Gaviotas, se les acercaron, curiosas, por un momento rompieron el silencio con un lamento estridente.

—Los ladrones de esa índole siempre se deshacen de los vehículos de huida. Y, si es un barco, lo hunden. Ensenadas, cabos, embarcaderos, calas. Cada metro de playa es un sitio potencial donde desembarcar. Donde alguien los estaba esperando, con un nuevo vehículo de huida.

—O no.

John sonrió. Todavía pensaban igual. Al menos como policías.

—O no. Si no tenían necesidad de huir, de seguir. Si era la última etapa. Si es aquí adónde pertenecen.

Señaló con la cabeza hacia una cala detrás de un árbol anguloso que se asomaba, mojaba sus ramas desgarradas en el agua.

—Eran las siete, quizá siete y media. La franja de tierra se diluía en un telón de color negro; fuera cual fuera el sitio donde desembarcaron, alguien los tuvo que guiar con señales de luz.

Dos liebres corrieron por la roca, nerviosas, asustadas por el barco que se acercaba.

—Entonces..., ¿tú qué crees que pasó? —le preguntó a ella.

—¿Que qué creo?

—Sí.

—Tú *sabes*, John, que alguien como yo nunca cree, alguien como yo es tan aburrido que solo escribe lo que puede confirmar en el análisis científico.

—Pues ¿qué ves, entonces? ¿Qué piensas? Si tuvieras que... adivinar.

—Tú puedes adivinar. O bueno, supongo que tienes que adivinar, es tu trabajo. Yo no interpreto. Yo constato pruebas, ese es mi trabajo.

—¿Y si quiero oír lo que Sanna cree, no lo que constata la policía científica?

—Esto no me gusta. Especular —dijo ella tras un breve silencio, sacudiendo la cabeza.

—Estamos en medio de un lago y soy el único que te oye.

—Sanna *cree* que los dos, porque hasta el momento solo sabemos de dos individuos, que los que asaltaron y robaron lo habían hecho antes y fueron

condenados por ello. Cree que absolutamente todos los detalles de su *modus operandi* son un indicio de ello, los tiros, la brutalidad, la determinación, la propensión al riesgo.

Se deslizaron hacia la playa, el bote estaba rodeado de piedras y John se alejó otra vez.

—Y... Sanna *sabe* que siempre se habla de esas cosas. Dentro de los muros.

Ella lo miró, de verdad, por primera vez. Sabía que él sabía de qué estaba hablando.

—Entre los que están encerrados. Y que no tienen mucho que hacer. ¿Verdad, John?

Ella era una de las pocas personas a las que se había acercado lo suficiente como para contárselo.

—No es conmigo con quien tienes que hablar. Lo sabes. Vas a ir allí y vas a hablar con él.

—No.

—¿Por qué no?

—No conseguiré nada.

—Tendrás que...

—No.

Pasaron cerca de un bosque con un sendero a lo largo de la playa que pertenecía a Skogås y los bloques de edificios, y el contraste se hizo tan intenso, la calma y la belleza y la fragilidad tan cerca de algo desasosegante, feo y duro.

—No has cambiado, John.

—Tú... tampoco has cambiado.

Cada día. La había tenido morando en su cabeza y el hueco de su pecho, aferrada allí dentro independientemente de cuánto se hubiera agitado y corrido y tratado de quitársela de encima. No había logrado hacerlo a base de pensar. Habían pasado diez años. Solo habían estado juntos dos, uno bajo el mismo techo, pero entonces eran tan jóvenes, un año duraba tanto tiempo.

—Me puse contento. Cuando dejé al guardia que estaba en *shock* y me fui al pantalán y vi... que eras tú.

Había intentado mantener otras relaciones, más durante los primeros años,

pero siempre se le ponía de por medio y las mujeres con las que había intentado vivir lo habían notado, habían peleado contra alguien que no estaba presente pero aun así hacía tremenda sombra.

—*Desde luego* que no has cambiado, John. Joder..., *joder*, ¿por eso me has arrastrado hasta aquí en plena lluvia y en un puto barco de aluminio?

—Pienso en ti, cada día.

—Yo no pienso nunca en ti.

Fue él quien había roto y se había ido. Y ella era la que se había lamentado. Y, una vez hubo terminado de consolarse, lo había soltado.

—¿Eso es todo, John?

Él guardaba silencio. La otra persona otra vez, el chiquillo.

—A lo mejor deberíamos volver a comportarnos como... policías. Quizá incluso como si este paseíto en barco fuera algo que en realidad has propuesto porque querías avanzar en el caso.

Él asintió con la cabeza, discretamente.

—En ese caso...

Ella recogió el mapa.

—... sabemos que no tienes testigos que los hayan visto poner un pie en tierra firme. Sabemos también que, a pesar de los perros y los helicópteros y los controles y los técnicos, careces de cualquier otra pista. Deben de conocer el sitio, el conocimiento local es la única ventaja que *ellos* saben con seguridad que tienen.

El estrecho se ensanchaba y de nuevo salieron a lago abierto. Cuarenta y cinco minutos hasta el pantalán. Volvió la vista hacia ella por primera vez en todo el viaje.

—Tienes que volver allí, John, y seguir buscando.

Anneli había aparcado el coche de alquiler justo delante de la barrera con el robusto candado, no muy lejos de la carretera principal. Un Volvo 240 de alquiler. Rojo. El coche más común de Suecia.

Había metido en cajas las últimas cosas de los armarios de cocina y se había paseado por todas las habitaciones entre montañas de cajas de cartón. Iban a mudarse, pero no exactamente como ella se había imaginado. Pero él se lo había prometido. Solo un año. Y en un par de ocasiones, sin que él lo supiera, había ido a la exclusiva área de Saltsjöbanan y había paseado a solas entre los chalés con sus enormes jardines con tantas habitaciones como cajas de mudanzas tenían ellos, y sabía que, el día que vivieran así, Sebastian preferiría vivir con ella. Sacó el teléfono y marcó.

—Hola, cariño. ¿Qué has hecho hoy?

—He ido en bici.

—¿Bajo la lluvia?

—No ha llovido tanto. Aquí no.

A veces lo hacía cuando se sentía como ahora, llamaba a Sebastian para tranquilizarse.

—Aquí llueve un poco.

—Ya.

—Estoy en el bosque... cogiendo setas grandes y pequeñas. Y pensando en ti, cariño. ¿Y sabes una cosa? La próxima vez que vengas a nuestra casa vas a tener tu propia habitación.

—Vale.

—Y Leo va a colgar un aro de baloncesto en el patio para ti.

—Ya. Tengo que irme.

—Pero Sebastian...

—Papá ya se ha puesto los zapatos. Adiós.

—Te mando un beso, nos vemos...

Colgó. Silencio electrónico. Era el peor.

—... pronto.

Anneli seguía igual de sola y el bosque igual de lúgubre, un ataúd interminable de madera que hedía a tierra y fruta podrida. Se abrochó el chubasquero y se metió los pantalones por dentro de las botas de agua, empezó a caminar sobre musgo y hojas mojadas con el cesto de setas en la mano derecha. Ella que nunca había salido a coger setas. Ahora se agachaba con regularidad para acercarse y ver mejor, ahí, una marrón, una Karl-Johan, se atrevería a decir. Vaya nombre. Otra, una amarilla, un rebozuelo, ese sí lo conocía.

De pronto oyó ladridos.

Un perro. Quizá más. Y cerca. No estaba sola.

Cogió algunas más, cualesquiera, una blanca y otra que era casi negra. Por lo menos el fondo del cesto debía estar lleno si pretendía parecer una *recolectora* de setas, Leo se lo había explicado varias veces.

Él la había instruido del mismo modo en el que normalmente lo hacía con sus hermanos y a ella le había gustado mucho, escuchar con atención para hacer exactamente lo que él quería.

Más ladridos. Más cerca. Un perro grande, a lo mejor un pastor alemán. Había más de uno. Ahora lo oía. Los ladridos, de aviso.

Sin apenas darse cuenta se había acercado a la enorme explanada de gravilla, sensación de espacio, menos bosque y más luz. El depósito de armas. Pero allí fuera había algo moviéndose. Vislumbró figuras humanas en ropa verde entre los árboles y los grandes arbustos, oyó voces que se hacían uno con el viento errante.

Lo habían descubierto.

El temor que había tenido a Leo despierto y sudando por las noches mientras pensaba que ella estaba dormida. Justo eso había tenido lugar.

Anneli dio un par de pasos rápidos, alejándose, en la dirección por la que acababa de llegar, tenía que contárselo, él tenía que saberlo. Entonces se detuvo tan de repente como se había puesto a correr. En realidad no sabía nada. Sabía que había alguien allí, que eran varios, que llevaban perros. Eso

era lo único que sabía. Aun así tenía una misión, estaba participando.

Dio media vuelta y volvió a acercarse despacio.

Los perros aullaban, tenían colmillos afilados, babeaban. Recordó un mordisco en la mejilla izquierda, un bóxer que le había saltado encima a una niña de cinco años y un dueño que había gritado que el perro solo estaba jugando un poco. Ahora ella prefería cambiar de acera cuando veía acercarse un perro de tamaño medio o grande, sabía que el animal no tardaría en percibir lo acojonada que estaba y solo por eso intentaría captar su atención.

Ahora los vio.

En el bosque, que se volvía más ralo a cada paso que se acercaba, las últimas filas de árboles. Dos perros, quizá tres. Y cinco..., seis..., siete personas vestidas de verde. Si continuaba, si cruzaba la frontera de gravilla, los perros olerían su nerviosismo, la leerían. Pero no tenía opción. Si habían descubierto el agujero, el túnel, el depósito de armas vaciado, Leo tenía que saberlo.

El tupido abeto a los pies de la explanada. Se metió entre las ramas y el árbol se tornó una capa exterior de ropa protectora, podía mantenerse erguida dentro de él y desde allí ver claramente el cubículo de hormigón.

Y la puerta —estaba segura de ello— estaba cerrada.

¡Todavía estaba cerrada!

Estaba a punto de irse de allí, con la misma cautela con la que había llegado, cuando comenzó a resbalar. Lentamente. Por el borde embarrado hasta la cuneta que separaba el musgo de la gravilla, el bosque del terreno militar. Y el tono agudo que cortaba el aire brotaba de las suelas de sus botas de agua, chirriaban sobre fragmentos de piedra.

El ladrido de los perros era frenético. Tiraban de las correas de los adiestradores.

La habían oído.

Anneli había salido de la cuneta, *casi* del todo, cuando volvió a resbalar.

—¿Necesitas ayuda?

No eran siete, eran ocho, todos con uniformes verdes. Los perros eran pastores alemanes, Sanna lo había adivinado, y seguían todo movimiento nuevo.

—Están... atados, ¿verdad?

—Esto es una zona militar.

—Le tengo un poco de miedo a los perros, me...

El alto con bigote retorcido y canoso, el que parecía estar al mando, se volvió hacia el perro que estaba delante del todo, el de ojos pequeños y puntiagudos que no paraban de observarla a ella.

—Calibre, aquí. *Siéntate.*

Llevaba su arma con una correa de cuero marrón al hombro y parecía afable.

—He pensado que podrías... decirle hola.

Anneli, tienes que acercarte al depósito.

—Acércale la mano al hocico. Así..., deja que te huela.

El agujero está allí. Quiero saber si sigue firme, o si ha empezado a hundirse.

—¿Ves? Él es bueno si tú eres buena.

Ahora él sonrió, por primera vez. Anneli echó un vistazo a su casco. PM. Policía Militar. Luego miró al perro junto a sus botas negras y se preguntó si sabría distinguir entre diferentes tipos de miedo, el miedo instintivo que era inconsciente, y el consciente que se genera con el pensamiento.

—Yo... ¿va bien si cruzo por aquí? ¿Al otro lado de la explanada?

—No demasiado. Esto es, como he dicho antes, zona militar. —Ah.

—Somos policías militares. Vamos a hacer maniobras aquí. Tengo que pedirte que te marches.

—No sabía que...

—Hay un cartel de prohibido el paso allí abajo.

—No..., no lo he visto. He venido bosque a través, he aparcado el coche en...

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo...

Él vio cómo vacilaba. Los ocho lo vieron.

Había dejado la cesta en el suelo, ahora la levantó para acercársela.

—Setas.

—No has encontrado gran cosa.

—No, yo...

—Pero esa..., es una trompeta de la muerte. No es habitual. ¿Dónde se

puede encontrar?

Ella se rio, tensa, forzada, pero cruzó los dedos para que sonara, al menos un poco, como cuando alguien está relajado.

—Eso es algo que nunca se desvela, ¿no? Pero tampoco hay mucho, ya sabes, con tanta lluvia...

—No puedes quedarte aquí.

Sonrió, inclinando ligeramente la cabeza.

—Oye, ¿y si solo la atravieso? Así tardaré menos en desaparecer.

Él la miró. Ella siguió sonriendo justo lo que había aprendido que funcionaba.

—Claro. Cruza por aquí.

La observaron, la vigilaron, también cuando se detuvo junto al cubículo y se dio la vuelta.

—Y... ¿eso? ¿Tan pequeñito? ¿Es... la caseta de los perros?

Se acercó un poco, como si quisiera mirarlo.

—No.

—¿No? Podría...

—Un almacén de armamento.

Apenas a un metro de la puerta. Justo aquí. Al menos eso creía. Que estaba pisando lo que no hacía demasiado tiempo había sido un hoyo. Casi podía tocar las paredes grises, las que estaban vacías por dentro, una cáscara, es lo que Leo había dicho, una cáscara de cemento hueca.

—¿Almacén de armamento?

Apretó más fuerte el pie derecho contra la gravilla.

—En caso de guerra. Si necesitamos equipar una unidad.

No era porosa, ni blanda. El agujero que habían cavado y luego tapado no se podía ni ver ni notar.

Anneli se puso a caminar, otra vez. Ellos la observaron. Ojos afilados, punzantes en su espalda.

Lo había hecho. A pesar de las fauces babeantes de los perros, a pesar del dolor en el pecho y el sudor que le corría por la espalda debajo del chubasquero.

—Oye.

Había estado tan cerca. Ahora la voz del hombre la perseguía y era más

fuerte que antes.

—¡Eh, oye!

Titubeó. Se detuvo. Cerró los ojos.

—¿Sí?

—Has dicho que estabas cogiendo setas, ¿no?

—Sí. Bueno..., buscando setas, más bien.

La cabeza ladeada. Ante una cara seria.

Él sabe.

—Y... ¿estás segura de que no es venenosa?

Ellos saben.

—¿Venenosa?

Lo han sabido todo el rato.

—La marrón claro, delgada, más o menos en el centro de la cesta. Deberías mirarlo en la guía.

—Yo... o, quieres decir...

—La trompeta amarilla. Podría ser una *le oda viscosa*. Muchos la confunden. Y no es comestible en absoluto.

El hombre sonreía.

—Hay que ir con cuidado.

Sonreía y lo hacía con sinceridad. No le había pedido que volviera. No le había hecho ninguna pregunta sobre un hoyo ni un depósito de armas saqueado.

Ella asintió al cabo de un rato, saludó un poco con la mano y mientras cruzaba la explanada deseaba todo el rato mirar atrás, ver cómo se iban alejando, pero se abstuvo.

Luego corrió por el bosque, saltando sobre raíces y piedras, condujo el coche de alquiler más rápido de lo que creía en dirección a Tumba.

Anneli se rio, en voz alta, para sí misma. Qué bien se sentía. Había estado consumida por el miedo de no saber lo que le iba a pasar al hombre que amaba, el tipo de miedo que solo se neutraliza estando presente. Y ahora lo estaba, presente. Formaba parte. Le habían encomendado una misión que ninguno de los otros podría haber llevado a cabo y lo había hecho mejor de lo que ninguno se lo podría haber imaginado.

Había un camión delante de la entrada de su nueva casa, abierto por detrás, totalmente vacío. Ya habían metido todas las cajas de la mudanza. Esperaba que Félix y Vincent y Jasper siguieran allí, como de costumbre, que también pudieran oírlo cuando se lo contara a Leo.

Bajó la manilla y abrió la puerta, cuando lo vio salir del enorme garaje, y casi fue corriendo a su encuentro.

—Leo... ¡he vuelto!

Deberían estar escuchándola. Félix, Vincent, Jasper. A ella. —Y a partir de ahora soy... ¡tu reina ladrona!

Lo abrazó, lo besó en la mejilla, en la boca.

—Había gente —susurró.

—¿Gente?

—Policía Militar. Ocho. Con perros. Pero solo estaban de maniobras. Y yo hice todo lo que me dijiste.

Su cara. Cambió.

—Hiciste... ¿qué?

—Me acerqué y comprobé la tierra delante de la puerta. La toqué con el pie. No sospecharon nada.

La actitud de Leo cambió por dentro de la misma manera que cuando él se encerraba en sí mismo y se perdía en pensamientos que ella no lograba

alcanzar.

—¿O sea que te plantaste allí, a un metro del cubículo, y te pusiste a rascar el suelo con el pie mientras había ocho policías militares con perros adiestrados mirándote?

—Sí, y ellos...

Leo miró a su alrededor. A la casa vecina en la que ella se había pensado que iban a vivir, a la carretera y un coche que había tenido que parar y que ya había generado cola.

—Vamos adentro.

La cogió, no fuerte pero más fuerte de lo normal y lo bastante fuerte como para que ella lo acompañara. Y luego cerró la puerta de la casa. La iluminación del recibidor dejaba bastante que desear. Un cable largo con bombilla al descubierto que empezó a balancearse de un lado para otro cuando Leo chocó con ella.

—Policía Militar. Que están entrenados para registrar lo que tú no registras. Y tú te plantas delante de sus narices... ¡y te pones a rascar con el pie como un gato escondiendo el meado!

Una luz intensa y desagradable.

—Leo, yo solo he hecho lo que tú me dijiste.

—¿Saben tu nombre? ¿Les has dicho cómo te llamas?

—No, yo...

—¿Han visto el coche?

—Yo...

—¡Si lo han visto pueden rastrearlo!

Él, que siempre vigilaba tanto no enfadarse, nunca perder el control, siempre moderarse.

Lo había visto antes. Pero solo al encuentro con otros hombres, los que lo desafiaban. Incluso le había gustado, se había sentido reconfortada por ello. Pero nunca lo había visto dirigido contra ella, ni contra los hermanos, alguien que fuera cercano.

—No, no han sospechado nada.

—¿Nada?

—Te lo prometo, Leo.

—Si descubren que el depósito está vacío, y pueden rastrearte, acabarás

en un interrogatorio, ¿te das cuenta? Y en un interrogatorio tendrás a un poli gordo sentado justo enfrente dándole la vuelta a todo lo que digas, que te apretará y apretará hasta que consiga lo que quiere. ¿Podrás hacerlo? ¿Eh? ¿Podrás hacerlo..., *mi reina ladrona*?

—¿Qué te pasa? ¡Para!

—Porque si no puedes conmigo ahora, jamás podrás con un interrogatorio.

—Yo nunca te delataría —dijo ella, tomándole de la mano—. Leo, mírame..., ya lo sabes, ¿verdad? Yo *nunca* te delataría.

—No estarás en ningún interrogatorio. Si interpretas bien tu papel.

Leo apartó dos cajas y una cafetera americana y consiguió abrir un pasillito hasta la cocina y el cajón congelador. Abrió la puertecilla superior y sacó una bandejita de cubitos.

—Ahora tienes dos vidas, Anneli. Una hacia fuera, otra hacia dentro. Hace seis semanas yo era dueño de una empresa de construcción. Félix, Vincent y Jasper eran empleados contratados. Y tú eras mi amada mujer, mi esposa, mi pareja.

De la caja que había encima del todo del montón, junto a los fogones, una cubitera. De la caja de debajo, una toalla.

—Después robamos armas.

El molde con cubitos, lo golpeó para romperlos, los vertió en la cubitera.

—Después un furgón blindado.

Por último abrió la puerta de la nevera y sacó lo único que había dentro, la botella del estante superior.

—Estamos en búsqueda. Anneli, ¿lo entiendes de verdad? La policía nos está buscando allí fuera.

El paño de felpa blanco, lo usó para envolver la botella y la sumergió en la cubitera.

—Nunca *jamás* puedes dejar rastro. Nunca puedes arriesgarte a que te vean. Ellos no saben nada ni tienen nada. El único rastro que hay, y que tiene que haber, es el que yo *elijo* dejar a mi paso. Somos cinco individuos criminales que operamos juntos y estamos limpios, no nos parecemos a nada de lo que hayan podido ver hasta el momento. Criminales armados que cometen graves delitos pero que al mismo tiempo no aparecen en ninguno de los registros de la policía. Somos su peor pesadilla, ¡no existimos!

Volvió a cogerla, pero no como antes, sino más suave, y la acercó hacia sí.

—Dos vidas, Anneli. Una que es la que tienen que ver los vecinos. Y otra en que somos los auténticos nosotros, los ladrones de bancos de los que escribe la prensa.

En uno de los armarios, por lo demás vacíos, había dos copas, de champán, por estrenar, hasta ahora nunca habían tenido. Leo las puso una junto a la otra en la encimera y empujó el corcho hasta que saltó como hacían en las películas, derramó un poco de espuma cuando llenó el frágil cristal.

—Chinchín, Anneli, por nuestro nuevo hogar.

Ha mandado a casa a sus hermanos porque sabe que no los quiero aquí.

Ha metido una botella cara de Dom Pérignon en la nevera porque cree que pienso que es romántico.

—Chinchín.

Alzó la copa, lo miró a los ojos, bebió. Y no le supo a nada. Se había dado cuenta de qué era realmente lo que había estado arrastrando: el miedo a no formar parte. Eso era lo que se había llevado del bosque de setas, el formar parte, y eso mismo era lo que él le acababa de arrebatarse. Ahora no lo volvería a sentir, por mucho que siguiera sonriendo.

Ella siempre se había paseado desnuda por el pulido suelo de madera. Era ella quien le había enseñado —dormir desnudo, cepillarse los dientes desnudo— que su cuerpo nervudo y pálido también tenía permiso para ser expuesto. Broncks había estado sentado a la mesa de la cocina y ella justo enfrente y la primera mañana de todas, cuando la timidez se había vuelto silencio y habían estado hablando de cualquier cosa para no tener que mirarse, de pronto sus pies habían rozado los de él, con eso bastó, ya había vuelto la proximidad y la confianza de la noche anterior. Él, que se había pasado tanto tiempo creyendo que no había persona delante de la cual se atreviera a estar desnudo.

Tú sabes que yo no quiero hablar de ello. Que he... seguido adelante. ¿John? Ya lo sabes.

Se puso la ropa, salió del piso de una sola habitación que daba a un patio interior en el barrio de Södermalm de Estocolmo y comenzó a caminar en una mañana singularmente tibia, como si el otoño y el invierno se hubieran vuelto a dormir y remolonearan mientras la cola del verano se levantaba a hurtadillas para jugar un rato a solas. Cruzó el patio de la casa de fin de siglo de la calle Hógalidsgatan y la enorme iglesia de dos campanarios que siempre vigilaba el portal, una sombra fija y pesada de un reloj que cada cuarto de hora hacía un barrido con sus graves tañidos, un sonido que los primeros años lo ponía de los nervios pero que ahora ni siquiera estaba seguro de si seguía existiendo. Por delante de la ventana siempre abierta, Radio Estocolmo y sus noticias locales con información del tránsito, calle Pálsundsgatan y la cafetería que en verdad era una panadería con dos mesitas sumidas en el aroma de repostería recién hecha y un panadero que servía pan italiano mientras cantaba ópera igual de italiana, que sabía cuál era el que John quería, el que era un poco más

grueso y sin tomate.

Una tarde, dos años después de que ella se mudara, John había *recogido* la *mitad* del armario que le correspondía a Sanna, jabón Lactacyd sin perfumes y pasta de dientes Denivit, *El segundo sexo* y *Purple Rain*, cosas de esas que la gente se lleva cuando se muda a casa de alguien, pedazo a pedazo de uno mismo *dentro* de otro. Había dejado la gran bolsa amarilla de IKEA sobre el felpudo de la entrada y le había pedido que se marchara, y, mientras ella intentaba comprender, él se había sentado justo aquí, tomando suficiente té de frutas manchado de leche a una calle de distancia para asegurarse de que ella hubiera tenido tiempo de cerrar la puerta al salir.

Broncks fue a coger un vaso de zumo de naranja y una de las galletas pequeñas y un poco más secas que todavía quedaban en las anchas bandejas de horno.

Pienso en ti cada día.

Le había pedido que se marchara de la casa. Había decidido que ella se había acercado demasiado y en ese momento él había tenido todo el poder. Pero no llegó a entender que le podría ser arrebatado diez años más tarde en una barcaza de aluminio: y ella lo lleva consigo, mientras él solo siente el vacío.

Yo nunca pienso en ti.

Los tres planos estaban apilados sobre la siguiente montaña de cajas. Leo cogió y observó el de encima. *Cinta transportadora.*

Bomba drenaje. Tuberías cemento. Había elaborado y dibujado cada paso él mismo para la creación de su Cueva de la Calavera.

Llevó el plano al único cuarto que no tenía cajas, a la izquierda después del recibidor, la ampliación que los dueños anteriores habían usado como despacho.

Cuando era pequeño pasaba las horas del recreo dibujando los nuevos parquímetros que había visto de camino al colegio, aprendiendo la manera más fácil de hacer saltar los dos remaches que tenían en la parte posterior con un cincel y un martillo, para ir sacando las monedas de veinticinco céntimos y de cincuenta y las de una corona. O, en la última clase del día, fingía que

estaba sacando minuciosa punta al lápiz mientras con cuidado abría los ganchos de la ventana del aula y después, al tocar el timbre, corría a casa y ponía la alarma del despertador, para en mitad de la noche volver a la escuela con un Félix adormecido que tenía que quedarse fuera aguantando una bolsa de basura negra mientras él saltaba por la ventana abierta y empezaba a soltar una tras otra las maquetas de modelismo que la señorita había encargado, auténticos aviones Airfix de la Segunda Guerra Mundial y coches Revell como los que salían en *American Graffiti*.

No había caído en la cuenta hasta más tarde: si hacía lo que otras personas no se esperaban, si creaba sus propias reglas, podría controlar su mundo.

Había decidido no hacer nunca lo que hacía papá, que armaba barullo y se dejaba ver y acababa encerrado. Como su padre, usaría sus propias reglas, pero se las guardaría dentro, nadie vería nada, nadie sabría nada.

John Broncks había tenido el mismo despacho desde el día que había dejado la vida de uniforme por la ropa de civil y se había convertido en ese tipo de policía que ya no tenía que ser el primero en llegar al lugar del crimen con el arma en ristre, sino el detective que tenía que llegar después y fragmento a fragmento reconstruir lo que ya no existía —el eco de voces amenazantes, el calor de cuerpos que preparan la huida—, poco a poco trazar el mapa geográfico de la violencia.

Abrió la carpeta y fue pasando hojas de testimonios, informes de investigación, dictámenes periciales: fotografías ampliadas de esquirlas de cristal en el asiento, orificios de bala en la puerta. Broncks las giró y les fue dando la vuelta, las apartó del teclado del ordenador y abrió el registro que llevaba con las siglas RNR, rutina de notificación racional. Iba a volver, tal como le había propuesto Sanna, al lugar en el que Jafar y Gobak fueron vistos por última vez, buscar a alguien con un pasado vinculado a un área de baño abandonada de Sköndal, alguien que se preocupaba de ocultar rastros físicos y que aun así dejaba un claro rastro de comportamiento, el empleo de violencia extrema.

El mapa grande estaba en el segundo cajón del escritorio. Lo desplegó y trazó con rotulador rojo una primera línea por las aguas de Drewiken hasta

que se cruzaba con la línea ancha y negra que significaba avenida Nynäsvägen. La siguiente línea desde Nynäsvägen hasta la avenida Tyresövägen. La siguiente de Tyresövägen hasta Orhemsvägen. La cuarta y última de vuelta a la playa en la que había empezado.

Un cuadrado en rotulador rojo de tres kilómetros cuadrados.

Un dedo índice por los cuatros lados del cuadrado, se fue deteniendo en cada calle nueva, introdujo cada dirección nueva en el ordenador para la primera búsqueda: la persona que vivía *dentro* de esa área y que alguna vez había sido condenada a prisión por un delito de violencia.

—Hola.

La segunda búsqueda: personas que vivían fuera pero que habían sido condenadas a prisión por delitos de violencia cometidos *dentro* del área marcada.

—¿John? ¿Hola?

Miró por encima de la pantalla. Ni siquiera había oído sus pasos.

—¿Te he despertado?

Sanna estaba ligeramente apoyada en el marco de la puerta, un manojo de papeles en la mano.

—Todos los casquillos de la parte de atrás del furgón estaban marcados con las cifras 80 700, lo cual confirma lo que ya sabemos: fabricación sueca, destinadas para su uso militar.

Le pasó el montón de papeles mientras miraba con curiosidad alrededor. Un despacho de departamento. Cajas de cartón sin abrir junto a las paredes y en el suelo. Como si su ocupante nunca hubiera llegado a instalarse del todo.

—¿Cuánto tiempo... hace que tienes este despacho?

—Desde que llegué.

—Eso son como diez años, ¿no? Y a ti no se te ve. No hay absolutamente nada personal tuyo. Ni una foto, ni... nada.

—No.

—John, ni siquiera huele a ti.

—Lo quiero así.

Hojeó los papeles sin levantar la vista.

—Entonces, ¿hemos terminado?

Él no miró cuando Sanna se volvió para salir.

—Hemos terminado, John.

Pero ahora oía sus pasos, esos que tan bien conocía, mermando en volumen a medida que se alejaban por el pasillo.

Luego miró la pantalla del ordenador, el sistema de rutina de notificación racional y el resultado tras la primera búsqueda, la segunda.

Había obtenido un total de diecisiete aciertos.

La primera hoja del plano en la mano. La Cueva de la Calavera y la solución a todos los problemas de almacenamiento. Leo miró a través de la única ventana que había, a la rampa de entrada, *y ya* llegaban, iban todos en el asiento de delante.

Aparcaron delante de la puerta, junto a los escalones y el exiguo porche. Habían llegado a la hora. Llevaban la ropa correcta. Félix soltó la tapa de la plataforma de carga y Jasper y Vincent bajaron los treinta kilos de martillo neumático, las cuatro palas, la caja de madera con herramientas y la bolsa con mascarillas y guantes y cajas de Coca-Cola.

Llenaron la casa de herramientas mientras Leo hablaba.

—Somos nosotros los que hemos movido los límites, cambiado las reglas. Esas reglas solo valdrán hasta el día que abran el depósito de armas.

Le pasó a Félix la pata de cabra larga de la caja de herramientas, la corta se la quedó él. Primero atacaron los finos zócalos del suelo, después la alfombra de plástico amarilla, por último la capa de planchas de masonita y conglomerado. Jasper y Vincent sacaban trozo a trozo y los ponían en un montón junto al coche.

—Ahora vamos a mover los límites un poco más. Modificaremos las reglas, otra vez, de modo que cuando descubran el robo, tendremos nuestro propio depósito de armas.

Se arrodilló y, usando el metro plegable y el grueso lápiz de carpintero, se puso a medir un rectángulo más o menos en el centro: doscientos dos centímetros de largo por ciento setenta de ancho.

—Tenemos una ventaja. Y la vamos a usar: seremos rápidos. El primer golpe dentro de trece días. Iremos a por el banco de la rotonda en trece días.

Entonces llegó el turno del martillo neumático, mientras Leo levantaba la

cabeza para mirarles.

—Y si cerca hay un policía sentado en un coche patrulla, tienen que comprender que no dudaremos en usar más violencia de la necesaria.

John Broncks no estaba seguro de si había estado aquí antes.

Una iglesia, una estación de tren de cercanías, una piscina cubierta, una biblioteca. Una comunidad de esas que la gente cruza en coche a toda prisa. Bajó la ventanilla de su vehículo; había subido la temperatura y con la lluvia venía también el vaho que dificultaba la visión.

Los edificios de poca altura rodeados por aparcamientos, Ösmo Centrum, y luego, justo detrás, la casa de dos plantas de ladrillo. Allí era adónde se dirigía.

Diecisiete resultados en una pantalla de ordenador que en el archivo de la planta más baja de la comisaría de Kronoberg se habían convertido en diecisiete carpetas con casos que llevaban mucho tiempo cerrados tras dictaminarse las respectivas sentencias. John se las había subido al despacho y las había organizado en montoncitos repartidos por todo el suelo.

Dos perpetradores que habían fallecido. Tres que ahora vivían fuera de la provincia de Estocolmo y cuyas coartadas, independientemente de si era en Gotemburgo o en Berlín o en la Costa del Sol de España, habían sido confirmadas por la policía local. Cuatro estaban en prisión, entre muros y sin permisos, en el momento del asalto. Cinco, condenados por acoso sexual, violación y abuso sexual de menores, delitos que no se correspondían con la naturaleza de esta violencia.

Aminoró la marcha junto a un buzón que el dueño había pintado por sí mismo, paró el coche justo delante. Había alguien mirándolo desde la ventana.

Quedaban tres casos por descartar. Eran los que exigían confrontación y que se había llevado en el coche, el trayecto en dirección a perpetradores que tiempo atrás habían cometido algún delito con violencia en la zona de Sköndal y que podrían haberlo vuelto a hacer.

El primero a tan solo dos calles de comisaría, Sankt Eriksgatan, condenado por un delito grave relacionado con drogas. Un hombre en torno a los cuarenta con la complexión física de un anciano de ochenta, jorobado, pelo lacio, mejillas hundidas, ojos que se ahogaban en un revestimiento difuso. Con una simple mirada, Broncks había descartado que el hombre que lo había recibido en un piso mugriento hubiese efectuado un robo que había durado casi veinte minutos. Había abandonado de inmediato el edificio con vistas al canal de Karlbergkanalen y no fue hasta pasado un rato que cayó en la cuenta de que tenían la misma edad, que si hubiesen elegido el camino del otro podrían haber intercambiado sus puestos, que el tiempo no consistía solamente en horas y segundos.

La casa de ladrillos con el jardín grande. Apostó por los años veinte, la barandilla era de ese estilo, y las ventanas. Y ahora estaba seguro, había una persona en la ventana.

Había partido de Sankt Eriksgatan y había continuado hacia Jakobsberg y el siguiente resultado dentro del área de búsqueda. Broncks había descartado también a ese. Un hombre de cuarenta y siete condenado por homicidio. En una época en la que le funcionaban las piernas. El obeso prejubilado sin pelo que hablaba en voz baja, casi susurrando, y tomaba café en la cocina de una casa pareada llevaba ahora prótesis en ambas rodillas tras un ataque metódico denunciado como represalia, un caso que se había cerrado después de que todos los testigos retiraran su testimonio.

Quedaba uno. El que estaba sentado en la ventana detrás de unas cortinas que llevaban demasiado tiempo colgadas.

Broncks cogió la carpeta que había estado guardada en uno de los archivos de la comisaría quince años. Describían a un hombre de cincuenta y un años que había inmigrado de Yugoslavia en los sesenta y que había sido condenado a varias penas de prisión. La última, grave maltrato y dieciocho meses en la penitenciaría de Norrtälje. Fotografías de una mujer posando delante de un fondo azul como si fuera una foto de curso, su pelo rubio recogido en un moño para exponer los daños en la cara: el ojo con una fuerte inflamación que en pocos días iría descendiendo y una fractura pronunciada en la parte frontal del cráneo, la frente que un técnico de la Judicial le había limpiado de toda sangre para destacar la profunda abertura del corte. Aun así, era el resto de su cara lo

que gritaba más fuerte: la piel que se había transformado en un gran hematoma, vasos sanguíneos rotos que brillaban en morado y amarillo. Las últimas imágenes estaban sacadas de más abajo y del costado derecho, su piel pálida alrededor de un sujetador blanco que penetraba la extravasación de sangre que cubría toda la superficie desde la axila hasta la cadera. Había sido metódico.

Broncks dio la vuelta a las fotografías. Pero era demasiado urde. De pronto, como tantas veces, le vinieron otras imágenes, las de su propia madre, y se preguntó si era así como ella habría posado ante el interesado objetivo de un técnico: el pelo en un moño más oscuro y con otras hinchazones y moratones. Si también ella habría elegido denunciar.

La lluvia había vuelto, no era mucho más que llovizna pero lo bastante como para que la casa que tenía delante se tornara borrosa. Sopesó la idea de poner en marcha el limpiaparabrisas, pero se abstuvo: si él no podía ver lo de fuera, la persona de la planta baja tampoco podría ver lo de dentro.

Más casos, más sentencias. Siempre por maltrato, alternativa maltrato grave. Penas cumplidas en la penitenciaría de Asptuna, penitenciaría de Österåker, penitenciaría de Gävle. Agresión a un jefe de obra en las reformas de una finca en Huddinge, agresión grave a un revisor del transbordador de Slussen a Djurgården, agresión a dos hombres en un restaurante de baile en la calle Regeringsgatan que había desembocado en agresión contra dos funcionarios cuando dos agentes de la policía habían llegado al lugar para detenerlo. Aquello no era, a pesar de las dichosas imágenes de un cuerpo destrozado, el resumen de un maltratador de mujeres, era una persona que pegaba a otras personas, indiscriminadamente.

Un documento más en la carpeta. El caso por el que el ordenador lo había marcado como resultado.

TRIBUNAL DE PRIMERA INSTANCIA DE HANDEN VEREDICTO CAUSA N° 301-1

ACUSADO Dûvnjac, Ivan

DELITOS COMETIDOS Incendio provocado, grave

APARTADO LEGAL 8 cap. 6 § Código penal

PENA Prisión cuatro (4) años

John Broncks fue pasando hojas escritas que describían un tipo de crimen totalmente distinto. Delito grave de incendio. En una vivienda familiar menor en Sköndal, a apenas unos centenares de metros de la playa y el pantalán y la última pista de todas, una pena cumplida en la penitenciaría de Österåker.

Un perpetrador que emplea la violencia extrema como método, y puede vincularse con el área de búsqueda, podría ser Jafar o Gobak.

Broncks se bajó del coche, abrió la puerta de la valla.

La persona que había vislumbrado en la planta baja detrás de una cortina seguía allí.

Habían armado y colado un suelo nuevo alrededor de la boca del pozo. Habían apilado bloques de teca contra las paredes de lodo, desde el suelo hasta el borde, lo habían pulido con cemento. Habían montado la bomba de drenaje en el fondo del pozo y habían instalado y programado la boya para que mandara una señal tan pronto el nivel del agua fuera demasiado alto.

El primer plano, la construcción del suelo y las paredes de la Cueva de la Calavera, estaba completado.

Leo lo dobló, lo metió en la caja de herramientas, sacó el siguiente. *Bisagras. Velur negro. Caja Hadak.* Su diseño de la entrada atravesando una caja fuerte normal y corriente y que nadie podría descubrir. Abandonó la habitación que ahora tenía un foso de dos metros de profundidad en el centro y salió de la casa, cruzó el patio hasta el garaje.

A medio camino ya lo escuchó: el quejumbroso tintineo de la hoja de metal. Y cuando abrió la puerta se encontró con un ramo de bengalas. Félix estaba agachado sobre la pesada caja fuerte encima del banco de trabajo alargado; una máscara negra de protección hecha de poliamida ignífuga le cubría la cara.

—Félix, he decidido fecha, hora y sitio.

Últimas virutas y la plancha que hacía de fondo de la caja Inerte se soltó por completo.

—Un banco, en Svedmyra, el 11 de diciembre, un miércoles.

Leo giró la cerradura de combinación y abrió. Y miró a través de ella. A Félix, que lo miraba desde el otro lado del fondo extraído.

—Y luego los dos bancos, a la vez, el 2 de enero, un jueves.

Leo desplegó un retal de terciopelo negro sobre la otra mitad del banco de trabajo, midió y marcó con una cera blanca. La tijera recién afilada en la mano para cortar la tela en trozos.

—He encontrado el sitio. Dos bancos, pared con pared. Una urbanización pequeña con un pequeño centro, puedes llevar el coche hasta la puerta, literalmente.

—¿Caminos de huida?

—Tú escoges. Una vía grande, la nacional 73. O una miriada de caminos pequeños, todos ellos nos traen de vuelta aquí.

El tubo se había secado un poco, Leo quitó con el dedo lo que se había endurecido y con un pequeño rodillo repartió la cola blanca sobre las paredes interiores de la caja fuerte.

—¿Dónde?

—Ösmo.

—¿Ösmo?

—Sí.

—En ese caso... escojo la miriada. Por Vággaró y Sunnerby. O por Sorunda. Las puertas traseras a Tumba.

Los cuadrados de terciopelo sobre las paredes encoladas.

—¿Ösmo, Leo? Y... ¿qué coño hacías allí?

Estaban sentados a sendos lados de una gruesa caja fuerte a la que le faltaba el fondo y resultaba difícil no cruzarse las miradas.

—Controlando.

—Estuviste *allí*.

Félix buscaba los ojos que tan bien conocía.

—¿Leo?

Los ojos que no se acababan de cruzar con los suyos.

—Estuviste... en su casa. ¡Fuiste a ver a ese desgraciado!

—Sí. Estuve allí.

—¿Por qué?

—Pasta. Le debía pasta. Ya lo sabes, ¿no es cierto? Se la devolví. Así ya no tengo que oírlo más.

—¡No le debemos una mierda, Leo, a ver si te das cuenta de una vez! ¡Y

podías pagarle cuando te diera la santa gana!

Un trozo de terciopelo más. Leo lo pegó en el fondo de la caja fuerte.

—Ha ido así y ya está.

—¡Y unas narices, *ha ido así y ya está!* ¡Querías contárselo!

—¿Y por qué querría hacer eso?

—¿Por qué? ¿Por qué? Te conozco, Leo. Sé cómo funcionáis vosotros dos. Él te mete un montón de mierda en la cabeza y luego se te queda ahí.

—Joder, cómo te pones. Déjalo. ¿Félix?

—Claro. ¡Lo dejo, entérate! Olvídate de Svedmyra, hermano. Olvídate de Ösmo. Lo dejo. *Ahora.*

Félix ya estaba a medio camino de la puerta del garaje cuando Leo lo agarró del hombro.

—Relájate un poco, coño.

—Realmente no entiendes por qué me siento así..., ¿verdad, Leo? ¿No entiendes que... aquello no habría pasado si yo no hubiese abierto la puerta?

—¿Qué mierda de puerta?

—Yo abrí. Aquel día. Cuando el desgraciado de nuestro padre intentó matar a mamá. Yo abrí y lo dejé pasar.

—Tú no abriste.

—Yo abrí la puerta y...

—Fui *yo* quien la abrió.

—Leo, no estoy bromeando.

—Ni *yo* tampoco. ¿Por qué demonios ibas a abrirle *tú* la puerta *a él*?

—A lo mejor no sabía que era... él

—Tú jamás habrías abierto. Siempre estabas demasiado preocupado por lo que pudiera pasar. No te acuerdas bien. Fui yo quien abrió la puerta.

—¿Tú? Tú te echaste a su espalda como un jodido mono. Tú le metiste en medio. Pero yo... ¡yo le abrí la puerta y lo dejé entrar! ¡En aquel momento me quedó claro, Leo! ¡Nunca más! ¡Me oyes? Así que júramelo...

—¿Cómo que júramelo?

—¡Jura que no volverás a verlo mientras yo conduzca el coche de huida!

—Júralo. ¡Júralo!

Permanecieron allí, parados, mirándose el uno al otro un largo rato. Leo puso una segunda mano sobre el otro hombro de Félix.

—Vale. Lo juro. ¿Contento? Juro no volver a ponerme en contacto con papá otra vez.

Leo le tiró suavemente de los dos hombros que eran un poco más anchos que los suyos, una leve sonrisa en los labios.

—¿De acuerdo, Félix? ¿Contento? *Nunca más.*

—Si le dejamos volver, Leo, destrozará todo esto, todo lo que hemos construido.

Broncks llamó al timbre. Una campanita curiosa, como una flor sobre el listón. Actuaría de la misma manera que en casa del Protésico de Jakobsberg y el Yonqui de Sankt Eriksgatan: formularía preguntas que no tendrían nada que ver con el motivo de su visita y aun así le darían la respuesta que buscaba, *quién eres a día de hoy, de qué eres capaz ahora, dónde te encontrabas entre las 17.54 y las 18.14 el 19 de octubre.*

Pasos contundentes. Una sombra sobre los cristales ahumados de la ventana. Y una vuelta en la cerradura.

—Hola, estoy...

—Steve no está en casa.

Un hombre de tamaño considerablemente más grande de lo que Broncks se había imaginado. No más alto, no más fuerte, solo más grande de la manera en que son más grandes algunas personas cuando las tienes cerca. Pelo oscuro repeinado hacia atrás, sin lavar y quizá un poco demasiado largo por encima de unas patillas marcadas, como un Elvis Presley de pelo largo.

—El dueño de la casa. Yo solo estoy de alquiler. Así que puede volver por la tarde.

La mano robusta en la manilla de latón como para indicar que estaba a punto de cerrar, dos de los nudillos claramente hundidos, allanados, el dedo índice y el corazón, marca de que alguien pegaba a menudo.

—No estoy buscando a Steve. Estoy buscando a Ivan Dûvnjac.

Broncks le acercó la funda de cuero negro con la tarjeta de plástico y la placa de metal y el grandullón echó un vistazo fugaz.

—John Broncks, Policía de Estocolmo.

Miró al hombre y se volvió, primero hacia el vecino de la derecha y luego

al de la izquierda, otras casas con jardín generoso.

—Las últimas semanas nos han llegado varias denuncias de allanamiento de morada, aquí, en la zona. ¿Ha notado algo?

—¿Y la poli está llamando a las puertas?

Mismo tono de voz que el Yonqui y el Protésico. Los que se habían visto regularmente en la misma situación, que habían abierto la puerta para toparse con un agente, que se habían convertido en parte del aparato judicial en la sala del juzgado, merecedores de reiteradas penas de prisión. Siempre suspicaces, siempre la sensación de ser acusados antes de que nadie lo hubiera hecho.

Broncks no había contado con ninguna otra reacción.

—Sí, se podría decir.

—Y... ¿qué coño quiere de mí?

—Le he enseñado mi documentación. Ahora quiero ver la suya.

—No tengo ninguna jodida documentación.

—¿Ni pasaporte? ¿Nada?

—¿Por qué iba a tenerlo? ¿Acaso hay una ley que lo exija? ¿Acaso tengo que estar aquí enseñando mis papeles en cuanto la pasma llame a la puerta?

Estaban uno cerca del otro en un porche estrecho. Más o menos a estas alturas de la conversación, el Yonqui y el Protésico habían comenzado a responder preguntas y a buscar documentos de identidad; a pesar de sentirse acusados también habían querido ser descartados.

—¿Quizá para formar parte de la sociedad?

—Oiga..., estoy alquilando una planta baja. Pero no formo parte de ninguna maldita sociedad.

—¿Y el coche ese?

Broncks señaló la rampa del garaje con la cabeza, donde había un Saab de modelo bastante antiguo. Un rodillo de pintor y una escalera plegada en el asiento de atrás.

—¿Es suyo? En ese caso tendrá carné de conducir.

El hombre se pasó la mano por el pelo a lo Elvis.

—¿Se cree que soy un ladrón de casas? ¿Eh?

—Me gustaría saber dónde se encontraba entre las 17.30 y las 18.30 el 19 de octubre.

Una breve carcajada aterrizó entre ambos.

—¿Qué clase de ladrones asaltan una casa entre las cinco y las siete de la tarde?

El hombre corpulento que ocupaba tanto espacio dio ahora medio paso al frente.

—He hecho lo que he hecho. He perdido el control. Pero un maldito ladrón..., joder, ¿eso es lo que cree? ¿Qué voy por ahí de puntillas metiéndome en casa de otros para cogerles sus cosas? Yo no voy de puntillas. Yo peleo. Eso también puede comprobarlo en sus condenados papeles.

John Broncks no se apartó. No hasta que le hubiera enseñado alguna documentación.

Has maltratado a tu mujer. Violencia para controlar, no necesito unos condenados papeles, lo sé todo al respecto.

—Vale. Joder. Pero solo si luego se vuelve a meter en su cochecito de policía.

El hombre dejó la puerta abierta y desapareció por el pasillo para meterse en lo que parecía ser la cocina; un montón de cupones de lotería y dos botellas de vino ocupaban la mesa. Una americana gris en el respaldo de una de las sillas, del bolsillo interior una cartera raída.

—Gracias.

Broncks cogió la tarjeta de plástico. Un carné de conducir. IVAN ZORAN DÛVNJAC. Expedido siete años antes, válido por tres más.

Y luego se lo devolvió.

—Podría habérmelo enseñado a la primera.

—¿Por qué iba a hacerlo? Viene aquí, a mi casa, con sus prejuicios. A pesar de saber que no he hecho una mierda en diez años. Y que nunca me he andado metiendo en las casas de otros como una rata asquerosa.

—¿Hay algo que lo pueda confirmar?

Estaban cerca. Pero no lo bastante cerca. Ivan DÛvnjac se acercó unos centímetros más, hizo crujir las cervicales, alzó el mentón, lo miró fijamente. Hacía tiempo que John Broncks, en calidad de policía, no se enfrentaba a este tipo de juego de poder.

—Viene aquí e intenta sacarme de mis cabales. A lo mejor lo consigue. Si continúa.

—¿Me está amenazando?

—Piense lo que quiera.

—¿Hay alguien que pueda corroborar lo que hizo o dejó de hacer la tarde del 19 de octubre?

—Steve puede.

—¿Steve?

—El que me alquila esto. Vive arriba. Él se lo confirmará. Llámeme. Trabaja en..., llame a la maldita centralita de los ferris de Gotland.

Bajó la escalinata y por el pasillo de adoquines hacia la verja y el coche. Broncks no necesitaba mirar atrás. Notaba los ojos que ya estaban de vuelta tras la cortina.

Había tenido diecisiete resultados, condenados y liberados, criminales y excriminales. Los había comprobado uno a uno, descartado uno a uno. Este había sido el último. Y creía lo que le había dicho. Alguien que pegaba pero no robaba.

Jalar y Gobak estaban en otro sitio.

La escalera siempre crujía cuando subía por ella, nunca cuando bajaba, la cosa era así. Los periódicos estaban en un taburete junto a los fogones, eran de hacía un par de días, Ivan se los llevó pero abrió también el armarito de debajo del fregadero, allí solía haber otro montón, los más viejos, de camino al contenedor de reciclaje.

Ese cabrón se había plantado delante de su puerta. Vaqueros y chaqueta de cuero negra. Un poli panoli hablando de ladrones de poca monta que andan como ratas husmeando en las casas de los demás.

Bajó, los cupones de la keno y las botellas a un lado cuando se sentó a la mesa de la cocina a hojear las dos últimas semanas de los periódicos *Dagens Nyheter*, *Svenska Dagbladet* y *Nynäshamns Posten*. Ni media palabra sobre una ola de robos en la zona.

Un marica al que debería haberle dado en los morros, si no se hubiese jurado no volver a hacerlo nunca más. Había descubierto otra cosa. Había otras formas de asustar que no implicaban prisión. Si alzaba la voz y miraba a la gente fijamente a los ojos durante un buen rato, las personas de este puto país se echaban atrás, era como pegarle a alguien en la boca simplemente estando allí de pie. Bajaban la mirada y la guardia, se rendían.

Ni un solo puñetazo en diez años.

Y sin embargo se había visto tratado de esa manera por un policía, recriminado como si el pasado nunca terminara, como si una persona no pudiera cambiar.

La cuesta que bajaba a Ösmo Centrum estaba fangosa y resbaladiza, las suelas desgastadas patinaban. Pasó por delante de las tiendas de comida, los bancos, los restaurantes de mediodía. La campana que coronaba la puerta del estanco de Jönsson avisaba con un tono irritante, cómo diantre lo podía soportar, el agudo tintineo cada vez que entraba un cliente con ganas de fumar.

Ivan miró a su alrededor, los estantes con tabaco junto a los de chucherías junto al de la prensa junto a la mesa con bolígrafos y cupones. Nadie detrás del mostrador. Entonces sonó la cadena de un lavabo en la trastienda del estanco, la cisterna que tenía una fuga y que el estanquero había cambiado el verano pasado con ayuda de Ivan a cambio de una buena cantidad de tabaco.

—Ivan.

Las cortinas a un lado y Jönsson-el-estanquero se pasó las manos por el pelo lacio, como si lo usara a modo de toalla.

—Los periódicos de la tarde. Los dos.

—Hoy no hay suplemento de juego, Ivan. Ya sabes, solo los martes.

—El *Expressen* y el *Aftonbladet*.

Un sobre doblado y arrugado de uno de los bolsillos de la camisa. Hurgó entre los billetes de quinientas y puso uno sobre el mostrador.

—No tengo más pequeño.

El dueño se limpió las gafas que no se ponía casi nunca y cogió el billete, lo miró a contraluz de la lámpara del techo.

—Hay que joderse.

—Mucha faena.

—¿Ganas todo eso pintando y clavando clavos? Por lo visto me he equivocado de oficio. Tú te paseas con un sobre lleno y yo apenas tengo cambio para uno solo de estos. ¿Quién puede permitirse pagar tanto?

—Yo también me pregunto lo mismo. Habrá que descubrirlo.

Jönsson-el-estanquero dejó el cambio sobre el ajado mostrador, billetes de cien, de cincuenta, de veinte. Ivan los contó y luego se sentó a la mesita de la lotería, empezó a hojear los periódicos.

—Ni una sola palabra.

—¿Qué?

—Allanamientos de morada.

—¿Allanamientos de morada?

—En la zona. Varios. En casas unifamiliares.

—No he oído nada. Y aquí todo el mundo viene a hablar. Me habría enterado.

Ivan enrolló los periódicos y metió cada uno en los bolsillos de su anorak.

El putito poli no había ido a ver a los vecinos cuando llamó a su timbre, y había aparecido solo. Si de verdad hubiese estado haciendo un puerta a puerta en la zona habría dejado el coche en Ösmo Centrum y habría dado un rodeo, no habría aparcado delante de la ventana. Y habrían ido por lo menos dos, los polis que llamaban a la puerta de exconvictos que le habían partido la cara a otros polis siempre iban de dos en dos, como hienas. Ese cabrón se había presentado allí por otra razón.

—¿Has terminado de leértelos?

—No había nada que leer.

—Pues déjalos donde estaban. No tienes que pagarlos. Llévate un paquete de Rolling.

Volvió a desenrollar los dos periódicos, los alisó todo lo que pudo en el expositor y cogió el paquete de tabaco de liar del estante inferior. Se dio la vuelta para salir.

—Tu hijo se pasó por aquí.

Ivan se detuvo.

—Está grande. Se parece a ti, Ivan, pero en rubio. ¿Estáis trabajando juntos otra vez?

Jönsson quería una respuesta. No la iba a obtener. Porque ahora el hijo mayor tenía su propia empresa, junto con sus hermanos.

Ivan casi sonreía.

Por lo menos les había enseñado una cosa a sus hijos: mantenerse unidos y estarlo ante cualquier cosa, incluso ante él.

Anneli estaba tumbada boca abajo y atravesada en la cama, durmiendo con la ropa puesta. Ultimamente había dormido mucho.

Leo le acarició suavemente la mejilla con el reverso de la mano, hasta que ella se despertó.

—¿Qué... hora es?

Sus ojos eran pequeños y rehuían la luz.

—Las seis y media.

—¿Tan pronto? Entonces quiero dormir más.

—De la tarde.

La tomó de la mano y tiró con cuidado.

—Vamos.

Ella lo miró, pero no se movió del sitio.

—Ven. Vamos a conocer al Hombre Enmascarado.

Anneli se incorporó con brazos demasiado blandos y piernas que no querían en absoluto lo mismo que ella, siguió a Leo sin comprender, bajaron por la escalera en dirección al cuarto de delante de la cocina, donde habían pasado tanto tiempo.

—Imagínate, Anneli, que alguien está huyendo y se ha escondido aquí, en esta casa, y ahora la poli está buscando aquí dentro.

Una habitación normal y corriente. Suelo, paredes, techo. El olor acre de la pintura fresca golpeó a Anneli en la garganta. Esperaron, juntos, Leo y Félix y Vincent y Jasper, observando a Anneli, con cara de satisfacción.

—No entiendo nada. ¿De qué estás hablando?

La capa superior del suelo estaba hecha de cuadrados de viudo blancos y negros bajo la gran alfombra sobre la que estaban en ese momento. Los cuadrados eran brillantes, nuevos. Leo le soltó la mano y se sentó de cuclillas.

—Esta es tu habitación, Anneli. Y la de Sebastian.

Ella se permitió la sombra de una sonrisa. Él la miró, todavía igual de satisfecho, mientras enrollaba la alfombra, y luego señalaba cuatro de las baldosas y dejaba al descubierto dos anillas de hierro.

—La poli está aquí buscando. Y por alguna dichosa razón encuentras un par de baldosas que están un poco sueltas. Y luego estas anillas, que se pueden agarrar y levantar.

Cogió las dos anillas, tiró de ellas y la losa de hormigón lo acompañó en el movimiento.

—Lo han conseguido, han encontrado las piezas sueltas. Entonces ven esto.

Una caja fuerte tumbada. Encajada en el suelo. Y se ponen como locos de alegría, así típico de los polis. ¡Nos han descubierto!

Luego toqueteó con cuidado la cerradura de combinación de la caja fuerte.

—Y después, con una suerte de narices, consiguen dar con la combinación correcta. Nos lo imaginamos, que marcan la combinación exacta de la cerradura.

Giró, volvió a girar y abrió la puerta de acero. En el interior había una caja fuerte. Con las paredes interiores de terciopelo negro y sin juntas, hermética. Contenía una bolsita de plástico con billetes de quinientos. Una cámara. Algunos cartuchos sueltos. Un montón de papeles con pinta de certificados y contratos. Leo sacó el contenido y lo puso en el suelo al lado de la puerta.

—Y entonces ven... esto. Nada más. Se acabó. Y pronto se meterán en otra habitación, contentos de haber encontrado un escondite secreto con algo de pasta y documentos que parecen importantes y cuatro cartuchos de escopeta con los que hacer pruebas de tiro que no darán ningún resultado.

Leo se acercó a la única ventana de la habitación y el cajetín eléctrico que había justo encima, una tapa que desatornilló y quitó. Dos cables. Uno rojo y otro azul. Leo la miró sonriendo como antes, hizo contacto con los dos cables y cerró el circuito eléctrico.

—Acércate a la caja fuerte. Y mira dentro.

Un zumbido. Y luego... el fondo de la caja fuerte fue desapareciendo lentamente... *hacia abajo*.

—La poli se ha ido. Y lo han pasado todo por alto. Lo que había *debajo* de la caja fuerte.

Un beso fugaz en la mejilla de Anneli cuando Leo se acercó al agujero y se agachó, los pies sobre la escalera de aluminio, bajó y encendió la luz. Un cuartito donde hacía un momento no había nada. Estantes de madera en dos niveles en las paredes. Armas colocadas de pie, metralletas en la línea de arriba, AK4 en la de abajo.

—El Hombre Enmascarado y su Cueva de la Calavera.

Y las cinco ametralladoras directamente en el suelo, detrás de la escalera.

—¿Lo ves? La caja fuerte del Hombre Enmascarado. Donde deja sus mensajes a la Patrulla de la Selva.

Los pies descalzos de Anneli en los delgados barrotes de la escalera, se tambaleó, recuperó el equilibrio y bajó al suelo, que estaba frío.

—Ya sabes, la caja fuerte del cuartel general de la Patrulla de la Selva, el Hombre Enmascarado tenía un túnel secreto hasta ella, podía abrir el fondo y dejar allí sus mensajes al jefe. Y cada vez que el Hombre Enmascarado y el jefe la abrían se encontraban un nuevo mensaje del uno o del otro, así era cómo se comunicaban.

Un cuartito con armas automáticas, casi igual de grande que el depósito de armas del que habían salido. Anneli miró la escalera por la que acababa de bajar.

—Toca aquí.

Leo le cogió la mano, la llevó a la pared de hormigón.

—Está seco, ¿verdad? Sin humedad, sin agua.

Se puso de rodillas y levantó una trampilla del suelo, una gran tubería de cemento, un pozo con una bomba de drenaje montada en el interior de la tubería.

—La casa está construida sobre el fondo de un lago. Y no podía tener sótano. Pero con esto podemos controlar el nivel del agua. Cuando llegue aquí, el punto límite, la bomba se pone en marcha.

Leo y Anneli estaban uno junto al otro, abrazados, en un cuarto secreto subterráneo con suelo frío y abertura en el techo. Y doscientas veintiún armas automáticas en dos filas. Todo lo que necesitaban para el siguiente atraco, y el siguiente, y el siguiente.

Cuando intenta ver a través del pasamontañas negro es un poco como en una película antigua en la que alguien está usando prismáticos: bordes negros que rodean la realidad, la cual se vuelve más concentrada y adquiere colores más intensos.

—Sesenta segundos.

Lo primero que ve son monos azules y manos que sujetan una ametralladora larga, grisácea, pesada.

—Cincuenta segundos.

Como los otros, Azul Uno está de cuclillas en el suelo de una furgoneta Dodge usada que habían desmontado y ahora ya no tiene asientos. Todos llevan armas automáticas, tienen mochilas vacías a la espalda y van vestidos con el mismo mono azul, las mismas botas y los mismos pasamontañas en la cabeza. Casi podía ver el silencio.

—Cuarenta segundos.

Azul Dos es el conductor; está totalmente tranquilo y toma la decisión correcta en cada situación nueva.

—Treinta segundos.

Azul Tres, a quien tiene justo enfrente y que tiene que disparar a la cámara de seguridad del fondo: lleva varios días sin dormir, por la euforia y la impaciencia.

—Veinte segundos.

Azul Cuatro, a quien tiene sentado al lado y que tiene que subirse al mostrador, meterse por la ventanilla y conseguir que le entreguen las llaves: está temblando y trata de disimularlo, inseguro de si pronto sabrá caminar como un hombre.

—Diez segundos.

Los mira a través de unos orificios de tela redondos y están todos abrazados a un arma igual que él, preguntándose si alguien dentro del banco va a morir. Si alguien los obliga a disparar: entonces solo será cuestión de consecuencias. Ellos decidirán su propio destino.

—Cinco segundos, cuatro, tres, dos, uno... *ahora*.

La puerta lateral de la furgoneta se abre. Ocho pasos hasta el banco. Justo al entrar al vestíbulo, en diagonal por encima de su cabeza, está la primera cámara de seguridad y él gira el cuerpo y dispara. No se oye nada. Así que grita *¡bang bang bang!* Varias veces. Azul Tres sigue adelante y levanta su arma, el peso del cuerpo en la culata cuando se inclina hacia delante y apunta a la otra cámara. Tampoco se oye nada cuando él dispara y su voz suena enérgica cuando grita */BANG BANG BANG!* Y Azul Cuatro, a quien tenía justo detrás, pasa por encima de las dos mujeres que están en el suelo y corre hacia el mostrador, tal como han planeado.

—*La cajera cierra la ventanilla.*

Azul Cuatro se detiene de pronto. Azul Uno sigue hablando en su pinganillo.

—¡Azul Cuatro, actúa! ¡Actúa! ¡La ventanilla está cerrada!

Azul Cuatro observa la ventanilla de caja, titubea.

—¡Si la ventanilla está cerrada, la rompes a tiros!

Azul Cuatro está sudando a raudales cuando, demasiado tarde, apunta con el arma a la ventanilla de cristal cerrada y a la cajera que está detrás, grita *bang bang bang* más flojo que los demás y sin convencimiento.

—*Vale. Paramos. Un par de minutos de descanso.*

Azul Uno, Leo, se enrolló el pasamontañas sobre la frente. Habían estado entrando y saliendo a un banco ficticio dentro de un garaje grande durante cuatro horas y cada vez cometían menos errores. Dejó la ametralladora y los guantes de piel en el banco de trabajo, se quitó el micrófono de la solapa del cuello y se lo guardó en el bolsillo.

—Vincent, ¿qué te he dicho que tenías que hacer si cierran la ventanilla?

Azul Cuatro se quitó su pasamontañas.

—Romperla a tiros.

—¿Y luego?

—Saltar dentro.

—Nunca nos podemos quedar quietos, ¿de acuerdo? Si lo hacemos, perdemos tiempo. Y entonces se va todo a la mierda. Somos nosotros los que controlamos el tiempo, no ellos.

Líneas de cinta americana marcando un gran rectángulo en el suelo sucio, a escala 1:1, una copia de la sucursal de Handelsbanken en Svedmyra: la cinta marcaba las paredes exteriores del local y un tablón en el umbral de la puerta de acceso. Las cajas estaban construidas con tablas y planchas de contrachapado. Cinco maniquís estaban a veces de pie, a veces tumbados a un lado del mostrador —los clientes— y había otros tres sentados en sillas al otro lado —las cajeras—.

Era el modelo de una sala en la que nunca habían entrado. Aunque Leo había paseado por la placita y había entrado en la tienda de comida, y se había sentado un par de veces con una *capricciosa* junto a la ventana de la pizzería del edificio de al lado. Pero nunca había cruzado el umbral del banco. Quedaba totalmente descartado que ninguno entrara en el local. Ni la altura ni el peso ni los gestos se convertirían jamás en imágenes de archivo gracias a una cámara de seguridad. Anneli había sido la única que había estado dentro, al otro lado del escaparate del banco, delante de las cámaras y los mostradores reales, entre clientes de carne y hueso. En cada una de sus breves visitas había esbozado una nueva sección del local en el reverso de formularios de depósito de dinero en blanco y luego Leo los había hecho encajar en un puzle sobre la mesa de la cocina hasta convertirlos en un plano. A Leo le recordaba a otro juego de mucho atrás, de indios y vaqueros en el suelo de una habitación de chicos.

Félix abandonó su puesto de conductor en un coche aparcado delante de un banco de cinta americana y madera sobrante.

—Vincent, ¿qué ha pasado?

—¡Ya os lo había dicho, joder! ¡No puede hacerlo! —dijo Jasper, todavía con el pasamontañas puesto—. ¡Tenía que dispararle al plexiglás!

Félix apartó a uno de los clientes que estaban en el suelo y se quedó de pie junto a una de las planchas de contrachapado que representaban una de las cajas.

—A lo mejor la ventanilla estaba abierta, ¿no?

—¡Leo ha dicho que la cajera la había cerrado! —gritó Jasper.

Félix se limitaba a sonreír, no le gustaba gritar, así que empezó a repicar en la madera, en la que ponía *Caja 3*.

—Pero ¿esto qué es? Mira, joder, esta ventanilla *está* abierta, ¿no lo ves?

—¡Estamos haciendo un ensayo de prueba, coño!

—Y tú eres un loco del combate que ve ventanillas donde no las hay. Deja de meterte con Vincent.

—¡No se trata de *meterme* con él! Tiene que actuar con la espalda recta. ¡No puede dudar nunca! Dudas si no confías en tu arma. ¿Verdad, Leo?

Jasper se acercó casi corriendo a dos láminas de masonita que colgaban de una cuerda del techo y que tenían texto escrito a mano *Cámara de seguridad 1* y *Cámara de seguridad 2* —y las tocó con el arma.

—Aquí, y aquí, hay cámaras que nos hemos cargado de un disparo. ¿Sabes por qué?

—Yo solo veo dos trozos de masonita en los que tú has escrito algo.

Jasper le dio un golpe a los carteles con la boca de la metrálleta y las láminas vibraron al ritmo en que él negaba con la cabeza.

—Cuando pegas un tiro al aire libre la gente se caga de miedo, un arma automática resuena como golpes contundentes. Pero en una sala el ruido adquiere un timbre distinto. Como cuchillos que chocan contra las paredes y rebotan por todas partes hasta que los tímpanos se rompen y un pitido hace que la gente quede desorientada. En un espacio cerrado se cagan todavía más de miedo. Se echan al suelo, no solo para protegerse, sino porque la orientación es decisiva para que puedan sobrevivir.

Jasper miró a Félix y a Vincent, que guardaban silencio, y a Leo, que asentía ligeramente.

—Y luego... sin duda lo más importante —continuó Jasper—. La pasma tiene que saber que es peligroso acercarse a nuestro lugar de trabajo. Y si aun así se acercan son ellos los que escogen lo que pueda pasar.

—Jasper tiene razón —dijo Leo—. Si ellos nos apuntan, nosotros les apuntamos. Si ellos disparan a matar, nosotros disparamos a matar. Si se trata de su vida o la nuestra... ¿entendéis?

Se había cruzado con sus miradas y había sabido que ellos confiaban en él. Ahora le tocaba a él decidir si confiaba en ellos.

Un chico de diecisiete años que ni siquiera había hecho la mili, uno de veintiuno que se alistaba y se iba a casa con carta blanca, uno de veintidós que actuaba como si estuviera entrenando a marines. Era su responsabilidad conseguir que funcionaran como un grupo.

—Al coche. Todos. Otra vez. ¡Vamos! Empiezo a contar, tres minutos a partir de... *ya*.

Cuarenta y seis horas. Hasta que fueran a hacerlo de verdad.

Iban sentados en la misma furgoneta, reconvertida de nuevo en una Dodge normal. Atravesaban el amanecer por la E4 en dirección norte. Habían continuado ensayando el atraco a una sucursal bancaria imaginaria veintiocho veces, los movimientos desde la furgoneta hasta las ventanillas de caja y la caja fuerte y luego vuelta atrás. Un patrón se había fijado en su conciencia. Pero hacía falta más preparación.

La carretera de asfalto se estrechó, se redujo a un camino de tierra, ya no faltaba mucho.

Un timbre. El móvil estaba en el bolsillo exterior del anorak de Leo.

—¿Hola?

—Leo, ese... sobre.

La voz.

—Ahora no tengo tiempo.

—Tu maldita deuda, Leo. El dinero del sobre. Tú contabas con devolvérmelo, ¿verdad?

—Ahora no puedo hablar.

—Si vienes después de tantos años y pagas tal cantidad de dinero a pesar de opinar que no tienes por qué hacerlo... entonces es que tienes mucho dinero. Nunca me darías tus últimos ahorros. ¿De dónde cono lo has sacado?

Leo colgó.

—¿Quién era? —preguntó Félix.

—Nada importante.

—Sonaba importante.

—Concéntrate en el camino.

Félix en el asiento del conductor, como siempre, tenía que familiarizarse con este vehículo, la aceleración, la distancia de frenado, el giro del volante.

Cambiarían a otro cuando huyeran de la escena. Félix había aprendido también cómo estaba montado. Debía robar dos furgonetas la víspera del robo y por eso se había pasado horas abriendo la cerradura con una palanqueta hasta que estuvo seguro de poder forzar la puerta de una Dodge en menos de veinte segundos.

El viejo campo de tiro del lado este de Járvafaltet quedaba al final del camino de tierra. Aparcaron y en la distancia escucharon disparos.

—Hay alguien aquí —dijo Vincent.

Una bolsa con munición, cuatro esterillas y el mismo número de armas automáticas y comenzaron a caminar por un pasillo de tierra que se convirtió en un sendero. En el llano que quedaba a trescientos metros de los blancos y el terraplén había dos hombres uniformados.

Leo se detuvo, agudizó el oído.

—MP5. Fuerzas Especiales.

—Leo, vamos a volver, nos están buscando. ¡Maldita sea! —dijo Vincent, tirando del brazo de su hermano mayor—. ¡Tenemos que irnos de aquí!

—No. Tienes que aprender esto.

—Leo, joder, estamos...

—Eh, la pasma está buscando a dos árabes.

Vincent caminaba más despacio, al final de la fila, ya había visto antes a ese Leo, ese con el que no se podía hablar, el que tenía que desafiar y ganar aunque no hiciera falta, solo porque él podía. Y fue justo entonces cuando dos uniformes oscuros se levantaron del suelo, recogieron, comenzaron a caminar.

Hacia ellos.

Se fueron haciendo más grandes a medida que se acercaban, de frente, por un sendero estrecho, espaldas anchas, cuellos de toro, se los veía adultos, ni siquiera Leo tenía ese aspecto cuando se movía.

—¿Hora de... la revisión, chicos?

La tierra crujió en el suelo cuando se apartaron y observaron cuatro armas.

—Déjame adivinar... ¿Milicia local?

De repente Jasper pisó la hierba y rodeó a Leo para ponerse el primero y enseñar su arma con orgullo.

—Has acertado. Batallón de Járva.

Cogió su AK4 como una estatua de mármol habría cogido el suyo, una

sonrisa cincelada entre una nariz puntiaguda y un mentón marcado, la ranura entre los incisivos en medio de la sonrisa. Vincent dio otro paso atrás, se encogió. Leo quería medirse, vencer. Jasper quería gustar, pertenecer.

—¿MP5? —preguntó uno.

Justo cuando ya habían terminado de mirar el arma e iban a seguir su camino.

—Sois de las Fuerzas Especiales, ¿no? —replicó Jasper.

Vincent cerró los ojos. No había sido suficiente. Con enseñar sus armas robadas y arriesgarlo todo. Jasper había tenido que tocar también las de ellos. Estaba allí intercambiando miradas de admiración y disfrutándolo. Hermandad.

—Sí. Somos de las Fuerzas Especiales. Suerte por allí, no luce ni pizca de viento, un buen día para sacar dieces.

Asintieron con la cabeza como hace la gente cuando se dispone a marcharse. Vincent se miraba los pies, respiraba lo más tranquilo que podía mientras se cruzaban.

—Oye, tú.

El que más había hablado y había enseñado el arma se detuvo delante de Vincent.

—¿No eres un poco joven para esto?

—¿Yo?

Vincent intentaba alzar la vista, apartarla de los pies, pero no lo conseguía.

—JML.

Había respondido Leo.

—Juventudes de la Milicia Local.

El policía seguía observando a Vincent.

—Cuando yo tenía tu edad me dedicaba a ligar con chicas, no a entrenarme en combate.

Vincent intentó esbozar una sonrisa incómoda, aguantando el aliento. No se desvaneció hasta que cogieron sus malditas MP5 y se largaron. Jasper ya había extendido la esterilla, Leo ya había ido a buscar el montón de dianas del barracón, e incluso a pesar de que Félix ya había abierto las cajas de munición y repartido balas, no se relajó hasta que los dos policías arrancaron el coche y se alejaron.

—Ni siquiera han mirado los números de serie —dijo Leo.

En cambio la sonrisa de Leo era auténtica, estaba satisfecho, orgulloso. Les había hecho *frente*, seguro de la victoria, y había vencido. Ahora llenó el cargador con veinte balas, estando de pie se enrolló la correa al antebrazo en posición de disparo y puso el selector de tiro en el modo A, hizo coincidir el punto de mira con una de las figuras de cartulina y apretó el gatillo. La cara de cartón con mirada fija, hecha trizas.

—Todos los que han aprendido a disparar con un AK4 también han aprendido a estar en una postura en concreto.

Recargó, le pasó el arma a Vincent, pero sin soltarla.

—Si no respaldas la fuerza con tu propio peso corporal, si no empujas tu arma hacia abajo con el hombro y con la mano izquierda, se te desbocará, se levantará, y la tercera bala pasará a medio metro por encima del blanco.

Se la volvió a pasar a Vincent y esta vez la soltó del todo.

Era igual de difícil respirar con normalidad que dejar de sudar en las manos. Vincent apretó la culata como Leo, apoyó el peso en la pierna izquierda como Leo, puso la mano sobre el cañón como Leo. Y disparó. Y la culata le azotó el hombro. Y el cañón se levantó como si un cordón invisible tirara de él.

Veinte tiros en el terraplén de arena. Y la figura de cartulina lo miraba con indiferencia.

Jasper casi corrió hasta donde estaba, igual que había hecho cuando se habían cruzado con los polis de las Fuerzas Especiales, y le dio una suave patada a Vincent en el pie izquierdo.

—¡Vamos, Vincent! ¡Concentración! ¡Piernas separadas! Y aprietas hacia abajo con la mano izquierda, tal y como Leo te ha dicho. ¡Aprieta, coño!

—Cierra la boca.

Félix había abandonado su puesto con la misma velocidad para colocarse entre Vincent y Jasper.

—Cuando hables con mi hermano ni grites ni des patadas. ¿Te queda claro?

—Apartaos. Los dos.

Leo esperó hasta que dejaron de enfrentar las miradas.

—La respiración, Vincent.

Giró delicadamente la cara de su hermano hasta que se miraron.

—Coge aire, suelta aire. Coge aire, suelta aire. Y luego... disparas.

La culata fuerte contra el hombro. La mano izquierda aferrada al cañón.

Y Vincent disparó, otra vez. Y... ¡dio en el blanco! En la cabeza de la figura de cartulina, en el cuello, el pecho.

Cargador nuevo. Más ráfagas. Hasta que un enemigo tras olio se fueron rindiendo y cayendo al suelo en pedazos. A veces, justo como el día anterior en el garaje, Leo se tomaba su tiempo a t una distancia para observar a un hermano pequeño al que había sacado de la cuna, con el que había construido soldaditos de Lego de color rojo y azul, a quien le había untado tostadas de mermelada. *No puedes votar. No puedes comprar vino tinto en Systembolaget.* Y sonrió, bastante orgulloso. *Pero puedes disparar un arma automática y dentro de treinta y tres horas vas a atracar un banco.*

Era última hora de la tarde cuando entraron con el coche en el patio de la casa. Leo fue directo a ver a Anneli con las bolsas del súper mientras Félix, Vincent y Jasper descargaban el equipo y las armas en el garaje. Vincent dejó la maleta con los cargadores y la munición sobrante en el suelo y notaba cómo se le movía el hombro derecho sin que él pudiera hacer nada para evitarlo, como si un retroceso tras otro hubiesen generado vida propia allí dentro. —Mantenimiento de armas— dijo Jasper.

Vincent sabía a qué venía todo eso en realidad. Siempre había sido así. A Jasper no le importaba de quién o de dónde mientras se sintiera parte de algo.

—¡Félix, Vincent, venga, coño!

Jasper puso su arma en el banco de trabajo.

Y la desmontó enseguida, pieza a pieza.

—Vosotros haced lo mismo. Desmontad y limpiad cada uno su arma. Mientras tanto, yo os miro.

Félix dejó el AK4 con el que había estado practicando contra un hombre de cartulina inmóvil, pero en lugar de hacer lo que se le había ordenado se inclinó, cerca de Jasper, y susurró:

—¿Oye?

—¿Sí?

—¿Por qué vas por ahí como si llevaras una metralleta metida en el culo?

—¿Cómo dices?

—Te paseas por aquí como si te pensaras que eres un mando militar o algo así. A mí y a Vincent no... nos acaba de gustar.

—¡Esto es un ejercicio, joder!

—¿Y?

—Para todo ejercicio de combate se necesita a un instructor. ¡Pero tú eso

no lo entiendes! Porque no has hecho la mili.

—Solo te lo diré una vez. Déjalo.

—¿Que deje el qué?

—Tú solo déjalo.

—Si nos vemos metidos en una situación crítica me darás las gracias.

—¿Situación crítica?

—Los que dudan en combate, mueren. Es así de simple.

—Oye..., si acabamos en una situación crítica será por tu culpa.

Jasper se acercó, mirada penetrante. Vincent ya había visto antes esos ojos, como aquella vez que Jasper se había comprado una porra extensible y se había paseado por el centro buscando a alguien que lo mirara demasiado, hasta que le pareció que el chico al que llamaban Steffe el Grandullón lo había hecho y lo había azotado dos veces en la muñeca, los mismos ojos penetrantes cuando el hueso se había partido, *así de fácil, ya lo habéis visto, como una rama seca*. Luego se había pasado la tarde preocupado y dando el coñazo, no por la mano rota sino por el riesgo de que lo pillaran, si lo hacían ya no podría hacer el servicio militar. Y ahora estaba mirando a Félix con esos mismos ojos. Hasta que Leo abrió la puerta y entró con una gran caja de cartón entre los brazos.

—¿Qué estáis haciendo?

Se hizo silencio cuando Jasper y Félix dieron un paso atrás al mismo tiempo.

—Nada —dijo Vincent.

—Algo pasa, lo estoy viendo.

Jasper dejó el arma en el banco de trabajo por segunda vez.

—¿Están cuestionando mi conocimiento y estoy hasta las narices!

—Tu conocimiento no, ¡tu actitud! —dijo Félix.

—¿Actitud? Yo nunca he puesto en duda tu conocimiento cuando hemos estado en alguna obra y tú me has explicado que estoy aguantando el martillo demasiado arriba o que lo estoy metiendo en la maldita caja equivocada. ¡Yo te he escuchado y lo he respetado! ¡Así que tú también deberías escuchar un poco cuando te explico lo que se me da bien!

Leo tenía el espacio justo para interponerse, los empujó con suavidad, los obligó a apartarse en direcciones opuestas.

—¿Jasper? Cierra el pico.

—Tú dijiste que les enseñara lo que sé.

—Cierra el pico y sigue limpiando lo que tienes que limpiar. Y tú, Félix. Tú escucha a Jasper en este tema, él sabe de esto. Sabe proteger. ¡Como cuando te protegió a ti! Cuando aquellos tarados de la casa redonda te habían hinchado a patadas hasta dejarte en el suelo y Jasper se quedó allí a pesar de haberse llevado un golpe con un bate de béisbol en la cabeza, se quedó a defenderte hasta que yo llegué. ¿Ya no te acuerdas?

Estaban cansados, él lo sabía. Y tensos.

—¿De acuerdo?

Esperaba que alguno de los dos siguiera dando la tabarra, siempre pasaba. Pero en esta ocasión solo halló silencio, el silencio en el que acababa de entrar.

—Bien. Pues vamos a hacerlo una última vez. *Con chalecos. Equipo completo.*

Leo abrió el paquete y repartió sendos chalecos antibalas. Nunca jamás encargó un equipo específico a una empresa sueca. Si la pasma se ponía a investigar y exhortaba a la empresa de seguridad a entregar datos era justo el rastro que no se debía dejar.

Esto, *American Body Armor*, proveedor del ejército estadounidense, era una vía segura.

—Si no se puede distinguir a nadie es mucho más difícil dar una buena descripción.

Una última vez.

Ensayo general. Equipo completo. Toma del objetivo.

De una Dodge a un banco ficticio y vuelta atrás.

Exactamente ciento ochenta segundos.

Y las ventanillas de caja recuperarían su condición de meros tablones de madera y placas de contrachapado mientras las paredes y las ventanas del banco y la caja fuerte se convertirían en ovillos pegajosos de precinto enmarañado.

—Coge el bidón de gasolina y la bolsa de basura y vente conmigo —dijo Leo, haciendo una señal con la cabeza a Jasper.

Le indicó la parte de atrás del garaje: la pared ocultaba aquel trozo a la

casa vecina y el seto impedía la vista desde la travesía. Un bidón de aceite oxidado los esperaba a apenas unos metros de *distancia*, y Leo vació en él el contenido de la bolsa *mientras* Jasper lo rociaba con gasolina.

—17.50. Diez minutos para el cierre. Todo el mundo quiere llegar a tiempo con sus últimos recados.

Dos cerillas. Croquis, planos, mapas comenzaron a arder.

—Así que, Jasper, no pierdas el control.

—Yo ya sé lo que me hago.

Las llamas devoraban planes de robo y caminos de huida.

—¿Como cuando le metiste el cañón en la boca al guardia?

La clave era no perder el control. No volverte nunca parte de la violencia sino ser tú quien la dirige a ella. Hacía mucho tiempo que lo había visto en los ojos de su padre, esta vez estaba en la mirada de Jasper: ojos que en lugar de controlar eran controlados.

—¿O como cuando te quedaste para intentar reventar el furgón a tiros a pesar de que el cielo estuviera lleno de luces azules?

La diferencia entre partir una nariz de un golpe e incendiar una casa.

—Mírame, Jasper. Tengo que poder confiar en ti. ¿Puedo hacerlo?

Diecinueve horas y doce minutos.

—Sí. Puedes confiar en mí.

Leo vio cómo su hermano pequeño se desabrochaba los botones del chaleco antibalas a la altura del estómago para ajustarse un punto más la correa auxiliar. Estaban agachados en la parte trasera de uno de los dos vehículos que Félix había robado durante la noche. No podían ver el exterior pero, aun así, sabía exactamente dónde se encontraban, exactamente cuánto faltaba.

—¿Y si me quedo atascado? —preguntó Vincent.

—¿Atascado? —replicó Leo.

—¿Y si me quedo atascado en la ventanilla?

—¿Qué ventanilla?

—La de la caja. Cuando salte para meterme dentro.

Dentro de cuatro minutos y doce segundos va a cometer su primer atraco a un banco.

—No te quedarás atascado.

—Pero ¿y *si* me quedo atascado?

—¿Vincent? Mírame. No te quedarás atascado. Si no piensas en ello, no te encallarás. ¿Vale?

Habían buscado una furgoneta con logos de construcción en los laterales y esta había resultado perfecta. Pegatinas grandes, Agente Tuberías, un vehículo que se podía acercar a un banco sin que nadie reaccionara de inmediato: y todos cuantos lo vieran podrían, más adelante, dar una descripción inequívoca.

Salieron de la rotonda y Leo se agarró a la manilla de la puerta lateral para no perder el equilibrio. Veinte metros: el bache inconfundible al dejar la calle Handelsvägen, subir a la acera y adentrarse en la plaza Svedmyra Torg. El último tramo, neumáticos que frenaron sobre asfalto mojado, un sonido absorbente que se deslizó por el suelo.

Leo se ajustó los auriculares y comprobó que el micrófono estaba bien puesto en el cuello del mono; esperó a que Vincent, Jasper, Félix se ajustaran los suyos.

Ahora se bajaron la tela por la cara, aquí, a cierta distancia. Era como si alguien hubiese recortado tres pedazos de una revista y los hubiese pegado directamente sobre la tela: ojos de papel, bocas de papel.

—¡Mickey Mouse! —Jasper sonrió mientras se llevaba las manos a los auriculares que asomaban como pelotas redondas por debajo de la tela negra.

—¡Mickey Mouse, coño!

—Jasper, ya basta —saltó Leo.

—*Mickey Mouse, Mickey Mouse, Mickey...*

—¡Basta!

Leo acababa de calmar a Vincent. El nerviosismo de Jasper era más difícil de identificar, alguien que se preparaba para la violencia adulta comportándose como un crío.

Su primer atraco a un banco de verdad. Todos tenían su manera de afrontarlo.

—Fiaré una prueba.

La emisora estaba en el bolsillo derecho de su mono, la punta del dedo índice sobre el botoncito rectangular y habló en voz baja.

—Uno dos. Uno dos.

Su voz en las cabezas de los demás. La que enseguida les estaría dirigiendo.

—Félix, ¿la emisora de la policía?

Félix había aparcado la furgoneta de tal modo que a través de los retrovisores exteriores podía ver toda la sucursal bancaria, y en el interior del vehículo a tres atracadores preparados para saltar.

—Frecuencia correcta. Encriptada. Sabremos exactamente dónde está la pasma.

—Bien. ¿Vincent?

—¿Sí?

—Pasamos por encima a todos.

—Por encima.

Un ruido singular cuando cuatro armas automáticas eran cargadas al mismo

tiempo en un vehículo cerrado: el sonido del abastecimiento corriendo por paredes y techo.

—En cinco...

Eran las seis menos diez.

—En cuatro...

Leo puso la mano sobre la manilla de la puerta trasera.

—En tres, en dos...

—¡Espera!

Félix giró el retrovisor.

—Un abuelo con tacataca. Está saliendo. Y detrás, una señora mayor.

Leo bajó el arma. Había hecho la cuenta atrás. Vincent estaba tranquilo, Jasper concentrado. Había llegado la hora.

—Cojones, Félix...

—Nos da tiempo. Dejemos que salgan.

—¡No hay abuelos con tacataca! ¡Ni viejas tampoco! A partir de ahora... *simplemente, no existen.* Pasamos por encima de todos. ¡Lo único que hay ahí dentro es nuestro dinero!

—¿Has terminado?

—Félix, vamos a...

—El abuelo del tacataca. Y la señora mayor.

Félix giró el retrovisor un poco más.

—Ya han salido.

Ocho pasos hasta la puerta de cristal de Handelsbanken.
Leo delante. Vincent un paso por detrás, Jasper dos pasos por detrás.

Llovía un poco, el olor de las últimas hojas se filtraba por la tela del pasamontañas. Húmedas, resbaladizas y marrones yacían pegadas a los adoquines que conformaban la plaza. Y por todas partes, ojos. Los que estaban sentados en fila tomando cerveza en la ventana de la Pizzería La Hormiga y el dueño de la floristería y su esposa, que estaba allí en ropa cálida en su cabaña de flores, y los dos clientes en una de las cajas del banco que acababan de darse la vuelta.

Hojas reales y ojos reales. Lluvia real. Gente real. Cielo real y viento real.
Puerta de una sucursal real.

Se habían acabado los ensayos. Ya no había vuelta atrás. Vincent solo se concentraba en la nuca de Leo. Si se limitaba a mirarla fijamente y permanecía allí. Si lo hacía y luego seguía caminando al mismo ritmo llegaría hasta el banco y entraría con él.

Para que esto funcione, tienen que ver a un hombre adulto. ¿Lo entiendes, hermanito?

Seis pasos más. Cinco pasos más. Cuatro pasos más.

Allí dentro están las cajeras, detrás de sus ventanillas, y tienen que estar convencidas de que son tres hombres adultos los que libren la puerta.

El chaleco antibalas seguía ocupando lo mismo y le ceñía el mono y era difícil moverse con normalidad.

Tienes que caminar erguido. Apoyar todo el pie.

Y la metralleta que le colgaba torcida del hombro le rozaba como antes.

Imagínate que pesas más, que eres pesado, y que sabes adónde te diriges.

Y por mucho que se fijara en la nuca de Leo era como si no se acercara al banco, él, que se esforzaba tanto en apoyar todo el pie.

No podía acercarse...

No podía...

—¿Vincent?

Leo se había detenido. A tan solo un paso de la puerta. Se había vuelto, le había puesto una mano en el hombro a Vincent y hablaba por el micrófono a tres auriculares.

—Pasas por encima de todos.

Pasas por encima de todos.

La voz de un hermano mayor en la cabeza de su hermano más pequeño, el que siempre había estado allí. Y que ahora se llevaba una mano al cuello del mono y el micrófono para taparlo, que se inclinaba hacia delante y con la otra levantaba un poco el auricular que le tapaba la oreja a Vincent.

—¿Vincent?

Y susurró.

—Sabes que te quiero.

Y luego se dio la vuelta, hacia la sucursal.

Leo abrió la puerta de cristal de Handelsbanken y Vincent lo siguió. *Te quiero*. Solo mamá decía ese tipo de cosas. Se metieron por una entrada estrecha que escupía aire caliente desde arriba y se preguntó qué habría querido decir Leo, en realidad, si había pensado que eso haría que su hermano pequeño se relajara y pudiera caminar como un hombre. O quizá es que iban a morir, y Leo lo supiera pero no cómo decirlo.

Y ya no había ningún sonido.

Reinaba el silencio cuando Leo pegó la vuelta y efectuó dieciocho disparos contra la cámara de seguridad, que se puso del revés en un instante, eso parecía, como una flor de pétalos largos y bamboleantes circundando un objetivo; silencio cuando Jasper soltó quince disparos contra la otra cámara, que fue cayendo trozo a trozo al suelo.

—¡Azul Cuatro!

Leo le gritaba, labios que se movían en la tela negra, pero él ni siquiera lo oía.

—¡Azul Cuatro!

Vincent miró de reojo los cuerpos que se retorcían a sus pies con los brazos curvados sobre las cabezas.

—¡Azul Cuatro, la ventanilla!

Y reemprendió la marcha.

Hacia delante, hacia las cajas, y se percató de la mujer del abrigo amarillo demasiado tarde, le pisó el brazo mientras la cajera cerraba la ventanilla y echaba el cerrojo y se tiraba al suelo detrás del mostrador.

Si la ventanilla estaba cerrada.

Si no podía subirse al mostrador y pasar a través.

Si se quedaba atascado.

—¡Sesenta segundos!

Leo corrió a su lado, gritó algo, luego ese movimiento cuando volvió a levantar la ametralladora, flexionaba ligeramente las rodillas, mano izquierda en el asa de madera. Diez, veinte, treinta, cuarenta disparos.

—¡Azul Cuatro, *ahora!*

Y Vincent pudo volver a oír. Todo era claro como el agua.

La ventanilla de cristal se quedó unos segundos suspendida en el aire, como si miles de esquirlas todavía no hubiesen comprendido que en breve caerían al vacío, y se abalanzó sobre la ventanilla que ya no le impedía el paso, con el chaleco que ya no le apretaba y con la correa que ya no le rozaba. Oía perfectamente cuando tomó impulso y la suela de su bota izquierda aplastaba los cristales contra las baldosas, un sonido chirriante y agudo, cuando aterrizó sobre el mostrador y la suela de su bota derecha hundía los cristales en la madera, un sonido como si alguien estuviera masticando cubitos de hielo, cuando sus dos botas aterrizaron en el suelo al otro lado del mostrador y hundieron los cristales en la moqueta sintética. Y cuando corrió hacia la puerta interior y dejó entrar a Azul Tres y luego volvió atrás, con las cajas, y gritó *dame las llaves de la caja fuerte*, lo hizo con la voz que sonaba igual que la que había estado ensayando para que sonara así. Y funcionó, la mano que tenía debajo con las uñas pintadas de rojo se estiró hacia arriba con un manojito de llaves entre los dedos.

—¡Noventa segundos!

Estaba de pie en el centro de la sucursal bancaria con seis personas alrededor de sus pies: la mujer joven con abrigo amarillo que había guardado

silencio cuando Vincent la había pisado; el hombre con gabardina y mocasines marrones que se había negado a tumbarse hasta que Leo lo había obligado con la culata del arma; la señora mayor que estaba abrazada al mostrador y que lo seguía con la mirada, no suplicante, ni con miedo, pero como si quisiera registrar todo lo que estaba ocurriendo; los dos chavales detrás de la gran palmera junto al escaparate que tenían la edad de Vincent y que luego contarían que habían estado aquí, que habían presenciado un atraco; y la que había tenido la bolsa del súper en la mano y había derramado cereales y pan de molde y un paquete rojo de papilla en polvo.

—¡Ciento veinte segundos! —gritó Leo.

En el centro del local para tener una vista general, desde allí poder seguir a Azul Tres, que abría la puerta de la caja fuerte e iba barriendo todos los fajos de billetes de tres estantes haciéndolos caer directamente dentro de su bolsa, y que luego disparó al armario de seguridad y lo vació de billetes de quinientas coronas. Mientras, Azul Cuatro metódicamente iba de caja en caja volcando las sillas que estaban en medio, que iba abriendo las cajoneras y sacando los fajos de billetes para meterlos en *su* bolsa.

Jasper lo estaba haciendo perfecto. Vincent lo estaba haciendo perfecto.

Solo quedaba Félix.

—Azul Uno a Azul Dos.

Dobló la solapa con el micrófono para acercársela a la boca, miró por el escaparate a la furgoneta que estaba allí en la plaza, esperando con el motor en marcha.

—¿Ves algo?

—*Algo veo. ¿Sabes ese sitio al lado del banco?*

—Me refiero...

—*Pizzería La Hormiga. Vaya nombre.*

—Azul Dos... *¿ves algo?*

—*En la ventana hay tres tipos. Cada uno con una birra. Me están mirando y van bebiendo y...*

—*¡Maldita sea, Azul Dos! Sirenas, polis, ¿ves u oyes algo?*

—*... a veces os miran en el banco. Cerveza rubia, creo. Vasos bastante grandes.*

La voz de Félix. Y le estaba hablando de otra cosa. Cualquier otra cosa,

lejos de la cuenta atrás, el control, la adrenalina. A menudo refunfuñaba y cuestionaba, pero siempre podías confiar en Félix. Y por eso ahora estaba tranquilizando a un hermano mayor que estaba dentro de una sucursal bancaria, rodeado de personas muertas de miedo y contando el tiempo.

—¡Ciento cincuenta segundos!

Ahora Jasper debía salir corriendo de la caja fuerte. Vincent, finiquitar las cajas. Félix, poner las manos sobre el volante, fijar el retrovisor y, en el momento en que ellos salieran por la puerta, empezar a rodar.

Él debía seguir contando, ser el último en abandonar el local y asegurar el paso entre el banco y el vehículo de huida.

—¡Ciento sesenta segundos!

Así lo hicieron.

Vincent saltó el mostrador, zigzagueó corriendo entre los cuerpos en el suelo y esperó justo detrás de él. Félix aceleró al otro lado del ventanal. Y mientras tanto, él permanecía inmóvil, alerta, contando. Cuando sonó otro disparo. Jasper. El que debería haberle pisado los talones a Vincent pero que se estaba demorando dentro de la caja fuerte, disparando al siguiente perno del armario de seguridad, abría el siguiente compartimento con fajos de billetes de quinientas y los metía en la bolsa barriéndolos con la mano.

—¡Ciento *setenta* segundos!

Y el siguiente perno.

—¡Ciento *setenta y cinco* segundos!

Y el siguiente perno.

—¡Ciento *ochenta* segundos!

Habían consolidado un grupo de trabajo y una forma de trabajar para maximizar los beneficios sin aumentar los riesgos: un acuerdo que en este momento se estaba incumpliendo. Otra vez.

—¡Fuera!

Leo apuntó al techo.

—¡Fuera fuera!

Y abrió fuego.

—¡Fuera fuera fuera!

Dos tiros al techo justo por encima de la caja fuerte. Polvo de yeso y esquirlas de plástico cayeron sobre los que estaban tumbados escondiendo la

cara. Y fue como si Jasper de repente entrara en razón: soltó la caja que estaba vaciando, cerró la cremallera y salió corriendo hacia la entrada y la plaza y la furgoneta.

Siempre hacía frío en el cementerio. Pero como ahora, cubierto con un manto de hojas, parecía más cálido, arropado, cuidado y protegido.

John Broncks retiró el agua de un banco destartado y se sentó.

Un lugar de reposo entre treinta mil en uno de los cementerios más grandes de Suecia.

Había dejado de venir hacía tanto tiempo. La lápida era bonita. Negra, granito pulido, no tenía ni veinte años. Se agachó y puso bien una planta parduzca y enmarañada que parecía brezo, regó un poco. Se preguntaba quién la había puesto allí. Él nunca lo había hecho. ¿Su madre? ¿Por qué iba ella a dejar flores en la tumba *de papá*?

La palma de la mano por el canto de la lápida. NACIDO. FALLECIDO. GEORGE BRONCKS. Él tenía dieciséis años el día que bajaron el ataúd marrón de madera. Y recordaba que pesaba mucho de una punta y que casi se había volcado y que su madre había estado cerca y había llorado. El resto había conformado una masa vestida de luto que se había fusionado en su memoria: familiares, amigos y compañeros de trabajo, todos ellos con un nombre que John había oído mencionar tantísimas veces sin haberlos llegado nunca a conocer. La corbata negra le había apretado la garganta y más tarde se había deshecho el nudo, la había quemado, había jurado que jamás se volvería a poner una.

Su madre había querido volver al día siguiente.

Y él la había acompañado, había creído que era porque durante el entierro ella no había sido sincera, temerosa de que la masa negra pudiera ver lo que realmente opinaba sobre su marido. Pero no se había tratado de eso. Ella aún no había querido admitir lo que en verdad estaba pasando: los golpes, el control que ella aceptaba, sin más, día tras día. Las pocas veces que John

había tratado de hablar con ella al respecto, sobre cómo había sido, ella no parecía recordar nada en absoluto, *qué quieres decir*, como si lo hubiera encapsulado tan adentro, *ya sabes qué quiero decir, mamá*, que ya no lo podía alcanzar, *John, no me gusta cuando hablas así*.

Había habido coronas de flores con pésames estándares más o menos en el centro de las mismas.

Broncks había estado a su lado y ella había mirado con ojos vacíos el montón de tierra y él había comprendido por qué ella había llorado, no por su padre, sino por Sam, que a diferencia de ella no había aceptado, y debió de ser entonces cuando ella decidió dejar de recordar.

Otro chorrito de agua.

El coche lo esperaba en la entrada y John abandonó la calma, lentamente por el Paseo del Cementerio de Solna en dirección al puente Solnabron y el barrio Vasastan, y fue en algún punto de la calle Torsgatan cuando recibió la alarma por primera vez.

Robo de banco. Svedmyra.

En la otra punta de la ciudad, demasiado lejos, y continuó en dirección a Kungsholmen y Kronoberg cuando la voz en el dispositivo de radio del coche volvió a hablar.

Fuertemente armados.

Algo le sonaba familiar.

Armas militares.

Jafar. Y Gobak. Pegó la oreja y cambió de dirección, hacia el sur.

Localizado vehículo de huida a ciento cincuenta metros del lugar del delito.

Pero esto era extraño.

Un aparcamiento junto a la parada de metro Svedmyra.

Tan extraño que no encajaba.

Los atracadores de banco no se alejan ciento cincuenta metros y aparcan el vehículo de huida para sacar unos billetes y continuar en metro.

Los atracadores NO han abandonado el vehículo.

Lo que no cuadraba antes, ahora cuadraba aún menos. Tras unos pocos segundos de fuga habían aparcado al lado de la estación de metro más cercana. Y después se habían quedado allí. *Dentro* del coche.

Poco antes del cruce de Stockeplan un chaleco amarillo-verde reflectante de policía le indicó que se apartara a un lado de la calle. Y poco después del cruce, en dirección al lugar del crimen, esperaban luces giratorias de color azul: dos coches patrulla cruzados en medio de la calle.

—Lo siento pero no puede continuar por aquí. Tengo que pedirle que o dé la vuelta o tome el desvío a la derecha o a la izquierda.

Broncks rebuscó dentro del bolsillo interior de su chaqueta la funda de cuero negro con su placa, una identificación con un escudo amarillo, azul y rojo.

—John Broncks, departamento de investigación criminal.

Una cara joven se reflejaba en la luz de la linterna, mientras examinaba su documentación y asentía. Broncks estaba acostumbrado, cada vez que pasaba un control de pasaportes los controladores siempre comparaban varias veces la foto con la realidad antes de lograr encajar su apariencia neutral.

—Por lo visto siguen allí.

—Eso he oído.

—Van armados.

—También lo he oído.

El compañero se apartó y gritó al otro lado del cruce —*uno de los nuestros, dejadlo pasar*—, mientras Broncks subía la ventanilla y dejaba atrás la preocupación en los ojos de un joven policía; zigzagueó entre los coches patrulla cruzados en la calzada y continuó por una calle que estaba completamente desierta. También las vías del metro, que a estas horas solían bombear nuevos convoyes cada dos minutos, estaban desiertas. Era lo que acababa de ver en los ojos del compañero. Todo aquello que se correspondía con la normalidad había cesado y, con ello, la sensación de seguridad.

Una rotonda y redujo la marcha. Cintas de plástico blanquiazul ondeaban con la brisa del viento delante de la sucursal bancaria de la plaza Svedmyra Torg.

Aparcó en el carril bici y cruzó a paso ligero el césped mojado.

—¿Cuántos hombres hay posicionados?

Los primeros uniformados estaban esperando al borde del modesto aparcamiento, protegidos entre los enormes pilares. Broncks se había vuelto hacia uno de ellos, más o menos de su edad, corpulento, alguien a quien conocía pero cuyo nombre no recordaba, inspector judicial de Södertörn.

—Hay un grupo situado arriba, en el andén cortado. Otro grupo detrás de las hamburguesas, allí, ¿lo ves? Un grupo en el paso peatonal, allí delante, al lado de la clínica. Un grupo en el jardín grande de la casa esa clarita, allí.

El sin nombre señalaba en distintas direcciones y John Broncks sintió vergüenza. Debería recordar cómo se llamaba.

—Y justo delante nuestro, allí, el equipo de Fuerzas Especiales que está preparando el asalto.

Como aparcamiento no era gran cosa. Diez plazas metidas entre los cimientos de hormigón. El típico *parking* que habría pasado de largo sin darse cuenta. Mal iluminado con la luz sobrante de la vía transitada. Dos vehículos aparcados. Un Ford antiguo de color marrón con un chasis de esos que rascan al pasar por un badén. Y una furgoneta Dodge, amarilla, o eso le parecía, el color se fundía con la oscuridad circundante y lo único que resultaba evidente eran las letras chillonas que se unían para formar Agente Tuberías en ambos laterales.

—¿Por qué narices robas un banco y te quedas a la vista?

El sin nombre miraba fijamente el vehículo de huida. La misma postura en

la que estaba cuando había llegado Broncks: como si se viera absorbido por la furgoneta.

—¿John? ¿Tú lo entiendes? ¡Qué manera de desafiar! Robar un banco. Meterse en un coche. Alejarse ciento cincuenta metros. Aparcar. Y luego... *esperar*.

John. Flabía pronunciado su nombre. Demasiado tarde. Ahora le tocaba el turno a Broncks de pronunciar *su* nombre, mostrar proximidad, que se habían visto antes.

—No...

Sentimiento de culpa. Dios santo. ¿En mitad de la caza de cuatro atracadores violentos? Ahora era como si él estuviera marginando a alguien que sí recordaba y sabía su nombre.

—... yo tampoco lo entiendo.

Todos en posición.

El sin nombre llevaba el dispositivo de radiocomunicación en la solapa derecha del cuello del uniforme, una voz nítida a la que habría que bajarle el volumen para que no la oyeran también desde el coche.

Asalto en cinco, cuatro, tres, dos, uno... ahora.

Enseguida, de la oscuridad y uno tras otro, vestidos de negro con cascos y chalecos a prueba de balas y con armas sin el seguro puesto: ocho cuerpos en un mismo movimiento. John Broncks lo había visto varias veces antes. Y lo había notado varias veces antes. Armarse para la confrontación, con violencia atacar y obligar. Nunca había presenciado un atraco a un banco en tiempo real, pero sí había analizado a menudo las imágenes de las cámaras de seguridad y era innegable: los que ahora rodeaban el vehículo se movían impulsados por la misma fuerza que los que esperaban dentro con el pasamontañas puesto. Encontrarme con mi enemigo, ver si estoy a la altura, si de verdad puedo llevar a cabo lo que he estado practicando sin afrontar ninguna baja.

Ocho sombras avanzando.

Una que se detenía junto a los pilares para apuntar al asiento del

conductor. Dos que clavaban la rodilla en el suelo para apuntar al lateral sin ventanillas. Dos que continuaban hasta el otro lado de la furgoneta para apuntar a las puertas traseras.

Incluso la respiración en su nuca había desaparecido. El sin nombre contenía el aliento.

Dos de los tres de las Fuerzas Especiales que continuaron aproximándose al vehículo se detuvieron a una parcela de aparcamiento de distancia e inspeccionaron la cabina. Vacía. Los que se estaban escondiendo allí dentro lo hacían más atrás y todos cambiaron la dirección en la que apuntaban con las armas.

Quedaba uno.

Uno que reptó hasta la puerta lateral y la enfocó con la linterna.

La furgoneta no estaba cerrada con llave.

Puso la mano izquierda con cuidado sobre la manilla, tiró de la puerta con fuerza a un lado y se echó al suelo.

Ninguna explosión de pólvora centelleó en la oscuridad.

Ningún disparo resonó entre el hormigón.

Ningún grito, ningún odio, solo la voz en el dispositivo de radio.

El vehículo está vacío.

Leo agitó la bonita botella y el corcho salió disparado. El champán Pol Roger se derramó sobre las finas copas y brindaron por su primer atraco bancario, cantaron y se abrazaron. Anneli se lo terminó y volvió a llenar la copa; Vincent, que no había dicho una sola palabra desde que se habían plantado a las puertas del banco, alzó la copa e, igual que Félix, ahuyentó a gritos la calma que los había mantenido unidos y a la que todo el rato habían podido regresar para recobrar fuerzas; Jasper repetía una y otra vez cómo había disparado contra todos los compartimentos de la caja fuerte y brindaba de nuevo con la voz a la carrera, compitiendo con las burbujas del champán.

Todos en posición.

Entonces guardaron silencio, se inclinaron, pegaron la oreja al dispositivo de radio policial que había en el centro de la mesa entre vasos de cerveza medio llenos y botellas de *whisky* recién abiertas.

Asalto en cinco...

Una voz carrasposa que llevaba la cuenta atrás mientras ocho miembros armados de las Fuerzas Especiales paso a paso se acercaban a un vehículo que era propiedad de una empresa de fontanería.

... cuatro, tres, dos, uno...

Entonces la voz calló, igual que las voces de la sala, y oyeron sonidos

nuevos, no palabras pero igualmente lenguaje.

*ruido de pasos
respiraciones agitadas
el chirrido de una puerta de furgoneta*

Y enseguida.

El sonido más intenso, más nítido.

Silencio

Ese silencio que se da cuando unas personas que están unidas se quedan escuchando a un contrincante que ha sido vencido.

El vehículo está vacío.

Y luego, la risa compartida, que se tradujo en copas que se alzaban de nuevo y brindis solemnes que exigían aún más botellas que había que abrir y vaciar. Leo paseó la mirada, de cara en cara. No necesitaba reír; había destrozado la iniciativa de la policía y en ese mismo momento aquellos cabrones estaban delante del primer vehículo de huida sin tener la menor idea de cómo cuatro atracadores se habían largado de allí.

Golpear en la nariz y bailar con el oso, anticiparse y aguardar al miedo de los contrincantes, alcanzar su centro más absoluto, donde eran más fuertes y, por ende, más débiles: usar la violencia para destrozarse su seguridad y sustituirla por el desconcierto.

Esa era la grieta en la que él actuaba.

La estabilidad con la que se movía la gente y que no era más que una ilusión, nadie pensaba en ello, caos y orden como dos serpientes enroscadas. Y que cambiaban de sitio cuando alguien rompía la frontera de la que ni siquiera eran conscientes. La violencia se convertía en la grieta. El tiempo que él había congelado para los que estaban echados en el suelo del banco y los que gritaban por la radio de comunicaciones que había atracadores disparando a discreción: cosas que no se podían comprender por su falta de lógica. Y la

razón por la que los iba a desconcertar todavía más, tornarse una zona franca, tres minutos en los que él podía actuar.

—¿Vincent?

Entre abrazos y champán, Leo había observado a Vincent, su hermano pequeño que siempre estaba pensando y sintiendo pero que nunca se permitía hacerlo tan a viva voz.

—¿Qué?

—Ven conmigo, Vincent.

—¿Adónde?

—Tú solo ven.

Dejaron atrás la embriaguez de haber robado un banco y a la que habían dado rienda suelta con alcohol caro y puros, entraron en la cocina, donde había una botella de *whisky* solitaria y dos copas, un par de centímetros de líquido en cada una. Fuera estaba oscuro y otra cocina, en la casa grande de enfrente, se convirtió en una escena iluminada, una mujer joven colocando un cuenco de cristal en una mesa redonda y un hombre joven que subía a un crío a una sillita y le ponía el cinturón de seguridad, el babero de plástico sobre el pecho y la cuchara en la mano de alguien que insistía en comer solo.

—¿Te acuerdas? Siempre escupías plátano chafado.

—Todavía lo hago.

—Pero te gustaban los melocotones en almíbar. Si te los cortaba en daditos.

Tú tenías un año. Yo ocho. Hace nada. Y una vida entera.

—Vincent, hoy has hecho un buen trabajo.

—No. Me he quedado parado.

—Pero luego. Ni un solo error. Has subido de un salto al mostrador, has conseguido la llave de la caja fuerte, le has abierto la puerta a Jasper, has vaciado las cajas. En el tiempo marcado.

—Me he quedado parado. He dudado. Podría haberse ido todo al traste.

—Resolviste el ejercicio. ¿No es así? Somos *nosotros* los que dirigimos allí dentro durante tres minutos. Así es como lo tienes que ver, Vincent: estamos a salvo cuando otros no lo están. Y por eso mismo nos da tiempo de corregir errores con los que no habíamos contado.

La familia de la casa de enfrente había empezado a comer, estofado de

carne y ensalada verde. Leo alzó la copa, esperó a Vincent, que levantó la suya, y bebieron, las vaciaron.

—Ahora te olvidas de eso. ¿Me oyes? No te has quedado parado. A partir de ahora, lo único que tienes que pensar es que lo has hecho bien: *eso* es lo que te llevas para la próxima.

Salieron de la cocina y fueron a la habitación sobre la Cueva de la Calavera y las bolsas que estaban allí y que un rato antes habían estado colgadas sobre las barrigas de Jasper y Vincent mientras las llenaban de gruesos fajos de coronas.

—Más de un millón. Quizá uno y medio. Bueno..., ¿cómo te sientes?

Vincent metió la mano en la bolsa, entre cientos de miles de coronas.

—Irreal.

Leo se volvió hacia la ventana y la mesa de la cocina de la casa de enfrente y un crío de un año que ya no comía solo, un padre a su lado que había limpiado la mayor parte de la comida derramada sobre el jersey y pegada en el pelo y que ahora lo alimentaba a cucharaditas, de una en una.

—Sí. Es irreal. Que hayamos robado un banco. Que hayamos desaparecido y que no tengan ni pajolera idea de cómo lo hemos hecho. Hay solo un momento que bajo ningún concepto puede joderse: el cambio del primer vehículo. La transformación.

Las finas esquirlas de cristal se veían diferentes bajo un haz de luz directo. El resplandor de los focos que los técnicos de la Científica habían montado en la placita penetraba por el escaparate y se arrastraba como un velo brillante sobre miles de trocitos.

Broncks no miró atrás al marcharse de allí. Darse la vuelta equivalía a toparse con micrófonos y cámaras y aún más preguntas de los que en cuestión de minutos habrían pasado el parte informativo: al entrar había logrado esquivar a siete equipos de noticias que ya estaban en el lugar del delito y su intención era seguir esquivándolos.

En el centro de la sucursal había caído polvo y astillas del techo y habían aterrizado sobre un paquete rojo de papillas en polvo. La mujer había escondido la cara en el frío suelo de baldosas y su bolsa del súper había volcado junto a las botas de uno de los atracadores. Ahora se había sentado en un banco en una esquina y escuchaba las preguntas de Broncks sin poder responder. Ya lo había visto antes: una mirada desconcertada, las fuertes ondas expansivas de los disparos reiterados le habían dañado el oído, le habían roto los tímpanos y ahora se habían convertido en un intenso pitido continuo.

Dos cámaras seguían correteando detrás de él, gritándole, basta que cruzó la acera que el vehículo de huida también había cruzado: no se rindieron y volvieron a toda prisa al banco en busca de otras posibles víctimas para la entrevista cuando John puso un pie en la rotonda, siguiendo todavía la trayectoria de la furgoneta.

Había recogido un paquete de papillas lleno de polvo y se lo había entregado a la mujer de los tímpanos lacerados, una de un total de nueve testigos. Tres empleados del banco y seis clientes que habían yacido todos en

el suelo durante tres minutos largos como una vida. Dos tan en *shock* que eran incapaces de referir absolutamente nada de lo ocurrido. Seis a los que habían podido interrogar, testimonios correctos pero no cohesionados entre sí, ni siquiera los dos adolescentes que habían permanecido bien juntitos al lado del escaparate habían sabido ponerse de acuerdo en el aspecto que tenían los atracadores.

RICKARD TORESSON (RT): Creo... monos azules, como los que llevan los mecánicos de coches.

LUCAS BERG (LB): Monos no, lo habría visto, más como anoraks y pantalones con bolsillos laterales.

en quién había disparado a la ventanilla de seguridad, quién había vaciado la caja fuerte y quién era el que estaba contando el tiempo.

RT: Máscaras, las llevaban puestas, y les tapaban todo menos los ojos.

LB: No todos llevaban máscara, al menos yo no lo creo, he visto claramente una boca como mínimo.

tal como las conciencias siempre interpretaban de forma distinta los acontecimientos cuando se topaban con violencia extrema: el miedo retorcía aspecto, tamaño, tiempo transcurrido.

RT: Yo estaba tumbado a sus pies y él medía más de dos metros, estoy seguro, todos eran igual de altos.

LB: Yo estaba a sus pies y era bastante bajito, no más alto que yo, y puede que corpulento.

Un único testigo que había podido compartir sus observaciones de forma creíble y controlada: una mujer de cincuenta y tres que había estado sentada en la CAJA 3 cuando un hombre encapuchado había apuntado con una ametralladora y efectuado alrededor de cuarenta disparos contra su cristal

blindado. Tenía ojos pequeños y tristes y había enseñado cómo había levantado un mano con uñas rojas hacia la voz que le había dicho que le diera la llave de la caja fuerte mientras le caían trozos de cristal del pelo, la ropa, la piel.

INGA-LENA HERMANSSON (IH): En sueco. Ningún dialecto. Sin acento. Voz baja, un poco forzada, como si fuera *demasiado* grave. Y sus ojos: era como si me mirara por encima, a través de mí, pero sin mirarme *a mí*. El otro estaba esperando más lejos y llevaba un arnés en el pecho, como los que llevan los soldados. Y orejas que sobresalían, todos las tenían así.

Uno que había exigido las llaves y otro que había abierto la caja fuerte. Y ambos, de eso estaba segura la mujer, habían mirado varias veces de reojo al que se había quedado fuera, delante de las cajas.

IH: Él contaba. Sin necesidad de alzar la voz. Menos al final.

Orejas que sobresalían: auriculares. Voz baja: micrófono. El líder.

Alguien que dirigía y algunos que eran dirigidos.

Broncks paseó la mirada desde el centro de la rotonda, controló que nadie lo siguiera cuando cruzó al otro lado de la calzada, de vuelta al aparcamiento con un vehículo de huida vacío. Un convoy de metro atravesó el puente por encima de su cabeza, el traqueteo regular de unas vías que habían recuperado el tránsito.

Equipos de comunicación. Arnéses de combate. Armas automáticas.

Una operación militar.

Según la empresa de fontanería a la que pertenecía, el vehículo, una furgoneta Dodge amarilla con letras fosforescentes en ambos lados, había sido robado en algún momento de la noche.

Broncks hizo cálculos: entre trece y dieciocho horas antes de ser usado como vehículo de huida. El policía sin nombre de Huddinge daba vueltas alrededor de los gruesos pilares.

—Una boca de metro. Calles transitadas delante y detrás y a los lados de donde estamos. Parkings de bicicletas, uno tras otro. ¡Estamos en un nudo vial, maldita sea! —gritó—. Justo aquí los viajeros de hora punta cambian de metro a autobús y de autobús a metro y vienen hasta aquí o se van a casa a pie o en bicicleta, siempre hay gente en movimiento. ¡Y *nadie* los ha visto bajarse de la furgoneta!

Broncks no respondió, miró el banco, la plaza, la rotonda. Solo aquí, cuatro caminos para elegir. Y al cabo de algún kilómetro cada camino escogido conducía, a su vez, a una nueva rotonda con cuatro caminos más. Cuatro por cuatro por cuatro. Sesenta y cuatro alternativas. Tantas casillas en un tablero de ajedrez, tantas opciones de caminos de huida.

—¿John?

El sin nombre volvió a llamarlo por el nombre. Y *John* no podía —de nuevo— dejar de contestar al mismo tiempo que hacía como si él también conociera el suyo.

—Han pasado cuarenta minutos desde que hemos abierto el primer vehículo de huida —dijo Broncks.

A lo mejor podía seguir hablando, evitarlo, cruzar los dedos para acordarse de repente.

—El lugar perfecto para cometer un atraco.

No. No podía.

—El área de búsqueda ya es demasiado grande.

El compañero con el que había trabajado en varias ocasiones anteriores y cuyo nombre, aun así, no recordaba, le buscaba la mirada después de cada comentario.

—No lo sabes, ¿no?

—¿Qué?

—Erik.

—¿Perdón?

—Me llamo así.

Erik dejó que la frase colgara en el aire y se volvió hacia la escena haciendo un barrido en arco con el brazo.

—¿Y si se han separado? ¿Y si se fueron bajando del vehículo uno a uno y desaparecieron de aquí? ¿Y si el primero cogió el metro antes de que lo

cortáramos e hizo un par de paradas en alguna dirección para luego bajarse? ¿Y si el siguiente cogió el 163 en dirección oeste hacia Älvsjö, o al este en dirección a Kárrtorp? ¿Y si el tercero se fue en bicicleta por el carril bici hasta las casas de alquiler, y el cuarto se fue paseando, sin más, desde aquí hasta el barrio de chalés?

Metro. Autobús. Bicicleta. A pie. O sesenta y cuatro caminos diferentes en coche.

Broncks asomó la cabeza en la furgoneta.

—¿Erik?

El compañero pareció complacido, sin duda, pero resultaba incómodo utilizar un nombre que se acababa de aprender.

—Han venido equipados para la guerra, y nadie se marcha de aquí con ametralladoras y chalecos antibalas y arneses de combate y equipos de radiocomunicación sin ser vistos.

Broncks golpeó suavemente con la mano una puerta lateral de la furgoneta vacía, hueca.

—Alguien vio la furgoneta llegar aquí. Alguien los vio bajarse. Cuatro hombres adultos encapuchados no desaparecen sin dejar rastro.

Una grasienta hamburguesería encajada entre los pilares de la vía del metro. A Broncks nunca le había gustado ese olor. La ranciedad, típica del aceite y las planchas de freír, grasas tanto de fauna como de flora que se metía por debajo de los zócalos y detrás de las encimeras de las cocinas y se quedaba allí. Se esmeró en respirar solo por la boca mientras miraba por la ventana, hacia la furgoneta. El dueño del local, Jarkko Kolkka, tenía vistas despejadas al aparcamiento mal iluminado. Era la única persona que quizá podría haber visto algo. Era un hombre flaco sin edad —uno de esos que podían ser exhortados a enseñar el carné de identidad para comprar alcohol en Systembolaget al mismo tiempo que era padre de cuatro hijos—, con un delantal que en su día había sido blanco pero que había dejado de serlo. Esa debía de ser la razón por la que el olor los había acompañado a la salita para los clientes, tres taburetes puestos junto a una barra.

—Vienen por la mañana y se van por la noche —dijo Kolkka señalando al

aparcamiento—. Pero ese, el Ford, el marrón de en medio, llegó al mediodía. La Dodge grande y amarilla... vino hace una hora.

—La amarilla... ¿vio a alguien saliendo de ella?

—A nadie.

Broncks calculó que no habría más de quince metros entre la puerta de la hamburguesería y el coche de huida.

—Pero eso no es raro. —Kolkka se encogió de hombros—. A veces simplemente se sientan ahí a esperar a alguien que llega en autobús o en tren. Y luego se van otra vez.

—¿Y hoy? ¿Ha visto a *todos* los que han llegado y se han ido?

—Veo a todos cada día —respondió Kolkka a la defensiva—. Solo hay diez sitios. Y yo estoy aquí... siempre.

Broncks cogió dos servilletas del servilletero metálico en el mostrador y un bolígrafo del bolsillo interior de la chaqueta. Dibujó diez rectángulos y luego escribió *marrón* en el que le correspondía al viejo Ford y *amarillo* en el sitio del vehículo de huida.

—Son los que están ahora. Pero ¿recuerda alguno más?

—¿Más?

—Coches que han parado aquí en las últimas horas.

—Sí. Ahí, por ejemplo, un...

—Escríbalo en los rectángulos.

—Aquí... en esta plaza... una Volkswagen Combi. Lo apunto. *Combi*. No recuerdo el color.

—Bien.

—Y aquí... una Dodge azul marino. Igual que la amarilla que está ahí ahora, pero al lado. Lo apunto. *Dodge azul marino*.

—Y ¿los otros sitios?

—Nadie. Al menos no en las últimas horas.

Kolkka deslizó las servilletas por el mostrador, disponiéndose a marcharse.

—Aún no hemos terminado —dijo Broncks—. Quiero saber cuáles se han ido después de que aparcara la Dodge amarilla.

—¿Después?

—*Después* de la llegada del vehículo de huida.

—¡Cómo quiere que me acuerde!

—Inténtelo.

Bolígrafo en mano, el dueño del restaurante echó un vistazo al aparcamiento y luego a las servilletas y luego a Broncks y luego dibujó un gran círculo alrededor de la plaza de aparcamiento de en medio, la *Combi*.

—Ese.

—¿Cuándo?

—No sé..., quizá diez minutos más tarde.

—¿Solo ese?

Golpeó ausente sobre el mostrador el bolígrafo que aún llevaba en la mano, un sonido irritante.

—Después la otra Dodge. La azul marino.

Un círculo de tinta alrededor del rectángulo que decía *Dodge azul marino*, varias vueltas, hasta que quedó una línea gruesa e irregular.

—Puede que... sí, creo que se fue más o menos dos minutos después. O cinco..., o, bueno, más o menos.

—¿Esta?

—Sí. El sitio junto a la amarilla. Justo al lado.

Broncks examinó la servilleta. *El sitio junto a la amarilla*. Levantó la mirada del rectángulo pintado, miró el rectángulo real, la tenue luz de las farolas se colaba hasta donde ahora había un hueco vacío.

—¿Está seguro? ¿De verdad se ha ido después?

—Estoy seguro. Porque no ha hecho marcha atrás.

—¿Marcha atrás?

—Todos los que vienen solo entran. De morro. Y tienen que salir dando marcha atrás. Pero esta estaba... al revés.

Dos furgonetas que habían aparcado en parcelas contiguas. Dos vehículos del *mismo* fabricante. Uno con el morro hacia dentro, el otro con el morro hacia fuera.

Broncks agarró la servilleta y la tiró con contundencia a la papelera. Canasta.

No podía ser más sencillo: más o menos igual que cuando dos personas dormían pies contra cabeza.

Dos vehículos iguales pegaditos y aparcados en sentidos opuestos, por lo

que los laterales izquierdos se miraban con una separación de apenas unos decímetros: sus puertas correderas.

Broncks se despidió con un gesto de cabeza del hombre que era dueño de un puesto de hamburguesas, suspiros resignados al salir a la oscuridad, a un área de búsqueda que se estaba expandiendo.

Leo tenía los brazos por encima de la cabeza, estirados hacia el hueco de la trampilla de la Cueva de la Calavera para recibir la bolsa de deporte con billetes de quinientas y colocarla en uno de los estantes de la pared del fondo. Siguió bolsa de deporte, mezcla de billetes, al lado de las cajas de munición.

Se habían quedado en el aparcamiento en hora punta y rodeados de clase trabajadora que cogían el transporte público, con armas cargadas y pasamontañas puestos. El silencio sepulcral. Inmóviles. El metro que les había pasado por encima. El autobús que se había detenido para dejar bajar algunos usuarios. Las voces de dos chicos jóvenes que habían paseado cerca sin entender que al otro lado de la fina pared de la furgoneta había cuatro atracadores de banco a la fuga, recuperando el aliento después de cometer un robo.

—Los chalecos, Vincent, pásamelos.

Vincent estaba arriba, de rodillas junto al agujero en el suelo, cuando abrió la cremallera de una de las maletas: armas, cargadores, munición, arneses de combate.

—Esa no, la otra.

La siguiente cremallera se atascó y tuvo que hacer un poco de juego. Chalecos antibalas, auriculares grandes y redondos, el delgado micrófono. De uno en uno por la abertura de la caja fuerte, a las manos de Leo y el estante de encima de las bolsas con dinero.

Habían esperado sesenta segundos. Hasta que Félix había abierto la puerta del conductor, había estirado el brazo hacia la otra furgoneta que estaba aparcada con el morro al otro lado, había apretado la manilla y había abierto *esa* puerta corredera. Dos vehículos iguales fusionados en una sola unidad, dos puertas abiertas una enfrente de la otra y protegidas de las miradas ajenas.

Un pasito corto de un vehículo de huida al siguiente. Félix al asiento del conductor, Jasper y Vincent con sendas bolsas y, por último, Leo, que había cerrado las puertas de dos vehículos que se habían vuelto a convertir en unidades separadas. Exactamente el mismo movimiento que cinco minutos y treinta segundos antes, cuando se habían dirigido al banco. Pero al revés.

—¿Vincent? Los monos y los pasamontañas van en un montón aparte, hay que quemarlos.

El primer cambio importante de coche. A menos de doscientos metros del banco que acababan de atracar. La transformación. Nadie los había visto abandonar un vehículo amarillo, nadie sabía que estaban continuando en un vehículo del mismo modelo pero de color azul. Y el círculo se había expandido. La fórmula matemática que seguía todo policía que estuviera de caza —el tiempo que había pasado después del delito multiplicado por la distancia al lugar del último vehículo de huida—, el círculo que se convertía en el área de búsqueda que resumía las posibilidades de la policía de atrapar el objetivo.

Dos kilómetros hasta el siguiente vehículo, en Stureby, otro aparcamiento en otra urbanización, metido entre edificios de tres plantas y un bosque. Treinta segundos para cambiar monos y pasamontañas por pantalones y camisas de carpintero, treinta segundos para atravesar el bosque con bolsas y maletas, veinticinco segundos para subirse al último vehículo de huida: la propia pickup de Constructores, que en breve desaparecería entre la multitud cuando dos carpinteros se marchaban a casa tras la jornada laboral, Félix y Leo en el asiento delantero mientras Jasper y Vincent estaban tumbados bajo la lona de la plataforma de carga. Veinte minutos más tarde estaban sentados en el salón escuchando la radio mientras un equipo de las Fuerzas Especiales se acercaba a hurtadillas, en cuclillas, reptando, a nada.

—*Ahora* quiero lo de la otra maleta.

Leo tomó los dos subfusiles y el AK4 a través de la trampilla del suelo, dio un par de vueltas de cinta aislante de color rojo a uno de los cañones y puso las armas en el estante inferior.

—¿Leo?

—¿Sí?

Vincent también quería decirlo. Pero se le hacía tan raro. Nunca lo había

dicho antes.

—Solo para que lo sepas, yo...

Por último, Leo cogió la ametralladora, que era mucho más grande y mucho más pesada, marcó también el cañón de esta con cinta roja y la dejó junto a la otra que nunca más volvería a efectuar un disparo. Y luego miró a su alrededor. Quedaban doscientas dieciocho armas por usar.

—¿Qué?

Eso que era tan difícil de pronunciar, que podía sonar falso y forzado aunque no lo fuera.

—... yo también te quiero.

John Broncks encendió el ordenador y eligió la carpeta llamada SVEDMYRA. Contenía dos documentos. El cursor del ratón sobre el primero, bautizado como CÁMARA 1, la cámara de seguridad que había sobre la puerta de entrada. Hizo doble clic y se desplazó por una fina línea de tiempo hasta la secuencia de las 17.51, la hora en que entraron tres ladrones de bancos con pasamontañas.

En total cinco segundos de película. Sin sonido, sin color. Y a trompicones, como eran siempre todas las grabaciones de seguridad.

Un cogote. Es lo primero que ve la cámara. Una cabeza negra con una prominencia grande en cada oreja y que con el siguiente paso crece hasta convertirse en una nuca negra.

Broncks fue imprimiendo los fotogramas de uno en uno.

La cabeza negra gira el torso media vuelta, busca la cámara, alza el arma, apunta.

Imagen por imagen. *Me estás viendo.* Mirada por mirada. *Te estoy viendo.* Y en sus ojos: sin rabia, miedo, estrés.

PÍA LINDHE (PL): Olían. Sus botas. A betún. Ya sabes, gasolina y tofe, huelen así cuando las acabas de embetunar.

La mujer que acaba de llegar al mostrador lleva la bolsa de plástico en la mano derecha y el número de turno en la izquierda, le toca a ella. Luego, los disparos.

PL: Estaban tan brillantes. Cuando las miré vi... mi reflejo.

Es como si todos sus huesos y cartílagos hubieran desaparecido. Quiere bajar en el menor tiempo posible y cae en plancha sobre el suelo de la sucursal. Y a pesar de que tenga tanto miedo y no entienda lo que está pasando vuelve a girar la cabeza, hacia la cara encapuchada, quiere saber.

John Broncks hizo clic sobre la línea de tiempo, congeló la imagen.

Durante todo el interrogatorio ella había estado sentada delante de él reclinada en el escaparate de la sucursal, con sangre saliéndole de una oreja, se le había reventado por lo menos un tímpano. Y después se había hecho un ovillo, últimas fuerzas agotadas, había llorado en soledad por la violencia a la que la habían sometido: se habían acercado como una patrulla de la muerte que va a llevar a cabo una ejecución sin reflexionar sobre quién tienen delante con los ojos vendados, asustando a todos los que se interponían en su camino y obligándolos a obedecer.

—¿John?

Sanna, en el umbral, como la última vez. A pesar de ser ya de noche ella seguía en la casa.

—He terminado de analizar. En total, ochenta y un casquillos dentro de la sucursal, lo que significa, según las estadísticas, uno de los robos más violentos de Europa jamás cometidos.

Cambió de postura, ahora se apoyó en el marco de la puerta. Iba a quedarse allí.

—Calibre 7,62. Camisa metálica completa. Fabricación militar sueca. Karlsborg, año 1980.

—¿Sí?

—El tema es que no puedo afirmar que sean las mismas armas, los mismos atracadores que asaltaron el furgón blindado.

—¿Pero tampoco descartarlo?

—Puede que un inspector vea señales que apuntan a ello, John. Pero no hay pruebas.

—¿O sea que según tú tendríamos *dos* grupos equipados con armas militares suecas y que cometen atracos *dentro* de la misma área y el *mismo* otoño?

—Yo no digo eso. Pero las pruebas técnicas no lo descartan.

—Farsta, casi cuarenta balas. Y ahora... ¿ochenta y una? Primero

destrozaron un furgón blindado y luego una sucursal bancaria. ¿Alguna tiene que ser de la misma arma!

—No.

—¿No?

—Ninguna ha sido usada dos veces. He confirmado lo que puedo confirmar.

—Hay patrones. Su comportamiento.

—Sí. Pero ninguna verdad.

Él se la quedó mirando.

—¿Y si yo, otra vez, quiero oír lo que cree Sanna, no lo que confirma la técnica judicial?

—Hay... patrones de movimiento que se repiten. Cámara 2. El instante antes de que disparen contra ella.

John giró la pantalla hacia ella mientras hablaba.

—Piernas flexionadas. Centro de gravedad bajo. Las palabras del guardia, literalmente, del interrogatorio junto al furgón. Y ahora, ¿lo ves? Es exactamente así como se coloca el tirador aquí también.

A trompicones y sin sonido. Pero evidente.

—Y luego, su dedo, si amplías la imagen ahí..., se ve claramente sobre el protector del gatillo, totalmente recto junto al cañón, como si nos estuviera señalando.

Un par de fotogramas pasaron antes de que Broncks volviera a detener el tiempo e hiciera *zoom* sobre una mano con guante.

Sanna se inclinó a mirar.

—Disciplina, John. Nunca exponer a los tuyos, cada disparo tiene que estar seguro. Un ladrón que poco antes de abrir fuego no tiene el dedo sobre el gatillo: conciencia en la seguridad de las armas, no es autodidacta. Lo han formado y ha adoptado la postura de tiro miles de veces, es alguien que está entrenado.

Solo cuatro kilómetros entre los dos lugares del delito. Solo siete semanas entre un crimen y otro.

A pesar de ello: las pruebas técnicas daban otra interpretación. *Podían* ser perpetradores distintos.

Las cinco y diez. Aún faltaba mucho para el alba. Si aguzaba el oído podía oír los suaves ronquidos de Anneli en el piso de arriba y sabía que seguiría durmiendo varias horas más, mientras él estaba en todo lo contrario, estaba dejando de dormir para poder asimilar del todo la jornada anterior y preparar la última fase del robo.

Con una maleta de treinta kilos al hombro, Leo cruzó el patio pisando la primera nieve del invierno. Algún centímetro de polvo blanco, sus zapatos se volvieron blancos sin mojarse. Una agradable sensación en el pecho. Inspiraciones y espiraciones profundas se convertían en nubes de vaho, átomos calientes que se movían más deprisa que los que estaban fríos: igual que tres ladrones que abren la puerta de un banco y con movimiento les arrebatan la sala a quienes no están preparados y que, por eso mismo, no se mueven en absoluto. Se había levantado varias veces aquella noche para mirar el teletexto y escuchar las noticias de la radio y no había ningún rastro. Su plan había sido perfecto y lo habían llevado a cabo con la debida perfección.

Abrió el garaje y encendió los fluorescentes del techo. Hacía el mismo frío ahí dentro y se acercó los dos calefactores, luego fue a buscar la radial para cortar la ancha placa de contrachapado que había sobre el banco de trabajo en partes iguales.

Un vehículo se detuvo fuera.

La puerta se abrió y uno de los vehículos de empresa entró con la ventanilla bajada.

—¡Cada año lo mismo! —gritó Félix—. ¡Cuánto idiota que no cambia las ruedas!

Félix en ropa de trabajo y pelo revuelto, ojos cansados que esquivaban la intensa luz, se bajó del asiento del conductor y se fue directo al compresor y la pistola de clavos, unió cinco trozos iguales de contrachapado para hacer cajas cuadradas.

—¿Félix?

Gestos irritados y demasiado amplios que Leo había aprendido a reconocer. Aguardó un poco más, siempre era mejor así, hizo tiempo a base de abrir la maleta y sacar tres armas marcadas con rojo para ponerlas sobre el banco de trabajo —dos de Svedmyra y una de Farsta— y las desmontó, cuarenta y ocho piezas en total.

—¿Hola? ¿Félix? ¡Que ayer robamos un banco, coño!

Félix llenó la hormigonera con un tercio de agua y fue a buscar uno de los aparatosos sacos de cemento, un muro de polvo cuando lo vació.

—¿Félix? Puedo notar claramente que algo te pasa.

—Tiene que relajarse.

—¿Quién?

—¡Solo relajarse!

—¿*Quién?*

—Jasper.

Félix levantó el cubo todo lo que pudo para vaciar la mezcla de cemento en las cajas que acababa de montar.

—Tiene que dejar de meterse con Vincent. ¡Todo el rato igual! ¡Al menor fallo! Que si está mal colocado en el campo de tiro, que si se para unos míseros segundos en el banco, o cuando estamos ensayando aquí dentro y se pone a gritar como un puto Ivan.

Mientras las cajas se iban llenando hasta la mitad, Leo fue chafando los cerrojos uno a uno con un mazo y luego los fue metiendo en el cemento entre trozos de cañones y culatas.

—Somos un equipo. Y yo trato de mantenerlo unido.

—Y, aparte, está hablando todo el rato. Va por ahí con su cazadora de cuero que se ha comprado por cinco mil pavos y esas jodidas botas que siempre se pone. Fly High o cómo demonios se llamen, y...

—Hi-Tec Magnum.

—¡Me la suda cómo se llamen! Se pasea todo el día con esa porquería policial y va diciendo que trabaja en la Secreta o...

—¿Qué has dicho que hace?

—Una sola birra en cualquier bar y Jasper, a los dos tragos, ya empieza a comerle la oreja a todo aquel que lo aguante, diciendo que curra en las Fuerzas Especiales y...

—¿Con las mismas botas?

La última caja: las piezas de las armas se ahogaron en papilla de cemento.

—¿Félix? ¿Con las *mismas* botas que dentro del banco, y en el furgón blindado?

—Las mismas.

Leo cargó las pesadas cajas hasta la plataforma de carga de la pickup, bajó la lona, la abrochó. Y luego miró por la ventanilla del techo y contempló la oscuridad matinal. La agradable sensación que había tenido un rato antes había desaparecido. No bastaba con planear con exactitud: segundos, vestimenta, patrones de movimiento, tonos de voz, vehículos de huida. Después, sin instrucciones y normas, al volver al día a día él había dejado de controlarlos. *El único rastro que hay, y que tiene que haber, es el que yo elijo dejar atrás.* Tenía que ser aún más claro, explicar aún más, exigir aún más dedicación.

Airecillo ligero y crepitante, copos de nieve ralos que titilaban.

Pero la sensación se había disipado y tenía que recuperarla.

John Broncks salió a paso ligero de la finca en la que llevaba tanto tiempo viviendo, el piso de una habitación de la planta baja en la zona oeste del barrio de Södermalm, donde a cada par de pies que pasaba junto a su puerta le correspondía una cara, a pesar de que él apenas hablara con nadie. Aire frío y húmedo de la mañana. Por delante de la cafetería italiana y, como siempre, un saludo con la cabeza a través de un escaparate empañado al dueño que molía granos de café detrás de la barra.

Siete semanas entre los atracos. Cuatro kilómetros entre los lugares del delito.

Y armas militares.

Había vuelto a revisar los casos abiertos referidos a robo de armas en emplazamientos militares. Esta vez incluyendo armamento aún más pesado: KSP 58, una ametralladora extremadamente excepcional en el mercado negro. Un arma robada con ese potencial siempre acababa siendo descubierta por la policía.

Ningún resultado. En ningún registro.

El paso de peatones de la calle Lángholmsgatan. Treinta mil coches al día. Broncks intentó dejar de respirar cuando lo cruzó corriendo, la primera bocanada de aire la dio en algún momento cuando el montículo cubierto de nieve comenzó a descender, delante del bar Lasse i Parken.

Tres horas de sueño y, aun así, como una rosa.

Había llegado sobre las tres y media, se había acostado directamente pero sin apagar la lamparita de noche, había comparado cinco más doce segundos

de grabación de seguridad de un banco con veinte minutos de secuestro de un furgón blindado. Siete semanas atrás, árabes. Ayer, un grupo disciplinado con apariencia militar. Hasta que no apagó la lamparita no cayó en la cuenta de que solo había un testigo que podría decir si eran los mismos perpetradores: y que se pasaba los días encerrado en un piso a tan solo diez minutos de paseo del suyo.

Cuesta abajo, por el semáforo que siempre estaba en rojo y por el puente a Reimersholme, un pedazo somnoliento y olvidado de Estocolmo con casas de los años cuarenta a orillas del canal Långholmskanalen y cisnes que trazaban círculos en el agua delante de las bolsas de pan seco de dos señoras. A trescientos metros había contenido la respiración y aquí habitaba la naturaleza, las distintas caras de la gran ciudad que tanto le gustaban.

El quiosco estaba al otro lado del puente, el joven hombre que se había criado en Kuwait y que ahora abría su negocio en la capital sueca a primera hora cada mañana, siempre igual de amable. Broncks se detuvo, compró el desayuno que se había saltado —una Coca-Cola, una chocolatina y la prensa—.

Giró poco después del quiosco al mismo tiempo que fue pasando titulares negros. —EL ATRACO MÁS VIOLENTO DE EUROPA—, los datos que había decidido soltar después de ponerse de acuerdo con el oficial de prensa. —OCHENTA Y UN DISPAROS A BOCAJARRO—, tienes que dar un poco para librarte de mucho -ARMAS MILITARES DE ALTA CADENCIA DE TIRO—, el equilibrio entre el trabajo policial que exigía tranquilidad para poder llevarlo a cabo y el conocimiento que podía exigir la sociedad que pagaba ese mismo trabajo policial. Después de los titulares de las páginas ocho, nueve, diez, once en ambos periódicos seguían distintas teorías que remitían todas a fuentes principales y en posiciones de peso en la investigación, pero lo que había podido comprobar era que un reportero se había sentado a pensar y a adivinar con otro reportero: según los datos obtenidos, los cuatro atracadores eran mercenarios; según los datos, los cuatro atracadores eran antiguos soldados de la ONU; según los datos, los cuatro atracadores eran militares sin trabajo del antiguo bloque del Este.

La casa lo esperaba al fondo del todo, donde la calle terminaba en un trozo de bosque y una zona verde. Los soportes para cañones descansaban en blanco

por la primera nieve, igual que los pantalanes y los embarcaderos que se adentraban rectos en el agua salobre.

Se metió en el portal. Edificios de los años cuarenta con verjas de los años cuarenta que daban a ascensores de los años cuarenta. Quinta planta. Cuatro puertas a un lado, pero no el nombre que estaba buscando, cuatro al otro y, en la tercera, LINDÉN.

Llamó al timbre, esperó.

Sobre la trampilla del buzón colgaba un dibujo infantil hecho con ceras y pintura de color verde. Dos círculos grandes y dos más pequeños. Mamá, papá, hijos. Familia.

Volvió a llamar.

—¿Sí?

Un hombre mayor que rondaba los setenta. No era uno de los cabezones.

—Estoy buscando a Jan Lindén.

Broncks mantuvo en alto su identificación.

—John Broncks. Policía de Estocolmo. Se trata de...

—Sé de qué se trata. Pero mi hijo no se encuentra demasiado bien. Sería muy amable de su parte si pudiera volver en otra ocasión.

Un hombre mayor que podría haber sido su padre. Voz normal, cara normal. No podría haber sido su padre.

—Necesito diez minutos. Después le prometo que me voy.

El anciano titubeó, pero no por él.

—Voy a ver si tiene fuerzas para hablar.

Se metió en lo que, sin duda, era el salón, puesto que Broncks podía vislumbrar un televisor y una mesita de centro de cristal. La habitación contigua tenía la puerta abierta, un cuarto infantil, un robot plateado que vigilaba desde su taburete de plástico y dibujos en las paredes y una litera de madera, grandes peces que nadaban en las sábanas y el almohadón. Según los interrogatorios, durante el secuestro Jan Lindén había sacado dos fotografías de su cartera. Una con colores quemados de un niño que le sonreía sudoroso a la cámara con las medias de fútbol por los tobillos. Y otro niño al que le faltaban dos incisivos y que soplabla las velas de una tarta de cumpleaños.

—Puede entrar. Pero diez minutos.

John Broncks se quitó los zapatos y estaba a punto de cruzar el umbral del

salón cuando el anciano le detuvo.

—Quiero oírle repetirlo.

—Me iré dentro de diez minutos.

—Bien. Entonces puede sentarse aquí, mientras.

El sofá era demasiado bajo como para poder sentarse erguido y la piel artificial le producía picores en la espalda. Paredes que eran todo lo que sus paredes no eran. Caballitos de madera de Dala de color naranja junto a máscaras africanas auténticas fabricadas en China. Al cabo de un rato se puso de pie, no le parecía bien, los que se tenían que sentar en los sofás eran los invitados a los que convidaban a pasar y que eran bienvenidos.

Pasos lentos, arrastrados, por el suelo de parqué.

—Hola. John Broncks. Nos vimos en Sköndal. Justo... después.

—¿Después?

Una persona que dos meses más tarde todavía pasaba los días con los ojos cerrados, llorando, gritando, tomando medicamentos. Broncks lo había visto antes, en otros como él. Algunos regresaban. Otros no volverían a vivir una vida plena nunca más.

—En la ambulancia. Estuvimos hablando.

Ojos sin fondo que lo miraban sin reconocer.

—Y ahora me gustaría hablar con usted una vez más.

Un padre jubilado mantenía a un hijo de cuarenta erguido. Los calcetines gruesos grises habían perdido el agarre en los dedos de los pies y el chándal había perdido su forma en las rodillas, perilla afilada en la barbilla y el pelo ralo sin lavar sobre unos ojos que estaban incómodos: como si se avergonzara, como si no quisiera ser visto así, como el guardia en estado de *shock*.

—Él..., él lo dijo.

Lindén se desplomó en el sofá en el sitio en el que Broncks se acababa de sentar.

—Todo el rato. Cuando me metió el cañón en la boca.

—Dijo... ¿el qué?

—Dispárale. En inglés. *Shoot. Shoot him.*

Oscuridad que se tornaba angustia que se tornaba insomnio que se tornaba aún más oscuridad. John Broncks creía poder entenderlo. Él había vivido así una vez.

—Aquí.

Un sobre con dos fotografías en blanco y negro, instantes congelados de una cámara de seguridad, y Broncks las puso sobre la mesita de cristal. Una un poco a la izquierda. CÁMARA 1. Sacada en picado y en diagonal, ampliación de ojos y boca. La otra un poco a la derecha. CÁMARA 2. Una imagen más grande que mostraba claramente la posición de tiro.

—¿Las personas que vio se parecen a alguno de estos dos hombres?

Lindén se acercó las fotos sin color con una mano temblorosa.

—¿Qué... es esto?

—Ayer. A las 17.52. Atraco a un banco en Svedmyra. Si compara a estos dos con los dos que se encontró en Farsta, ¿puede ver alguna similitud?

Lindén quería levantar las dos fotos de la mesa pero el papel fotográfico resbalaba bajo sus dedos húmedos y no lo consiguió.

—¿Ayer?

—Sí.

Tiró de las fotos que se aferraban a la superficie de cristal hasta que se rindió y cruzó los brazos sobre el estómago, como para protegerse.

—Cuando habían terminado. Entonces uno de ellos volvió. No el que se llevó las placas con los nombres. El otro, el tranquilo. No tenía ninguna prisa y fue hasta el asiento del conductor y...

—¿Jan?

—... pasó la mano varias veces. Hasta que se oyó el ruido de cristales cayendo a las alfombrillas del suelo. *Para que no os cortéis. Lo dijo. So you not cut yourself.*

—Jan, si no tienes fuerzas no tienes por qué hacerlo.

—Lo limpió para que no nos hiciéramos daño. ¿Se da cuenta? Primero el maldito *shoot him*. Luego...

—Jan, el policía ya lleva aquí diez minutos. Es lo que le habíamos prometido.

—... ¿Barrer los cristales? No lo entiendo. No lo entiendo.

El padre jubilado no llegaba a su interlocutor, su hijo no lo oía, simplemente, por lo que se estiró sobre la mesa y apartó las fotos de un golpe con el reverso de la mano hasta que ambas cayeron al parqué.

—Cójalas y márchese.

—Una pregunta más. El ladrón de los cristales, si lo compara con esas fotos, ¿hay alguno que...?

—¡Ya basta! —dijo el padre, protector—. ¡Esas imágenes no son de ninguna maldita película! ¿Lo entiende? Una de esas que alquilas y devuelves demasiado tarde y por las que te cobran cincuenta coronas por el retraso y... todo arreglado. Esto es real. ¡Real!

—Ya sé que es real. Vivo con ello veinticuatro horas al día. Pero su hijo es el único que me puede ayudar a avanzar, detener a estos desgraciados para que nadie más tenga que vivir lo que él ha vivido.

Las dos fotografías estaban junto a una pata de la mesita: habían caído boca arriba y ahora los tres se las quedaron mirando.

Hasta que el padre dejan Lindén se sentó en el sofá, al lado de su hijo.

—Oiga, ¿me haría el favor de recoger sus fotos?

—Solo una pregunta más.

—Recójalas.

Broncks se puso de rodillas y recogió las fotos que seguían aferrándose, ahora a la superficie rugosa de la alfombra.

—Gracias.

El anciano alargó la mano.

—¿Me las deja?

Las cogió, las sostuvo delante de su hijo.

—¿Jan?

Hacía unos segundos Jan Lindén había cerrado los ojos, había escapado a cualquier otro sitio. Ahora miraba las fotografías que su padre tenía en la mano.

—Míralas. Jan, hazlo. Ya no pueden hacerte nada.

Lindén le hizo caso. Mucho rato.

—¿Fue alguno de ellos, Jan, lo fue?

Entonces alargó un dedo índice tembloroso, lo llevó lentamente hacia una de las fotos.

—Él.

—¿Lo reconoces?

—Fue él quien me apuntó. Lo sé. En la playa, fuera del furgón.

—¿Estás seguro?

—Estaba así. Flexionado. Sujetaba el arma exactamente así. Y los mismos ojos.

El guardia arrastró los pies mientras salía igual que los había arrastrado al entrar.

John Broncks saludó al padre con la cabeza a modo de agradecimiento silencioso, luego abandonó el piso y a la persona que siempre había estado sana y que ahora era una de esas que a lo mejor nunca más podría caminar o hablar o pensar sin pastillas y que tras un largo periodo de baja pediría la jubilación anticipada, y por ello el Servicio de Apoyo a las Víctimas de Delitos le compensaría con un pago único de veintinueve mil doscientas coronas como víctima de vejación. Así era como funcionaba. Un ladrón de bancos no solo se llevaba el dinero de una caja fuerte, se llevaba para siempre lo que siempre habías dado por sentado hasta que lo habías perdido, se llevaba la autoconfianza, y en un futuro juicio debería ser eso el crimen real de la vejación, el delito de *robo mayor* debería ser sustituido por *grave despojo de la autoconfianza*.

Todavía nevaba. Leo conducía por la circunvalación hacia Skanstull y con cada frenada o irregularidad en el asfalto cinco cajas de madera con piezas de armas chocaban con las paredes de la plataforma de carga. Llevaba toda la mañana intentando localizar a Jasper por teléfono sin resultado, así que decidió ir a su apartamento. Primero, sin embargo, quería dirigirse a Svedmyra. Eran diez minutos de desvío, pero no lo pudo evitar. Y cuando llegó, incluso dio dos vueltas a la rotonda.

Se veía tan diferente a la luz del día. El aparcamiento estaba precintado y el vehículo de huida ya no estaba allí. Más cintas de plástico ondeantes alrededor de la plaza y la sucursal, alguien a punto de entrar en la pizzería de al lado. Por lo demás, desierto. Casi como si no hubiese pasado. Condujo por la calle Sockenvågen a través del barrio residencial hasta Bagarmossen y las fincas más viejas en la frontera con la gran reserva natural.

Segunda planta del edificio de Jasper. Un timbre que sonaba mudo, amortiguado, como si le hubiesen desmontado la campanilla. Llamó a la puerta, empujó la trampilla del buzón en el centro de la puerta, se inclinó y

gritó.

Pasó algún minuto. Pelo revuelto de recién despertado y calzoncillos blancos. Jasper lo hizo pasar, contento y orgulloso como solía ponerse las pocas veces que Leo iba de visita.

Un recibidor estrecho. Botas gruesas en un estante doble. Pero no el par que primero había atracado un banco y luego había salido de tragos. Jasper se metió en la cocina e hizo café.

—Con un centímetro de leche. Como a ti te gusta —dijo, alargándole una taza humeante.

Un piso realquilado de una habitación. Cortinas negras que separaban el salón y un sofá, una mesa, un televisor. Y el altar.

Suppr Vol One Ruger MK I and Standard Model Auto Pistol.

Suppr Vol Two Ruger 10/22.

Estaban colocados en hileras bien ordenadas: libros cortos, manuales y cuadernos.

Suppr Vol Three AR-7 Survival Rifle al lado de *Suppr Vol Four UZI SemiAuto & SMG* al lado de *The Hayduke Silencer Book* al lado de *Home Workshop Silencers* al lado de *American Body Armor*.

La otra mitad de la bibliografía recomendada, la que aún no le había pasado a Vincent. Al lado de los libros estaba la bayoneta y la boina verde con el emblema dorado, igual que el que le habían entregado a él. Ese era el motivo por el que Jasper se había apuntado, para dos años más tarde cumplir el mismo servicio militar. Y luego una foto con marco de oro, Jasper vistiendo un mono tan blanco como la nieve y con el arma cargada bajo el brazo.

El altar de Jasper. El que todavía significaba tanto para él, a pesar de que él no hubiera significado nada para ellos. Todo su día a día había girado en torno a llegar a ser un oficial militar en algún momento. Pero no se le había considerado apto para dirigir y por ese motivo se le habían asignado unas notas justo por debajo de lo necesario para poder continuar por ese camino.

Su deseo, que a veces había sido demasiado.

El *Dagens Nyheter* de esa mañana estaba en el centro de la mesa. Una plana entera sobre el atraco a un banco en Svedmyra: imágenes nítidas de una plaza con testigos alterados. Y allí, las botas negras, sobre la página izquierda del periódico. Y en la página derecha: latas de betún y paños.

—Me he pasado toda la noche despierto esperando. Ni una sola imagen de la cámara reventada —dijo Jasper.

Leo miró a Jasper. Tenía que ser más claro, explicárselo más.

—Jasper, solo aquellos que *son* su trabajo consiguen salir adelante. Los mejores artistas no dejan de ser artistas cuando llegan a casa y se sientan a cenar. Los corredores de bolsa más importantes no dejan de ser corredores de bolsa a las cinco. Ahora tú eres ladrón de bancos. Tienes que ser consecuente. Sigues siendo ladrón de bancos una vez hemos pasado los controles de carretera. Nos buscan todo el tiempo.

Le dio la vuelta a las botas y dos plantillas de talón de silicona cayeron al suelo.

—Tienes que pensar y respirar como un ladrón de bancos a cada paso que des.

—¡Las plantillas, joder, ten cuidado!

—Así que no puedes tener estas botas, Jasper. ¿De acuerdo? Las vamos a quemar. Y compraremos otras nuevas.

—¿De qué narices hablas?

—Las llevabas en Farsta. Y ayer. Y te paseas con ellas por el bar. ¡Jasper, maldita sea! Todo lo que usamos, luego lo eliminamos. Lo sabes.

Jasper se arrodilló para alcanzar las plantillas, que se habían metido debajo de la mesa.

—Y *tú* sabes que yo..., que esas botas..., ¡ya han cogido mi forma!

Alguien que quería ser alguien que no podía. Y que igual que con la boina del altar se aferraba a lo que *otros no* querían darle.

—Sé que te gustan. Lo entiendo. Pero si sacan huellas y encuentran tus botas aquí, entonces se acabó todo.

Leo todavía las tenía en la mano y comenzó a abrir los cajones de la cocina de uno en uno.

—Me las llevo de aquí. Las quemaré. Así no tienes que hacerlo tú. ¿Tienes una bolsa?

—Quiero hacerlo yo mismo.

—Yo las quemare.

Jasper apretó las plantillas de talón en sus puños cerrados y abrió el cajón de bolsas recicladas, le quitó las botas de un tirón y las echó dentro, hizo un

nudo con las asas y le entregó el hatillo a Leo.

—Eres bueno, Jasper. Jodidamente bueno.

—¿Qué?

—Cuando robamos. Nunca titubeas. Sin ti no lo podríamos llevar a cabo.

Jasper sonrió como había hecho al abrir la puerta y ver que era Leo y como cuando le había puesto un café con la cantidad correcta de leche.

—Pero hay una cosa más.

La sonrisa orgullosa se tornó insegura.

—¿El qué, Leo, qué tengo que hacer? Haré lo que sea, ya lo sabes.

—Cuando digo que hemos terminado, entonces *hemos terminado*.

Alguien que no controlaba la violencia sino que se dejaba controlar por ella, que había vivido su sueño de carrera militar y que había sufrido que lo echaran porque no servía y que ahora demostraba que sí lo hacía a base de quedarse y disparar una bala de más.

Alguien que carecía de botón de encendido-apagado y que, si nadie lo ayudaba a encontrarlo, ya no dispararía a armarios de seguridad y cámaras. Dispararía a alguien en la cabeza.

—¡Leo, joder, hice los armarios por nosotros! Me encargué de que nos lleváramos toda la pasta y no tendría que haberlo hecho si Vincent no se hubiese quedado allí plantado como un pasmarote, ¡él hizo que me retrasara!

Jasper sacó una de las dos sillas de cocina y tomó asiento.

—Pienso en esto todo el santo día, en cómo podemos mejorar, ser más efectivos, conseguir más dinero.

Sus ojos estaban igual de tristes que irritados.

—Esto es mi vida, ahora. Tú y Félix y Vincent. ¡Lo comparto todo con vosotros!

Leo se sentó en la silla de enfrente.

—Y *nosotros* te necesitamos a ti. Ya te lo he dicho. No podríamos hacerlo sin ti. Lo sabes.

Guardaron silencio un momento. Hasta que Leo se puso de pie con un par de botas en una bolsa de plástico. Y Jasper sonrió, de nuevo.

—Oye..., *yo* también he estado pensando en algo.

—Ah, ¿sí?

—La próxima vez. Ösmo. De camino a casa, después de los dos... no me

jodas que no podemos hacer otro.

—¿Otro?

—Sorunda.

Sorunda. Leo sabía perfectamente dónde estaba ese banco. A tan solo nueve kilómetros de los dos que estaban pared con pared en Ösmo. Era uno de los objetivos que había planificado y sopesado antes de escoger Svedmyra. Pero en aquel momento lo había considerado un objetivo independiente, no la posibilidad de convertirlo en un tercero de camino a casa por una carretera secundaria después del primer atraco doble de la historia de Suecia.

—Es atrevido, Leo. Pero se puede.

Jasper vio que Leo realmente lo estaba escuchando y alzó la voz.

—¡Sé que se puede! Si nos encargamos de que la poli esté en algún otro sitio. Si les *enviamos* a algún otro sitio.

Todas esas casas hermosas. Äppelviken, bahía de las manzanas, incluso el nombre era bonito. John Broncks había vivido toda su vida en Estocolmo pero nunca había estado aquí. Unos minutos en coche y de pronto una nueva realidad, como si toda la zona estuviera delimitada sin una valla visible.

En coche siguiendo la estrecha vía de Nockebybanan más o menos hacia la escuela, después a la izquierda, por las callejuelas, en dirección al agua. Broncks iba comprobando los buzones del camino con apellidos y direcciones especificadas y se detuvo delante de una casa que tenía un jardín que hacía frontera con las aguas del gran lago Mälaren. Una fina capa de nieve cubría la parcela y Broncks saludó con la cabeza al gnomo del jardín, que parecía estar vigilando, todavía había huellas bien marcadas a su alrededor, unas más grandes de hombre adulto y dos más pequeñas de niño: la ceremonia de cuando llegaba la hora de poner en su sitio a un enanito de plástico con sonrisa tiesa.

Llamó al timbre sobre el cual alguien había escrito *bienvenido*, percibió el olor a comida incluso allí fuera.

—Hola.

Una niña, se imaginó que la hija mayor, en cuyo caso tendría seis años. Con una corona de velas encendidas en la cabeza.

—Hola. ¿Está papá en casa?

La niña se puso bien un cinturón de papel satinado.

—Yo soy Santa Lucía. ¿Tú quién eres?

—Bueno, en ese caso yo soy... un duende. Esto..., ¿está tu padre en casa?

La niña lo examinó de arriba abajo.

—No lo eres. Porque lo soy yo.

La hija pequeña se le había sumado. Cuatro años. En pijama brillante.

—No pareces un duende.

Luego se esfumó, y después Santa Lucía, y él oyó a la pequeña alto y claro en el interior de la casa: *Papá, hay alguien allí fuera que está mintiendo*, y luego unos pasos más pesados.

—¿John?

Su *jefe*, Karlström, uno de los altos cargos policiales de Estocolmo, estaba allí con un delantal a cuadros y un paño colgando de uno de los lazos.

—¿Podemos hablar? Diez minutos. Después te prometo que me voy.

Un recibidor con ropa de grandes y pequeños compartiendo perchas y ganchos de pared. Y zapatos grandes y pequeños juntos en el suelo. Santa Lucía y Duende estaban sentadas alrededor de una lata de galletas de jengibre en el salón cuando Karlström lo invitó a coger la escalera.

—Así estaremos más tranquilos.

Subieron a la primera planta y al despacho, un escritorio antiguo y librerías a rebosar y una silla de visitas en la que Broncks se hundió profundamente.

—Casi un millón de coronas y cuarenta disparos hace ocho semanas.

Una vista hermosa por la ventana: el agua congelada hacia Estocolmo.

—Casi dos millones de coronas y ochenta disparos hace veintidós horas. La misma zona geográfica y el mismo armamento. El *mismo* grupo que aparece y desaparece sin dejar rastro.

La música de la planta baja, villancicos, hasta ahora no se había percatado.

—Y si asumimos que no necesitan más tiempo para preparar un tercer golpe. ¿Semanas? ¿Quizá un par de meses? Ese es el tiempo que tenemos para descubrir quiénes son. Para que podamos detenerlos en su casa o de camino al trabajo o en el gimnasio o cuando salgan del súper con las bolsas de la compra en las manos. No cuando cometan su error en el próximo atraco. Con este comportamiento no dudarán en usar sus armas, contra nosotros.

—¿Papá?

Una manita había abierto la puerta y Santa Lucía entró en la habitación.

—¿Sí?

—¿Qué hacéis?

—Trabajar.

—¿Trabajar, cómo?

—Alguien... que ha hecho algo malo.

—¿El qué?

—Cosas malas de adultos.

—¿El qué?

—Ve abajo. Con mamá. Enseguida voy.

Hijos. Familia. El otro mundo. Broncks no estaba seguro, pero le pareció que Santa Lucía le guiñaba un poco un ojo al marcharse.

—Esta mañana he estado con una persona que se ha vuelto mucho menos persona. No pienso hacerlo ni una vez más.

Miró a Karlström.

—Cuarenta años. Y ni siquiera se podía tener en pie él solo. Su padre tenía que aguantarlo del brazo.

Al otro lado de la ventana, gnomos de plástico bajo la iluminación de los abetos.

—¿El mismo grupo?

—El mismo grupo.

—¿Y cómo puedes...?

—Ya estaba convencido de antes. Ahora cuento con una identificación.

Karlström nunca suspiraba, no era de esa clase.

—A partir de mañana, John. Dejas de lado todos tus demás casos. Y te centras en estos tipos hasta que ya no roben más bancos.

Broncks asintió en silencio y se dirigió a la puerta y la escalera, ya se estaba marchando.

—He dicho *mañana*.

Su jefe lo sabía. John Broncks iba a ir directo a la comisaría de Kronoberg y al departamento de investigación criminal y pasar la noche allí.

—Te he escuchado y ahora ya tienes tu caso a tiempo completo. Con una condición. Algo que *tú* vas a *hacer por mí* —¿Sí?

—Te vas a quedar. Aquí. A cenar. Notas cómo huele, ¿verdad, John? Romero. Apio. Chalotas. Y vino tinto, con cuerpo.

Se había sentado en una punta de la mesa del salón con un jefe y un duende

y una Santa Lucía y una esposa a la que nunca antes había conocido pero que era una de esas personas con radar social que después de unos pocos minutos en un festejo sabía cómo se llamaba todo el mundo y los llamaba por su nombre de pila y conseguía que todo aquel que pasara por su lado se sintiera importante. Con él no había funcionado. La desgana de sentarse y pretender ser parte de una familia le había dificultado el masticar y escuchar cómo había ido la celebración de Santa Lucía en el parvulario e incluso el responder a cuánto tiempo hacía que conocía al padre de las niñas. Había declinado la propuesta de Karlström de tomar un coñac y sintió un tremendo alivio cuando dio las gracias y apretó la manilla de la puerta.

—¿John?

Karlström le había puesto una mano en el brazo. Y a Broncks no le gustó.

—Tú te quedas cada tarde.

—Sí.

—Pasando hojas y hojas.

—Sí.

—Y siempre son casos que giran en torno a la violencia extrema.

—Así es el mundo.

—Cuando yo termino *mi* jornada, cierro las carpetas con los casos y los meto en el primer cajón del escritorio para así, al día siguiente, poder *escoger* si quiero sacarlos de allí o no. Pero tú los abres justo antes de marcharte, sacas las fotos de huesos fracturados y ojos tumefactos. Y te pones a leer. Durante horas.

—Así es el mundo.

La mano sobre el brazo, era *como* si el peso lo hundiera, lo mantuviera apresado.

—No te quedas en el despacho leyendo esos casos para resolverlos.

¿Verdad?

—No sé de qué hablas.

—Quieres acercarte. *A él.*

—Gracias por la cena. Ha sido un placer.

Broncks giró la manilla que tanto rato había tenido en la mano y abrió la puerta de la casa. Pero la mano que tenía en el brazo lo acompañó.

—No he terminado de hablar.

En efecto, Karlström lo estaba reteniendo.

—John, a ti te la suda los que aparecen en tus carpetas. Cómo se llaman, adonde se dirigen. Tú solo intentas... comprender.

Una puerta abierta entre frío y calor. El uno que se le colaba entre la chaqueta y la baja espalda y el otro que venía de una gente que cenaba comida francesa y que tenía ropa de distintos tamaños en el recibidor.

—Pero nunca lo harás. Comprender. Si no vas a verlo a él. Alguna vez. ¿Verdad, John? A lo mejor podrías hacerlo ahora, solo quedan dos semanas para Navidad. Ve allí.

La mano de Karlström en su brazo. No debía estar ahí. Se liberó de un leve tirón. Karlström era su jefe, no su jodido *amigo*. —Basta.

Broncks abrió de par en par, y salió a la calle. Nevaba más. Y se notaba más.

Ir allí.

Sabía que su jefe tenía razón.

La escarcha de hielo crepitó bajo los neumáticos cuando Leo se detuvo en la oscuridad del bosque. Un par de kilómetros en el interior de la reserva natural de Nacka, justo donde la ancha calzada pasaba a ser un estrecho sendero. Soltó la lona de la plataforma de carga y llevó a pulso las cinco pesadas cajas hasta la roca lisa que descendía hacia el solitario y apacible lago.

Las sombras de los faros de la pickup sobre el manto helado cuando dejó caer las cajas de una en una y atravesaron el hielo que pronto se volvería a cerrar sobre ellas: una membrana cicatrizada sobre armas serradas y enterradas en cemento. En primavera las algas darían vida a la rígida superficie y los bloques se convertirían en una parte natural del fondo del lago. Igual que eso verde que siempre se había pegado a los cristales del acuario que tenían sobre un armarito estrecho entre su cama y la de Félix, nunca habían tenido fuerzas para limpiarlo.

Después abrió un agujero en la nieve a patadas, levantó tierra y musgo con una pala plegable y colocó las botas de Jasper en él. Las roció con líquido de encendido y les prendió fuego. Piel brillante y suelas firmes se fueron fundiendo mientras las tirillas de humo negro le picaban en la nariz y los ojos.

Ni siquiera Félix o Vincent sabían dónde estaba tirando todas las cosas. Ellos no tendrían que estar nunca allí sentados y correr el riesgo de que luego los llamaran chivatos. Como cuando él tuvo que sentarse delante de aquel poli gordo que no paraba de exigir y exigir.

No te delaté. No me salvé a mí mismo. Te salvé a ti.

De la reserva natural a través de una gran ciudad que humeaba bajo el frío y ya estaban en el patio esperándolo cuando pasó entre los postes de la verja. Había llamado a Félix para explicarle que tenían que ir a casa.

—¿Qué es eso tan importante, a ver?

Leo podía oír el alcohol en las palabras de Félix; siempre había sabido cuánto había corrido por sus gargantas.

—En el garaje.

El taxi estaba un poco apartado, el motor en marcha.

—Pagas tú, hermano. Y saldrá más caro si entramos. Vamos a volver al bar.

—Entrad.

Leo llamó con los nudillos en el cristal del conductor y metió dos billetes de quinientas coronas. La ventanilla no tuvo ni tiempo de llegar hasta arriba antes de que el taxista encendiera el indicador de «libre» y el vehículo desapareciera.

—Podéis pedir uno nuevo cuando hayamos terminado.

El garaje los recibió con oscuridad y frío. Leo encendió la luz, puso en marcha el calefactor. Vincent lo siguió mientras Félix se quedaba fuera, desafiante. Hasta que Leo hubo desplegado el detallado mapa de Estocolmo y su área metropolitana sur, *entonces* entró. Un rotulador rojo en la mano cuando marcó con un círculo el área de un extremo del mapa, cerca de una carretera nacional y no demasiado lejos de mar abierto.

—Aquí.

—Aquí ¿qué?

—Ösmo dentro de unos veinte días.

—¿Va en serio?

—Nadie ha hecho un robo doble hasta la fecha.

—Pero, maldita sea, ¡eso ya lo sabemos! ¿Por eso nos has hecho dejar una mesa junto a la ventana y meternos en un puto taxi durante cuarenta y cinco minutos?

—Félix, escucha.

—¡Escucha tú! Estábamos en un restaurante, hoy es Santa Lucía, estábamos cenando y echando cervezas... Y ahora estoy aquí, en un puto garaje, pelado de frío. ¡Dentro de nada es Navidad, maldita sea! ¡Necesitamos unos días libres!

—Puedes celebrarlo el año que viene.

Leo estiró el mapa como si fuera el mantel de la mesa en la que sus

hermanos estaban sentados poco antes.

—Nadie ha hecho un atraco doble antes. Así que haremos uno triple.

Dibujó una línea roja desde el círculo que significaba la pequeña urbanización de Ösmo, hacia el oeste por la 225 y un nuevo círculo alrededor de una urbanización aún más pequeña que significaba Sorunda.

—De camino a casa. Pasamos por aquí. Un banco pequeño, totalmente desprotegido.

Félix fue saltando con la mirada de un hermano mayor que sonreía a un mapa marcado con rotulador rojo.

—¿Soy yo el que ha bebido o eres tú?

Le quitó el rotulador de la mano a Leo y trazó un nuevo círculo, más grande.

—Desde aquí no hay caminos de huida. ¿Verdad que no? ¿Y encima tú quieres darles nuestra posición, *otra vez*? ¿Para que nos rodeen?

Ahora fue Leo quien le quitó el rotulador a Félix, esta vez para marcar con una cruz fuera del mapa, directamente sobre la madera del banco de trabajo.

—No si no tienen ningún poli para rodearnos.

Los miró a los dos y luego señaló la cruz que no había cabido.

—Eso..., eso es Centralstationen. En el corazón de Estocolmo. A cuarenta y nueve kilómetros de distancia. Y estarán bastante ocupados... en desarmar una bomba.

Planicies en todo el paisaje. Blancas como la leche. Estaba X oscuro cuando salió de Estocolmo, ahora había luz, rayos de sol que se reflejaban en la nieve y le cegaban mientras conducía los doscientos treinta kilómetros que lo separaban del Centro Penitenciario Kumla. Todavía podía sentir la mano de su jefe sobre el brazo. Estaba convencido de que Karlström no había tenido nada que ver con lo que estaba haciendo, y aun así, estaba igual de convencido de que tenía razón.

Igual que la había tenido Sanna.

Había hablado con todos los contactos que sabían de círculos criminales muy violentos. Sin resultado. Pero quedaba uno, uno que era exclusivamente suyo.

El muro gris, siete metros de hormigón y alambre de espino en espiral, se erguía más allá de los prados. Dos años desde la última vez. Pero la misma sensación cuando estuvo cerca: ¿allí dentro había personas que caminaban de verdad, que pensaban y dormían y comían e intentaban olvidar grandes fragmentos de sus vidas?

Aparcó cerca de la verja, se bajó del coche y llamó al interfono.

—John Broncks, Policía de Estocolmo.

El carrasposo altavoz de la puerta no funcionaba.

—John Broncks, Policía de...

—*Le he oído la primera vez.*

—Vengo a ver a Sam Larsen.

—*No tiene cita previa.*

—La pido ahora.

—*Seis horas. También para policías.*

—No es una condenada visita. Estoy investigando un caso.

El chasquido de la puerta cuando la cerradura cedió y luego la corta recta hasta la garita central y un guardia uniformado entre ornamentos navideños institucionales: la estrella de plástico en una ventana y el horrendo macho cabrío de Navidad hecho de paja encima de uno de los monitores que iban recibiendo las imágenes de cincuenta y ocho cámaras de seguridad.

Enseñó la identificación y le dieron una tarjeta de visitante que debía llevar prendida en el pecho pero que se metió en el bolsillo. Un funcionario de prisiones lo escoltó hasta la zona de visitas, donde lo dejaron solo en la sala con una cama para echar polvos tapada con una cubierta de plástico grueso, una mesa sencilla con dos sillas igual de austeras, un lavabo con grifo que goteaba y una ventana con barrotes con vistas a los interiores del recinto amurallado. Aquí no había Navidad, ni estaciones del año, nadie que careciera de fuerzas para contar el tiempo podía contar con ellas.

Quince minutos más tarde la puerta se abrió y dos funcionarios entraron acompañando a un hombre. Volvieron a salir cerrando tras ellos. En la sala quedó el hombre al que habían acompañado. Dos años y tres meses y cinco días mayor que John Broncks. Y tres centímetros más alto. Y, ahora, treinta kilos más pesado. También habían tenido la misma complexión, hasta que dieciocho años de pesas diarias se habían convertido en una estructura que suplía a otra, ausente.

—Hola —dijo Broncks.

Se miraron. Uno en vaqueros y americana y botas de invierno. Otro en pantalones holgados de tela que era rígida y, al mismo tiempo, suelta, camiseta raída con las letras CPK en el pecho y chanclas en los pies descalzos.

—He dicho... hola.

Broncks se sentó a la destartada mesa. Mientras Sam se acercaba a la ventana para mirar.

—¿Cómo estás? —Lo intentó de nuevo.

Al principio había hecho unas cuantas visitas, los primeros años, cuando el castigo de la cadena perpetua había ido contando los días primero en la unidad de recepción y luego en el centro penitenciario de Hall y después en el centro penitenciario de Tidaholm, cuando él aún no había comprendido que no poder pensar en términos de tiempo era lo mismo que no tener esperanza, no ver hacia delante. Y cuando Broncks hubo comprendido que esa existencia

transforma a una persona, se había visto empujado a postergar cada vez más las visitas hasta que al final había dejado de hacerlas. Y en esta sala de visitas no había entrado nunca.

—Oye..., la próxima vez que te piquen los huevos de venir procura pedir cita previa —dijo Sam—. Como hacen los demás. Los que no son polis. Cuando vuelva a la sección me gustaría ahorrarme las preguntas de por qué no he hecho los panes o por qué llevaba un termo lleno de café. Si hay alguien que lo debería saber eso, ese eres tú. ¡La visita de un poli sin explicación previa es lo peor que te puede pasar aquí dentro!

Sam seguía ante la reja de la ventana, todavía dándole la espalda.

—Te he preguntado cómo estás.

—¿Que cómo estoy?

—Sí.

—¿Desde cuándo narices te importa a ti eso?

La ancha espalda se dio la vuelta, se alejó de la ventana, lo miró fijamente.

—Y como no puedes responder a ello, ¿qué cojones estás haciendo aquí, si se puede saber?

John Broncks sacó la otra silla de la mesa. Estaba yendo mejor de lo que se había esperado. Estaban hablando.

—Dos grandes atracos. Svedmyra. Farsta. Los mismos tíos.

Pero su hermano mayor decidió quedarse de pie.

—Tu vieja estuvo aquí la semana pasada.

—Extremadamente bien armados. Extremadamente bien planeado.

—Le ofrecí bizcocho mármol. ¿Recuerdas el sabor, John?

—¿Alguien que conozcas? Debe de...

—Y la vez anterior... magdalenas.

—... ser un tema recurrente, aquí dentro, ¿no?

Sam se inclinó sobre la mesa, *colérico*.

—¡Llevas tres putos años sin venir! ¡Pero vienes y te crees que voy a darte información! ¡Qué puedes aprovecharte de mí para salir adelante en algún caso de mierda!

Sam estaba temblando cuando se dirigió a la puerta y a la placa de metal que tenía clavada; estiró el brazo hacia el botón rojo.

—¿Qué te jodan, John!

—Sam, hermano, ¿crees que no tenía ganas de verte?

—¡En el caso de que supiera algo, a ti no te diría nada! Pero no sé nada. ¡Nadie lo sabe! ¡Aquí dentro nadie ha oído hablar de ellos jamás! ¿Me sigues, *hermano*? Esos tíos son unos completos desconocidos. Nunca han estado dentro. Y aun así saben perfectamente lo que están haciendo.

Sam se lo quedó mirando un rato largo con ojos que John no pudo alcanzar, el dedo otra vez sobre el botón rojo, lo apretó y se inclinó hacia el micrófono.

—La visita se ha terminado.

—*Te queda más de media hora.*

—¿Qué parte es la que no te ha quedado clara? La visita ha terminado y quiero volver a la sección.

Evitaron mirarse el uno al otro como hacían de pequeños cuando se habían peleado, cuando se trataba de ver quién podía aguantar más tiempo mirando al lado o por encima del otro.

—¿Así que mamá ha venido a verte?

Bizcocho mármol. Magdalenas. Los clasificados como peligrosos y los condenados a estancias largas siempre hacían algo de repostería de cara a una visita. Broncks sonrió, ligeramente.

—¿Lo sabías, Sam? ¿Qué tienes más contacto con ella que yo?

Los pasos al otro lado y la puerta que se abrió por los mismos funcionarios. Sam había empezado a caminar con uno de ellos delante y el otro detrás, cuando se volvió.

—Deberías retomarlo.

—¿El qué?

—El contacto. Se está haciendo vieja.

Había visto desaparecer a su hermano mayor por el pasillo del centro penitenciario, los hombros anchos entre dos uniformes flacuchos, había devuelto la tarjeta de visitas que no había usado, había salido por la garita central y la verja y el muro, se había sentado en el coche y se había quedado allí.

Muro de siete metros. Cuatrocientos sesenta y tres criminales peligrosos condenados a largos castigos. Uno de ellos presidente de la junta de conciliación de los presos, uno de los pocos con los que todos hablaban.

Su propio hermano.

Y ni siquiera Sam había oído nada, sabía nada. Los cuatro hombres que Broncks estaba buscando eran igual de anónimos dentro de los muros que fuera de ellos.

Arrancó el coche y comenzó a alejarse, el sol todavía titilaba sobre el manto de nieve.

Las calles que al otro lado del muro de la prisión estaban blancas y limpias, doscientos treinta kilómetros más tarde estaban fangosas y sucias cuando la autovía E4 a Estocolmo pasó a ser la avenida Essingleden hasta el distrito de Kungsholmen y luego la rampa del garaje de la Jefatura Superior de Policía en la roca de debajo del parque de Kronoberg.

Estaba llegando al ascensor cuando oyó el ruido del garaje dentro del garaje, la sección de vehículos de la Policía Científica levantada sobre cuatro plazas de aparcamiento. Se acercó y entró y allí estaba Sanna, igual que la primera vez. Tenía medio cuerpo metido en un vehículo con el logo de Agente Tuberías en ambos laterales, la lámpara de infrarrojos en una mano.

—El primer vehículo de huida. Una Dodge.

Sanna salió y se acercó a la furgoneta de al lado, cambió a una lámpara de rayos ultravioleta.

—Segundo vehículo de huida. Una Dodge.

La voz mecánica, todavía. John se preguntó si ella era consciente de su tono o si lo mecánico solo le salía cuando lo veía a él y luego se disipaba en cuanto se alejaba de su lado.

—Modelos antiguos. Robados el día antes del atraco. Levantó una herramienta alargada con mango de madera que luego pasaba a ser de metal: apuntó con ella a mu pequeña pegatina negra y cuadrada que había en la chapa de la furgoneta justo por debajo de ventanilla.

—Tardas lo mismo que si usas la llave.

Había terminado. Broncks reconoció su forma de dar la espalda cuando no quería hablar más. Sanna abrió el ordenador que había en el capó del coche. Ni siquiera un adiós. Él lo dijo, *hasta luego*, pero ella no lo oyó y él ya se estaba alejando, a medio camino del ascensor, cuando ella lo llamó.

—Eh, aún no he terminado.

Él se detuvo, dio media vuelta.

—Ah, ¿no?

—Hay una cosa más.

Giró la pantalla hacia él, esperó a que se acercara.

—Esa imagen. Quiero que la mires otra vez.

CÁMARA 2. Doce segundos. Plano picado en diagonal.

Atracadores en monos azules, botas negras, pasamontañas negros.

—Su micrófono. He intentado identificar el fabricante. La aumenté y me concentré en el cuello del mono, los segundos antes de que entren.

Rebobinó, congeló la imagen.

—Cuatro segundos, quince fotogramas por segundo. Quiero que los mires todos.

Su voz no era igual de mecánica. Y estaba bastante cerca de él. Y él sabía perfectamente cómo olía. Tan particular. Como si fuera otra época. Como si pudieran salir de ahí paseando uno junto al otro hasta un piso en común. Como si diez años no hubieran pasado en absoluto.

—Ahí.

Al primer atracador solo le falta un paso para llegar a la puerta.

Cuando se detiene.

—Su mano.

Sanna aumentó la imagen.

—¿Ves?

John asintió con la cabeza. Podía verlo, claramente.

El que va primero, que dirige, para y se da la vuelta, baja el arma y se lleva la mano izquierda al cuello del mono, el micrófono que tiene allí, lo cubre con la palma de la mano. Después se inclina hacia delante y con la mano derecha levanta un poco el auricular del siguiente atracador.

—El movimiento... *ahí*.

La mano sobre el micrófono. La mano en el auricular. Y después, Broncks estaba seguro, el hombre... susurraba algo.

—No tiene sentido.

Sanna hizo *zoom* sobre la boca y los delgados labios, dos líneas claras sobre tela negra mientras formulaban palabras.

—La mano. El susurro. No tiene sentido.

Sanna estaba cerca y miraba a John: igual que el líder en la imagen congelada estaba cerca y miraba al que tenía detrás.

—La imagen de un grupo de militares disciplinados. Y de pronto... esto. Intimidación. Cómo pone la mano sobre el micrófono y levanta el auricular de forma casi amorosa. ¿Lo ves? Poco antes de entrar y abrir fuego.

Dos meses en un caso policial, día y noche. Y carecía totalmente de pistas, no sabía nada de ellos. Pero eso de ahí. John Broncks podía tanto verlo como sentirlo. Ahora sabía algo. Aún no estaba seguro de qué se trataba, pero por primera vez en toda su búsqueda de las sombras vio a personas de carne y hueso. Y estaban cerca la una de la otra, mostrando una unión que no se correspondía con la de los atracadores violentos.

Algo que a lo mejor sabía reconocer.

—¿Puedes devolver la imagen a su tamaño original? ¿Y reproducir la misma secuencia una vez más? ¿Los primeros cuatro segundos?

Sanna lo hizo.

—Para... ahí... Y amplía... ahí. Su cara. Solo eso.

Tres ladrones en fila a punto de entrar en un banco y el dedo índice de Broncks sobre la pantalla. Sobre el que va en medio.

—¿Ves? Está cerrando los ojos.

El cursor sobre la línea del tiempo de reproducción, Sanna lo desplazó de manera manual, fotograma por fotograma.

—Está dudando. Está preocupado.

Los ojos en el pasamontañas seguían cerrados.

—Está asustado y eso es... ¡cómo un jodido abrazo! El cabecilla que se tapa el micro, está protegiendo, están a punto de entrar y llevar a cabo una acción extremadamente violenta y están ahí... haciendo piña.

John Broncks evitó el ascensor, a veces lo hacía así, necesitaba moverse, obligar al corazón a latir para impulsar cada respiración desde el pecho y empujarla a través de la garganta.

Casi corría por las escaleras. Y, luego, su oficina: abrió la ventana de par en par, dejó que el aire húmedo y frío del patio interior de la comisaría se topara con el calor seco de un despacho.

La imagen había denotado intimididad. Dos atracadores de bancos. No debería ser así.

El líder tenía que haber comandado, pero el titubeo del atracador que lo seguía había sido más importante.

Algo que Broncks reconocía.

Uno más alto y otro más bajo. Uno que era ancho de espaldas y otro que aún no había terminado de crecer. Uno mayor y otro menor.

Intimididad. Confianza.

Era eso lo que Broncks había reconocido. El lazo que había entre ellos dos. Había alguien cerca que lo abrazaba por las noches y le decía que todo iba a salir bien, para luego, más adentrada la noche, ir de puntillas al dormitorio de los padres y clavarle un cuchillo a papá entre las costillas. Un hermano mayor que abrazaba y susurraba y tranquilizaba poco antes de un acto violento.

Varias respiraciones profundas en la ventana abierta. Ahora John Broncks lo sabía.

Por primera vez desde el comienzo de la investigación sabía por fin algo y ahora los hombres sin rostro al menos habían adquirido un contorno.

Intimididad. Confianza.

Eran hermanos.

Leo estaba de pie en la ventana meticulosamente decorada para recibir a la mañana, que venía envuelta en una neblina gris. El clima había cambiado en las últimas semanas. La nieve había comenzado a derretirse antes de Nochebuena y la mañana de Navidad había llegado cargada de lluvia *ininterrumpida* y el suelo se había embarrado como solo hace cuando el hielo y la nieve se mezclan con arena y tierra. Él lo había estado deseando. Una Navidad gris y caminos sin nieve. Cruzaba los dedos para que continuara, una superficie seca facilitaba la huida después de robar un banco.

Dos plantas verdes en el alféizar y entre ellas un ángel de porcelana —la pintura blanca casi desconchada en un lado y solo un ojo entero— que una vez había estado en la casa de la infancia de Anneli y que ahora, cada vez que se aproximaba la Navidad, salía a pasar unas semanas en la cocina, junto a la estrella. Aparecían por todas partes. El gnomo de plástico demasiado grande en el suelo, al lado de la nevera, y otro casi del mismo tamaño debajo del sombrerero del recibidor, y otros dos un poco más pequeños en la escalera al primer piso y otro bajo el árbol de Navidad del salón. Cosas que ella había metido en la vida de Leo y que significaban algo, para ella. Él veía su alegría, su expectación, al elegir los sitios y mientras los iba cambiando hasta encontrarles la ubicación perfecta.

Un ángel de porcelana con los cantos pelados y un puñado de gnomos de plástico.

No era más que una fecha. Igual de valiosa que el 24 de noviembre y el 24 de octubre. Era como si Anneli necesitara algo a lo que aferrarse para comprender el paso del tiempo, como fin de año, Pascua, solsticio de verano, otros días que también eran, simplemente, fechas. Porque alguien lo había decidido así, alguien que con el calendario como herramienta intentaba dirigir

la vida de las demás personas. Lo único que significaba algo era aquello que decidías y llevabas a cabo por ti mismo. Crear tu propio calendario: como el 2 de enero, cuando iba a tener lugar el primer robo triple de Suecia, o como el 17 de febrero y el 11 de marzo y el 16 de abril, otras fechas que él mismo había decidido para llenarlas de atracos y que por ese motivo tenían su significado.

Levantó el ángel de porcelana, le dio la vuelta, intentó leer el sello que tenía en la base, lo volvió a dejar en su sitio.

Expectativas.

Tan frágiles, y él las había tenido que apartar con delicadeza, explicar que esta Navidad no habría ninguna Navidad, que celebrarían una Navidad de verdad al año siguiente, cuando todo hubiera terminado, una de esas como las que celebraban los vecinos del otro lado de la valla de madera, a los que ella solía sentarse a observar desde la ventana, participando en la distancia. En Nochebuena se había sentado allí en varias ocasiones. Se habían deleitado con el jamón asado y la col lombarda y una cantidad ingente de albóndigas y Tentación de Jansson y él le había dado el regalo de Navidad que era para su hijo y al que ahora iba a ver entre semana, incluso habían encendido velas y desde sendas butacas habían visto el programa especial de Navidad del Pato Donald y Karl-Bertil Jönsson en la tele hasta que él ya no pudo más y había bajado a la Cueva de la Calavera para continuar llenando su propio calendario.

La bolsa de plástico en la mano y una bandeja de comida cuando salió a la húmeda oscuridad matutina. Zapatos finos que se mojaron en la mezcla de aguanieve del asfalto. El garaje era lo contrario. Seco y agradable gracias a los calefactores, luminoso y despierto gracias a sus grandes lámparas. Vincent, Félix y Jasper estaban esperando en las sillas de madera alrededor de la mesa hecha con dos caballetes y una plancha de contrachapado. Y sobre ella habían desplegado el mapa.

—Café y sándwich —dijo Leo repartiendo tazas y sándwiches de queso.

Atravesando el mapa: la línea roja casi recta. Partiendo de la manzana que se llamaba Kronoberg y que estaba en el centro de Estocolmo y que era el corazón de la actividad policial de la ciudad, y muriendo a cuarenta y nueve kilómetros de distancia, en Ösno Centrum, dos bancos pared con pared. Una

línea que cortaba los municipios de Estocolmo y Huddinge y Haninge y Nynäshamn y que era el requisito indispensable para desviar a la policía y desaparecer del lugar del delito.

—Objetivo 1.

Una moneda dorada de diez coronas en la palma de Leo. La colocó sobre uno de los cuadrados grises en el extremo final de la raya roja, el que significaba núcleo poblado.

—Objetivo 2.

Otra moneda de diez. Encima de la primera.

—Y aquí. Justo delante del escaparate de los dos objetivos. El coche de huida.

Un coche de juguete igual de rojo que la raya.

—Eres tú, Félix.

Había más en la bolsa. Una cajita de cartón que todos reconocieron. Tres muñequitos de plástico verde oliva que solían estar en el suelo de un piso en Skogås. Un par de centímetros de altura y olían igual de fuerte que entonces.

—Este es Vincent. Y Jasper. Y ahí..., ahí vengo yo.

Separó las monedas doradas, puso la última figurita de plástico sobre una de ellas.

—Objetivo 1: Leo abre la puerta. Objetivo 2: Jasper y Vincent abren la puerta. Son las tres menos diez.

Ahora, el coche de juguete. Un Dinky Toys. Un Volkswagen de color rojo, modelo 1300, el Escarabajo, que se había quedado en la caja de regalo de la que no habían sido capaces de desprenderse y que Leo había robado para Félix en el Juego & Hobby de Skogås.

—Igual que entonces, Félix.

Una caja más grande con más muñequitos a escala pero estos eran de color marrón y llevaban cascos un poco más redondos que los de los americanos y cargaban armas diferentes.

—Soldados rusos.

Un puñado de soldaditos al comienzo de la línea roja, los puso todos de pie, y luego unos pocos menos en tres puntos distintos, más alejados.

—La puta pasma. Toda. La mayoría trabaja aquí... en la Policía de Estocolmo. Luego tenemos algunos aquí, Policía de Huddinge, y aquí, Policía

de Handen. Y los últimos cabroncetes están esperando aquí... Policía de Nacka.

Comprobó que todos estuvieran bien colocados. Y luego alargó los brazos hacia ellos, un gigante a la caza que poco a poco comenzó a arrastrarlos a todos hasta el punto en el que se cruzaban calles y vías de ferrocarril y líneas de metro, la mancha gris homogénea que significaba centro de Estocolmo.

—Y todos irán allí, juntos, a Centralstationen.

Miró a Jasper, asintió con la cabeza.

—Porque aquí es donde habremos colocado una bomba, una bomba de verdad en una consigna de la estación.

Hasta ese momento Vincent había permanecido callado, como de costumbre. Ahora dejó la taza de café con un golpe sobre el tablón y los soldaditos que aún no se habían caído se cayeron.

—Vincent, qué coño...

—¿Ahora somos terroristas o qué?

—No la vamos a detonar. Pero tiene que quedarles claro que es de verdad.

Leo juntó los soldaditos tumbados junto a los edificios de alrededor de la estación central de Estocolmo.

—Nuestra primera maniobra evasiva: una estación central cerrada. Mientras los polis se juntan allí y están totalmente ocupados desarmando una bomba *real*, nosotros robamos dos bancos a cuarenta y nueve kilómetros de distancia.

No sirvió de mucho. Vincent movió con enfado la mitad de los muñequitos de plástico a Gamla Stan y la otra mitad a Kungsholmen.

—¿Y luego? ¿Dónde más plantamos una bomba? ¿El palacio real? ¿La comisaría? ¿O algo más grande?

Un poco irritado. Y algo orgulloso. Leo le sonrió a Vincent mientras pacientemente volvía a poner los soldaditos en los alrededores de Centralstationen.

—Nuestra segunda maniobra evasiva: dos coches rojos.

El Volkswagen Escarabajo que tanto tiempo había estado solo en el estante sobre la cama de Félix. Leo lo cogió entre el pulgar y el índice y lo deslizó sobre el mapa: desde los dos bancos por los caminos de atrás, cruzando el campo.

—Usaremos un coche que todo el mundo reconoce. Y alguno de los polis que se hayan quedado al sur de la ciudad lo encontrará... aquí.

Apartó el coche de juguete del camino por el que estaban yendo a la carretera que había al otro lado de los bancos, la nacional que llevaba a Estocolmo, y por la que no iban a ir.

—Aquí estará. Y por eso la poli cortará *esta* carretera. Es por donde creerán que nos hemos fugado.

—No lo entiendo.

—Vincent, es...

—No entiendo que tú y yo estuviéramos en el coche y que me dieras un montón de libros y que dijeras que íbamos a robar bancos.

—¿Y?

—Fabricar una bomba no es robar bancos.

—*Si* fabricamos una bomba y *si* la usamos lo haremos para que no estalle. ¿De acuerdo?

Vincent no movió más soldaditos. Pero tampoco bajó la mirada ni la desvió.

—No entiendo.

—Vincent, ¿no puedes...?

—No entiendo que primero vayamos a fabricar una maldita bomba. Y luego nos vayamos a arrinconar en una esquina, poner el coche de huida que todo el mundo conoce en la carretera principal, ¡a la vista de todos!

—Eso es justo lo que ellos van a creer. Pero nosotros estaremos aquí, Vincent, nos quedaremos en una de las carreteras secundarias y robaremos el tercer banco.

Una tercera moneda de diez, junto a la carretera de atrás y el núcleo urbano aún más pequeño que había allí, Sorunda.

—Sigo sin entender.

Un poco, solo un poco orgulloso, también ahora cuando de la bolsa de plástico sacó otro coche.

—¿Sabéis cuánto me ha costado encontrarlo? Me he paseado por las tiendas de juguetes de toda la ciudad, y al final resulta que estaba en el escaparate del anticuario de la calle Ringvågen.

Una copia exacta del vehículo de huida. —Volkswagen Escarabajo modelo

1300 de color rojo— y lo puso junto a la nueva moneda de diez.

—O sea que estaremos en *este* coche en la carretera de atrás.

Luego señaló al otro extremo del mapa.

—Y al mismo tiempo estaremos en el *mismo* coche aquí, en la nacional, rodeados de controles tanto por delante como por detrás.

Leo miró a Vincent, que ya no iba a protestar más, no esta mañana.

—Magia, hermano. Quedan cuatro días.

Félix golpeaba el hombro en la puerta cada vez que tomaba una curva al volante del Escarabajo. Y a pesar de haber echado atrás el asiento todo lo que podía las rodillas se le seguían clavando en el salpicadero cuando cambiaba de marcha.

Las cualidades técnicas no eran nada del otro mundo. Tampoco era especialmente fácil de conducir. Pero a la hora de escoger el modelo que iban a usar esta vez, lo habían hecho por otros motivos: cualquier persona que lo viera debía poder reconocerlo, poder identificarlo más tarde.

Esperó a que la puerta del garaje quedara recogida y luego entró, las largas iluminando el banco de trabajo y el mapa. Jasper estaba sentado al lado de Vincent y Leo al fondo de la sala, en el otro banco de trabajo, y abrió cuatro cajas de cartón y cuatro paquetes blandos envueltos en plástico fino.

Y ahora Jasper se levantó, se acercó al coche.

—¿En un... maldito Escarabajo? Félix, no me jodas, los coches de juguete... ¿No entiendes que Leo no iba en serio?

—Bien, Jasper —dijo Félix.

—¿Cómo leches vamos a...?

—No tienes ni zorra idea de coches pero este lo reconoces y le puedes poner nombre. Tal como harán todos los que se encuentren en Ösmo Centrum.

Leo se había levantado del banco de trabajo él también, con uno de los cartones en una mano y uno de los paquetes envueltos en la otra, y ahora se colocó justo entre Jasper y Félix, en la grieta que llevaba abierta algunas semanas y que no debía expandirse más.

—Pero yo soy el que va delante. ¿No es verdad?

Leo golpeó suavemente el techo rojo.

—Necesitamos dos iguales. Fabricante, modelo, color. Jasper busca en Huddinge. Vincent y Félix en Skogås, Trångsund y Flanden. Anneli y yo iremos a Farsta y Flókarángen. Si eso no es suficiente, nos repartimos el norte de la ciudad. Quedan tres días.

En el fondo era una construcción sencilla. Pura mecánica. Una caja de metal alargada y de perfil bajo, hasta la mitad llena de clavos y tornillos y tuercas y explosivo plástico m/46. La mecha iba unida a un detonador mecánico colocado en uno de los lados cortos de la caja. Cuando el lateral corto se abre, el detonador provoca el encendido de la mecha y el contenido de la caja explota y mata a todo ser vivo que se encuentre en la proximidad más inmediata. Una simple reacción en cadena.

Leo estaba sentado en el banco de trabajo del garaje, el alambre rojo en la mano, cortó un decímetro exacto. Félix cambió la broca de madera por una de metal, el pequeño orificio debía estar justo en el centro de la tapa de la caja, la tapa que ocultaba la tornillería y el explosivo plástico.

Llamaron a la puerta del garaje.

Leo abrió a Vincent, aire frío y limpio y en la distancia otro ruido sordo.

—Las doce menos veinte. Llegas tarde.

—No había manera de pedir un taxi.

Leo cerró la puerta, echó el cerrojo y abrazó a su hermano pequeño, dio un paso atrás y le silbó fuerte a Vincent, que bajo el anorak llevaba un traje oscuro y camisa blanca un poco abierta en el cuello.

—Joder, casi pareces adulto.

—Dos mil. Lo he comprado hoy.

Vincent llevaba una bolsa en la mano, se la entregó a Leo y se adentró en el garaje.

—¿Eso es... la bomba?

Leo vació la bolsa y la dobló. Dos botellas de Bollinger. Tenían un sitio reservado en el banco de trabajo, al lado de tres copas de champán.

—Sí.

—Vale. Entonces *sí* lo somos. *Terroristas*.

Vincent clavó la mirada en la caja gris marengo y en las manos de Félix,

que estaban cogiendo un trozo de cinta americana del rollo que crepitaba.

—¿Podría ser nuestra propia madre la que pase por ahí y meta su bolso en la taquilla de al lado!

—Pensaba que ya habíamos hablado de esto.

—Tú sí, Leo. Pero yo no.

—*No* vamos a colocarla para matar a nadie. La colocamos para que les quede claro que va en serio. Si dejamos un simple señuelo nos descubrirán.

—Pero imagínate... que explota. Por error.

Leo se inclinó y olió el alcohol en el aliento de su hermano.

—¿Vincent? No estabas esperando ningún jodido taxi.

Olfateó el aire, ostensivamente.

—Estabas en casa bebiendo.

Leo buscó la mirada de su hermano pequeño pero no la encontró, se había quedado atrapada en una caja con alambre rojo que salía por un orificio perforado en la tapa.

—Oye, Vincent. Si necesitas decirme algo, simplemente hazlo. ¡Somos hermanos! No tienes por qué quedarte en casa bebiendo antes de venir a hablar conmigo.

—Ya te lo he dicho. No me parece correcto.

—¿Cómo que no te parece *correcto*?

—No me parece correcto. Si vuelvo a tener esta sensación... lo dejo.

—Vincent, escúchame.

Leo entreabrió la tapa y dejó al descubierto varias capas de clavos, tornillos y explosivo plástico.

—Si esto no tiene puesto el seguro...

El dedo índice sobre el detonador sucio de hollín y con forma cilíndrica.

—... solo *entonces* explota.

Después a través del ojal de alambre que estaba atado a un extremo del detonador mecánico.

—Así que *si* yo tirara un poco, solo un poquito más de aquí...

Lo hizo.

—... *si* elijo quitar el seguro...

Y observó a Vincent, que observaba el alambre.

—... basta con que esta caja se desplace solo un par de milímetros para

que nosotros tres dejemos de existir. Pero *solo* si le quito el seguro.

Sacó con cuidado el dedo del ojal.

—Nadie saldrá herido, Vincent. Nadie va a morir. Ni siquiera la vieja que meta el bolso en la taquilla de al lado.

Félix pasó la tira de cinta americana por encima de la tapa hasta que quedó bien colocada, tiró del rollo y le puso otra tira, por si acaso. Había estado escuchando a sus dos hermanos sin entrometerse. Y lo había visto claramente, a pesar de que no hubiera pasado nunca antes. Era la primera vez que Vincent protestaba de la misma manera en que solía hacerlo él. Y había terminado como de costumbre. El hermano mayor al que sabía muy bien que no había forma de convencer; era él quien convencía a todos con su energía. Así que si había alguien que debía cambiar en algún momento de opinión, debían ser los que estaban a su alrededor.

—Entonces estamos de acuerdo. ¿Verdad?

Vincent asintió discretamente con la cabeza.

—Bien, Vincent. Porque son las doce menos diez. Es hora de abrir estas de aquí.

Se abrochó el anorak, cogió las copas y las botellas y comenzó a caminar hacia la puerta del garaje.

—Hay una cosa más —dijo Félix, inclinándose sobre el banco de trabajo hacia Vincent—. Quiero decir, ya que tenemos a nuestro hermano pequeño aquí. ¿Quién abrió la puerta?

Vincent no entendió nada.

—Cuando... vino nuestro viejo.

—Pero, Félix, joder, ¿tenemos que volver a discutir sobre eso? —dijo Leo—. Las doce menos ocho. Salgamos.

Félix negaba con la cabeza.

—Sí. *Tenemos*. Vincent, ¿quién fue el que abrió la puerta cuando el viejo vino a nuestra casa para matar a mamá?

—¿De qué estáis hablando?

—Cuando papá salió de la cárcel. Cuando nos mudamos a Falún. Cuando fue a vernos.

—Félix, joder, pero si tenía... seis años. ¿Ahora resulta que es el testigo principal?

Vincent se había quedado en silencio.

—Siete. Tenía siete años. Cuando vino para matar a mamá.

Félix hizo lo que solía hacer Leo, le puso las manos en los hombros a Vincent.

—Olvídate de que somos tus hermanos mayores. Di lo que viste. ¿Fui yo el que abrió la puerta, o fue Leo el que la abrió?

Leo agitó la botella de champán y el reloj de pulsera.

—Exacto. Di lo que recuerdas. Así Félix se quedará contento y podremos salir.

Estaba allí de pie. Félix a su lado, con la mano en la manilla. Leo acercándose.

—Pero... ¡vamos! Vincent, ¿qué viste? ¿Fui yo o fue Leo?

Saltó. Y no alcanzó. Pero casi.

—Fui yo.

Y luego, sí lo hizo, giró la cerradura.

—*Fui yo* quien abrió.

Leo se rio, sin fuerza, sin alegría.

—Una respuesta muy diplomática.

Félix ni siquiera se reía.

—*Fui yo* —repitió Vincent—. Lo recuerdo. Estaba allí y giré la cerradura y bajé la manilla y abrí la puerta.

Félix enrojeció. Intentaba comprender lo que había pasado cuando tres hermanos habían estado juntos delante de una puerta y luego habían llegado a convencerse de que ellos —los tres— habían abierto la puerta.

—¿Y yo dónde coño estaba? ¿No estaba allí? Leo se le tiró a la espalda y tú abriste y yo... ¿estaba sentado en una silla de la cocina, acaso? ¿En el váter? A lo mejor ni siquiera estaba, a lo mejor..., a lo mejor también fuisteis vosotros los que le escupisteis a mamá en la cara. ¿Es así? En ese caso, ¿quién de vosotros fue?

—¿Qué mierda importa eso?

—Para mí es muy importante.

El gran garaje, en silencio total.

Fuera, fuegos artificiales y petardos cada vez más intensos.

Leo asintió con la cabeza mientras miraba a Félix.

—Realmente, ahora ya no importa —dijo Leo.

Tres copas de champán en la mano de Leo y treinta segundos para las campanadas. Subió la puerta del garaje para contemplar la noche y la lluvia de estrellas que se entrelazaban. Quitó la cápsula dorada de la botella y empujó el corcho hasta que salió disparado y aterrizó en alguna parte.

—Salud.

Burbujas en tres copas en tres manos.

—Por Getryggen, por Farsta, por Svedmyra.

Alzó la suya al firmamento, que era verde y rojo y amarillo y azul.

—Y salud por los próximos años: por Ösmo. Dentro de dos días.

Clavos, tornillos, tuercas, explosivo plástico bajando por el hombro y el antebrazo y la mano que se aferraba al asa de la maleta de viaje. Pasos normales entre personas que comían perritos calientes y leían la prensa y tomaban café en vaso de cartón y que a intervalos regulares miraban la pantalla electrónica que cubría toda la pared sobre la salida principal. La maleta era de nailon y pesaba diez kilos y la llevaba bastante arriba porque debía parecer ligera, contener ropa y quizá un pequeño neceser, cosas que solían llevar los viajeros cuando cruzaban el suelo de mármol de Centralstationen en dirección a algún sitio.

Una estación de tren en una capital era como una zona propia con idioma propio, un sitio que separaba y reunía. Su misión era fusionarse, parecer que estaba yéndose de Estocolmo o llegando a ella. Un viajero con gorro negro y anorak que se parecía a otros tantos anoraks.

Pero ninguno era como él. Una sombra con un único cometido.

Buscar y abrir una taquilla de consigna. Meter una maleta. Cerrar. Irse.

El estacionamiento de corto plazo debajo del puente y enfrente del hotel Sheraton era el único que había en las proximidades de Centralstationen que él supiera que quedaba fuera de los ángulos que cubrían las cámaras del tejado. Leo había visto a Jasper desaparecer por la entrada principal y pasar a formar parte de un mar de coronillas basculantes. Estaba ahora sentado en el asiento delantero de la pickup con el motor en marcha, después Jasper iba a salir y pasarían a recoger a Félix y Vincent en la gasolinera abandonada para desde allí continuar juntos al sur, en dirección al pequeño pueblo llamado Ösmo.

El teléfono móvil comenzó a sonar. A pesar de que no debía hacerlo. Solo

seis personas tenían aquel número de una tarjeta de prepago. Jasper, que estaba allí dentro y sabía que no debía llamar. Félix y Vincent, que estaban esperando y sabían que no debían llamar. Anneli, en la casa en Tumba y que sabía que no debía llamar. Mamá, que a estas horas siempre estaba durmiendo porque trabajaba de noche.

—Esta vez no me cuelgues.

Y... papá.

—Ahora *tengo* que hablar contigo.

—La última vez te dije que no tenía tiempo. Ahora tampoco lo tengo.

Leo lo oía respirar por la nariz, como si el aire estuviera bloqueando esas palabras que eran tan importantes.

—El sobre. No quiero discutir sobre el maldito dinero. Pero uno empieza a preguntarse cosas...

Tráfico denso en la calle Vasagatan. Una bandada de palomas en el tejado de Centralstationen. Un grupo de turistas japoneses con cámaras y placas identificativas a las puertas del Sheraton. Pero ningún Jasper, de momento.

—Si pagas tanto dinero a pesar de considerar que no tienes por qué hacerlo significa que tienes aún *más* dinero. ¿De dónde ha salido? Yo también pinto y le doy al martillo, y casi todo en negro, pero no barajo esas cantidades. Si tienes tanto, Leo..., es que lo has conseguido de otra manera.

—Tú no sabes cuánto trabajo tengo.

—No. No lo sé.

—Y con eso te basta. No pienso hablar contigo al respecto.

—Tienes una empresa que llevas con tus hermanos..., ¡mis *otros* hijos! Tenéis una empresa juntos. Eso significa que tus hermanos están metidos. Son responsabilidad tuya. Si estás haciendo algo que no es legal... ¡Tienes que asumir la responsabilidad, Leo!

Esa maldita respiración otra vez, cerca del micrófono del móvil, como si el tipo estuviera mirando a su alrededor para asegurarse de que no había nadie que lo pudiera oír.

—Si tienes problemas, Leo...

—¿Asumir la responsabilidad?

—Si tienes problemas, Leo..., ya sabes, siempre puedes hablar conmigo, te he ayudado en otras ocasiones.

—No tengo ningún problema.

—Ya sabes, he vivido veintisiete años más que tú, Leo.

—¿No me has oído?

—Así que tengo un poco más de experiencia, Leo, veo cosas que tú no siempre ves.

—¿Oye?

—¿Sí?

—¿Oye..., papá?

Otra respiración, con la nariz, pero esta vez no expulsando el aire, su padre estaba esperando.

—Yo me responsabilizo —dijo Leo—. Ellos confían en mí. Así es como funciona: si asumes responsabilidad, los demás confían en ti. ¿Veintisiete años? ¿Qué coño es eso? ¡Tiempo! Pero si no haces nada con ellos, no son más que eso..., tiempo. No te preocupes por Vincent, ni te preocupes por Félix. Ellos están a gusto con el *chivato*.

Buscó con los ojos entre la multitud de la entrada principal de Centralstationen. A un hombre con gorro y anorak que estaba de viaje pero que aun así iba a salir sin maleta.

—Y a ti nunca te voy a pedir ayuda.

Era importante que la taquilla estuviera a mitad del pasillo y a la altura del pecho; la policía se vería obligada a acordonar toda la estación para así aproximarse sin dificultad con su robot antibombas. La mujer a la derecha de Jasper cerró la taquilla y giró la llave una vuelta hasta que una moneda cayó en la cajetilla de metal. Ya se estaba yendo, pero por seguridad Jasper giró la cara cuando abrió la taquilla 326. Los tacones de la mujer sobre las baldosas de mármol y ya estaba muy lejos cuando él metió con cuidado la maleta. Jasper paseó la mirada por el tumulto de gente que no lo veía. Ni siquiera los más vistosos. Uniformes cargando sus petates y pasando a unos pocos metros por detrás de su espalda. Boinas de color verde oscuro que brillaban, y de pronto no pudo cerrar la taquilla, su brazo se quedó helado y su corazón comenzó a palpar intensamente. Tres puntas doradas que lo deslumbraban a ritmo marcado: una por Coraje, una por Fuerza, una por Vigor. Boinas Verdes. Cinco hombres con el pelo rapado que se dirigían a alguna de las salidas de la cara norte.

Pasan por mi lado. Sus cabezas rapadas, sus ojos, jodidamente conscientes. No me ven. Pero yo los veo a ellos.

Yo era uno de los vuestros.

La maleta en la taquilla 326. Pero la cremallera no estaba cerrada del todo: una ranura de un par de centímetros al fondo. Jasper pellizcó el tirador y estaba a punto de cerrar la cremallera cuando vio el ojal de alambre rojo que relucía entre las paredes de nailon, el seguro.

Las boinas caladas a su espalda. Tan perfectas en las cabezas.

Y entonces lo sintió. El asco.

Asco ante aquellos que no sabían que había otros grupos que acogían e, igual que ellos, planificaban, atacaban, detonaban, disparaban, y que además eran amigos de verdad, hermanos. Asco ante aquellos que no sabían por qué él estaba allí.

Ya no soy uno de los vuestros.

El dedo por la ranura abierta de la cremallera y a través del ojal.

El seguro.

Si tiro de aquí. Si luego muevo la caja de metal que hay en la maleta apenas unos milímetros.

Los de la cabeza rapada que acababa de ver a tan poca distancia desaparecieron entre la muchedumbre, se convirtieron en gente cualquiera con aspecto cualquiera y que se dirigía a algún sitio.

Soy mucho más que vosotros.

Siete minutos. Jasper ya debería estar listo.

El teléfono móvil todavía descansaba en la mano de Leo.

Ni una jodida llamada de teléfono por *su* parte en varios años. Y de repente dos veces en apenas unas semanas. Esa voz que le repicaba en el cráneo, que tiraba de su cerebro, intentaba entrar con llaves que no existían.

No debería haber ido.

No debería haber metido cuarenta y tres mil en el bolsillo de una camisa, no debería haber enseñado el coche, ni hablado de la empresa.

No debería haber entreabierto la puerta de nuestras vidas.

Ahora. Allí. En el retrovisor. El gorro negro que con pasos largos y firmes

salía por la entrada principal de Centralstationen. Jasper sin maleta. Estaba sonriendo. Leo reconocía esa sonrisa, era de las que casaban con porras extensibles que partían muñecas.

—Te has tomado tu tiempo —dijo Leo mientras Jasper subía al vehículo.

—Quería estar seguro de que... nadie me veía.

Leo subió por la calle Vasagatan hasta el puente; las personas de la entrada de la estación se encogieron en el espejo retrovisor hasta ser meros puntitos en una amalgama gris.

—¿Leo?

—¿Sí?

—Gracias. Por confiar en mí.

Cruzaron el puente con el Parlamento a la izquierda y el islote Riddarholmen a la derecha, Gamla Stan y Slussen al fondo. Entraron en el túnel que cruzaba por debajo del barrio de Södermalm.

—Tres minutos. ¿Estamos? —dijo Leo.

—Tres minutos.

—Félix junto al coche, yo solo en el objetivo 1 y tú y Vincent juntos en el objetivo 2:

Un taxi justo delante que hizo una frenada brusca, como si no supiera adónde iba; Leo, que había ido demasiado pegado, frenó de golpe y cambió al carril de la izquierda a la altura del puente Skanstullsbron.

—No puede pasarle nada a mi hermano pequeño, ¿lo entiendes? *Nada*.

Jasper estaba en una cabina en la rotonda de Gullmarsplan, el frío auricular en la oreja.

—Policía.

—¿Me oye?

—*Le oig...*

—En la siguiente ubicación: vestíbulo de llegadas de Centralstationen, taquilla trescientos veintiséis, hay colocada una bomba.

Jasper pudo oír otras voces de fondo en la central de llamadas de emergencia de la policía.

—Repito, En el vestíbulo de llegadas de Centralstationen, en una taquilla. La taquilla tiene el siguiente número...

Su voz era artificiosa sin sonar fingida, seria y un poco indiferentemente hostil. Una voz que le gustaba. Recordaba a la de Leo, controlada e inteligible: los que gritaban nunca infundían demasiado miedo. Leo casi nunca levantaba la voz, y si lo hacía todo el mundo prestaba atención porque no sabías qué iba a pasar a continuación.

—... tres... dos... seis. Trescientos veintiséis. La bomba detonará a las quince cero cero. Esto no es negociable.

Colgó y salió de la cabina.

Un tanto encorvado y con las manos hundidas en los profundos bolsillos del anorak, cruzó la plaza en dirección al edificio del 7-Eleven y a un coche que estaba esperando.

El motor estaba en marcha, y Leo tenía la radio policial en el regazo.

—El oficial de guardia lo ha informado varias veces. *Amenaza de bomba en Centralstationen*. Ya están yendo para allá.

Procuraban no conducir ni demasiado rápido ni demasiado lento por la nacional en dirección sur. Pronto se habían cruzado con el primer coche patrulla. Poco después el siguiente, y en el desvío a la avenida Tyresövägen tres más a toda velocidad y uno con las luces azules girando, en dirección al centro de Estocolmo. Habían permanecido callados, rodeados por un mundo de voces. Por la radio del coche en el salpicadero, primera noticia en el programa Peo del Día, y por la radio de policía en el regazo de Jasper, un oficial al mando —*explosivo confirmado*— mientras las patrullas que habían ido llegando ayudaban a evacuar y acordonar la zona, corlando también algunas partes de la red del metro y deteniendo todos los trenes regionales y nacionales.

Todo había salido según lo planeado. Pero la voz de su padre seguía resonándole en la cabeza y pegándole tirones del cerebro.

Si tienes problemas, Leo, ya te he ayudado en otras ocasiones.

Había aumentado la velocidad, sin prestar atención ni a Jasper, que le había pedido varias veces que aminorara la marcha, ni a la radio policial, que había informado de que un equipo de desactivación de explosivos estaba preparado para abrir una taquilla.

Los últimos diez kilómetros antes del desvío. Se había quedado en el carril de la izquierda, a setenta kilómetros por hora.

¡Tengo veinticuatro, no diez! ¡No puedes ayudarme, fui yo quien te ayudó a ti!

Noventa kilómetros por hora.

¡Tú no tienes más hijos! ¡Tero yo tengo dos hermanos!

Ciento cuarenta kilómetros por hora.

¡Tú fracasaste! ¡Yo lo conseguí!

Hasta que Jasper no le dio un tirón del brazo y le pegó un grito no pisó el freno violentamente, recuperando el control sobre el coche.

Una carretera estrecha y serpenteante que cruzaba bosques y prados y que pasaba por algún que otro lago. Los campos que hacía poco habían sido blancos brillaban ahora más bien en marrón al otro lado de la ventanilla, tierra y hierba tras una semana de temperaturas por encima de cero, un manto irregular que daba la impresión de suciedad. A la mitad de la única recta

existente los había aguardado la gasolinera, la que había sido cerrada al inaugurarse una autovía un poco más allá. Leo había reducido la marcha y se había metido en la parcela que quedaba oculta detrás del edificio, había aparcado el coche de empresa junto al Mercedes robado en el que habían llegado Félix y Vincent.

Con una cizalla habían cortado el candado de la puerta de hierro oxidada, lo habían cambiado por uno nuevo y habían repartido todo el equipo sobre un mostrador ajado con una caja registradora medio abierta. En silencio —solo el chirrido del viejo cartel de Caltex meciéndose al viento allí fuera— habían cambiado un uniforme por otro. Silencio hasta que Leo ayudó a Vincent a ponerse el chaleco antibalas directamente sobre su torso delgado y desnudo. Jamás cambiaría, pensó Leo, por muchos bancos que robaran: el mismo cuerpo que ahora llevaba chaleco antibalas que debía quedar ceñido con los tensores bien apretados también era uno que había llevado mono acolchado impermeable verde con cremallera hasta la barbilla para que no le entrara nieve. Y no dejó de tirar de las correas hasta que Félix preguntó por tercera vez *qué cono pasa* y él volvió a contestar que *nada*.

Los dos relojes de pulsera estaban un poco apretados en el brazo derecho de Leo porque era importante que la tela del mono se mantuviera debajo de las pulseras. El que estaba más *cerca* de la muñeca era viejo y tenía manecillas rojas que eran cortas y feas, pero le había puesto una correa nueva y más larga, cuero marrón claro. El otro lo había comprado de mayor, Rolex con caja de acero con acabado cepillado y esfera con manecillas autofluorescentes y un mecanismo que marcaba los segundos de manera audible.

Según la nota escrita a mano Leo debía controlar seis tiempos distintos.

Etapa 1. 12 minutos. Cambio de ropa. Doble cambio di coche. Traslado a

Banco 1 y Banco 2.

La fase de menor riesgo. De ropa de trabajo a uniforme de atraco en una gasolinera abandonada y el primer cambio de coche a un Mercedes robado. Transporte de nueve kilómetros y medio hasta el segundo cambio de coche y un Volkswagen Escarabajo robado. Transporte de dos kilómetros a Ösmo Centrum.

Etapa 2. 3 minutos. Atraco doble.

Etapa 3. 7 minutos. Traslado a

Banco 3.

Y la de mayor riesgo. Habían cometido dos robos. Conducían por carreteras secundarias de tránsito ligero entre Ösmo y Sorunda primero en un Escarabajo robado que los testigos habían visto y que la policía podía identificar y luego en un Mercedes robado. Pero: al mismo tiempo, una bomba había obligado a grandes fracciones de las fuerzas policiales a dirigirse a la Centralstationen de Estocolmo, a cincuenta kilómetros de distancia.

Etapa 4. 3 minutos. Banco 3.

Etapa 5. 6 minutos. Traslado.

Cambio de ropa. Cambio de coche.

La fase que era de riesgo alto pero manejable. Desde el tercer banco volverían al punto de partida, la gasolinera abandonada, cambio de uniforme de atraco a ropa de trabajo, cambio de Mercedes robado a coche de empresa.

Y para esto usaba el viejo reloj, para medir el tiempo total —37 minutos— el tiempo durante el que podían ser atrapados.

Los dos relojes de Leo: 14.51. Un minuto más de *Etapa 1*. El último kilómetro hasta Ösmo Centrum. Casas unifamiliares, adosadas, alguna que otra de alquiler. Y, a lo lejos, el tejado bajo el cual había una persona que comía cebolla amarilla y panceta.

El Escarabajo tomó la última curva delante de una biblioteca y una piscina cubierta y se metieron en el aparcamiento que había delante de un centro comercial en forma de U.

—Fuera, *ahora*. Quedan veinte segundos.

Arnés de combate y chaleco antibalas en el torso. Leo balanceaba la pesada arma sobre los muslos mientras se ponía el pasamontañas, corrigió los agujeros de los ojos.

—Diez segundos.

Respiraciones lentas.

—Cinco segundos.

Un ligero bache y el coche dejó la carretera para cruzar la plaza y superar el último tramo hasta los grandes escaparates y los bancos que estaban pared con pared.

—Tres minutos exactos. Dos al mismo tiempo. Después nos encontramos aquí.

Cuerpo policial:
Judicial
Delito: Robo
Testigo: Hansen,
TOMAS
Lugar:
Handelsbanken Ösmo C

Entró un hombre solo con pasamontañas negro, gritando: «¡Al suelo! ¡Al suelo!», y disparando varias veces contra una cámara que había en el techo y otra en la pared.

Hansen estaba en la fila de clientes cuando una mujer gritó que quería salir y corrió hacia la puerta de entrada. Entonces el atracador la agarró por el anorak.

La mujer gritó cuando el atracador la derribó al suelo. Entonces alguien del personal del banco le dijo que guardara silencio y se quedara quieta.

Después de lo que Hansen describe como «un rato», la mujer se

Cuerpo policial:
Judicial
Delito: Robo
Testigo: Lindh,
MARIT
Lugar: SE-Banken
Ösmo C

Entraron dos hombres con pasamontañas negros, gritando: «¡Echaos al suelo!», y disparando, entre los dos, una veintena de tiros contra las dos cámaras.

Lindh observó cómo uno de los ladrones saltaba el mostrador y preguntaba: «¿Quién de vosotros tiene la llave de la caja fuerte?».

Lindh cogió la llave que estaba en su mesa, apretó el botón de la verja y abrió la caja fuerte interior.

Cuando los atracadores se hallaban dentro de la caja fuerte, Lindh oyó el

incorporó. Entonces él observó cómo el atracador y una cajera entraban en la caja fuerte, y al mismo tiempo a otro atracador que estaba fuera apuntándolo a él.

Cuando el ladrón en solitario salió de la caja fuerte llevaba una gran bolsa al hombro. Al salir pasó cerca de la mujer. Según lo que recuerda Hansen, la mujer estaba asustada y gritó todo el tiempo

zumbido que implicaba que las gavetas podían abrirse. Las vaciaron de una en una. Le ordenaron que volviera a tumbarse y entonces ella vio que llevaban botas idénticas.

Una voz fuerte dijo: «¡Cinco segundos, fuera, fuera, fuera!», antes de que los dos atracadores desaparecieran. Lindh añade que durante el robo pudo oír disparos y gritos en el banco contiguo.

Cuando Leo salió corriendo al frío sin nieve pasados ciento setenta segundos, con diez de sobra, se sintió perseguido por los gritos de una mujer, llenos de angustia y miedo y pánico. Tal y como *debería* haber hecho su madre aquella vez.

¿Por qué ella no gritó?

Leo se corrigió la correa del hombro, tiró la bolsa dentro del maletero y saludó a Félix con la cabeza, quien estaba esperando delante del coche.

Había disparado seis tiros contra cada cámara. Le quedaban ocho.

Fue entonces cuando todo se detuvo.

Primero las miradas tan asustadas como fascinadas de la gente que estaba en los escaparates de las tiendas de comida. Después los ladridos nerviosos del pastor alemán que, atado a una de las farolas del centro de la plaza, se abalanzaba con fauces abiertas. Miradas y sonidos que, igual que los ojos y los gritos de la mujer, lo aprisionaron, hasta casi impedirle respirar.

Solo tenía que tumbarse. Estarse quieta, guardar silencio.

Él se había preparado para que a algún cliente estúpido, varón, o alguien del personal le diera por hacerse el héroe o para un enfrentamiento con la

policía local: apuntar y disparar para mostrarles que estaba dispuesto a recurrir a la violencia. A veces se había imaginado una situación de vida o muerte con una unidad bien armada de las Fuerzas Especiales. Pero esto, una mujer que se desmoronaba y gritaba y que quería salir, eso nunca lo había sopesado.

Una mujer que intentaba protegerse de un hombre violento.

—¡Dos cincuenta y cinco! ¡Cincuenta y seis! —Ladró Félix, parado junto al Escarabajo.

—¡Cincuenta y ocho! ¡Cincuenta y nueve! ¡Fuera... fuera... fuera!

Jasper y Vincent salieron corriendo del otro banco, metieron sendas bolsas en el maletero y entraron de un salto en los asientos de atrás. Félix se sentó de un salto al volante, pisó el embrague y arrancó el motor, listo para marcharse.

Pero Leo seguía fuera, inmóvil. En la plaza. Junto al coche. Sin oír a Félix cuando le gritaba.

—¡Negro 1, han pasado tres minutos!

Estaba rodeado. Todo le presionaba. El arma colgando al cuello. Una persona gritando dentro del banco, sus gritos sustituyendo a aquellos que nunca oyó de niño porque nunca se produjeron.

Una mirada fugaz al tejado del fondo.

Comenzó a caminar hacia atrás.

Félix aceleró sin levantar el pie del embrague, gritaba a viva voz.

—¡Negro 1, el tiempo, maldita sea!

Pero Leo siguió caminando.

Su cuerpo vestido de negro desapareció en la sucursal bancaria.

El arma de Leo descansaba firme en sus manos cuando apuntó. Cuando disparó a la sala.

Ocho tiros.

Y dio en el blanco, con precisión milimétrica.

Tras vaciar su arma, la bajó, regresó a la puerta y salió.

Había silencio, tal como él lo recordaba.

Nada le rodeaba, nada le presionaba.

Nadie gritaba y gritaba y gritaba.

No oía al niño que cruzaba la plaza desde el estanco presa del pánico, ni al perro de la farola con sus fauces mordiendo el aire, ni a los pájaros que se posaban en el tejado del centro comercial, ni siquiera la fricción de las botas sobre la arenilla y el asfalto.

Se movía en silencio.

Y sentía ahora lo que solía sentir antes, esa respiración calmada, tranquila y profunda que venía desde muy dentro.

John Broncks cruzó corriendo los pasillos cansados y las escaleras oscuras de comisaría, alfombras amarillas de plástico y baldosas grises y, al fondo, la puerta metálica de color verde del garaje.

A las 14.52.15 una operadora civil en su puesto de trabajo en una de las primeras filas de la enorme sala de la Central Provincial de Comunicaciones había recibido la alarma de un robo en curso en la sucursal de Handelsbanken de Ösmo Centrum.

A las 14.52.32 otra operadora, un par de sillas más allá, había recibido una alarma sobre un robo en curso en *otro* banco, SE-Banken, pero en el *mismo* sitio de Ösmo Centrum.

A las 14.53.17 Karlström había entrado en el despacho de Broncks sin llamar antes y le había explicado que lo que habían augurado había acabado ocurriendo. Cuatro atracadores con pasamontañas. Disparos. Armas militares suecas. Tres minutos exactos.

Sois vosotros.

Broncks siguió corriendo por el garaje subterráneo. En el último mes se habían cometido tres atracos bancarios en el área de Estocolmo y él había visitado el lugar del crimen en todas las ocasiones. El Sparbanken en Upplands Väsby —tres hombres en un Opel con pistola y hacha y detenidos la misma noche en un local ilegal en Värtahamnen—. El Föreningsbanken en la plaza Norrmalmstorg —un hombre de mediana edad y armado con una pistola, detenido una hora más tarde en la casa de sus padres, la habitación del niño con todo el botín y una pistola de salida perforada debajo de la cama—. Un furgón blindado de camino a la central de correos en Tomtebodavägen —dos hombres armados con escopetas de caza, aún sin detener—.

Pero ninguno le había despertado la sensación que tenía ahora.

Sois vosotros.

Arrancó el coche y pasó junto a la jaula de los técnicos de la Judicial, donde un par de semanas antes había visto en una pantalla aquello que no encajaba. Un atracador que había susurrado, protegido, sido responsable instantes antes de cometer el robo más violento de Europa. La puerta del garaje se deslizó de manera automática a un lado y Broncks continuó subiendo por la rampa en dirección a la barrera bajada y la luz del día.

Dos hermanos.

Que habían dado un nuevo golpe. Esta vez contra dos bancos, al mismo tiempo. Estaban incrementando el riesgo y seguirían haciéndolo.

En cada robo que cometéis, yo me acerco un poco más.

El calor de cuatro cuerpos adultos encerrados en un frío caparazón de metal cambiaba de forma para convertirse en un vaho lechoso que se enganchaba al lado interno de las ventanillas del coche. Félix todavía llevaba el pasamontañas puesto.

—¿Qué cojones ha sido eso? —preguntó a Leo, sin quitar la mirada de la carretera. Las manos aferradas al volante. Velocidad estable a ochenta kilómetros por hora.

—Ya lo has visto.

—¡No, no lo he visto! ¿Qué cojones estabas haciendo?

Leo también miraba al frente. A los árboles de allí fuera, que se iban multiplicando, y las casas, que iban desapareciendo.

—¡Te pasas el día con tus malditos relojes en el brazo y seis marcas de tiempo a seguir! ¡Tú, que siempre estás predicando el tiempo, el tiempo, el tiempo!

El hombro de Leo chocó con el de Félix cuando el coche abandonó la estrecha carretera para meterse por una aún más discreta, un camino rural retorcido e irregular. Las rodillas se clavaban en la guantera con cada bache. El sudor iba formando una película pegajosa bajo los gruesos monos hasta que se detuvieron junto a un hito de piedras al final del camino, limpio de nieve.

—Tenía tiempo.

Todos conocían todos los movimientos. Bajar del coche. Abrir el

maletero. Sacar tres bolsas llenas de billetes.

—¡Has vuelto a entrar!

Siguiente coche, el Mercedes.

—¡Has vuelto a entrar en el banco y te has puesto a disparar como un idiota y nos has puesto en peligro a todos!

Abrir *ese* maletero. Meter tres bolsas. Subir a *ese* coche.

El camino rural de vuelta a la carretera secundaria.

—Estamos aquí. ¿No es así, Félix? Si quieres quejarte puedes seguir cuando lleguemos a casa.

Leo miró atrás.

—Y *ahora*, pasamontañas fuera.

Cuatro cabezas que habían tenido el mismo aspecto y carecido de edad se tornaron —al retirar la tela— en cuatro individuos de unos veinte años con pelo húmedo pegado a las frentes. En un coche que venía en sentido contrario, una mujer, con un crío en sillita, se cruzó con ellos sin reaccionar.

Jasper se inclinó desde el asiento de atrás, le dio una leve palmada en el hombro a Leo y susurró:

—Primera plana.

Félix se volvió de un brinco y el coche se bamboleó sobre la línea central, él no susurraba.

—Tú cierra el pico ahí detrás.

Leo continuó mirando al frente, el arma en el regazo, el pasamontañas preparado.

Cinco kilómetros hasta el siguiente banco.

El coche delante de John Broncks estaba parado, así como el coche delante de ese. Cuando salió de la caravana y subió a la acera para poder ver toda la calle Hantverkargatan, *todos* los coches estaban parados, bloqueando cada metro de asfalto hasta el Ayuntamiento y Centralstationen.

Bajó la ventanilla, tanteó con la mano debajo del asiento y cogió la media esfera acristalada: el imán contra el techo del coche y una luz azul que comenzó a girar al ritmo de una sirena que rebotaba entre los edificios. Forzó su salida con el parachoques rascando otros parachoques, cruzó la línea

continúa y avanzó en zigzag entre coches que venían de cara y que buscaban huecos que no existían.

Todo el núcleo central de Estocolmo fuera de equilibrio.

Las calles alrededor de Centralstationen estaban o bien cortadas o estarían desbordadas por un flujo de tránsito aumentado y redirigido. Según las voces en la radio de comunicaciones, alguien había colocado una bomba en el corazón de la ciudad: la sospecha de una falsa bomba acababa de actualizarse en una carga explosiva amenazante y expertos en desactivación de explosivos, perros rastreadores y un robot antibombas teledirigido habían sido llamados al lugar.

El micrófono en una mano y el volante en la otra, Broncks hizo giros bruscos al pasar por el Ayuntamiento y subir al puente Centralbron, igual de inmóvil.

—Voy de camino a Ösmo. ¿Cuántas patrullas hay allí?

—*Una.*

—¿Una?

—*Otra en camino desde Nynäshamn.*

—Dos. ¿Dos patrullas?

Varios carriles en cada sentido en el corto puente de Centralbron, pero con el tráfico de cara separado por una rampa de hormigón se vio obligado, a pesar de las luces azules y la sirena, a reducir la velocidad mientras un coche tras otro intentaban hacerse a un lado.

—*Es lo que tenemos.*

El oficial de guardia del área policial de Nynäshamn volvió a hablar.

—*Por el momento.*

—¡No es suficiente! Necesitamos las fuerzas especiales, perros, helicóptero... ¡Son dos bancos, maldita sea! ¡Al mismo tiempo!

Gamla Stan y Slussen y en algún punto del comienzo del túnel de Söderledstunnel el tráfico comenzó a abrirse un poco.

—¿Has oído lo que te he dicho?

—*Te he oído. ¿Y quién, para emplear tu propio lenguaje, coño eres tú? ¿Y por qué, exactamente, estás viniendo hacia aquí?*

—John Broncks, Policía de Estocolmo.

—*Eso no me dice nada de quién eres, pero sí que te estás dirigiendo a un*

distrito en el que no tienes absolutamente nada que hacer.

—El banco de Svedmyra, el furgón blindado de Farsta..., es la misma banda. Llevo casi tres meses investigándolos.

Realmente, en el túnel había muchos menos coches. Aumentó un poco la velocidad, rumbo a la luz del día y el largo viaducto de allí delante.

—Llevan armas pesadas, y las usan. ¿Dos patrullas? ¡Necesitáis refuerzos!

—*Ya lo he intentado. Pero las fuerzas especiales y los perros y los helicópteros y la mayor parte de toda la actividad policial de esta provincia se están apretujando en este momento en el barrio del que tú estás saliendo. Y sabes perfectamente por qué se les ha ordenado ir allí. Pero hay algunas patrullas que están viniendo desde otros distritos.*

Luz del día. Puente Johanneshovsbron. Y una visión singular. El agua cubierta por un manto de lucio azulado allí abajo y convoyes de metro detenidos en el puente de al lado. Y entre la vía y la calzada había una corriente de cientos, miles de peatones en ambas direcciones, abrigo y anoraks con piernas que se fundían en una masa homogénea, como insectos en camino, dos ciempiés gigantes que habían estado esperando el siguiente tren hasta que habían perdido la esperanza.

En el otro extremo del puente: Gullmarsplan con andenes y escaleras y plaza repletos de aún más trenes detenidos y el bullicio que se agolpaba en colas desorganizadas para subirse a los autobuses lanzadera de emergencia que se habían solicitado. Había llegado a la altura de Globen y Söderstation y estaba a punto de acelerar en una nacional cada vez más rala cuando una nueva voz rompió el silencio de la radio de comunicaciones.

—*¡Ha explotado! ¡Todo el trasto... ha reventado! ¡El robot, es un amasijo de hierros!*

Pero en algunas ocasiones, cuando tenía lugar lo impredecible, cuando la amenaza y el peligro se podían ver de verdad y, por ende, se podían sentir, aquellas voces se volvían cercanas y reales, estaban ahí.

—*Uno de los nuestros... ¡está en el suelo!*

La voz cortó el sonido de la radio como el cuchillo que había cortado el anorak de Leo cuando él era demasiado pequeño para recordar.

—*Uno de los nuestros... ¡está en el suelo!*

La voz asustada, nerviosa, iracunda de la radio policial afirmaba que una bomba había explotado y que el agente que dirigía el robot para desactivarla había sido abatido por metralla con la onda expansiva.

Y luego se había quedado callada. Ninguna información sobre si el policía había sobrevivido o no.

—¡No tenía que explotar! —dijo Vincent, inclinándose hacia delante para ver la cara de Leo—. ¡Maldita sea, lo prometiste!

Leo bajó el volumen de la radio policial y el pitido monótono pereció. Enfrente, un cartel azul en la cuneta entre calzada y prado, SORUNDA 3, pronto habrían llegado.

—Ahora no podemos hacer nada al respecto.

—¿Y si está muerto?

—No sabemos qué ha pasado. No sabemos por qué ha explotado. Pero pienso aclararlo. Luego. Cuando hayamos terminado con el siguiente banco.

Un tractor con remolque a lo lejos, junto al cobertizo cubierto de nieve. Algunas granjas habitadas, bicicletas de niños y esquís apoyados contra la pared de las casas. Un tráiler en un área de descanso y un conductor meando detrás de un árbol.

—¿Has quitado el seguro?

Félix ajustó el retrovisor central, buscaba a Jasper en el asiento trasero, una mirada que no se cruzó con la suya.

—¿Has sido tú?

—¿De qué coño hablas?

—¡Mírame, Jasper! Maldita sea, ¿le has quitado el seguro a la bomba?

Ahora Jasper se cruzó con la mirada de Félix.

—Pues claro que no se lo he quitado.

Y se demoró, lo suficiente como para que resultara incómodo.

—¡Hay alguien allí tirado que puede estar muerto! —dijo Vincent.

—¿Y qué coño tiene eso que ver conmigo?

Félix mantenía la velocidad estable a pesar de estar mirando atrás y adelante a partes iguales.

—¡Estás mintiendo, Jasper! ¡Lo veo!

Leo había permanecido en silencio. Hasta ahora.

—¡Callaos!

—Yo la monté —dijo Félix—, sé que no iba a...

—¡Tú solo conduce, joder!

Vincent ya no veía ninguna diferencia entre prados blanquiparduscos y bosque blanquiverdoso, con el crepúsculo todo se confundía. Pero podía ver la diferencia en los ojos de Félix a través del retrovisor. Leo nunca levantaba la voz, eso lo sabían todos, pero aún menos frecuente era que Félix acusara abiertamente a alguien sin estar seguro.

El desvío a Sorunda. El pueblo con un banco solitario, el tercero. El desvío que Félix se acababa de saltar.

—Qué coño...

—Como tú has dicho, Leo. Vamos a casa. Y lo *aclaremos*.

—Este no es el camino... ¡te estás pasando de largo!

Una carretera rural que no era lo bastante ancha como para que quienes vinieran de frente no tuvieran que frenar para evitar la colisión. Pero Félix pisó el acelerador cuando vislumbraron el siguiente coche, casi cien kilómetros por hora.

—¡Da la vuelta!

—Si quieres seguir, hazlo. ¡Sin mí!

El color rojo del cuello de Félix iba ascendiendo hacia las mejillas y las sienes, y Vincent sabía qué significaba eso: Félix estaba tensando todo lo que podía tensar para mantener la rabia enjaulada, obligarla a quedarse dentro. Vincent lo vio y debería haberse preocupado, pero solo sintió calor, en el pecho. *Si vuelvo a tener esta sensación, lo dejo*. Lo había dicho y lo había dicho en serio. Y aun así, tan tranquilo. Porque si chocaban y desaparecían todos en la siguiente curva, si el agente de policía que había caído al suelo en Centralstationen ya estaba muerto, si la bomba había explotado porque alguien había querido que explotara. No importaba. De verdad que no. Por primera vez en la vida, Vincent comprendió dónde se metía Leo cuando desaparecía en sí mismo. Se sumía en una calma en la que no existía el tiempo. Ni hacia el futuro ni hacia el pasado y, por ello, tampoco ninguna preocupación. Solo el presente. El ahora. Y que en lo único en lo que podía intervenir era en lo que estaba pasando aquí mismo, en el coche, con sus hermanos.

Fuego real en dos bancos.

Una bomba que explota en el corazón de Estocolmo.

John Broncks había conducido treinta kilómetros por la carretera nacional y le quedaban veinte, el último distrito del área metropolitana sur de la capital al otro lado de su ventanilla y el paisaje se estiraba en isletas de bosques y extensos prados.

Según el jefe de operaciones en Centralstationen, los técnicos de explosivos habían constatado que el seguro estaba colocado de manera que la bomba detonara al ser retirada de la taquilla, con un único objetivo: hacer daño, quitar vidas.

Dos sucesos por separado con nueve minutos de intermedio y que de alguna forma estaban vinculados.

El crepúsculo iba desbancando al día por cada kilómetro que avanzaba, quedaban apenas diez, cuando llegara ya estaría oscuro.

—¿Broncks?

La radio de comunicaciones, la voz del oficial de guardia en Nynäshamn, ahora más amistosa.

—¿Dónde estás?

—A ocho kilómetros.

—*Hemos encontrado el coche de huida. Un Volkswagen rojo. Matrícula GZP 784. En la misma carretera por la que vas tú ahora, justo en el desvío. Verás el coche y una patrulla en un par de minutos.*

Una de las dos únicas patrullas en el sitio.

—Lo habéis encontrado... ¿a qué hora?

—15.09.

John Broncks pensó en un círculo de búsqueda que se ensanchaba a medida que pasaba el tiempo. En Farsta y Svedmyra había crecido rápidamente, se había vuelto demasiado grande.

—¿Controles?

—*Dos patrullas de Handen cortarán la nacional en dirección norte y una de Nynäshamn la cortarán al sur, cerraremos completamente la principal a lo largo de la costa. Más patrullas de Huddinge y Södertälje en camino que cortarán el interior, al este y al norte.*

Broncks contó rápidamente.

14.56: un Volkswagen con cuatro hombres encapuchados abandonan el

lugar del delito.

14.58: el mismo coche aparca a tres kilómetros de distancia.

14.59: continúan en un coche nuevo.

Un círculo que había dejado de crecer: por primera vez estaban cerca.

El desvío a Ösmo. Doscientos metros más tarde, la rala pantalla de árboles: un bosque y barniz rojo que brillaba entre troncos desnudos. Aire más frío y crudo que en el centro de Estocolmo.

El tipo de frío que pellizcaba las mejillas y la barbilla y ponía rígidas las articulaciones en los dedos que carecían de guantes.

Broncks caminó por la nieve en dirección al coche abandonado, una curva abierta para evitar las huellas que ya estaban allí. Volkswagen. Escarabajo. Rojo. Aparcado de morro frente a un abeto, casi empotrado en la corteza.

—¿Testigos?

El hombre joven tenía un labio superior con vello que intentaba estirarse para ser bigote, llevaba uniforme y lo saludó con una mano igual de helada.

—Nadie que haya visto a nadie abandonar ni llegar al lugar.

—Y... ¿este coche?

—Estamos totalmente seguros de que es el coche que han utilizado: mismo modelo y matrícula que varios testigos han visto delante de los escaparates de las sucursales.

La placa debajo de la puerta del maletero.

GZP 784.

Broncks rodeó el coche y miró por la ventanilla del acompañante. En el suelo, una lata de cerveza al lado de un envoltorio de hamburguesa, en el cenicero abierto tres o cuatro colillas. Para seguir adelante tuvo que colarse entre unos árboles que estaban muy pegados y unos setos enmarañados, y aquí hacía todavía más frío, una fina capa de escarcha cedió bajo el peso y se coló por la ranura que había entre un calcetín delgado y el borde de unos zapatos de caña baja.

Lo vio en cuanto se puso delante del coche, a pesar de la corteza que tapaba la mitad de la placa. BGY 397.

Otro número de matrícula.

Una si me cruzo con el coche de frente, otra si lo veo por detrás.

Cuando el coche pegó un frenazo en el asfalto detrás de la gasolinera abandonada, el faro derecho reventó contra la valla oxidada de la entrada y el retrovisor derecho contra un grifo que asomaba un poco de la fachada del edificio.

Félix corría a pesar de ser una de esas personas que no corrían nunca, la linterna en la mano enfocando la puerta de hierro y el candado.

—¡Félix!

Leo lo había alcanzado y ahora tiraba de su antebrazo.

—¡Todavía tenemos tiempo!

Dos kilómetros antes. El desvío. Y Félix se lo había saltado, había interrumpido un atraco doble que tenía que ser triple.

—*Tentamos* tiempo. Ahora ya no. Porque se nos ha acabado.

Leo le tiró más fuerte del brazo.

—Vamos a Sorunda *ahora*.

—En ese caso, sin mí.

La linterna en la axila. La luz en la puerta de hierro y la llave entrando en el candado.

El destartado cartel de Caltex junto al surtidor chirriaba como de costumbre, aquí siempre soplaba el viento.

—Félix, ¿qué coño estás haciendo?

Leo agarró la mano que tenía el manajo de llaves.

—Suéltame la mano, si eres tan amable. Voy a entrar aquí. Me voy a cambiar y después me voy a ir a casa.

—¡Vuelve a subir al coche! ¡Nos queda un banco!

—No habrá más. Has gastado veinte segundos en volver a entrar para disparar: dos bancos y tres kilos de billetes en el maletero, es suficiente por hoy.

Dos sombras sobre la puerta de hierro a la luz del único faro que funcionaba se convirtieron en tres cuando Jasper se puso en el medio.

—¡Llevamos semanas planeando este maldito atraco!

Había tenido el pasamontañas negro en la mano, ahora se lo puso en la cabeza, se lo bajó por toda la cara hasta el cuello.

—Vamos a hacerlo, Félix, ¡vamos a buscar dos kilos más de billetes!

El manajo en la mano de Félix y buscó la llave del coche, se la entregó.

—Entonces conduces tú.

—¿Lo dices en serio? ¿Piensas abandonar? ¿Piensas romper con lo que habíamos acordado? ¡Lo que *nosotros* habíamos acordado!

—*Nosotros* también habíamos acordado que no detonaríamos una maldita bomba.

Apuntó con la linterna a los ojos en la tela.

—*Sé que has sido tú.*

Y Jasper levantó el antebrazo a modo de protección, entornó los ojos.

—Tú no sabes una mierda.

—*Sé que has sido tú.*

Jasper le dio un golpe a Félix en la mano y la linterna cayó al suelo, se apagó.

—No pienso aguantarlo más. ¿Leo? Me...

—¡Un helicóptero!

Ninguno de los tres había oído a Vincent. Ni cuando había abierto la puerta del coche ni cuando se había acercado con la radio policial en las manos.

—¡Han conseguido un helicóptero!

—¿*Broncks?*

¿Sí?

—*Tendrás tu helicóptero.*

Hacia viento y John Broncks se pegó el micrófono de la radio a la mejilla, lo tapó haciendo cueva con la mano, las copas de los altos abetos ondeaban con fuerza. La nieve que se le acababa de colar entre la caña baja de los zapatos y los calcetines delgados había comenzado a deshacerse y caía ahora hacia el fondo del zapato.

—*La decimoprimer división de helicópteros se ha presentado de forma voluntaria. Están despegando en este momento en Berga.*

El oficial de guardia de Nynäshamn sonaba ahora igual de animado a como Broncks comenzaba a sentirse.

—*Lo oirás en un par de minutos, se dirigen hacia ti y se concentrarán en la zona alrededor de la carretera nacional.*

—¡Bien! Voy...

—*Broncks, espera un segundo. Me está entrando un... mensaje de un compañero.*

En medio de un bosque, bajo el tenue resplandor de unas farolas en la distancia.

Un pinganillo en silencio, pero si aguzaba el oído podía oír a gente hablando en voz baja, enseguida unos pasos, luego el carraspeo cuando alguien se recolocaba el micrófono.

—*Esto puede que suene un poco raro. Pero han encontrado el coche de huida. Otra vez.*

—¿Otra vez?

—*El mismo modelo, la misma matrícula. Pero... al otro lado del núcleo urbano... en uno de los caminos rurales.*

—Ahora no te sigo.

—*Volkswagen 1300. Rojo. GZP 784. Al final de un camino de tractores, junto a un hito de piedras. Está a la misma distancia del pueblo hacia el oeste de como está hacia el este el coche con el que estás tú.*

Broncks comprobó la placa de debajo del maletero. GZP 784. Y luego volvió a dar la vuelta por segunda vez en la nieve mojada para meter su cuerpo entre troncos pegados y comprobar la placa delantera. BGY 397.

—¿Tienes a alguien allí, en el otro sitio?

—Sí.

—Dile que rodee el coche.

Compañeros hablando en voz baja en el pinganillo, pero no con él. Permaneció a la espera. Hasta que volvió el carraspeo y la voz.

—*Ya lo ha comprobado.*

—¿Y?

—*Tiene otra placa delante.*

—¿BGY 397?

—Sí.

Habían robado dos coches idénticos. Les habían intercambiado las matrículas. Así tenían dos iguales con el mismo número detrás y delante para que un testigo pudiera ver y declarar.

Un círculo de búsqueda que de repente se había convertido en *dos*.

Y ahora los que perseguían tenían que duplicar los controles de carretera, duplicar el número de zonas adyacentes, duplicar la cantidad de distritos policiales circundantes.

El viento. Estaba aumentando. A pesar de que las copas parecían moverse menos que antes. John Broncks paseó la mirada en el crepúsculo que pronto habría terminado. Entonces cayó en la cuenta. No era el viento lo que estaba aumentando: eran palas de rotor cortando el aire.

—¡El helicóptero!

—¿*Si?*

—¡Hay que redirigirlo! ¡Tiene que alejarse de la costa y la nacional e ir al noroeste, peinar los caminos rurales hacia el interior!

P alas de rotor. Primero débiles y a lo lejos. Luego más fuerte, más cerca. Leo miró a un cielo que debería haber sido negro.

A unos focos rastreadores que fulminaban la oscuridad por encima de los árboles.

—¡Félix! ¡Vincent!

Estaban delante de la puerta cerrada de la gasolinera vestidos con la ropa con la que acababan de atracar dos bancos. Con tres kilos de billetes.

—¡La lona!

La policía de Estocolmo disponía de dos helicópteros que ahora volaban en círculos donde él los había dirigido: los alrededores de una estación central amenazada de bomba, a cincuenta kilómetros de distancia.

Pero esto. Un helicóptero militar. No había contado con ello.

—¡Por encima de los coches!

Si iban a ser vistos desde el aire. Si su actual posición fuera revelada. En verdad solo tenía una solución. Abrir fuego. Pero un helicóptero de modelo militar con defensa balística, chapa a prueba de balas que protege las partes vitales de la maquinaria y del personal: escasas probabilidades de derribarlo antes de que la tripulación tuviera tiempo de informar.

Félix había alcanzado el coche de empresa, movió el respaldo del asiento del conductor hacia delante y sacó una lona doblada, mientras Leo corría al coche de al lado y recogía cuatro armas automáticas de asientos y suelo, se colgó una al cuello y le pasó otra a Jasper.

—¡Tú vigila el helicóptero!

Jasper pegó un hombro en la pared de la gasolinera para usarla de apoyo, clavó la rodilla en el suelo y adoptó la posición de disparo apuntando al foco de luz.

—¡La lona sobre los dos coches!

El plástico verde oliva arrugado carraspeaba a medida que lo desplegaban, en los marcados pliegues había hojas marrones, secas y crujientes de un bosque con un depósito reventado.

—¡Helicóptero entrando!

Jasper gritaba, pero aun así resultaba difícil oírlo bajo el fuerte ruido del rotor.

—¡Nos verá en quince segundos!

Un fuerte tirón y la lona cubrió los dos coches con un manto verde.

—¡Dentro de la gasolinera, todo el mundo dentro! —gritó Leo corriendo hacia la puerta cerrada.

—¡Adentro, adentro!

La llave del candado.

Félix repasó todo el mono: bolsillos interiores, bolsillos de atrás, bolsillos de delante, bolsillos laterales. No estaba.

Volvió a buscar. El maldito traqueteo de allí arriba, llegaba más y más fuerte.

Había tenido el manajo en la mano para abrir cuando Leo le había agarrado la muñeca y Jasper le había dado un golpe a la linterna, que había caído al suelo.

—¡No encuentro la llave!

—¡Félix, joder!

—¡No la encuentro! Pero la cizalla, en el coche, debajo del segundo asiento, voy...

—¡No da tiempo!

El condenado traqueteo. La jodida luz deslumbrante.

—¿Lo hago, Leo?

Jasper. De rodillas, a su lado, el arma apuntando hacia arriba, hacia la luz que barría el suelo semicubierto de nieve.

La culata más apretada contra el hombro.

—¡Leo, estoy esperando! ¡Dame la orden y abriré fuego!

Leo se demoraba. El foco del helicóptero como la prolongación de un ojo de plata apenas a unos cientos de metros de distancia. Si respondía *fuego*, Jasper apretaría el gatillo. Si Jasper apretaba el gatillo y no daba exactamente

en el blanco, todo esto habría terminado.

—¡Debajo de los coches!

Corrió hacia la lona, levantó un borde como la entrada de una cueva.

—¡Adentro!

Vincent se metió reptando. Félix se metió reptando.

—¡Tú también!

Jasper se puso de pie, corrió dos pasos con el arma en los brazos, se tiró al suelo, se metió rodando bajo un coche. Leo lo siguió de cerca mientras el foco del tren de aterrizaje del helicóptero se precipitaba sobre la gasolinera, el patio de asfalto, la lona.

La barriga pegada al suelo, la espalda pegada al sistema de escape y el cárter de aceite.

Estaba allí. Encima de sus cabezas.

Las palas giratorias del rotor empujaban aire contra la lona, que primero empezó a tiritar y luego se puso a bailar a ritmo irregular. La luz del foco se filtraba a través del plástico, un matiz verde cortante.

Después permanecieron allí tumbados, respiraciones silenciosas. El hombro de Leo pegado al de Félix. Y sabía qué estaba pensando su hermano pequeño.

Si Félix no los hubiese frenado. Si hubiesen atracado el tercer banco.

El helicóptero se habría anticipado y los habría descubierto.

Ojo, ojo, nariz.

Un poco más abajo, cinco orificios uno al lado de otro, en semicírculo.

Una boca.

—está sonriendo.

John Broncks contó. Ocho disparos. En el cristal blindado que había sobre el mostrador de caja.

Estaba en el centro de una sucursal bancaria evacuada: clientes y personal habían sido desplazados a la sala de lectura de la biblioteca, al otro lado de la plaza, a la calma y el calor para ser interrogados por la policía local. Una mujer joven había sido trasladada al hospital, en completo silencio, a pesar de que otros testigos la hubiesen descrito como alguien que gritaba sin parar, un

brazo dislocado y un par de heridas externas, daños físicos que pronto se curarían, pero ese griterío... volvería.

Cámaras de seguridad en el suelo. Esquirlas de cristal. Y en la sucursal que había al otro lado de la pared tiroteada: lo mismo.

Tres minutos, atraco doble, y luego desaparecer en un coche que se encuentra en dos sitios a la vez.

Controles de carretera sin resultado. Helicóptero militar sin resultado.

Y vosotros: vosotros estáis fuera del área de búsqueda.

El cristal blindado de una de las cajas presenta orificios de bala en forma de cara, también esto se contempla dentro de mediciones y registros separados.

Broncks se acercó más. Miró la cara que lo estaba mirando.

Ya habías acabado. Habías huido de la escena. Y volviste para hacer esta sonrisa, disparo a disparo.

Una marca.

¿Qué narices significa? ¿Por qué me sonríes? ¿Porque te has esfumado sin dejar rastro, otra vez? ¿Porque has cometido el primer doble robo de Suecia?

¿Porque vas a hacer algo incluso más grande la próxima vez?

Miró a la cara y la cara le devolvió la mirada.

Última hora de la tarde y oscuridad fuera. De lejos se hacía fácil seguir los pasos de Vincent y Félix mientras iban de la cocina al salón atravesando estancias iluminadas y luego el resplandor azulado de un televisor que se encendía.

Leo y Jasper seguían al aire libre.

El viento enfriaba unas mejillas calientes mientras unos cuerpos tensos poco a poco se iban soltando. Se habían quitado la membrana de atracadores, los monos, y ahora se evaporaba la siguiente membrana, la de sudor.

Cuando las palas del rotor del helicóptero se hubieron desvanecido y el

foco de luz se hubo apagado habían salido de su escondite y habían retirado la lona. Habían partido el candado por segunda vez, se habían cambiado de ropa y se habían marchado con la pickup de la empresa, Félix en el asiento del conductor y Leo, Vincent, Jasper en la plataforma de carga, debajo de la cubierta rígida, tras una pared de material aislante. No habían intercambiado ni una palabra. Ocho disparos en un cristal blindado y una bomba detonada se interponían entre ellos.

—Te lo juro.

Jasper se movía intranquilo delante de Leo.

—El seguro estaba intacto cuando cerré la puerta. ¿Leo? ¡Te lo juro y prometo!

Al otro lado de la valla la cortina de tráfico en hora punta, personas de vuelta a casa después de *sus* jornadas laborales.

—Era una construcción mía, Jasper.

Leo miró la casa y ahora Félix se había puesto de pie, el mando a distancia claramente en su mano.

—Yo la diseñé y la construí. Y Félix la construyó. Y tiene razón. No puede haberse detonado por sí sola.

—Joder, Leo..., ¿tienes idea de lo que se siente?

Jasper negó con la cabeza y se golpeó fuerte en el pecho con el puño cerrado, varias veces.

—¿Tienes idea? ¿Cuándo estás ahí y no me crees? Me... duele, joder. ¡Me duele!

Ahora Félix se sentó en el sofá. Y parecía que Vincent se sentaba a su lado.

—Entonces explícamelo. ¿Cómo ha sido? ¿Cómo es posible que haya detonado?

El puño cerrado de nuevo contra el pecho, no tan fuerte.

—Yo qué coño sé. No fui yo quien la construyó. Leo..., ¡lo juro! Solo cumplí con las órdenes que se me habían dado.

El tráfico continuaría y quizá incluso aumentaría: todavía faltaban un par de horas para que la mayoría de la gente hubiese llegado a su casa. Entraron y Jasper se perdió en la cocina.

Leo subió las escaleras al primer piso. Félix y Vincent en el sofá, junto a

la mesa redonda. La radio policial en el centro, rodeada de vasos y botellas. Estaban allí sentados exactamente igual que después de Svedmyra, pero esta vez sin risas, sin voces de frenesí. Y *whisky* en vasos anchos a tragos taciturnos en lugar de champán con burbujas.

—Enciende la radio —dijo Leo.

—No.

—¿Félix? Quiero oír lo que dicen.

—Las noticias están a punto de empezar.

Leo se sentó en uno de los sillones y se sirvió unos pocos centímetros en un vaso.

—No estés tan mosqueado, allí fuera hay más de dos millones metidos en unas bolsas.

En lugar de responder Félix toqueteó el mando apuntando a la tele y subió el volumen.

—Relájate un poco, ¿no?

—¿Qué me relaje?

Félix se había llenado el vaso a la mitad. Lo vació de un trago.

—Volviste a entrar. ¿Lo tenías planeado o... es que te dio un jodido calentón?

—No fue ningún jodido *calentón*. Solo me pareció... oportuno.

—¡Pues a mí no me pareció nada oportuno! Estabais saliendo al coche. Estábamos a punto de largarnos.

El sonido del televisor cambió cuando las noticias arrancaron con una pantalla en miniatura.

—¿Puedes subirlo un poco más?

Jasper llegó de la cocina, cuatro botellas de cerveza entre los dedos en cada mano.

Una bomba que había sido colocada en una taquilla de Centralstationen en Estocolmo ha detonado poco después de las quince horas cuando el robot de la policía iba a comenzar la labor de desactivación.

Vincent, que estaba sentado en la punta del sofá, se inclinó hacia delante

para ver mejor.

Vio imágenes a larga distancia de una estación de trenes en una ciudad capital.

Oyó un petardazo sordo.

Y luego, un *zoom* veloz y tembloroso sobre humo gris oscuro que brotaba del vestíbulo, ascendía, se disipaba.

Pero no las imágenes que él quería ver y oír, las que llevaban pesándole desde que sentado en un coche de huida había oído la voz asustada y colérica en la radio policial informando de una bomba que había estallado. Las imágenes de alguien que yacía en el suelo. Quizá de manchas de sangre en una sábana blanca o sobre asfalto negro. Quizá de una camilla, quizá de un enfermero. Nada. La dichosa noticia solo mostraba montañas de escombros en escaleras y vestíbulo y salas de espera, más vallas peatonales, más viajeros en largas colas.

Un técnico de la policía sufre heridas leves de metralla y ha sido ingresado en el hospital de Sabbatsberg.

Ahora. Por fin. Una imagen de una ambulancia.

Vincent se hundió y se hizo una bola en el sofá. El policía no estaba muerto.

Y debió de reírse, un poco. Había sido tan raro. Todo esto, los últimos meses, era como si no hubiese sido real. Se parecía más a la peli de la que solían hablar, después. Un atraco dividido en escenas. Pero ahora. Sentía que lo era. Real. Y sabía que lo sentía porque lo que había pasado había sido tan inverosímil. Solo cuando era sobradamente inverosímil podía ver y oír y oler y sentir, y se volvía una única línea con lo que allí estaba pasando, en la tele.

—¿Ya estás contento?

Félix se sirvió medio vaso otra vez, puro de malta, y se lo bebió, otra vez.

—¿Estás orgulloso, Jasper? Una bomba. Y en pleno centro. ¿Te sientes... bien?

—No es culpa mía si las cosas que fabricas explotan cuando no toca.

—¡Sé que has sido tú!

Félix se levantó del sofá, agarró a Jasper por la camisa, lo levantó de un

tirón.

—¡Suéltame!

Un botón de la camisa rebotó sobre el parqué. Respiraciones fuertes. Jasper agarró las manos de Félix, que a su vez se aferraron aún más a la tela.

—¡Sentaos, maldita sea! —dijo Leo, empujando las manos contra sus pechos—. ¿Qué coño estáis haciendo? ¡*Que os sentéis!*

—¡Sé que está mintiendo!

—¡Siéntate!

—¡No pienso estar en la misma habitación que este capullo!

Félix soltó el cuello de la camisa de Jasper al mismo tiempo que este soltaba las muñecas de Félix y comenzaba a abrocharse los botones que seguían en su sitio.

—Félix, cállate.

Leo miró a un hermano pequeño con el cuello enrojecido y la mandíbula tensa.

—Creo a Jasper. Me ha mirado a los ojos y me lo ha jurado.

—¿O sea que le *crees*?

—Le creo.

—No se puede confiar en este imbécil, al vigilante le metió el cañón en la boca y se quedó disparando tanto en Sköndal como en Svedmyra y, joder..., hoy... parece que se esté extendiendo, ¿o no, Leo?... ¡Yo ya no me fío de él y tenemos que poder confiar los unos en los otros, no me jodas!

—Pero *yo* sí confío en Jasper cuando me dice que no ha sido él.

—¡Entonces tú también te puedes ir a la mierda!

Félix volcó uno de los sillones y salió al pasillo.

—Escuchadme todos: no tiene ninguna importancia.

Tres días antes, al ver cómo se fabricaba una bomba, Vincent había protestado por primera vez contra alguien que le había enseñado a caminar. Sabía que seguramente era él mismo quien había comenzado todo aquello.

—Ya no la tiene, Félix. Nadie ha muerto.

Él había empezado todo aquello. A lo mejor él era el único que podía ponerle fin.

—Que le den por saco. No volvemos a hablar de ello. Y vosotros... dejáis de pelearos.

Miró a Félix, que se había detenido en el umbral, a Leo, que levantó un sillón volcado, y a Jasper, que se había cansado de los botones que ya no estaban y se había quitado la camisa.

—Vincent tiene razón.

Leo chocó con la mesa, botellas chocaron con vasos que chocaron con la radio de policía cuando señaló la pantalla del televisor y las imágenes de una estación central sumida en el caos que saltaron a unas imágenes de un pueblo menor a algunos kilómetros al sur de Estocolmo: cintas de balizamiento de la policía y curiosos delante de los escaparates de dos bancos con mobiliario tiroteado y dos puertas de caja fuerte abiertas.

—No *importa* nada. Lo único que importa es que estamos aquí, juntos. Y que los de allí fuera todavía no saben quiénes somos ni qué vamos a hacer la próxima vez.

Un caballo negro. Con crin frondosa y ondeante. Y que cuando se levanta sobre las patas traseras se lo queda mirando. Vranac. Una etiqueta de una botella de vino.

Eso es lo que ven los demás. Pero este caballo está libre y es indomable. Él puede verlo. Mientras los demás simplemente creen que están bebiendo un vino barato que sabe a ciruelas y tierra.

Ivan estaba sentado a la mesa en el banco de madera de la cocina. Había pasado la mayor parte del día así, a veces lo hacía, mucho frío fuera y un montón de tiempo libre. Una mano firme alrededor del tapón de rosca hasta desprenderlo, la mitad de la botella en una olla con un par de cucharadas de azúcar que se derretiría lentamente antes de que se sirviera una taza grande casi limpia. Después de los diez primeros cupones y la primera botella y los primeros cigarros había llamado a su hijo mayor. La segunda llamada en tres años y sin la libreta de teléfonos no había estado seguro de si era el número correcto. Lo era. Pero no la voz. Irritada y cortante y *no tengo tiempo*. Después, el radiotransistor y un extenso noticiario sobre una bomba en una consigna de maletas en el centro de Estocolmo que había que desactivar pero que había acabado estallando. Una bomba en plena ciudad. Llevaba tres décadas viviendo en Suecia; las bombas eran de esas cosas que encontrabas

en otros sitios y que él había dejado atrás. Y luego, otros veinte cupones, y quizá media botella más y un buen puñado de tabaco y Radio Estocolmo comentando el atraco a un banco, incluso dos atracos, aquí, en Ösmo, a menos de quinientos metros de su ventana.

Un caballo negro que se empinaba. Recordó un caballo blanco que le había regalado un Leo de ocho años el día de su treinta y cinco cumpleaños. Un caballo blanco de porcelana que estaba tumbado, descansando. De un hijo que había visto la etiqueta en la botella tantas veces, creyendo que eran los caballos lo que le gustaba.

Más tragos. Tierra y ciruelas. Y caliente desde el cuello hasta el pecho.

La ventana había estado abierta pero no había oído disparar a nadie, sabía perfectamente cómo sonaba —explosiones fáciles de distinguir de los petardos de fin de año, un tiro mermaba mucho más rápido—. Debería haberlo oído, si alguien había disparado.

Sobre el estrecho radiador del lavabo colgaban cuatro calcetines que había lavado a mano, el vino que neutralizaba el dolor de la rodilla ahora también ahuyentaba la humedad que todavía había en las costuras de los calcetines cuando los deslizó dentro de sus zapatos marrones desgastados.

Dos americanas en el perchero. Titubeó entre gris claro y gris oscuro.

Gris claro.

Las manos en los bolsillos de la americana y la tela se ciñó a la espalda cuando salió y bajó la escalinata y cruzó la verja. El sobre con billetes todavía le impedía abrochar el bolsillo de la pechera, aunque se había vuelto más delgado. Dinero *de bolsillo*. Cuarenta y tres mil que ahora eran veintinueve mil quinientas. Rolling, Rizla, Vranac y una buena cantidad de keno.

Pasó por delante de las casas unifamiliares y pareadas de la calle aletargada, bajó la cuesta y más o menos a la altura de las paradas de autobús delante de la biblioteca vio el primer coche patrulla. Después, la plaza acordonada y los jodidos polis en sus uniformes oscuros y ridículas gorras, se iban paseando para hablar con todo aquel que quisiera contarles algo bajo unas lámparas que alguien había colgado sobre sus cabezas y que pretendían simular copos de nieve y gnomos y cabras de Navidad. La maldita Navidad. Gula. Gente poniéndose gorda: cerdos muertos que alimentaban a cerdos vivos. La alegría preconcebida de cuando todos tenían que reír hasta que los

niños gritaran. Pero, por una vez en la vida, la iluminación navideña cumplía una función: iluminaba el lugar del crimen como si de un escenario se tratara. El Papá Noel más grande era el que más luz arrojaba, un resplandor que inundaba caras que se volvían importantes, las que habían estado presentes y que ahora podían relatar un acontecimiento que era único y que por ello los convertía a ellos quizá también en algo único.

Ivan estiró el cuello, la cabeza por encima de la muchedumbre. Ahora los veía con más claridad: los escaparates de los bancos y los que se movían allí dentro.

El poli panoli.

Era él. Uno de ellos. Ivan estaba seguro.

El panoli que le había pasado la identificación por las narices, un maldito emblema sobre la palabra POLICÍA en el umbral de su casa, el panoli que había insinuado que Ivan Dûvnjac era un mísero ladrón de casas, una rata asquerosa que husmeaba en las viviendas de los demás.

Se fue abriendo paso entre cuerpos llenos de curiosidad y pudo seguir al panoli con la mirada mientras este se paseaba por la sucursal inspeccionando cámaras de seguridad caídas al suelo y sillas volcadas y cajones de dinero puestos del revés. Junto a él, en el suelo y de rodillas, una mujer vestida con mono de plástico blanco y guantes de látex que recogía casquillos de bala. Ivan se quedó allí de pie hasta que el panoli se dio la vuelta y miró a los que lo estaban mirando a él.

Deberías reconocerme. Fuiste a buscarme, me provocaste. Y ahora me miras como si no existiera. Porque no viniste para preguntarme sobre robos en el barrio.

Entonces el panoli cambió de sitio, se metió detrás del mostrador y caminó hacia lo que Ivan intuyó debía de ser la caja fuerte. Y de pronto fue posible ver lo que el poli había estado contemplando sin entender.

Ocho orificios en un cristal blindado.

Y que juntos configuraban... una cara. Con dos ojos y una nariz y una boca que sonreía torcida.

Una jodida sonrisa de burla. Dedicada al poli panoli y sus colegas.

Ivan estaba allí de pie en la oscuridad de la tarde delante de un escaparate de un banco mirando una cara entre cristales rotos y casquillos de bala e

intentando no escuchar a la gente de su alrededor que no paraba de hablar de lo que habían visto y que ya había comenzado a cambiar de forma, crecer, aumentar, hacerse más grande. Y pensó en racimos. Acontecimientos que aparentemente no tenían nada que ver pero aun así se aferraban los unos a los otros, igual que las combinaciones de números en un cupón de la keno, pensó en el poli panoli y el sobre en el bolsillo y dos bancos que habían sido atracados a quinientos metros de su casa y una sonrisa que también era de burla, que sonreía a los que buscaban pero también, al mismo tiempo, a los que en aquel momento estaban allí fuera. A él.

Salió de la muchedumbre y por cada paso que se alejaba se hacía más intensa la sensación de que alguien lo estaba observando; dos ojos huecos que jamás parpadearían persistían en su espalda.

entonces
segunda parte

Siguen sin moverse el uno al lado del otro en un estrecho ascensor, bajo ese tipo de iluminación que te destroza los ojos. Siguen observándose el uno al otro en el delgado espacio que hay en el extremo superior de un espejo, la capa de espray de pintura que allí no es tan gruesa. Y a veces, solo por un instante para que papá no se dé cuenta, Leo mira de reojo el cuchillo Mora, que sigue en la mano de papá y que se puede ver a pesar de que él apriete tanto los dedos que casi se le ponen blancos alrededor del mango de madera.

—Lo has hecho, cabroncete.

La voz de papá que tiembla, por dentro. Y papá que se la traga, igual que suele hacer él mismo.

—Podría haberte perdido.

—Oye, papá, todo saldrá bien. Porque lo tenía todo pensado. Me han seguido hasta aquí. Y tú lo has visto. Cuando les he dado en la nariz, así, justo en el blanco.

—Abre la puerta.

—¿No quieres verlo? Así, justo en...

—¿Vas a abrir la jodida puerta del ascensor algún día o no?

La voz de papá suena casi como siempre. Ya no debe de temblar tanto por dentro.

Leo abre la puerta del ascensor, la del piso.

Sabe que es el mismo piso de cinco habitaciones de la séptima planta en el centro de Skogås: el piso del que ha salido hace tan solo un momento.

Lo sabe, y aun así, como si las habitaciones fueran más pequeñas.

Estrechas. Apretadas.

Siente como si tuviera que agachar la cabeza para no tocar el techo cuando

papá le pide que se quite el anorak y el jersey. Y tiene un poco de frío, piel de gallina desde la barriga hasta el cuello mientras papá inspecciona primero el corte en la manga del anorak y el agujero en el hombro. Después el rasguño en su hombro de verdad, justo donde termina la clavícula, el que ya no sangra, los dedos de papá sobre el rastro seco, irregular.

—No me duele nada, papá, casi no me ha tocado y...

Papá ya se ha metido en la cocina. Gira el botón del fogón eléctrico, poco a poco el calor va fundiendo el vino con el azúcar. Se sienta a la mesa de la cocina, se sirve la mitad en un vaso.

Leo observa su espalda, le gustaría sentarse allí a su lado, volver a enseñarle el rasguño, la sangre que se ha vuelto marrón y que ya no nota. Continúa por el pasillo que era tan largo y ahora es tan corto, se detiene en la puerta abierta: Vincent, que ha juntado todos los soldaditos del suelo en una gran masa de gente y que se mete debajo de la cama para buscar una pelota de tenis nueva entre motas de polvo, que se vuelve hacia Leo y sonríe.

—Mira, Leo, una bomba, mira, todos se caen a la vez.

Y que luego, cuando la mitad sigue en pie, vuelve a buscar la pelota y la suelta y la vuelve a buscar y la suelta hasta que todos han caído y están tirados en el suelo, juntos.

—Vamos a quitarlo, Leo. —Félix susurra a su espalda—. El saco de boxeo. Entramos y cerramos la puerta.

Félix mueve el taburete que tiene tres patas hasta el centro del despacho, se sube, estira los brazos hacia el gancho del techo sin alcanzarlo.

—Aquí va una lámpara. La que papá quitó. Si hubiese estado aquí, Kekkonen no te habría rajado con el cuchillo de papá... y tú no habrías casi muerto.

—No ha pasado nada. ¿Félix? He podido con ellos. Los he derribado a los dos.

—Esto no se va a arreglar nunca. ¡Nunca! ¿Me oyes?

Félix intenta de nuevo, en el centro del taburete y de puntillas, el brazo le tiembla, la mano estirada un poco más arriba, hasta que sus dedos tocan el gancho, pero no puede descolgar el saco. Se sienta en el taburete, junta los labios y cierra la boca, como hace cuando llora y no quiere que se vea.

—¿Estás triste?

Tiene siete años. Cuando tienes siete no llegas a un jodido gancho en el techo y no puedes descolgar un condenado colchón.

—Nnn.

Un no cortado, incompleto.

—Puedo oírlo.

—No lo estoy. Es el maldito saco. Y el maldito gancho.

Félix se pone de pie y lo golpea, lo golpea varias veces. Hasta que se cansa y mira a Leo, que alcanza justo, empuja el saco de boxeo hacia el techo hasta que el ojal salta del gancho y el colchón cae al suelo. Después coge la lámpara de la mano de Félix, primer intento, está en su sitio.

Salen del cuarto que desde el primer día era el más pequeño del piso, pero que ahora lo es aún más, demasiado pequeño como para volver a entrar jamás.

En el de Vincent hay más espacio. Se sientan en sendos extremos de la alfombra que representa una ciudad, observan a un hermano pequeño que ha colocado de pie a todos los soldados de plástico, que sujeta una pelota de tenis en cada mano y suelta dos bombas de manera simultánea.

Llevan allí bastante rato cuando oyen el sonido que tan bien reconocen y que atraviesa las paredes *piiip-pip-pip-pip-pip—*, que se repite —*piiip-pip-pip-pip-pip—* y se repite —*piiip-pip-pip— pip-pip—*.

—¡Vamos!

Por un momento, Vincent deja estar los soldaditos, alineados, sin bombardear, y corre hacia la ventana, se sube a la caja de Lego.

—¡Leo! ¡Félix! ¡Aquí!

Se ponen a ambos lados de su hermano pequeño y miran por la ventana. El camión azul celeste de los helados que pita tan fuerte está esperando delante del número dos —la escalera dejas— per, su padre es el que suele tirar condones desde el balcón a la parte de atrás, que en la caída se quedan enganchados y se convierten en hojas blancas en el gran árbol—, después delante del cuatro —la escalera de Marie, ella y Leo casi se han metido mano una vez— y luego delante del seis —la escalera de los turcos, Faruk y Emre y Bekir—, y vuelve a pitar cuando se acerca al portal donde viven ellos, donde se quedará el tiempo que haga falta mientras haya clientes.

—¡Chicos!

El jodido claxon. Por eso no habían oídos sus pesados pasos acercándose

por el pasillo.

—¡Mis chicos!

Es difícil de saber. Si papá está enfadado. La voz no suena así. Pero tiene esos ojos.

—¡Helado! ¡Joder! Un poco de helado para mis chicos. ¡Poneos la chaqueta!

Vincent vuelve a correr, de la ventana al pasillo y a la puerta. Félix camina despacio, pero le sigue los pasos. Leo se queda donde está, los soldaditos allí abajo y las dos pelotas de tenis en sus manos. Las suelta y caen, todos.

Después ayuda a Vincent a ponerse los zapatos que una vez habían sido suyos y el mono acolchado impermeable que tanto le había gustado a Félix, lo abrocha hasta arriba y por último le pone el gorro que ninguno de los dos había tenido antes que Vincent; mientras papá vacía lo que queda de vino en dos botellines de refresco con grosellas negras en la etiqueta.

Era casi invierno cuando estaba junto con papá en el ascensor hacía menos de una hora. Ahora, cuando abren el portal, es primavera: las aves, los árboles, el sol. Y allí está el camión, en el mismo sitio en el que hace un momento había un cuchillo Mora.

—¡Chicos, ¿cuál queréis?!

Papá tiene un billete de cien en la mano. Papá, que tiene otro aspecto. Ha tomado del vino tinto, pero no es eso. Está temblando otra vez. A pesar de estar sonriendo. A pesar de beber un poco más de la botella de refresco de grosella. Papá está temblando. Por dentro.

—Ese.

Escogen.

—A lo mejor... ese.

Bueno, es Vincent el que escoge.

—No. Ese.

Los que son de color verde y saben a pera, un cartón sin abrir.

—Venga, chicos, vamos a dar un paseo. ¡Vamos a comer helado y dar un paseo!

Papá es alto, también si lo comparas con otros padres. Y cuando se sube a Vincent a los hombros hay un bueno trecho hasta el suelo. Leo camina a su lado, Félix unos pasos más atrás. Todos llevan un polo verde en la mano y

ahora papá bebe de la otra botella de refresco de grosella. Caminan, *pasean*, a través del gran aparcamiento, en dirección al prado y el campo de fútbol que tiene porrerías y redes nuevas, y luego hacia el bosque que se extiende a lo largo de la ensenada, donde se puede oír el sonido del hielo que se resquebraja.

E stán sentados en una pequeña península. Un buen trozo de tierra que se adentra en el agua y que vuelve más irregular la línea costera. Anchos bloques de piedra unos encima de otros, un puzle con bordes que no terminan de encajar. Solo hay dos árboles en toda la punta. Abetos, no muy altos, y con troncos más oscuros en la parte inferior, ahora que la humedad se pega en ellos como suele hacer cuando la nieve se derrite a toda prisa.

Casi trescientos metros hasta la otra orilla. La ensenada de Drewiken. En verano conseguirá nadar toda esa distancia. Ya lo ha intentado, el año pasado Leo llegó hasta la mitad una tarde que la superficie del agua brillaba inmóvil. Y las fuerzas le habrían llegado. Está convencido. Pero había dado media vuelta porque Félix y Vincent se habían quedado en la roca y estaban gritando tan fuerte que sus voces rebotaban en el peñasco y él había tenido que volver enseguida porque acababan de comer y si nadabas te hundías como un ladrillo y allí fuera es bastante hondo.

Si vas en barco desde aquí, media hora más o menos, llegas a Farsta y Sköndal, donde viven los abuelos, y quizá cuando sea mayor también nadará hasta allí algún día. Por lo menos si se mantiene cerca de la orilla, donde las olas son más pequeñas y sin haber comido antes, y si lleva ropa seca metida en una bolsa bien cerrada y atada con una cuerda a la espalda.

Papá está sentado debajo de uno de los abetos y traga tan fuerte que pueden oírlo.

Y cuando papá hace ruido, entonces sabes dónde, cómo.

Es cuando no hace ruido, es entonces cuando se nota, todo el cuerpo se prepara.

También la segunda botella de refresco de grosella está vacía, primero cae una gota y luego otra y luego nada más y papá la deja en el suelo y la botella

comienza a rodar por la roca, hacia el hielo y el estrecho espacio que se ha convertido en agua justo en la orilla, la parte que primero se derrite.

—Recoged los palos de los polos.

Leo revisa el suelo en busca de palos repartidos entre la hierba cansada y las hojas marrones. Han comido tantos. El estómago, si lo aprieta un poco, sigue tenso.

—¡Todos y cada uno de ellos! Y venís aquí. Con los palos en la mano.

Cuentan once y se dirigen a los dos abetos y papá y su palma de la mano abierta.

—Dádmelos.

Tienen que sentarse a su alrededor, como tres indios alrededor del jefe de la tribu.

—Bien. Y ahora cogéis uno.

—¿Cada uno?

—Un palo cada uno.

Cogen uno y se vuelven a sentar en sus puestos de indio, sostienen tres palos de helado y esperan.

—Ahora quiero que los rompáis.

Todos oían lo que papá estaba diciendo. Pero no comprendían.

—Por la mitad. Partidlos.

Partir. Romper. ¿Un maldito palo de polo?

—¿Leo?

La voz de papá es impaciente, irritable, suena como cuando puede ocurrir cualquier cosa.

Toma aire, suelta aire.

El palo de helado que se estira como un puente entre las manos de Leo y él aprieta, lo parte.

Por la mitad.

Tan fácil.

Félix hace luego como Leo: dos extremos entre dos manos. Le duele cuando el palo le aprieta la piel y los huesos. Otra vez. Otra vez.

—¿Félix?

Félix vuelve a apretar, hace caso omiso del dolor que siente cuando las puntas se le clavan en la carne. Y el palo se parte. Antenitas correosas que

despuntan de cada superficie de ruptura.

—¿Vincent?

El cuerpo de tres años con las piernas de tres años se dirige al agua, el viento en su ralo pelo, se pone de rodillas y recoge algo de la orilla, después regresa con una piedra igual de grande que las manos que la llevan. El palo de helado sobre la superficie irregular de la roca. Los brazos de tres años estirados por encima de la cabeza y la piedra con fuerza contra ella. Tira y va a buscar varias veces y tanto el jefe de la tribu como los otros dos indios se apartan un poco para no sufrir el rebote del medio kilo de materia sólida.

El palo se parte un poco, al menos en una punta.

—¿Cómo ha ido?

Se han reunido en el círculo y Leo y Félix muestran sus palos en dos trozos.

—¿Están partidos?

—Sí.

—¿Del todo?

—Sí.

—Bien. Y ahora, Leo, tú que eres el más fuerte. Toma. Te doy cinco palos. Pártelos. Al mismo tiempo.

—¿Con las manos?

—Como acabas de hacer.

Mira a papá que temblaba por dentro y que ya no lo hace. Papá, que se dirige a algún sitio sin decir adónde.

Cinco palos de polo. Un puente mucho más ancho entre las manos. Leo tensa los hombros, los brazos, los dedos. Y aprieta. No lo consigue. El dolor es punzante en las palmas de las manos cuando aprieta de nuevo y luego otra vez y los cinco palos de polo se resisten.

No puede.

—No...

No tiene fuerzas para mirar a papá. A los ojos que son los mismos ojos que miraron al del pelo rizado que era un parásito y que tenía un favorito entre los sin techo delante de Centrum y que gritaba con una lata de cerveza en la mano hasta que se vio desgreñado por un cuchillo Mora.

—... puedo.

Cinco palitos delgados de helado. Leo los deja caer y rebotan en la roca.

Cierra los ojos. Nota la mano de papá. No está enfadada, solo se queda ahí en su hombro, ligera.

—Eso, hijos míos..., es nuestra familia. Nuestro *clan*.

Papá recoge los cinco palitos, los muestra uno por uno y los va pasando lentamente por delante de sus caras.

—Este palo es Vincent. Este es Félix. Y aquí tenéis a Leo. Y... mamá. Y... papá.

Después junta todos los palos.

—Un clan se mantiene siempre unido.

Ahora los palos están entre sus grandes manos.

Vincent. Félix. Leo. Mamá. Papá.

—*Nosotros* somos un clan. *Vosotros* sois *mi* clan.

Y trata de partirlos, varias veces, sin lograrlo. Ni siquiera él.

—Si un clan lo hace, si se *mantiene unido*, nadie podrá romperlo jamás. A veces mamá no lo entiende. No entiende qué es estar realmente unidos.

Están sentados más cerca, el aliento huele a vino salido de una botella de refresco.

—El clan es pequeño, pero nunca sucumbe. El clan tiene un líder que dirige, y le entrega la responsabilidad al siguiente líder. ¿Entendéis?

Todos asienten con la cabeza y papá los mira. Sobre todo a Leo.

—¿*Tú* lo entiendes, Leo?

Los ojos de papá se parecen a los que tenía en el ascensor. Pero mejor. Sin espejo de por medio.

—Incluso los grandes ejércitos han intentado aplastar clanes pequeños sin haberlo logrado nunca, ¡porque un clan son los miembros de una familia que siempre se apoyan los unos a los otros!

Los mira y ellos se percatan de que ha dicho algo importante.

E intentan corresponder.

—Como... ¿indios? —dice Félix.

—¡No! ¡No, no, no! Las tribus de indios, son como... sociedades normales, yo hablo de clanes, lazos familiares, como... Gengis Khan. O como los cosacos.

Papá se levanta y se tambalea un poco sobre la roca.

—Los cosacos no tienen país..., solo tienen su familia y su parentela y son nómadas y no necesitan ningún sitio, pueden mudarse a cualquier lugar porque se tienen los unos a los otros.

Cruza los brazos a la altura del pecho, poniendo una mano en cada hombro, se encoge un poco sobre piernas flexionadas como una rana y empieza a patalear, va lanzando las piernas hacia delante una detrás de la otra y ya no es ninguna rana, ahora es más un saltamontes que canta algo que suena como *Kalinka*. Patalea hasta que tropieza y deja de ser un cosaco, su gran cuerpo cae de culo sobre la roca y se golpea la cabeza, pero se ríe a carcajadas de esa manera en la que papá no se ríe casi nunca.

—En un clan, *un dan de verdad*, nadie hace nunca daño a nadie.

Al cabo de un rato se incorpora otra voz.

—En *un clan de verdad*, nadie delata nunca a nadie.

El aliento a vino se mezcla con el olor a sudor de una gruesa camisa de carpintero.

—En *un clan de verdad*, todos se protegen.

No es así, Leo lo sabe. Pero es la sensación que tiene, como si papá estuviera hablando solo con él.

—Si no... lo acabas perdiendo todo.

Se quedaron un rato considerable, papá iba cambiando de postura en la roca, ora sentado, ora tumbado. A Leo siempre le había parecido un poco raro que alguien que en un momento estaba bailando y cantando *Kalinka* fuera la misma persona y el mismo padre que después se encerraba en sí mismo y que en ese recogimiento pudiera decir cosas que Leo no entendía, sobre cuando él era pequeño y cuando se había hecho mayor y había venido a Suecia.

Uno detrás de otro en el estrecho sendero del bosque. Mediodía. Un poco más de frío y el anorak más ceñido al cuerpo. Se marchan a paso bastante tranquilo, pero aun así a medio camino tiene que llevar a Vincent en brazos cuando sus pequeños pies se paran de golpe y ladea la cabeza, suplicante. Papá el último, ya vuelve a cantar en voz alta pero ahora algo sin palabras, ha salido de sí mismo otra vez y la quietud brilla por su ausencia, durante todo el paseo de vuelta a lo largo de Drewiken, a través del bosque y junto al campo de fútbol y el prado y la escuela y dentro del portal.

Siempre hay una botella más.

El botellero de debajo del fregadero está vacío, pero detrás hay otra, una que siempre tiene que estar allí para que nunca se termine del todo. Papá la coge con la mano y se mete en el dormitorio y se tumba en la cama deshecha y Leo espera hasta que se queda dormido para cerrar la *puerta*, es importante que papá duerma, que haya calma y que no tengan que estar preparados durante un rato.

Cuelgan la ropa de calle en tres percheros en el recibidor y Félix se queda allí de pie, observando el gran círculo alrededor de un orificio en el anorak de Leo. El corazón y el índice acariciando bordes deshilachados, dejan entrever el blanco del interior que está saliendo, intenta volverlo a meter dentro,

hundirlo, pero sale escupido en cuanto quita el dedo.

Si gira el orificio del cuchillo del hombro contra la pared se ve el corte de la manga. Si gira el de la manga contra la pared se ve el del hombro.

Y mamá, que está a punto de llegar.

Mamá, que no puede ver.

Leo va de puntillas —por los ronquidos irregulares de papá al otro lado de la puerta del dormitorio— hasta la cocina y coge el rollo de cinta adhesiva del primer cajón de debajo de la encimera, parte trozos pequeños con los que se deberían unir los agujeros pero que en verdad los hace más grandes. Félix encuentra agujas de coser, varias, pero no hilo del color adecuado por muchas cajitas y cuencos de cristal que vacíe en el suelo delante del armario del recibidor, después el tubo de pegamento del escritorio que se ha secado y que ha creado un tapón y que ninguno de ellos logra quitar a pesar de que lo retuercen hasta que les duelen los dedos.

—No va a salir bien, Leo.

—Giraremos los agujeros..., así..., hacia la pared.

—¡Lo va a ver!

—Entonces..., entonces le explicaré lo de las zarzas.

—¿Qué zar...?

—Y lo de los turcos, o por lo menos Faruk, que ha chutado la pelota al fondo de las zarzas. Y que luego me he caído cuando iba a agacharme para recogerla y que algunas de las espinas se me han clavado y han abierto dos agujeros. ¿Lo pillas?

Después llega mamá.

Y ellos están sentados en la cocina, escuchando. Oyen cómo deja el bolso en la silla y la bolsa de la compra en el suelo, cómo cuelga el abrigo en el perchero.

Y pasa de largo. Sin verlo. No ve los cortes del cuchillo.

Entra en la cocina y cuando oye los ronquidos de papá en el dormitorio pregunta qué han comido y cenado y antes de que Leo tenga tiempo de responder Vincent lo hace en voz alta desde la habitación, grita *helado* y Leo añade que después él ha hecho crepes y por un instante tiene la sensación de que mamá se lo cree.

—¿Crepes?

Sus ojos barren la cocina en busca de la sartén que no está en los fogones ni en el escurridor y los platos con restos de mermelada de fresa que tampoco existen.

Ahora responde Leo. Antes que Vincent.

—Sí.

—¿Sí?

—Sí.

No suelen verla irritada. Ahora lo está. Cada vez que unos ronquidos intranquilos, entrecortados, embriagados se abren paso a través de la puerta del dormitorio y llenan el resto del piso, a ella se le ve en la cara.

—He... fregado. Y lo he guardado en los armarios. Todo. La sartén. Y los platos.

Ella abre uno de los armarios. Pero no el de las sartenes ni el de los platos. Sino el de debajo del fregadero. Saca el cubo de la basura y los tres lo ven al mismo tiempo. Botellas vacías. Y el botellero, igual de vacío.

Está irritada. Pero no por culpa suya ni sus mentiras.

—Vale. ¿Qué queréis cenar?

Le pone una mano a Leo en la mejilla. La piel de mamá siempre es tan suave.

—¿Qué me dices? ¿Crepes?

—Crepes.

Entre todos sacan la harina y los huevos y la leche y la sal.

Y un poco de la panceta de papá, que está ahumada y que le gusta comer con cebolla y que corta en tiras gruesas con el cuchillo grande de cocina.

Crepes al horno.

—¿A qué hora se ha metido papá en el dormitorio? —Cuando hemos llegado a casa.

—¿A casa?

—Sí.

—¿De dónde?

Del camión de los helados. De dos botellas de refresco de grosella negra. De palos de polo que no se rompen, igual que no se rompe una familia.

—¿De dónde?

—Del colé.

La mano con cuidado sobre la mejilla.

—¿De dónde?

Palabras que están en la boca. Pero que no salen. Quizá por eso sale corriendo al recibidor a toda prisa cuando llaman al timbre. Cualquiera cosa menos la cocina ni responder a las preguntas de mamá con otra mentira.

—¿Están mamá o papá en casa?

Nunca había visto al hombre que está de pie en el rellano.

—¿Quién es usted?

Es alto. Casi tan alto como papá. Pero lleva el pelo corto. Y tiene ojos bondadosos.

—¿Sí o no? ¿Están mamá o papá en casa?

No parece que venda nada. No es ningún portero que quiera quejarse porque corren por el sótano ni porque alguna de las dos farolas del aparcamiento esté destrozada. Podría ser uno de esos que quieren hablar de Jesús y enseñar revistas de papel barato y dibujos con muchos colores de niños que juegan con leones. Pero que no son cómics.

—Mamá. Mamá está en casa.

No. No es uno de esos que quieren hablar de Jesús. No lleva ninguna revista en la mano. Y siempre suelen ir dos.

Y le duele un poco la barriga. Al fondo del todo, debajo de las costillas.

Es bueno que papá esté durmiendo.

Porque el que está ahí en el rellano seguro que es uno de esos que cuando pregunta por mamá o papá es porque quiere hablar de lo que Leo ha hecho o lo que Félix ha hecho o lo que papá ha hecho. Y entonces papá no debe despertarse.

—Gracias.

Leo vuelve a la cocina, escucha, papá sigue roncando. Y procura darle la espalda a la puerta del dormitorio cuando habla con mamá, que está removiendo la mezcla de las crepes con un batidor, vueltas y vueltas en el bol de plástico.

—Alguien que quiere hablar contigo.

—¿Quién?

Se encoge de hombros.

—Alguien.

Ella se lava las manos con agua caliente bajo el grifo, se las seca con el paño que cuelga del asa del horno y se va al recibidor y la puerta.

—Hola.

Mamá alarga un brazo delgado.

—Soy el padre de Hasse.

¿Hasse? Hasse y Kekkonen. ¿Los que pegaron a mi hijo?

—Y yo soy la madre de Leo —dice ella, estrechando su mano—. Y qué bien que esté aquí. Había pensado ponerme en contacto con usted.

El hombre alto asiente con la cabeza. Y suspira.

—Lo entiendo. Y lo aprecio. Porque esto... no es aceptable.

Mamá asiente en silencio y suspira también, abre la puerta un poco más.

—Pase. Así no tenemos que hablar en el rellano.

El padre de Hasse entra, pero se queda en el felpudo. Y ella ve cómo él mira lo que de alguna manera siempre han sido dos recibidores. El de ella. Y el de Ivan. El suyo con la cesta de abedul y los dibujos que le ha regalado Félix. El de Ivan, con las largas hileras de herramientas y el sable que siempre tiene que corregir y mover para que cuelgue exactamente en el medio.

—Quiero que sepa que no he venido para acusarla de nada.

Cuando le habla es como si al mismo tiempo se inclinara hacia delante y hacia abajo para hacerse más bajo.

—He venido porque quiero asegurarme de que hablará con su hijo.

Mamá cambia de postura, ya no deja caer todo el peso en la pierna derecha, ahora se balancea sobre ambas, como preparada. Nadie más puede verlo. Pero Leo puede, la conoce. Sabe que cuando ella está en esa postura se pone tensa.

—Y yo quiero asegurarme de que *usted* habla con el *suyo*.

—Ya lo he hecho. Hemos tenido... tiempo de sobra, hoy. Cuatro horas en urgencias.

—¿Urgencias?

—Sí, han...

—¿Hoy?

—Fractura conminuta. Resultado de «un impacto muy violento», según dicen.

Mamá se vuelve hacia Leo, observa la cara que con los días ha pasado de

estar muy inflamada y llena de manchas moradas a un poco hinchada y con manchas doradas, lo observa como hace alguien cuando *hace una semana* se acaba de convertir en *hoy* y altera el punto de partida de la conversación. Cuando *su* hijo se ha convertido en *mi* hijo.

Leo baja la mirada y cae en la cuenta de que los ronquidos han cesado.

—Fractura del tabique nasal.

—Lo sé. Trabajo en sanidad.

Escucha la puerta del dormitorio que se abre.

—Si yo no hubiese estado hoy en casa. Si no lo hubiese llevado directo a urgencias. Podrían haberle quedado marcas de por vida.

Escucha los pasos pesados que se acercan.

—Le han levantado el tabique. Y le han corregido el septo nasal.

Mamá vuelve a mirar a Leo. Y descubre a papá, el pelo revuelto en los lados.

—Creo... que no acabo de entender. ¿Hoy? ¿El tabique nasal? —Sí.

—En ese caso... lo lamento muchísimo. Voy a hablar con Leo enseguida. Y vamos a aclararlo. Y después iremos a verles. Y hablar de ello, todos. Usted y su hijo, yo y mi hijo.

—¿Aclarar?

Los pasos pesados. Papá.

—¡Pues claro que lo vamos a aclarar!

Papá que pasa junto a Leo y se acerca a mamá, pasa de largo, papá que se pone entre ella y el visitante.

—¿Verdad que sí, Britt-Marie?

Un visitante que está a *punto* de irse, la *mano en* la manilla y la puerta medio abierta cuando papá se le acerca un paso.

—Tú, no te vayas. Entra. ¡Entra! Que tenemos que... *aclararlo*.

Y le guiña un ojo a mamá.

—¿O a lo mejor prefieres que te invitemos a cenar? ¿Britt-Marie? Tenemos un invitado. ¡El papá de Hasse! ¡A cenar!

El visitante alto parece desconcertado, estaba a punto de marcharse.

—No se tomen... no hace falta, lo único que quería era razonar...

Mamá le sonrío débilmente. Pero a papá no.

—Ivan, el padre de Hasse y yo ya hemos terminado de hablar. Puedo verlo

contigo luego. Cuando el padre de Hasse se haya ido.

Pero papá sí. Sonríe.

—¿Terminado? Yo no he terminado. Puesto que Leo también es *mi* hijo. Así que... entra, entra. Entra en nuestra casa, papá de Hasse.

Atrapa la manilla y cierra la puerta con el padre de Hasse aún en el felpudo. Un brazo en dirección a la cocina al mismo tiempo que le bloquea el paso a mamá.

—Querías aclararlo.

Están sentados a la mesa. Papá en su sitio, al lado del cenicero y los cupones de la lotería, el padre de Hasse en el sitio de mamá. —Sí.

—¿Aclarar qué? ¿Que nuestros hijos se han pegado? ¿Que esta vez mi hijo de diez años le ha dado una tunda al tuyo de trece? ¿Que ya están en paz?

El padre de Hasse pasea la mirada, busca a mamá, que no está allí.

—¿En paz? Si es así como lo quiere llamar. Esta mañana mi hijo ha llegado a casa con heridas bastante graves. Una fractura en la nariz y...

—Espera.

Papá levanta una mano delante de la cara del padre de Hasse. Y señala el pasillo con la cabeza, el hueco de la puerta que protege.

—¿Leo?

Leo cruza el umbral.

—Hasta aquí.

No va hasta papá, pero sí entra un poco en la cocina, hasta la nevera.

—Leo, hijo, este es el papá de Hasse. Dice que has pegado a Hasse. En la nariz. ¿Lo has hecho?

La nevera emite un zumbido grave. Nunca ha parecido tan fuerte como ahora.

—Sí.

—¿Una vez?

—Sí.

Está de pie delante de una nevera en una cocina que es como la sala de un juicio y el jurado lo observa, la mitad sonríe, la otra mitad asiente con gravedad. Entonces la mitad que sonríe se lleva la mano al bolsillo del pantalón, saca un fajo de billetes.

—Toma.

Y le entrega un billete de cincuenta a Leo.

—La próxima vez que tengas que hacer las paces pegas dos veces. Entonces te daré un billete de cien.

Cincuenta coronas. Del dinero de papá. Leo coge el billete, lo acaricia con los dedos, está arrugado y lo alisa.

—Ya puedes irte. Vete, Leo, con tus hermanos.

Luego papá le guiña un ojo al padre de Hasse, como le acaba de hacer a mamá.

—Pues eso. Que ya están en paz. Tu hijo pegó primero al mío. Después mi hijo pegó al tuyo. Ya han terminado el uno con el otro.

El bolígrafo en la mano y los cupones de la lotería keno un poco más cerca.

—Pero *nosotros* no hemos terminado —continúa, poniendo una cruz tras otra en distintos patrones.

—Porque tú vienes aquí, entras en mi casa, y le echas todas las culpas a mi hijo. ¡Cuándo ha sido el vándalo de tu hijo quién ha empezado! Y por eso, papá de Hasse, somos tú y yo los que tenemos que terminarlo. En esta mesa. Quiero que sepas que te prometo, que te garantizo... que cada vez que el vándalo de tu hijo, a partir de ahora, le pegue a alguien, *a quien quiera que sea*, seré yo quien te vaya a buscar *a ti*, y que te pegue *a ti*. Cada vez.

El padre de Hasse se levanta con energía de la silla.

—¿Me está amenazando?

—Tenlo por seguro.

—Pensaba... que podríamos hablar de esto.

—Estamos hablando. De momento.

El padre de Hasse se queda allí de pie, callado. La cara roja.

—Me ha amenazado. Sabe que puedo denunciarle por ello. Lo sabe, ¿verdad?

Papá se ríe, entre dientes, o al menos así suena.

—Bien. Tú hazlo. Denúnciame.

Ahora más alto, se está riendo de verdad.

—Los putos polis me darán las gracias. ¡Las gracias! Porque a partir de ahora sabrán quién es el vándalo de tu hijo.

Y entonces todo pasa muy rápido, como ocurre a veces, como en el

restaurante en la mesa con un vaso de refresco de color naranja. Papá se levanta y agarra al papá de Hasse por el cuello de la americana y lo empuja contra la pared entre la rumorosa nevera y el hueco de la puerta.

—No lo olvides. Cada vez que el vándalo de tu crío pegue a alguien yo te voy a pegar a ti. ¡Cada vez!

Papá ha alzado la voz y la puerta del cuarto de Vincent se abre. Félix y Vincent miran por la ranura cuando papá levanta al padre de Hasse contra la pared. Y luego lo empuja por el pasillo hasta la puerta.

—Adiós, papá de Hasse. Dale recuerdos a Hasse. Cógelo fuerte de la nariz, apriétasela bien y zarandéala un poco y salúdalo de parte de Leo. Del *hijo de Ivan*.

Britt-Marie está quieta en el felpudo de la entrada, cerca de la puerta cerrada y los pasos del otro lado que se van alejando por la escalera. Sus piernas intentan doblarse y su cuerpo quiere hacerse una bola en el suelo, como cuando ya no tienen fuerzas para confrontar una agresividad embriagada. Pero no lo hacen. Porque ella ha decidido que no lo van a hacer.

—Leo. Félix. Vincent. Id a vuestros cuartos.

—¿Y por qué tienen que hacer eso?

—Porque quiero hablar contigo, Ivan. A solas.

—¿Oye? ¿Sabes qué ha hecho hoy nuestro hijo?

Ahora ve el anorak que tenía un hombro girado contra la pared y una bufanda ancha colgada por delante. Cuando papá lo sostiene en alto. Ahora el agujero es todavía más grande. Incluso los dedos de papá caben dentro.

—Se ha defendido. Nos ha defendido. Nuestro honor. Leo estaba allí, ¡delante de un cuchillo! Por nosotros. Puedes hablar, Britt-Marie. ¡Hazlo! Pero entonces hablas con todos. Con todos. Somos una familia. Si te parece que hoy tu hijo lo ha hecho mal se lo dices. Delante de todos.

—Leo no lo ha hecho mal, Ivan.

Sus piernas, que no pueden flaquear porque así lo ha decidido.

—Tú lo has hecho mal.

—¿Yo?

Papá deja caer el anorak. Pero no la mano.

—¡Yo le he enseñado a nuestro hijo a defenderse!

—¿Y si el padre de Hasse te denuncia?

Se acerca a ella.

—¿Por qué cosa?

—Lo has amenazado, Ivan.

—No hay testigos. ¿Verdad?

La mira a ella, mira a sus tres hijos.

—¿Alguien me ha oído amenazar al padre de Hasse? ¿Alguien lo ha hecho? ¿O acaso el único poli aquí dentro es mi mujer?

A quien más rato mira es a su hijo mayor.

—Leo, ¿tú lo has hecho? ¿Has oído algo?

Y espera a obtener una respuesta.

—No, papá. Yo no he oído nada.

—Pero *yo* sí lo he oído, Ivan.

Mamá está cerca de papá. Cerca de la mano de papá. Pero no se deja intimidar.

—Yo te he oído amenazarlo. Y puedo reproducir *exactamente* lo que has dicho.

—¿Me vas a... delatar?

Acerca aún más la mano. Hasta que casi le toca la cara.

—¿Delatarme? ¿Es... eso lo que me estás diciendo?

—¡No, papá!

Félix corre hacia papá y mamá y la mano que tiembla delante de su cara.

—¡Papá! ¡No lo hagas! ¡Papá!

Grita, tira de los bolsillos de los pantalones. Hasta que papá la baja.

—*Nunca* vuelvas a ir en contra de mi familia.

Y luego es como si todo entrara de repente en movimiento.

Leo ve a papá cruzar la cocina y salir al balcón e inclinarse sobre la barandilla, a mamá frotarse los ojos con las manos y meterse en el cuarto de baño y cerrar la puerta y abrir el grifo, a Félix siguiéndola en un intento de alcanzarla y llamando a la puerta y queriendo entrar, a Vincent salir corriendo a su cuarto, a por sus pelotas que son bombas y solloza mientras las deja caer.

Todo está en movimiento, no hay nada que permanezca inmóvil.

Solo él.

Él es el único que se queda donde está, que no levanta una mano ni grita ni llora.

Y ahora sabe.

Que papá está temblando. En el piso que se ha hecho más pequeño.

Pero esta vez no solo por fuera sino *también* por dentro.

Lo cierto es que a ella le gusta la oscuridad. Las largas noches en la clínica, la quietud, alguien que tose un rato en la habitación de cuidados especiales y a quien hay que girar en la cama o alguien que se despierta en la habitación contigua en mitad del sueño y necesita que lo tranquilicen: la almohada debajo de la cabeza, un abrazo cuidadoso, un vaso de agua. La oscuridad que se cierne al otro lado de la ventana del dormitorio compartido es distinta, esa la atosiga y hace que se retuerza, gira sobre sí misma hasta quedar tumbada sobre el costado derecho, observa al que está roncando fuerte a tan solo una caricia o una bofetada de distancia, la frente bañada en sudor y el nacimiento del pelo igual de mojado que el almohadón, el que va a despertarse dentro de unas horas con el malestar en el cuerpo y que la mirará y le pedirá perdón sin decirlo.

Oye pasos al otro lado de la puerta del dormitorio. Y momentos después la puerta del piso que se abre y se cierra. Se incorpora en el borde de la cama, busca las pantuflas con pompones que se han escurrido debajo de la cama y sale al pasillo.

No hay nadie.

La cocina, el salón, el despacho, el cuarto de Vincent. Tienen el aspecto que deben tener. Hasta que entra en el cuarto de Leo y Félix y ve que una cama está vacía.

Sale a toda prisa a la cocina y al balcón. Lo sabe. Que alguien que primero baja por unas escaleras luego debería salir de un portal.

Todo Skogås parece estar durmiendo. Y el portal permanece cerrado, ni una sombra en el resplandor de la farola.

Vuelve y se hunde entre sábanas abandonadas. La colcha en el suelo y tres almohadas una encima de la otra.

Félix.

El que había gritado que la mano de papá no podía acercarse a la cara de mamá y que estuvo llamando presa del pánico a la puerta cerrada de un cuarto de baño, que ya ha desaparecido otras veces cuando las palabras se han vuelto amenazas. Pero nunca así, de noche. Quizá esa sea la razón por la que se siente helada aunque no haga frío. Y por la que no note la mano en el hombro derecho a pesar de que lleve allí un buen rato.

—¿Mamá?

Ella da un respingo. Leo. Se ha despertado.

—Tienes que dormir, pequeño.

—Puedo ir a buscarlo.

Ella lo envuelve en su regazo. Se está haciendo mayor. El cuerpo de diez años apenas cabe.

—*Tienes* que dormir, somos papá y yo los que...

—Sé dónde está.

—No ha salido del portal.

—Ya, ha salido por detrás.

Su hijo mayor se viste con lo que encuentra en un montón desordenado en la silla —vaqueros, jersey, chaqueta, zapatos— y la puerta del piso se cierra por segunda vez en una sola noche.

Ella está sola en la cocina, el reloj es redondo y hace demasiado ruido: vaya donde vaya en el piso el aparato sigue consumiendo segundos. Aparta ceniceros llenos y cupones de la lotería, y mira las paredes de un hogar que una vez fue el suyo.

Una cama con ronquidos, frente empapada y preocupación.

Una cama que está vacía porque alguien se ha escapado.

Una cama que está vacía porque alguien está buscando al desaparecido.

Y una cama que está vacía porque ella clava los codos en la mesa de la cocina y se pregunta si el que se ha escapado ha oído la conversación que ella ha tenido con su madre poco antes de medianoche, entre susurros pero tajante y clara, como pasa siempre que has tomado una decisión.

No hay luna llena pero casi, y la luz de allá arriba salpica la noche despejada y cae en picado y una pequeña porción queda atrapada en la parte de atrás de un bloque de siete plantas de las afueras de Estocolmo.

Leo coge aire, suelta aire. Delante suyo, la alta colina que es su zona de recreo y que separa el barrio de viviendas del bosque que cada año se vuelve un poco más pequeño.

Coge carrerilla, como suele hacer, de espaldas a la pared rugosa del edificio y colina arriba a todo pulmón hasta la cima y sus pies notan las grietas y los tocones y las protuberancias que sirven de apoyo y descanso y nuevo impulso para llegar aún más arriba. El corazón palpita contra las costillas y la garganta. Coge aire, suelta aire. La grieta, el tocón, la protuberancia: y ya está arriba. La cadena de colinas no tarda en convertirse en un auténtico muro defensivo construido para alguna guerra. Aquí juegan a menudo, las rocas son altas y escarpadas y ocultan huecos que parecen cuevas. Avanza a toda prisa por el muro, una serpiente que culebrea por un oscuro terreno boscoso, manchas de nieve en el suelo.

Sabe que lleva recorridos cien metros cada vez que pasa por una nueva cavidad en el muro, cuadrados que alguien cavó durante la guerra y que Leo, Félix, Jasper y Buddha suelen usar para esconderse cuando ellos mismos están en guerra con los de las pistolas de aire comprimido de las casas bajas. Jasper siempre gana, es el mejor camuflándose. Una vez incluso se cortó el pelo y se pegó trozos de hierba seca y amarilla a la cabeza.

Después de cuatrocientos metros llega a la cueva que da a un bosquete: los árboles angulosos en los que se ahorcó el padre de Greger. Después de seiscientos metros se acerca al borde por donde cayó el pequeño Billy el verano pasado: el de la madre que tenía un salón de belleza propio en el

número diez, después lo cerró, cuando comenzó a dar vueltas por Skogås, deambulando sin más. Leo todavía recuerda la imagen del cuerpo, pero en aquel momento decidió que no volvería a pensar nunca en ello. —¿Félix?

Allí delante. Junto a la roca con forma de gallo.

Se acerca, se detiene, escucha.

—¿Hermano? ¿Dónde estás?

Su hermano pequeño está sentado justo en el borde.

—Félix. Te veo.

Un paso más. Todo lo que se atreve a acercarse. La luz de la luna hace crecer un poco más la espalda de Félix.

—Quiero estar solo.

—No puedes estar aquí, Félix. Es de noche. Tienes que volver a casa.

—No.

—Mamá está despierta. Y está preocupada.

—No voy a ir a casa.

Leo da pasitos de uno en uno, pequeños, de los que no se deben notar.

Y al final llega.

—¿Por qué?

Un solo paso más, un pasito *corto*, y caería por el borde y se despeñaría hasta el suelo duro de allí abajo igual que hizo el pequeño Billy.

—Porque todo irá mal.

—¿Mal?

—He oído a mamá.

—Ah, ¿sí?

—He oído cómo decía que iba a desaparecer.

Se sienta. No demasiado cerca. Pero casi.

—No desaparecerá.

—Lo he oído.

La oscuridad. El silencio. Y algo que cruje, crepita, como ha hecho el hielo por la mañana. Es el viento, que pega tirones de ramas desnudas y hojas húmedas.

—¿Has oído... el qué?

—Ha llamado por teléfono. Cuando nos hemos acostado. Cuando se pensaba que estábamos durmiendo.

—¿Y?

—A la abuela. Tenía esa voz.

La roca gris está fría, Leo no se había percatado hasta ahora, el frío le atraviesa el cuerpo y se escurre por el agujero del hombro del anorak.

—Ha dicho *que ya no puede seguir*. Varias veces.

—Lo ha dicho otras veces. Siempre ha vuelto.

—¡Lo he oído! ¡No va a volver! Esta vez, no.

El chasquido. Ahora es más fuerte, más reiterado. El viento. Pero también hay otro ruido. Los coches que circulan por la avenida Gamla Nynäsvägen al otro lado del bosque, nunca se había parado a pensar que por las noches hubiera tanta gente yendo de un lado para otro./

—Hace frío, Félix.

—No.

—No llevas gorro ni guantes.

—Porque no hace frío.

Leo hurga en los bolsillos del anorak y encuentra el gorro rojiblanquiazul a rayas.

Lo saca, se lo pone a Félix en la cabeza.

—El ochenta por ciento del calor corporal se disipa por la cabeza.

—¿Qué?

—Simplemente, es así.

Félix se coloca bien el gorro, que ha bajado demasiado por la frente. Después se quedan allí sentados. Uno cerca del otro. Mirando una luna redonda que brilla con intensidad.

—¿Leo?

—¿Qué?

—Estoy pensando en papá.

—¿Qué?

—Él no lo sabe.

—¿Y?

Las piernas de Félix se balancean por el borde, lo han hecho todo el rato.

—¿Se lo contamos? ¿Qué mamá piensa desaparecer?

ahora
tercera parte

Le gustaba tanto esta época del año. Abril. Vida. Un mundo entero despertaba a su alrededor, lo invitaba a pasar, y él quería sentarse en las matas de arándanos y las piedras recubiertas de musgo bajo el sol que calentaba la frente y las mejillas, que se colaba por la maraña de copas de los árboles, estrías de luz finas pero poderosas.

Se recostó en un coche que llevaba muchos años trayéndolo hasta aquí, un Volvo Combi de segunda mano con abolladuras tan corroídas por el óxido que apenas se mantenía en pie. Le duraría esta primavera. Con suerte, el verano incluso. Luego estaría preparado para llevarlo al desguace y decirle adiós.

El trozo de camino de tierra entre una curva cerrada de la antigua carretera Gamla Södertäljevägen y una barrera cerrada. Allí era donde aparcaba cada noche, se encendía un cigarrillo y esperaba los cinco minutos que le indicaba el manual de trabajo.

Control semestral.

Ya llegaba. Una furgoneta verde con dos miembros uniformados del servicio de seguridad del Área de Defensa 44. Apretón fuerte de una mano que siempre lo sujetaba unos segundos de más. Uno de los oficiales de seguridad le señaló la mano izquierda con la cabeza, el cigarro que en breve no sería más que un filtro.

—¿No lo habías dejado?

—¿Te molesta?

—No..., pero creía recordar que... tu mujer, ella...

—Oye, fumo cuando me da la gana.

Una inspiración profunda hasta lo más hondo de los pulmones. Luego apagó la colilla exactamente en el mismo sitio que la noche anterior y todas las demás noches, justo encima de la A del cartel cuadrado de la barrera,

PROHIBIDO EL PASO DE TODO VEHÍCULO.

—Vale. Vale. Ya te oigo —dijo el oficial con una extraña sonrisa—. En todo caso... ¿dónde estás viviendo ahora?

—Cómo no, en el mismo vecindario de mierda lleno de pisos de una habitación como el que tú también tienes ahora.

El otro se acercó a la barrera y el grueso candado, la misma clase en todos los caminos de entrada de todos los depósitos de armas.

La llave no funcionaba.

El responsable de seguridad probó la siguiente.

Y la siguiente.

—Esta..., estas... no funcionan. Ninguna de ellas.

Inspeccionaron tanto las llaves como el candado. Ningún desperfecto. Nada que pareciera estar fuera de lugar. Probó con todas las llaves de una en una, dieciséis diferentes.

—Creo que nos toca caminar.

—Yo lo hago cada tarde. Ciento cincuenta metros hasta allí, ciento cincuenta de vuelta. Diez depósitos son un ejercicio considerable.

Se pasó la mano por la barriga, sesenta años y esbelto, y se puso a caminar.

Los otros dos resoplaban más atrás. Veinte años menos pero exhaustos tras dos minutos de pasear por el bosque. El último tramo de la cuesta y aumentó la zancada lo justo para que los otros lo pudieran seguir pero resoplando más fuerte.

El vigilante llegó hasta el cubículo, paredes que medían cerca de dos metros y medio de ancho. Y luego se detuvo delante de lo que parecía una puerta de caja fuerte. Sujetaba el mismo manajo que antes; unos segundos de tintineo y había escogido llave; la giró.

—Esta sí que funciona.

La puerta se abrió hacia dentro. El primer oficial de seguridad entró en el recinto. Y se detuvo de pronto.

—Madre de... *Diooos*.

Su compañero también entró, adelantando al vigilante. Pero este no dijo nada. Simplemente, se quedó allí quieto, inmóvil.

—¿Qué pasa?

El vigilante se movía a un lado y a otro detrás de las anchas espaldas para intentar ver lo que ellos estaban viendo.

Dio un paso al frente un tanto agachado, se metió como pudo por el hueco de la puerta, había una abertura justo entre los hombros del uno y del otro.

Y entonces lo vio.

Había un gran agujero justo al cruzar el umbral de la puerta. Más de medio metro de lado a lado. El armazón de hierro que una vez había estado dentro del hormigón estaba cortado, doblado hacia arriba, como un tórax abierto.

Uno de los uniformados agarró la caja de madera que estaba encima del todo de la pila más cercana a la puerta, marcada con **KSP 58** en ambos laterales, y levantó la tapa. Vacía. Abrió la siguiente. Vacía. Siguiente: vacía. Siguiente: vacía. Su compañero escogió una de las pilas junto a la pared del fondo, abrió, abrió.

En total, veinticuatro cajas vacías.

—No... ¡no hay nada!

Luego lo miraron a él.

—Tú has estado aquí cada noche desde el último inventario.

De repente, deseó haber tenido un cigarrillo.

—Yo...

—¡Cada noche!

El vigilante se asustaba pocas veces. A esa edad ya no quedaban muchas cosas que lo asustaran. Pero ahora sí se asustó. No comprendía. Y lo que no comprendes, asusta.

—El... exterior está intacto. ¡Lo podéis ver! Y ayer, había...

—¡Tienes que haber visto algo, maldita sea!

—Me acabáis de acompañar. Lo habéis visto. Lo...

—¡Alguien ha estado aquí dentro y se ha llevado hasta la última jodida arma! ¡Dos compañías enteras... *desaparecidas!*

El vigilante tomó asiento en una de las cajas sin contenido y paseó la mirada por la estrecha sala.

—Entonces tiene que... haber pasado esta noche. Yo no he...

El oficial sin expresión facial se había puesto de rodillas y se inclinaba ahora sobre el agujero para quitar con la mano restos porosos de hormigón y tierra. Después agarró el armazón destrozado y deslizó el pulgar por la

superficie de corte hasta que se le quedó pegada una buena cantidad de óxido.
—Esto lleva mucho tiempo abierto.

Todo había ido según el plan desde el comienzo del año. Febrero: reformar un piso en Gamla Stan, una semana y inedia, treinta y siete mil coronas, material aparte; después un robo en un pueblo pequeño, Rimbo, a menos de sesenta kilómetros, al norte de Estocolmo. Un robo que se distinguiría de los demás, en tejanos y anoraks baratos de color claro y zapatillas de deporte con velero y medias negras en la cabeza, con pistolas falsas y sin abrir fuego, solo Leo y Vincent dentro del banco. Un simple ensayo de cambio de identidad y de metodología, en caso de que algún día fuera necesario variar la actuación y la ejecución, quinientas cincuenta y cinco mil coronas. Marzo: cable calefactor y parqué en un sótano de Älvsjö, una semana, diez mil coronas; después un robo a un banco en Kungsör, una pequeña ciudad a ciento cuarenta kilómetros al oeste de Estocolmo. Treinta y cuatro minutos después de la huida la policía había localizado el vehículo en un camino de tierra de un bosque, pero allí también terminaban todas las pistas. Habían continuado a pie en la oscuridad, brújula y mapa en mano hasta un hoyo cavado con anterioridad en el suelo, provisto de comida, sacos de dormir y esterillas, cubierto de masonita reforzada con listones y aislada con plástico, tierra y musgo para fusionarla con el paisaje y al mismo tiempo servir de protección contra el frío y helicópteros con cámaras de infrarrojos. Al día siguiente habían continuado hasta una gasolinera y un coche de alquiler y cuando hubieron retirado los controles de carretera habían vuelto a casa, ochocientos doce mil coronas, material aparte.

El último trabajo había sido una casa de los años treinta a dos kilómetros y medio de la de Leo en Tumba.

Había lanzado una oferta que con seguridad era inferior a la de las demás empresas de construcción. Gabbe la había aceptado y algo se debía de haber

preguntado, pero no había dicho nada. A nivel de ganancias no era gran cosa, pero no se trataba de eso, con cada nuevo atraco bancario la fachada se hacía más importante.

Los dos bancos les habían proporcionado un millón trescientas sesenta y ocho mil coronas que servirían para financiar el siguiente atraco, el más grande de todos, hasta la fecha.

Cuatro de abril: el día de la inspección. El día con el que Leo había vivido desde aquella noche en que había estado pegado al suelo, sobre musgo y matas de arándanos. La noche en que todo había cambiado.

La policía encontraría una pieza que les faltaba del puzle y que vincularía una serie de robos, una banda con un arsenal mayor que el de cualquiera de las demás bandas activas en Suecia juntas.

Leo avanzó despacio por el paisaje de llanura, el sol había secado el suelo después del invierno y ya estaba despuntando hierba fresca en la cuneta, la que en pocas semanas desplazaría al manto amarillo inerte.

Después de la larga curva: zona militar y una barrera cerrada.

Leo aminoró la marcha un poco más. Y entonces lo vio. El coche que reconocía de haberlo espiado noche tras noche, un Volvo destartado cuyo dueño era un vigilante de avanzada edad que solía quedarse allí en la oscuridad y fumarse un par de pitillos. Pero también observó otro coche: una furgoneta con matrículas militares.

Ahora, ahora sí que lo sabían.

Estaban allí y abrirían la puerta, o quizá ya la habían abierto, y descubrirían lo que había sucedido, y se morirían de miedo.

Las diez y dos minutos, aún tenía tiempo de sobra. El tren de Falún no llegaba hasta las 10.37.

Treinta y seis atracos con armas de fuego en tres meses repartidos por todo el país. Veintidós bancos, once furgones blindados, dos oficinas de cambio y una casa de empeños. Un aumento dramático sin precedentes: y la banda cuya identificación y encarcelación era tarea *suya* ciertamente no los había cometido todos.

John Broncks estaba en un pasillo iluminado hurgando en el bolsillo de atrás en busca de monedas. Allí dentro siempre había más de lo que pensaba.

En un país pequeño, doce robos bancarios al mes eran una situación de fiebre, intranquilidad y miedo constantes: gente que no se reconocía a sí misma y que por cada día que pasaba sin cambios ni remedios se sumía aún más en un estado enfermizo. Una pandemia de robos. Dada la situación, a mediados de febrero la Policía había comenzado a marcar algunos furgones blindados con coches centinela, pero a los bancos, que eran demasiados y estaban demasiado repartidos, era imposible protegerlos contra el contagio. El trabajo se había reducido a la espera de la siguiente alarma o el siguiente aviso de las patrullas de vigilancia.

Broncks apuntó a la ranura de la derecha y una a una fue metiendo las monedas en la máquina expendedora.

Una pandemia tiene una fuente de infección. En este caso: ocho disparos representando una cara sonriente en un cristal blindado. Y él seguía sin tener ninguna pista, quitando los montones de casquillos que no podía vincular a ninguna arma y las psiques humanas laceradas que no olvidarían.

Sonríe, cabrón.

Tiempos de cambio que se tornaron tiempos de confusión: pasaba siempre que alguien introducía un nuevo modo de pensar, cuando un sistema se descuajeringaba y le cedía el sitio a uno nuevo, y este en cuestión se había

extendido a la velocidad del rayo entre los que estaban dispuestos a correr riesgos y no tenían nada que perder. Cuatro ladrones de banco encapuchados no solo habían modificado las rutinas de la policía a la hora de proteger objetivos, sino que habían modificado el comportamiento de toda la esfera criminal: los delincuentes idolatraban esa jodida sonrisa, leían lo que se publicaba en la prensa y escuchaban lo que se decía en los informativos de la tele, un grupo que inspiraba a otros actores para copiar, cometer más robos y emplear violencia más grave a modo de herramientas de caza para atrapar presas mayores. Una escalada entre nosotros y ellos. Violencia que desgarraba la brújula moral en el paisaje criminal. Si nosotros nos armamos, vosotros os tenéis que armar y entonces nosotros tenemos que armarnos todavía más. En diez o veinte años, nuevos investigadores remitirían a esta banda y a esta época para afirmar que fue entonces cuando el sistema bancario se vio obligado a modificar su manejo del flujo monetario y la barbarie empezó a contemplarse como una herramienta digna de admiración. Broncks estaba seguro de ello.

Apretó los botones cuadrados, esperó mientras la espiral de metal empujaba el primer bizcochito de mazapán con las puntas recubiertas de chocolate. Después otro. Azúcar y té de plata por las mañanas y *pizza* por encargo por las noches. Así era, así había sido, desde que se había vuelto parte de la búsqueda que no llevaba a ningún lado. Largos paseos sin rumbo por la capital a primera hora de la mañana y última de la tarde para despojarse del desasosiego y la energía. Luego las visitas en mitad de la noche al gimnasio de la comisaría, solo en el gran local a las tres de la madrugada se peleaba con mancuernas y barras de discos y cintas de correr y pelotas de boxeo para no arriesgarse a pegar a personas de carne y hueso. Le arrancó el plástico y se metió más mazapán y chocolate en la boca y tragó, una dulce bazofia que se escurría por su garganta, pero no tenía otra elección, debía llenar el hueco que se le abría por dentro para temporalmente borrar la imagen de un cuerpo demacrado, pálido y correoso que se reflejaba en el espejo.

Un grupo homogéneo y cerrado. Sin conexiones con la esfera criminal y, por ello, tampoco con la red de informadores con los que Broncks y sus compañeros trabajaban regularmente. Los cuatro integrantes del grupo no estaban condicionados por los registros de condenas, por lo que carecerían de

cara hasta cometer un error. Y eso, errores, era lo que no cometían.

El suelo de linóleo recién encerado brillaba bajo la penetrante luz de las ventanas del despacho. Estaba inquieto y tan cansado que estaba completamente despierto y se dirigió a la salida para dar el segundo paseo del día, a pesar de que solo fuera media mañana. Se subió la cremallera de una cazadora de piel un poco demasiado gruesa, forrada y demasiado cálida para el sol de primavera, pero no le había dado tiempo —o quizá le habían faltado las ganas— de subir a buscar alguna más delgada de las que tenía en el desván.

Otro tipo de rabia se había hecho más intensa durante las últimas semanas, una rabia que no reconocía. Lo había estado observando casi cada día, unos segundos cada vez, en filmaciones de seguridad entrecortadas y en blanco y negro. El líder. El que hacía la cuenta atrás, el que dibujaba sonrisitas con disparos, el que dirigía y usaba la violencia extrema para coger cuanto quisiera. Seguramente, era de eso de lo que trataba la rabia. No era solo violencia. Era violencia que se cruzaba con las ganas tío jugar y a eso Broncks no lograba adaptarse, el hombre de las imágenes probaba soluciones que solo probaría un niño en un mundo adulto y por eso mismo salía victorioso — pensar como no pensamos nosotros y esquivar nuestros controles de carretera como si fuera un primer truco del juego de magia que una vez estuvo bajo el árbol de Navidad—; la actuación policial tenía soluciones para las soluciones de los ladrones adultos, pero no para esta capacidad de inventiva que resultaba tan interesante como desagradable.

Le habría gustado poder ver ese cerebro por un agujerito, hablar con él, comprenderlo.

Escaleras abajo y luego cuatro puertas cerradas con llave, unas con carné de plástico y otras con llave, hasta la puerta que daba a la calle Kungsholmsgatan. Fuera había más luz de la que Broncks se esperaba y cerró los ojos, respiró aire liviano y empezó a caminar hacia el este, al centro.

Treinta y seis atracos bancarios repartidos a lo largo de la dilatada frontera sueca después del atraco doble en Ösmo y los había analizado todos al detalle. Y se había quedado prendado de dos. Uno que cumplía a pies juntillas el *modus operandi* de este grupo y otro que se alejaba por completo.

El primero en Kungsör, una pequeña ciudad adormecida a una hora de

camino de Estocolmo, y un atraco bancario que parecía sacado del manual de robos de la policía. El líder, a quien Broncks había bautizado como *Hermano mayor*; siempre era el primero en entrar y el encargado de disparar a la cámara que había sobre la puerta. Detrás de él, *Hermano pequeño*, siempre armado con subfusil y que o bien saltaba por encima del mostrador o lo rodeaba corriendo para vaciar las cajas. Después el tercero, *el Militar*, el que se movía en posición de disparo como si el atraco fuera una incursión militar, combate en núcleo urbano, una operación táctica en la que se le había encomendado una tarea específica. *El Militar* siempre iba armado con un fusil de combate AK4 y disparaba a la segunda cámara antes de meterse detrás de las cajas y entrar en la caja fuerte. El cuarto se llamaba *el Conductor*, el que los llevaba de ida y de vuelta al lugar, que vigilaba la sucursal desde fuera y que, según testimonios unánimes, actuaba de forma contenida, no pegaba acelerones ni daba volantazos.

Tras un primer vistazo, había vuelto a meter los testimonios y el protocolo técnico del segundo robo. —Rimbo, al norte de Estocolmo— en la carpeta para olvidarse de ellos. Solo dos hombres dentro del local. Tejanos y anoraks. Medias en la cabeza. Y no habían disparado a ninguna cámara: por eso había podido seguir todo el atraco, cada movimiento, desde que entraban hasta que salían. Habían actuado con soberana calma, se habían mostrado corteses con el personal, no habían alzado la voz en ningún momento. Habían entrado caminado y habían mostrado sus armas y habían cogido el dinero y abandonado el lugar en un Opel Kadett robado. Nada que recordara a cómo habían actuado en las ocasiones anteriores. No fue hasta que Sanna le enseñó una breve secuencia tomada con la cámara número dos de la fachada exterior del banco, como ya había hecho una vez antes, que decidió volver a abrir la carpeta. El hombre que había entrado primero con la media en la cabeza se había vuelto hacia atrás, igual que en aquella ocasión, como si estuviera controlando a su compañero, le había puesto una mano en el hombro y le había dicho algo y se habían mirado a los ojos, una mirada que se prolongaba. El que protegía y dirigía. *Hermano mayor*. El que era protegido y dirigido. *Hermano pequeño*.

—¡John!

Broncks había tenido tiempo de entornar los ojos bajo el fuerte sol, había

comenzado a caminar y se acercaba a la calle Scheelegatan cuando oyó pasos apresurados.

—¡Para!

No recordaba haber visto nunca correr a su jefe. Y, desde luego, nunca aquí. Se veían cada día pero solo allí dentro, en los pasillos o alguna que otra vez en alguna escena del crimen, a excepción de una visita el día de Santa Lucía, en una casa bonita en el bello vecindario de Äppelviken.

—¡Ciento veinticuatro metralletas m/45! —dijo Karlström, sin aliento y un tanto triunfal—. ¡Noventa y dos fusiles de combate AK4! ¡Y cinco ametralladoras, modelo 58!

—Ya.

—Bastante cosa, ¿no te parece?

—Depende de la guerra que vayas a librar.

—Si vas a robar furgones y bancos.

Broncks acababa de iniciar un paseo sin fin para neutralizar la energía.

Ahora era como si ya no le hiciera falta.

El camino del bosque subía unos doscientos metros por una cuesta empinada hasta la cumbre, donde desembocaba en una explanada de tierra con un grupo de gente en el centro: policías de uniforme, militares de verde, alguien en ropa de civil y una persona en mono blanco de técnico que resplandecía bajo el sol. Después la vio. Una caseta pequeña y en forma cúbica. Era en torno a esta donde la gente estaba esperando.

Broncks saludó a compañeros tanto de la Policía de Estocolmo como de la de Huddinge y a representantes del servicio secreto militar y a un hombre mayor que olía a cigarro recién fumado, que se presentó como el vigilante y que lo siguió con ojos angustiados mientras él continuaba caminando hacia la caseta.

El mono blanco. De rodillas delante de una puerta cerrada de metal grueso. Ella oyó sus pasos y se volvió.

—Hola —dijo Broncks.

—¿Has visto el candado de abajo? ¿En la barrera? —dijo Sanna, sin apenas volverse.

—Sí.

—Intacto. O eso parece. Han quitado el original y lo han sustituido con una copia exacta, incluso el mismo número de serie, la llave entra pero no gira.

Había un gran agujero en el suelo a los pies de Sanna.

—Igual que aquí. Todo parecía intacto.

Sanna señaló con la cabeza al hombre vestido de civil con los ojos angustiados.

—Ha estado controlando el depósito cada noche sin ver nada. Por fuera.

La puerta blindada se movió con pesadez cuando Sanna la abrió, dejó que se deslizara. Después se hizo un poco a un lado para dejar mirar a Broncks.

—La misma entrada que usaron los ladrones. Un túnel desde aquí hasta dentro por debajo del edificio. Estaba lleno, somos nosotros los que lo hemos cavado ahora, otra vez.

Sanna entró y él la siguió dentro del espacio estrecho y cerrado. Y pensó en su hermano mayor.

—Lo han hecho bien.

Cajas de color verde oliva, todas abiertas y dispuestas una sobre la otra junto a las paredes.

En el suelo, la parte que seguía entera, estaban las tapas amontonadas.

AK4, K-pist m/45, KSP 58 en letra pequeña y un tanto puntiaguda.

—Se han esforzado en ocultarlo y lo han conseguido.

—O sea que aquí es donde empezaron —replicó Broncks—. La variable desconocida.

—¿Qué variable?

John se agachó, una capa de cemento y polvo en las rodillas.

—Farsta. Svedmyra y Ösmo. Rimbo y Kungsör.

—¿Qué cifra, John?

Él tocó las paredes y el fondo del agujero. El pistoletazo de salida. En noches tardías y mañanas tempranas y eternos fines de semana y la sensación de siempre ir por detrás, de llegar demasiado tarde. Con el brazo metido por completo en un vacío de tierra húmeda estaba igual de cabreado que impresionado.

—Si nunca has estado encerrado, si no tienes lazos criminales para conseguir armas pero decides construir tu propia empresa criminal, ¿qué haces? Simplemente, vas a buscarlas a un depósito de armas.

—¿*Si nunca has estado encerrado?* John, ¿has ido a verlo?

John Broncks no respondió. No le hacía falta. Se conocían el uno al otro de un modo en que ese tipo de cosas no se podía disimular. Y se sonrieron, brevemente. Hasta que él salió.

Según los análisis técnicos de un total de cinco atracos con armas, el grupo nunca había abierto fuego con la misma arma en más de una ocasión. Por eso Broncks no había tardado en dar por hecho que después de cada atraco desechaban las armas usadas para, de cara al siguiente, sustituirlas por otras aún sin estrenar: de esta manera, técnicamente los delitos nunca se podrían

vincular entre sí y, *en el caso* de que los perpetradores fueran apresados, a ninguno se le podría achacar más que el último que hubiesen cometido.

Pero él tenía ahora la variable faltante: 221. Si seguían disparando una media de dos armas automáticas en cada atraco, tenían suficientes para cometer ciento diez robos más.

A menos que alguien los descubriera.

Un techo abovedado y bonito. Infinito. Leo tenía siempre la misma sensación cuando se hallaba en grandes salas de piedra como la de Centralstationen: como si nunca fuera a terminar.

Siguió caminando hacia el andén número 7 para los trenes que llegaban del norte, caminó bajo el techo que protegía. Pensaba en la primera vez que habían visitado la catedral de Storkyrkan. Mamá quería ver la estatua de San Jorge y el dragón pero entonces él había descubierto el techo abovedado y había intentado ponerse de puntillas para tocarlo mientras mamá señalaba sin parar el gran zócalo con San Jorge en brillante armadura y blandiendo su espada por encima de la cabeza y un dragón rugiente bajo los cascos del caballo. El instante que se había congelado.

Justo antes de que todo terminara. Cuando el dragón todavía tenía una mínima posibilidad de escabullirse y tirar al suelo al blandengue que se escondía detrás de su armadura subido a un caballo.

Él también había congelado el instante.

Había detenido el tiempo, aquí, en Centralstationen. Los viajeros se habían quedado esperando detrás de rejillas y verjas, gran parte de las fuerzas policiales de la policía provincial de Estocolmo habían estado vigilando cordones policiales y robots antibomba. Un instante que se había prolongado durante horas cuando el sistema se había quedado inmóvil antes y después de una explosión que no debería haber tenido lugar. Y ahora era como si nunca lo hubiese hecho.

No estaba convencido de que Jasper no hubiera tirado en realidad del seguro. Pero había elegido no repetir la pregunta para no arriesgarse a obtener la respuesta equivocada y que la brecha que se había convertido en una grieta entre Félix y Jasper siguiera creciendo. Se había metido entre los dos y luego

se había quedado allí, los había obligado a comportarse con profesionalidad el uno con el otro y había reducido el número de ocasiones en el que tuvieran que estar los dos en el mismo sitio al mismo tiempo. De lejos pudo ver el tren serpenteante acercarse y detenerse, las puertas abrirse al unísono y los pasajeros bajarse con maletas y cochecitos de niños. Y pudo verla, una mujer que rondaba los cincuenta, el pelo rojizo había adquirido una tonalidad más cana y su paso al andar quizá no era tan ligero como antes. Él se quedó allí mirándola y al cabo de un rato, después de buscar unos instantes, ella también lo vio a él. Pero no siguió caminando. Sino que sacó el teléfono móvil. Y él suyo sonó.

—¿Dónde estás? —preguntó ella.

Él sonreía.

—Pero si estoy aquí. Delante de ti.

—No te veo.

Gente entre nosotros. Pero yo estoy aquí, te veo. Y tú me ves a mí.

Levantó el brazo hasta que ella lo vio, bajó el teléfono y continuó acercándose hasta él.

Se abrazaron. Y después ella dio un paso atrás, lo observó de arriba abajo.

—¡Dios, qué raro! No te había reconocido.

—Solo hace un año.

—O bueno, Leo, te he reconocido, pero no te veía. Era como si... estuviera buscando a otra persona.

—Mamá.

Se dieron otro abrazo y ella lo volvió a observar.

—Estás mayor.

—Soy mayor.

—No es nada malo. No lo digo en ese sentido. Lo que pasa es que..., no lo sé muy bien, quizá el tiempo.

Él quiso llevarle la maleta pero ella la levantó y le dejó claro que podía sola y cruzaron el andén y Centralstationen hasta el coche que los esperaba allí fuera, cuando de pronto ella se detuvo.

—¿Fue aquí?

En el centro del vestíbulo. Delante de la larga hilera de consignas.

—Lo vi en la tele, las cintas de balizamiento de la policía y todo el

vestíbulo patas arriba y la gente esperando a los trenes.

Él la miró y se acordó de otra cinta, que había estado ondeando al viento alrededor de un edificio mucho más pequeño y después de otro tipo de bomba. Un sótano y el padre de ella que corría de aquí para allá entre llamaradas que iban creciendo y, en medio de todo, un hijo de diez años que la miraba a ella por la ventana y que estaba muerto de miedo.

—¡Vaya panda de desgraciados!

Puso una mano en el brazo de Leo.

Él no la miró a los ojos. Le cogió la maleta y no se rindió hasta que ella la soltó y le dejó llevársela.

—Los desgraciados tuvieron suerte, mamá. No murió nadie.

La pickup de empresa no estaba demasiado lejos de la salida, con una multa de aparcamiento bajo el limpiaparabrisas. Leo la rompió y la dejó caer al suelo mientras su madre daba una vuelta alrededor suyo y del coche y asentía orgullosa ante el logo de la puerta, Constructores.

—Tú has creado esto, Leo. Tú solo. Te has preocupado de tener trabajo. Y de que Félix y Vincent tengan trabajo.

Ella le dio otro abrazo.

Estocolmo a través, en dirección sur, el mismo camino que a la ida. Titubeó unos segundos en la salida después de Hallunda con su madre en el asiento de al lado, pero luego se cambió al carril de la derecha y abandonó la E4 para coger la antigua carretera: quería volver a pasar por allí, reducir la marcha poco antes de la barrera.

El Volvo azul destartado y el vehículo de la matrícula militar seguían allí. Y al lado, cuatro coches patrulla. Tres pintados y uno de civil. Después, la cinta de balizamiento policial blanca y azul como una segunda valla y delante de esta dos agentes de policía uniformados y armados que tenían la misión de vigilar.

—Ha pasado algo.

Su madre le había visto mirar de reojo y se había vuelto para mirar en la misma dirección; ahora ella golpeó con los nudillos ni el cristal y señaló con el dedo.

—¿Lo ves, Leo? Esa cinta de plástico... siempre es porque ha pasado algo.

Pisó el acelerador, y los coches, los uniformes, incluso la cinta fueron perdiendo color en el retrovisor.

Ahora eran más los que sabían.

Broncks miró a un grupo de gente que parecía aumentar por momentos pero que aún solo estaba compuesto por policías y militares.

—Ese de allí, Sanna, el de civil, ¿quién has dicho que era?

—El vigilante. Ha seguido todos y cada uno de mis pasos. Como si esto fuera algo... personal.

Broncks zigzagueó entre uniformes mientras se dirigía a él y le tendió una mano.

—John Broncks. Policía de Estocolmo. Antes nos hemos saludado en un visto y no visto.

—Joachim Nielsen. Área de Defensa 44. Y sé lo que está pensando.

El olor a tabaco. Era más fuerte ahora que estaba tan cerca.

—¿Y qué estoy pensando?

—Que debería haberlo visto.

—¿Debería?

—He seguido el protocolo al pie de la letra. Las instrucciones que marca el plan de trabajo.

Se quedó callado. A sus espaldas se acercaban dos personas en diagonal desde el bosque. Una mujer y un hombre con una cámara en la mano. Broncks reconoció a la mujer. Periodista. Bastante buena. Debían de haber dado un buen rodeo para esquivar el cordón policial. Pero ella no debía estar aquí, todavía no, era demasiado pronto.

—Un tanto para el secretismo.

—¿Perdón?

—Siempre hay alguien dispuesto a susurrar algo al teléfono a cambio de diez mil.

Esperaron a que a la periodista y al fotógrafo se les impidiera el paso, no con modales toscos pero sí firmes.

—Entonces, ¿quién ha sido? ¿Quién tiene las armas?

Broncks negó levemente con la cabeza.

—No sé quién. Pero sé para qué las han utilizado.

La congregación se hizo mayor. Otros cuatro hombres abordaron la explanada desde la empinada cuesta. Dos de traje y dos de uniforme. La Policía Judicial y el departamento de seguridad del comandante en jefe. Saludaron con la cabeza al vigilante, que parecía mucho menos nervioso, como si fuera esto lo que había estado esperando.

Broncks estrechó la mano de alguien a quien probablemente trasladarían y asignarían nuevas tareas muy pronto, después regresó al almacén vacío. Ahora sabía. Se habían abierto paso en algún momento entre el 4 y el 19 de octubre, entre el inventario anterior y el secuestro de un furgón blindado en Farsta.

Casi seis meses atrás.

¿Dónde demonios escondes las armas de un regimiento entero durante tanto tiempo?

La luz de media mañana fue iluminando metro a metro un espacioso garaje, el suelo con manchas de aceite y pintura y el gran banco de trabajo sobre el cual habían serrado una caja fuerte y fabricado una bomba y que ahora estaba repleto de cajitas de clavos y una montañita de herramientas bajo un par de metros de listones de roble curvados. Dejó pasar primero a su madre, de una calle soleada a una sala que parecía no tener fin.

—Practicamos mucho aquí.

—¿Practicáis?

—Construcciones, modelos, cosas así.

Se la veía orgullosa.

—Estoy tan contenta de que lo puedas hacer. De que te ocupes de Vincent y Félix. ¿Y todo esto es tuyo, Leo?

—Nuestro. Necesitamos mucho espacio, mamá. La empresa se expande.

Ella apartó los listones de roble a un lado y levantó un martillo, le dio varias vueltas. Un destornillador, una llave inglesa, y después lo que había habido debajo de todas las herramientas y que parecía un paquete de tabaco.

—¿Qué es esto?

—Ya sabes lo que es.

—¿Fumas?

—A veces.

—¿Pero Vincent no?

Él le sonrió, la mano en su mejilla.

—Yo también me alegro de verte, mamá.

Oyeron un vehículo acercarse por el asfalto, y se apartaron un poco cuando el vehículo entró en el garaje y aparcó a su lado, un rollo embalado de material aislante y un par de botes de diez litros de pintura en la plataforma de carga.

—¿Otro vehículo de empresa?

—Ya te lo he dicho, mamá. Nos estamos expandiendo.

Félix casi saltó del asiento del conductor, con los brazos abiertos.

—¡Mamá!

La levantó en volandas y le dio dos vueltas mientras la ropa de trabajo soltaba polvo de pintura amarilla de fachada.

—¡Pero Félix!

Ella se reía, y Leo pensó en lo bonito que era oír reír a mamá, una de esas risas de las que querías estar cerca.

Félix la dejó en el suelo y su hijo más pequeño abrió la otra puerta de la pickup.

—¡Y Vincent!

Ella lo abrazó un poco más de tiempo que a los otros y él no debía de estar del todo cómodo pero intentó disimularlo con una sonrisa.

—Te has hecho tan... ¡grande!

—Porque ya tengo dieciocho.

—Tienes diecisiete.

—Pero casi.

Ella dio medio paso atrás sin dejarlo ir.

—Vincent, hueles a tabaco.

—Mamá, soy yo el que fuma —dijo Félix.

—Entonces sois dos los encubridores —replicó ella mirando a Leo con una sonrisa. Era difícil distinguir si la sonrisa de mamá era sincera. Félix decidió que lo era.

—A veces es mejor que las madres no lo sepan todo. ¿No es cierto?

Ahora la luz de la calle solo estaba fuera, en el patio, donde el sol de

primavera seguía calentando, y ella miró a su alrededor mientras se acercaban a la vivienda. Quizá estaba buscando un césped, aunque no dijo nada. Caminaba abrazada a Félix, que la abrazaba a ella.

—¿Hasta cuándo te quedas?

—Me voy mañana temprano por la mañana. A ver a la abuela. Pero podríais venir, ¿no? ¿Todos? Sköndal, Leo, ¿a cuánto queda de aquí?

Un lugar al que habían hecho una visita no hacía demasiado. Uno había pasado por delante de la casita de los abuelos en un furgón secuestrado, otro había yacido tumbado en lo alto de la colina listo para disparar, otro había preparado una embarcación de huida en el muelle.

—No creo que podamos, mamá. Tenemos mucho que hacer..., ya sabes.

—Lo sé. Os estáis *expandiendo*. ¿Entramos?

Anneli los había visto por la ventana de la cocina, los cuatro juntos en el garaje abierto. Se habían abrazado y reído. Una unión que no dejaba espacio para otros.

Había observado cómo Leo, de camino a la vivienda, había ido en cabeza, un padre suplente que se sentía responsable. Seguido de Félix, que delante de su madre siempre parecía unos años más joven de lo que era en realidad, transformado en la persona que la hacía reír, un rol que ambos parecían necesitar tanto. Y Vincent un poco más atrás, siempre el más pequeño, por mucho que se esforzara.

Si ella supiera.

La puerta de la casa se abrió y Anneli saludó a la mujer a la que nunca había logrado acercarse del todo. Hablaban, desde luego que sí, pero de nada. La madre de Leo nunca decía lo que realmente opinaba, y jamás iba de frente. A los que quisieran saber los obligaba a buscar respuestas a base de preguntas y cada vez que Anneli lo hacía tenía la sensación de que la estuviera calando: como si ella hubiera hecho algo malo. Leo también podía ser así a veces. Tenían el mismo tipo de ojos escudriñadores y ante cualquier pregunta nueva buscaban una segunda intención, se preparaban para evitar salir heridos: como si fuera algo más que una simple pregunta.

—¿Te encargas de enseñarle la casa a mi madre?

Leo podía oír el televisor en el salón, mostrando imágenes de un depósito de armas sin contenido.

—Me gustaría que tú también vinieras la primera vez que tu madre está aquí.

Lo hizo, intentó dar una vuelta rápida por la casa que se prolongó mucho más de lo esperado, con una madre que en cada estancia se detenía para saber más, y Anneli, que en cuanto tenía la oportunidad repetía que esto solo era temporal, por supuesto, *lo sé, Britt-Marie, el terreno no es nada del otro mundo pero dentro de un año será mejor*, explicaba que más adelante se comprarían algo mucho más grande, cuando la empresa hubiese dejado de crecer. Primera planta y última habitación, el dormitorio, y por fin pudo dejarlas junto a la ventana con vistas al manzano y el césped del vecino, *como esa, Britt-Marie, algo así es lo que yo tengo pensado*.

Félix y Vincent estaban en sendos extremos del sofá del salón, delante de las noticias de última hora que estaban a punto de empezar.

—¿Lo saben? —preguntó Félix.

—Sí. He pasado por allí —replicó Leo—. Y estaba lleno de gente.

El presentador llevaba allí sentado desde que ellos eran pequeños, voz queda y cara neutral, ya estuviera informando sobre la bolsa o sobre muertes.

El mayor robo de armas jamás cometido en Suecia se ha descubierto esta mañana en un depósito militar situado en Botkyrka, veinte kilómetros al sur de Estocolmo.

Breves escenas de una explanada en un bosque con una caseta de color gris. La cámara entra por la puerta abierta y una potente bombilla ilumina la estancia cerrada. Un movimiento que se percibe inestable y que a veces pierde nitidez cuando enfoca a un gran agujero; es como si toda la cámara volcara de bruces y se sumergiera en la imagen de la oscuridad.

Según fuentes oficiales, la policía ha encontrado pistas que señalan que los autores del robo tienen instrucción militar y dominan el manejo de explosivos.

Leo sintió de nuevo la calma, casi una especie de alegría.

—¡Mira, Leo... pero si es allí, por dónde hemos pasado cuando veníamos! Mamá. No se había dado cuenta de que había entrado en el salón.

—¿Qué te he dicho? ¡Siempre que ponen esas cintas de plástico es porque ha pasado algo y que no es bueno!

Se sentó en el sofá entre sus hijos pequeños. Félix notó su hombro contra el de ella, pero no dijo nada. El que siempre conseguía hacer reír a mamá. Ahora no tenía la menor idea de qué decir. Ella no sabía nada pero lo miró como si sí lo hiciera, la mirada que lo perdonaba todo, incluso su terrible traición de unos años antes. Cogió el mando a distancia y bajó el volumen hasta que se hizo silencio. A lo mejor podía hacerlo ahora. A lo mejor podía mirarla y decirle *mamá, somos nosotros los que hemos robado todas las armas de la tele y luego hemos robado cinco bancos con ellas*, y a lo mejor ella se inclinaría para abrazarlo.

—¿Félix? Te lo noto... ¿Qué pasa?

Más imágenes de un depósito vacío. Y todos excepto mamá sabían. Que lo que debía estar allí dentro estaba aquí, debajo de sus pies.

—A lo mejor dejo... la empresa de construcción.

Leo había permanecido callado desde que mamá había entrado en el salón. Ahora dio un respingo.

—¿Que vas a... *qué?*

Félix no lo miró. Miraba a su madre.

—Porque no creo que..., bueno, que la obra no acaba de ser lo que yo quiero hacer.

—Ah, ¿no?

—Y... estudiar, mamá, creo que quiero empezar a estudiar.

Félix notaba las preguntas y las miradas que le llegaban de Leo pero hizo caso omiso, solo miraba a mamá, mamá que le sonreía.

—Qué bien, Félix, claro que vas a estudiar.

Le dio un abrazo y luego se volvió hacia Leo.

—¿A que sí, Leo? ¿Verdad que suena apropiado?

El garaje en el garaje. John Broncks llamó a la puerta y esperó a que Sanna le pidiera que entrara.

—John, no hace falta que llames. Tú nunca has llamado a la puerta. Entra.

—La Banda de los Militares. Ahora los llaman así.

Cada vez que un delincuente o un grupo de delincuentes repetía un patrón y podían ser vinculados a una serie de delitos se les asignaba un nombre, una etiqueta. Armas militares, arneses de combate, botas, precisión, comunicación. El nombre había resultado más que evidente pocas horas después de que se publicara la primera imagen de un depósito de armas vaciado.

En el banco de trabajo del rincón de los técnicos de la Judicial había fragmentos de plástico y masonita esparcidos en un puzle lleno de hollín.

—Ahora mismo —dijo Sanna— estás mirando la placa que utilizaron como base para construir la bomba. El explosivo plástico fue repartido en doce montones y fueron unidos por una mecha de pentileno. Y para conseguir un agujero de sesenta centímetros de ancho el peso total de la carga explosiva debió de rondar el medio kilo.

—Tuvo que pegar un buen petardazo.

—La placa estaba *bajo tierra*. El sonido fue amortiguado por el propio edificio. Y además, estaban perdidos en mitad de un bosque.

Ella lo miró, cansada tras una larga jornada, ojos de los que él, en otra época, se había enamorado. Sanna se estiró para coger el abrigo que tenía en el respaldo de la silla.

—Podemos seguir hablando si me acompañas.

Por los pasillos de comisaría y la puerta que daba a la calle Bergsgatan. Uno al lado de la otra por calles desiertas y al principio sin intercambiar ni una palabra. Poco más de una hora para medianoche, ahora hacía aún más frío.

—Hermano mayor.

—Me gusta llamarlo así. Al líder. Es como una adicción. A los robos. Para tener el mismo subidón, el mismo éxtasis, necesita un poco más y un poco más. Cuando planeó el furgón blindado de Farsta, ir en silla de ruedas y esperar a que llegaran..., con eso tenía bastante, entonces. Cuando estaba sentado en una furgoneta delante de un banco en Svedmyra..., también tenía bastante con eso, entonces. Pero después... tuvo que aumentar la dosis. Así que planeó cómo podía robar dos bancos a la vez, uno él solo mientras dos de sus compadres se encargaban del otro.

Piñal de la calle Hantverkargatan y Broncks señaló con la cabeza al puente

que nacía de la punta de la ensenada de Riddarljärden; ella asintió en silencio y le siguió.

—Así que la próxima vez tiene que hacer todavía más. Quizá robar más bancos, quizá disparar más, quizá... para notar el subidón, el éxtasis, tiene que aumentar la apuesta. Y para ese tipo de adicción, la cosa no acaba. No hasta que la muerte se pone de por medio.

El agua del lado derecho estaba quieta, los transbordadores del archipiélago reposando para el día siguiente, y las vías del lado izquierdo para los trenes que bajaban al sur esperaban desiertas, también ellas en paz.

—¿Hermano mayor? —dijo ella, con cierta intención.

Él paró en seco, había un banco en el centro del puente y John se apoyó en él. Ella que lo conocía de una forma que muy pocos hacían. O se *creía* que lo conocía.

—Sé lo que estás pensando. Pero no es así de simple. Si piensas que estoy intentando ponerle la cara de mi hermano a una persona de este caso, estás equivocada. No son... La fuerza que los empuja no es la misma.

—¿Cómo lo sabes? Dos hermanos mayores que recurren a la violencia.

—Pero este... lo hace en beneficio propio.

—O sea que tu hermano cometió asesinato por otra persona, ¿es eso lo que me estás diciendo?

Él siguió mirándola.

—¿Sanna?

—¿Sí?

—A veces no tengo la más remota idea de qué estás diciendo.

Cruzaron en silencio por delante de Riddarholmen y de edificios hermosos de una parte de la ciudad en la que no vivía nadie, en dirección a Slussen y los contornos de un barrio de Södermalm que se erguía para saludarlos. Las escaleras delante del hotel hasta el sitio de la barandilla donde era tan bonito quedarse a contemplar la ciudad que pronto se iría a dormir. Estaban uno al lado de la otra oteando los tejados de las casas y los callejones y ahora la voz de Sanna tampoco era mecánica, no lo había sido en ningún momento durante todo el día.

—Nos... cruzamos, una vez —dijo ella—. ¿Lo sabías, John? En la calle Kungsgatan.

Ella lo miró de la manera con la que él había soñado que a lo mejor un día volvería a hacerlo.

—Te vi. De lejos.

Te vi.

—Un verano. No sé, hará un par de años. Era un sábado. Un montón de gente en el centro. Te busqué la mirada cuando nos cruzamos pero tú, John, mirabas para otro lado.

Tú me viste. Y yo elegí mirar para otro lado.

Él, que llevaba más de diez años imaginándose esta conversación. Varias veces al día. Ella, que había estado siempre allí. Cuando se despertaba. Cuando se acostaba. Y él, que había deseado ser capaz de explicarle por qué le había pedido que se mudara un jueves, por qué le había dado instrucciones para que se marchara antes de que él volviera a casa. Él, que habría querido explicarle la angustia y el pánico que había sentido al acercarse, que las cosas que ella se había llevado del piso y que ya no debían seguir allí habían ido consumiendo el oxígeno a cada paso que él se acercaba, que había intentado desesperadamente encontrar su propia respiración. Y después el maldito paseo por las habitaciones con paredes desnudas, contarle que se había tumbado en el suelo del pasillo con el pulso desbocado y el corazón a galope, muerto de miedo, dos días en el hospital de Södersjukhuset y electrocardiogramas.

Y ahora la tenía delante, casi lo estaba tocando. Y, si él se movía, todo habría terminado. Ella se inclinó hacia delante y le besó, y él no fue a su encuentro hasta que estuvo seguro de que era eso lo que estaba pasando.

John había empezado a llorar.

La abrazó y lloraba y no podía parar. Él, que ni siquiera había llorado en el funeral de su padre, porque no se puede llorar sin haber perdonado antes.

—Te vi, yo también.

—¿Qué?

—Aquel día. En la Kungsgatan. Te vi, pero...

—¿Me viste? ¿Pero no lo mostraste?

John pensó que quizá debería preguntarle sobre su vida de ahora. Cómo era a día de hoy.

—¿Igual que no te mostrabas entonces, cuando vivíamos juntos?

Debería preguntarle por su hermana. Y por la casa que se había querido

comprar, si lo había llegado a hacer o no. Por qué había buscado trabajo precisamente en la Policía de Estocolmo. Y quién más había estado así de cerca de su cuerpo.

—John, ¿recuerdas..., recuerdas la última vez?

Está gritando.

—No, no lo recuerdo.

Está gritando «eres tan duro». Está gritando eso, «eres tan jodidamente duro», una vez más, luego cierra la puerta y desaparece.

—¿No recuerdas por qué metiste mis cosas en una jodida bolsa de IKEA? Eres... ¡igual que entonces! Sigues siéndolo, John, eso que no *recuerdas*. Y sigue siendo imposible acercarse a ti.

Ella no lloraba, era él el que estaba llorando. Pero ella se marchó, se puso a caminar hacia la parada de autobús y de taxis y esta vez él no se volvió para mirar, no quería verla desaparecer.

Leo estaba junto a la ventana mirando depresiones donde se acumulaba el agua de lluvia en el patio. Su madre estaba sentada detrás de él, en el reposabrazos del sofá-cama, con un camisón que era tan distinto de los que llevaba Anneli, mamá, que estaba quitando los cojines decorativos y amontonándolos sobre el suelo a cuadros.

Leo bajó la persiana y se dio la vuelta, mientras la apartaba con cariño de la cama.

—Yo lo hago, tiene un poco de truco.

Apretó una esquina con la mano, con la otra cogió el asa de tela y pegó un tirón. El colchón cedió. Se desplegó por la mitad y Leo lo pudo extender en su totalidad. La cama tapaba justo el espacio de las cuatro baldosas, dos blancas y dos negras, que a su vez tapaban la caja fuerte y la entrada al cuartito de armas. Luego desabrochó las cintas que sujetaban el edredón recién preparado y pasó las manos varias veces para alisar las arrugas de la funda.

—Si te soy sincera, Leo, esto es lo que me esperaba.

—Te esperabas... ¿el qué?

—Que cuando Vincent me vino a ver para decirme que se iba a mudar a Estocolmo, contigo..., que tú cuidarías de él.

Ella le sostenía la mano y la acariciaba y él sintió un escalofrío a pesar de que fuera un contacto familiar, se sentía como al mediodía, cuando cruzaron Centralstationen.

—Vincent cuida de sí mismo.

—Yo sé que no lo hace. Por lo menos no del todo. Tú siempre has cuidado de él. Y de Félix. Incluso de mí e incluso de tu padre.

Él negó con la cabeza, como si no quisiera oír nada más.

—Mamá...

—Leo, si tú no hubieses intervenido, yo estaría muerta. No habría dejado de pegarme.

Ella vio la culpa en sus ojos. Pero hizo caso omiso.

—Estoy tan orgullosa de ti. Tú asumes la responsabilidad. Tú *siempre* la asumes.

—Mamá, déjalo.

Ahora ella le cazó la otra mano y le sostuvo ambas entre las suyas.

—Tú has conseguido lo que él no consiguió. Has arrancado una empresa que se está expandiendo en lugar de ir a la bancarrota y que le da trabajo a tus hermanos. Tú eres más padre para ellos de lo que él nunca lo fue. O... sí, él era como tú. Al principio. Considerado. Amoroso.

Se quedó callada. Y al proseguir lo hizo con una voz que se había endurecido.

—Tú te pareces más a mí. ¿Lo sabías? Tenemos mucho aguante, tú y yo, Leo. A lo mejor no se nos nota, pero lo llevamos dentro.

En cuestión de minutos su madre podría verlo por dentro, ver que lo que había reconocido como culpa no lo era en absoluto, que en verdad era vergüenza. Así que Leo sonrió y le dio un abrazo.

—Buenas noches, mamá.

Al salir apagó la lámpara del techo sin mirar atrás y se metió en la cocina.

Ella creía que estaba durmiendo en una habitación cuyo resistente suelo había sido colocado por sus hijos pequeños, pero lo que este ocultaba debajo la habría destrozado. Creía que su hijo mayor tenía una empresa de construcción que les daba trabajo a todos. Creía justo lo que él quería que todo el mundo creyese. Incluso ella veía lo que él quería que vieran los demás.

Y a pesar de ello: se sentía mal.

Buscó en el reflejo de la ventana la imagen de alguien que ella creía que se le parecía, alguien que asumía responsabilidades.

Exhaló aire, despacio, hasta que el cristal se volvió borroso y él desapareció.

Solo uno más. Solo uno más, que sería el más grande de todos. Un robo triple. Quince millones de coronas. Después revendería las armas y Félix podría ponerse a estudiar. Después él podría volver a parecerse a ella. Si paraban después de eso, nadie se enteraría jamás.

En la mesita de centro no podía haber nada cuando empezara el programa excepto la libreta de papel por estrenar, con todas las hojas blancas y sin nada escrito. La había comprado junto con la prensa donde Jönsson, el estanquero. A pesar de que él no leía casi nunca el periódico, esta semana había ido cada día a pie desde casa hasta Ösno Centrum a por dos periódicos de la mañana y dos de la tarde, ahora amontonados en una pila en el sofá.

La tabla de cortar, el cuchillo, el cenicero, el trozo de cebolla y el vino, incluso las virutas de tabaco y los rodales rojos dejados por los vasos de vino estaban recogidos y limpiados.

Se acercó la montaña de periódicos, los hojeó nervioso sin saber por qué, ya había leído todos los artículos varias veces. El programa de televisión que estaba esperando siempre mostraba imágenes nuevas de delitos recientes y a las que la prensa aún no tenía acceso, información que la policía escogía presentar aquí, era como si esos panolis se creyeran que estaban haciendo algo importante cuando en verdad solo estaban ahí sentados como si fueran parte del decorado del programa.

No estaba preocupado. Estaba impaciente. Sentía una comezón que le roía por dentro. Simplemente, no podía estarse quieto. Sacó las gafas de leer del bolsillo de la camisa y se trabaron en el sobre que ahora contenía diecinueve mil coronas en billetes de quinientas. Ya no era tan rechoncho como aquel día de otoño en que Leo se había pasado por ahí por primera vez en cuatro años y medio y le había entregado cuarenta y tres mil para pagar una deuda que consideraba inexistente como si fueran billetes del Monopoly.

Ivan cambió el periódico superior por el que estaba debajo y la foto de un atracador encapuchado que apuntaba con un arma. Estaba haciendo cola en el

súper ICA del centro y la cosa parecía no avanzar y no había logrado entender por qué no había por lo menos dos cajas abiertas. Mientras esperaba sus ojos aterrizaron en el mostrador de prensa y a esa distancia solo había podido leer un título, **BANDA DE LOS MILITARES**. Y después, cuando llegó su turno de pagar, había podido ver el resto: según el artículo, los que habían robado todo un alijo de armas de un almacén militar más tarde lo habían usado para cometer un atraco en Sköndal, cerca de una residencia de verano para discapacitados en la que Britt-Marie había trabajado algunos años, y dos más a tan solo quinientos metros de donde él estaba viviendo.

Sköndal. Los dominios de ella. Un lugar que en los textos era descrito por la policía como tan excepcional que por fuerza había que conocerlo para haberlo elegido.

Ösmo. Sus dominios. Y textos que analizaban la brutalidad y ocho disparos que habían dibujado una cara.

Al final había decidido olvidarse de las palabras y limitarse a observar las imágenes, en particular dos en blanco y negro que venían en todos los periódicos, de uno al que señalaban como el líder. Fotos un poco borrosas, pero aun así. Ancho de espaldas. Ojos en un pasamontañas como si hubiese sido ella la que estaba allí mirándolo. Y una boca de labios delgados, tensos hasta formar una línea, igual que él tensaba los suyos.

Ivan recolocó la libreta y levantó el portaminas.

Ya empezaba.

ESPECIAL BUSCADOS. Según el periódico todo el programa giraría en torno a la Banda de los Militares. Un especial que arrojaría luz sobre todos los aspectos, todos los detalles, con la esperanza de generar respuestas entre la comunidad.

Alisó la hoja de la libreta y prestó atención a un presentador que se puso de pie entre los panolis. Y que hablaba del mayor rollo de armas de la historia y de seis delitos graves de atraco con los que se podía vincular la agrupación.

¿Seis robos? Lo apuntó *Seis robos*. La prensa solo había mencionado cuatro.

Imágenes veloces de sucursales destrozadas a tiros. Esquirlas de cristal en el suelo y cajas fuertes con la puerta abierta. Un transporte de divisas en

Farsta. El Handelsbanken en Svedmyra. Handelsbanken y SE-Banken en Ösmo. Sparbanken en Rimbo y SE-Banken en Kungsör.

Volvió a apuntar. Información nueva.

Rimbo. Kungsör.

Después, una panorámica de varios segundos desde el interior de Centralstationen en Estocolmo. Una bomba que había estallado. Personas asustadas que se empujaban detrás de una valla alta.

¿Bomba?

Anotó pero sin verlo. Entendía las armas, desde luego. Y los robos. Pero no la bomba. La palabra «bomba» no encajaba con las demás. No entraba en ningún patrón.

El presentador hablaba ahora de los integrantes. De que tenían formación militar. De que eran de complexión atlética, hablaban sueco estándar y no tenían ningún antecedente.

Sueco est.

Sin antecedentes.

Y después. Imágenes totalmente nuevas. En movimiento.

Hasta el momento no se habían mostrado secuencias como aquellas. Distintas cámaras de seguridad instantes antes de que dispararan contra ellas. Breves cortes en ángulos picados, a menudo de tan solo unos segundos de duración. Y que definían claramente a un cabecilla de ciento ochenta y cinco a ciento noventa centímetros de altura, entre ochenta y ochenta y cinco kilos de peso.

Esta vez no dejó el lápiz sobre la mesa. Lo soltó y oyó cómo rodaba hasta el canto de la mesa y caía al suelo. A pesar de que era eso lo que debía haber anotado. Altura. Peso. Todo lo que no sabía. Todos los datos que eran nuevos. Para eso había comprado la libreta.

Pero no necesitaba apuntar nada.

Podía verlo. A pesar de que solo se tratara de unos segundos.

El patrón. Lo que se filtra en todo, lo que está contenido en millones de

células y que avanza indómito, azota, desde el componente más básico hasta los movimientos de brazos y piernas, todo, hasta llegar a los dibujos en forma de pequeños surcos en la palma de la mano y las yemas de los dedos.

Ivan se estiró hacia la botella de vino que descansaba en el suelo entre sus pies, intacta.

La abrió y bebió hasta que tuvo que coger aire.

Ahora sabía.

Habían conducido seis horas atravesando Suecia para llegar al punto inicial de su último robo, y acampado a un par de kilómetros de la pequeña población llamada Ullared. Unos pocos miles de habitantes pero el emplazamiento de los mayores grandes almacenes de toda Suecia, adonde los suecos peregrinaban desde todos los rincones del país. Sobre todo en una semana como esta. Semana Santa. Tiempo libre para el consumo, uno de los puntos álgidos del año comercial. Y con los grandes almacenes en un lado de la plaza, en este momento los tres bancos del lado contrario tenían las cajas fuertes a rebosar.

Esterillas y sacos de dormir, comida liofilizada en un cazo con agua sobre el hornillo de gasóleo. Primero: los últimos ajustes del vehículo en el que habían llegado, la pared falsa en un camión ligero que habían alquilado la semana antes. Alquilado porque tenía que ser legal, era el vehículo con el que después del atraco iban a pasar los eventuales controles de carretera. Después: una vez caída la noche, habían partido para Varberg, la ciudad más próxima, para robar el vehículo con el que iban a efectuar el atraco.

Una vez de vuelta se habían turnado para montar guardia durante unas horas de sueño. Pero Félix no había pegado ojo, miraba a las estrellas. Puntitos blancos en un cielo oscuro como la tinta y la humedad que empujaba del suelo. Pero no era eso lo que lo había mantenido despierto. Las estrellas siempre habían estado allí. Era lo otro, la intranquilidad, eso que sentía de una manera que no debía sentir.

Había reinado tanto silencio en el bosque. A excepción de algunos ladridos. Un criadero de perros, eso le había parecido.

Se levantaron a las 05.00. Desayuno con café de termo y bocadillos ya hechos que habían traído desde Estocolmo.

Habían comenzado el día poniéndole gasolina a la furgoneta con los cuatro bidones que habían llevado consigo desde Estocolmo, nunca te podías fiar de la cantidad de combustible que podía haber en un vehículo robado. Después se habían sentado en las esterillas unidas y habían extendido tanto cartas aeronáuticas como hojas impresas, habían repasado los tres atracos paralelos. Leo, que iba a robar él solo el Banco 1, Vincent y Jasper que robarían el Banco 2, y el punto de encuentro delante del Banco 3, el que iban a robar juntos. Mientras tanto, Félix controlaría y dominaría las entradas y salidas del lugar a través de la trampilla del techo de la furgoneta. Cortar ese agujero era el último paso del trabajo de preparación y lo que en este momento estaba terminando: al vehículo de reparto le faltaba ahora un gran círculo del techo. El sudor le caía por la frente y le entraba en los ojos, comenzaba a escocerle.

—¿Vincent? ¿Me echas una mano aquí?

Su hermano pequeño empujó la puerta lateral a un lado con un chirrido y se puso de pie en el asiento, presionó el trozo de metal casi suelto hacia arriba. Juntos desencajaron la trampilla que se resistía a ceder, tiraron el pedazo redondo a la cuneta.

—¿Félix?

—¿Sí?

—Esto se va a ir a la mierda.

La intranquilidad de Vincent, del mismo tipo que la que lo había tenido a él despierto.

—Nunca he tenido esta sensación, nunca.

—Yo estoy detrás del volante. Y mientras yo esté ahí, todo saldrá bien. ¿Verdad que sí?

Quería creérselo. Pero no lo conseguía.

Última vez.

El punto al que se habían estado dirigiendo desde el principio.

Tres bancos al mismo tiempo a la hora adecuada. Diez millones, puede que quince, a lo mejor veinte. Entonces tendremos suficiente.

Siempre se había tratado de eso. Tener suficiente dinero. Y hacer lo que nadie más había hecho.

—Última vez, Vincent. Después desaparecemos. Y nadie volverá a oír nunca hablar de la Banda de los Militares.

La luz era diferente. En el bosque había sido más apagada, más verde. Pero ahora que Félix estaba aquí sentado, con la furgoneta aparcada en diagonal delante de tres bancos, el día que se colaba por el círculo recortado en el techo tenía otro aspecto, más penetrante, todo el interior del coche se volvió más visible. Era como si viera la ametralladora por primera vez. A pesar de que la habían tenido en el cuartito de armas durante más de medio año, en realidad nunca la había tenido tan cerca. Una máquina de once kilos de peso en sus manos, balas en largas ristras de metal colgando de los costados, colmillos dispuestos a desgarrar todo cuanto se interpusiera en su camino. La metralleta que siempre había tenido descansando en su regazo en cada atraco, cuando había estado esperando en el vehículo de huida, era pequeña y refinada y poco visible, mientras esto era una bestia, como comparar un lucio con un tiburón blanco. Desplegó el trípode, giró el torso para poder agarrar bien la engorrosa arma dentro del pequeño habitáculo, la levantó por encima de la cabeza, la sacó por el agujero y la colocó en el techo. La munición se balanceó, restalló como una cota de malla y Felix la cazó con el antebrazo para hacerla callar.

Una zona de guerra. Eso fue lo que pensó. Como un reportaje de guerra en el noticiario de algún canal de televisión, alguna de todas las guerras civiles en las que un miembro de la guerrilla se tumbaba en una colina y disparaba a un pueblo entero. Ahora era él quien, tras asomar la cabeza por el agujero, estaba contemplando el pueblo, era él quien desde un cañón de metal seguía a las personas que caminaban por una plaza de una localidad sueca normal y corriente.

Tres bancos situados en edificios contiguos justo en la plaza central. En el extremo de la derecha, Jasper y Vincent ya habían entrado en el SE-Banken, y Félix podía escuchar a Jasper gritar a los empleados y a los clientes que se *echaran al puto suelo*. En el Handelsbanken, en el centro, una cajera oyó los tiros en el local de al lado y cuando miró por la ventana vio a Félix custodiando con una ametralladora todas las calles que conducían a la plaza o salían de ella. Sus ojos se desviaron y en ese momento se dio cuenta de que había otro hombre vestido de negro y que llevaba un pasamontañas. Pero ese no se detuvo en su banco: siguió corriendo hasta el siguiente así que ella cerró

la puerta de entrada y se escondió bajo el mostrador.

Al pasar por delante, Leo oyó cómo la cajera cerraba la puerta del banco que iban a robar todos juntos en exactamente ciento ochenta segundos. Pero de este, el Sparbanken, en el extremo izquierdo, de este se encargaría él solo.

—Escúchenme con mucha atención —gritó en cuanto abrió la puerta—. Voy a robar este banco. Así que todo el mundo al suelo. Bocabajo y con los brazos estirados. Y si me tratan igual de bien que les estoy tratando yo, se podrán volver a levantar en cinco minutos e irse a casa con sus familias.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que practicar el robo de *un* banco en el garaje era igual que practicar para todos: en realidad no se diferenciaban mucho entre sí, con el mostrador delante, los escritorios en los que se trataban las solicitudes de crédito un poco más atrás y la caja fuerte en la misma sección del área de empleados.

Lo único que nunca podría prever era cuánta gente encontraría dentro y cómo reaccionaría.

Contó tres clientes: dos mujeres jóvenes de la edad de Anneli y un hombre mayor con un abrigo gris parecido al que su abuelo llevaba siempre en primavera. Además había cuatro empleados: tres tras el mostrador y una que acababa de volver con un café.

Y todos hicieron lo que les decía.

Se tumbaron y se quedaron mirando el brillante suelo de baldosas.

—Tú, la del café.

La cajera había dejado con mucho cuidado su café todavía hirviendo en un escritorio antes de echarse al suelo.

—Coge esta bolsa y mete dentro todo el dinero de las cajas registradoras. Rápido. Pero no te pongas nerviosa. Solo estoy aquí por el dinero. Nada más. Y después los dos vamos a meternos en la caja fuerte, y cuando la bolsa esté completamente llena no me volverás a ver nunca más.

Era la segunda vez que robaba un banco él solo. Y había tanto silencio. Ni siquiera podía oírles respirar. Solo el sistema de ventilación zumbando sobre su cabeza.

No como en Ösmo, con la mujer que gritaba sin parar. Esto era perfecto:

tenía el control de cada segundo que pasaba.

Incluso había elegido a la cajera adecuada. Con seguridad y buen ritmo estaba vaciando el dinero de una caja tras otra. Y cuando le miró, sus ojos no le juzgaron: él mantenía la calma y por tanto ella mantenía la calma. Era así de simple.

—Estás haciendo un trabajo extraordinario. No estás creando un peligro innecesario para toda la gente que está aquí. Te lo agradezco.

Caminaron juntos hasta la caja fuerte. Su chapa de identificación decía que se llamaba Petra.

Y mientras desbloqueaba la caja, Leo comprobó su reloj para ver cuánto tiempo había pasado.

—¿Petra?

Ella le miró mientras abría la puerta de la caja.

—La situación es esta: todo está yendo bien. Tienes tiempo.

Dos y medio, quizá tres millones de coronas sobre los estantes. Un poco menos de lo que había previsto. Pero tenían dos bancos más para compensarlo. Petra era metódica llenando la bolsa con los fajos perfectamente envueltos.

Una última mirada hacia la oficina del banco.

Todos seguían allí tumbados con los brazos estirados.

Pantallas de televisión. Así era como Félix había visto siempre los atracos desde fuera, y como lo hacía ahora mientras volvía su ametralladora de banco en banco. Un reportaje de televisión sobre una guerra. Con tres televisores sintonizando distintos canales. Tres escaparates cuadrados e igual de grandes con distintos logos bancarios, iluminados con luz artificial en su interior, un poco más amarilla y tenue. Tres pantallas mostrando tres escenas simultáneas.

En la de la izquierda, Sparbanken, un hombre encapuchado a solas, Leo, que sigue a una cajera que llena una bolsa con los billetes de las cajas que va vaciando. En la pantalla de la derecha, SE-Banken, dos hombres encapuchados, Vincent y Jasper, uno que se encarga de las cajas y otro que apunta con su arma a la espalda de un empleado de camino a la caja fuerte. Y, por último, la del centro, Handelsbanken, el que van a robar en último lugar,

todos juntos, y donde el personal se está poniendo a cubierto en el suelo detrás del mostrador de madera.

En Svedmyra y Rimbo y Kungsör había sido solo una pantalla. En Ösmo, dos. Aquí había tres televisores que mostraban un espectáculo que su hermano había dirigido. Ninguno era real.

Y de pronto, por primera vez, se volvió real.

Las secuencias paralelas adquirieron un nuevo contenido con el que no había contado, nuevas frases, nuevas escenas, personajes que actuaban fuera del guión. Tres interrupciones momentáneas que deshicieron la ilusión. Ya no podía reducir lo que veían sus ojos a una mera ficción y pantallas de televisión. Estaban allí. Las personas. Se bajaban de los coches. Y si estaban, también eran vulnerables. Y él allí, sosteniendo entre las manos una ametralladora auténtica, una cosa que repartía ochocientas balas mortales por minuto.

Primero fue el cazador más viejo, el que se bajó del coche y dejó a la mujer en el asiento del acompañante. Con chaqueta de camuflaje y una gorra con reflectantes abrió el maletero del coche y de una funda sacó un rifle de caza. Después fue con paso firme directo a la ametralladora y el cañón con el que Félix lo estaba señalando. Hasta plantarse delante.

—¿Qué cojones os creéis que estáis haciendo?

—Félix le apuntó con la ametralladora.

—¡Tú te largas de aquí, desaparece!

Pero el tipo se quedó donde estaba, miró desafiante al orificio del cañón y le quitó el seguro a su arma. Era o él o el viejo. No tenía elección.

Se apuntaron el uno al otro y Félix sabía que pronto apretaría el gatillo. Cuando la mujer se bajó del coche, le gritó a su marido, tiró de su chaqueta.

—¡Por favor, Bengt, vuelve, vámonos de aquí!

Había estado tan cerca. Y había sido *real*.

Después Leo salió del banco, caminando del modo en el que solía hacerlo cuando se sentía el rey del mundo... hasta que de repente se detuvo, el miedo reflejado en su cara.

La bolsa que Leo llevaba en la mano había explotado. Una densa nube roja de tinta se abrió paso por la cremallera abierta, manchando sus finos guantes de piel, y ascendiendo hasta su boca, su nariz y sus ojos.

Una puta bomba de tinta.

Dos millones, puede que incluso más, destruidos.

Tenía el control. De todo el lugar. Teníamos un acuerdo. Y lo ha estropeado todo.

Abrió la puerta de cristal de una patada, sujetando la bolsa humeante frente a él como si fuera una bomba de relojería y pisando por encima de los clientes que se aplastaban contra el suelo.

—¡Os lo dije! ¡Todos os podríais ir a casa con vuestras putas familias si hacíais lo que os decía!

Sabía exactamente dónde estaba ella dentro de la sala: bajo el escritorio de la Caja 2.

—¡Petra!

La taza todavía caliente de café seguía allí.

—¡Petra, levántate!

Obedeció y le miró, y sus ojos ya no se parecían en nada a los de antes, ahora estaban llenos de desprecio.

—¡Me has metido una puta bomba de tinta! He confiado en ti, y has traicionado esa confianza.

—He cumplido con mi trabajo.

Aunque su voz delataba el miedo, hablaba sin vacilar.

—¡Tú eres la responsable de sus vidas! ¡Esto es culpa tuya!

Entonces Leo comenzó a disparar. Sin apuntar. Simplemente siguió apretando el gatillo hasta que logró vaciar todo el cargador. Al cristal de seguridad, a los respaldos de las sillas, a los escritorios, a las paredes, al techo.

Y durante todo el tiempo ella permaneció allí de pie, mirándole. Llorando. Convencida de que estaba a punto de morir.

—¡Por tu puta culpa!

Después se fue con la bolsa en la mano, mientras el humo rojo se iba desvaneciendo. Quedaba un banco.

Felix nunca había visto a Leo así antes, no cuando era importante mantener la compostura. Simplemente la había perdido por completo, disparando

enloquecidamente a su alrededor, dominado por la rabia, totalmente fuera de control dentro de la sucursal. Como l van, pensó Félix, Leo había perdido el control cuando una mujer lo había traicionado y él había vuelto para castigarla. Desde el techo del coche era difícil ver si le había dado a alguien. No lo creía. Pero lo que hacía un instante se había vuelto real con el viejo y el rifle de caza, ahora se le acercó todavía más, como si pudiera ver hasta los poros, estaba viviendo la realidad con todos los sentidos.

Después, su hermano pequeño.

Vincent fue el primero en llegar al tercer banco, el de en medio, y a su puerta, ahora ya cerrada. Por eso iba alternando la culata y el cañón de la metralleta para golpear el cristal, destrozó la pantalla del televisor, entró corriendo. Dio la orden de *al suelo*, tal como debía, y todo el mundo obedeció. Excepto una señora mayor. Ella se le acercó, alargando una mano como si le estuviera pidiendo algo, quizá que la dejara salir. Una mano alargada que fue malinterpretada. Félix observó cómo Vincent se giraba y quitaba el seguro del arma en el mismo movimiento antes de darse cuenta de que la anciana no suponía ninguna amenaza, el arma apuntándola y ella suplicando tan fuerte que lo pudo oír desde el coche.

—¡No dispaes, por favor, no dispaes!

A tan solo un movimiento con el dedo. Su hermano pequeño había estado tan cerca de matar. Y la realidad nunca había estado tan presente como cuando Vincent se quedó inmóvil con el arma apuntando al suelo en un intento de comprender lo que había estado a punto de hacer.

Luego las tres películas simultáneas habían vuelto a su curso predeterminado.

Los ladrones habían abandonado el tercer banco saliendo por la afilada brecha de una pantalla de televisión destrozada, habían salido corriendo al coche, tirado las bolsas dentro y cerrado la puerta lateral, al mismo tiempo que él había desmontado la máquina de guerra y se había sentado al volante y había ido esquivando coches que, dominados por el miedo, se habían quedado congelados en mitad de la calle.

Vincent supuso que iban a ciento veinte kilómetros por hora, por una carretera

comarcal que todavía era bastante estrecha. Un aire gélido entraba por el agujero del techo y toda la furgoneta vibraba.

Delante de él, Leo hurgaba frenético con ambas manos en una bolsa repleta de billetes manchados de rojo.

—¡Joder! ¡Joder joder joder! ¡Dos millones! ¡Y está todo rojo!

Vincent todavía podía sentir el dedo tenso sobre el gatillo antes de verle las arrugas y el pelo gris, sus súplicas de que la dejara salir.

Había sido valiente, pensó. Y la cajera había sido igual de valiente cuando, muerta de miedo, había hecho lo que le habían enseñado que hiciera, había dejado caer una bomba de tinta entre los billetes que otro atracador encapuchado le había exigido.

—¡La muy perra, está todo rojo!

Leo siguió gritando y Vincent miró las copas de los árboles a través del agujero cortado. El bosque se volvió más espeso. Dos kilómetros desde la localidad y apenas un kilómetro para llegar a un camino del bosque por el que Félix se debía meter.

—¿Y vosotros? ¿Cuánto habéis conseguido?

—No sé —replicó Jasper.

—¡Jasper, cono, más o menos!

—Como mucho... cuatrocientas mil. En total. La caja fuerte del primer banco estaba completamente vacía.

Respuesta incorrecta.

La bolsa como una honda contra la pared cuando Leo la arrojó al fondo de la furgoneta.

—¡Cuatrocientas mil coronas de mierda!

Las copas de los árboles ya no eran una masa homogénea, Vincent podía distinguir árboles individuales. Habían aminorado la marcha, se habían salido de la comarcal, Felix volvió a acelerar y el terreno irregular comenzó a golpear contra el chasis.

No queda mucho. Para la oscuridad protectora de detrás de la pared.

El camino se abrió y se convirtió en una larga cuesta arriba de poco desnivel. Y fue más o menos a medio camino de la cuesta cuando se oyó el primer golpe. Vincent lo oyó, y lo notó. Un golpe claro. La siguiente vez fue aún más fuerte, como con un bate de madera.

Después se redujo la velocidad. Y supo al instante lo que pasaba.

Es una sensación única cuando un motor se rinde por completo.

Un vehículo en mitad de una subida cuando Félix metió el freno de mano y bajó de un salto.

—¡Está... muerto! ¡No reacciona!

Con una linterna en la mano, Félix se arrastró debajo de la furgoneta inmóvil.

—El conducto de gasolina, Leo. ¡Está roto!

—¿Estás seguro?

—Sí.

—La jodida bomba de tinta y ahora esto... ¡Mierda!... ¡Mierda mierda!... Tendremos que empujar esta basura el último trozo, después bajamos en punto muerto hasta donde lleguemos. Y el último tramo lo hacemos a pie. ¡Llegaremos por lo menos veinte minutos tarde!

Ocho brazos jóvenes empujaron una furgoneta que era pesada y que por cada paso que daban les robaba un poco más del poco tiempo que tenían. Cuando llegaron a la cumbre Félix se subió y manejó el volante hasta que las ruedas estuvieron a punto de detenerse y se metió en el bosque. Dos kilómetros hasta el punto de reunión. Se pusieron a correr.

El camión estaba donde lo habían dejado casi una hora antes, en el borde del área de giro, rodeado de árboles y piedras y un montoncito de leña. Si alguien hubiese pasado por ahí, si hubiera sentido curiosidad y lo hubiera abierto, habría visto justo lo que Vincent y Leo y Jasper veían ahora cuando entre todos abrieron las puertas de atrás. Grandes rollos de material aislante áspero, rasgado y esponjoso. Se subieron, se abrieron paso entre los bultos hasta la pared que separaba la caja de carga de la cabina. Y la desencajaron. Una ilusión. Una pared extraíble que ocultaba la cámara secreta que habían construido durante la semana que habían tenido el camión en el garaje de casa en Tumba. Era detrás de ella donde iban a meterse durante el viaje hasta Gotemburgo y el siguiente cambio de medio de transporte.

—Veintisiete minutos tarde —dijo Leo.

La policía ya había tenido tiempo de poner controles de carretera.

Félix estaba casi listo, se había cambiado la ropa de atracador por la de obrero, él era quien iba a conducir.

—Das dos golpes en la pared si tenemos que quitarle el seguro a las armas. ¿De acuerdo?

Félix asintió y colocó la falsa pared.

Quedaron completamente a oscuras en el minúsculo espacio.

Estaban apretujados y Vincent estaba pegado a Leo, casi encima de él, cuando notó el paso de tierra a asfalto. Jasper igual de cerca pero del otro lado. Oscuridad absoluta. Ese tipo de oscuridad que estaba viva, era orgánica, un tejido que salía de la pared que los separaba de la cabina donde estaba Félix. Cuando Leo emitía sus respiraciones fuertes y cortas, Vincent podía notar un airecillo caliente acariciándole la mejilla.

Con cada frenada se veían más absorbidos por la oscuridad, los movimientos del camión meciéndose como una cuna en el pecho.

Pero esta vez no.

Félix realmente se detuvo.

Oyeron el primer toquecito. Luego, el segundo.

Vincent notó cómo Leo se retorció para poder quitarle el seguro al arma, cómo Jasper también lo hacía, un chasquido que fue resonando, y comprendió que era esto lo que había estado esperando toda la noche y todo el día.

Esto se va a ir a la mierda.

Sabía cómo era un control de carretera. Dos coches patrulla con las luces azules girando. Cuatro policías uniformados: uno de ellos levantando una pala de plástico en la que ponía POLICÍA y que le ordenaba al vehículo que se detuviera.

Félix tampoco había dormido. No lo había comentado, pero Vincent se había dado cuenta, lo había notado en sus ojos. Treinta horas despierto.

Comenzó a bajar la ventanilla; podían oírlo todo a través de la delgada pared.

—¿Puedo ver su permiso de conducción?

No era una voz mayor. A lo sumo algún año más que la de Leo. Después hubo silencio, Félix se guardaba la cartera en el bolsillo del pecho, ahora debía de estar sacándola.

—¿Adónde se dirige y de dónde viene?

—¿De dónde vengo?

—¿Dónde ha estado?

—¿Ha pasado algo?

Otro silencio. Vincent imaginó que el agente debía de estar comprobando el carné de conducir de Félix mientras su compañero aguardaba a unos metros de distancia.

—Le he preguntado dónde ha estado y adónde se dirige.

—Una cabaña de veraneo en Tylösand. En la costa, playa de arena blanca, una pasada. La alquilo. Dentro de un mes entran los primeros huéspedes. De Estocolmo, y pagan cojonudo. Para entonces tengo que cambiarle el aislamiento a una de las habitaciones. El material lo llevo ahí atrás.

—¿Podría bajar?

La puerta se abrió. Y un ruido sordo cuando Félix aterrizó en el suelo.

—Y abra la puerta de la caja.

Pasos a lo largo del lateral del camión. Los de Félix los reconocía. Los del policía eran más ligeros, a lo mejor no era igual de grande.

Luego se abrieron las puertas, se abatieron hacia fuera. Ahora el policía tenía vista libre al interior.

Y entró luz. Se coló por la ranura de arriba donde la pared falsa se unía al techo. Se podía ver la sombra del policía al moverse.

Vincent contuvo el aliento. Cerró los ojos. Intentó concentrarse solamente en Félix, que podría estar hablando un poco más allá con otro agente.

En su cabeza volvió a ver su pelo cano, las arrugas como anillos de crecimiento, debía de ser sabia, su mano alargada suplicando y sus ojos que no mostraban miedo.

Los rollos de material aislante al otro lado de la pared falsa fueron apartados a un lado. El plástico que los protegía raspó contra el suelo. Ahora estaba cerca, el policía. La tela de su chaqueta rozó cuando dio la vuelta, se frotó con la superficie de la pared.

Podía pasar cualquier cosa. En cualquier momento. Jasper abriría fuego si la policía los encontraba. Leo también. Pero él ni siquiera le había quitado el seguro a la metralleta. Todavía no.

Ahora alguien se apoyó en la pared falsa. La ranura de arriba dejó pasar más luz. La habían construido Leo y Félix y solían hacer las cosas bien. Pero

¿y si...? ¿Y si cedía con el peso del cuerpo?

—¿Qué está buscando?

—Se ha cometido un atraco.

—¿Un atraco?

Vete de ahí.

—Atraco bancario. Y no uno. Tres.

Apártate de la pared. Ahora.

—Qué agotador —dijo Félix.

Vincent abrió los ojos. Podía verlo, negando con la cabeza.

—Quiero decir..., ¿no pueden esos tarados trabajar, como hacemos todos los demás?

El agente ya no se estaba apoyando en la pared. Parecía que se estuviera alejando, el uniforme rozó el plástico que envolvía unos rollos apretujados.

El que se había paseado por la caja de carga bajó de un salto.

Las dos puertas se deslizaron de nuevo, se cerraron.

La oscuridad volvió a cernirse, viva como antes. Los pasos de fuera, Vincent podía oírlos al mismo tiempo que oía a Félix decir algo acerca de que los policías estaban haciendo un buen trabajo. Durante un par de minutos la realidad se había desintegrado, millones de fragmentos habían caído como cristales rotos detrás de sus párpados. Ahora los volvió a montar, uno a uno. Pero no encajaban.

El motor del camión se puso en marcha.

Los fragmentos nunca volverían a estar en el sitio correcto.

Estaba seguro de ello. Era lo único de lo que estaba seguro. Y notó que la velocidad aumentaba, que volvía a metérsele en el pecho.

Vincent había bebido tan despacio que el contenido del vaso primero se había vuelto tibio, después se había puesto rancio. Iba con cuidado de no emborracharse. Aquí no. Había estado a punto de dormirse varias veces, una noche sin descanso que ahora no era más que restos de concentración y miedo. Un ratito más. Después, vuelta a casa, el traqueteo de las vías lo mecería hasta quedarse dormido, y las imágenes de un triple atraco se volverían borrosas, el momento en el que estuvo a punto de pasar de ladrón a asesino. Un mero instante que había partido la realidad en dos alternativas claras.

Miró por la ventana del bar que estaba al fondo de la estación central de Gotemburgo.

Jasper.

Saliendo del estanco de enfrente, caminaba dando saltitos, a pesar de no haber dormido tampoco, periódicos bajo el brazo que compartían titulares, **ATRACO TRIPLE** y **BANDA DE LOS MILITARES**, y la imagen de él mismo con pasamontañas negro sacada de una cámara de seguridad segundos antes del momento del disparo. Jasper estaba rojo, tenso, tiró los periódicos sobre la mesa y se fue directo a pedir la tercera cerveza. Y se tomó el tercer chupito de Jägermeister en la barra misma.

—¿Has visto? ¡Ya han cambiado las portadas!

—Sale en diez minutos.

—¡Tres jodidos bancos, Vincent! ¿Te das cuenta? ¡Están chalados!

Levantó los periódicos. Hablaba demasiado alto. Y paseó la mirada hasta estar seguro de que había captado la atención del resto de los clientes.

—Jasper, para.

Vincent hablaba en voz baja, susurrando.

Jasper se rio, afónico y sin motivo por efecto de mucho alcohol en poco tiempo, mientras abría uno de los periódicos y señalaba una foto grande.

—¿Has visto? ¿El tipo este de aquí?

—¡Hay policías ahí fuera! Los he visto. ¡Varios! ¡En la estación! Y ellos... ¡para ya, maldita sea!

Vincent no quería estar allí sentado, con Jasper. Quería hablar con sus hermanos, con Leo, que estaba pasando con el camión por algún punto de la E4, y con Félix, que iba a despegar de Landvetter para aterrizar cuarenta y cinco minutos más tarde en Estocolmo. Los necesitaba, aquí, ahora.

Dividirse después era otro modo de no llamar la atención, pero aquí estaba Jasper haciendo precisamente eso, salpicando agresividad a su alrededor para provocar, como si el robo siguiera latente en su interior y estuviera buscando una vía de escape.

—Oye..., todo el mundo está hablando de esto. ¿Qué te crees que está leyendo la señora esa de allí? ¿Y ese viejo de ahí, el que se echa Smirnoff a escondidas en el café, te crees que no han mirado los especiales de las noticias? No es nada raro que nosotros también lo hagamos. ¡De hecho, lo raro sería que no lo hiciéramos! Relájate un poco, hermanito.

Hermanito.

—¿Viste los ojos de Leo? ¿Cuándo se dio cuenta de que más de la mitad estaba manchado de rojo? Yo sí se los vi. Yo entiendo perfectamente lo que sintió. Leo y yo..., nosotros hemos planeado todo esto, juntos. ¡Y va la cajera y mete una bomba en la bolsa! Lodo rojo, ya no sirve para nada, hay que quemarlo.

—Jasper, cierra el pico.

—¡Pero no nos habríamos llevado tan poco dinero, hermanito, si tú no te hubieras puesto a hablar con el personal de caja como una jodida nenaza! ¡Un atracador no es tan blandengue con el personal! ¡Podríamos habernos llevado un par de millones más, joder!

Blandengue.

Se le clavó e hizo presa.

Vincent tenía que irse, por eso se puso de pie, cogió la bolsa que había debajo de la mesa y se la colgó al hombro, pudo sentir el contorno de una culata que topó con la punta de su cadera. Se dirigió al andén y al tren que iba

a Estocolmo y Jasper le siguió los pasos.

—Un blando, hermanito, con el personal.

—Oye, me dieron las llaves. ¿A que sí?

—¿Que te las *dieron*? Las llaves se cogen. Le pegas el cañón en la frente. Hasta que las tienes en la mano.

No había podido aguantarse. Pero por mucho que aquel tarado le hablara solo pensaba tumbarse en los asientos del tren y dormir. No contestaría, no podía volver a contestar.

—A ver, Leo ya lo ha dicho, somos una empresa de verdad. Y en ese caso, Leo es..., él es el dueño de la empresa, como un director general, y yo..., yo soy más como un gerente, y tú, Vincent, solo eres un aprendiz, un becario, por eso eres tan blando con el personal. Leo lo sabe. Así que para eso me tiene a mí. Para ser duro con el personal. Yo lo soy. Duro. No como tú, hermanito.

Vincent se subió al vagón y cruzó el estrecho pasillo con la mano a la espalda para mantener la bolsa alineada con el cuerpo, no quería clavarle la metralleta a ningún pasajero al pasar. Un solo compartimento en cada vagón, al fondo del todo. Corrió las cortinas, cerró la puerta y subió la bolsa al estante del equipaje, después se dejó caer a lo largo de tres asientos con la chaqueta cubriéndole la cabeza.

No llevaba allí tumbado ni diez minutos. El traqueteo de las juntas de dilatación entre los rieles había ido subiendo hasta penetrarle el cuerpo, un balanceo pulsante al mismo ritmo que los colores y los puntitos de luz que se filtraban suavemente a través de sus párpados. Entonces entró el revisor para comprobar los billetes, después Jasper se subió al asiento donde estaba estirado para bajar la bolsa y le clavó a Vincent el pie en un costado, una puntera reforzada en las costillas.

—¿Quieres una?

Jasper había dejado la bolsa en el suelo, había sacado una cerveza y tiró ahora del aro de metal con el dedo, gotas que salpicaron y que aterrizaron en la cara de Vincent.

—¡No abras apuntando hacia mí!

Jasper volvió a hurgar en la bolsa, las culatas de madera plegadas de las armas y las bolsas de plástico con billetes teñidos de rojo arriba del todo, bien visibles, pescó otra lata y se la pasó a Vincent, que negó con la cabeza.

—¿Qué coño he hecho para caerte tan mal? ¿Eh? ¿Hermanito?

—No somos hermanos.

Había vuelto a contestar. Y vio cómo Jasper lo recibía, satisfecho. Pero sentía la cabeza tan pesada...

—Te llamo hermanito si me apetece llamarte hermanito. Eres el más pequeño, ¿o no? Por eso no tienes ni zorra idea de lo que Leo y yo hicimos antes de todo esto, porque por aquel entonces tú aún no eras más que un cachorrito mocososo.

Vincent quería poder pensar con claridad pero le picaban los ojos y los tenía secos y los pelos de la nuca parecían electrizados.

—En cada atraco, hermanito..., primero Leo, yo al final y tú en el medio, en el sitio más seguro. Te protegemos, es algo que Leo y yo hemos hablado.

Jasper apretó la lata, ahora vacía, entre los dedos, lo bastante como para que el irritante sonido de una abolladura entrando y luego saliendo pudiera repetirse.

—Pegamos un montón de tiros y aun así siempre tenemos reservas para poder reventar a los polis de mierda si se les ocurre meterse con nosotros. ¿Acaso no te has planteado, hermanito, de dónde sale toda la munición?

La abolladura en la lata. Dentro, fuera. Un segundero chasqueando. Jasper se lo acercó a Vincent a la oreja.

—Si tú supieras todo lo que he hecho por ti, Vincent. Cada día durante seis años. ¡Y tú vas y te tumbas ahí con esa actitud! ¡Tiene cojones!

Estaba consiguiendo provocarlo. Lo sabía, lo notaba.

—Seis años... ¿De qué estás hablando?

—¿Que de qué estoy hablando? ¿De dónde te crees que sacamos el explosivo plástico y la mecha de pentileno con los que abrimos el boquete en el suelo del depósito de armas?

A Vincent le dolía todo. Dormir. Era todo lo que había pedido.

—El servicio militar. Primero Leo cogió lo que necesitábamos. Después yo.

Pero ahora era como si las fuerzas poco a poco estuvieran volviendo a medida que escuchaba.

—Empiezan sacando un camión entero lleno de cajas selladas y las colocan junto al camino, en mitad de la nieve. Armas. Explosivos. Munición.

Y al cabo de un rato es imposible tener controlado lo que hay y lo que no hay, pero Leo lo sabía y yo sabía que hasta que no terminaba la maniobra y había que llevarlo todo de vuelta las cajas no eran marcadas.

Cuanto más alto hablaba el maldito idiota que tenía delante más claro tenía que nunca volverían a atracar juntos ningún banco.

—Y luego, hermanito, por la noche, cuando hacíamos guardia, nos llevábamos bolsas negras de basura. Teníamos tres horas de tiempo en la nieve, sacábamos balas o pentileno o granadas de mano. Bolsas negras que enterrábamos antes de volver al puesto.

No había nada más que la boca de Jasper, la que hablaba y hablaba de Leo como si Leo fuera Jasper y Jasper fuera Leo.

—Y sabíamos que después de la maniobra habría una inspección completa, iban a poner todo el puto regimiento del revés.

Como si Leo fuera Jasper y Jasper fuera Leo.

—Literalmente como un registro domiciliario, lo revisan absolutamente todo. Pero no encontraron nada. Nada, hermanito.

Tú no eres mi hermano.

—¿Lo entiendes? Llevamos seis años planeándolo, hermanito, Leo y yo.

»Es raro, ¿sabes? A pesar de que eres su hermano pequeño yo lo conozco mejor que tú. Cuando entramos en el banco, Leo y yo tenemos una conexión que vosotros no tenéis. Sabemos exactamente qué va a hacer el otro.

Vincent se levantó de repente, en medio del vagón bamboleante, delante de los labios que se movían, y lo hizo con las ganas de pegar, descargar toda la fuerza que le quedaba en su agotado cuerpo.

—Leo y yo. Podemos hacer cualquier cosa. Paramos todo el cuerpo de policía con una jodida bomba de nada. ¡Imagínate lo que podemos hacer la próxima vez!

—¡Una bomba a la que le quitaste el seguro, Jasper!

Notaba las puntas de los dedos clavándose en las palmas de las manos.

—¡Sé que fuiste tú! ¡Lo he sabido todo el tiempo, igual que Felix!

Primero Jasper negó con la cabeza como había hecho todas las ocasiones anteriores.

Pero después fue como si cambiara de idea. Y sonrió.

—Sabía que la policía iba a enviar un robot antibombas.

—O sea que... ¿fuiste tú?

—Sé de esto, hermanito, no podía pasar nada grave.

—¿*Fuiste* tú el que le quitó el seguro! ¡Pero lo negaste!

—No murió nadie. ¿Verdad?

—¡Mentiste! ¡Le mentiste a Leo! ¡Él confiaba en ti! ¡Pero tú eso no lo entiendes porque estás... solo, no tienes ningún hermano!

Vincent se sentó, estiró los dedos, cuyas puntas se habían puesto blancas, y por fin hubo silencio en el compartimento. Sintió alivio en su interior.

—¿O sea que estoy... solo?

—Sí.

Jasper seguía observándolo con la mirada perdida mientras abría la cremallera de la bolsa para coger otra cerveza. Pero no fue eso lo que sacó ni lo que ahora tenía en las manos. Era un subfusil.

—¿Y no tengo... ningún hermano?

—Ningún hermano.

Jasper desplegó la culata, acarició la parte superior del cañón.

—¿Hermanito? ¿Sabes lo que podría hacer ahora mismo? Algo que se puede hacer... solo. Sin hermanos.

Abandonó su asiento tan rápido que Vincent ni siquiera entendió lo que estaba pasando, no hasta que Jasper hincó la rodilla y le apretó el arma contra la cabeza. Sintió un escozor en el punto donde la frente se unía con la sien y Vincent se deslizó hacia atrás hasta que se hundió en el reposacabezas.

—Entonces te lo voy a explicar, hermanito. Escúchame. Con esto puedo hacer exactamente lo que me dé la gana.

Vincent nunca había estado cerca de morir.

Comprendió que se había convertido en el vigilante de un furgón blindado o en la cajera detrás de un mostrador, que había intercambiado el sitio con ellos.

—Jasper, tienes que...

Jasper apretó más y comenzó a salir sangre cuando los cantos afilados del orificio del cañón cortaron algunos pedacitos de piel.

—Yo no le menté a Leo, ¿te enteras?

La mantuvo así mientras alguien pasaba justo al otro lado de la puerta del compartimento. Alguien más se reía y hablaba en voz alta tras la delgada

pared.

—¿Te enteras? ¿Hermanito?

Vincent no estaba seguro de si su cabeza se movía, el cuerpo no respondía, pero desde luego intentó asentir con ella. Jasper volvió a bajar el arma con la misma tranquilidad con la que la había alzado, plegó la culata, la metió en la bolsa y cerró la cremallera.

Más pasos fuera. Más voces.

Vincent seguía inmóvil.

Nueve atracos. Y no se había dado cuenta de lo fácil que era. Coger lo que uno quiere cuando tienes un arma entre las manos.

En el patio de tierra un grupo de internos en un banco fumaba con frenesí en un frío viento de abril, un breve recreo de las prensas neumáticas y los sitios fijos junto a la cinta transportadora del taller del centro penitenciario, el trabajo diario de serrar y atornillar piezas de madera por once coronas la hora. Vestidos con chaquetas tiesas y de corte antiestético y acolchadas en cruz, igual que la reja, y que le recordaban a John Broncks a los presos de las antiguas películas de gulags.

Aquí es donde vais a acabar cuando os pille.

Paseó la mirada. Vivía solo pero nunca jamás se sentía solo. Excepto aquí. Una persona nunca estaba tan rodeada de sinsentido como durante la espera en una celda de visitas. Aislado. En una cárcel las visitas no eran alegría: eran control y seguridad.

Oyó un timbrazo, metálico como el del timbre del piso donde habían compartido una habitación hasta que John cumplió catorce años, las camas tan juntas sin que se le hiciera raro, a pesar de que nadie de su edad compartiera cuarto. Luego el restallido de un manajo de llaves, un chasquido doble y mecánico del interior de la puerta, anclajes que se separaban de un marco reforzado.

Pantuflas de baño y pantalones cortos de color azul. Camiseta blanca con el logo del centro en el pecho. Y el guardia medio paso más atrás.

Sam se había ensanchado. Aún más rabia que se había convertido en músculo. Una cara que no mostraba nada, sin vida. Lo más difícil. Existir en el presente pero sin vivirlo.

Aquí es donde os vais a sentar. En esto es en lo que os vais a convertir.

Y este serás tú, Hermano mayor.

—Pediste cita previa —dijo Sam.

—Sí, yo...

—Pero esta vez tampoco he traído ningún bizcocho. Porque no has venido a visitarme.

Se apoyaron en paredes opuestas. No había forma de alejarse más.

—Me he tomado dos cafés por el camino.

John sacó una de las sillas, tomó asiento.

—La última vez que vine habían robado un furgón blindado y un banco. Ahora han robado un furgón y ocho bancos, han detonado una bomba en Centralstationen y cuentan con más de doscientas armas automáticas.

Sam sonrió ligeramente.

—Joder, parecen buenos esos... ¿cómo los llamabais, hermano..., la Banda de los Militares?

John descansó los codos en la mesa. Igual de destartada que la silla.

—Aquí dentro hay cuatrocientos sesenta y tres reos condenados a cadena perpetua. Y después de dieciocho años, Sam, tú los conoces a todos. Y ellos conocen a todos.

—Oye..., ya hemos hablado de esto. ¿No? Ya te dije que, si yo *supiera* algo, no se lo contaría a un poli, maldita sea.

—Pero ya no es como la primera vez. Sam, olvídate de los bancos. Antes de que esta banda comenzara a pegar tiros como locos, allí fuera había trece armas militares robadas. Ahora hay suficientes como para proveer a todas las organizaciones criminales con las que tú almuerzas cada día aquí dentro. Pronto hasta el último gánster de poca monta podrá correr por ahí con un arma de guerra. Y entonces no se tratará de cámaras de seguridad destrozadas: un montón de gente inocente se cruzará en sus caminos, y me atrevo a decir que eso no le parece bien ni siquiera a alguien que *no quiere hablar con un poli*.

La sonrisa de ironía se esfumó y quizá la mirada de Sam se ablandó un poco.

—Nunca lo aceptaré, Sam. Que se hiera a los inocentes.

Fue solo un momento.

—No entiendo por qué demonios estás tan obsesionado con estos tíos.

—Ya te lo dije. Nunca aceptaré que alguien resuelva sus problemas con violencia. Cuando un guardia de seguridad muestra las fotos de sus hijos le meten aún más la punta de la metralleta en la boca para conseguir lo que

quieren.

—Oye..., era un guardia. Si eliges ser guardia eliges asumir el riesgo. Los furgones blindados son objeto de robo.

—¿Y la cajera en el suelo, qué? La que estaba tumbada con cortes en la mejilla y que nunca volverá a dormir sin pastillas; sus ojos, si se los hubieras visto, se parecían a los de mamá, aquella vez.

Por fin Sam cambió la pared por la mesa a la que John ya estaba sentado. Se le marcaban las venas de los antebrazos y cuando apretó el respaldo de la silla, como si quisiera romperlo, parecía que se le dibujara un mapa de carreteras.

—Oye..., era cajera. Escogió hacerse cajera. Ella sabía que los bancos también son objeto de robo.

Sam no había sido un criminal cuando lo condenaron a cadena perpetua. Se habían convertido en uno detrás de los muros.

—Entonces, tú..., ¿tú opinas que están actuando correctamente?

—Llevo aquí dieciocho años, ¿tú qué coño crees?

Aflojó un poco la fuerza con la que aferraba la silla y las manos recuperaron su color natural.

—Tú estás ahí sentado en una jodida silla de visitas. Y yo estoy sentado aquí dentro. Tú escogiste cogerle la mano. Yo escogí devolver el golpe.

Sam lo miraba de una manera que John reconocía y que carecía de ironía, desprecio, odio, culpa.

—Me pidieron que fuera a ver a un terapeuta una vez a la semana. Para que algún idiota me explicara que apuñalé a nuestro viejo por culpa de una mala infancia. Que no era... culpa mía.

Se sentó enfrente de Broncks, los venosos antebrazos descansaban sobre la mesa.

—*Y una mierda.* Fui yo quien escogió esto. Soy yo el que está aquí sentado. Hablar de lo que pasó entonces es como hablar con un maldito radiocasete que no hace más que repetir y repetir siempre lo mismo. Él sigue existiendo. Sea lo que sea lo que hagamos tú y yo. No hay ningún jodido terapeuta que pueda caminarlo. *Acéptalo.*

John pensó en coger esos brazos. Poner su mano sobre ellos. Hacía muchos años que no se tocaban.

—No he venido para hablar de él.

—No, has venido porque quieres que yo sea tu soplón.

Recordó la última vez, un leve contacto con el hombro de Sam y este se había apartado como si John le hubiera dado un puñetazo.

—Oí que estuviste sentado a su lado.

—Y tú estás sentado aquí, Sam.

—Lo cogiste de... la mano.

—Así que debes de saberlo. ¿Quiénes son los que están haciendo esto?

—Mamá me lo dijo. Estabas sentado junto a la camilla del hospital, cogiéndole la mano. Aquella maldita mano que... pegaba.

—Sam, tú *debes* de haber oído algo. Un nombre. Un escondite de armas. Siempre hay alguien que habla. Eres mi hermano, esto se queda aquí, eso lo entiendes, ¿no?

—Le cogiste la mano. ¿Pero aquí vienes, *hermano*, creyendo que voy a ponerme a correr por los pasillos y hacer preguntas en *tu* nombre?

Sam apretó el botón de la pared, llamó al guardia de la centralita.

—La visita ha terminado.

—¿Ya?

—Ya.

Igual que la vez anterior. Sesenta minutos eran, después de varios meses, demasiado tiempo. Y se hizo tanto silencio. Evitaron mirarse el uno al otro hasta que John ya no lo pudo soportar más.

—Son hermanos. Al menos dos de ellos.

Dos guardias llegaron para llevarse a Sam de la sala de visitas, uno delante de él y otro que caminaba detrás. Ya estaban a medio camino de la escalera que bajaba a los largos pasillos cuando Sam se volvió.

—¿John? No quiero volver a verte. Nunca.

Leo sacó con cuidado cinco chorreantes billetes de quinientas coronas del cuenco lleno de líquido y los colgó en las cuerdas que había tensado entre las paredes del garaje. El papel mojado pesaba y se escurría y cuando se hubieran secado serían como letras «U» tiesas que habría que alisar una a una con una plancha caliente.

Cuerdas de tender atravesando todo el garaje, bajo el techo tic verdad otro techo de billetes ondeantes de distintos valores que ya no eran inútiles.

La bolsa de plástico que había estado cargando quince horas antes no había pesado nada. Llena de trozos de papel que habían perdido su valor. Así era como se había encarado al contenido cuando hubo cerrado el portón.

Lo que carecía de valor no se podía volver a perder.

Si hubiese visto lo que realmente era —más de dos millones en billetes manchados de rojo, dinero real que no se podía utilizar—, jamás habría dado con ninguna solución. El enfado, la rabia por que una cajera hubiese estropeado el botín de un atraco triple colándole un fajo de billetes que en verdad era una bomba de tinta, había bloqueado su creatividad y por ende los billetes rojos habían seguido siendo meros papelitos insignificantes.

Había empezado con un billete de cien, lo había tensado entre los dedos. Tinta roja como latigazos sobre la impresión. Inservible. Había frotado con el pulgar y el color se había quedado en el papel, igual de firme. Se convenció: tendría que prenderle fuego a toda la bolsa.

Después se había inspeccionado el pulgar, otra vez. Ya no lo había visto igual. Había descubierto una película cubriendo la piel, una fina membrana de color rojo.

Color monocomponente.

Conocimiento de carpintero: todo lo que sea monocomponente no ha

reaccionado con ningún otro componente, por lo que todavía no es permanente.

Aún no se había atrevido a pensar *dos millones*, todavía no, pero había abierto el armario metálico donde guardaba los líquidos inflamables y con la botella de benceno había echado un par de gotas sobre el billete de cien. El color rojo se había diluido al instante. Pero al cabo de unos segundos también se había desteñido la impresión original. Así que *podría* funcionar. La tinta roja *se podía* quitar. Ahora solo se trataba de encontrar el disolvente adecuado.

Renol. Metanol. Etanol. Incluso con ácido acético había experimentado antes de darse cuenta de que lo que tenía más al alcance —acetona químicamente pura— era lo que mejor funcionaba. Cierto era que, igual que el benceno, disolvía el color de la impresión y el sello de seguridad ultravioleta. Pero no tan rápido ni de forma tan exterminadora. Tiempo. En ese momento todo era cuestión de encontrar el número exacto de segundos. Y había avanzado a base de ir probando, billetes de poco valor, de veinte coronas y a veces de cincuenta.

El tiempo adecuado. Y el equilibrio adecuado entre acetona y agua en los cuencos con líquido.

¡Acetona, que se podía comprar en cualquier tienda! Le había dado indicaciones a Anneli para que cogiera el coche y fuera a comprar cincuenta litros. Compras repartidas, un par de decilitros aquí, otro par allá. Mientras él seguía mezclando, midiendo, pesando.

Y al final lo había logrado.

Tras ciento catorce mil cuatrocientas coronas exterminadas, había lavado el primer billete que había quedado perfecto.

Acetona, agua, tiempo. Y dos millones de coronas en billetes marcados quedarían limpios.

Estaba tendiendo la última tanda de billetes de quinientos cuando llamaron a la puerta.

—Aquí dentro huele a fábrica de pinturas —dijo Vincent.

—Tienes que ventilar un poco, Leo, esto no es bueno —añadió Félix, justo detrás de él.

Leo llevaba unos guantes de plástico pegajosos y tenía las mangas y el pecho mojados; el abrazo con el que siempre se recibían tendría que esperar.

—Lo he solucionado. ¿Me oís? ¡Lo he solucionado!

En el banco de trabajo había un gran montón de billetes teñidos de rojo. Delante de estos, puestos en fila, tres grandes cuencos de aluminio llenados hasta la mitad con un líquido transparente.

—El primer baño, pura acetona.

Guantes amarillos que cogieron un puñado de billetes.

—Billetes de quinientos. De veinte en veinte.

El color rojo se esparció mientras Leo controlaba el reloj. Gincó segundos. Después cambió rápidamente los billetes al cuenco siguiente.

—Mitad acetona, mitad agua. Aquí tienen que estar diez segundos.

El líquido se tiñó un poco de rosa al diluirse la última partícula de pigmento rojo y el papel mojado fue trasladado al tercer y último cuenco.

—Agua limpia que estabiliza los billetes. Tres minutos.

Esperaron, mudos, estudiando el texto. —BANCO DE SUECIA— y las cifras —500— y las imágenes de un hombre con sombrero y pelo largo a través del agua, el rey que se llamaba Carlos XI y que en algún momento del siglo XVII había ordenado que todos los hombres en edad de armas de algunas parroquias del sur del país fueran ejecutados. Todo parecía haberse conservado. Leo pescó uno de los billetes, dejó que el papel mojado se acomodara en la palma de plástico de su mano.

—¿Lo veis?

Colgó todos los billetes que habían terminado de nadar en el último cuenco.

—¿Está Jasper aquí? —preguntó Vincent, y Leo pudo oír la preocupación en su voz por alguna razón.

—No.

—¿Va a venir?

—¿Por qué debería?

Leo buscó la cara de su hermano pequeño.

—¿Qué pasa?

—Nada.

¿Nada?

Era más que un simple *nada*. Seguiría preguntando, más tarde.

Un paso atrás. La sala llena de dinero era una imagen bonita: lo había

conseguido. Porque nadie más podía decidir cuándo habían acabado. Incluso las ciento catorce mil que le había costado solucionar el problema, las que todavía presentaban un matiz rosado allí metidas en un cuenco, se podían utilizar.

—Estos se han estropeado mientras trabajaba con ellos pero van bien en los surtidores de gasolina. Ya lo he probado. Solo tenemos que procurar repartir bien los repostajes.

Félix removi6 con la mano en el cubo de papeles estropeados.

—Es una estupidez ponerlos en circulaci6n y que acaben en la policia.

—Al contrario. Tiene que quedarles muy claro que, por mucho que intenten cogernos, no pueden. Ni siquiera con bombas de tinta.

Solt6 una risotada, los vapores de acetona le envolvian el cerebro de sopor.

—¿O sea que la pesadilla de Jasper ni siquiera va a venir? —pregunt6 Félix, mirando de reojo a Vincent.

Leo se quit6 los guantes de pl6stico.

—¿Por qu6 me est6is dando la lata con 6l? ¿Qu6 os pasa? No est6 aqu6. No va a venir. ¿Contento?

—No, no estoy contento. Y Vincent no est6 contento. Pero claro. ¿Por qu6 carajo iba a venir ese tarado? Seguro que tiene una resaca de narices, porque en el tren de vuelta estuvo empinando el codo todo lo que quiso.

—¿Empinando el codo?

—S6.

Leo se volvi6 hacia Vincent.

—Vincent, ¿es cierto?

—S6.

—¿Entre otros viajeros?

—S6.

—Joder..., ¡bebemos aqu6! Despu6s. No entre la gente. Tenemos que pasar desapercibidos.

—6l no pas6 desapercibido. ¿Verdad que no, Vincent?

Era tan evidente. Hab6a una puls6n tras las palabras de Felix que quer6a abrirse paso y salir.

—¿Verdad que no, Vincent?

Vincent no miró a Leo, ni a Félix. Solo miraba al frente.

—No sé de qué estás hablando. Déjalo ya.

Leo esperó, pero Félix no dijo nada más. Lo haría más adelante, lo sabía.

Vertió el contenido de tres cuencos en el fregadero. Los enjuagó. Los llenó de nuevo, de la misma manera.

—He estado pensando en el próximo atraco —dijo Leo.

—¿Próximo atraco? ¡Vamos a parar después de este. Un atraco triple. Después ya estaba —dijo Félix.

Otra vez los guantes amarillos. Y un nuevo puñado de billetes rojos del montón.

—¡Vamos. Pero resulta que no hemos sacado lo que teníamos calculado. Con lo que limpiemos aquí dentro, y lo que hay en el zulo de las armas, nos las apañaremos a lo sumo dos años, contando todos los gastos.

—Pues tendremos que trabajar, como todos los demás.

Félix tenía una manera de mostrar sarcasmo que no dejaba indiferente.

—No nos hará falta. Porque lo vamos a repetir.

—¿Repetir... el qué?

—Ullared. Cogemos los mismos bancos, los tres, otra vez. Una repetición. Ya hemos cometido todos los errores. No los volveremos a cometer. ¡Entre diez y quince millones!

El primer baño. El puñado contenía diez billetes de quinientos y diez de cien.

—Lo digo en serio. Está todo planeado. Dentro de un par de meses. Ningún poli en toda Suecia se lo espera. ¡Los mismos jodidos bancos!

Cinco segundos. Los billetes cambiaron de cuenco.

—Nos pararon en un control de policía —replicó Félix.

—¡Y tú lo resolviste de perlas!

—¿Y si hubieran sacado los rollos de material aislante y se hubieran dado cuenta de que era una pared falsa?

—No lo hicieron.

—¿Pero y si lo hubieran hecho?

—Les habría pegado un tiro en las piernas.

—¿Y si hubieras fallado, y si ellos...?

—Félix, maldita sea, robamos bancos, vamos armados, tenemos munición

pesada; si ellos desenfundan... alguien podría morir y yo me encargaré de que no sea ninguno de nosotros.

—Pero ¿y si nos pasa algo? Leo, ¿si te pasa algo a ti o a mí o a Vincent?

—Entonces ocupamos un hospital. Cogemos el control de una enfermería. O nos llevamos a un médico.

El tercer cuenco. Volvía a tener tiempo de sobra.

—Leo, joder, ¿te ha subido la acetona o qué?

—Antes de cada atraco, y seguiré haciéndolo, he comprobado las direcciones de los cirujanos más próximos.

—¿Cirujanos?

—Si alguno de nosotros sufre una herida de bala no puedes presentarte en urgencias, ¿verdad que no? Tendríamos que buscar a alguien por nuestra cuenta. Vamos allí, metemos al médico en el maletero, cogemos el material que tenga en la casa. Siempre hemos tenido agujas e hilo en el vehículo, y equipo de enjuague para los orificios de bala.

El papel moneda se estabilizó. Perfectos. Otra vez. Le acercó el cuenco a Félix, que estaba más cerca.

—No estoy aquí para tender ningún billete. Y Vincent tampoco. Porque nos salimos.

Leo le pasó el cuenco a Vincent, que, igual que Félix, negó con la cabeza.

—¿Cómo que... os salís?

—Nos salimos. Como que *nos salimos* —dijo Félix.

—¿De qué estás hablando?

—Estuve tumbado en una colina. La primera vez que robamos. Hasta ese momento apenas había tocado un arma. Estaba allí apuntando cuando tú pasaste con el furgón blindado, acariciando el gatillo contra el coche que venía detrás. Estuve a punto de disparar a dos personas solo porque habían cogido el camino equivocado.

—No lo hiciste.

—Y ahora... en un coche con el techo abierto y un arma totalmente distinta, ¡una maldita ametralladora! ¡En pleno día! Todo el mundo podía verme. Estaba dispuesto a disparar a cualquier capullo que se interpusiera en mi camino.

—No lo hiciste.

—¿Y Vincent? Nuestro hermano pequeño. ¡Estuvo a punto de dispararle a una vieja que solo quería ayuda! ¡Nuestro hermano pequeño!

—No lo hizo.

—Estoy ahí. Incluso Vincent está ahí. En el límite. Y cuando estás en el límite, el siguiente paso es... cruzarlo. Si a los polis se les hubiera ocurrido echar un vistazo más a fondo detrás de los rollos y os hubieran encontrado allí... ¿Lo entiendes?

—¿Félix? Mírame. Repite conmigo. *No lo hicieron.*

—Se nos ha acabado la suerte. La próxima vez, joder, la bala lleva tanto tiempo en camino. Al final dará en el blanco, Leo. Ellos. O nosotros.

Leo todavía tenía cuatro billetes empapados en la mano cuando Vincent se interpuso en su camino.

—Leo, nosotros..., o sea, Félix y yo... nos mudamos a Gotemburgo.

Eran contadas las ocasiones en las que Vincent lo miraba de aquella manera.

—Hemos cogido un piso. De alquiler.

Aguardó. Una continuación. Que fue la continuación de Félix.

—Tú ibas en el camión de camino a Estocolmo. Vincent en el tren, con ese tarado del que luego hablaré contigo, independientemente de lo que tú digas, Vincent. Y yo tenía que volar desde Landvetter. Y lo hice, más tarde. Primero cambié el vuelo para coger el siguiente. En el periódico *Göteborgs-Posten* salían varios pisos de alquiler. Caros de cojones y tres meses de fianza, pero en el centro. Barrio de Vasastan, me parece. O quizá Vasastaden. Dos habitaciones y cocina. Una para cada uno.

Un charco en los zapatos de Leo y un reguero en el suelo. Tendió los últimos cuatro billetes de aquel baño.

—Me la suda cuántas habitaciones tiene.

Y cuando los hubo colgado pudo darles la espalda.

—Y... ¿qué coño vais a hacer en Gotemburgo?

—Estudiar. Un curso en Chalmers. Y Vincent va a hacer el bachillerato.

—No puedes... estar hablando en serio.

—Este fin de semana. Nos mudamos.

—¿De verdad? ¿Estáis hablando en serio? ¿Me tomáis el pelo?

—Lo decimos en serio. Así que ahora puedes hacer lo que dijiste que ibas

a hacer.

—¿Hacer qué?

—Vender las armas. Dijiste que lo harías cuando hubiéramos terminado. Así te deshaces de esa mierda y consigues la pasta y con eso te las arreglas.

—¡Pero íbamos a hacerlo juntos! ¡Cómo un final!

—No va a ser así.

—¿Actuáis... a mis espaldas? ¿Eso es lo que hacemos? ¿Nosotros, que confiamos los unos en los otros? ¿Que siempre, siempre nos explicamos las cosas? Actuáis a mis espaldas y no decís ni una palabra y os lo montáis solos. ¡Y me lo contáis *después*! Cuando ya no puedo..., cuando ya no tengo ninguna posibilidad.

—Si no lo hubiéramos hecho, si tú lo hubieras sabido, nunca habríamos podido.

Vincent miró al suelo mientras hablaba.

—Tú te habrías... entrometido. Nos habrías convencido.

—¿Entrometido?

—Sí.

—¿*Entrometido*? En ese caso..., qué coño, pues adelante. ¡Daos prisa! ¡Dadme la espalda! ¿Por qué os quedáis ahí? Seguro que tenéis un montón de cajas que embalar, ¿no? Y a mí me queda un millón por lavar.

Un nuevo puñado de billetes. De cincuenta y de veinte. No los oyó marcharse.

Anneli tenía el teléfono en la mano izquierda y el cigarrillo en la derecha, era agradable estar hablando fuera de casa, el sol en la cara, y si se apoyaba un poco en la pared quedaba al resguardo del viento. Y después, el eco en el abismo de la separación. Cada vez que colgaban.

Lo echaba tanto de menos.

El humo hasta el fondo del estómago y lo aguantó allí, llenando la nada, así se tranquilizaba más y sabía que todo saldría bien mientras pudiera resistir la espera. Igual que el primer día. Hospital Södersjukhuset y el frágil tubo de oxígeno en la pared que se había roto cuando la comadrona había tirado de él, la persona ajena que había corrido por el pasillo de la planta con su hijo en brazos —*no respiraba, el agua en los pulmones no había desaparecido*— y aquellos malditos minutos durante los cuales había tenido la certeza de que estaba muerto. Entonces también había fumado, en el balcón del hospital, junto a un cenicero enorme repleto de cientos de colillas.

Después la comadrona había salido al balcón. Sebastian había gritado por primera vez, una primera inspiración, el agua en los pulmones había desaparecido. Por la noche lo había tenido tumbado a su lado en una caja de plástico con oxígeno y ella lo había mirado y había estado bastante segura de que él también la había mirado a ella.

Sebastian lo había sido todo para ella. Y ella lo había abandonado. Ahora hablaban por teléfono tres veces a la semana y se veían en fines de semana alternos. Ella había conocido a un hombre mucho más joven, un chico de veintiún años que era todo lo que el padre de Sebastian no era, estaba lleno de energía, de locura, de fuerza, un hombre que hacía que los sueños de los demás se convirtieran en realidad.

Había estado enamorada. Seguía estando enamorada. Y todo volvería a ser

como antes, en cuestión de un año, ella y Sebastian otra vez. Cuando todo hubiese terminado. Entonces serían una familia, una de verdad. Solo tenía que resistir la espera.

—Hola.

El sol de primavera la cegaba. La mujer de la casa vecina estaba junto a la valla metálica, mirándola a ella a través de los recuadros. El niño en el césped, un poco apartado. Nunca habían intercambiado una palabra pero Anneli solía seguir a aquella mujer con la mirada desde la ventana, cuando daba vueltas para rastrillar las hojas o cuando le lanzaba una pelota amarilla bastante grande al pequeño.

Como ella y Sebastian. Antes.

—Hola.

Apagó el cigarrillo en la suela del zapato y se acercó mientras la mujer levantaba al niño y lo cogía en brazos. Anneli podría haberle acariciado la mejilla, le cabía la mitad de la mano por entre los recuadros metálicos.

—Me llamo Stina.

—Anneli.

—Oye..., hace ya bastante tiempo que os veo por aquí, al otro lado del jardín, y estaba pensando, sois nuestros vecinos más cercanos, si no querriáis... pasar a cenar.

A veces basta con tan poco para que todo parezca distinto. Ahora fue así. El patio de asfalto y la malla metálica y la espiral de alambre de púas de arriba ya no tapaban las vistas. Allí había una persona que era vida cotidiana. Y que quería compartirla con ella. Quizá una amiga, alguien con quien podría hablar sobre temas de los que las amigas hablan. Ni siquiera necesitaba humo en los pulmones: podía sentir el sosiego igualmente. Y luego, al cabo de apenas un instante, fue como si le hubiesen entrado ganas de bailar. Nadie la había encerrado jamás aquí dentro. La cosa no era así. Era su propia elección vivir en la casa fea y pequeña, era ella la que había elegido estar aquí para estar cerca de él, y estaba dispuesta a esperar *su* vida cotidiana. Pero mientras tanto ni siquiera había contemplado esa posibilidad. *Hola, a qué se dedica tu marido, ya veo, es profesor, el mío roba bancos.* Pero la posibilidad sí que existía. Nadie lo sabía. Leo era constructor. Y ella podía ser artista. O estar en paro. O de baja por la espalda. Tendrían una cena. Y después un café de vez en

cuando. Quizá cuidarle al niño. Vida cotidiana.

Anneli tuvo prisa por entrar en casa. Abrió la puerta de un bandazo y corrió hasta la cocina y se tiró al cuello de Leo, el café se derramó en la mesa pero a ella no le importó, lo abrazó aún más fuerte.

—¡Nos invitan a cenar!

Él la miró. Había estado en alguna otra parte.

—¡Allí! Esa de ahí, ¿la ves?, la mujer en el jardín, nos han invitado. El viernes.

—¿A cenar?

—Sí.

—Anneli..., no me interesan los vecinos con coches de bebés y perritos. Estoy aquí por otros motivos y... ¿acaso sabes siquiera cómo se llaman?

—Ella se llama Stina y el hijo Lucas y su marido se llama...

—Me da igual cómo se llamen.

Sabía que le estaba haciendo daño. Pero iba a finiquitar algo, no comenzar nada.

—Nos han invitado. ¡Tú te pasas todo el día metido en ese garaje! ¡Yo necesito conocer a otras personas!

—¿Anneli? Mírame. Seguro que Stina lo entenderá. Cuando yo haya terminado, cuando haya solucionado lo que tengo que solucionar, entonces a lo mejor podemos empezar a pensar en si vamos a cenar con gente que no me importa.

Anneli lo soltó.

Miró a ese hombre, sentado en una cocina dándole la espalda, y deseó que estuviera todavía a su lado en un coche en dirección a Farsta, que nunca hubiera robado ningún banco, y pensó que en aquel momento estaba cruzando un límite y ya estaría para siempre al otro lado.

—¿Quieres que vaya ahora, es lo que me estás diciendo? ¿Y decirles qué? ¿Que no podemos ir el viernes porque mi marido tiene un pequeño problema que debe resolver, que por lo visto sus hermanos ya no quieren ayudarlo a robar bancos? Tus hermanos..., ¡tus dichosos hermanos, siempre se trata de ellos!

Había cruzado un límite porque había pensado que era mejor participar, estar ahí y saber. Pero el miedo no se había reducido, al contrario, había

aumentado: cada vez que ellos corrían mi riesgo y salían ilesos ella sabía que habría una próxima vez con un riesgo nuevo.

—¿No lo entiendes? Ya no tengo amigas. No hablo con nadie.

—¿Acaso es culpa mía?

—No puedo invitar a nadie a casa. No puedo..., joder, ni siquiera a mi propio hijo.

Él no lo entendía. El miedo. No lo llevaba dentro como todos los demás. Leo nunca sentía miedo. O nunca se permitía sentirlo. Como aquella vez que ella había perdido a Sebastian de vista, la única vez que había pasado. En mitad de la plaza de Sergels Torg. Un hijo pequeño había estado al lado de su madre y después ya no estaba. Qué rápido se podía desaparecer por completo. Qué rápido se podía perder el control del tiempo y el espacio. Ella había temblado, corrido de un lado para otro, gritando, imaginándose a Sebastian completamente solo en algún lugar, o caminando en pleno tráfico entre coches frenéticos, o al lado de otra persona que lo cogía de la mano mientras se alejaban, una única imagen que significaba la última vez.

—¡Yo hago cosas por ti, Leo! ¡Cada día! Cosas que a lo mejor no quiero hacer. ¡Pero las hago, por ti!

Leo no funcionaba así. Después de un momento en medio de la multitud la había cogido del brazo, le había dicho *tú vas hacia allí, yo busco por el otro lado, nos vemos aquí dentro de cinco minutos y nos volvemos a dividir*. Había transformado el miedo en acción: buscar se había convertido en su «ahora» en lugar de dejarse adueñar por el tiempo y el espacio como le había pasado a ella. Eso era lo que hacía, cada vez. Y esa debía de ser la razón por la que no acababa de entender la necesidad de cenar, para él la vida cotidiana no era más que una fachada que ocultaba otra. Veía la parte práctica de la vida cotidiana pero no la necesidad, porque, simplemente, había decidido que no tenía espacio para ella, igual que había decidido que no había espacio para el miedo.

—Yo nunca te he obligado a hacer nada.

—¡Quiero que hagas esto por mí!

—Si no quieres hacer algo, Anneli, renuncia y ya está. Si no va contigo, no va contigo. Igual que eso no va conmigo.

—¿Acaso me preguntaste siquiera si yo quería vivir en esta casa? ¡La

odio! Una casa fea de ladrillo y un jodido barracón en el que os pasáis los fines de semana entrenando atracos y...

No solía llorar. Pero ahora lo hizo. Rabia que se convertía en llanto.

—Tú ya lo habías decidido. ¡Qué *tú* ibas a vivir aquí! Porque te iba bien *a ti*, ¡no a nosotros! ¡La maldita cueva de la habitación de invitados que apesta a lubricante de armas y esta jodida cocina en la que vosotros habéis tenido más reuniones que nosotros cenas de verdad! Lo único bueno de esta casa, *de esta puta casa*, es esa valla de ahí fuera, porque al otro lado vive una familia normal que nos ha invitado a cenar porque quieren conocernos. ¡A nosotros! ¿No lo entiendes?

Anneli estaba delante de Leo y él debería consolarla. No podía. Ahora no. Félix se había mudado a Gotemburgo. Vincent iba en camino. Y Jasper cruzaría la verja en cualquier momento. La consolaría después.

Le dio un beso en la frente y salió. La mujer de la parcela vecina seguía en su jardín, ella alzó la vista y se miraron un segundo, él la saludó porque eso era lo que hacían los vecinos.

Un paseo lento hasta el garaje. Quería verse con él en un sitio en el que pudiera cerrar la puerta.

Si vuelvo a ver a ese tarado.

Lo último que Félix había dicho antes de irse, como si le hubiera pasado el relevo de su ira al hermano mayor. Habían estado en el patio, Vincent había entrado a ver a Anneli para despedirse y Félix le había contado entre susurros lo que Vincent le había prohibido contar, un viaje en tren.

Si vuelvo a ver a ese tarado le mataré.

Félix le había pasado la ira a Leo y se había marchado. Ahora era Leo quien cargaba con ella. Y, a su vez, pronto se la quitaría de encima.

Fue a buscar la caja de herramientas y allí, entre martillos y destornilladores, lo encontró: un trozo de aluminio. Había fabricado diez prototipos diferentes, efectuado disparos de prueba con cada uno y durante mucho tiempo había creído que el de lana de vidrio era el que mejor amortiguaba el ruido. Hasta que había arrancado una tira de la esterilla con la que había dormido en el bosque la noche antes de Ullared. Y, simplemente, la había enrollado al cañón. No era perfecto, pero sí lo bastante bueno.

Un silenciador.

Dejó el arma sobre el banco de trabajo. Y esperó.

Un golpe. Primero titubeante, después más fuerte.

Leo hizo subir la puerta del garaje.

Jasper parecía cansado. Hecho polvo. Sonrió, una sonrisa de disculpa, la que esbozaba alguien que no tenía claro por qué se estaba disculpando.

—Querías... ¿hablar conmigo?

—Entra.

La sonrisa insegura y de disculpa se mantuvo en su cara mientras entraba y Leo bajaba la puerta sin mencionar una palabra.

—Hay que joderse, Leo..., has conseguido quitarles la tinta.

Jasper había entrado un poco más y se había detenido bajo las cuerdas de tender que corrían de una pared a otra del garaje. Jasper acarició unos billetes de cincuenta con las palmas de las manos, se reía como si le hicieran cosquillas, la sonrisa de disculpa se había tornado adulación.

—Leo, eres un puto genio, puedes...

—Cogiste diez mil coronas. Del dinero limpio.

—Sí. Pero era por...

—Explicámelo. Cómo se hace. Cómo se queman diez mil coronas en cuatro días.

Fue como si Jasper soltara el aire. Ahora sabía por qué estaba aquí: pasta.

—¿Cómo? Joder, Leo, ¿ya te has olvidado? Lo de siempre... Invitas a una tía a cenar, primero un *Dry Martini*, con eso ya se te van trescientos pavos, y luego primer plato y segundo plato y una botella de vino y... se te van mil al día si... y por la noche, el *pub*. Taxi. Y luego...

—Vale. Pues ya puedes coger unos cuantos más para llevarte.

Tenía una bolsa de plástico vacía en la mano. Y se la pasó a Jasper.

—¡Que los cojas, coño! Son tuyos, todos.

Jasper extendió las manos; ya no sentía en ellas cosquillas.

—Lo que sale al dividir entre cuatro.

—Pero... ¿y la próxima vez? Costará dinero si tenemos que planear y...

Esta vez nadie lo interrumpió. Pero dejó de hablar de todos modos.

Estaba mirando lo que Leo tenía ahora en las manos.

Un AK4. Pero no era el arma lo que más le asustaba. Era lo que había enrollado en el cañón.

—Joder... ¿continuaste?

—Funciona. Si pego un tiro aquí dentro nadie se enteraría, ni siquiera la vecina de ahí fuera.

Leo señaló la tabla de madera que estaba de pie debajo de las cuerdas de tender.

—Te lo puedo enseñar. Un tiro. Así sabrás que no se oye.

Quitó el seguro, apuntó, disparó. El ruido que debería haber rebotado directo a sus canales auditivos fue absorbido por un silenciador de fabricación casera.

—Ahora sé que fuiste tú quien quitó el seguro.

—¿El seguro?

—¡La bomba, Jasper!

La sonrisa de disculpa, insignificante.

—No..., no, Leo...

—Fui yo quien la fabricó. Y tal como acabas de decir: he resuelto el problema de la tinta en los billetes y he resuelto lo del silenciador. Y el depósito de armas. Y el cuarto secreto. ¡Te crees que se me ocurriría fabricar una bomba peligrosa y enviar a uno de los miembros del grupo a Centralstationen con una bomba no explotada en la maleta! Primero mentiste. Ahora me ofendes.

Leo levantó un poco el arma, el cañón aún hacia abajo.

—Leo, oye, pensé..., pensé que..., joder, Leo, entiéndelo...

Jasper se interrumpió. Pero Leo asintió con la cabeza, lo cual *significaba* continúa, cojones, quiero oírlo.

—... o sea, pensé que... podríamos generar más caos y desorden si realmente usábamos lo que teníamos. ¿No? ¡Violencia extrema, Leo! Tú sueles...

—¿Hay algo más que quieras contarme?

Jasper miró de reojo el arma silenciada.

—¿Algo más?

—Sí. Lo que pasó en el tren desde Gotemburgo.

—No pasó nada especial en el tren de vuelta.

La mano abierta de Leo le aterrizó con fuerza en la cara. Un golpe más humillante que doloroso. Jasper rodó por el suelo, agitó todas las

extremidades como ocurre cuando uno no entiende qué está pasando, cuando quien te pega es la persona en la que confías.

El brazo y el hombro como puntos de apoyo contra la pared al ponerse de pie. Piernas tambaleantes que no habían terminado de recuperar el equilibrio cuando la palma de la mano abierta le golpeó la otra mejilla y lo volvió a derribar, un fuerte golpe en el codo al chocar contra el suelo.

—¿Humillación, Jasper? ¿Te parece divertido? ¿Eh?

Estaba tirado e intentaba no mirar hacia arriba. Estaba todo concentrado en su cara. Desconcierto. Decepción. Odio. Tristeza. Un animal que sopesaba hincar el diente, pero que también dejaba el cuello al descubierto.

Leo esperó hasta que Jasper se hubiera levantado por segunda vez. Fue entonces cuando alzó el arma. Le dio la vuelta. Y se la ofreció. A Jasper, que la cogió sin entender del todo. Ni siquiera cuando Leo agarró el cañón y se lo llevó a la frente, su *propia* frente, la apretó contra la ira que se deslizaba entre sus sienes.

—¿Humillaste a Vincent! ¡Mi hermano pequeño!

Jasper intentó soltar sus brazos cuando Leo le agarró la mano derecha, le separó los dedos y le puso el índice en el gatillo.

—Para, Leo. ¡Para!

Leo volvió a asestar un golpe en una mejilla que ya mostraba franjas rojas.

—¿Si amenazas a mi hermano me amenazas a mí!

Se apretó el cañón en la frente con ambas manos y dio un paso hacia delante, obligando a Jasper a retroceder.

—¿Si humillas a Vincent me humillas a mí!

La espalda de Jasper topó con la pared y una cuerda de tender con billetes secos quedó colgando entre sus caras.

—¿Si lo vas a matar a él, primero me tienes que matar a mí!

La mirada que segundos antes había contenido decepción y odio y desconcierto cambió de pronto, se vio todo sustituido por lo que salía de dentro y que Leo nunca había visto.

Terror.

—Lo siento. Leo..., lo siento.

Estuvieron mucho tiempo allí de pie. Uno frente al otro.

Hasta que Leo lo soltó.

—Ahora recoges tu dinero. Y después te largas.

Quitó el arma de las manos agarrotadas de Jasper, la aseguró.

—Leo... *Leo*... ¡perdóname! ¡Nunca más! ¡Lo juro! No volverá a pasar, nunca volverá a...

El último golpe no fue con la mano abierta. Y Jasper no cayó al suelo, se deslizó por la pared que lo había sostenido.

—Lo juro... eh, mierda...

Un hilo de saliva y sangre entre sus labios.

—Lo que tú sabes de mí y lo que yo sé de ti se quedará aquí dentro cuando te vayas —dijo Leo—. Y después, tú y yo no nos volveremos a ver nunca más.

Esperó hasta que la puerta del garaje se hubo cerrado. Volvía a estar solo.

Podría haber terminado todo.

Pero no era así.

Todavía no. No para él. *Todavía no.*

Era él contra ellos, contra todos los polis de allí fuera, iba a desafiar a todo el Cuerpo Nacional de Policía y los vencería a todos: ahora era su turno de exigir y ellos tendrían que escuchar y darle las respuestas que quería.

John Broncks nunca dejaba a un lado algo que importara. No era capaz. Ni tratándose de personas ni tratándose de casos. Ni de ninguna otra cosa, a decir verdad. Podía ser un buen recurso: nunca dejarse doblegar ni encoger la espalda, andar siempre con un motor en marcha en el pecho. Y podía ser un infierno: llevar la carga a cuestas e ir recogiendo más pero sin soltar nunca lastre.

Ahora estaba a un paso de hacerlo. Semana tras semana, mes tras mes. Y no sabía nada.

No existían.

Había estado tantas veces a punto de entrar en el despacho de Karlström para explicarle que ya no podía más. Y cada vez había dado media vuelta en el pasillo. Ellos estaban allí fuera, en alguna parte.

Pero esta vez estaba totalmente decidido a informar de que a partir de este momento la banda dejaría de ser una prioridad, que se iba a dedicar también a otros casos para recobrar la energía. —Hola— dijo Sanna.

Ella ya no se quedaba en el umbral, apoyada en el marco, ya no lo miraba con desgana, pero tampoco le hablaba de lo único que a él le pasaba por la cabeza cada vez que la veía, de un paseo y un beso que quizá podría haber sido un nuevo comienzo.

—¿Tienes tiempo?

Él asintió en silencio y ella se sentó enfrente, en una de las cajas de cartón sin abrir, últimamente lo había hecho una vez a la semana, siempre con documentos frescos para adjuntar a los informes técnicos. Ahora traía dos fundas de plástico y un sobre marrón y lo dejó todo en su escritorio.

—El sobre estaba en tu casilla de correo. Y esto son catorce mil cuatrocientas coronas.

Sanna apartó el sobre a un lado y se concentró en la funda de plástico de encima. Dentro había billetes. De 500 y 100. Todos ligeramente rosados.

—Nos han llegado de distintas gasolineras. Inutilizables en las tiendas, pero las máquinas no notan ninguna diferencia.

En casos precedentes Broncks había visto billetes manchados por bombas de tinta y siempre habían estado muy rojos.

—Estoy bastante segura de que estos billetes de aquí estaban en la bolsa del ladrón cuando salió del Sparbanken de Ullared. Hemos analizado el color rojo y coincide exactamente con el contenido de las bombas que hay en la sucursal. Además, las hemos detonado y hemos teñido billetes desechados con el visto bueno del Banco Nacional. Y la tinta roja, John, proviene del mismo fabricante, el mismo distribuidor.

Una pila de tres, cuatro documentos. Inteligible, pulcro, como siempre que ella formulaba análisis y resultados.

—Pero es después cuando se pone interesante. He encontrado restos de acetona en todos los billetes. Nunca había oído nada por el estilo. ¡Acetona normal y corriente! ¿Cómo siquiera se te pasa por la cabeza algo así? Yo misma lo he probado. Y con la mezcla correcta de acetona y agua... John, no queda ni rastro, ¡el color rojo se disuelve del todo!

Broncks abrió la otra funda de plástico y sacó los billetes, los analizó, los tocó. Eran auténticos. Parecían normales.

—Los que tienes ahora en las manos los metí yo misma hace unos días en la tinta de una bomba que detoné. Ahora tienen el mismo aspecto que cualquier otro billete. Si los ladrones también han experimentado hasta conseguir dar con los componentes adecuados para la mezcla a fin de lavar los billetes manchados..., entonces, por una parte, habrán podido contabilizar casi todo el botín y, por otra, obligarán al sistema bancario a cambiar sus rutinas. Otra vez.

Había terminado y ya se estaba yendo. Igual que todas las veces anteriores. Como si no hubiera pasado nada.

—¿Oye?

Se detuvo en la puerta.

—¿Qué?

—¿No te apetecería... un paseo? ¿Una cerveza?

—No.

—¿No? Pero... ¿el otro día?

—¿El otro día?

—Ya sabes a qué me refiero.

—No fue más que un simple beso.

—Fue cualquier cosa menos un simple beso.

—A veces, John, las cosas no son más que lo que son.

Volvió a meterse en su despacho con las mejillas enrojeciendo poco a poco, como solía suceder cuando hacía acopio de fuerzas desde lo más profundo de su interior.

—¿John?

Así la había visto cuando ella le explicó que lo amaba.

Así la había visto cuando él le pidió que se marchara.

~¿Sí?

—Es obvio que yo también pienso en ti. Que he pensado en ti durante estos años. Pero ahora que nos hemos vuelto a cruzar, que hemos trabajado juntos..., cómo te lo puedo hacer entender..., o sea, solo son recuerdos. Ahora es como si nunca te hubiera conocido, como si ni siquiera existiera, ¡ya no recuerdo nada! ¿Hemos vivido juntos? ¿Nos hemos tocado, hemos desayunado, montado muebles...? ¿Hemos reído y llorado? Eres como una... fotografía, John. A veces, cuando veo una foto de mí misma tomada hace tiempo, es como si fuera otra persona. Y cada vez que te veo a ti, John, siento un poco más de lo mismo. Eres otra persona, alguien que no existe.

Notó que ella temblaba un poco, ahora era ella la que se vaciaba.

—El beso no fue nada que hubiera planeado. Simplemente... surgió. ¿Te das cuenta de que nunca pusimos punto final? Si te hubieras atrevido a quedarte hasta que de verdad hubiera terminado no me habrías echado de menos. ¡Lo habrías podido soltar de una vez!

Él ya no tenía fuerzas para aguantar mucho más. La voz de Sanna se elevó mientras se acercaba a las dos cajas de cartón que seguían cerradas y por un momento pareció que iba a golpearlas.

—¡Punto final, John! Como esas malditas cajas, una cosa más que no sueltas nunca. ¡Por favor, John, por favor, déjalo ir! ¡Algo, por una vez en tu vida! Yo estoy con alguien. Voy de camino a su casa. Alguien que está presente, ahora.

Después él se quedó un rato largo sentado en la silla. Billetes rosáceos junto a billetes limpios en el centro de la mesa. Un registro de cuarenta y una páginas con armas robadas a un lado. Un informe de investigación de tres mil ciento nueve páginas al otro. Y el sobre marrón que Sanna le había llevado.

John Broncks se hundió en la silla, buscó dónde apoyar los pies contra el escritorio y empujó la silla hacia atrás, hasta que la pared la detuvo.

Le importaban una mierda tanto los billetes lavados como los informes y las cartas. Ni siquiera le importaba que ella estuviera viviendo con alguien que *está presente ahora*. Por primera vez desde que había puesto un pie en comisaría quería salir de ahí unes de que hubiera caído la tarde y la noche, antes de darse permiso él mismo. Apagó la lamparita de mesa y había alcanzado a dar un paso cuando se detuvo. PRIVADO. Eso ponía en el sobre. Y después su nombre. Subinspector John Broncks.

Privado.

En esta maldita casa nada era privado.

Metió el dedo por la ranura donde el pegamento no se había pegado del todo y rasgó el sobre de un tirón.

Comenzó a leer.

Estimado señor Broncks:

Después de contactar con, según su propia definición, las veinte organizaciones criminales clasificadas como las más peligrosas del país, y tras recibir un gran interés por las provisiones de nuestro almacén, pasamos a ofrecerle también a usted la posibilidad de participar en la venta.

Por consiguiente, tenemos el placer de ofrecerle el siguiente material:

AK 4- 124 uds.

K-pist m/45 - 92 uds.

KSP m/58 5 uds.

Broncks hurgó en el primer cajón del escritorio. Un par de guantes de látex. Se los puso, debería haberlo hecho desde el principio. Y luego siguió

leyendo lo único que no se había esperado recibir.

Seguidamente, aparecen algunos detalles de nuestras notorias campañas publicitarias, únicamente conocidos por nosotros y por usted, a modo de referencias.

Svedmyra 12/12: Ksp 58 7 proyectiles disparados desde abajo, a la cámara de la esquina. Complicaciones con la portezuela de la caja fuerte separada, solo vaciado el compartimento superior.

Ösmo 2/1: Maniobra evasiva efectuada con vehículos de huida idénticos. Una caja sin vaciar en Handelsbanken por una cerradura con temporizador.

Más de medio puto año había buscado, perseguido, vivido con ellos, sin encontrar una sola pista. Y de pronto esto. Un contacto directo con el policía que dirigía el caso.

Hemos reubicado una muestra de la mercancía a cuenta de usted en la siguiente localización.

Antigua carretera de Södertäljevägen.

Deténgase en la barrera. Mirando a la barrera.

7 metros a la derecha. Siga el sendero 35 metros hasta el hito en el montículo.

El hito consiste en 5 piedras colocadas una encima de la otra, junto a un joven abeto.

Debajo del abeto encontrará la muestra de la mercancía.

Saludos cordiales,

Anna-Karin

Broncks copió a toda prisa las indicaciones en una libreta y metió con

cuidado tanto el papel de la carta como el sobre en una funda de plástico.

Hacía tan solo unos minutos había decidido que abandonaba. Pero ahora se habían puesto en contacto y él iba a seguir dedicándoles todo su tiempo a ellos.

Estaban allí fuera.

Y no pensaba *dejarlo a un lado* hasta acabar con eso.

Joachim Nielsen. Así se llamaba el vigilante que estaba fumando junto a la barrera roja y amarilla. Parecía más calmado ahora, irradiaba un cierto poder. Todo mejora si se deja pasar el tiempo suficiente.

—Lo peor es que me deben de haber estado vigilando durante varias semanas.

Otra calada.

—Lléveme hasta allí —dijo Broncks, sacando la libreta con las indicaciones que había anotado a toda prisa.

—¿Por qué?

—Vamos a cavar un poco.

El vigilante se encogió de hombros y se puso a caminar los primeros siete metros bosque adentro.

El vigilante se detuvo en el sendero, leyó las indicaciones. —Treinta y cinco metros. Ya sé dónde vamos a parar. Un pequeño montículo.

Un sendero blando por el que se fueron adentrando en un bosque oscuro.

—Sabían cómo me movía, cuándo me movía, por dónde me movía. Se aseguraron de que yo no me daría cuenta.

La angustia se había disipado, pensó Broncks. Pero había dejado espacio para el machaque. Y, aun sin haber sido expuesto a violencia directa, el machaque lo acompañaría el resto de su vida.

Saltaron por encima de un tronco caído, escucharon el ulular de un búho.

—Aquí.

Se pararon junto a cinco piedras y un abeto joven. Broncks desplegó la pala y con el canto raspó la capa de musgo.

Tierra que estaba esponjosa. Alguien había cavado aquí hacía poco.

Una buena palada y tocó algo que sonaba metálico. Broncks sacó dos

guantes de látex del bolsillo de la chaqueta y se puso de rodillas. La mano en la tierra mullida y agarró una bolsa de plástico negra.

—Lo han hecho todo correctamente. Hasta ahora —dijo Broncks.

La navaja estaba en el otro bolsillo de la chaqueta y la usó para cortar la bolsa, dejando el contenido al descubierto.

—Quieren negociar. Así que algo ha pasado. La banda ha cambiado. Igual que todo cambia.

Le pasó el arma al vigilante y sacó la siguiente.

—Simplemente, han decidido no robar más bancos.

Se había imaginado que iban a ser más. Que el poli que se llamaba Broncks habría traído a más polis consigo, quizá algún técnico de la Científica.

Leo ajustó los prismáticos y se movió un poco a un lado para ver mejor; los gruesos troncos le tapaban la vista ahora que habían empezado a cavar. Estaba cómodo, tumbado sobre musgo blando y en el punto más alto del bosque, al resguardo de arbustos y dos piedras grandes. Había escogido los dos lugares con esmero: tanto el sitio donde había enterrado cinco armas recién engrasadas como este en el que se encontraba y que le permitía tener una vista general sin exponerse a ningún riesgo.

Broncks parecía diez, quizá quince años mayor que él. Treinta y cinco, cuarenta. Su paso era vigoroso, quizá fue atleta en su día, pero ahora ya no. Ropa parecida a la suya, vaqueros y chaqueta de cuero y zapatos de perfil bajo, típico de poli de civil, ni vestido para un paseo en el bosque ni para cavar agujeros.

Sabía que estaba corriendo un riesgo viniendo aquí pero sentía calma. Observaba sin ser visto. Planeaba sin que nadie lo supiera. Y esto, el poli desenterrando las armas, y que pronto leería nuevas instrucciones, no era más que el siguiente paso de una transacción.

Tres fusiles de combate AK4 y dos subfusiles. Todos bien engrasados y envueltos en plástico.

Broncks todavía no sabía si esto iba en serio o si estaba siendo víctima de

una broma muy sofisticada.

—Aquí hay algo.

El vigilante había desenvuelto la última arma y le había dado la vuelta. Había un cordón atado al protector del gatillo. Con un sobre en el otro extremo. Igual de grande y con la misma tipografía que el anterior. Pero con dibujitos de flores y corazones rodeando el campo del destinatario y pintados en rojo.

Broncks lo abrió. Y leyó.

Estimado señor Broncks:

Nos alegra que haya recogido la muestra de nuestra mercancía.

Teniendo en cuenta las consecuencias que tendría para usted que cerráramos un trato con los demás potenciales compradores, el precio del stock completo asciende a 25 millones de coronas suecas.

En caso de aceptar nuestra oferta, el día 4 de mayo deberá publicar en Dagens Nyheter, en la sección de MENSAJES y PERSONALES, el siguiente mensaje de confirmación:

Te echo de menos, Anna-Karin

—Anna-Karin —murmuró Broncks para sí mismo—. También tienen sentido del humor.

—¿Humor?

—Ayer perdí a una antigua novia. Por lo visto hoy tengo una nueva.

—Ah, espere. ¡Anna-Karin! —dijo el vigilante con una repentina sonrisa—. Qué ingenioso.

—¿Perdón?

—Así es como los llaman en algunos regimientos suecos. Lo sabe, ¿verdad? AK4. Anna-Karin.

John Broncks miró a su alrededor. Tenía la extraña sensación de estar siendo observado. Dio una vuelta entera otra vez, pero solo había árboles y el búho que ululaba.

Ni un alma en las proximidades. Leo estaba ahora de pie en un pequeño claro de un bonito bosque a ciento cuarenta kilómetros al noroeste de Estocolmo, entre dos ciudades pequeñas que se llamaban Sala y Avesta y que había elegido en el mapa. Las últimas casas que había visto eran dos cabañas de verano en ruinas por las que había pasado media hora antes mientras atravesaba el lago en una pequeña lancha de goma. Aquí era donde las Autoridades Policiales le dejarían veinticinco millones de coronas.

Clavó los clavos en la corteza y le resultó más fácil de lo que había imaginado. Se mantenían en su sitio, como si hubiesen sido absorbidos por el árbol. Dio un paso atrás en el musgo blando y contempló una envoltura de metal doblado que contenía tuercas y explosivo plástico: envuelto en precinto marrón y con una mecha corta despuntando en la parte inferior.

Una mina de fragmentación hecha a mano. Varios hectogramos de chatarra con carga hueca. Había fabricado quince unidades en el garaje y las guardaba en la Cueva de la Calavera.

Volvió a pasear la mirada. Árboles no demasiado pegados, ni tampoco demasiado separados. El helicóptero debía captar cuando disparara la bengala y después la bola incandescente dirigiría al piloto hasta los cuatro focos de luz que iba a distribuir en el suelo: ese era el punto exacto donde debía soltar la bolsa con el dinero.

Los polis deberían esperar hasta la última carta de instrucciones, por lo que no podrían planificar el contraataque. Hasta que no tuviera los veinticinco millones en la mano no tendrían acceso a las armas.

El helicóptero tendría que dar una vuelta tras otra siguiendo las coordenadas señaladas en una ruta circular de doscientos kilómetros. El círculo estaba formado por cinco aeropuertos sin tráfico regular en los que el

helicóptero podría repostar. Él mismo establecería tanto la hora de despegue como la velocidad de crucero, con lo que sabría en qué momento estaría pasando el helicóptero justo por aquí.

No sabrían dónde ni cuándo sería la entrega. Pero Leo partía de la base de que hasta el último poli de Suecia central estaría preparado, todos posicionados en relación con la ruta. Y que en el momento en que él disparara la bengala roja al cielo nocturno para atraer al Helicóptero, todos los contrincantes se pondrían en marcha al unísono.

Los rayos del sol penetrando el manto de hojas y el hilo transparente de pescar titiló cuando lo pasó con cautela por el detonador. La mina estaba lista para usarse. Retrocedió, paso a paso fue soltando más hilo, a los diez metros se detuvo y lo tensó. Sin duda, estaba solo. Pero con un arma que podría matar a diez, veinte, quizá incluso a treinta.

Solo. Tres días. Había dormido en saco bajo el firmamento. Nadie con quien hablar ni reír. Ningún hermano con quien compartir la adrenalina.

Tensó el hilo un poco más y el detonador opuso resistencia, como un pez picando el anzuelo.

Al día siguiente saldría en el periódico. La respuesta. El enemigo había adquirido una cara y un nombre, tenía una pinta convencional y se llamaba John Broncks, y en unas pocas líneas expresaría cuánto echaba de menos a Anna-Karin.

Leo estaba convencido de que lo harían. Y que no solo se trataba del miedo a que otros criminales pudieran armarse. Había otra zanahoria: él mismo.

Lo intentarían todo para atraparlo. Por eso se estaba preparando para cualquier cosa.

La policía emplearía a los mejores. Su élite, el cuerpo antiterrorista.

Veinte Jaspers formados.

Y él podría vencerlos a todos con un entramado de hilos de pescar.

Se puso el protector de oídos y tiró del hilo que estaba atado a la mina de prueba que colgaba de un abeto a diez metros de distancia. El repentino trueno fue descomunal: destrozó toda materia viva que tuviera la altura de una persona adulta, incluso un abedul de la linde del bosque se dobló con un crujido de angustia.

Más efecto del que había previsto.

Ahora todo depende de ti, Broncks. De si quieres paz o si quieres caos.

Leo miró una última vez a su alrededor en el amplio bosque que ya había engullido una explosión y que ahora lo rodeaba con cantos de pájaro y una suave brisa. Era el momento de volver a casa y cambiar la ropa de camuflaje por vaqueros, chaqueta y camisa con manchitas claras de café, ya se había percatado de ello, alguna que otra mancha en las camisas blancas del uniforme de los taxistas nocturnos.

Comenzó a caminar por la linde desbrozada para, en compañía de los que nunca dormían, obtener una respuesta en un anuncio de contactos.

A las cuatro de la madrugada, prácticamente toda una capital está descansando: los clientes de los bares vuelven a casa y los madrugadores que van a trabajar aún están en la cama. Pero aquí no. Una cafetería de taxistas en la esquina de la plaza de Gullmarsplan. Conversaciones ruidosas, café de cafetera americana en vasos de plástico, manchas de tinta negra en dedos que van hojeando los primeros periódicos de la jornada.

Leo estaba sentado en una especie de sofá en una de las mesas del rincón y abrió el *Dagens Nyheter*, que ocupó todo el tablero de la mesa. Ningún interés en las páginas de cultura, noticias ni deportes. Pero sí en los anuncios clasificados. Fue saltando las ofertas de coches, pisos, carritos de bebé y luego se acercó un poco más y percibió el olor a diario fresco. Ahí. **MENSAJES.** V un poco más abajo, **Personales.** Inger y sus hijas Fanny y Mia. Llamadme cuanto antes. Anita. En el día de hoy solo había dos anuncios publicados. Te espero en el transbordador. B. Alguien que se llamaba Anita. Y alguien que había quedado con alguien en un transbordador.

Eso era todo. ¡Eso era todo!

Rasgó el periódico al doblarlo.

Sin hermanos. Sin grupo. Sin más robos. Una casa que Anneli odiaba y en cuyo sótano había más de doscientas armas.

¡Y ese cabrón había dejado de responder!

Esquivó a toda prisa los chóferes vestidos de azul de Taxi Estocolmo y Taxi Kurir, salió de la cafetería y se adentró en el frío amanecer. La cabina de teléfonos estaba en la plaza de delante. Desde la que habían llamado para dar un aviso de bomba y de la que había esperado no tener que volver a llamar. Se metió en la jaula de cristal y marcó el número de un teléfono móvil. Seis

tonos. Después la llamada fue desviada a un buzón de voz. Volvió a marcar. Seis tonos más. Y después: seis más.

—¿Hola...?

—La muestra de la mercancía.

—¿Qué?

—¿Fue de tu agrado?

—¿Quién... es?

Una voz que apenas se sostenía, que instantes antes estaba durmiendo.

—La mujer de tu vida.

John Broncks se incorporó en el borde de la cama, los pies sobre el suelo frío al acercarse a la ventana. Quería asegurarse de que nadie lo estaba observando.

—¿Quién?

—Tu pequeña Anna-Karin, toda tuya.

Una voz de hombre. No mayor, pero resultaba difícil adivinar cómo de joven. Ni aguda ni grave, una especie de registro medio.

—¿Y quieres... *Anna-Karin*?

—La prensa de hoy. No has contestado.

—No necesito encontrar mujeres a través de los anuncios de contactos.

Broncks se alejó de la ventana, se apresuró hacia el pasillo y la grabadora en el bolsillo interior de la chaqueta, metió con cuidado el otro extremo del cable en el teléfono.

—Si *vosotros* no compráis. Si *vosotros* no las sacáis del mercado... hay otros.

—Desenterré la muestra. Y la he analizado. Hay pruebas de que son armas que fueron sustraídas de un almacén en un lugar que se llama Gettryggen y que está a unos diez kilómetros al sur de Estocolmo. Pero eso no demuestra que fueras tú quien las robó.

—Si no las compráis, nuestro *stock* acabará en otras manos. De otros elementos criminales. Que a lo mejor no son igual de..., digamos..., disciplinados como mi pequeña banda. Ya sabes, ese crimen organizado del que tanto habláis. Pelotones de Ángeles del Infierno provistos de armas de alta velocidad.

—Eso no demuestra que tú *puedas* tener el resto.

—Lo demuestra que cambié el candado a la barrera por uno idéntico con el mismo número de serie. Lo demuestra que vi la lista de inventario fechado el 4 de octubre y supe que se quedaría allí colgada durante medio año porque yo, que había logrado entrar, lo había hecho tan exageradamente bien que ni siquiera un vigilante de sesenta años y con un Volvo azul destartado pudo ver ni una sola marca. ¿Quieres más detalles que solo puede conocer quién cogió las armas?

Broncks se estiró para poder ver el reloj de la cocina. Las cuatro y diez. Ya no se volvería a meter en la cama.

—En ese caso, Anna-Karin, quiero saber una cosa.

—Un día más.

—Quiero saber... ¿por qué haces esto?

—Tenéis un día para decidir si seréis vosotros los compradores.

—¿Tienes realmente claro que ya no necesitas esas armas?

—Veinticinco millones de coronas.

—Anna-Karin, pequeña..., has cometido un error bastante jodido. No deberías haberte puesto en contacto conmigo. Deberías haber enterrado todas tus armas en un prado, o haberlas tirado a un lago, pero no haber contactado conmigo. Si te hubieras aguantado, podrías haberte retirado con lo que has conseguido acumular con los robos y *a lo mejor* te podrías haber escaqueado.

Al grifo del fregadero le costó un poco, como le pasaba siempre, y el agua salió tibia. Broncks la dejó correr, la quería fría.

—Y, por cierto, si *tú* te llamas Anna-Karin...

—¿Qué coño estás haciendo?

—Un vaso de agua. Si *tú* te llamas Anna-Karin, ¿cómo se llama entonces tu hermano?

Se lo bebió de un trago, volvió a llenar el vaso, tomó la mitad.

—Tu hermano. Ya sabes, ese con el que robas bancos.

—Una respuesta dentro de veinticuatro horas. Un anuncio de contacto. El mismo sitio. Empezará por «Querida Anna-Karin».

—Yo también tengo un hermano. Así que sé cómo se miran los hermanos, cómo se tocan. Incluso cuando lo veo en una grabación en blanco y negro de una cámara colgada en la pared de una sucursal bancaria. Y tú... eres el mayor. Uno de esos que le susurra al oído a su hermano que es más pequeño y

que va a apuntar con un arma a seres humanos por primera vez en su vida.

—Y debajo, en la línea siguiente, tiene que poner «Te echo de menos y quiero que nos sigamos viendo».

La sudadera gris con capucha colgaba de la silla del recibidor, todavía hacía frío una mañana de primavera y Broncks se la puso sobre un torso desnudo y recién levantado.

—¿Oye? ¿Anna-Karin? No me gusta la violencia.

—Y cuando hayáis contestado, entonces Anna-Karin responderá. Con otro anuncio de contactos. Que dará las condiciones para una futura relación: de cómo vais a hacer el pago y de cómo vamos a entregar el resto de la mercancía.

—¿Y sabes por qué no me gusta? Crecí con ella. Sé cómo funciona: o bien eliges odiarla o bien repetirla. ¿Verdad?

—Un día.

—Un día es demasiado poco.

—Es lo que tenéis.

—Entonces no obtendrás nada de nosotros. Necesito tiempo para cerrarlo con el jefe de la Policía Judicial.

John Broncks cruzó el pequeño piso y escuchó un silencio. Nadie había colgado, no era un silencio de ese tipo, podía oír claramente los ruidos de la calle y las respiraciones acompasadas: eran pensamientos evaluando, quizá reconsiderando.

—De acuerdo.

Y la voz al teléfono se volvió más grave, articuló con más claridad.

—Dentro de una semana. El 11 de mayo. *Dagens Nyheter*. Si no quieres seguir viéndote con Anna-Karin, entonces... se abrirán las puertas del infierno.

Después sí que hubo silencio absoluto; el que lo había despertado había cortado la llamada...

John Broncks bostezó. No había vuelto a meterse en la cama, desde luego. En su lugar, se había tomado una taza de té en la cocina con los pies descalzos en el suelo, después un paseo a lo largo de la ribera de Söder Mälärstrand y por detrás de Långholmen.

Había tomado la decisión correcta: la de no publicar ningún anuncio de contactos expresando su añoranza, la de tratar a Anna-Karin igual que había tratado a Sanna en su día. Había funcionado. Mejor de lo esperado. Había obligado a una voz a expresarse, forzado un primer contacto directo.

Ahora tenía siete días para tomar la siguiente decisión.

Por eso estaba ahora en el enorme y húmedo garaje de comisaría, esperando a Karlström. No quería molestarlo en su casa otra vez ni esperar a que estuviera sentado en su despacho, y conocía las rutinas de su jefe. Cada día laboral llevaba en el coche primero a su hija pequeña a preescolar, después a la mayor a la escuela y, por último, a su esposa al trabajo, una lenta despedida de una familia con la que se volvería a juntar unas horas más tarde. Llegaba a su plaza fija del garaje nunca antes de las 08.15, y nunca más tarde de las 08.45.

Broncks no se estaba escondiendo, pero Karlström no se había percatado de su presencia junto al grueso pilar y dio un respingo cuando Broncks —en el mismo instante en que él detenía el coche— abrió la puerta del asiento de atrás y se sentó.

—He contactado con Hermano mayor. Me ha llamado esta noche.

Broncks tardó diez minutos en contarle a su jefe la historia y pasó otro minuto más hasta que Karlström decidió hablar.

—¿Exactamente *cuándo* has dicho que desenterraste cinco armas?

—Hace ocho días.

—Y... ¿ahora te metes en el coche de tu jefe para contárselo?

—Quería asegurarme de cómo iba a reaccionar él. Si te lo hubiese contado antes más inspectores se habrían sumado al caso, más deseos, más puntos de vista se habrían puesto de por medio. No habríamos llegado hasta aquí. ¿Lo entiendes? Ahora él se ha puesto personalmente en contacto conmigo. Solo somos nosotros dos.

El intendente Karlström miró el muro gris y el cartel que especificaba que esa era su plaza de aparcamiento.

—Ya veo. Entonces, ¿para qué crees que me necesitas ahora? ¿Qué puedo hacer yo por ti que no puedas hacer *tú mismo*?

Veinticinco millones de coronas.

—John, ¿has oído lo que he dicho?

Pagar. Desarmar a Hermano mayor. Procurar que los atracadores de bancos más violentos de Suecia de todos los tiempos nunca volvieran a cometer un atraco. Y a la vez: ser el policía que iras meses de persecución generaba las condiciones óptimas para que ellos pudieran retirarse, desaparecer para siempre, convertirse ni el capítulo sin rostro de la Crónica Criminal Nórdica.

—¿Eh? ¿Para qué me necesitas?

O no pagar. Presionar a Hermano mayor para que continuara, robando más bancos, hiriendo a más personas. Pero también seguir contando con la posibilidad de atraparlo algún día.

—Necesito algo a lo que solo tienen acceso los que cuentan con plaza de *parking* reservada.

—Ahora no te sigo.

—Veinticinco millones de coronas en metálico.

¡Tú no eres mi padre!
Atrapado entre el sueño y la realidad, la reacción de Leo comenzó siendo de incredulidad, pero rápidamente se transformó en la emoción más reconocible: miedo. Las palabras se abrían camino en su interior y pasaban a ocupar espacio, como el agudo silbido de un tren que parte o de una alarma de bombardeo aéreo. Pero lo que oía, allí dentro, no era un silbido. Ni una alarma. Era una voz, llamando desde la distancia del tiempo, y aun así tan clara.

—¡Tú no eres mi padre!

No debería haberlo dicho. No estaba bien. Pero las palabras volvían, y esta vez Leo sintió una oleada de asco subiendo desde el estómago que le obligó a regresar al presente, a darse cuenta de que lo que había experimentado ya se había ido.

Este no es Ivan y las palabras no son tuyas.

No tiene su pelo castaño, esta figura es rubia y desaliñada, casi angelical, su tono juguetón más que acusatorio.

—¡Tú no eres mi padre!

Sebastian.

Y la sensación de asco y el miedo se convierten en irritación. Se ha pasado cinco días en el bosque, planificando caminos de huida y colocando minas caseras. Tres horas de sueño por noche durante una semana y ahora le han despertado con bromas.

—Tú no eres mi padre.

—No..., pero puede que sea tu padre de reserva —dijo Leo, levantándose medio atontado.

—¡No!

—¡Sí! ¡Se llama así a alguien a quien ves una vez cada seis meses, enano delincuente!

Leo lo levantó y se lo echó al hombro mientras Sebastian reía y sacudía la cabeza hasta que los rizos se le enmarañaron.

—¿No te ha explicado tu madre que el castigo por despertar al Rey Leo si él no te lo ha pedido es una semana sin gachas?

—¡Odio las gachas!

Escaleras abajo y a la cocina y Sebastian se reía y gritaba que no quiero, no quiero, no quiero gachas hasta que Leo lo dejó en el suelo y él salió corriendo al recibidor y se escondió en una de las chaquetas de Leo, fingiendo temerle a las gachas que a lo mejor le iban a poner de desayuno.

—¿Sebastian?

Anneli ya estaba sentada a la mesa de la cocina, una taza de café y un cigarro.

—Hazle caso a mamá, pequeño, tienes que vestirte. Si lo haces, enseguida venimos.

Ella apagó la colilla en el cenicero, que comenzaba a estar lleno, encendió uno nuevo y miró a Leo.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Leo, algo te pasa, lo veo.

—Una taza de café, luego ya estaré bien.

Quedaba justo una taza en la jarra de la cafetera, las últimas gotas por el borde de la cerámica.

—Tenemos un poco de prisa, vístete.

—¿Por eso me has enviado al delincuente, para despertarme?

—No me gusta que lo llames así.

—Ya mí no me gusta que fumes dentro de casa.

Le quitó el cigarrillo de entre los labios y se acercó a la ventana abierta; lo tiró fuera.

—Me gusta especialmente poco ahora. ¿De verdad tienes que fumar, cuando Sebastian viene tan poco?

Abrió también la otra ventana.

—Y otra cosa..., creo que hoy no puedo acompañaros.

Anneli se decepcionó tanto como Leo se había imaginado cuando volvió la cabeza hacia el pasillo y dijo entre susurros:

—Habíamos llegado a un acuerdo. Y ahora ya se está vistiendo.

—Perdona.

—¿Ha pasado algo? Ayer llegaste muy tarde. Otra vez. ¿Dónde has estado? ¿Qué estás haciendo?

—Estaba trabajando.

—¿Y por qué no puedes venir ahora?

—Porque tengo que seguir trabajando.

—¿Trabajar? ¿Entiendes cuánto lo vas a decepcionar?

—Joder..., pero si es tu hijo, le importo una mierda.

Leo hurgó en el bolsillo del pantalón y sacó un billete de mil: del Sparbanken en Ullared, el que hizo solo.

—No puedo ir.

Sebastian estaba en la puerta de entrada, vestido del todo y con ojos que irradiaban expectación. Leo lo cogió de la manita y le puso el billete.

—Pero pasadlo muy bien.

A Anneli no se la veía contenta. Y no intentaba disimularlo. Lo que Leo acababa de hacer rozaba el límite de la humillación y pocas veces conseguía hacerla sentirse así.

—¡Eso da para todas las atracciones, enano!

Leo le alborotó los rizos rubios y Sebastian se quedó mirando un billete de mil que tenía en la mano.

—¿Subir a... todas?

—Qué bien, ¿no? Puedes hacer absolutamente lo que quieras todo el día sin que ningún adulto aburrido te lo impida.

La mirada de Anneli le quemaba en la nuca a Leo mientras Sebastian asentía en silencio sin comprender del todo, y ella volvió a susurrar.

—Lo habíamos decidido.

—Pero ahora me ha surgido un impedimento. El trabajo.

—¿Qué «trabajo»? —dijo ella, mientras sus dedos dibujaban unas comillas en el aire.

Leo detestaba aquello, y ella lo sabía. Lo usaban todos los imbéciles que estaban tan inseguros de lo que querían decir que necesitaban reforzarlo con

una especie de teatrillo.

—Ese «trabajo» que va a pagar esa «casa» que tú «quieres» gesticuló él, imitándola. Estaba igual de irritado que hacía unos instantes y que durante la noche e igual que cualquier otro día desde la conversación por teléfono.

—Si tú te llamas Anna-Karin...

Ese cabrón lo había sabido. Había sabido lo que no debía saber.

—¿... cómo se llama entonces tu hermano?

Y sin que Leo hubiera dicho ni una palabra de más, el que se llamaba Broncks lo había hecho delatarse. Había delatado a sus hermanos, había confirmado algo que los putos polis no deberían conocer, y, si alguna vez le echaban el guante, detendrían también a sus hermanos.

Leo oyó que la puerta se cerraba sin que ella se hubiese despedido y se cambió de ropa, se puso la de carpintero, era importante parecer cotidiano.

Otra taza de café.

Y sintió cómo poco a poco iba desapareciendo la irritación. Aquel maldito subinspector era como cualquier otro poli gordo sentado a una mesa de cocina, uno de esos a los que le clavas un lápiz en la mano: ni siquiera un niño necesita estar callado y dejarse dirigir.

Porque lo que no te dan, tienes que cogerlo tú.

Recuperarlo.

Y no soltarlo nunca más.

El restaurante de comisaría estaba medio lleno. Personas que se sentaban juntas en las horas libres, sin mucho más para hablar que lo único que tenían en común: el trabajo. John Broncks intentaba evitar almorzar aquí. En las mesas largas e idénticas, las conversaciones que en un caso podían ser tan naturales aquí se tornaban forzadas. Llenó una taza de agua caliente de la máquina sin pagar.

Karlström estaba sentado a la mesita de la ventana con vistas al patio interior. El tenedor en la mano derecha y con la izquierda hojeando la pila de documentos. Broncks nunca lo había visto hasta la fecha. Su jefe solía dedicarle a la comida toda su atención. —Hola.

Un plato con patatas fritas rotas alrededor de un bistec correoso. Tampoco eso era propio de Karlström. Pero levantó la mirada del montón de papeles, dio un sorbo al agua con hielo y tragó: al menos eso sí encajaba, nunca hablaba con la boca llena. —John. Qué bien que hayas podido venir.

Broncks tomó asiento mientras Karlström se secaba con una servilleta.

—Porque ya está todo listo. Detrás de mi escritorio hay una maleta negra en el suelo. Veinticinco millones de coronas. En metálico. Billetes usados.

Una risa unísona del grupito de gente un par de mesas más allá. Personal de la Central Provincial de Comunicaciones. Parecían aliviados de poder pasar un rato sin responder a llamadas de emergencia.

—Es decir, a partir de este momento tienes libertad para arreglar lo necesario para el intercambio. Armas por dinero. Pero con eso no basta.

—¿No basta?

—He tenido que negociar esto tanto con el jefe de la Policía Secreta como con el ministro de Justicia. No se contentan con que retiremos las armas del mercado. Quieren una detención.

—¿Y qué coño se piensan que quiero yo?

—Armas. Y una detención. ¿Entiendes? Y tengo que estar informado de todo.

—Claro. De todo.

—Así que quiero saber cuándo, dónde, cómo va a ser el intercambio.

—Todavía no hemos llegado a ese punto. Pero nos estamos comunicando.

—Y cuando hayan expuesto sus condiciones y explicado cómo quieren llevarlo a cabo, entonces tú pones *tus* condiciones. Para que podamos planificar nuestra jugada.

—No estoy seguro de que la cosa vaya a ir exactamente así.

Broncks estudió a Karlström. Después de diez años colaborando se conocían bien, al menos aquí, entre las paredes de comisaría. Y vio que Karlström veía que a lo mejor estaban yendo en direcciones distintas.

—Lo hará, John. Si lo planeamos bien.

—Estos pueden plantar bombas, disparar. Nunca evitan la violencia. Siempre actúan de forma bien planificada. Un simple error durante el intercambio... y habrá personas que se estarán jugando la vida.

—Precisamente por eso hay que detenerlos.

—Si matan a compañeros nuestros, y luego se escapan, entonces no tendremos ni puñetera idea de quiénes son, ¡nadie sabe quiénes son! Son invisibles. Y están dispuestos a hacer cualquier cosa para seguir siéndolo.

Ahora era Karlström quien le estudiaba. Mientras su rostro cambiaba de color, superficie. El jefe más inmediato de Broncks se enfadaba pocas veces, no era de ese tipo. Pero estaba a punto de perder el control que había estado cultivando hasta convertirlo en parte de su personalidad.

—¿John?

—¿Qué?

—Sabes perfectamente cómo funcionan estas cosas. Solo el tiempo consigue generar confianza. La confianza que te brinda las condiciones necesarias para exigir favores. Pero estos son limitados. Y por eso escoges muy bien las ocasiones en las que vas a gastarlos. Yo lo acabo de hacer. Conseguir veinticinco millones sin poder garantizar nada a cambio, con el riesgo de que unos criminales de mierda logren extorsionar al Estado y que luego se haga público... Los más altos funcionarios del país lo han aceptado

porque yo me lo he ganado. Porque he gastado una de mis pocas ocasiones y lo he exigido. John, joder, ¡no hagas que haya sido en vano!

Broncks se inclinó sobre la mesa, el plato con sobras de comida.

—Karlström, no *tienen* ninguna red de contactos. Eso lo sé. No *tienen* ningún pasado criminal y si intentaran acercarse a alguien allí fuera para vender armas... nuestros informadores se enterarían. Así que no lo harán. No porque tengan miedo, sino porque son listos.

—¿Y estás seguro de eso?

—Lo único de lo que estoy completamente seguro es que si los obligamos a seguir robando bancos aumentaremos las probabilidades de detenerlos algún día. Así que si no les damos ninguna respuesta, si no nos ponemos en contacto con ellos para explicarles que sí queremos comprar... Karlström, se van a desesperar. Y tendrán que volver a robar. Y el que está desesperado, se pone al descubierto.

Karlström movió los cubiertos que ya estaban perfectos. Primero comida mala. Y ahora esto.

—¿Cuánto tiempo..., *joder, John*, cuánto tiempo llevas... con esta idea? ¿Con esta decisión? ¿Con este *modus operandi*? ¿No pagar?

—Desde la primera carta.

—¡Y me haces corretear pidiendo dinero en vano!

—No ha sido en vano. Quiero saber que existen de verdad, no quiero tener que mentir: Hermano mayor no puede dudar nunca, tiene que poder oír que hay veinticinco millones reales en mi escritorio, ver fotos, si eso es lo que quiere.

Broncks apartó la silla, listo para levantarse.

—Y... *si* me equivoco. *Si*. Entonces tengo que poder usarlos. Si es la única alternativa que queda. Si eso es lo que hará que no se vaya todo al carajo.

Se puso de pie para marcharse. Y Karlström hizo lo que había hecho una vez después de otra cena: extendió el brazo y posó su mano en el brazo de Broncks.

—John, ¿vas en busca de lo que yo creo?

Broncks resistió el deseo de liberarse de un golpe, asintió con la cabeza, prestó atención.

—Creo en una venta y una detención. Tenemos más recursos que ellos.

Pero lo más importante es ponerle fin a esta mierda. Poder mostrarles a todos los de allí fuera que los hemos detenido cuando hemos tenido la oportunidad y no por mera casualidad. Y después de eso... menos atracos bancarios, menos víctimas.

Karlström continuó agarrándolo. Igual que entonces.

—Una cosa más.

Y Broncks se sintió igual de incómodo.

—Cuando esto haya terminado... quiero que te cojas vacaciones. ¿Me oyes?

—Claro.

—¿Me oyes, John? Ni un solo caso. *Vacaciones*.

—Después. Cuando haya terminado. Pero hasta entonces tengo algunas cosas que hacer. Como escribir un anuncio de contactos por primera vez en mi vida.

Una semana con un niño de seis años en casa y Leo apenas había estado allí. Sabía que Anneli estaba decepcionada, eran tan contadas las ocasiones en las que su hijo iba a su otra casa, pero lo acabaría entendiendo. Eso también lo sabía.

Cuando esto hubiera terminado.

Anneli dormía, Sebastian dormía.

Oyó la tapa del buzón, se abría y se cerraba, un ruido metálico en un cálido y hermoso amanecer de mayo: llegaba el periódico y con él el principio del fin.

Se sirvió una taza grande de café y la dejó en la mesa de la cocina.

Toda la planificación había conducido a este momento. Unos pocos pasos hasta la verja y el buzón. Un poco más avanzado el día mandarían la última carta, las instrucciones que el poli necesitaba para el intercambio en sí.

Después, habría *terminado*.

Todos los planes, todo lo que había preparado, se habían ido reduciendo hasta concentrarse en esta respuesta. Abrió el periódico hacia la mitad, pasó las hojas, barrió con la mirada.

Página treinta y siete.

Leo se detuvo. La ira se transformó en un carámbano que se soltó de la parte superior de su cráneo y cayó rajándole el pedio.

No continuaría hasta la casa y el café que humeaba encima de la mesa, iba a sentarse en el coche y conduciría mientras despuntaba el día.

Odiaba a ese maldito policía.

John Broncks no había dormido. Ni lo había intentado. La cama seguía hecha,

la puerta del dormitorio, cerrada.

Tres tazas de café en la mesa de la cocina, él, que nunca tomaba café. Pero el líquido negro y amargo iba de la mano de las noches que eran largas esperas.

El primer tono del teléfono que había junto a un diario abierto, página treinta y siete, los anuncios de contactos. Y sonó otra vez mientras leía. Y otra vez.

Personales

Anna-Karin,

No te echo en absoluto
de menos y no quiero
que nos volvamos a ver.

Observó el teléfono y este sonó por cuarta vez, quinta. Después, silencio, mientras Broncks contaba los segundos por dentro, como un niño que contaba entre el resplandor del relámpago y el ruido sordo del trueno.

Siete segundos. Y volvió a sonar.

Esta vez dejó que sonaran tres tonos.

—Hola..., Anna-Karin.

—¡Has cometido un error muy grave!

O sea que así era como sonaba la voz cuando estaba atosigada. Ni intensa ni frágil, y todavía sin ningún acento, ni siquiera dialecto. Le iba bien a ese cuerpo encapuchado que había visto tantas veces.

—Eso te parece.

—Escúchame bien, jodido...

—¿Hay mucha gente? A tu alrededor, digo, en Gullmarsplan. Sí, he hecho que localicen la llamada. Puedo mandarte una patrulla, si quieres.

—Llevamos quince segundos hablando. Dentro de treinta colgaré y así no tendrás que fracasar en rastrearne. Pero primero tendrás tiempo de entender una cosa: acabas de empezar una maldita guerra. Al poner las armas del Estado en manos de criminales.

Broncks intentó captar sonidos del entorno. Silencio total, t) bien tapaba el micrófono con algo cuando no hablaba o bien esa cabina estaba en un lugar sin tráfico.

—Hermano mayor..., sabes tan bien como yo que eso no va a ser así. ¿Verdad? No tienes antecedentes. Y al mismo tiempo puede que seas el ladrón de bancos más peligroso con el que me he topado. ¿Cómo coño encaja eso? Encaja por la simple razón de que sabes pensar. Y por eso no vas a intentar ponerte en contacto con otros criminales reconocidos.

—¡Cierra la boca y escucha bien, imbécil! ¡No necesito ningún contacto para que mis armas acaben en manos de otros! Me basta con enterrar algunas cajas y mandar cartas con corazones rojos y las debidas indicaciones. ¿Te suena de algo? Cuarenta armas automáticas en cada caja: una para los Ángeles del Infierno, una para la mafia yugoslava, una para los locos de la periferia... ¡y la puta responsabilidad será tuya, *tuya*, por no comprar lo que yo he robado!

—¿Oye? ¿Sabes qué? En este momento hay una maleta con veinticinco millones de coronas en billetes usados encima de mi escritorio en comisaría. Tu dinero. Con el que te iba a pagar. Si no fuese porque he decidido que me la sopla.

Se hizo silencio.

—Porque lo único que se te da realmente bien, Hermano mayor, es robar bancos. Y vas a salir a robar otra vez. ¡A robar otra vez! ¡Me oyes, Anna-Karin! ¡Vas a salir a robar bancos otra vez, capullo!

—Broncks... John... Te olvidas de un pequeño detalle. Que tú no sabes ni quién soy ni qué aspecto tengo. Pero yo sí sé quién eres *tú* y qué aspecto tienes.

El siguiente silencio fue distinto. Sin ruido telefónico. Hermano mayor había colgado. Broncks dejó el teléfono en la mesa al mismo tiempo que se percataba de que se había puesto de pie durante la conversación sin darse cuenta.

Ahora solo tenía que esperar a la siguiente tirada de Hermano mayor.

Apenas habían dado las ocho cuando Leo entró rodando en su parcela y se detuvo. Un café en una de las pocas cafeterías abiertas y un par de horas en coche sin rumbo por los barrios del sur en un intento de recobrar la calma. No le había servido de nada. La sensación de un gran y pesado fracaso se iba

consolidando.

Se bajó del coche y se dirigió al garaje. La rabia contenida se vio aún más reforzada cuando percibió el sonido de una pelota que botaba. Sebastian, que ya estaba despierto y estaba jugando a futbolista profesional, que chutaba la pelota contra el portón del garaje mientras cantaba cada nuevo disparo con un inglés de cosecha propia.

—Hola, papá de reserva. ¿Adónde vas?

—¿No deberías estar durmiendo?

—¿Quieres jugar? Necesito un buen portero.

Leo abrió la puerta que había al lado del portón.

—¿Sebastian? Ve con tu madre.

El de los seis años logró pegar un chute inesperadamente fuerte con la derecha, el portón tiritó.

—No hace más que dormir todo el rato. Duerme y duerme.

Leo paró la desinflada pelota con la mano, la dejó caer y la chutó en diagonal y bien lejos hasta el otro lado del patio, en dirección a la casa.

—Vete allí a jugar.

Una mirada de decepción antes de que Sebastian saliera corriendo tras el balón y el papá de reserva se metiera en el garaje, encendiera la luz y cerrara la puerta.

La máquina de escribir seguía en su sitio debajo del banco de trabajo. La sacó, la puso en el mismo lugar que la última vez.

Las cartas que terminaban con los saludos de Anna-Karin.

Después fue todo muy rápido. Unos pocos pasos apresurados hacia la pared, hacia un mazo. Lo alzó muy por encima de su cabeza, y lo blandió en el aire, pulverizando la contundente carcasa de hierro y las gráciles teclas con cada golpe, con cada grito que le desgarraba la garganta.

—¿Qué haces?

El niño había abierto la puerta y estaba asomando la cabeza.

—¡Fuera de aquí!

—Hace tanto ruido.

—¡Ahora!

Leo ni siquiera se había interrumpido, golpe tras golpe mientras Sebastian cerraba al salir, y no dejó de golpear hasta que la máquina de escribir se hubo

convertido en esquirlas de metal y plástico. ¡Nadie la volvería a usar nunca más! ¡Ningún poli de mierda podría vincularla con ninguna carta de extorsión! Y el que así lo había decidido se llamaba John Broncks y Leo no deseaba otra cosa que complicarle la vida, humillarlo una vez más, esfumarse delante de sus ojos.

Siete meses antes, el sobre había sido totalmente blanco y había contenido ochenta y seis billetes de quinientas coronas. Ahora estaba oscurecido por pulgares que lo habían abierto y cerrado, y solo quedaban cuatro de esos billetes. Después de varios años de silencio, Leo había ido a verlo a su casa agitando un grueso sobre en la mano.

Acabo de terminar una obra grande en Tumba, Solbo Center. Setecientos metros cuadrados. Locales comerciales, bien de dinero.

En cuanto su hijo mayor se hubo largado pisando el acelerador en un jodido vehículo de empresa resplandeciente, Ivan se había metido en casa, había buscado el lápiz que tenía debajo de unos cuantos cupones de la keno y sin demora había anotado en el sobre aquello que debía recordar: *solbo*

Center, y un poquito más abajo, *Tumba*. Había intuido algo ya en un primer momento, cuarenta y tres mil como si fuera dinero de mentira.

Las treinta y cinco mil que según tú te debía. Y cinco mil de intereses. Y te paso tres mil más. Mil por cada costilla.

Ivan dio golpecitos con el sobre contra el vaso de cerveza que tenía sobre la mesa —un pedazo de plástico amarillo idéntico al de la silla en la que estaba sentado—, sintiendo el calor que le llegaba por detrás desde el ancho horno de la pizzería. Bebió un poco más de la cerveza, pero no demasiada, debía estar despierto cuando se marchara de allí.

Volvió la cabeza aún más hacia la ventana. La transitada carretera de allí fuera temblaba al calor de principios de verano: estaba rodeado de calor.

Había llamado dos veces y había intentado preguntarle a su hijo si estaba metido en algo en lo que no debía meterse, pero sin obtener respuesta alguna.

Así que hasta hacía un ratito todavía había existido una mínima posibilidad de que estuviera equivocado. Hasta que un hombre nervioso y gordo se había terminado la cerveza y había salido de la pizzería. Era un constructor que se hacía llamar Gabbe y a quien Ivan, tras un buen puñado de llamadas telefónicas, había identificado como empresario y principal responsable de aquello que había anotado en el sobre. Se había presentado como carpintero con empresa propia a quien le habían ofrecido colaborar con otro constructor que se llamaba Leo Dûvnjac, por lo que estaba buscando referencias.

Y la conversación había comenzado bien.

El nervioso jefe de obra había confirmado que realmente *había* contratado la empresa de Leo como subcontratista, de modo que el dinero del sobre *podía* provenir de una obra y sus conclusiones podían ser solo fruto de su imaginación.

Pero no lo eran.

Después de media cerveza el capataz se había inclinado sobre la mesa y le había dado un consejo: que estuviera alerta cuando se hiciera la oferta. *Te voy a ser sincero. No te conviene. Siempre revienta los precios. Me conviene a mí, que le compro el servicio, pero a ti, que vas a construir con él... Están tan por debajo del precio real que no entiendo cómo se las arreglan para sobrevivir.* Y ahora lo sabía. Sus sospechas se habían confirmado. Sin saberlo, el capataz Gabbe había formulado lo que Ivan llevaba tanto tiempo intuyendo: que lo que había reconocido en una pantalla de televisión, un ladrón encapuchado, era su hijo mayor.

Al otro lado de la carretera, una casita con un garaje demasiado grande.

La que el capataz le había señalado.

La casa de Leo.

Ivan vació el vaso y dejó un billete de cincuenta en la mesa. Todo iba a salir como había pensado e imaginado varias noches en vela cuando el vino había comenzado a saberle mal. Primero él y Leo: el núcleo central, se unirían en una empresa familiar que paulatinamente iría creciendo. Después resolvería sus problemas con Félix y llegaría a conocer a Vincent, se pasarían las tardes charlando juntos.

Los cuatro. Trabajar y levantar una empresa familiar. Un clan.

Comenzó a caminar. Cruzó la carretera. En dirección a una casita extraña

delimitada por una valla con alambre de púas en espiral arriba del todo: parecía más un fortín que una vivienda.

La mano sobre el bolsillo del pecho. No lo notó: se había dejado el sobre en la pizzería. No, estaba ahí, bien pegado a su pecho, el elemento que le recordaba constantemente el último encuentro con su hijo mayor. Junto al corazón, tal como debía, un mes tras otro.

Estaba intranquilo por ver a Leo, él que nunca había tenido miedo de ver a nadie.

Carretera a través y luego una calle mucho más pequeña y rodeando una orgullosa casa de madera. Hacía tanto calor fuera. El sudor se deslizaba entre los omóplatos y se quedaba ahí y le humedecía la tela de la camisa. Dejó atrás la casa bonita y se metió por una abertura en la valla que le recordó a la verja de una prisión y que lo condujo a la siguiente parcela, un patio hecho enteramente de asfalto.

Entró. Alguien había hecho un mal trabajo, la superficie de asfalto era irregular y hacía que sus zapatos taconearan.

Pasó por delante del garaje de camino a la casa cuando vio que el portón estaba subido. Que había alguien allí dentro delante de una hormigonera en marcha. Una espalda que reconoció. La había visto bajo un mono negro en la tele en su propia sala de estar.

—¿Leo?

Se metió en el oscuro garaje. Hasta que la hormigonera se detuvo y la espalda se dio la vuelta.

Un único encuentro en cuatro años y medio. Jamás aquí. Y, aun así, su hijo no parecía sorprendido: como si lo hubiera estado esperando.

—Hola, papá.

—Leo, tenemos que hablar.

Su hijo parecía notablemente mayor que la última vez. A pesar de que no había pasado ni un año. Pero había cometido nueve atracos graves.

—Claro. Habla.

—¿Podemos entrar?

Ivan señaló con la barbilla a la casa que nunca había visitado y Leo apretó un botón en la pared y el portón comenzó a descender. Un paso rápido adentro cuando el garaje quedó cerrado detrás de su espalda.

—¿Leo?

—¿Sí?

—Tú y yo somos uno.

Ivan se golpeteó el bolsillo del pecho, un ritmo que solo él podía oír.

—Porque no hay nada entre nosotros que sea un secreto.

Esperó una respuesta que no llegó. Así que siguió hablando.

—Verás..., sé que eres tú.

—Que sabes... ¿el qué?

—Que eres tú. Y tus hermanos.

—¿Qué es lo que sabes de mí y de mis hermanos?

Era tan extraño de formular. No se lo había imaginado. Que sería tan jodidamente difícil mirar a su propio hijo y decirlo sin más y luego observar su reacción.

—Que tú y tus hermanos sois lo que los polis llaman... la Banda de los Militares.

No *hubo* ninguna reacción. La cara de Leo estaba impávida.

—No importa que te pongas un maldito pasamontañas de tela. Puedo ver a través de él. A través de ti. Reconozco tus movimientos, Leo, soy tu padre, joder.

—Tú no sabes nada de mí y aún menos de mis hermanos.

—¿Te crees que me puedes engañar? ¡Podrás engañar a esos panolis, pero no a mí!

La dichosa cara impávida. Seguía allí.

—*Oye, papá*, si eso es lo que crees, que somos yo y Félix y Vincent..., si eso crees, entréganos.

Y entonces fue como si todos los nervios se desvanecieran.

—¿Qué?

Ya ni siquiera necesitaba tocarse el pecho con la mano.

—Ve a la policía, papá, y entréganos: explícales que crees que tus hijos son la Banda de los Militares.

Había un molde de madera montado sobre el banco de trabajo. Grande como una caja de plátanos. Leo levantó un cubo de plástico y vació el contenido en el molde. Primero algo que parecía un rodillo negro. Y luego bracitos de metal alargados con letras en la punta. Una máquina de escribir. En

pedazos.

—Haz lo mismo, ¡delátame!, como dices que yo hice contigo.

La hormigonera tenía unas ruedecitas que rechinaban. Leo la acercó al banco de trabajo y la volcó hasta que la pasta gris hubo ocultado por completo las partes.

—Somos uno, eso es lo que has dicho, que no tenemos secretos entre nosotros, más o menos como cuando explicaste exactamente cuánta gasolina hay que echar en la botella. ¿Verdad, *papá*?

Leo subió el portón y salió mientras por segunda vez volvía a bajar tras la espalda sudada de Ivan.

—Yo nunca iría a la pasma. Eso lo sabes.

Leo comenzó a caminar hacia la casa e Ivan le seguía los pasos, apresurado, a su lado.

—Leo, escúchame.

Caminaba a paso firme.

—No lo vuelvas a hacer.

Sin mirar a nadie que iba a su lado, hablando.

—Si necesitas mi ayuda, Leo, avísame. Podemos trabajar juntos. Hacer obras otra vez. Dejamos atrás todo lo viejo y seguimos adelante.

Leo miró a su padre con desprecio.

—¿Tú me vas a ayudar *a mí*?

Después subió en diagonal los peldaños de la escalinata y abrió la puerta de la casita de ladrillo sin mirar atrás.

—Si has sabido llegar, también sabrás por dónde salir.

entonces
tercera parte

Está tumbada cerca de él. El olor de su pelo corto acompaña las respiraciones relajadas, ella observa el cuerpo desnudo que se mueve, se gira. La mano en su mejilla, la acaricia, la besa.

La mejilla de Vincent. Piel que solo lleva tres años topándose con frío y viento y que sigue tersa, suave.

Primero Britt-Marie se había tumbado en la cama vacía de Félix, el que había gritado a la mano alzada de su padre y aporreado la puerta del lavabo para hacerse oír por encima del ruido del agua del grifo y que luego había pasado de puntillas por delante de la puerta del dormitorio y se había escapado en la oscuridad. Después se había tumbado en la cama vacía de Leo, que tenía diez años pero que hacía un momento se había vuelto adulto, cuando había salido a la misma oscuridad tras él.

La cama de Vincent le proporciona una suerte de calma, ella no duerme, no puede, pero el corazón le late más despacio.

Está allí tumbada, la nariz en su pelo lacio, cuando oye abrirse la puerta del piso.

Son ellos.

Y luego ocurre como cada vez que algo más grande de lo que es ella, algo que ha estado a punto de perder, regresa. Empieza a volar. Empieza a cantar. Empieza a reír.

Con cuidado retira la cara del cogote de Vincent, hace rodar el cuerpo con pequeños movimientos hasta salir de la cama, cierra la puerta y luego comprueba la siguiente, la del dormitorio compartido, que los ronquidos entrecortados no dejen de sonar. Leo y Félix. Sus queridos hijos. Los abraza fuerte, de uno en uno, en el estrecho pasillo, y la boca de Félix le humedece la oreja cuando él se pega a ella y le susurra.

—Sé que vas a desaparecer.

Leo lo oye, igual que lo oye ella, y él no susurra.

—Y *yo sé* que no lo harás. ¿Verdad, mamá?

Ella procura tenerlos a los dos entre sus brazos, a la vez.

—Todo va a salir bien.

—Pero... sé que has hablado con la abuela. Te he oído. ¿Cuándo, mamá?
¿Cuándo vas a desaparecer?

Ella los mira, se topa con ojos que también son los suyos.

—Todavía estoy aquí, Félix. ¿No es así? Ahora id a lavaros. Yo prepararé el desayuno. Os tenéis que ir dentro de poco a la escuela.

Van bajando en el ascensor cuando ella abre el armario del recibidor. La bolsa de cuero claro está al fondo del todo, medio llena de calcetines suyos, bragas, vestidos, pantalones, jerséis de la última vez que también se había decidido pero terminó abortando: fragmentos de una vida en la mano cuando va a la habitación de Vincent y llena la otra mitad con ropa suya. Es entonces cuando lo oye. El grifo de la cocina. Ivan está despierto. Y ella se queda quieta.

El tintineo del vaso suena sobre la encimera. Él vuelve al dormitorio. La puerta cruje un poco y se cierra.

Espera, escucha. Silencio.

Ella sale a hurtadillas con la bolsa marrón en la mano y la deja junto al zapatero, regresa al cuarto de Vincent, levanta a alguien que está durmiendo y vuelve con cuidado.

La mano en el bolsillo de la chaqueta. Las llaves del coche. No están...

En la cocina, allí es donde están, sobre la mesa.

Vincent en el regazo mientras va allí con los zapatos que hacen un poco de ruido, las llaves junto al cenicero y ella las pesca y da media vuelta.

—¿Qué es esto?

Ivan. Está en el umbral de la puerta. Con una bolsa de cuero en la mano.

—¿Qué cojones es esto que tengo en la mano?

Susurra al darle la vuelta y volcar todo el contenido, un camisón blanco encubriendo el montón en el umbral que separa el pasillo de la cocina. Se agacha, lo pellizca entre el índice y el pulgar, lo levanta como si estuviera sucio y lo deja caer a su espalda sin dejar en ningún momento de mirar lo que

hay debajo.

—¿Adónde te crees que vas con mi hijo?

Una camiseta roja, noventa y ocho centímetros de largo. Tamaño de un crío de tres años.

—Lleva a mi hijo a su cuarto y mételo en la cama sin que se despierte.

Ahora. ¿Entiendes lo que te digo, Britt-Marie?

Está de pie en el umbral, sigue susurrando, el gran cuerpo llena la puerta. Ella va directa hacia él y él se aparta un poco y ella se abre paso, al cuarto de Vincent y a la cama, tapa los brazos y las piernas de su hijo con la colcha y este los mueve intranquilo cuando ella le corrige la almohada debajo de una cabeza que reclama descanso.

Vuelve a arrodillarse en el suelo del pasillo.

Unas bragas y el vestido verde con rayas amarillas en las mangas es lo último que vuelve a meter en la bolsa de cuero y la abraza fuerte cuando se acerca a la puerta de entrada.

—¿Y tú adónde vas?

Él la alcanza a toda prisa, se planta en el felpudo entre ella y la puerta.

—¿Cielo?

Él se abre de brazos, un regazo más ancho que el de ella, uno de esos que atrapan y que destrozan.

—Volvamos adentro otra vez para sentarnos en la cocina, a nuestra mesa, en nuestras sillas, las que compramos juntos.

Y que destrozan.

—Vamos a hablar. Solo hablar un poco.

—No hay nada de qué hablar.

—Claro que vamos a hablar, Britt-Marie. Tú y yo.

—¿Acaso no me oyes, Ivan? ¿Acaso no entiendes lo que te estoy diciendo? Ya no queda nada de qué hablar.

Él levanta la mano como la levantó ayer por la noche y la extremidad tiembla delante de su cara.

—Nosotros que..., nosotros que tenemos tres hijos. ¿No es así? ¡Tres hijos fantásticos! Y a mí me va bien el trabajo. Y a ti te va bien el trabajo. Y a nosotros..., Britt-Marie, a nosotros nos va bien, vivimos... aquí.

La áspera palma de la mano, ahora le acaricia la mejilla.

—Eres *tú* la que no entiende lo que *yo* digo. ¿Britt-Marie? ¿Cielo? Que es importante para mí, para nosotros, que nuestros hijos sepan defenderse.

Gira la mano, el reverso, es más suave cuando cambia de mejilla.

—¿Qué es lo que quieres, dime? No lo entiendo. ¿Cielo? ¿Qué quieres que haga? ¿Qué es lo que quieres cambiar? ¿Por qué quieres... destruir todo esto?

—No soy yo quien lo destruye, Ivan.

Con delicadeza él le retira el largo pelo, lo lleva hacia atrás, se lo pasa detrás de la oreja.

—Puede que... me sobrepasara... un poquito, ayer. Pero ya sabes. ¿Verdad? Sabes de qué se trata. Quiero a mis hijos. Quiero a Leo. Quiero a... *nuestro* hijo.

Su voz cambia, el susurro sigue siendo un susurro pero también una especie de siseo.

—¡Me cabreeé tanto! El *papá* de Hasse ahí delante de nuestra puerta y... exigiéndonos. ¡Qué *nosotros* pidiéramos perdón! Entiéndelo, cielo, que me cabree. ¿Cielo?

Le ha acariciado las mejillas, le ha puesto bien el pelo en la frente y detrás de las orejas, el dedo índice sigue allí, el que le acaricia los labios.

—La próxima vez. Me tranquilizaré. Me controlaré. De verdad. Lo prometo.

Ella lo mira a los ojos.

—Me...

Y puede que agarre un poco más fuerte la bolsa de cuero marrón.

—... marchó.

—¿Cómo que... te marchas?

Ella gira el cerrojo de la puerta.

—¿Qué va a pasar luego aquí? ¿Si tú te *marchas*? ¿Qué le va a pasar a mi familia? ¿A mis chicos?

—Es demasiado tarde.

—Cielo, yo...

—Me marchó, Ivan. Tienes que entenderlo.

Entonces todo cambia. Él le agarra el brazo, se lo aparta de un tirón del cerrojo, y suelta las palabras como latigazos.

—¿Te crees que te vas a ir? ¿Eh? ¿Eso es lo que te crees? ¿Y qué coño te

vas a llevar? ¡Nada! ¡De aquí, no! ¡No te vas a llevar nada!

Le tira del brazo y la aplasta contra la pared del recibidor, la sujeta con una mano mientras con la otra le revisa los bolsillos de la chaqueta.

Saca las llaves del coche, destellan delante de sus ojos.

—No te vas a llevar el puto coche. ¡Te enteras! ¡De aquí, no! Puesto que tú no eres dueña de nada. ¡Nada!

El otro bolsillo, su cartera, cuero claro, le vacía el compartimento de los billetes, de las monedas.

—¡Nada! ¡Este dinero no es tuyo!

—La mitad.

—¡Tú aquí no eres dueña de nada!

—La mitad del coche es mío. La mitad de ese dinero es mío.

Ivan la suelta, ella se encoge un poco y él corre a su pared del pasillo, llena de herramientas, y, como enseguida perciben los visitantes, totalmente diferente a la pared de ella, con sus cestos de mimbre y los dos cuadros que le ha hecho Félix, y coge el sable, que ocupa un lugar de honor. Empuña su brillante hoja.

—¿La mitad?

El filo del sable destella igual que acaban de hacer las llaves del coche, y él lo empuña al frente, arriba, abajo, arriba.

—¿La mitad, dices?

El cesto de corteza en la pared de ella. Ivan lo golpea con la hoja, lo atraviesa, y el cesto cae, dos pares de guantes y un gorro entre sus pies.

—Pues así lo haremos. Si tú te marchas... todo a medias.

El sable en ristre mientras cruza el pasillo a toda prisa, descalzo, pasa de largo el dormitorio y se mete en el cuarto de Vincent.

—A medias.

Ella todavía no comprende. Pero sabe que lo que siente es malestar. Y corre ella también, tras él.

—Todo a medias. Todo.

Arranca la colcha de Vincent y la tira al suelo. Un cuerpo desnudo de un niño de tres años se tumba de lado y se acurruca un poco, se rasca una mejilla y una nariz, bosteza.

—*Todo.*

El filo curvado. Sobre el cuerpo de tres años. Sobre su Vincent.

—Vete, Britt-Marie. Y oblígame a repartirlo todo.

Ella percibe las respiraciones de Ivan. Agitadas y entrecortadas, el miedo y la agresividad.

—Un trozo para mí. Un trozo para ti.

—Estás susurrando.

—Nos lo repartimos todo, Britt-Marie, como *tú* deseas, como *tú* eliges.

—Estás susurrando, Ivan. ¿Por qué lo haces? Porque no lo quieres despertar. Si quisieras cortarle por la mitad no te molestarías en susurrar.

Él está sudando, temblando, el filo descansa sobre la piel desnuda de Vincent.

—Fuiste tú, Ivan, el que salió corriendo descalzo por las escaleras hasta un cuchillo, fuiste tú el que sentiste miedo a perder a uno de nuestros hijos.

Ella ya no mira a Vincent, el siguiente bostezo y cómo rueda para tumbarse del otro lado, está mirando a alguien que es aún más pequeño.

—No lo harás, Ivan, porque sé que le quieres.

Cuando suda más, cuando tiembla más, y relaja un poco la mano.

Tampoco lo mira cuando sale de la habitación, del piso, del edificio, no oye cuando él, poco a poco, se va acercando al suelo, cuando el sable se le escurre de la mano, cuando llora de esa manera en que solo puede hacerlo alguien que no llora nunca.

Leo está sentado junto al muro de los de cuarto en uno de los bancos alargados que carecen de respaldo. Una gominola de frambuesa en la boca. Remueve la bolsa en busca de una de esas amarillas, ácidas los primeros segundos y que enseguida se vuelven dulces, y después las saladas que parecen cagarrutas de conejo y que son agradables de masticar, mucho rato.

Otea como ha oteado las últimas semanas, el indio en la cima de la montaña y los que se mueven en el valle. El patio de secundaria. Y más o menos en el centro: el palo de la bandera y el rincón de fumadores. Un puñado de gente sin ropa de abrigo a pesar del fuerte viento que intensifica el frío de marzo. Séptimo, tres chicas y el mismo número de chicos. No conoce a ninguno de ellos. Los dos a los que realmente quiere ver no han aparecido desde hace un rato.

Hasse y Kekkonen.

Se pregunta si el padre de Hasse todavía estará temblando. Papá, que temblaba por dentro y que dejó de temblar cuando llegó el padre de Hasse. Así es como se hace. Se lo pasas a otro.

Y empieza a sonar.

El feo y enervante timbre que no se rinde y que sigue y sigue.

Leo se sacude el polvo de ladrillo de la espalda del anorak y aunque camine deprisa llega justo a alcanzarlo.

La puerta de primero se abre de un bandazo y su hermano mediano sale corriendo sin mirar y sin escuchar.

—¿Félix? ¡Para!

Se miran el tiempo que tardan los ojos en cruzarse y luego Félix continúa corriendo, cruza el patio y la calle y sube a la otra acera. Félix es rápido, pero

no tanto como él, y Leo ya lo ha alcanzado cuando su hermano se detiene. En la esquina del fondo del aparcamiento.

—Aún está.

Se acerca más a la furgoneta Dodge roja y blanca de mamá y papá que sigue allí, se desprende de la bolsa de gimnasia y salta para mirar por la ventana del conductor, vuelve a saltar.

—Se la habría llevado, si no. ¿Verdad?

Mira por primera vez a su hermano. Espera al movimiento de cabeza que le confirmará que es así, que se lo habría llevado, el vehículo, si no.

—Puedes coger lo que quieras.

Leo le ofrece una bolsa de chucherías. Chupetes y cagarrutas de conejo y ácidas y frambuesas y otras que parecen ratas de gelatina y nubes de azúcar.

Pero no asiente con la cabeza.

Félix le da una patada a la maldita bolsa de gimnasia y vuelve a correr, atraviesa los arbustos de espino y sube por el acceso asfaltado y se mete en el ascensor y Leo agarra la puerta justo antes de que se cierre y se ponga en marcha.

—Coge. Lo que quieras. El billete de cincuenta que me dio papá cuando le di en la nariz.

Leo sonríe un poco cuando finge que pega a Félix en la nariz y luego le ofrece la bolsa.

—¿Félix?

Una bolsa de chuches llena. Y él ni siquiera la mira.

Salen del ascensor y entran en casa y Félix se detiene delante del sombrerero, como acaba de hacer en el coche, busca, salta, vuelve a saltar. Los zapatos negros de mamá no están allí. Ni su abrigo, sus guantes, ni la fina bufanda que es un chal, el que se compró cuando fueron a la isla de Åland y que suele ponerse en la cabeza.

—¿Mamá?

La cocina es medio paquete de azúcar y platos sucios y botellas vacías en la encimera. El dormitorio, camas sin hacer y persianas bajadas.

—¡Mamá!

El despacho, una lámpara de papel apagada en el techo, y el cuarto de Félix y Leo, como siempre.

—¡Mamá!

El cuarto de Vincent. Vincent y papá en la alfombra de juego. Entre soldaditos puestos de pie y montoncitos de piezas de Lego. Y están construyendo algo. Papá, que con una mano sujeta el cigarrillo y con la otra le va pasando piezas a Vincent, quien las va encajando en fila sobre una base cuadrada.

—¿Chicos?

El largo brazo de papá atraviesa la columna de humo, corta pequeños cubos y crea espacios intermedios, aire nuevo para respirar que en cuestión de segundos quedará igual de impregnado de humo.

—Entrad, chicos. Sentaos. Aquí, conmigo.

—¿Dónde está mamá?

—Sentaos.

—Quiero saberlo.

—Cuando te hayas sentado, Félix.

Hace un barrido con el otro brazo y derriba los soldaditos que aún no habían caído en la batalla y una parte de una de las casas de la base de Lego.

—No está aquí.

—¿Dónde?

—Ya no está en casa.

—¿Dónde, papá?

—No lo sé.

—¿Dónde está mamá?

—Se está escondiendo.

Los rodea con los brazos, los antebrazos de grandes músculos, uno alrededor de cada nuca y cuello. Solo lo hace cuando ha bebido vino tinto y azúcar derretido.

—Y no sé dónde. ¿Dónde crees *tú* que se esconde? ¿Ha dicho algo antes de que os fuerais a la escuela? ¿Os ha dicho algo? ¿A vosotros?

Félix gira la cabeza, la mirada fija en la alfombra y sus pies.

—¿Félix? ¿Sabes algo?

Félix, que había gritado *no, papá* y había aporreado la puerta del cuarto de baño, queriendo entrar.

—A mí no me puedes mentir. ¿Félix? Ya lo sabes. Nunca se le puede

mentir a papá. Y puedo ver que sabes algo.

Las primeras lágrimas.

—Ahora no llores. Félix, ahora no.

Son las peores.

—Mírame, Félix. Nos ha traicionado. ¡Mamá nos ha traicionado!

Las que brotan sin más. Aunque no deban.

—Se ha ido de aquí. ¿Comprendes? Y *nosotros* no lloramos. Porque es ella la que tiene que llorar. Ahora cuéntamelo. Y luego iremos a buscarla. Tú y yo y Leo y Vincent. Juntos.

Leo fue el más sorprendido de todos de ser él quien hablara, pero con Félix ahí sentado, mirando al suelo, sin fuerzas, no pudo soportarlo más.

—Se ha ido a casa de los abuelos.

Los movimientos de papá son atolondrados y arrítmicos cuando se sienta al volante y se marcha conduciendo sin Vincent, que se queda de pie en el aparcamiento, e igual de confusos cuando al cabo de un rato se da cuenta de por qué sus otros dos hijos le gritan *para papá*.

Después nadie dice nada mientras conduce: hablar es arriesgarse a acercarse todavía más al arcén o al tráfico que viene de frente. Permanecen callados cuando papá para en el otro Centrum que se llama Farsta y que tiene un Systembolaget para comprar alcohol con varias cajas abiertas, y guardan silencio cuando papá vuelve y abre la botella del semental negro, y durante el resto del viaje hacia su destino por el puente que cruza la avenida Nynäsvägen y luego por el pie la colina que parece un buen puesto de vigía para indios y la larga cuesta abajo hasta los postes de hierro con una señal de orientación sobre el vecindario que ahora se llama Stora Sköndal.

Por fin se detienen.

Papá baja la ventanilla del conductor y deja que el aire le acaricie la cara mientras vacía la botella y la tira fuera, un fuerte ruido cuando toca el poste. Leo entreabre los dos párpados, el viaje ha acabado. Papá a su lado, mirando fijamente por la ventana a la botella que yace en la alta hierba, Félix y Vincent detrás, aún cerrando los ojos, y a unos veinticinco metros la hilera de casitas con jardincitos y ventanitas llenas de cortinas de punto y plantas de maceta. La casa de los abuelos está más o menos en el medio, la que queda detrás del seto de frambuesas dividido en tres líneas cortas, siempre le ha gustado tanto. Allí nunca le granen, en la radio suena la emisora pública o música clásica, las habitaciones huelen a velas y las migas se quedan pegadas en las bayetas de la cocina.

La bolsa de plástico en el suelo entre las piernas de papá, cerca del

acelerador. Otra botella. Papá la abre, tres cuatro cinco seis tragos.

—Si no se viene con nosotros ya sabes lo que tienes que hacer.

Gira el retrovisor para poder mirar fijamente a Félix.

—Porque esto... no lo puede hacer Leo. ¿Entiendes? Es demasiado mayor. Ni tampoco Vincent. Demasiado pequeño. Así que lo tienes que hacer *tú*.

Félix craza la mirada con los ojos que lo observan, hasta que ya no puede más y agacha la cabeza.

—Mírame.

Si se mira la alfombrilla no se oye lo que se oye.

—¿Félix?

Papá se vuelve y espera. Hasta que la alfombrilla pasa al respaldo que pasa al reposacabezas que pasa a papá.

—Tienes que mirarla. Igual que yo te estoy mirando ahora. Y hacerle la misma pregunta una vez más. Siempre se hace así. Una última oportunidad. Y luego, Félix..., te acercas. Y lo haces.

Los dedos de papá, los chasquea, la punta del pulgar en la punta del corazón, y no hay nadie que chasquee los dedos tan Fuerte.

—Si no lo haces, Félix, *exactamente* como te acabo de decir, ella no entenderá que estamos unidos.

Se vuelve hacia el asiento del acompañante.

—¿Verdad, Leo?

Leo no se mueve, no responde.

—¿Verdad, Leo?

Los ojos que no se rinden. No, no, no se rinden. Hasta que Leo asiente en silencio.

Diez once doce tragos. Y papá abre la puerta, se baja.

La camisa de carpintero por encima de los pantalones azules, el mango rojo del cuchillo Mora asoma por uno de los bolsillos y el metro plegable por el otro, los zapatos marrones resbalan cuando se tambalea por la calle y agita los brazos hasta que los tres lo siguen a la distancia que a él le parece conveniente, cruzan la cuneta y se meten en el jardín, pasan junto al alto y abultado cerezo en el que Leo suele trepar hasta la punta y cruzan uno de los pasos entre las frambuesas deshojadas por el invierno.

—Yo me quedo aquí.

Papá se agarra a las delicadas ramas de frambuesa, se parten cada vez que pierde el equilibrio.

—Seguid vosotros.

Vincent busca la mano de Leo. Félix se encorva un poco.

—¿Leo? ¿Félix? ¿Vincent? Vosotros continuáis. Vais a hacer lo que hemos acordado.

La casa es blanca. Hay cinco escalones hasta el porche y la puerta de madera que tiene una ventanita con cristal ondulado por la que no se ve muy bien, y justo debajo, borde con borde, un cartel fino de metal que parece oro y que el abuelo ha atornillado y en el que pone AXELSSON. El apellido de mamá, antes. El timbre es más afable que la mayoría, dos tonos que se repiten, no como el de la puerta de su casa ni el que perfora los cerebros en la escuela.

No abren. Vincent aprieta la mano de Leo. *No está aquí.* Félix le respira nervioso en la nuca. ¡No está aquí!

Todos bajan corriendo los escalones, pero los brazos de papá se vuelven a agitar entre los setos, tienen que volver a subir, llamar otra vez.

No abren. El timbre. *No abren.* Dos tonos se repiten. *No...*

Sí abren. El abuelo. Sus ojos no están alegres. Suelen serlo.

—¿Está... mamá aquí?

Su abuelo ojea sobre sus cabezas, buscando.

—¿Vuestro padre?

Y sale.

—Está en el coche, abuelo.

Y cierra la puerta tras de sí.

—¿En el coche?

—Somos nosotros los que queremos hablar con mamá.

Su abuelo vuelve a ojear, susurra.

—Entrad.

—Aquí fuera. Preferimos. Por favor, abuelo.

Su abuelo no entiende del todo. Igual que ellos tampoco entienden. Mira a Leo, que es el mayor y el que se esfuerza en decir lo que papá quería que dijeran. A Vincent, que va cogido de la mano de su hermano mayor y que se ve tan pequeño cuando se acerca un poco más. A Félix, que está un poco por detrás, mirando al suelo con ambas manos enterradas en los bolsillos del

jersey con capucha.

—¿Por favor?

—Fuera. De acuerdo. Esperad un momento.

Cierra la puerta con esmero y se adentra en la casa. Tarda. Una hora. Otra hora.

Leo comprueba el reloj de pulsera con las manecillas feas.

Dos horas. Da esa impresión. Dos minutos.

Luego lo oye.

Alguien que se desplaza lentamente por la escalera, la que empieza en la habitación del sótano con la cama extra tan grande que a veces duermen los tres en ella, los escalones que son resbaladizos y suenan huecos cuando los pisas.

Mamá. Y está sonriendo. Contenta y asustada al mismo tiempo.

Hace lo mismo que el abuelo, ojea y da un paso afuera.

—No está aquí, mamá.

Los abraza, de uno en uno.

—¿Mamá?

Leo se concentra en decir lo que papá quería que dijera. Si lo hace no se oirá lo que tiene atragantado en la garganta.

—¿Sí?

—Vuelve a casa.

Ella niega con la cabeza, el flequillo rubio le cae sobre la frente y los ojos.

—No puedo.

—Por favor.

—Ahora no. Todo irá bien. Más adelante.

—Por favor, por favor, por favor, mamá.

—¿Leo? Escúchame. Todo *saldrá* bien. Y vosotros *vais* a vivir conmigo. Dentro de unos días. ¿Entiendes?

Está sentada de cuclillas y abraza a Leo, a Vincent, abrazos que se prolongan. Pero no a Félix, que se aparta hacia atrás para que ella no alcance, el único que puede hacer esto porque Leo es demasiado mayor y Vincent demasiado pequeño. Se abalanza hacia mamá, que está de brazos abiertos, carraspea, la mira.

Y escupe.

Llora y vuelve a escupir.

Saliva caliente que ha guardado durante mucho rato y que ahora rezuma por la frente y las mejillas y el cuello de mamá.

Félix está delante de ella y cierra los ojos y tiembla y llora. Cuando ella lo abraza también a él. Le ha escupido en la cara dos veces y ella lo abraza hasta que él se libera de mamá, que tiene saliva en la mejilla y la barbilla, oye los pies de Leo y Vincent corriendo, los zuecos de su hermano pequeño taconeán mientras cruza la calle hasta el coche, donde la cara de papá observa con la ventanilla bajada.

Es de noche. O eso cree Félix. El tiempo se ha alejado cada vez que se despierta. No hay persianas ni cortinas en la ventana. Suelen tenerlo así: una ventana por la que nadie puede mirar desde fuera, en la séptima y última planta del edificio. Durante el invierno, o como ahora, que el invierno se está terminando, el cielo está más negro, y las estrellas y la luna llena parecen más brillantes por contraste; tumbado en la cama es como si estuviera más cerca de ellas, y Félix siente como si pudiera abrir la ventana y estirar el brazo y tocarlas un poco.

A Félix le gusta contemplar el cielo. Pero no se gusta a sí mismo.

No le gusta estar aquí tumbado y no poderse dormir. No le gusta sudar como está sudando y respirar como respira, deprisa y sin coger suficiente aire. Y lo que menos le gusta es sentir todavía los brazos de mamá que lo rodean. Ella solo lo había abrazado. ¡Cuándo debería haberle golpeado! Se da en su propio cuerpo, con fuerza, y en los brazos que todavía puede sentir en torno a él. No siente absolutamente nada, así que se araña los antebrazos con las uñas afiladas.

Está atrapado entre el sueño y la realidad pero puede oír las voces que llegan desde la cocina. Papá hablando de esa manera en que a veces lo hace, cuando resulta difícil entender lo que dice, Leo respondiendo a veces, pero solo palabras sueltas. Se escurre de la cama y por el suelo hasta el pasillo y el umbral de la cocina, mira dentro.

Papá en su silla, de espaldas. Leo en la suya, del lado izquierdo. Han encendido las luces, incluso la bombilla intensa sobre los fogones y la encimera, la que pica en los ojos si la miras.

Encima de la mesa un bidón de gasolina, de color verde vómito y con la tapa puesta. Al lado, dos botellas de vino vacías. Al lado, un embudo de

plástico y mechero.

Nunca había visto eso en la mesa, no al mismo tiempo, y se acerca un poco más por el suelo, los codos contra el zócalo del umbral cuando busca otro ángulo.

Es entonces cuando papá se levanta. Y empieza a caminar hacia él.

Félix se mete en la oscuridad del pasillo, cerca de la pared, contiene el aliento. Hasta que papá pasa por su lado, sin verlo.

—¿Leo? —llama papá.

Félix estira el torso, el cuello. Allí dentro. En el dormitorio de mamá y papá, al fondo del todo, junto a la cama de mamá, papá sujeta su almohada bajo el brazo y le quita la funda.

—¿Leo, el embudo? ¿Me has escuchado?

La funda de la almohada contra la nariz de papá, las iniciales de mamá bordadas en una esquina, se ahoga en ella, la huele, inspiraciones profundas sin percatarse de que hay alguien observando en silencio desde la oscuridad.

—Tienes que meterlo en el cuello de la botella. Aprieta hasta que no entre más.

Los pies largos de papá casi pisan a Félix de vuelta a la mesa de la cocina, después levanta la botella y le enseña a Leo con los ampulosos movimientos que solo papá despliega.

—Hacíamos esto cuando yo era pequeño. No con botellas. Con ocas. Yo y mis hermanos les metíamos la comida a la fuerza por sus cuellos delgados y así crecían y se ponían gordas y ricas.

Félix le da un golpe al zócalo con el codo y resuena en todo el piso. Contiene la respiración igual que antes, cierra los ojos. Papá debería volverse. No lo hace. A pesar del eco.

—Tú no lo sabes, Leo. Tú no sabes esas cosas. Pero yo sí y te cuento, eso es lo que hago. Hace cuatro mil años los judíos fueron los primeros que se encargaron de las ocas. Eran esclavos.

Y trabajaban para no sé qué faraón de Egipto al que le encantaba el fuagrás, siempre quería fuagrás fuagrás fuagrás... y tuvieron que inventarse una forma de alimentar rápidamente a las putas ocas, ¿verdad? Fue entonces cuando empezaron a meterles la comida a presión. Apretar apretar apretar. Con palos realmente largos. Porque el faraón ese solo quería más y más. Y

luego, Leo, está el español aquel. O me parece que es español y que está en alguna parte. Y él ama a sus ocas, les habla y les da fruta, fruta de verdad de su jardín. ¡El paraíso de las ocas! Pero cada otoño cuando las demás ocas van de camino a África o adónde coño sea que vuelan, *sus* ocas empiezan a dar vueltas allí abajo graznando. ¡Cuac cuac cuac!

Y las ocas del aire, paran, esto es de verdad, Leo, y bajan, y aterrizan y se quedan allí, en el paraíso de las ocas.

Las manos de papá tantean patosas al buscar la tapa del bidón de gasolina, tiemblan cuando lo desenroscan y levanta la boca del recipiente hacia la botella hasta que descansa en el canto del embudo.

—Les da amor. Igual que yo. Crea un clan. Y entonces..., entonces te quedas.

El olor a gasolina es inmediato.

—Tú sujeta aquí, Leo..., así..., agárrala bien, la botella. Con dos manos.

Leo sujeta la botella entre sus manos, la etiqueta con el caballo negro empinándose, mientras papá vierte y de vez en cuando comprueba cuánto hay y cuánto cabe todavía.

—No más de la mitad. Eso es importante.

Papá está satisfecho: suficiente gasolina en la botella de vino. Huele la funda de la almohada de mamá otra vez, inspiraciones que llenan toda la cocina, la sostiene con las dos manos y pega un tirón, hace tiras igual de anchas y las apila en un montoncito esponjoso.

—Las tiras así de grandes.

Uno de los trozos de tela en la mano de papá y lo dobla en forma de cuadrado con las iniciales de mamá en el centro, luego acerca el bidón hasta que queda empapado de líquido.

—El cuello delgado del jodido pájaro. Ahora vuelve a apretar. La condenada oca no tiene que poder protestar.

Papá mete la tela pedazo a pedazo y para bastante antes de tocar la gasolina.

—Entiendes, ¿no? Nunca hasta abajo. Si lo haces, y luego enciendes...

Las manos grandes en el aire al mostrárselo y luego un ruido que pretende imitar al de una explosión.

—... explota fuerte y demasiado pronto. Lo sujetas con firmeza y cuando

el trapo está prendido no puedes inclinar la botella a ningún lado. Y tiras hacia delante, con todo el hombro y el brazo, como cuando lanzas un puñetazo.

Papá rodea la mesa de la cocina, dos vueltas, sostiene la botella con el brazo recto, y la barbilla y el labio inferior sobresalen cuando sisea como suele hacer cuando ha bebido y está en otro sitio.

—Porque nosotros no... somos Axelsson.

Se lava las manos con olor a gasolina bajo el grifo del fregadero y luego enciende un cigarrillo sin filtro mientras abre una nueva botella. Y esta se la va a beber.

—¿Te enteras? ¡Tú nunca serás un puto Axelsson!

Bebe aún más deprisa de lo normal.

—La cosa *era* así. Cuando conocí a tu madre yo no la quería para nada. Era bonita, desde luego, pero yo se lo dije. Se lo dije claramente, *no te quiero*, le dije, *el amor no es más que traición*.

Papá sale al pasillo con la botella recién abierta en una mano y en la otra el bidón de gasolina, cerca de Félix, y se detiene delante del sombrerero.

—¿Sabes qué me contestó? ¿Leo? Me dijo... textualmente... *yo nunca te voy a traicionar, Ivan*.

La chaqueta está colgada en una de las perchas, los zapatos sobre la alfombra.

—¡Textualmente! Tal cual. Y entonces yo le dije, Leo, ¿y cómo puedo estar yo seguro de eso? ¿Sabes qué me contestó, Leo? ¿Lo sabes?

La chaqueta de Leo de la siguiente percha, la lanza a la mesa de la cocina y a Leo, que sigue sentado en su silla.

—Me dijo, *si te traiciono, Ivan*, textualmente, puedes *matarme*.

Leo cuenta los segundos. Seis entre el frenazo repentino y la marcha equivocada, doce entre papá rugiéndole al coche de delante que va demasiado despacio y la curva que se cierra más de lo que papá recordaba, nueve entre alguien que pita varias veces por detrás y un volantazo para salir del carril izquierdo.

Paran. El mismo sitio que por la tarde. Y puede ver, a pesar de la oscuridad, la chimenea comprimida en el tejado de la casa de sus abuelos, que se ve tan pequeña bajo las ramas de un cerezo y en parte tapada por un seto de frambuesas descontrolado. Van sentados uno al lado del otro sin hablarse, oteando, como si hubiesen subido a un alto para mirar abajo.

La bolsa de plástico en el regazo.

No pesa demasiado pero lo obliga a estar como petrificado, la botella tiene que estar en vertical.

El olor es lo peor. Vapores de gasolina que le penetran en las fosas nasales, el cerebro. Hasta hoy no había sabido qué era un cóctel molotov.

Los temblores. Ahora son suyos. Papá se los ha pasado, como hizo con el papá de Hasse.

—Pase lo que pase, Leo, sabes que te quiero.

Los temblores que tanto miedo le dan.

—¿Papá?

—¿Qué?

—¿Hay que hacerlo?

No parpadea ni una sola vez. Casi le duele detrás de las pululas.

—Sí.

—Pero ¿y si...

—Primero hablaremos con ella.

—... no quiere? Hablar.

—Entonces es ella la que elige y decide que hagamos esto.

Papá abre la puerta, baja del coche, el primer paso en diagonal y se tambalea antes de cogerse del retrovisor y recuperar el equilibrio. Espera. A que Leo también se baje.

Él no se mueve.

Tiene los ojos clavados en la esfera del reloj con las manecillas feas. La una y dieciséis minutos y veinticuatro segundos. Sabes que es así, que funciona, que si controlas el reloj y marcas el tiempo no sientes tanto. Siempre lo hace cuando compite con Félix y sube corriendo las escaleras con los folletos de publicidad en la mano: cuenta los segundos y aísla el cansancio.

Papá no dice nada, no le hace falta, le basta con alargar el brazo y mantenerlo así hasta que Leo se rinde y mueve un poco la bolsa de plástico mientras se levanta. No recordaba la mano de papá tan áspera, llevaba tantos años sin cogérsela.

El camino hasta la casa se le hace largo. Papá se mueve igual que conducía hace un momento, a trompicones, pisa mal y tropieza. Aun así llegan allí. A la parte de atrás. En la oscuridad de la noche y en uno de los pasillos entre las frambuesas de las que el abuelo está tan orgulloso, frutos más grandes que otras frambuesas y que tienen un rojo más cálido, una especie vieja que sabe muy dulce.

—Britt-Marie.

Papá le aprieta la mano y ahuyenta el silencio. Pero no la oscuridad.

—¡Britt-Marie!

Leo gira el brazo hacia la intensa luz de la farola y comprueba el reloj, las manecillas feas. La una y diecinueve minutos y cincuenta y dos segundos. Vuelve a comprobarlo al encenderse la primera luz en la casa. El dormitorio de los abuelos. Y otra vez cuando se enciende una de la sala de estar, la lámpara de pie que tiene una pantalla con flores.

—¡Vete de aquí! —grita su abuelo. Ha abierto la ventana. Y se miran—. ¡Ivan, es de noche, vete!

Y luego son Leo y su abuelo los que se miran, hasta que Leo aparta la mirada.

—¡Britt-Marie! ¡Sal, Britt-Marie! ¡Esta no es tu casa!

—Llamaré a la policía, Ivan.

—¿Tú? ¿Un puto Axelsson?

—¡Si no te marchas!

—Britt-Marie vendrá conmigo. Va a volver a casa. Con su familia.

—Voy a cerrar la ventana. Y si no te vas... entonces llamaré. ¿Me oyes, Ivan? Llamaré a la policía.

Su abuelo lo hace, cierra la ventana, apaga la luz. Por primera vez, papá le suelta la mano a Leo y levanta un puño a la casa, al abuelo.

—¡Britt-Marie! ¡No te quedes ahí como un Axelsson! ¡Sal! ¡Con *tu* familia! ¡Los niños! ¡Yo!

La ventana sigue igual de cerrada, la casa igual de oscura. Papá agarra la bolsa de plástico que Leo tiene apretada contra su pecho, tira fuerte, enseguida se la quita de entre los brazos y luego saca la botella.

—¡Sal ya! ¡O si no, arderás! ¡Todo arderá en llamas!

Papá sujeta la botella, se la pasa a Leo. Los brazos de Leo, le cuelgan sin más, no sirven para nada.

—Leo, apunta a la ventana del sótano.

Los brazos siguen sin moverse. No coge la botella de gasolina. Y no mira a papá, mira abajo, al suelo y a la hierba.

—La haremos salir con fuego, ¿comprendes?

El mechero de uno de los bolsillos de los pantalones de carpintero, la llama contra la boca de la botella y el trapo que han doblado y humedecido con gasolina y metido dentro, mucho, las ocas con los jodidos cuellos largos tiene que ponerse gordas y ricas.

La corona de pétalos de la flor de tela se vuelve amarilla y naranja.

—¡Britt-Marie! ¡Eres tú la que elige! ¡Es tu elección! Es...

Los movimientos de papá son lentos, como son los movimientos cuando ya incluso mientras tienen lugar sabes que los vas a recordar siempre, aunque se fusionen con las ramas desnudas del cerezo que se mecen al mismo tiempo.

Papá da de pleno en la ventana del sótano, el cuarto con la cama en la que suelen dormir cuando están de visita y no quieren volver a casa. Casi pasa un minuto desde que el cristal estalla en pedazos. —Leo está seguro porque cuenta los segundos de uno en uno— hasta que empieza a arder de verdad. El ruido sordo. Y las pequeñas llamas que van creciendo y expandiéndose y

devorando.

Papá ha dejado de gritar. Ya no va a ningún sitio. Ni siquiera está temblando.

Todo el cuarto está iluminado. Una luz que no es de lámpara, más amarilla. Fuego devorando las dos sillas y la cama.

Entonces se abre la puerta del sótano.

Su abuelo tira una alfombra sobre las llamas y luego otra, su abuela y su madre llevan cubos verdes y azules y echan agua.

—Vámonos, Leo.

Siguen corriendo allí dentro. Entran y salen del lavadero para llenar los cubos.

—*Ahora.*

Dos manecillas feas. Han pasado cuatro minutos y cuarenta y cuatro segundos desde que se ha bajado del coche y se ha metido entre las frambuesas en las que papá acaba de caerse, desde que han pasado junto a los postes de madera con cordeles en los que papá se rasguña la mejilla y la barbilla. No es mucho.

Leo cierra los ojos mientras se alejan, y los mantiene cerrados todo el trayecto de vuelta y se le hace largo, como si estuvieran yendo a la otra punta de Suecia.

Ve el coche patrulla en cuanto papá aparca, cuando vuelve a abrir los ojos.

Arriba, delante del portal cerrado. Blanco y negro. Cruzado delante del bloque de pisos, claramente visible bajo la farola.

Nunca había visto un coche de policía tan cerca de la calle Vallhornsvägen 8.

Siempre suelen aparcar más abajo, o en el aparcamiento, y luego ir a pie. Pero nunca así, cruzado, como si estuviera bloqueando.

—Todo va a salir bien.

Leo se acurruca más todavía en el asiento trasero.

—Somos una familia, ¿verdad? Y mientras nos mantengamos unidos como hacen las familias todo irá bien.

Las puertas delanteras del coche patrulla se abren al mismo tiempo. Y van dos. Un hombre mayor, aún más que papá, y uno que es más joven y mujer, ha visto muy pocas mujeres policía. Van derechos a la furgoneta, y hacia papá.

—¿Ivan Dûvnjac?

Los oyen claramente a pesar de que todas las ventanillas están subidas, llaman al cristal hasta que papá baja la suya.

—¿Sí?

—Debe acompañarnos.

—¿De que cono habla?

—Sabe de que estoy hablando.

Papá niega con la cabeza y se esfuerza en hablar de forma que se entienda, no balbucea y mueve más los labios.

—No. Ni idea.

—Se vuelve hacia atrás.

—¿Tienes alguna idea de sobre qué están hablando, hijo mío?

Papá se inclina muy cerca con un aliento a alcohol igual de penetrante que el olor a gasolina de la mano y el olor a humo de la manga de la chaqueta.

—Ellos lo *ven*.

—No, papá. No tengo ni idea de sobre qué están hablando.

El policía, el que es un poco mayor, señala a Leo con la cabeza al hablar.

—Ivan, hay niños.

La mujer rodea el coche, las esposas en la mano.

—Así que acompañenos. Por propia voluntad.

Y se queda allí esperando. Hasta que papá, al cabo de una eternidad, se encoge de hombros.

—¿Leo?

—¿Qué?

—Ve a casa y cuida de tus hermanos.

—Papá, yo...

—¡Hazlo! Vete a casa. Cuida de tus hermanos.

La policía de las esposas abre la puerta y papá saca las manos, las palmas hacia arriba. Los dos agentes uniformados a sendos lados mientras camina hasta el coche patrulla y el asiento de atrás. También es allí donde va sentado cuando el coche blanco y negro se aleja y él se vuelve y se miran, no por mucho tiempo pero sí lo suficiente.

Leo baja la manilla con cuidado, se quita los zapatos y entra de puntillas, sin encender ninguna luz. Vincent se gira por completo en la cama como hace a veces, dice algo imposible de entender y sigue durmiendo. Pero Félix se despierta. O quizá ya estaba despierto.

Es difícil de explicar —al menos en plena noche— que mamá no va a volver a casa. Y luego, una vez hecho, explicar que papá no va a volver. Leo lo hace y Félix escucha y justo cuando ha terminado suena el teléfono. Mamá. Pregunta si están todos ahí y cuando él le contesta que sí ella le dice que ha cambiado de idea, que sí va a volver. Enseguida.

Él corre a la cocina, abre el último cajón de la cocina y busca dos bolsas de papel.

Mamá vendrá enseguida y entonces la mesa de la cocina tiene que ser una mesa de cocina.

Un bidón de gasolina. Restos de una funda de almohada. Dos botellas de vino.

Las colillas, los cupones de la lotería, el paquete de azúcar.

Va guardando las cosas de una en una y mete las bolsas debajo del fregadero.

Cuando el bidón y la funda de almohada y las botellas hayan desaparecido y la mesa de la cocina sea una mesa de cocina ya no tendrán que hablar sobre ello, para nada.

Seca el tablero de la mesa por segunda vez con la bayeta y enjuaga la olla, la huele y la vuelve a enjuagar hasta que el vino está en otra parte. Justo antes de que llegue mamá. Y se siente tan bien en el pecho y el estómago. Y se dirige hacia ella. Cuando ve a los otros dos.

—¿Leo? Estos..., ellos... son policías.

No es ninguna pregunta. Por eso él no responde.

—¿Comprendes? Están aquí para mirar nuestro piso. Y luego... quieren hablar un poco. Contigo.

En nuestro piso solo estamos nosotros.

—Estoy cansado.

Vincent y Félix y mamá y papá y yo somos los que vivimos aquí.

—Lo entiendo, pequeño. Pero no tardarán mucho.

Esos..., aquí no hay sitio para ellos.

—Después se irán. ¿Oye? ¿Leo?

Están por todas partes. El pasillo, la cocina, el cuarto de Vincent, el cuarto de él y de Félix, el dormitorio de mamá y papá, el despacho, el salón, incluso el lavabo y el balcón. Abren y cierran armaritos, cajones, armarios, apartan zapatos y soldaditos y cuadros y macetas. Examinan un saco de boxeo casero para entrenar y luego el mango dorado de un sable mal guardado en una funda de terciopelo azul bajo una larga hilera de herramientas anticuadas. Leo está todo el tiempo en el umbral entre el pasillo y la cocina. Incluso cuando abren el armarito debajo del fregadero y sacan dos bolsas de papel, pedazos de tela arrancados de una funda de almohada y que todavía huelen a mamá.

—Hola, Leo.

El policía más grande intenta sonreírle.

—Tal y como ha dicho tu madre, soy policía. Y me gustaría hablar contigo. No mucho. Pero sí un ratito.

Leo nunca había visto un policía sin uniforme, este lleva abrigo largo parecido al de papá pero más claro, y señala la mesa a la que él le acaba de sacar brillo con un trapo de cocina.

—No es... peligroso. Y no es culpa tuya. Nada de lo que ha pasado es culpa tuya, Leo. Solo te voy a hacer unas preguntas. Hasta que sepa lo que ha pasado cuando tú y tu padre habéis salido con el coche.

Saca la silla que es la silla de papá y se sienta, una libretita con espiral y lápiz encima.

—Cuéntame, Leo. Cuando ibas en el coche. Y papá conducía. ¿Adónde iba?

—No quiero contarlo.

—Y... ¿por qué no quieres contarlo?

—Porque no quiero.

—Inténtalo.

—No quiero.

—¿Leo? Te estoy hablando.

—No quiero.

Leo mira al suelo hasta que el maldito poli sale al pasillo y vuelve con su anorak. Y lo deja sobre la mesa brillante de la cocina. Tiene unas manos grandes pero él sabe que por muy fuertes que parezcan no podrían romper cinco palos de polo pegados muy juntos.

—Huele a humo. ¿Lo notas?

Esto es nuestro.

—En la bolsa de papel que hay ahí hay un bidón de gasolina. En el otro hay botellas vacías de vino tinto junto con tiras de tela.

No vuestro.

—¿Sabes en qué se convierte todo esto? ¿Junto?

Aquí vivimos nosotros.

—¿Sabes lo que ha fabricado aquí tu padre?

No vosotros.

—Un cóctel molotov. Se llama así. Una botella llena de gasolina. Una botella que se rompe y gasolina que se incendia, se esparce, destruye, mata. Una bomba incendiaria que se usa en las guerras.

Somos un clan.

—Tu abuelo os ha visto a ti y a tu padre en la casa que se ha incendiado. Y tu abuela os ha visto. Y tu madre. Y cinco vecinos. Todos te han visto, y todos han visto a tu padre.

Un clan que permanece unido.

—Tu abuelo también ha visto que llevabas una bolsa. ¿Y luego? ¿Has sido... tú el que ha lanzado? ¿O ha sido tu padre?

Un clan que no se puede romper.

—¿Leo?

Pase lo que pase.

—Ahora quiero que me escuches.

Porque en un clan —un clan de verdad— nunca le haces daño a los otros.

—Tu madre podría haber muerto. Y tu abuela. Y tu abuelo. Todos podrían haber muerto.

En un clan —un clan de verdad— nunca delatas a los otros.

—Mírame, Leo. ¿Entiendes lo que ha hecho tu padre? ¿Que era de verdad?

En un clan —un clan de verdad— proteges siempre, siempre, siempre a los otros.

—Tú no tienes por qué cuidar de tu padre, es él quien lo ha hecho mal. Es él quien tiene que cuidar de ti.

—¡Yo no soy un palo de polo!

Surge tan de repente. Ni él mismo está preparado.

—¡Oye lo que le digo! ¡No lo soy!

—Cuéntame. Exactamente lo que ha hecho tu padre. Hazlo por tu madre, por tus hermanos. ¿Leo? Cuéntamelo.

No ha reparado en que mamá está llorando. Pero a lo mejor acaba de empezar ahora mismo. Está en algún punto a sus espaldas y él no le ve los ojos, pero sí oye: no está asustada, ni por lo que ha pasado ni por lo que podría haber pasado, se trata de él, su hijo, que está delante de un policía de paisano y tiene que responder a preguntas que no le incumben a nadie, es un llanto así.

—¡No soy ningún maldito palo de polo que puede romper!

El lápiz sobre la libreta de espiral.

Está ahí cuando él se abalanza sobre la mesa, cuando se hace con él y, con todo el miedo y la rabia acumulados en un brazo de diez años, clava la punta gris en una mano derecha adulta.

Luego corre. Ahuyentado por los fuertes jadeos del policía y por mamá, que intenta atraparlo, y el otro, que también lleva ropa normal y con el que casi choca en el pasillo. Leo echa el cerrojo, por dentro, con Vincent, que sigue durmiendo en su cama con los pies en la almohada, y Félix, sentado en el suelo junto a la rampa de Lego.

—¡Leonard!

Oye a mamá golpeando la puerta.

—¡Sal de ahí ahora mismo! ¡Me oyes! ¡Tienes que hablar!

Le cuesta entender. Que Vincent logre dormir mientras la puerta retumba.

—¡Abre ahora mismo!

Y que Félix se quede en el suelo entre cientos y cientos de piezas de Lego.

—¿Leo? Haz lo que dice tu madre. Gira la llave y abre —dice el policía grande.

—¿Era él?

Félix susurra al señalar la puerta.

—¿Era él el que...?

—Era él el que gritaba. Y al que le duele una mano —responde Leo.

Más voces. Más retumbos. No lo oye. Lo que decides no oír, no se oye. A veces lo hace, se mete en su propio espacio y cierra, un hueco que es aún más pequeño que este y que es solo suyo, su cuerpo, todo está dentro y no hay nada fuera.

—¿Leo? Entiendes que tenemos otras formas de abrir si queremos, ¿verdad? ¿Leo? Tu madre no quiere eso. ¡Así que abre!

Entonces se despierta su hermano más pequeño. Pelo revuelto, ojos cansados.

Leo lo coge en brazos y camina de aquí para allá entre la puerta y la ventana.

—¿Vincent? Ellos no existen.

Se detiene cerca de la puerta y los retumbos que exigen quitar el cerrojo, salir.

—No existen.

Los ojos cansados ya no están cansados, lo observan, escuchan.

—¿Me oyes, hermanito?

—Sí.

—Ellos no existen. Pasamos... por encima.

Los ojos de tres años intentan comprender. Y sonrían.

—¿Por encima?

—Por encima.

Mamá y los dos policías siguen al otro lado. En alguna otra calle papá va en un coche con otros dos policías.

Camina largo y tendido por la habitación, un hermano mayor con un hermano pequeño entre los brazos frente a una puerta cerrada con llave.

Y no debe de haber sentido nunca semejante calma. Con Félix y Vincent. Donde él mismo puede decidir quién existe y quién deja de existir.

ahora
cuarta parte

Diciembre había mudado de piel durante el viaje de quinientos kilómetros de Leo hacia el oeste, cruzando un país que se estaba equipando para la Navidad; el hielo en el lago Mälaren y una capital en la que las personas se desplazaban rápidamente con la mirada fija en el asfalto habían sido reemplazados por Gotemburgo, una ciudad de peatones que seguían llevando ropa de otoño. Así que Leo también lo hizo. Se desabrochó el abrigo y se puso a pasear.

Algo de beber, un botellín de agua en el quiosco de Kungssportsplatsen, un perrito caliente en la parrilla ambulante de delante de la facultad de Bellas Artes Valands, donde debía desviarse de la Avenyn y continuar junto a las vías del ferrocarril hasta Vasaparken. Una vez allí no estaría lejos de la calle Erik Dahlbergsgatan. De ellos. Sus hermanos. No se habían visto ni una sola vez desde que se habían venido a vivir aquí. No lo había notado demasiado durante el otoño, porque había decidido no notarlo, pero ahora sí lo hacía. Ahora que estaba tan cerca sentía el pinchazo de la expectación.

Había querido dejarlos en paz. Aun así había tenido la sensación de que lo habían estado evitando. Ellos, que siempre habían estado en contacto. Que nunca se habían juzgado entre sí, ni se habían estorbado el paso, nunca habían tenido que *pedirse* ayuda los unos a los otros. Ahora habían hablado dos, a lo sumo tres veces al mes. Conversaciones formales sobre el tiempo y las tarifas de los taxis y alguna que otra película nueva que no podían dejar de ver. Ni una sola palabra sobre una venta de armas interrumpida. Él lo detestaba, era justo como su madre se relacionaba con sus propios hermanos. Así era como hablaban las personas que no tenían nada en común.

Sus hermanos pequeños vivían en un bonito apartamento de los años veinte. En el panel junto a la puerta había un papel con sus nombres fijado con

celo encima de otro. Tercera planta.

Tocó el timbre. Al mismo tiempo llamó con los nudillos, por si acaso. Antes de que la puerta se abriera oyó que era Félix, él caminaba así.

Le había crecido el pelo. Félix siempre había llevado su pelo castaño corto. Pero le quedaba bien. Se abrazaron en el umbral, como si todo fuera normal.

—¿Tienes hambre?

Olía a comida. Siguió a Félix por el estrecho pasillo hasta la cocina y Vincent, que estaba delante de la nevera. Se había vuelto mayor. Más que los meses que habían pasado. Más corpulento. Físicamente más hombre. Y sus ojos, igual de intensos pero más marcados, más penetrantes. Otro abrazo. Y era difícil distinguir si la resistencia y el frío solo estaban en la cabeza de Leo, si eran imaginaciones suyas.

—Entonces..., ¿nada de lo que hay aquí es vuestro?

—No.

Una mesa que no había visto nunca. Sillas que no había visto nunca. Un microondas, una tostadora, una radio, todo ajeno. Y un póster de Salvador Dalí en la pared. Se preguntó si ellos siquiera sabían quién era.

—Como cuando erais pequeños. Y heredasteis mi ropa —dijo Leo.

—Segunda mano. Todo el tinglado. Muebles, trastos de cocina. Incluso el champú de la ducha ya estaba aquí. Pero a la vieja le gustó.

—Me dijo que había estado aquí.

La cazuela en los fogones. Salsa boloñesa. Félix era el que cocinaba.

—Me dijo que las cosas os van bien. A ti en la universidad. Un curso independiente. Y tú, Vincent, estaba tan orgullosa cuando lo dijo, has hecho casi todo primero de bachillerato en Komvux, la escuela de adultos.

Impaciente. Lo estaba. Y era malo disimulándolo. Vio que Félix se percataba.

—Deberías ver sus notas. En todos los exámenes, todas las respuestas correctas. Tiene dieciocho años, Leo, nuestro hermanito puede ser lo que le dé la santa gana.

Félix le guiñó un ojo a Vincent, que sonrió con timidez, al menos en eso era el mismo. Y sacó platos, vasos y una botella de vino.

—¿Hasta cuándo te quedas?

—El tren sale dentro de cuatro horas.

—¿Cuatro horas? Y yo que pensaba que venías para pasar un ratito.

Leo no dijo nada. *Jodido hermano tozudo y provocador*. Estaba aquí para unir, no para romper.

—Un atraco financiero de lo más simple. Está todo listo. Un banco pequeño en Heby. La víspera de Navidad. Millón y pico.

La salsa boloñesa estaba casi a punto. Y el agua del otro fogón eléctrico ya hervía.

—Después tendremos suficiente para financiar un atraco mayor. Y después de eso... podéis estudiar lo que os apetezca.

—Ya lo hacemos.

Félix abrió el paquete de espaguetis, lo soltó todo al mismo tiempo.

—Creía que lo sabías. Que ya estamos estudiando lo que queremos.

—Os necesito.

—Lo hemos dejado, Leo.

Había decidido mantener la calma. No le duró mucho. La mano en la mesa, un poco demasiado fuerte, cerámica y cubiertos dieron un brinco.

—¿Crees que vas a ser normal porque... vas a la escuela? ¿Porque te sientas en una jodida silla detrás de un jodido pupitre de madera?

Félix echó vino en su copa. Hasta el borde.

—No estudio para ser normal, estudio para tener una formación.

Leo bebió un sorbo, era un vino barato.

—¿Y tú, Vincent?

Su hermano pequeño desvió la mirada.

—¡Vincent, coño!

—Era más fácil participar que no participar —replicó Vincent—. Saber si todo se iba a ir a la mierda.

Leo soltó una risotada, no de corazón. Y dio otro trago de vino.

—¿Irse a la mierda? Vincent, no se irá a la mierda. Nunca. Ven, siéntate.

Vincent lo hizo, tomó asiento en la silla de enfrente.

—Pero ¿y si sucediera?

—No sucederá.

—¿Si nos metemos en un sitio, un control policial, otra vez, si se dan cuenta? ¿Qué eres tú? ¿Qué somos nosotros?

Un traguito más. Un vino que no solo había tenido pinta de barato sino que también sabía barato.

—¿Eso es lo que estás imaginando ahí sentado?

—¡Escucha lo que te dice! —gritó Félix.

Los espaguetis se desplomaron en el agua hirviendo, desarticulados. Félix los removió con el tenedor de plástico, con demasiada fuerza.

—¡Leo, a ver si te das cuenta de lo que te está intentando decir!

—¿Él? ¿O tú?

—Vale. Vale, Leo. ¿Por qué lo haces?

—¿El qué?

—Robar bancos.

—Para que *nosotros* seamos económicamente independientes.

—Tienes armas. Véndelas. Ibas a hacerlo.

—Estuve a punto. Lo había hecho todo: había contactado con el poli, había designado un sitio para la entrega, había fabricado quince jodidas minas de fragmentación. Estaba todo listo. Veinticinco millones en una maleta sobre la mesa del poli.

Se quedó callado.

¿Y...?

—Y luego el puto poli empezó a provocarme. A conciencia. Intentó hacerme perder el equilibrio, quería verme cometiendo errores. Escribí nueve cartas. El poli respondió con cinco anuncios de contactos. Antes de que me diera cuenta de que, simplemente, lo estaban alargando por la cara. Que no pagarían nunca ni una sola corona, que lo único que querían era cogerme. Fue entonces cuando rompí, del todo.

Félix lo estaba escuchando. Pero seguía mostrando la misma expresión de cara.

—Vale. Entonces te vuelvo a preguntar. ¿Por qué lo haces? ¿Robar bancos?

—¿Que por qué lo hago, *yo*? Y yo que creía que tú también lo hacías. ¿O es que no lo he visto bien, Félix? ¿No estabas tú también? Y si resulta que sí *estabas*, ¿por qué lo hacías *tú*?

—¡Eso es lo que Vincent está intentando explicarte, maldita sea! Porque es más fácil participar que no hacerlo: si la cosa se tuerce me enteraré. Esta

intranquilidad, tú no la entiendes, pero yo la noto, Vincent la nota. El único que no piensa así eres tú. Tú piensas... que esto no se va a ir a la mierda.

Félix volcó el agua de la cazuela al fregadero, el vapor le relajó las facciones tensas de la cara.

—Porque no lo hará.

—Dijiste que no volverías a ponerte en contacto con el viejo. Y entonces yo me sentí tranquilo. ¡Pero lo hiciste igualmente! Y yo lo veo. ¡Joder, te estás volviendo como él! No hay nada más para ti. Solo el siguiente atraco. Y el siguiente. Nada fuera de eso. Te comportas conmigo y con Vincent igual que hacía el viejo contigo cuando rompiste con él.

—¿De qué hablas?

—Eres él, maldita sea. Y sé perfectamente cuando te convertiste en él. El día... en que por poco mata a mamá a hostias. Cuando te le echaste a la espalda y ella corrió y él paró, y vi cómo os mirabais y tú... cogiste el relevo.

—Relájate un poco.

—¿Y luego? ¿Recuerdas lo que pasó? No te acuerdas, ¿verdad? Esperaste hasta que se hubo largado con el coche. Y luego te paseaste con aquel jodido cubo de la fregona limpiando sangre por todo el rellano. Cuando acabaste volviste y nos miraste a mí y a Vincent y en ese mismo momento todo fue a tu manera.

—¿Has terminado?

—No. Hasta que lo hayas entendido. Has dicho *independientes*. Te plantaste delante de la ventana para mirar por encima de Skogås y dijiste que ningún desgraciado nos pondría un pie encima. Pero era todo lo contrario. Esta banda de atracadores de bancos no es más que para hacernos más dependientes los unos de los otros. Es igual de importante para ti que para el viejo cabrón. Estar unidos. ¡Estar unidos! ¿No quieres que partamos unos cuantos palos de polo, ya de paso?

—Y ahora, ¿ya has terminado?

Leo miró las dos ollas que había encima de la mesa echando humo. Tenía el mismo aspecto que el vino. Barato. Bazofia.

—No soy yo el que se parece a Ivan. Eres tú, Félix. Siempre vas por ahí diciendo cuánto lo odias. Estás obsesionado. Eres igual de machacón que él. ¡Y él no podría hacer nada de lo que yo he hecho!

Pero hurgó en ellos y sirvió el plato, un cucharón de lo marrón sobre un montón blanco enmarañado. Sobre el suyo, el de Félix, el de Vincent.

—Una vez más, Vincent. Y si es como dice Félix...

Leo posa una mano en el brazo de Vincent.

—... entonces deberías participar, ¡ahora! Si así es... *más fácil*. No quedarte aquí preocupándote el día antes de Navidad.

—¡Ya basta, Leo! ¿No ves que no quiere ir contigo?

—¿Qué coño sabes tú al respecto? Ahora estoy hablando con Vincent.

—¡Puedo percibir que no quiere!

—¿Hola? ¿Félix? ¿Lo percibes?

La olla con salsa boloñesa, entre ambos. De pronto Félix la agarró con dos manos, la lanzó contra la pared. Salpicó. Por toda la cocina.

—¡Escupí a mi propia madre en la cara! ¡Y no pienso volver a hacer nunca nada más por nadie en contra de mi voluntad, nunca!

Salsa caliente rezumaba por la pared blanca y la camisa igual de blanca de Leo.

—Tú hablas de ti, Félix. Yo estoy hablando de Vincent.

Este había estado mirando el plato; ahora levantó la cabeza.

—¿No podemos parar ya?

Ahora fue él quien le puso una mano en el brazo a Leo.

—¿No puedes *tú* parar ya?

Había servilletas en un cestito feo de madera en una esquina de la mesa. Leo las cogió todas, las arrugó un poco y se limpió el reguero de salsa que se deslizaba por su camisa.

—¿Y hacer qué? ¿Sentarme en una jodida silla de madera detrás de un jodido mostrador de madera y fingir que somos normales?

Nunca habían tenido que pedirse nada.

Y entonces Leo lo hizo, de todos modos.

—Por favor, os lo pido. ¿Jamás os he pedido algo? ¿Eh? Ahora sí. Os lo *pido*. Os necesito. Una vez más. Una última vez.

Miró a un hermano pequeño al que le había crecido el pelo y a uno que rápidamente se estaba convirtiendo en adulto.

—¿Por favor?

De uno en uno. Y no los reconoció.

—¿Félix?

Sin obtener respuesta.

—¿Vincent?

Sin obtener respuesta.

—Os lo pido.

Félix le miró a los ojos. Vincent miró a la mesa, el plato. Silencio.

—Pues ya está. Lo haré yo solo. Si no tengo familia, lo haré solo.

A veces las noches no terminan. A veces sudas, tienes frío y sudas, te despiertas cada diez minutos para verte atrapado en un nuevo sueño incoherente que tampoco lleva a ninguna parte.

Era una noche de esas. Otra vez. Toda la semana desde que había recibido un no por respuesta de parte de sus dos personas más allegadas. Seis noches y la jodida soledad no se había quitado de su lado en la cama entre su cuerpo y el de Anneli. Si hubiesen estado muertos. Entonces no habría sentido esto: habría comprendido por qué no podían estar juntos. Si le hubieran dicho que lo odiaban tampoco habría sentido esto. Pero estaban vivos. Y lo seguían queriendo igual que él a ellos. Y aun así: no iban a seguir. Dos hermanos que tan cerca habían estado y ahora se encontraban tan lejos.

Leo tiró de la sábana sudada para quitársela de la espalda, bajó las escaleras, se metió en la cocina y abrió la ventana de par en par a pesar de que la temperatura hubiese bajado a ocho grados bajo cero, dejó que su cara se topara con el frío y respiró, respiró.

Durante los últimos días había repasado una y otra vez los tres momentos que todos los atracos tenían en común. La planificación. El golpe. Y el más decisivo: la huida, la transición de ladrón a persona cualquiera.

Uno de los momentos se le había quedado siempre orbitando: el golpe. Nunca habían abandonado un objetivo con lo que él había previsto. En el furgón blindado, diez millones se habían quedado en uno. En todos los atracos individuales había quedado más dinero en las cajas fuertes y los armarios de seguridad. En el doble atraco había estado convencido de un botín de por lo menos ocho millones que se habían quedado en tres, y en el triple atraco por lo menos quince que se habían reducido a dos, rehogados en pintura por culpa de una jodida bomba de tinta.

Pasó la mano por el alféizar de la ventana, recogió la nieve virgen que acababa de caer y la apretó en el puño: frío agradable al derretirse en agua.

Cerró la ventana y se secó la palma de la mano con el paño seco de la cocina, salió al pasillo y se metió en el cuarto de invitados. Nueve atracos y el poli desgraciado que se llamaba Broncks no tenía la menor idea de quiénes eran: así que tan solo con que siguiera eligiendo las fechas correctas, si seguía planeando correctamente y seguía huyendo correctamente, tarde o temprano el golpe también saldría correcto y daría el máximo rendimiento.

El décimo.

Un pueblecito a las afueras de Estocolmo.

La víspera de Navidad: el día que se pagaban los salarios.

Y no sería obra de la Banda de los Militares.

Dado que la Banda de los Militares había dejado de existir nadie volvería a escribir ni una sola línea más sobre ella. Las sombras se desvanecen. Y adoptan una forma nueva. Y esa era la situación que había puesto en práctica en el banco de Rimbo. Un atraco que debía distinguirse de los demás: en vaqueros y chaquetas claras, zapatillas de deporte con velero, medias negras en la cabeza y sin disparar ni un solo tiro. Había sido una instrucción para cambiar de identidad y romper con los patrones por si en algún momento se hiciera necesario. Y ahora lo era.

Levantó las baldosas, tiró de la tapa y abrió la caja fuerte, observó el fondo de terciopelo mientras descendía en la oscuridad.

Bajó por la escalenta y encendió la luz que había sobre las hileras de armas automáticas.

Estaba en la balda, junto a los chalecos antibala. Una bolsa de deporte negra.

El triple atraco había dado dos millones ciento treinta y siete mil coronas.

Doscientas veintisiete mil habían ido a cubrir los diferentes gastos. Ciento noventa y cinco mil no se habían podido limpiar. El resto lo habían repartido en cuatro montones, cuatrocientas veintiocho mil setecientas cincuenta coronas restantes, por cabeza.

Desde entonces su montón había ido encogiéndose a un ritmo considerable. Le quedaban setenta y cinco mil. Los billetes apenas cubrían el fondo de la bolsa.

Abrió la cremallera y recogió diez mil en distintos valores: lo que le iba a dar a Anneli. Regalos de Navidad, comida de Navidad, árbol de Navidad y unas luces de Navidad que ella tenía vistas y que eran del mismo tipo que las que los vecinos tenían en sus manzanos. Después separó otros diez mil para él. Quedaban cincuenta y cinco mil. Cerró la bolsa y se sentó en la base de hormigón, perdido en el irascible resplandor de la lámpara, escuchando la bomba de agua que zumbaba bajo sus pies descalzos.

Si subía y salía de la trampilla, si cerraba la caja fuerte y no la volvía a abrir nunca más, nadie lo sabría nunca.

Plantas de pie que estaban fríos y pisaban el suelo blanco y negro de linóleo. Pasos. Los pasos de ella. Ahora estaba allí arriba, luz que iluminaba la parte inferior de sus rodillas, eso era todo lo que él podía ver.

—¿Leo?

—¿Sí?

—¿Qué haces?

Anneli se puso de rodillas. Un camisón muy fino, tenía frío.

—Sube conmigo. Vamos a acostarnos. Intenta dormir.

—Quince millones. Eso era lo que teníamos que habernos llevado en el atraco triple. Y al final no fue... casi nada.

Ella se agachó, se deslizó por el hueco, sus pies descalzos hicieron equilibrios sobre peldaños delgados mientras bajaba y le acarició la mejilla, caliente a pesar de que ella tenía frío.

—¿Oye?

Rodeados de armas, hileras ordenadas, hundidas en las paredes como un gran fósil.

Había amenazado con donar su colección a todas las élites criminales de Suecia, pero se había abstenido. Todos ellos le importaban igual de poco que el puto poli al que había amenazado.

—Leo, te quiero. Soy la única que lo sabe todo de ti, de esto.

Se sentó en su regazo, tenía realmente frío, dedos descalzos se frotaban entre sí y evitaban entrar en contacto con el suelo.

—Sé lo que significan para ti Félix y Vincent. Lo sé. Pero yo renuncié a mi hijo por nosotros. Y tú tienes que dejar ir a tus hermanos. Por nosotros.

Anneli miró a Leo, sus ojos tan cerca. Había conocido a alguien que

desprendía luz y de eso era precisamente de lo que se había enamorado. Ahora esa luz se había apagado.

—Sé que cuidaste de ellos. Pero nadie debe ser padre de sus hermanos.

Ella le dio un beso y él se la quedó mirando. Y quizá volvía a brillar, hacía tanto tiempo que no, pero ahora quizá sí, al menos un poco, de eso estaba segura.

—¿Qué pasa?

—Oye.

—¿Qué?

—¿Crees que podrías conducir el coche de huida?

Ella pensó que no le había oído bien.

—¿Puedes?

—¿Yo?

—Tú.

Había participado a la hora de disfrazarlos y llevarlos al lugar de un robo. Después siempre tenía que apartarse, ir a casa, esperar sin participar.

Ahora él quería que participara, en serio.

Tenía que conducir el coche de huida, como Félix.

Anneli le dio un beso.

—¿Yo?

—Sí. *Tú*. Lo digo en serio. Eres una conductora cojonuda. Ella se acurrucó en su regazo, piel con piel, se rio, lo volvió a besar.

Primera hora de la mañana, aún estaba oscuro, las farolas todavía derramaban su luz sobre una acera que se arrastraba entre las casas de alquiler de Bagarmossen, edificios de tres plantas de principios de los cincuenta.

Tras tres horas durmiendo en los brazos de Anneli, Leo sentía como si hubiera descansado lo suficiente. Había aparcado a propósito a cierta distancia y se desplazaba ahora entre matorrales deshojados y a través de un parque infantil desolado en dirección a la parte de atrás de la casa. No quería que Jasper lo viera, sabía que espiaba por la ventana de la cocina cada vez que un coche aparcaba delante, preparado para salir corriendo si la policía se acercaba demasiado.

El código de cuatro cifras del portal de atrás. Cruzó los dedos para que no lo hubiesen cambiado. Un chasquido sordo, entró en el rellano de la planta baja, sujetó la puerta para que no cerrara de golpe.

Jasper había planeado una huida al detalle, Leo lo sabía. Enfrente de la casa, al otro lado del aparcamiento, empezaba la reserva natural de Nackareservatet, uno de los bosques más grandes del área metropolitana de Estocolmo, y Jasper había enterrado un recipiente de plástico entre dos grandes rocas que contenía todo lo que necesitaba: ropa, un cuchillo, dinero en metálico, brújula y una pistola, una Beretta que había comprado en Estados Unidos tres años antes y que se había enviado a casa por piezas. Pero ahora no debía huir, no podía equiparse y esconderse. Ambos recordaban un golpe tan fuerte que lo había derribado al suelo, dejándolo allí tirado con la mirada llena de odio, decepción, desconcierto, tristeza.

Un color verdoso y sofocante en las paredes del portal. Se acercó con cautela a la puerta y llamó al timbre.

No se oyó nada pero estaba seguro de que la mirilla de la puerta se había oscurecido.

Llamó con los nudillos. Sin parar. La rendija del correo se levantó.

—¿Qué quieres?

—Hablar un poco.

—¿De qué?

—Abre, coño.

Se hizo silencio. Un rato largo. Finalmente la puerta se abrió hasta que la cadena de seguridad se estiró por completo.

—Enseña las manos.

Los ojos de Jasper se asomaron por la ranura entre la puerta y el marco y no se mostraban temerosos, pero sí inseguros. Leo levantó las dos manos abiertas. Después, el traqueteo de la cadena de seguridad antes de que la puerta se abriera del todo.

Jasper llevaba un par de pantalones marrones con raya y una camisa *beige*. Estaba recién afeitado y se había cortado el pelo. Eran las seis y media de la mañana y a esa hora Jasper acostumbraba a tener el aspecto de una cama deshecha; eso debía de ser lo que Leo se había esperado, o más aún, una persona abatida y desorientada, no una cara con color en las mejillas.

Pero la inseguridad seguía presente. Y tenía la mano derecha doblada hacia atrás, como cuando alguien quiere dejar muy claro que está intentando ocultar algo detrás del antebrazo.

Preparado para mostrar el cuello. Preparado para hincar el diente.

Leo entró y al mismo tiempo Jasper dio un paso atrás, atento a mantener la misma distancia: lo bastante cerca como para poder atacar y lo bastante lejos como para no ser atacado.

—No tienes por qué temerme.

Una negativa con la cabeza. La única respuesta de Jasper.

—Jasper, suelta esa mierda que tienes detrás del brazo.

—¿Que lo suelte? Leo, tú y yo...

Jasper tragó saliva por una garganta seca.

—... sabemos demasiado el uno del otro.

—Pero no *tienes* por qué temerme.

—Ah, ¿no? ¿Un depósito de armas? ¿Nueve bancos? ¿Centralstationen?

Un paso adelante. E igual que antes. Jasper dio el mismo paso atrás.

—A lo mejor estás aquí para... limpiar un poco. A lo mejor tú y tus hermanos habéis decidido cesar toda actividad. ¿Te crees que no capto que, si es así..., yo podría acabar convertido en humo, perfectamente? Como un par de botas.

Leo iba a dar otro paso cuando Jasper levantó el brazo izquierdo.

—No te acerques más.

—No necesitas ese cuchillo, guárdalo.

—Quítate la chaqueta.

Permanecieron inmóviles, los dos, manteniendo la misma distancia. Leo se quitó la cazadora de cuero y la levantó, le dio la vuelta, para mostrar que no había nada ahí, nada escondido.

—Y ahora los zapatos.

Leo se agachó y se desató los cordones, levantó los zapatos, los dejó en el zapatero junto a unas botas negras que parecían nuevas, brillaban. Botas de combate. Iguales que las que había quemado. Pero el modelo actual.

—¿Ya me puedo tomar un café?

—Cuando te hayas subido las perneras.

Leo lo hizo y extendió los brazos.

—Mira..., calcetines y espinillas peludas. ¿Y el café? ¿Ahora sí?

La inseguridad seguía latente. Jasper lo miraba, en silencio, como si no lograra decidir qué hacer.

—Cojones, Jasper..., si quisiera deshacerme de ti no lo haría en tu piso, no me jodas. ¿No te parece?

Unos instantes más. Luego asintió con la cabeza, se descubrió el brazo derecho, revelando un cuchillo de cocina largo y afilado. Recorrieron el corto pasillo hasta la cocina, Leo echó una mirada fugaz al salón: el altar había desaparecido. La boina verde. La foto de Jasper en uniforme en la maniobra final de los boinas verdes de Norrland. La bibliografía recomendada. La bayoneta. Todas aquellas cosas que habían sido tan importantes, guardadas. Solo quedaba la mesa, con un jarrón sin flores y un candelabro sin velas.

En la cocina Jasper llenó el filtro de la cafetera americana mientras Leo tomaba asiento.

—Vale. ¿Qué haces aquí?

—Solo quería ver cómo te va.

—¿Cómo me va?

Jasper esbozó una sonrisa, no de alegría sino de burla. Y fue entonces cuando Leo lo vio por primera vez. Al otro lado de la mesa. Colgando sobre una silla. Marrón en el mismo tono y el mismo material que los pantalones. Y con una marca en la manga derecha medio tapada por un doblez.

—¿Qué eso que llevas puesto? ¿Y qué demonios es eso que cuelga ahí?

Leo señaló con la cabeza al respaldo de la silla y la chaqueta del uniforme con las tres primeras letras del nombre de la empresa. SEC. Ya sabía qué aspecto tenían las siguientes, las que ahora estaban metidas en un doblez, pero no logró encajarlo: ¿por qué había una chaqueta así en una silla de la cocina de Jasper?

—Es mía.

Leo miró primero la chaqueta, después a Jasper.

—¿Tuya?

—Sí. Me echaron de mi curro anterior, ¿te acuerdas?

—Vale..., en todo caso... ¿qué haces allí?

—Vale..., en todo caso... ¿qué haces *aquí*?

Jasper le dio la espalda mientras hacía algo con la cafetera, que resoplaba y emitía ruidos. Ya no estaba tan inseguro.

—Estoy aquí porque te necesito —dijo Leo.

Se dio la vuelta, un poco demasiado deprisa.

—¿Me necesitas?

—Sí. Vamos a atracar el décimo.

El cuerpo de Jasper se relajó por completo. La amenaza, la que hacía un segundo estaba ahí, desapareció. Y con ella, la hostilidad, la suspicacia.

Siete meses de espera. Y por fin estaban aquí. Juntos.

—¿El décimo?

—El décimo.

—Creí que nunca me lo pedirías —dijo Jasper con una amplia sonrisa.

Sirvió dos tazas de café solo.

Leo desdobló la chaqueta del uniforme. Todas las letras estaban ahora visibles. SECURITAS. La compañía de seguridad más importante de Suecia.

—¿Qué coño es lo que haces allí?

—Desactivo alarmas que han saltado, examino cristales rotos en alguna escuela o alguna puerta forzada de algún almacén, doy rodeos por polígonos industriales... Cosas así.

Abrió la nevera y sacó el cartón de leche, echó poco más de un centímetro en la taza de Leo.

—En la oficina hablan constantemente de nosotros —dijo Jasper, su sonrisa todavía llena de nostalgia—. *La Banda de los Militares*. ¿Dónde darán el golpe la próxima vez? ¿Un banco? ¿Un furgón blindado? ¿Un almacén? Y yo ahí, escuchando.

Se lo veía orgulloso. Era fácil imaginárselo en la salita de café, a punto de reventar por no poder contar nada.

—Dentro de unos meses yo mismo estaré conduciendo un furgón blindado. Pensé en ello, ¿qué haría yo si me atracaran *a mí*?

Toqueteó la chaqueta del uniforme en la silla de al lado.

—Existen dos alternativas. Una: hago lo que me han dicho que haga si veo que los ladrones saben lo que están haciendo. Dos: si son novatos..., los reduzco. Leo, imagínatelo, ato a dos ladrones, me convierto en el héroe del día, me ponen una rosa en el *Aftonbladet*, ¡sin que nadie entienda que podría haber sido yo el del pasamontañas!

—Existe una tercera alternativa.

—¿A ver?

—¿Qué harías si vieras que soy yo?

—¿Tú?

—Si fuera yo el que atraca el furgón.

—Yo..., joder, me despelotaría. Me tumbaría en el suelo. Y tú podrías hacer lo que te diera la gana. Haría exactamente lo que me dijeras.

Una risotada. Con un fondo de seriedad.

—Pero es demasiado pronto, tengo que ganarme el respeto, trabajármelo, entrar en el sistema. Después conduciré el furgón blindado.

Leo vació la taza, no recordaba haberlo hecho nunca en casa de Jasper.

—Bien. Primero el décimo. Después planeamos esto. Tú y yo.

Apenas dos horas atrás había estado sentado solo en un cuartito de armas. Ahora tenía conductor. Y alguien que podía entrar pegado a su espalda por la puerta de un banco.

—¿Y los hermanos? ¿Qué dicen de esto?

—No dicen nada. Ellos no participan.

—Entonces..., ¿solo tú y yo?

—No. También hay conductor.

¿Quién?

Lo hablamos más adelante. ¿Solo tres?

Uno más.

Al despedirse lo habían hecho como amigos con un objetivo común. Primero un atraco menor estas Navidades para financiar el año venidero y la planificación de un atraco mucho más grande que iban a cometer para las Navidades siguientes. *Objetivo*: la filial del Banco Central. *Botín*: los entre cuarenta y cincuenta millones de coronas que cada día entraban con las compras navideñas y que luego volvían a salir para llenar los cajeros automáticos. El corazón de la actividad comercial y la circulación sanguínea sufrirían un infarto. Con Jasper dentro, de pronto lo imposible se había vuelto posible. Y si se trataba de esas cantidades, y de un final, a lo mejor incluso podría hacer participar a sus hermanos una última vez.

Dentro de un año.

El mayor atraco de la historia de Suecia. Y después, disgregarse para siempre.

Leo detuvo el coche junto a la puerta de la valla. La última vez había habido montones de hojas en el jardín, ahora ya no quedaba ninguna. El césped helado crepitaba bajo los zapatos y cristales de hielo se le clavaban en las mejillas, revoloteaban a su alrededor y centelleaban al sol de la mañana. Saludó con la cabeza a un hombre que tenía un periódico bajo el brazo mientras se arrodillaba en la nieve junto a la valla; parecía examinarla.

—¿Está mi viejo en casa?

—¿Leo?

El hombre, Steve, se puso de pie y se quitó las gafas.

—Leo, dichosos los ojos. No visitas a tu padre muy a menudo.

Steve era el dueño de la casa, y vivía en el piso un poco más grande de la planta de arriba. Se saludaron y ahora Leo vio lo que Steve había estado mirando. Varios de los tablones puntiagudos de la valla estaban partidos por la

mitad.

—¿Está dentro?

—Eso creo. Su coche está ahí.

El mismo Saab familiar amarillo, ahora en peor estado todavía. En el mismo sitio que la última vez, pero aparcado más torcido que recto. Steve negó con la cabeza, se rascó la nuca.

—Se la ha comido.

Steve miró acusador al coche de Ivan, suspiró, miró luego la valla, suspiró de nuevo y señaló unas claras huellas de neumático en el césped justo delante de los tablones rotos.

—La valla.

—¿Pero está en casa ahora?

—Está ahí dentro pero no me abre cuando llamo a la puerta.

—Entonces me aseguraré de que sabe que ahora soy *yo* el que llama.

Steve no lo estaba escuchando, estaba distraído toqueteando una de las tablas como si fuera un diente suelto.

—Tu padre puede ser... bastante difícil, a veces. Pero así no lo había visto nunca. ¡Encerrarse y quedarse sentado ahí dentro! Y siempre ha pagado el alquiler a tiempo. Ahora, ni eso.

Levantó la tabla un poco más, después un tirón, y la madera se soltó.

—Y encima le he tenido que prestar dinero.

Leo echó un vistazo a la planta baja de la casa, todas las ventanas protegidas de las miradas de fuera, mantas y edredones colgando de las barras de las cortinas. Como en tiempos de guerra, cuando se cegaban las ventanas para prevenir los ataques nocturnos.

—¿Cuándo lo has visto por última vez?

—Ayer, cuando volvió de Systemet de comprar alcohol. Intenté hablar, pero me cerró la puerta en las narices... Es que había conducido ebrio... Intenté hablar con él de verdad.

—¿No ha..., bueno, dicho nada que te resultara... extraño?

—¿Extraño?

—Algo importante que puede estar guardándose dentro. Soléis hablar, ¿no?

Steve se encogió de hombros.

—No. Nada. No ha dicho una mierda. O, bueno, lo único que me ha dicho es que por él podía..., y cito textualmente, *ir a follarme un cactus*, y que si no lo hacía, y vuelvo a citar, *me metería un serrucho por el ojete*. Tengo una llave de reserva pero no me atrevo a entrar. Entiéndeme, Ivan me cae bien, puede ser difícil a veces y tiene un genio de narices, pero normalmente es listo y tiene sentido del humor y... Leo, ahora mismo..., no lo reconozco, si te soy sincero, la verdad es que estoy preocupado y un poco asustado. Está muy hostil, hasta ahora nunca lo había sido, al menos conmigo. No entiendo qué ha pasado.

Leo asintió en silencio.

Su padre había resuelto su problema como acostumbraba a hacer siempre. Se había emborrachado y peleado pero no había dicho ni una palabra. Y el atisbo de intranquilidad que lo había invadido volvió a desvanecerse.

—Yo me encargo. ¿Cuánto te debe?

Todo el cuerpo de Steve se relajó una pizca por primera vez.

—El alquiler. Más la deuda. En total, ocho mil.

La cartera en el bolsillo de atrás; Leo la sacó y contó seis mil coronas en billetes de quinientas.

—Te daré dos mil más esta semana. Y yo me ocupo de la valla. ¿De acuerdo?

Steve estaba a punto de coger el dinero cuando Leo lo retiró.

—Y quiero la llave de reserva, también.

Leo metió la llave en la cerradura y la giró. Oscuro. Y después el hedor de un encerramiento prolongado que en algún lugar cobijaba también el olor de su padre. Encendió la luz. En el suelo se encontró una pila de periódicos recortados. En la mesa se amontonaban cupones de la keno arrugados entre envases de comida abiertos y cebolla cruda, que siempre se apoderaba de una habitación tras pelarla, y unas tijeras y papel de periódico recortado y un tubo de pegamento y una buena cantidad de botellas de vino, todas vacías. Y allí, en el sofá, algo oscuro en la oscuridad: un archivador grueso de color negro que se hundía en el cuero negro raído. Lo hojeó, tomó asiento. Página tras página, recorte a recorte: artículos sobre la Banda de los Militares. Fotos de cristales rotos y su propia cara encapuchada y ocho orificios de bala en la ventanilla de una caja.

Un maldito archivador de recortes.

Su padre había tenido realmente sus fundamentos. No había lanzado una apuesta, lo había sabido. Un padre que había recopilado lo que se había escrito sobre sus hijos para poderlo volver a leer. Como si estuviera... orgulloso.

No tenía claro si su padre lo había estado alguna vez antes. Y Leo sintió un malestar que le recorría hasta el estómago. Cerró el archivador de golpe y continuó hacia una de las dos puertas cerradas que vio.

Ivan Dûvnjac yacía inmóvil en la oscuridad. Leo se abalanzó sobre el borde de la cama, acercó un dedo a la boca hasta que percibió algo que podía ser aliento y lo retiró, puso luego toda la mano, tapando tanto la nariz como la boca. El discreto carraspeo salió de la garganta y enseguida se convirtió en un airado ronquido. Su padre soltó un gruñido y agitó el brazo como un mazo desorientado.

—Papá.

Leo lo cogió del hombro, lo sacudió levemente.

—¡Papá!

El gran cuerpo giró lentamente sin abrir los ojos.

—¡Mírame! ¡Viejo!

Ivan abrió los ojos, al menos por la mitad.

—¿Leo...?

Agarró con firmeza el brazo extendido de Leo y se incorporó trabajosamente hasta que unos pies desnudos tocaron el suelo.

—¿Cómo coño... has entrado?

—¿Qué estás haciendo, viejo? Te peleas con tu casero, conduces borracho y te empotras en su valla, lo mandas a la mierda, lo amenazas. ¿Y si hubiera llamado a la policía? ¿Y si lo hubiese hecho y la poli hubiese entrado? ¡Aquí dentro! Tú aquí tirado como una morsa noqueada mientras Steve les pasa la llave de reserva y ellos entran y echan un vistazo en una pocilga y encuentran... esto.

Tiró el archivador negro al regazo de Ivan.

—No hay muchos pasos entre tú y yo, ¿no te parece? Si encontraran esto, ¿no te das cuenta?... *Aquí*, ¡en casa de un padre de tres hijos! *Les echaremos un vistazo.*

Ivan miró el archivador de recortes y no lo tiró, movimientos delicados al moverlo a la cama.

—¡Entregarías a tus propios hijos! ¡Tu puto alcoholismo y tus putas salidas de tono se lo cargarían todo, otra vez!

Tiró abajo las dos mantas y descorrió las cortinas. Más luz. Ivan se agazapó, como si intentara escapar.

—Mírame, viejo. Y escucha. Porque he venido para hacerte... una oferta de trabajo.

—Ya tengo trabajo.

—Y una mierda. Acabo de pagarle seis mil pavos a Steve ahí fuera. Y me ha dicho que aún le debes más.

Esperó unos segundos mientras los ojos cansados terminaban de parpadear y de asimilar la luz del día.

—Una oferta de trabajo. Puesto que me falta un hombre.

Ivan todavía entornaba los ojos cuando se levantó trabajosamente y salió de la habitación sin decir nada.

—O sea que eres un cobarde. No aguantas.

Leo lo siguió de cerca.

—Tienes que meterte una garrafa de vino para atreverte a ir a casa de los abuelos y lanzar un cóctel molotov.

—Sí. Puede que lo sea. Pero no soy un chivato.

—¡Yo no te delaté!

—Tú...

—*Tenía diez años.* Y ese rollo... ya no funciona. Así que déjalo.

Las montañas de periódicos en el suelo. Los restos de comida en la mesa. La imagen de un padre.

Ivan se pasó una mano por el pelo recién despertado al mirar a su hijo.

—Si continúas, Leo, te darán caza como a un animal. ¡No te dejarán seguir con esto el resto de tu vida! Hay polis que se quedan sentados en el coche, pero luego están los otros, que tienen las mismas armas que tú. Están esperando a que metas la pata y entonces... te pegarán un tiro. No puedes vencerlos, no *puedes*.

—Voy a hacerlo. Contigo o sin ti.

Su padre se había sentado en el raído sofá. Casi parecía pequeño.

—¿Me necesitáis?

—¿Estás dentro?

—¿Me necesitáis o no?

—Te necesitamos.

Te necesitamos. Leo lo había dicho. Sus tres hijos lo necesitaban.

—Estoy dentro.

Leo asintió con la cabeza, luego tiró al suelo la gruesa manta que colgaba delante de la ventana de la cocina, el polvo se arremolinó en la intensa luz.

—Ni una sola gota a partir de este momento.

No lograba recordar cuándo fue la última vez que envolvió un paquete. O si lo había hecho alguna vez. Siempre había sido ella la que se encargaba de envolver los regalos de Navidad, de noche, mientras tres hijos expectantes dormían.

Ivan levantó el paquete de gran envergadura, lo pesó en la mano. Papel rojo brillante, después la cinta dorada. Las tijeras en el centro de la mesa y deslizó el afilado filo por una superficie lisa de plástico, así era como lo hacía Britt-Marie, y luego la cinta se había encrespado hasta formar pequeños rizados que ella luego metía por debajo de la cinta cruzada y siempre igual de perfectamente tensa hasta que todo había adoptado el aspecto de un rododendro que acababa de florecer. El resultado actual quedaba lejos de aquello. Por mucho que lo intentara con las tijeras y que tratara de darle volumen lo único que conseguía era crear una suerte de arbusto puntiagudo y enmarañado que se enganchara en todas partes.

La etiqueta debía estar en la cara superior y en el centro, cerca del arbusto dorado. La pegó y primero usó un bolígrafo azul cuya tinta no cogía; cambió a uno negro, ese se veía más.

Feliz Navidad te desea Ivan

Llevó el paquete de la mesa de la cocina al estrecho recibidor, donde lo dejó junto a los demás, delante de la puerta.

Un regalo de Navidad vacío entre otros regalos de Navidad vacíos.

Enseguida volvería para envolver un nuevo regalo pero se demoró un momento. Estaba temblando otra vez. Buscaba su paso por la piel seca. Y tenía que quedarse quieto hasta que el temblor bajara un poco, no debían verlo.

Esta noche sería peor. Y peor aún mañana. Eliminar el alcohol del cuerpo

era obligar a marcharse a otra persona que se había metido dentro y que vivía allí, que se había instalado y que no quería volver a mudarse bajo ninguna condición.

Por la mañana había temblado menos. De pie en el cuarto de baño se había pasado una mano por la cara recién afeitada. Sus ojos parecían tan acuosos y pequeños, como si se estuvieran escondiendo y no quisieran ver el pelo crespo y cano en los laterales, y la nariz, más grande ahora que cuando llegó a Suecia.

Punzadas más abajo en el cuerpo. Todo el rato. Punzadas malévolas en el estómago y en el costado donde suponía que estaba el hígado y más atrás, donde debían de estar los riñones. Había bebido vino tinto cada día y cada noche, ni la menor idea desde hacía cuánto, pero sabía que pasarían por lo menos tres días antes de que los nervios volvieran a disponer de aquello que recordaba a su tono original. Podía vivir con las malditas punzadas. Pero atracar un banco mientras el veneno salía del cuerpo y con los nervios intentando escurrírsele a través de la piel, eso sí que lo tenía intranquilo.

Había una manera. Beber. Cantidades moderadas, solo el alcohol necesario para que ese cabrón que se había afincado ahí dentro cediera a mudarse un poco más despacio y sin armar tanto barullo. Allanar la angustia. Un vaso de vino cada dos horas. Nadie notaría nada.

Pero le había prometido a su hijo mayor que no probaría ni una gota. Por eso había dejado la maquinilla de afeitar y el cuarto de baño sin pasar por delante de la botella medio llena que seguía sobre la tabla de cortar. Había ido directo al dormitorio con las punzadas en el costado hasta una maleta de viaje marrón de cuero ajado y correas ajadas, había metido un par de vaqueros, dos pares de calzoncillos nuevos, dos pares de calcetines, dos camisas y el traje elegante de color gris claro. No había tenido la menor idea entonces de si podría quedarse aquí, en la casa de Leo. A lo mejor celebrarían juntos la Navidad. Ivan, Leo, Félix, Vincent. Primero atracar un banco juntos. Y después celebrar la Navidad.

Se miró las manos, las comprobó, habían dejado de temblar. Recolocó el paquete vacío que había encima de los demás y volvió a meterse en la cocina, a la mesa con papel de regalo y cinta y celo y etiquetas navideñas.

—¿Y este qué, viejo, sabes para quién es? —preguntó Leo, sentado enfrente de Anneli. Sendos paquetes preparados delante.

—F-E-L-I-Z N-A-V-I-D-A-D P-A-P-Á...

Mientras escribía deletreaba en voz alta.

—... D-E T-U H-I-J-O L-E-O.

Un paquete vacío bastante más pequeño que el que él había sacado al recibidor y Leo lo dejó caer en el saco marrón de yute, entre el resto de paquetes pequeños.

—Una familia feliz, papá —dijo Leo—. Haciendo lo que hacen las familias felices, envolver regalos y celebrar la Navidad con los familiares. Eso no te lo habías imaginado nunca, ¿verdad?

Las manos en la mesa temblaban, pero nadie lo notó. Cogió el vaso con agua fresca que había a su lado y bebió sin derramar ni una gota. Había dos sillas vacías en torno a la mesa. Todavía no habían llegado.

Había dejado su planta baja en Ösmo por esta casa en Tumba, había llamado a la puerta en la que colgaban cascabeles que sonaban delicados y bonitos al vibrar. Leo había abierto e Ivan había dejado la maleta de cuero en el recibidor y se había descolgado el abrigo negro. Había notado la mano de Leo en el hombro, una especie de bienvenida, y por un instante se había preguntado si debía darle un abrazo, pero enseguida había cambiado de idea. Una mujer se le había acercado tarareando la canción de Navidad que estaba sonando por los altavoces de la pared. Él ni siquiera sabía que su hijo mayor estaba viviendo con alguien. Había alargado la mano para saludar a esta tal Anneli que le había dado la bienvenida y luego le había acompañado en una visita por una casa repleta de decoración navideña. Hasta que no le había enseñado el cuarto de invitados no había entendido que ella también estaba implicada. Leo se había quedado de pie junto al sofá-cama esperándolos y juntos le habían revelado el cuartito del subsuelo. Había bajado por la escalera hasta las armas desaparecidas que hasta la fecha solo había visto en televisión. Pero en verdad no habían sido estas lo que más le había impresionado, sino la ingeniosa construcción, y se había quedado allí abajo haciéndole preguntas como un constructor a otro. Y por un instante se había sentido en paz. Padre e hijo. Y había querido preguntarle en ese mismo momento: ¿cuándo vienen Félix y Vincent?

Cuando empezaron a envolver, fuera estaba todo oscuro pero se veían los destellos de los últimos vehículos de la hora punta. Ahora hacía rato que

habían desaparecido, algún coche de vez en cuando que rompía el silencio por un segundo.

Se ayudaron a recoger cartones y papel mientras Leo bajaba la persiana y desplegaba un mapa tan grande que pendía por los bordes igual que un mantel. Ivan intentó interpretarlo, leer dónde darían el golpe al día siguiente: un lugar en el centro llamado Heby y otro un poco a la izquierda que se llamaba Sala. Pueblos pequeños de los que había oído hablar pero que no había visitado nunca. Por decir algo, a cien o ciento veinte kilómetros al noroeste de Estocolmo.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

Ivan fue de pronto consciente de lo tenso que estaba, de cómo tomó aire y lo retuvo en los pulmones y cómo el corazón comenzaba a desbocarse, como si después de todos esos años se estuviera arrepintiendo y ya no quisiera verlos.

Se quedó sentado balanceando la silla mientras Leo fue a recibirlos a la entrada. Pudo oír la manilla al bajar, seguido de los delicados tonos de los cascabeles, igual que cuando él había llegado, un par de horas antes. Después alguien que se reía, y manos dando palmadas en la espalda.

Se están abrazando. Mis hijos.

Y Dios sabe cuánto necesito una copa.

Una voz como la que podía tener un veinteañero, pero un poco más aguda de lo que se había imaginado, ni él ni Leo hablaban así. Ivan agudizó el oído. ¿Era Félix? O Vincent, él también sería ya bastante mayor.

Salió al pasillo. Félix no podía tener ese aspecto. Sería más moreno, se parecería más a su padre, este chico no tenía nada de él en su interior. Ni Vincent. Ivan pensó que le sonaba, pero solo vagamente.

—Hola..., soy Jasper.

Ni siquiera las manos eran las adecuadas. Sus chicos las tenían más rudas, esta mano tenía los dedos finos y quedó envuelta en la suya.

—Ivan.

—Lo sé. Me crie en Skogås yo también, estuve unas cuantas veces en vuestra casa, ¿te acuerdas?

Ivan negó con la cabeza.

—Yo sí que me acuerdo de ti... Joder, le cortaste el pelo al tipo aquel en la pizzería, y después les diste de hostias, uno tras otro.

El que tenía una mano que no pertenecía a ninguno de sus hijos entró en la cocina, era obvio que ya había estado antes allí y que se conocía la casa y su voz sonó alegre cuando saludó de nuevo, *hola Anneli, mira quién viene por aquí*. Y ella se rio, pero no de verdad, se notaba, se rio porque pensaba que debía hacerlo.

Ivan se quedó en el pasillo, no quería irse de allí, aún no. A lo mejor entraban más. Un último vistazo por un hueco de la puerta que se fue reduciendo a medida que Leo la cerraba, hasta que al final se descubrió mirando por la ventanita estrecha.

No. No venía nadie más.

—¿Ese también participa?

—Lleva participando desde el principio.

El mapa seguía en la mesa. Leo sacó dos monedas de diez coronas del bolsillo y las situó sobre la zona denominada Heby.

—El banco está... aquí. Y aquí, a pocos kilómetros..., la comisaría de policía, dotada con un máximo de uno o dos polis la mitad de la semana. La víspera de Navidad... a esta hora ya estarán de camino a casa.

Leo repicó con una de las monedas sobre el mapa y la mesa.

—¿Papá? ¿Me sigues? Tú estás aquí, delante del banco, bien visible. A todo aquel que se acerque tiene que quedarle claro que vamos armados.

La moneda dorada de diez que representaba la comisaría fue empujada por un dedo índice hacia el banco.

—Es decir, la pasma no estará allí. Pero si a pesar de ello les da por presentarse, es tu trabajo, papá, hacerles cambiar de idea. Un disparo al aire. Si no es suficiente, un disparo por encima de sus cabezas. Si eso no es suficiente, tantos disparos como te parezca necesario al motor del coche. Y si aun así no se enteran, tienes que protegerte a ti y a Anneli, que estará en el coche de huida. ¡Papá, mírame! Si tienes que disparar, apunta al cuerpo.

A las dos monedas de diez les hizo ahora compañía una moneda plateada y más grande de cinco coronas cuando Leo la puso en el mapa, unos cuantos kilómetros más al norte, junto a una carretera que atravesaba una de las áreas verdes que eran bosque.

—Abandonamos el banco y vamos en el primer coche de huida hasta aquí.

Ivan miraba el mapa y las manos de Leo que señalaban y disponían

monedas. Pero no oía nada. Dos sillas vacías. No habían venido.

—¿Me estás escuchando, papá? Disfrazaremos el coche y nos desplazaremos a través del bosque... aquí. Doscientos metros... hasta aquí, a una plaza de aparcamiento, y allí estará el segundo vehículo lleno de regalos y comida de Navidad. De coche robado a coche alquilado. Y antes de subirnos nos cambiaremos a ropa de fiesta navideña, la familia feliz que vuelve a casa para celebrar la Navidad.

—¿Solo somos nosotros? ¿Nosotros... cuatro?

—Solo es *un* banco. No necesitamos ser más.

—¿Félix? ¿Y Vincent? ¿Ellos dónde están?

Saltó varias veces con la mirada de unas sillas vacías a Leo, que permanecía callado, al cabo de un rato probó incluso con ese que se hacía llamar Jasper y la que se llamaba Anneli. Ninguno respondió.

—Mírame, viejo.

El arma había estado guardada en una bolsa en el suelo, envuelta en una toalla. No del mismo tipo que las de cuando él hizo el servicio militar, treinta años atrás, pero mismo principio, eso lo vio en cuanto Leo comenzó a desmontarla en cuatro piezas.

—Una culata. Un guardamanos. Y aquí..., papá, el mecanismo, y *dentro* del mecanismo..., aquí, el cerrojo. Lo giras un cuarto de vuelta y tiras hacia fuera. Ahora te toca a ti. Monta el trasto. Y repasaremos cómo lo tienes que usar.

Cuatro piezas delante de él sobre la mesa. No quería tocarlas, no quería montarlas, si lo hacía se convertiría en un arma operativa que mataba. Había comprendido a qué se estaban dedicando sus hijos, pero no lo había asimilado del todo. Era él quien le hacía daño a la gente.

—¿Papá? Tienes que sabértelo, por dentro y por fuera. Igual que cuando me enseñaste a pegar con todo el cuerpo, ¿te acuerdas?

Las manos se aferraban a la tela de los vaqueros, si soltaba verían que no estaban quietas. Estudió las piezas, al cabo de un rato levantó el cerrojo y lo metió en el mecanismo, lo giró pero no consiguió que diera el debido chasquido. Notaba la presencia de todos observando alrededor de la mesa. Volvió a meterlo, giró, buscó la postura para poder forzar las piezas y de repente sintió la duda, no la de ellos, sino la que surgía de dentro y le exigía

que soltara las piezas del arma y les explicara que era una locura.

—Papá..., una pieza detrás de la otra —dijo Leo, poniendo una mano sobre la suya. No se habían tocado de aquella manera desde... había olvidado cuándo.

Ivan lo giró. Una vez. Dos veces. Tres... ¡el chasquido! Le temblaban las manos, no cabía duda, pero lo disimulaba bien.

—Bien. Y ahora el resto.

El mecanismo. El guardamanos. La culata. Una pieza seguida de otra hasta que el arma estuvo montada.

—Estate atento, papá. Es importante, mañana tienes que saber hacerlo. No quiero verte soltar un disparo accidental y que le des a alguien por error.

Leo le quitó el arma de las manos a Ivan.

—Esto es el seguro, y la palanca *siempre* tiene que estar en S. Hasta que aparezca la poli, entonces cambias a fuego de precisión. O sea, P. No A, eso es automático, veinte disparos en dos segundos y no tienes ni idea de adónde van a parar.

Hasta el momento Jasper se había mantenido un poco apartado, vigilante. Ahora dio un paso al frente, le quitó el arma de las manos a Leo, se agachó en postura de disparo entre la mesa de la cocina y los fogones y apuntó a las persianas bajadas.

—¿Ves, Ivan? Mírame. Apuntas y expulsas el aire cuando abras fuego, y luego acuérdate de apretar *todo* el cuerpo contra la culata para contrarrestar el retroceso. No queremos que te duela el hombro, ¿verdad?

Jasper puso el seguro y ladeó un poco la cabeza.

—¿Puedes hacer lo que yo he hecho? Enséñame.

Un arma automática cruzada en el regazo de Ivan como un remo. Porque un mocosito que estaba ahí en lugar de sus hijos se lo había puesto allí. Y ahora el mocosito intentaba darle órdenes, quería que se pusiera de pie como un payaso y que apuntara.

—¿Cómo has dicho... que te llamabas?

—Jasper. Y he...

—¿Tú estabas en la pizzería cuando le pateé el culo a *otro* guarro que hablaba demasiado?

—Sí, lo vi todo por la ventana cuando tú...

—¿Uno que se pensaba que podía explicarme cómo debía comportarme?

Leo había previsto lo que pasaría cuando Jasper empezó a hacer la demostración. Pero no estaba tan seguro de que Ivan hubiese comprendido del todo la gravedad, la magnitud de lo que iba a llevar a cabo al día siguiente.

—¿Papá?

—Sí.

—Ponte el abrigo. Quiero que vengas conmigo.

—¿Qué vamos a hacer?

—Robar un coche.

Ivan volvía a estar en el recibidor, junto a los paquetes. Y no sabía decir qué era lo que más lo irritaba. Si los nervios que lo sacudían por dentro o la musiquita de Navidad que no callaba nunca.

Había esperado en torno a un minuto, con el abrigo sin forro puesto y los zapatos un poco demasiado delgados, cuando ella lo llamó con la mano.

—¿Podrías subir un momento? —dijo Anneli.

Estaba en el último peldaño de la escalera del salón, junto al árbol de Navidad, una tira de luces en las manos, el cable verde meticulosamente enredado sobre y alrededor de las ramas a medida que ella iba fijando una lucecita tras otra.

—Llevo los zapatos puestos.

—No pasa nada.

Ivan hizo lo que ella le ordenaba y pronto estaba a su lado mientras Anneli miraba y valoraba. No debían de estar viendo la misma cosa. Hila parecía satisfecha, volvía a tararear, cambió algunas bolas plateadas de sitio, id no veía más que un pobre árbol que había sido sustraído de su emplazamiento natural en el bosque para ponerlo sobre un pie de madera y luego verse recargado de colgantes.

—Estos... son de verdad —dijo Anneli, recogiendo un par de paquetes que se apretujaban debajo de las ramas inferiores.

—La mayoría son para Sebastian. Es mi hijo. Vendrá en Nochebuena. La celebrará con nosotros.

La estrella estaba en el alféizar de la ventana. Se la pasó.

—Yo no llego. ¿Podrías tú?

La música de Navidad le asfixiaba. Cogió la estrella y enrolló la cola de

alambre a la punta del abeto.

—Perfecto. ¡Genial!

Se la veía tan contenta de que el árbol estuviera listo; para él simplemente parecía todavía más recargado.

—Gracias, Ivan. ¿Me ayudas también con esos de allí? —preguntó señalando a los sacos con paquetes de regalo vacíos.

Cargando los sacos ligeros de yute, uno en cada mano, llegaron hasta el coche de alquiler. Anneli abrió el maletero.

—La mitad tiene que estar aquí, lo primero que se verá si mañana lo abren. Serán más o menos las tres de la tarde, a esa hora aún hay un poco de luz y si los ponemos aquí atrás y en el asiento trasero y en la bandeja, estarán a la vista. Ha sido idea mía.

Se la veía tan orgullosa como junto al árbol de Navidad. Hacía frío e Ivan tiritó mientras ella no lograba decidirse si junto al paquete de papel dorado debía ir el de azul o el de verde. Los cambió del asiento a la bandeja y de la bandeja al maletero.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Ivan.

—Tiene que quedar bonito.

—Está bonito.

Leo pasó por detrás de ellos, una bolsa al hombro.

—Vamos a coger tu coche, papá, y nos desharemos de él cuando tengamos otro.

Ivan siguió a Leo hacia la verja y el coche que estaba aparcado delante, medio lleno de herramientas y brochas.

—Ese... tal Jasper —comenzó Ivan.

—¿Sí?

—¿Quién coño es?

—Uno de mis amigos más antiguos. ¿No lo reconoces?

Ivan encontró las llaves del coche en el bolsillo interior del abrigo.

—¿Confías en él?

—¿Perdón?

—Que si confías en ese que juega a ser un boina verde.

Ivan abrió el coche y se sentaron en sus asientos, la llave en el tambor de arranque.

—Mira... Jasper es una de esas personas que nunca titubean —contestó Leo—. Hace lo que le digo que haga. Si mañana pasa algo con lo que no contábamos, si nos paran, si se nos acercan..., él no se echará atrás.

Anneli había seguido las espaldas de Leo e Ivan desde la ventana de la cocina y había esperado que Leo se volviera, que sus miradas se cruzaran de aquella manera que se había vuelto una parte de ella, pero no lo había hecho: siempre se refugiaba en sí mismo en los días previos a un atraco, un mundo que no compartía con nadie. También había visto algo más: a un padre y su hijo. Nunca los había visto juntos y ahora iban codo con codo, una suerte de proximidad irrefutable de la que ni ellos mismos parecían ser conscientes.

El salón estaba demasiado oscuro. Anneli metió la clavija en la toma de corriente y la tira de luces se encendió. Se sentó de rodillas junto al árbol y recolocó un poco dos de los regalos bajo la rama más ancha. Se preguntó si Sebastian se pondría contento: su cara siempre estaba tan concentrada al desenvolver, llena de expectación. Hacía mucho tiempo que no celebraban la Navidad juntos, pero este año le daría tiempo a pasar a recogerlo una vez hubieran escondido el vehículo de huida y el dinero y destruido las armas, incluso le daría tiempo a asar el jamón y preparar los arenques, que debían marinar en una capa de zumo de lima y cilantro y azúcar y perejil y vinagre y pasar una noche en la nevera. Iban a tener una Navidad de las de verdad, como una familia, solo Leo y Sebastian y ella.

Le había comprado una bocina para la bici y un casco de *hockey* sobre hielo, con llamaradas, exactamente como él lo había pedido. Empezó a envolverlos en la mesita de centro.

—¿Y tú qué quieres para Navidad?

Jasper. No lo había oído. Le gustaba andar de puntillas.

—¿Por qué lo dices?

—Estaba pensando..., me da tiempo a pasarme por Åhléns a mirar algo de ropa. Por estas fechas abren hasta las nueve, ¿no? Porque no voy a plantarme aquí sin un regalo para ti.

—¿Qué has dicho?

—Que si voy a estar aquí, tengo que...

—No vas a estar aquí. Vamos a robar un banco juntos. Después nosotros celebraremos nuestra propia Navidad.

—Leo me ha preguntado y le he dicho que sí. Así que estaremos todos. La familia crece.

Se sentó en el sillón que Félix acostumbraba a usar y se meció un poco en él, igual que solía hacer Félix.

—No. No. Tú no vas a estar.

—He estado pensando..., esto es como un nuevo comienzo. ¿Verdad?

—¡No me estás escuchando! *Tú no vas a estar.*

—Y me parece, si estoy en lo correcto, que podremos echarle el guante a algunos millones. Y después..., simplemente, seguiremos.

Ella no respondió.

—Eh, Anneli, ¿qué me dices?

Ella no lo miró, le puso el celo al paquete y no le quedó del todo recto.

—¿Que qué digo? Que no has entendido ni jota. Que no vas a celebrar la Navidad con nosotros porque no eres de nuestra familia. Que tú..., ¡que no has entendido que no eres más que un soldadito de mierda! Un perro que va a buscar el palo cuando su amo se lo manda.

Arrancó el papel, empezó de cero.

—¡A ver si te enteras de que no eres ningún hermano! ¡Estás sentado en el sitio de Félix pero no *eres* ningún hermano de verdad!

Ella miró desafiante a alguien que sabía que estaba dispuesto a hacer daño para conseguir lo que quería. Pero él simplemente empezó a mecarse otra vez.

—Oye..., conozco a Leo desde hace infinitamente más tiempo que tú. ¡Él nunca ha dejado, ni dejará, que alguien como tú se entrometa! Leo tiene a sus hermanos. Eso lo sabes. Y sobradamente bien.

Se puso una mano en el pecho, cerró el puño, se golpeó unas cuantas veces.

—Leo tiene a sus hermanos.

Después se puso de pie, se dirigió a la escalera, pero se detuvo a medio camino.

—Soy un soldado. Un soldado de puta madre. Y un buen soldado sabe exactamente lo que tiene que hacer, así que sé exactamente qué coño tengo que hacer mañana. ¿Lo sabes tú?

Y luego hizo el saludo militar.

—No soy yo el eslabón débil. Tú vas a conducir el vehículo de huida, ¿y cuántos bancos has robado tú? ¿Qué si nos para la poli y eres tú la que baja la ventanilla? ¿Si eres tú la que tiene que decir *oh, señor agente, un control de alcoholemia?* Si eres tú... Joder.

Y continuó hasta las escaleras y bajó al cuartito de armas, su responsabilidad.

Jasper limpió un cartucho, lo metió en el cargador, después el siguiente y el siguiente hasta que el cargador estuvo lleno y pudo limpiar también este y dejarlo con los demás. Una montaña de dieciséis cargadores limpios de huellas dactilares, él que solía llevar ocho, Leo que quería seis e Ivan que esta vez contaría con dos.

Estar sentado aquí abajo pensando en el próximo robo —el grande, cincuenta millones— le tranquilizaba un poco, pero la irritación que correteaba entre sus pies y le gritaba no cedía. *Un soldadito de mierda.* ¡Anneli no tenía ni zorra de lo que estaban planeando para dentro de un año! ¡Ni zorra! *Un hermano de verdad.* Ella era como una bomba de relojería, él lo notaba y quería gritárselo a Leo. Quería advertírselo pero no podía, sonaría muy mal. Preferiría ponerle a ella un cañón en la frente y dejarle claro que si en algún momento consideraba siquiera la posibilidad de hacerlo, cantar, ya podía ir desapareciendo del mapa. Sin embargo, no cometería el mismo error otra vez, como con Vincent. No se le puede enseñar a alguien que no quiere aprender. Pero él había tenido razón. Porque ahora era él quien estaba en el cuartito de armas limpiando huellas, no Vincent. Con el tiempo seguro que se demostraría que también estaba en lo cierto con Anneli.

Miró el reloj. No deberían tardar en dar señales.

Fila tras fila de armas automáticas. Y algo más, en una caja verde grisácea de madera del estante superior, que no se había utilizado nunca. Abrió la tapa. Granadas de mano. También les habían echado el guante en la maniobra final. Y mañana se llevaría tres. Solo como medida de seguridad. Sin decirle nada a Leo.

Leo e Ivan avanzaban en silencio a través de la oscuridad del invierno en

un Ford Scorpio recién conseguido, robado de un aparcamiento desierto en Södertälje. Pasaron Strängnäs y tomaron el desvío a la carretera 55.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó Leo mirando de reojo a su padre.

—¿Cómo que si puedo?

—No beber.

Quería ver la fuerza ilimitada con la que se había criado. A esta persona no la entendía igual de bien. Su padre ya no era tan transparente. Tenía que cerciorarse de que el hombre que le había enseñado a golpear con todo el cuerpo seguía allí presente.

—Si llega la poli tú eres el primero con el que se van a encontrar. ¿Podrás hacerlo?

—Dispararé, si es necesario.

—¿Apuntar y disparar?

—¡Ya sé cómo funciona un fusil de combate!

De nuevo guardaron silencio al atravesar el paisaje de la Suecia original, runas y tumbas de la edad de bronce en cada cruce. Pasaron el desvío a Arnö, la isla en la que habían alquilado una cabaña de verano cuando todavía eran una familia, por el puente de Hjulstabron y luego las rotondas que separaban Enköping de la E18 y los últimos kilómetros por la carretera 70. Su padre había alzado la voz y eso era bueno: pero no bastaba como respuesta, tenía que llevarlo más lejos.

—¿No hace falta que esconda el alcohol esta noche?

Ivan cerró los puños, Leo se dio cuenta. Los cerró y los dejó descansando en las rodillas.

—Maldita sea, Leo... ¿estás ahí sentado intentando darme órdenes? ¿Eso es lo que te crees que estás haciendo? ¿Cómo un auténtico *líder*?

—No estás contestando. La botella, viejo. ¡La botella! Tengo que saberlo. ¿Vas a cargarte todo esto por un trago?

—Y si eres un *auténtico* líder, ¿dónde coño están tus hermanos?

Era esa clase de agresividad la que quería ver, confirmar que le salía por instinto. Y que su padre podía controlarla, que había aprendido a hacerlo, a dirigirla.

—¿Es por eso por lo que estás aquí? Te creías que íbamos a hacer esto como una jodida gran familia... Cojones, ¿es que no te enteras? Si hubiese

tenido a Félix y a Vincent no se me habría ocurrido nunca preguntarle a alguien como tú, viejo.

Los ojos que hacía un instante se habían ocultado tras pensamientos oscuros eran igual de claros que negros: aquello que en cualquier momento podía convertirse en golpes. Y las manos de Ivan no temblaban ni pizca.

—Entonces, ¿por qué no están aquí? ¿Con el líder?

—No quisieron. Así de sencillo, papá.

—¿Os habéis peleado? ¿Mis hijos? Os he enseñado a manteneros unidos.

Aún lo conservaba. Y había podido dominarlo. Y si podía dominarse a sí mismo, Leo podía controlarlo a él.

—No. Simplemente, no quisieron. Y cuando alguien no quiere no se le obliga. Lo aprendí una vez, que eso nunca sale bien. Y yo tampoco te obligo. Si no te ves con fuerzas, viejo, dilo ahora.

Último desvío. Una carretera que se estrechaba, curvas que limitaban la vista. Los campos de cultivo se sucedían en la oscuridad sin contornos delante del parabrisas.

—Leo, ¿de verdad piensas hacerlo?

Y allí delante, las primeras luces de las casas bajas y los bloques sueltos de alquiler que en conjunto conformaban la pequeña comunidad de Heby.

—Me refiero... ¿con ellos? ¿El aprendiz de soldado? ¿Un payaso que se piensa que vamos a invadir Rusia? ¿Y la que coloca los paquetes de regalo falsos para que queden bonitos? ¿Sabe siquiera llevar un coche? Oye, Leo, ¿has pensado bien todo esto?

—Lo he pensado todo. Solo hay un problema. Y eres tú. Tú eres el riesgo.

—¡Esto es una locura, Leo!

—Nueve atracos a bancos. Sé muy bien lo que me hago.

Ivan lo vio claro en ese momento. Siempre había sido él el que estaba al frente. Pero en este maldito coche que ni siquiera era de ellos, en el frío gélido que se colaba por la ventanilla bajada, era su hijo mayor.

Un pueblo más pequeño que donde vivía él. Y a estas horas totalmente apagado, a excepción del quiosco de la plaza de autobuses, el restaurante combinado de *pizzas* y kebabs que había enfrente y el videoclub. Y allí, el edificio alargado con luces y fachada pulida que habían encajado entre una tienda de videojuegos y el servicio público de odontología.

—El banco. Allí es donde estarás mañana, junto a los listones de madera que marcan la entrada —dijo Leo señalando.

Pasaron rodando lentamente por delante.

—¿O te parece que es... una *locura*?

Y luego el pueblo se acabó. En realidad era una sola calle y después la bonita iglesia blanca en la colina. Y luego la carretera otra vez.

Unos kilómetros al norte, condujeron a través de un bosque espeso, después una curva cerrada, luego algún kilómetro al oeste. Un poco más adelante, en el lado derecho, había una valla con hileras dobles de buzones. El punto de encuentro en la zona de cabañas de veraneo. Leo frenó y cambió el camino asfaltado por uno de tierra, pasó junto a dos graneros grandes y un tractor. Después llegó donde debían parar al día siguiente, una plaza de aparcamiento natural entre troncos jóvenes. Bajó del coche, se adentró en el bosque y volvió con una gavilla atada y preparada de ramitas bajo el brazo. Rápidamente cubrieron el coche, después comenzaron a andar por el sombrío bosque.

—Iremos por el mismo camino que mañana. Dentro de doscientos metros habremos llegado al siguiente coche.

La única luz llegaba de allí arriba entre las ramas, puntitos blancos que eran estrellas rodeadas por una media luna ardiente. Leo intentó mirar a su padre pero solo oyó la respiración pesada de un cuerpo desentrenado que se iba agachando para esquivar ramas tercas.

—¿Viejo? Dilo ya de una vez, suéltalo.

—¿El qué?

Se detuvieron engullidos por la oscuridad a un brazo de distancia.

—Para que pueda replantearlo. Dilo ya. Aquí. Entre nosotros. Di que no vas a participar. Lo acepto, pero quiero saberlo ahora, no mañana en el desayuno.

Antes de que Ivan pudiera contestar oyeron neumáticos que se acercaban por la gravilla. Faros cortando el espacio entre los troncos. El mismo coche que había estado aparcado en la puerta de una casa en Tumba, cargado de paquetes vacíos envueltos en papel alegre y Jasper detrás del volante.

Leo comenzó a andar hacia él.

—¿Leo?

Estaba apartando unas ramas frondosas cuando Ivan lo agarró.

—Leo, mírame.

Una pesada rama de agujas de abeto entre sus caras.

—*Eh*, mírame.

Ivan la empujó hacia abajo, la partió.

—Soy tu padre. Puedo hacerlo.

Un toquecito en la puerta apenas se puede oír. Pero a veces logra abrirse camino por una casa.

Anneli estaba junto a la encimera de la cocina cortando rebanadas gruesas de pan blando que se convertirían en sándwiches e Ivan estaba a su lado cortando taquitos de pepino y tomate para una ensalada, un plato de medianoche, energía para atracadores de bancos. Jasper estaba sentado en el cuartito de armas con la trampilla abierta engrasando las herramientas para la jornada de trabajo y Leo estaba recostado en uno de los sillones del salón con un mapa preparado sobre la mesa, caminos alternativos de huida.

Todos dieron un respingo, dejaron de moverse, se prepararon. Ningún capullo tenía ningún cometido que cumplir aquí, ahora, a menos de un día del golpe.

Leo se acercó de puntillas a la ventana del dormitorio y separó dos lamas de la persiana, pero desde allí no pudo ver lo que había debajo del tejadillo del porche, así que bajó las escaleras en dirección a la puerta. Una mano tapaba la mirilla al intentar mirar fuera.

Volvieron a llamar a la puerta.

Jasper había salido del cuartito de armas con dos metralletas en la mano, le pasó una a Leo, que la dejó en el sombrerero debajo de una chaqueta, y luego él se metió en la cocina con la otra.

—Sube al piso de arriba. Y llévate a Anneli —le susurró Leo a su padre. Y esperó a que hubieran desaparecido por las escaleras. Entonces abrió.

—¿Hay algún niño bueno en esta casa?

Los dos. Aquí. Leo se relajó y sonrió.

—Pasad.

Los abrazó. Félix y Vincent. Sus hermanos, de vuelta.

—¡Pasad, coño!

Jasper se acercó desde la cocina, el arma en la mano.

—¡Vaya, toda la familia unida!

—Tú no eres parte de esta familia —dijo Vincent, incapaz de mirar a Jasper más de un momento.

Anneli bajó desde el piso de arriba. Y tras ella, Ivan, que quedó parado a mitad de la escalera.

Félix se descompuso en un gesto de rabia inmediata.

—¿Qué cojones hace... él aquí?

—Es evidente lo que está haciendo aquí —replicó Leo.

—¡Y una mierda lo es!

—Te largaste. Alguien tenía que ocupar tu sitio.

Ivan siguió bajando.

—Mis chicos —dijo, sonriendo un poco más por cada peldaño—. Madre mía..., Vincent, qué grande estás..., y Félix..., ¿has visto, Leo? ¡Están aquí!

Tan poco espacio en el recibidor. Leo se sentía aplastado por los dos lados. A sus espaldas, un padre impaciente que quería acercarse para saludar; delante, dos hermanos pequeños que no tenían ninguna intención de hacerlo.

—Queremos hablar contigo. Vincent y yo. A solas —le dijo Félix.

Leo señaló con la barbilla hacia la habitación con una caja fuerte en el suelo, los tres hermanos entraron y cerraron la puerta.

—Sé lo que estás pensando —dijo Félix cuando estuvieron a solas—. Pero no hemos cambiado de idea. No hemos venido para robar ningún banco.

Félix sacó un sobre del bolsillo interior de la chaqueta.

—Toma. Setenta mil. Es lo que nos queda. Si necesitas dinero, si esa es la razón, cógelo, Leo. ¡Y olvídate de robar ese maldito banco!

Al principio Leo se había quedado ahí, mirando el sobre. Ahora lo entendía.

—Vienes hasta aquí, *hasta aquí, Félix*, como un maldito Papá Noel repartiendo sus regalos. ¿Y luego qué? Setenta mil solo durarán unos pocos meses.

—Después nos mudamos de vuelta. Si quieres, lo haremos. Seguimos teniendo una empresa, ¿verdad? Una empresa de construcción de verdad. Podemos hacer lo que hacíamos antes. Podemos construir casas, juntos.

El sobre seguía suspendido en el aire, entre ambos.

—Vincent, ¿sigues estando de acuerdo con él?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—¡No lo sé!

Leo ladeó un poco la cabeza, y sonrió.

—Pero lo que *sí* sabes, Vincent, es que tampoco tienes ánimos de quedarte sentado en casa preocupándote. Así que ha llegado la hora de tomar una decisión. Vamos a hacerlo mañana.

Félix soltó el sobre que nadie quería y lo acompañó con la mirada cuando cayó al suelo.

—¿O sea que vais a robar un banco juntos? ¿Lo dices en serio? ¿Vosotros... cuatro?

—Sí.

—Leo, ese sobre es tuyo. Yo me voy ahora. No he venido para robar ningún banco, he venido para que tú no lo hicieras. Y no volverás a preguntármelo. Ni a mí ni a Vincent.

Se dirigió a la puerta, la abrió, se volvió.

—¿Vincent? Yo me vuelvo a casa mañana a primera hora. Los billetes ya están reservados. Ya tienes mi número por si quieres que vayamos juntos.

Ivan se levantó de la silla de la cocina, como si hubiese estado vigilando, esperando.

—¡Espera!

Félix no lo hizo.

—¡Espera, quiero hablar contigo!

Logró alcanzar a Félix y lo cogió del brazo.

—¡Suéltame, cojones!

—Escúchame, si no nos hemos visto en...

—¿Escucharte? ¿A ti? ¿Qué vas a robar un banco con tu propio hijo?

Ivan le soltó.

—¿Félix? Hijo. Estoy aquí para veros. A ti. A Leo. A Vincent. Pensaba que íbamos a... trabajar juntos. Todos.

—¿Perdón?

Un metro de separación pero lo bastante cerca como percibir un aliento

que era distinto, no olía a alcohol.

—¿Te crees que querría robar un banco... contigo? ¿Acaso te crees que quiero estar en la misma habitación que tú? ¿Después de lo que me hiciste hacerle a mamá? ¿De verdad lo creías? ¡Ya puedes irte a la mierda!

—Pero podrías dejar eso a un lado algún día, Félix, no es conmigo con quien estás enfadado... Estás enfadado con él, el que conociste de pequeño, el que no era mucho mayor de lo que es Leo ahora. Déjalo a un lado. Y mírame ahora, no soy el mismo, tienes que dejarlo a un lado.

—¿Tengo que... dejarlo a un lado? Respóndeme a una cosa: ¿quién abrió la puta puerta cuando tú querías entrar para reventarle la cara a mamá? ¿Fui yo? ¿Fue Vincent? ¿Fue Leo? ¿Lo recuerdas? ¿O quieres que deje eso a un lado también?

Se acercó un paso a su padre. Carraspeó, acumuló saliva. Y entonces escupió.

Esta vez acertó un poco más arriba, no en la mejilla y el cuello como con mamá, pero se deslizó de forma parecida por la cara del viejo.

—¿Qué coño estáis haciendo?

Leo salió corriendo de la habitación contigua y apretó una mano sobre el pecho de su padre y otra sobre el pecho de su hermano y los obligó a retroceder en sentidos contrarios.

—Vete de aquí, Félix.

Vincent permanecía quieto. Solo. Y vio a su padre limpiarse la saliva con la manga de la camisa y a Félix abrir la puerta de la calle.

—¡Espera!

Salió corriendo por el pasillo, pasó al lado de su padre y de Leo.

—Voy contigo.

Llevaba una hora tumbado, quizá dos, cuando de pronto comprendió qué era. El olor. Era eso lo que le molestaba. Se incorporó y se llevó la almohada a la nariz. Sí. Era eso. El penetrante olor que le era tan familiar; el almohadón olía a Britt-Marie. ¿Acaso había dormido allí también?

Le empujó atrás en el tiempo. De vuelta. *Chivato*. Ella zumbaba a su alrededor y él estaba sentado en el borde de una cama totalmente distinta: en una celda de prisión preventiva al día siguiente de un cóctel molotov y alguien que había traicionado. *Chivato*. Y un agente de policía que había abierto la puerta de la celda con una venda en la mano derecha y que había entrado sin pedir permiso y había querido hablar.

Ivan no había querido hablar.

Aun así el payaso del poli se había quedado allí exigiendo respuestas.

-¿Cómo se te ocurre llevarte a tu propio hijo?

-¿De qué hablas?

-Hablo de que tu hijo tiene diez años y que te lo llevaste cuando ibas a quemar la casa donde estaba tu mujer. Su madre.

-No quiero hablar contigo en este momento.

-Oye, tu Leo parece un buen muchacho, él...

-Que no quiero hablar contigo. No tengo por qué hacerlo. Estoy en una celda de prisión preventiva pero puedo decidir cuando yo quiera. Así que fuera. ¡Fuera!

-No hace falta que me digas nada. Porque tu hijo ya lo ha hecho. Leo ya me lo ha contado todo. Cómo

fabricaste la bomba. Que te lo llevaste en el coche, que aparcaste en la calle, que entrasteis por los setos de frambuesas, que estuviste un rato gritando antes de tirar la bomba por la ventana del sótano.

-Yo no he tirado ninguna bomba. Y mi hijo nunca hablaría.

-Pues lo ha hecho. Y todo ha ido muy bien, muy tranquilo, se acercó por propia voluntad y su madre estaba con él. Me pasé más de una hora sentado a la mesa de tu cocina con tu hijo.

-¿O sea que un payaso ha tenido a mi hijo una hora sentado delatándome?

-Sí.

-¿Entonces qué coño te ha pasado en la mano? Mi hijo nunca hablaría. En mi familia no nos delatamos.

-Ha hablado porque necesitaba hablar de ello, ¿no lo entiendes? Tú eres su padre, Ivan, hazlo por él, explica qué ha pasado. Así no tendrá que cargar con ello.

-¡Fuera, maldita sea, fuera, fuera!

El maldito olor, no lograba librarse de él, a pesar de que había hecho tiras la funda del almohadón y las había arrojado por la ventana. Salió al pasillo, frío y oscuro. Se paseaba de puntillas como un crío por la casa de su hijo y ella seguía zumbando a su alrededor hasta que le dio un vahído y trastabilló y clavó la cadera en el canto del fregadero y el pie en la mesa de la cocina. No quería estar allí, de vuelta. *Tú eres el riesgo*. Había caminado al lado de Leo y habían forzado un coche de huida y lo habían llevado al lugar del cambio de vehículo y entonces su hijo lo había mirado y lo había acusado antes de siquiera haber empezado. ¿Un riesgo? Un riesgo es estarle zumbando a alguien en la cabeza. Un riesgo es delatar a alguien. Ni una gota en cuarenta y ocho horas y le temblaban las manos y en varias ocasiones había estado a punto de vomitar, pero aún no lo había hecho, y sabía que había una botella de *whisky*

en el armarito de la esquina y luego la fiebre que se convertía en escalofríos pese a que la casa ya no estaba fría, se sentó en el banco de la cocina y ahora volvía a tener frío por dentro y quizá hubiese una botella de vino al lado de aquella botella de *whisky*, y se tumbó y agitó los brazos golpeando al aire para sacudir aquello que zumbaba y zumbaba y zumbaba.

Jasper se incorporó en el sofá. Irritado. No eran los incómodos almohadones. Ni la sábana demasiado gruesa. Ni la luz que se colaba por las ranuras de las persianas. Era ella la que lo mantenía despierto. Anneli. El eslabón débil. Y él era el único que se daba cuenta. Una debilidad no se vuelve visible hasta que se ve sometida a presión y estrés y Anneli se resquebrajaría como un huevo de porcelana. Se haría añicos. Diez minutos en una sala de interrogatorios y cantaría como una niña. Sentía lástima por Leo. Estaba enganchado a ella, no sabía cortar con ella. Anneli siempre lo tendría en sus manos. Ir a la policía. O, simplemente, irse de la lengua, una amiga o cualquier persona en un bar y luego los uniformados echarían la puerta abajo. Y si lo hacían, tenía muy claro qué les deparaba el futuro. Cadena perpetua. La bomba. Un fiscal los acusaría de peligro público y de que el crimen era grave.

Si ella cantaba significaría sentencias de por vida.

Anneli lo acusaría a él el primero de todos, nunca le había caído bien, lo había percibido ya el primer día. El bar ilegal en Handen. Ella estaba sola, había tomado cava rosado y burbujeante, guapísima, lo había pensado, hermosa y segura. Habían hablado un poco en el bar, él y Anneli y Leo. La había visto reírse y sus labios susurrando al oído de Leo, un poco más cerca con cada copa. Él ni siquiera había existido.

Leo ya llevaba un par de horas percibiendo el silencio despierto de Anneli, piel desnuda tan cerca de la suya, había estado girándose y retorciéndose, mientras las sábanas se iban liando a unos brazos agitados. Él sabía por qué, cómo ella intentaba vivir e imaginarse una secuencia de hechos en la que nunca había participado. Ella no era Félix, nadie contaba con su indudable firmeza, el requisito indispensable para permanecer detrás de un volante durante tres minutos mientras vaciaban una caja fuerte y abandonar el lugar del delito tan deprisa que nadie viera nada ni los persiguiera, y al mismo tiempo tan despacio que al cabo de un rato nadie notara nada ni reaccionara. Por eso, sin Félix serían esta vez dos los que se quedarían delante del banco. Su novia conduciría y su padre confrontaría a un posible atacante. Dentro, él y Jasper cambiarían los roles. Él se metería detrás de los cristales de seguridad y limpiaría las cajas y la caja fuerte mientras que Jasper controlaría que los clientes y las cajeras se mantuvieran en el suelo.

Sintió un codo puntiagudo entre las costillas, en la espalda. El brazo de Anneli se batía en la frontera entre el sueño y la vigilia. Él lo cogió con delicadeza, lo acarició con la mano, piel suave bajo las yemas de los dedos.

—¿Anneli? ¿Oye? No pienses más en ello.

Ella se dio la vuelta, ojos brillantes en la oscuridad del dormitorio. Él le dio un beso en la frente y la mejilla.

—No estoy nerviosa, si eso es lo que crees.

—Creo que sí lo estás. Intenta dormir.

—«Leo nunca ha dejado, ni dejará, que alguien como tú se entrometa. Él tiene a sus hermanos. Eso lo sabes». Es lo que ha dicho Jasper. Y cree... que se quedará aquí, después. No puedo con él.

—No es por él, Anneli. ¿Verdad? No es esa la razón de que estés aquí

dando vueltas y más vueltas. Se trata de mañana. Y entiendo que tengas miedo.

Ella se incorporó sobre los codos.

—¿No lo has entendido, Leo? Escúchame: *no tengo miedo*. Incluso me resulta agradable poder participar, no tener que quedarme aquí sentada escuchando la radio esa para saber si sigues vivo o no. Y luego... ¡va a ser igual de agradable librarme de tus hermanos, y de él, después de todo!

Volvió a hincarle el codo, más o menos en el mismo punto, las dos costillas, no muy fuerte pero esta vez consciente de sus actos.

—Lo único que no me resulta agradable es que confíes en el psicópata ese que tenemos en el sofá.

—¿Anneli? La cosa es así. Mañana lo haremos todos juntos. Por eso *elijo* confiar en Jasper. Igual que *elijo* confiar en ti y en mi padre. Porque tengo que hacerlo. ¿De acuerdo? Ahora, duerme.

Giró hacia el borde de la cama, dejó caer las piernas, los pies en el frío suelo. Necesitaba calma. Esperó a que ella se durmiera antes de cerrar la puerta del dormitorio con cuidado y dirigirse a las escaleras. Jasper estaba en el sofá. Despierto. Con cuatro armas automáticas sobre la mesita de centro.

—¿Jasper? ¿Qué coño haces?

—Mantenimiento.

—Ya has hecho el mantenimiento. Está listo. Y tú también necesitas dormir.

—Mañana va a nevar. De lo lindo.

—Lo he visto. Pero por la tarde, entonces ya estaremos volviendo. Acuéstate.

Jasper dejó el arma que acababa de engrasar, otra vez.

—¿Si nos paran, Leo? Si de repente está la poli ahí. ¿Has pensado en ello? ¿Podrá hacerlo?

—¿Si podrá hacerlo?

—No confío en ella. Si...

—¿Jasper? Mañana vamos a hacerlo juntos. Por eso *elijo* confiar en ella. Igual que *elijo* confiar en ti y en mi padre. Porque tengo que hacerlo. ¿De acuerdo? Ahora, duerme.

Primero Anneli. Luego Jasper. Dos veces en menos de cinco minutos. Él era quien mantenía la unión. Con Félix y Vincent también había sido así, pero

ahora resultaba más obvio. Leo bajó las escaleras saltándose el peldaño de la mitad que siempre se quejaba más. El cuarto de invitados estaba en silencio, pero cerró la puerta, por si acaso. Entró en la cocina. Medio vaso de agua del grifo, que siempre tosía antes de ceder y soltar el líquido.

Anneli, Jasper y él mismo. Todos despiertos. Solo papá, por quien más se había preocupado, estaba durmiendo.

Bebió medio vaso de agua más, después salió al pasillo y había dado el primer paso por la escalera cuando oyó la voz de su padre a sus espaldas.

—¿Leo? Leo, ¿puedes venir, un momento?

La voz de papá no sonaba como de costumbre, y no porque estuviera susurrando, no por la afonía y la quietud, sino porque era una especie de... súplica. Su padre, que nunca le pedía nada a nadie sino más bien detallaba cómo lo quería y luego esperaba que se hiciera así, primero le había rogado a Félix en la puerta y se había llevado un escupitajo en la cara, y ahora volvía a rogar. Resultaba incómodo.

—Viejo, ¿qué haces aquí? Tienes que dormir.

No lo había visto en la oscuridad. Su padre estaba tumbado en el banco de la cocina, en calzoncillos. Leo se apoyó en el marco de la puerta y pudo verlo incluso desde allí, el cuerpo temblando.

—Siéntate aquí. A mi lado, Leo. Solo un poco. Quiero decirte algo.

Lo hizo, entró, tomó asiento en el borde del banco al mismo tiempo que Ivan se incorporaba. Codo con codo. Dos torsos pálidos como el invierno. Leo un poco por encima de los veinte y que acababa de iniciar su viaje, e Ivan que le doblaba la edad y que ya no iba a ir a ningún sitio.

—Yo..., verás, puede que no haya hecho lo correcto, siempre. Cuando tú y tus hermanos erais pequeños.

—Hiciste lo que hiciste, viejo. Ni más ni menos.

—Pero, Leo..., no estuvo bien.

—Déjalo.

—Podría haber...

—Ahora me la suda todo eso. No quiero oír más.

—Leo, oye, es importante para mí, poder decirlo. Tú no eras más que un niño.

—¿Solo un niño?

—Solo un niño, Leo. Y sé que no lo hiciste a propósito.

—¿A propósito el qué?

—Delatarme.

—¿Delatarte? ¿Otra vez con eso?

—No, pero...

—¡Escúchame! ¡De una vez por todas! ¡Yo no te delaté! No somos de esos. Nosotros hacemos... ¡lo contrario! Incluso cuando un padre intenta cargarse a una madre *todos* nos echamos la culpa. Y por eso yo afirmo que fui yo quien abrió la puerta y Félix afirma que fue él quien abrió y Vincent que fue él. ¡Así de chivatos somos!

—Leo, oye..., yo... no tengo nada en contra de ti, ya no, ya has visto lo de antes, Félix que... y no he hecho nada. Félix me ha escupido en mitad de la cara y yo ni he levantado la mano. ¡Escupirle a alguien en la cara es la humillación más grande! Si me lo hubiese hecho cualquier otro..., ¡lo habría reventado! Pero no a mi hijo. No lo he hecho.

No era consciente de ello. Pero mientras hablaba se masajeaba los aplanados nudillos de la mano derecha.

Como ocurre después de repetidos golpes.

—¡Para ya! No vuelvas a hablar de mi infancia conmigo.

—Pero, Leo, por qué no quieres... Yo quiero...

Leo se puso de pie, se alejó, de aquello para lo que no tenía fuerzas para escuchar.

—¡Estaba abierta!

Se había hecho silencio en toda la casa. Una especie de calma. Pero no se percató hasta entonces, al dirigirse a la escalera, de lo que su padre acababa de decir.

—Cuando yo... y tu madre... en Falún. No estaba cerrada con llave. Yo mismo pude bajar la manilla y pasar de largo. A Félix y a Vincent y a ti.

Leo se sentó en el primer peldaño. Un crujido fuerte. Solía emitirlo.

—¿Me oyes, Leo? Ninguno de *vosotros* abrió la puerta.

Estaba vigilando una puerta con una gran ventana en el centro y listones de madera a ambos lados. La puerta de un banco que en ese momento estaba sufriendo un atraco. Y él era uno de los atracadores.

Ivan no tenía miedo. No era eso lo que sentía porque no se daba permiso para sentirlo, no podía permitírselo, era su propio hijo el que estaba paseándose allí dentro con pasamontañas y un arma automática sin el seguro puesto. Pero sentía *algo*. Vergüenza. La jodida vergüenza que se había colgado a él como el niño pequeño que una vez se le había echado a la espalda, los deditos que se habían metido entre los omóplatos y habían impedido que le golpeara la cara una vez más. La maldita vergüenza cuando la otra cara que era más pequeña se había interpuesto y lo había obligado a soltarla y dejarla huir por el suelo resbaladizo y lleno de sangre. Todo el día esos dedos le habían arañado la espalda mientras el tiempo se mantenía parado y todo el mundo se percataba de que estaban robando un banco y de que su hijo estaba al fondo del todo.

Las tres menos diez. El suelo de su alrededor cubierto por una finísima capa de polvo de nieve que amortiguaba el sonido fuera de su pasamontañas bajado. Tan solo media hora atrás el asfalto había estado seco y el paisaje gris. Ahora podía ver sus pasos en la nieve, de dos en dos desde el coche hasta el banco, los de Leo, los suyos propios y los de Jasper. Iban a estar allí dentro durante tres minutos. Faltaban dos y medio. Y con la nieve que caía las huellas de sus botas casi habrían desaparecido cuando regresaran al coche.

Tenía el arma en ristre, apuntando a la calle y a las pocas tiendas que allí había, miró un poco por encima del hombro, vio la espalda de Jasper en mitad del local mientras su hijo mayor pasaba junto a una planta grande de color verde y se metía detrás de los mostradores. Y allí delante, todavía en el coche,

detrás del volante y bajo otro pasamontañas, estaba Anneli.

Volvió a mirar el reloj. Cuarenta y cinco segundos. De pronto era el tiempo lo que se había congelado y su vergüenza lo que se movía a la velocidad de la luz, y el deseo de marcharse de allí, de echar un buen trago de vino, de no volver a mirar a sus hijos a los ojos nunca más era insoportable.

Leo echó una mirada fugaz por encima del hombro. Papá seguía allí fuera, delante de la entrada, con el arma preparada. Estaba aguantando. Había sido correcto *elegir* confiar en él.

Sesenta segundos.

Leo estaba esperando a las puertas de una caja fuerte junto a las manos temblorosas de un jefe de contabilidad que intentaba meter la llave en la cerradura. El hombre tenía más o menos la edad de su padre pero era más larguirucho, con dedos como punteros. Estaba a punto de pedirle que se calmara cuando oyó la cerradura de seguridad, un grave suspiro cuando los cerrojos abandonaron su fijación en un marco reforzado y la pesada puerta se deslizó suavemente.

Casi había olvidado lo que se sentía.

Entrar en el local. Obligar a clientes y cajeras a echarse al suelo. Tener el control absoluto de una sala durante ciento ochenta segundos. Haber planeado y calculado y luego plantarse delante de la puerta abierta de una caja fuerte y constatar que todo estaba en orden.

La única otra vez en la que se había sentido así con papá había sido cuando habían entrenado e ideado juntos un plan que también había funcionado; había sido igual de fácil golpear a Hasse con papá mirando desde el balcón como lo era robar un banco con él allí fuera ahora.

Fajos de billetes en las baldas de la caja fuerte. Más de los que debería. Los billetes de cien en fajos de diez mil coronas, los de quinientas en fajos de cincuenta mil coronas y los de mil en fajos de cien mil coronas.

Estaba todo sacado. No guardaban nada en la caja nocturna.

Cuando Leo le ordenó al empleado que le había abierto que entrara y se sentara con la espalda pegada a la pared para tenerlo todo el rato vigilado oyó la excitación en su propia voz. No podía creerse que hubiera tanto dinero en

los estantes de un banco tan pequeño.

Giró la bolsa que llevaba al hombro, la sostuvo en alto como una boca abierta mientras iba apretando cada fajo —ninguna jodida bomba de tinta— y las iba metiendo. Hizo un cálculo rápido. ¡Por lo menos tres millones y medio! Más que en el atraco doble, más que en el triple. En un banco de mierda en un pueblo de mierda con papá vigilando y Anneli de chófer.

Una mujer hablaba en la radio policial sobre un atraco bancario en Heby, y después otra mujer contestó para decir que un coche patrulla iba de camino desde la comisaría de Sala. Pero nada de todo eso le importaba a Anneli: ella seguiría deshaciendo camino tal y como lo había memorizado y practicado durante la última semana con Leo en el asiento del acompañante. Ni siquiera la nieve que se convertía en agua en el cristal y era enjuagada por los limpiaparabrisas tenía importancia. Y los que estaban fuera del coche, que se escondían para mirar y que luego darían sus testimonios sin tener la menor idea de que la que estaba sentada al volante era una mujer, no existían. Lo único que existía estaba encapsulado en un patrón establecido de antemano que ella y Leo habían formado juntos. Solo ellos dos, ella y él, nadie más.

Quizá por eso vio a Leo primero, aunque se alejaran del banco los tres juntos, Leo con la bolsa al hombro y que se veía tan llena.

Y cuando las puertas del coche se cerraron ella hizo lo que le tocaba. Arrancó en segunda, bajó de la ancha acera a la calle, aceleró a la altura de la iglesia del tejado del campanario negro. Después a la derecha. Y casi inmediatamente después, otra vez a la derecha, rodeando la comunidad hasta la carretera principal. En cuestión de dos minutos la ligera nevada se había convertido en una tormenta de nieve, copos mullidos se habían convertido en puntas afiladas. Pero ella seguía impasible: se sabía cada curva y aceleraba en la justa medida todo el tiempo.

—¡Tres millones!

Lo había gritado varias veces.

—¡Más de tres millones!

Anneli jamás había oído nada parecido a aquel tono en la voz de Leo, desgañitado y afónico de puro contento. Incluso la risa de Jasper en el asiento

de atrás sonaba bien. No le importó en absoluto que la visibilidad empeorara aún más, de todos modos sabía adonde tenía que ir. Pronto a la izquierda, allí, donde los buzones. Incluso puso el intermitente y se rio entre dientes: un coche robado que acababan de usar para robar un banco y ella... ponía el intermitente. Lina risita un poco más fuerte cuando dobló a la izquierda por el camino de tierra cubierto de nieve. Y luego, solo porque se sentía tan bien y a Leo se le oía tan feliz, volvió a poner el intermitente al meterse por el caminito del bosque con algún que otro corzo y quizá alguna liebre, intermitente derecho cuando se metió en el aparcamiento natural entre troncos gruesos. Se bajaron de un coche robado para meterse en una tormenta virulenta. Tenían que cambiar de aspecto otra vez, de ropa de atraco a ropa de quien celebra la Navidad. Lo habían conseguido. *Ella* lo había conseguido. Pronto cambiaría el destornillador en un coche robado por la llave de un coche de alquiler repleto de paquetes envueltos en elegante papel de regalo. Buscó la mano de Leo, la apretó fuerte mientras corrían.

El pasillo del departamento de investigación criminal de la Policía de Estocolmo se había llenado de olor a *glögg*, el vino caliente y especiado de cada año, café y pastel de Navidad, e incluso había un pequeño y feúcho árbol de Navidad entre la máquina del café y la expendedora.

John Broncks se había quedado en su despacho. Él no participaba. Nunca lo había hecho, no celebraba la Nochebuena que se avecinaba, eso era cosa de familias. Apenas la habían celebrado entonces. En un par de ocasiones, justo ese día —pero ahora ya hacía mucho tiempo de aquello— había estado sentado en una sala de visitas con hora reservada delante de un bizcocho mármol aún caliente en el centro de la mesa destartada. Sam había hecho un pastel y preparado café como hacían todos los condenados a cadena perpetua de cara a una visita, y sin tener nunca la necesidad de comentarlo ambos habían masticado meticulosamente el blando bizcocho como si fuera un lunes cualquiera.

Miró la pantalla del ordenador. Una alarma. Hacía tan solo unos minutos, en un pueblo pequeño a ciento diez kilómetros. La policía de Sala en camino. La policía de Upsala en camino. Otros que tenían una razón de peso para saltarse el *glögg*.

Broncks soltó un suspiro.

Montones de casos abiertos que estaban quietos sobre su escritorio.

Copos de nieve fugitivos que se perseguían unos a otros en el patio interior de Kronoberg.

Siempre había alguien dispuesto a usar la violencia para obtener lo que quería, y en un día como este legitimaba el trabajo de otra persona; había un motivo para quedarse, al menos un poquito más.

Llamó a Karlström, que respondió rodeado por el ruido de neumáticos de

tacos avanzando por asfalto.

—¿Lo has visto?

Su jefe ya estaba a mitad de camino de su casa. Pero por lo menos se lo había cogido.

—¿John?

—¿Sí?

—Mañana es Navidad.

Alguien tocó el claxon unos segundos de más, irritado. John apostó a que era el coche de atrás.

—Y... ¿Heby? John, ni siquiera sé dónde queda eso. En alguna parte del distrito policial de Upsala. Pero sé lo que estás pensando. No utilices esto como excusa para no tener que ir a casa. No es nuestro.

Ahora eran más los que pitaban; todos, al igual que Karlström, iban de camino a sus casas, y al *gin-tonic* de la tarde.

—Y ¿John? ¿Oye? En serio, ¿quién roba un banco el día de Nochebuena? Alguien que carece totalmente de tradiciones.

La línea carraspeó. El teléfono cambió de mano o de sitio.

—Espera. Solo voy a ponerme las gafas.

Luego volvió a carraspear. John Broncks se preguntó si su jefe se habría detenido o si avanzaba despacio sin sujetar el volante mientras leía la pantalla del ordenador de a bordo.

Los bocinazos, que seguían aún más fuertes, apuntaban a lo segundo.

—Dos. Ya hay dos patrullas en destino. Y otra que se acerca. Eso puedes verlo tú también en tu pantalla. Ciento diez kilómetros, John. Deja que resuelvan sus propios problemas.

La oscuridad de diciembre se había transformado en algo furioso, agresivo, un *muro de* nieve blanco y colosal que los envolvía y se convertía en otro tipo de oscuridad. Las bandas de goma de los limpiaparabrisas frotaban desesperadamente el cristal y Anneli redujo aún más la marcha, los noventa kilómetros por hora planeados se habían visto reducidos a setenta y ahora apenas a cincuenta.

Según los cálculos de Leo, a estas alturas deberían haber avanzado casi diez kilómetros. Ahora calculaba que no llevaban ni siquiera dos, por una carretera que en lugar de arcenes y carril central tenía grandes barreras de nieve amontonada.

Y Anneli aminoró aún más la marcha: delante tenían otros coches que se arrastraban lentamente.

Dos, quizá más. Adelantarlos era imposible. Tanto la primera como la segunda vez que lo había intentado había tenido que echarse atrás, volver a su carril, con apenas unos metros de visibilidad el tráfico contrario no se veía hasta que les pasaba junto a la ventanilla.

Pero se podía ver que controlaba, por el momento. Anneli mantenía el equilibrio con suaves movimientos del volante, todo el tiempo combinando freno, acelerador, embrague, mientras los neumáticos perdían agarre. Leo le puso mano en la mejilla, la acarició y ella sonrió.

Leo movió el retrovisor. Jasper detrás de su asiento, inclinado sobre la bolsa de armas para contar cargadores y balas. Ivan, detrás de Anneli, el puño izquierdo apretado en la mano derecha, los nudillos asomaban blancos por la falta de sangre mientras el torrente de sudor brotaba del nacimiento del pelo y se deslizaba por su piel pálida. Hasta que era atrapado y absorbido por el pañuelo que siempre llevaba en el bolsillo.

Síndrome de abstinencia.

Su padre lo había gestionado otras veces: cada vez que, por alguna razón, había decidido dejarlo. Pero nunca de esta manera. Nunca en plena huida de un robo a un banco.

—Si duermes, viejo, te será más fácil. Reclínate. Esto tardará más tiempo del previsto, pero dentro de una hora y media estamos en casa.

Fue entonces cuando se encontraron el coche.

En verdad ya lo había visto de lejos, dos faros brillantes que atravesaban la tormenta de nieve. Pero hasta que no lo tuvieron casi al lado no comprendió de qué se trataba.

Un conductor solitario, en uniforme y con la mirada fija al frente.

Y allí, en el lateral del coche, siete letras difíciles de leer en el torbellino que se arremolinaba delante de la chapa.

POLICÍA.

Ya estaban aquí.

—¿Jasper?

—Lo he visto.

—Prepara tu arma. Y procura que tú y mi viejo desaparezcáis debajo de los regalos.

El coche les pasó por el lado. No parecía haberse percatado. Leo era muy consciente de que la bolsa entre sus espinillas estaba llena de billetes.

—Sonríe —le dijo a Anneli—. Conduce y sonríe. Somos una familia feliz.

Había sido un policía solo. Barba, pelo corto. Unos cincuenta. Y había mirado al frente, continuado en dirección a Heby y luego había sido engullido por la nieve.

Jasper e Ivan volvieron a incorporarse, los regalos en el regazo y el suelo y en la bandeja de la luna trasera. Ivan cerró los ojos. Jasper a su lado en el estrecho asiento, abrió la bolsa, dejó caer el arma otra vez dentro. Y luego se quedó quieto.

—¿Ivan? ¿Estás despierto? —preguntó Jasper.

—Sí.

—¿Dónde coño están tus cargadores?

—Ahora no los necesitamos.

—Los cargadores. ¡Solo quiero saber que todo está exactamente dónde

tiene que estar! Es mi trabajo.

A Ivan no le gustaba la persona con la que compartía asiento. Pero estaba sudando por fuera y temblando por dentro. Así que hizo lo que se le había pedido, empezó a buscar la bolsita que debía llevar alrededor de la barriga.

No estaba.

—No..., no están.

—¿Cómo que no están?

—No..., el otro coche. Deben de haberse quedado allí.

—¿En el coche de huida?

—Sí.

Leo había seguido la conversación, primero sin escuchar. Ahora se volvió.

—¿Viejo? ¡Cojones, viejo!

—¿Qué?

—¿Los has tocado?

—Sí.

—¿Sin guantes?

—Sí..., creo que sí. Al guardarlos. Cuando nos hemos cambiado.

—¿Anneli, da la vuelta!

Jasper se inclinó hacia delante, bajó la voz, como si Ivan y Anneli no lo fueran a oír.

—¿Leo? Ahora no podemos dar la vuelta. Ya lo sabes. No podemos volver a meternos en lo que hemos dejado atrás. ¡La pasma ya está allí!

—¿Doy la vuelta o no? —Anneli preguntó a Leo otra vez, desesperada. Seguía serena. Pero sus movimientos eran un poco más bruscos.

—Leo, escúchame. —Ahora Jasper estaba susurrando—. Entiendo que no quieras dejar ningún rastro. Pero no merece la pena. No salimos en ningún registro.

—Sí, Anneli —le contestó Leo.

—Ninguno de nosotros. Por eso...

—El viejo —dijo Leo cortando a Jasper—. Son *sus* huellas. Él sí aparece en los registros de la policía.

Leo atravesó corriendo la pared blanca, se precipitó por el bosque dando zancadas en la gruesa capa de nieve hasta el coche que acababan de tapar con ramas. Arrancó el camuflaje y abrió la puerta de atrás, el asiento donde había ido su padre, se metió y buscó en el asiento, el hueco de la puerta, la bandeja de atrás. Allí no estaba. Se metió del todo, las manos por el asiento del conductor, el asiento del acompañante, por el salpicadero. Después, el suelo. Dedos en finos guantes de cuero palpando en la oscuridad por una alfombrilla y luego otra, tanteando sin resultado, palmo a palmo.

Solo quedaba un sitio. *Debajo* de dos asientos. Aplastó el cuerpo, estiró el brazo.

Y allí. Debajo del asiento del conductor, en el centro. Allí estaba. La bolsa. Tiró de ella, la abrió. Dos cargadores. Con las huellas dactilares documentadas y registradas de su padre.

Y él volvió a correr, respiración agitada y un pecho que palpitaba y dolía a medida que la sangre era bombeada hacia dentro y hacia fuera.

En el coche estaban sentados en silencio. Lo sabían. Ya había coches patrulla por la zona.

El jodido camino de bosque una vez más. Al lado de los jodidos graneros y otra vez por la jodida carretera rural.

Acababan de poner rumbo a la dirección correcta, de nuevo. Quizá el viento había amainado un poco. Quizá fue por eso por lo que lo vio cuando miró por el retrovisor.

El mismo coche patrulla. Con el mismo agente uniformado que pronto se percataría de que unos minutos atrás se había cruzado con ese coche, que en plena tormenta y poco después de un atraco bancario a apenas unos kilómetros de distancia mostraba un patrón de movimiento fuera de la normalidad.

La mano de Leo en el brazo de Anneli.

—Detrás de nosotros. Está ahí. Pero tú sigues conduciendo como si nada.

Comprobó otra vez el retrovisor: no había mucha distancia entre ambos, veinticinco metros, como mucho.

—La misma velocidad, la misma distancia. No puede acercarse más.

Vio cómo ella miraba también por el retrovisor.

—Tú concéntrate en la carretera, Anneli. Y Jasper, pásame el arma.

Jasper la sacó de la bolsa y la pasó entre los dos asientos. Ivan había permanecido en silencio desde que Jasper había descubierto que faltaban dos cargadores.

Ahora se aferró al reposacabezas y tiró para levantar todo su cuerpo hasta que su boca estuvo cerca de la oreja de Leo.

—¿Leo? Hijo, ¿qué pretendes hacer?

—Terminar la mierda que has liado.

El arma aún en su regazo cuando le quitó el seguro.

—Anneli, doscientos metros más adelante. Hay un desvío a la derecha que da a otra carretera. Bastante ancha, asfaltada. Métete por ahí. Si el poli nos sigue te paras cuando yo te diga.

—¿Qué coño... vas...? —comenzó Ivan.

—No va a pasar nada. Si sigue recto.

Anneli puso el intermitente con tiempo de sobra, redujo la marcha y giró a la derecha.

Leo respiró tranquila y profundamente para prepararse. El desvío cinco, diez, quince metros más atrás. Y de pronto el coche patrulla también se desvió, casi invisible bajo la gruesa cortina de nieve, un depredador que les seguía.

—Para.

Anneli frenó y los neumáticos del coche se deslizaron sobre pavimento resbaladizo; quitó la marcha, ajustó el volante con movimientos muy pequeños. Se detuvieron. Leo abrió la puerta y bajó del coche con el arma en las manos.

John Broncks se quedó sentado en su despacho siguiendo un atraco bancario a ciento diez kilómetros de distancia a través de una pantalla de ordenador y un

dispositivo de radio. Los últimos compañeros habían pasado por delante de su puerta y con la risita despertada por el *glögg* le habían deseado una feliz Navidad y él les había sonreído y había hecho ver que estaba ocupado aun sin estarlo.

Ya había tres coches patrulla en el destino. El cuarto se acercaba desde Upsala. Según los testimonios tres o cuatro atracadores habían escapado en un turismo normal y corriente, acababan de ser vistos en dirección norte desde el lugar del delito, en una carretera pequeña que cruzaba la zona de cabañas de veraneo llamada Skorkebo y que se encontraba en algún punto entre Heby y Sala.

Se masajeó la dolorida zona lumbar, caminó en un ceñido círculo entre la ventana y el escritorio, bostezó.

Una taza de té de plata siempre lo ayudaba a reanimarse. Con la cocinita por fin libre de bebedores de *glögg* salió al pasillo para preparar otra taza, pero se detuvo de pronto en el umbral de la puerta.

Primero el pitido agudo del dispositivo de radio. Después un compañero, fervoroso.

¡Los veo! ¡Un turismo! ¡Varios pasajeros!

El coche patrulla de Upsala. Un agente solo.

¡Los estoy siguiendo!

John Broncks se acercó a la mesa y la radio. El coche estaba a unos metros de distancia para el policía, pero a cien kilómetros para él.

¡Se desvía! Se detiene. Se... ¡se ha parado!

Un coche que había frenado.

*Alguien que... del asiento del acompañante... ¡alguien está bajando!
Lleva algo. ¡Un arma! Y está apuntando... ¡hacia mí!*

Remolinos de nieve. Pero Leo podía ver claramente el uniforme. Levantó el arma y esperó. La puerta del lado del conductor se abrió.

El dedo en el gatillo.

Esperó, pero no bajó nadie. El uniforme permanecía sentado.

Así que disparó.

El primer tiro al motor. Y el segundo. Y el tercero.

Hasta que el agente solitario salió corriendo del coche, se lanzó al suelo y cayó rodando por la cuneta llena de nieve.

Cuatro tiros más, todos al motor. Ese coche no continuaría siguiéndolos. Después procuró no quitar los ojos de la cuneta mientras se retiraba y se volvía a sentar al lado de Anneli.

—Arranca.

La situación había cambiado. Dar media vuelta, rebasar el coche de policía y continuar por el camino de huida original ya no era viable.

—¿Hacia dónde?

—Hacia delante.

Leo sabía dónde se encontraban: en mitad de una zona con cabañas de veraneo deshabitadas. Pero no cómo iban a salir de allí. Siempre había una forma de salir.

La voz del agente había desaparecido. Pero había sido tan fácil entender a través de una radio lo que estaba sucediendo.

Una puerta de un coche se había abierto: el hombre se había bajado. Pasos en la nieve: había intentado huir. Un ruido sordo: se había puesto a cubierto.

—Después: cuatro disparos más. Uno tras otro. Fuego de precisión.

Hasta que solo se oyó el viento.

Han continuado.

Estaba vivo. Ni siquiera estaba herido, a juzgar por su voz. Pero seguía tumbado, seguramente en la cuneta, y era evidente que a medida que hablaba iba comprendiendo lo que realmente había pasado.

Se..., se ha bajado. Metódico. Decidido. Estaba seguro de que iba a morir.

Y podría haber pasado.

Disparó al coche apuntando al motor. Un AK4. Lo he visto.

Son ellos. Sentía fuerza, energía, incluso alegría. ¡Son ellos! Salió corriendo al pasillo otra vez, hacia las escaleras y el garaje y el coche. Más de medio año y ni una sola señal de vida. Una noche con una última conversación telefónica que los obligaría a salir. Pero no lo había hecho. Algunas cartas más y otro puñado de anuncios de contacto antes de que todo hubiese parado de repente y Broncks hubiera empezado a dudar. Quizá había tomado la decisión equivocada, quizá había juzgado mal a Hermano mayor. A

pesar de que las pistas aportadas por los ciudadanos seguían llegando a raudales y de que el equipo de investigación hubiese crecido tanto en analistas de perfiles criminales como en inspectores, no había habido ningún punto de inflexión. Y mientras la primavera se había hecho verano y otoño, había tenido la sensación de notar cada vez más los ojos de Karlström, diez años de confianza habían comenzado a desmoronarse.

El día de Nochebuena. Y era como si toda Estocolmo se hubiese ido a casa.

Árboles de Navidad encendidos en cada piso. Tras solo un par de minutos de conducción cruzó los túneles del puente Alviksbron a toda velocidad hacia la E18, dirección oeste.

—Soy Broncks.

No me había equivocado. No había juzgado mal a Hermano mayor.

—Te dije que te fueras a casa —contestó Karlström, su voz rodeada de villancicos y voces de niños. John Broncks recordó la Navidad pasada, la visita en la casa bonita del barrio bonito. Un año atrás. Y él los estaba investigando, todavía.

—Estoy en el coche, voy hacia Heby, estoy pasando por Rinkeby.

—John, maldita sea.

—Son ellos.

Llegó al cruce de Rotebrokorset y el semáforo estaba en rojo cuando pasó. Karlström permanecía en silencio. Hasta que giró el teléfono hacia el interior de la sala, se oía perfectamente, los villancicos se intensificaron.

—¿Oyes eso, John?

Un gramófono de los antiguos. Una aguja raspando vinilo. *Blanca Navidad.*

—Villancicos, John. Jamón cocido. *Glögg.*

—Quiero la Unidad de Operaciones Antiterroristas.

—¿John?

—Sé que son ellos.

—Según un testigo, el que estaba haciendo guardia fuera podría haber sido mucho mayor que los demás, se movía más lentamente, menos ágil que los que estaban dentro del banco.

—Son ellos.

—Y nunca han tenido a uno mayor. ¿Verdad?

—¿Lennart?

En diez años nunca había utilizado el nombre de pila de Karlström.

—¿Qué?

—Nunca hemos estado tan cerca. Pero los compañeros en Heby necesitan refuerzos. Ya han disparado a uno de los coches.

Blanca Navidad se había acabado por fin. Ahora empezaba *Frosty, el muñeco de nieve*, un alegre coro de niños cantaba un feliz villancico.

—John, no voy a llamar a la comisaria esta noche para pedirle un equipo de fuerzas especiales. No en Nochebuena. Ni ningún otro día si no es nuestra zona y si no hay nada que indique que *son* ellos.

—¡Más deprisa, Anneli!

—No he ido nunca por aquí. No hemos ensayado...

—¡Más deprisa! ¡Tenemos que salir de aquí antes de que corten las carreteras!

La nieve jugueteaba, bailaba a la luz de dos faros en mitad de un bosque oscuro.

Leo había desplegado el mapa sobre sus rodillas y el arma que allí tenía: deslizaba el dedo por la carretera por la que estaban yendo en este momento cuando el coche dio un volantazo y él se golpeó el hombro y la cabeza contra la ventanilla.

—No sé dónde estamos, Leo, yo...

—¡Tú solo sigue y conduce!

Eso hacía, Anneli estaba conduciendo, pero no estaba allí, estaba en los siete disparos al capó de un coche patrulla.

Habían disparado. Quien dispara puede ser disparado.

—Cuando hayamos pasado las malditas cabañas hay un desvío hacia la carretera rural. Cuatro kilómetros. ¡Tú solo conduce como yo te digo!

Ella lo había sabido. Que esas armas podrían ser utilizadas, de verdad. Pero no se había permitido pensar así.

—¿Anneli?

Ahora tenía que hacerlo. Ya las habían usado.

—¡Anneli, para!

Armas que podían matar.

—¡Para! ¡Yo conduciré!

Ahora le oyó gritando que se detuviera. ¿Aquí? ¿En mitad del bosque? ¿Por qué iba a hacer eso? Y mientras miraba por el retrovisor en busca del coche de policía al que habían disparado, la curva se fue acercando y el volante se deslizó entre sus manos.

—¡Gira!

Los tres hombres gritaron al mismo tiempo.

Demasiado tarde. Todo el peso de su cuerpo sobre el pedal de freno mientras el coche se deslizaba, las cuatro ruedas resbalando inevitablemente hacia la cuneta, hasta caer por el borde, bajando hacia una ola de nieve que arremetió contra la ventana con un descarado suspiro. Allí se detuvo. El golpe apenas fue percibido en el interior del coche. El silencio era más tangible. El que confirmaba que lo que no debía ocurrir había ocurrido. Que ya no había ningún vehículo de huida con el que huir.

Leo empujó la puerta que fue empujada de vuelta por la nieve. Giró el cuerpo, la espalda sobre el salpicadero para coger apoyo y empezó a dar patadas, con cada una que daba la puerta se fue abriendo un poco más. Salió retorciéndose y se puso de pie en la nieve que le llegaba por la rodilla.

—Jasper, tú coge las armas. Papá, tú el dinero. ¡Todo el mundo fuera!

Uno tras otro salieron a la tormenta. Jasper con las dos asas de la bolsa de armas como una mochila a la espalda, Ivan con tres millones y medio de coronas en una bolsa de deporte entre los brazos, Anneli con sangre saliéndole de la nariz.

—Toma. Cógelo —dijo Ivan, ofreciendo su pañuelo. Ella se secó y se enjuagó con nieve.

—¿Sebastian? Leo...

—Vamos.

—¿Qué dirá? Qué... Va a venir, mañana, a nuestra casa.

—¿Anneli? Mírame. Estamos yendo hacia allí, a casa, ahora.

—Va a venir. Vamos a celebrar la Navidad. Y nosotros, que hemos... disparado contra una persona.

Anneli se ciñó un abrigo delgado aún más al cuerpo, salió de la cuneta y

subió a la carretera y se quedó allí. Leo abrió el maletero, echó fuera todos los regalos meticulosamente envueltos y sacó de un tirón la bolsa con chaquetas y pantalones que habían sido usados en un atraco.

—Hará frío.

Un anorak para Anneli, que ni siquiera intentó cogerlo, otro para Jasper, que se lo puso encima del que ya llevaba, y otro para Ivan, que lo cogió pero luego lo dejó caer en la nieve, él no tenía frío.

—Tres kilómetros hasta la carretera que hay al otro lado. Si atravesamos por el bosque ningún policía local le plantará cara a nuestras armas y tardarán noventa minutos en traer refuerzos. Debemos mantener la distancia.

Estaba nevando pero la pared blanca ya no estaba, ahora era más bien una cortina, tela que ondeaba con movimientos parsimoniosos. Más fácil para ver. Más fácil para ser vistos. Habían comenzado a cruzar el prado en dirección a la linde del bosque, cuando Anneli se detuvo abruptamente y se desplomó de rodillas en el manto de nieve.

—No quiero ir —dijo.

—¡Anneli, joder!

—No quiero. Nunca he querido. Quiero... ir a casa.

—¡Levántate!

Se quedó en la nieve. Llorando.

—Te dije que sí. ¡A una pregunta que nunca formulaste! Y ahora estoy... aquí.

Él le tendió la mano, intentando levantarla, pero ella se resistía y la dejó volver a caer.

—¡Anneli!

—No quiero.

—¡No podemos quedarnos aquí!

Se había decidido. Iba a quedarse ahí sentada. Una decisión tan firme como su voluntad de rendirse. Jasper regresó.

—¡Te lo dije, Leo! —siseó—. Te dije que era el eslabón débil. ¡Va a hablar! ¡No podemos dejarla aquí, Leo, viva!

Leo lo agarró de la ropa, lo atrajo hacia él.

—¿Y qué coño quieres hacer?

—¡La cogerán y ella nos delatará, uno a uno! ¡A todos! ¡A tus hermanos

también!

Jasper tenía razón. La tormenta de nieve había agotado las fuerzas de Anneli en solo unos minutos, y la única vida que le quedaba se concentraba en sus confusos ojos, que se negaban a enfrentarse a Leo o a la realidad con la que iba a chocar tan pronto como estuviera sentada en un cálido coche patrulla.

—¿Quieres que le dispare? ¿De verdad? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Sí.

Jasper cogió el arma que colgaba de su hombro y la amartilló. Pero lo único que Leo podía pensar era cuánto podría durar Anneli en un interrogatorio, una hora, tres horas, cinco horas, y cuánto podría él alejarse de allí si la dejaba vivir, en comparación a si Jasper le disparaba.

E igual de repentinamente su cabeza se aclaró y corrió a interponerse entre el arma levantada de Jasper y la mujer con la que había decidido compartirlo todo.

—¡Anneli!

Se agachó junto a ella, asegurándose todo el tiempo de que su espalda permanecía entre Anneli y el cañón del arma.

—¡Ahora escúchame! —gritó. Ella apenas podía mirarle.

—Cuando se roba un banco juntos, nunca se abandona a los demás.

Se quitó los guantes de piel y le limpió las heladas lágrimas de las mejillas, sujetando su fina cara entre las manos, intentando buscar su mirada.

—¡Levántate, por el amor de Dios, tienes suficiente energía! ¡Venga!

Pero ella seguía quieta, hundiéndose cada vez más en la ventisca. La mujer que tenía enfrente era otra persona, no su Anneli, con la que siempre había podido contar.

—¡Nos va a delatar!

Ahora era Jasper el que estaba gritando, mientras al mismo tiempo pasaba el brazo izquierdo por la correa de cuero para estabilizar la boquilla del arma.

—¡Leo, estoy esperando! ¡Dame la orden y disparo!

Leo vio a Jasper moviéndose lentamente en un semicírculo a su alrededor para lograr un buen ángulo de tiro, y después alrededor de su padre, que permanecía tan inmóvil como lo había estado todo el tiempo, sin hacer nada que le pudiera servir a Leo de indicación. Ni una palabra. Ivan era una forma

oscura e inanimada en torno a la que bailaban miles de copos de nieve.

—¡No!

Él era el que había planeado el robo. Él era el líder, y *él* tenía que tomar la decisión.

—¡Ponle el seguro a la puta metralleta, Jasper!

Agarró el cañón y lo apartó.

—¿Lo entiendes, Leo? Te entregará.

—Ella no va a morir.

Simplemente era así. Estaban allí porque él había confiado en su padre tanto como lo había hecho en Anneli.

—Si alguien va a morir aquí somos Iván y yo, porque aún no hemos terminado el uno con el otro.

Porque, una vez más, alguien había dejado su marca en la escena del crimen.

—Y ahora nos vamos, ¿me oís? Ella se queda aquí y nosotros seguimos adelante.

La besó, pero ella no buscó sus labios. Leo pudo sentir claramente el aliento cálido de Anneli en el frío viento.

Y se le hizo extraño, pero a veces uno sabe, simplemente, que es la última vez.

Félix apartó un plato de postre y un vaso de cerveza a medio terminar y uno de los libros de mates que Vincent iba dejando por todas partes y luego colocó los veinte centímetros de árbol de Navidad de plástico, el más pequeño que se podía poner en una mesa de cocina, como si fuera una planta en un tiesto. El artificial espíritu navideño, la ilusión de que todo era igual en todas partes, así había sido y eso era lo único que podía recordar, siempre demasiado, falso, forzado, un padre que había destrozado las Navidades una tras otra con su boca, sus exigencias, su demencia. Un jodido árbol de plástico en una mesa de cocina correspondía perfectamente a lo que habían sido las Navidades: tan pequeñas.

Debería sentirse tranquilo. Una tarde en una vida nueva que no tenía pasado. Un hermano pequeño a unos metros de distancia, en el sillón enfrente de la tele y con un mando a distancia en cada mano mientras iba haciendo *zapping* entre los canales.

Sin embargo, tranquilo era lo único que no se sentía. —Apágalo. Todo.

—No puedo.

—Y yo no quiero saber. ¡Apaga, coño!

Vincent llevaba así seis horas, viendo todos los noticiarios mientras la angustia salía de su cuerpo.

Los hombres que han atracado el Sparbanken en Heby tras abrir fuego y haber logrado escapar siguen todavía sin ser capturados.

—¡Apaga!

—No pienso apagar.

—¡No quiero saberlo! Estoy bien aquí, joder. ¡En Gotemburgo! ¡No allí!

La policía afirma haber rastreado a los hombres y están acordonando la zona del bosque en la cual creen que podrían hallarse.

Félix se sentó junto al arbolito de plástico y vació la otra mitad del vaso de cerveza. Tibia. Podía percibir la angustia supurando por los poros de Vincent, su boca, su nariz, y Félix recordó la única vez que había sentido el olor de una persona muerta, uno de los vecinos que había yacido mucho tiempo a solas tras la puerta cerrada de su casa: era exactamente el mismo olor.

La policía advierte a la comunidad y ordena a todos los habitantes de la zona que permanezcan dentro de sus casas.

Ya no podía más, casi se abalanzó sobre Vincent en el salón, le arrancó los mandos de las manos y apagó la tele. Vincent lo miró desconcertado, cogió el teléfono móvil que había en la mesita de centro y marcó uno de los pocos números que tenía grabados en la opción de marcado rápido.

—¡No llames!

Demasiado tarde. Los tonos ya estaban sonando. Y Félix lo vio en la cara de Vincent. Esperanza. Podían ser otros. Otros que también le habían echado el ojo a Heby y habían dado el golpe justo este día. No sabían, no seguro del todo, y podía... *Hola, has llamado a casa de Leo y Anneli, en este momento no podemos responder, pero...* y luego el largo pitido y Vincent colgó.

Ahora sí sabían.

Felix se hizo con el teléfono y lo tiró contra la pared. Los palazos saltaron por todas partes.

—¡No podía estarse quieto! Tenía que continuar y nosotros nos hemos mudado aquí y... ¡Me cago en la puta, Vincent!

Pateó unos restos de plástico de un teléfono móvil y golpeó paredes y marcos de puertas con las manos y ahora el jodido olor de Vincent era todavía peor. Se metió en la cocina a por cuatro regalos que había debajo del taburete

de la esquina, dos para cada uno, y cogió uno de ellos: alargado rectangular y con papel de regalo que no estaba del todo liso puesto que lo había envuelto él mismo.

—Este... era para ti.

Se lo pasó a Vincent, que lo abrió, el papel y la cinta cayeron formando una montaña en el suelo. Una caja de cartón. Y dentro: una botella de *whisky*. Puro de malta. Félix fue a buscar dos vasos limpios y los llenó hasta el borde. Bebieron hasta que los vaciaron.

—No se va a rendir nunca —dijo Vincent, llenándolos de nuevo. Volvieron a beber.

—¿Lo ves, Félix? ¡Yo tenía que estar allí!

Estaba llorando, primero contenido, después más descontrolado.

—Yo tenía que estar allí, Félix... ¡Mierda, mierda!

Y ya no olía a nada, las lágrimas que no querían cesar lo estaban limpiando.

—Pero te das cuentas, ¿no? Él no piensa rendirse nunca. No mientras siga vivo.

La nieve llegaba hasta las rodillas de Leo. El frío invernal atravesando zapatos, chaquetas, piel. Y el viento que se había convertido en tormenta otra vez, azotando, persiguiendo, azuzando, porfiando, desafiando.

Paso por encima de todos.

Esos cabrones no volverían a acercarse, no podrían volver a exigirle respuestas.

Por encima.

Leo delante. Jasper el último e Ivan entre ellos para poder avanzar por las huellas ya marcadas, la respiración atosigada, las manos cerradas en un puño en los bolsillos, el pasamontañas bajado sobre el pelo cano. Veinte minutos. Mitad del recorrido. Cuando el bosque se abrió en un claro mayor, un tramo más fácil. Campo a través, ahorrar tiempo, dejar a los perseguidores más atrás. Hasta que Leo, en cabeza, comenzó a hundirse. Deprisa. Hasta la cintura, el pecho. No era ningún claro. Era una capa frágil de hielo sobre un pantano. El agua helada bajo la tela de los pantalones y del anorak y los

zapatos atrapados en el lodo.

—¡Leo!

Ivan se acercó todo lo posible con pasitos cortos, alargó la mano hacia la de Leo. Su hijo estaba atrapado. Se agachó. Las suelas de las botas clavadas en la superficie resbaladiza y volvió a tirar lo más fuerte que pudo. Y entonces el hielo se rompió. Una pierna en el agua negra, la otra en el borde de hielo mientras tiraba de Leo con las fuerzas que todavía guardaba en algún lugar de su interior. Hasta que el lodo, igual de rápido que la había atrapado, decidió liberar a su presa.

Subieron ayudándose con los brazos, rodaron hasta tierra firme, se quedaron tumbados uno al lado del otro hasta que la tos que había brotado del fondo de los pulmones de Ivan poco a poco fue cesando.

—¿Leo? No puedes continuar. Así no. Te congelarás.

Temperatura bajo cero. Viento azotando. El lodo y el agua que cubrían a su hijo hasta el pecho pronto se convertirían en hielo.

—¡Están viniendo, joder! ¡Tenemos que mantener la distancia!

No miró a su padre, ni a Jasper, y reemprendió la marcha, le castañeteaban los dientes. Ivan lo alcanzó y lo agarró de la chaqueta.

—¡Escucha lo que te digo, Leo! ¡No te das cuenta! ¡Tienes que secarte! ¡Si no, no importará una mierda lo lejos que llegues!

Leo se liberó de un tirón, empezó a caminar, otra vez.

Continuar.

Ivan volvió a alcanzarlo, otra vez.

—¡Hay cabañas! Allí..., al otro lado del claro, ¿las ves?

La cabaña no era especialmente grande. Tablones rojos en horizontal, esquinas blancas. Al cobijo de los abetos. Como cualquier otra cabaña de veraneo sueca.

—¡Camina, joder! —dijo Leo empujándole.

—Nos metemos dentro y secamos tu ropa.

Ivan señaló al bosque.

—*Después* continuamos. Si no te secas con este tiempo, Leo, mírame..., puedes morir.

John Broncks aparcó en la pequeña plaza del banco, a tan solo un ultramarinos de distancia. Un pueblecito pequeño que podría haber sido Ösmo o Ullared o Rimbo o Kungsör, unos pocos miles de habitantes y un centro con tiendas, banco, biblioteca, todo concentrado en una pequeña superficie. También aquí habían sido metódicos en la elección del objetivo, siempre áreas con recursos policiales limitados y fáciles para entrar y salir.

El resto también resultaba similar.

Las cintas blanquiazules ondeantes como un cuadrado vacío saliendo de las dos ventanas del banco para mantener alejados a los curiosos. Cuanto más se acercaba, más personas desconcertadas, asustadas, llorando. Dentro del local, cámaras hechas añicos y la puerta de seguridad de una caja fuerte vacía abierta de par en par. Y un agente de policía uniformado que acababa de terminar un interrogatorio y que ahora iba a su encuentro indicándole la salida con el dedo.

—Tengo que pedirle que...

—John Broncks, Policía de Estocolmo.

Examinó una identificación que era igual que la suya.

—¿Broncks?

—Sí.

—Me llamo Rydén, Policía Local de Heby. Estás lejos de casa.

—Lo sé.

—Ya tenemos patrullas de Heby, Sala y Upsala por aquí.

—También lo sé. Y creo saber qué es lo que estáis persiguiendo.

Quince minutos más tarde, Broncks había hablado con clientes y cajeras que se encontraban dentro del local cuando dos hombres encapuchados les habían ordenado que se echaran al suelo, había recogido casquillos de bala fabricados para armas automáticas del ejército sueco y en una secuencia de vídeo de ocho segundos se había encontrado tanto al líder como al tirador, a los que ahora ya llamaba Hermano mayor y el Militar.

Eran ellos. Sin monos negros y solo dos dentro del banco. Pero eran ellos.

Más de un año de persecución y nunca había estado tan cerca.

La comisaría local quedaba a la entrada del pueblo y, de camino a la plaza

y el banco, Broncks había pasado de largo sin verla. Una casa modesta que recordaba a una casa de ladrillo pero que, exactamente igual que la gran comisaría de Estocolmo, había sido adornada con duendecillos y guirnaldas e incluso, encima de la mesa, media tarta y un par de tazas de café a medio terminar, la merienda de Navidad interrumpida por un atraco bancario.

Rydén le mostró el camino y pasaron por delante de una salita de interrogatorios y una mujer que estaba allí sentada sin expresión en la cara, treinta años, rubia, una manta sobre los hombros y una taza caliente en la mano mientras escuchaba las preguntas de una mujer policía: escuchaba pero primero sin responder, y cuando lo hacía era difuso, tanteando, como si estuviera en *shock*.

—¿Qué aspecto tenían?

—No sé.

—¿No sabes?

—Creo que llevaban... pasamontañas.

—¿Quién es? —preguntó Broncks a Rydén.

—La hemos recogido en un camino de tierra en Skorkebo, una zona de cabañas de veraneo de camino a Sala —contestó este, con cuidado de volverse de espaldas a la salita y bajar la voz—. Los ladrones habían secuestrado su coche. Estaba corriendo desorientada en plena tormenta de nieve, casi la atropellamos.

¿Secuestrado su coche? Este grupo no usaba más vehículos de huida que los que ellos mismos hubieran asegurado previamente. Los escogían al dedillo y los situaban justo donde al perseguidor no se le ocurría buscar. Broncks quería volver atrás, entrar en la salita, hablar con ella directamente. Y lo haría, en breve.

Había un mapa colgado en la pared de enfrente, varios metros cuadrados de plano y con Heby en el centro. Rydén hizo correr su mano aún enguantada por la carretera que subía al norte desde los cuadraditos grises que representaban la plaza y el banco, un par de kilómetros más tarde cambió de dirección en un cruce, siguió paseando las puntas de los dedos por un camino que iba hacia el oeste.

—Aquí, en la linde del bosque, estaba deambulando. La habían obligado a detener el coche, a dejarlos subir, y después conducir. Estaba asustada y el

pavimento estaba resbaladizo. Hemos encontrado su coche en la cuneta, lleno de regalos abandonados. Y desde el coche hemos visto huellas claras en la nieve. Tres pares. Fáciles de seguir.

—Y ¿el primer vehículo de huida?

Broncks todavía quería entrar e interrumpir el interrogatorio.

—¿La han obligado a conducir?

—Sí.

—¿Un coche de alquiler, lleno de regalos de Navidad?

—Iba de camino a ver a la familia.

—¿Alquilado a nombre de quién? ¿Y qué hay en los paquetes?

Rydén abrió la puerta de la siguiente salita. Un compañero estaba interrogando a una pareja mayor que había estado atravesando la plaza con un carro de la compra cuando el vehículo había dado marcha atrás hasta el escaparate de la sucursal. Entró, interrumpió la conversación y regresó con Broncks.

—En diez minutos lo sabremos.

John Broncks se volvió hacia la salita de interrogatorios donde estaba la mujer.

—¿Te importa si me quedo escuchando?

La culata del arma directa al centro de la quebradiza ventanita de la puerta. La mano y el brazo se alargaron entre las afiladas puntas de cristal hasta alcanzar la cerradura del interior. La puerta golpeó la fachada cuando Leo abrió y el viento se la arrancó de la mano.

Un recibidor frío. Sin viento. Y sin nieve.

El interruptor estaba en la pared, debajo del sombrerero. Pero la lámpara del techo permaneció apagada.

—¿Viejo? Los fusibles. El general.

Una cocina con lo básico. Un banco de cocina, una mesa, dos sillas. Estrecho pero con sitio para cuatro comensales. Una cocina de leña de hierro fundido y junto a ella un canasto de corteza de abedul medio lleno de periódicos viejos, trozos de madera y cajas de cerillas.

—Jasper, fuera había un cable de teléfonos. Busca el cajetín y el teléfono.

Dos habitaciones pequeñas delante de la cocina. Una salita, un dormitorio. Jasper rebuscó en los armarios, los cajones de la cómoda y en unos cestos que había en el suelo mientras Leo abría la puertecilla negra y chirriante de la cocina: tiras de periódicos y astillas en el fondo y dos leños de combustible.

Un golpe sordo en el recibidor. Su padre había encontrado la caja de fusibles y el fusible general. Cables envejecidos se llenaron de corriente eléctrica y la lámpara del techo se encendió.

Papel de periódico en llamas, astillas crepitando.

Su padre le pasó unos pantalones de trabajo y un pantalón de chándal que había encontrado en el pasillo y se sentó a la vieja mesa de madera, apartó el cuenco que había en el centro con peras momificadas y lo cambió por el librito de papel de liar y unas últimas virutas de tabaco. Daba para dos cigarrillos, a lo sumo. Y él que fumaba veinte al día. Y que ahora lo necesitaba más que nunca si no iba a abrir lo que había en el estante de azulejos entre la cocina y la encimera. Cuatro botellas. Vodka sueco y *whisky* canadiense, un vino de Sudáfrica y otro de Grecia, uno dulce y marrón que ya había probado antes.

—Leo, tienes que quitarte las botas. Secarlas. Antes de seguir.

—Teníamos noventa minutos. En total. Aquí solo podemos perder la mitad.

—Te da tiempo de secarlas. ¡Si no sufrirás congelamiento! Gangrena. Después tienen que amputar, lo vi cuando vivía... allí. Empieza por los dedos de los pies, después todo el pie se pone negro y se pudre y luego... la muerte va subiendo a menos que te lo corten, Leo.

Hizo lo que su padre le había dicho, se desató las dos botas y las puso en el centro del hierro fundido de color negro, que ya empezaba a calentarse. Después los pantalones, que se cambió por el par que le iban cortos y apretados y que habían encontrado en el recibidor.

Ivan puso sus zapatos junto a los de Leo, le prendió fuego a un nuevo cigarrillo, aspiró hondo y soltó un remolino de humo al mismo tiempo que le echaba mano a una de las botellas sin abrir.

—¡Joder, papá! ¿Te parece una buena idea?

Y se la pasó a Leo.

—Vodka. Dale un trago, te irá bien, acelera la circulación.

Leo bebió. Directamente de la botella. Y notó que su padre no le quitaba el

ojo de encima. Lo llevaba haciendo toda la tarde y había tenido una sensación extraña, como si lo estuvieran juzgando, como si él fuera pequeño y un adulto lo estuviera evaluando, aprobando.

—¿Qué coño estás haciendo? —preguntó Leo.

—Nada.

—¡No me jodas, me estás mirando de esa manera!

—¿Cómo?

—De esa manera.

Ivan apartó los ojos, miró por detrás de su hijo, para no molestar.

—Leo, tenemos..., tienes..., a lo mejor tienes que replanteártelo.

—¿Replanteármelo?

—A veces, simplemente, hay que aceptar las cosas.

Acababa de terminar el trago y ya había puesto el tapón otra vez. Ahora lo volvió a quitar y dejó la botella en la mesa, entre virutas de tabaco y una de las manos temblorosas de su padre.

—¿De qué... cojones hablas? ¡Yo no me rindo nunca! ¡Eres tú el que se rinde, papá! ¿Es eso... lo que quieres hacer ahora otra vez? ¿Por eso querías meterte en la puta cabaña esta? ¡Pues bebe, joder! ¡Bebe!

Jasper se plantó en la puerta con un teléfono bajo el brazo.

—Lo he encontrado. Estaba en un estante del baño. Y el cajetín está en la esquina, junto a la radio.

Las botas sobre la cocina, no estaban secas del todo pero sí más secas. La botella estaba ahora delante de su padre, abierta hasta que unas manos rudas y temblorosas decidieron enroscarle el tapón.

Mientras Leo se iba a la salita, a la esquina con un cajetín telefónico.

Broncks estaba en la salita de interrogatorios escuchando a la mujer que, con una manta a los hombros, contestaba a cada nueva pregunta con una respuesta difusa y desconcertada. A los dos minutos lo había visto claramente: no estaba desconcertada, intentaba parecerlo. Y no le salía demasiado bien.

—Tengo un par de preguntas. ¿Qué me dices, puedo abrir un paréntesis?

La joven compañera se encogió de hombros y Broncks quiso entender que significaba *haz lo que quieras, yo solo quiero irme a casa a comer jamón de*

Navidad. Se sentó en la única silla libre y saludó.

—Broncks, Policía de Estocolmo.

Su mano, delgada, estaba fría.

—Anneli.

—Llevo un rato escuchando. Dices que ibas de camino a casa de unos familiares y que siempre sueles ir por ese camino. Y que de repente estaban allí. Unos ladrones encapuchados. En mitad del camino. Y que querían tu coche. ¿Es correcto?

—Sí.

—¿Y te amenazaron?

Nunca utilizan un vehículo de huida desconocido.

—Sí.

—¿Con armas?

Los eligen cuidadosamente y los sitúan donde ellos quieren. —Sí.

—¿Y después querían que los llevaras?

Y nunca jamás dejarían que una conductora tan frágil, asustada y estresada se convirtiera en la pieza clave de un plan de fuga. A menos que yo lo haya conseguido. A menos que yo haya terminado obligando a Hermano mayor a desesperarse, correr riesgos, cometer errores.

—Sí.

John Broncks sostuvo su mano fría e inerte por segunda vez al darle las gracias, salió y buscó una salita vacía. Pero la comisaría, que parecía pequeña por fuera, lo era aún más por dentro. Con las dos salitas de interrogatorios ocupadas por testigos y los escasos despachos igual de ocupados por personal solicitado, lo único que le quedaba era la cocinita. Broncks cerró la puerta para poder hablar sin ser molestado y fue picando galletas abandonadas en la bandeja de la merienda de Navidad mientras los tonos se iban sucediendo.

Los alegres villancicos. Los oyó incluso antes de que su jefe se hubiera llevado el micrófono a la boca.

—¿John?

—Sí.

—Todavía es Navidad mañana.

—Estoy en Heby.

—¿Sabes cómo se prepara una auténtica cerveza Mumma de Navidad,

John? La clásica. ¿Lo sabes?

—Tres minutos. Hora del cierre. Armas militares. Disparos.

—Coges un *julmust* frío de la nevera y...

—Es lo que sabía cuando me subí al coche.

—... dos botellines de cerveza y...

—Ahora he tocado cámaras a las que les han pegado un tiro, he examinado casquillos de bala de armas militares, he hablado con testigos.

—... un botellín de cerveza *porter*. Después lo mezclas.

—Y *los he visto*. En la grabación de seguridad. Los dos que entran en el banco. Hermano mayor. Y el Militar.

—Opino que deberías ir a casa y probarlo, John. Si no sabes dónde meterte y necesitas un motivo para sentirte parte de algo yo no puedo hacer nada al respecto. Pero puedo darte la orden de no cumplir con tu deber de policía.

Broncks no podía recordar ni una sola vez que le hubiese levantado la voz a su jefe, esa no era su forma de argumentar, igual que tampoco era la de Karlström. Así al hacerlo ahora, gritar en una cocinita cerrada, ambos quedaron igual de perplejos.

—¡Tú y yo hemos estado mirando juntos a estos tíos en grabaciones de seguridad de nueve atracos distintos! ¡Y ahora, Karlström, por primera vez, han disparado contra nosotros, a la policía, están estresados, estamos cerca..., y ellos están aquí, ya te lo he dicho en otras ocasiones, *utilizan armas como herramientas, como si la violencia fuera su maldito oficio*, si nos acercamos más sin refuerzos... se irá todo a la mierda!

Gritó hasta sentir que le escocía la garganta, las últimas palabras salieron afónicas y le pellizcaron las cuerdas vocales, se había olvidado de aquella sensación.

—Espera un segundo.

Broncks oyó que Karlström soltaba el teléfono y caminaba sobre alfombras mullidas, primero en dirección a la música, que se intensificó para luego perecer por completo, después escaleras arriba y a la habitación que era el despacho y que tenía vistas a toda la entrada a Estocolmo.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro. Son ellos. Van armados con armas automáticas que están

dispuestos a usar. Y para entonces no quiero a la policía de Heby ni a la de Sala correteando por aquí. No quiero ver compañeros muertos. Quiero a la Unidad de Operaciones Anti terroristas.

Se hizo silencio. La dichosa música había desaparecido. Solo la respiración de Karlström.

—Me pondré en contacto con la comisaría para una solicitud.

—Ya lo he hecho.

—¿Que ya... lo has hecho?

—Cuando venía para aquí. Porque cada minuto que pasa es la diferencia entre la vida y la muerte. Así que ya vienen de camino. Solo quería que tú mismo llegaras a tomar la misma decisión. No está bien visto que un inspector de policía tome ese tipo de iniciativas sin el consentimiento de su superior. Y le he dicho que lo tenía.

El regalo de Navidad de Vincent estaba casi vacío. Unos minutos puñeteros que se habían convertido en media puñetera hora.

Los atracadores, que poco antes de las quince horas de hoy han abierto fuego en un banco de Heby en la provincia de Uppland, continúan sin ser capturados.

Vincent. Contenido, ensimismado en el sofá, con dos mandos a distancia que iban alternando entre las noticias de la televisión y las de la radio. Y Félix. Caminando de aquí para allá entre persianas bajadas en un piso que parecía haberse empequeñecido, una celda de siete metros cuadrados.

Durante la búsqueda ha habido disparos contra un agente de policía que seguía a los individuos, por lo que se ha solicitado la presencia de la Unidad de Operaciones Antiterroristas, que ya ha llegado al lugar.

Disparos contra la policía. La Unidad de Operaciones Antiterroristas.

Félix se sirvió y se bebió el culo que quedaba en la botella. Una celda sin ventanas. Esa era la impresión que daba.

Había otra botella. El segundo regalo de Vincent. Esta vez Félix ni siquiera sirvió a Vincent. Entonces empezó a sonar el teléfono fijo.

—Hola.

Su voz.

Estás vivo. ¿Estáis todos vivos?

—Félix, ¿cómo estáis?

Os están persiguiendo.

—Solo quería... hablar con vosotros.

—¿Está él contigo?

—¿Él?

—Ivan.

—Sí.

Alguien se movió de fondo. Quizá Ivan. O Jasper.

—Si sale mal, Félix.

—Ya están allí.

—Si sale mal quiero que tú y Vincent desaparezcáis.

—Las fuerzas especiales. Ya están allí. Lo han dicho en las noticias.

—No lo están.

—Lo han dicho. La Unidad de Operaciones Antiterroristas.

—Es imposible. Su tiempo de desplazamiento es demasiado largo.

—¡No hagas ninguna tontería!

—Te lo diré otra vez. Si sale mal, Félix. Entonces dejáis el piso.

Desaparecéis. A donde os dé la gana.

—¿Por qué íbamos a hacer eso?

—No vais a tener problemas por algo que yo he hecho.

—No.

—¿Cómo que no?

—No huiré a ninguna parte.

Vincent bajó el sonido de la radio y la tele.

—¡Joder, Félix, por qué tienes que ser tan tozudo! Por una maldita vez en tu vida, ¡haz lo que te digo sin discutir!

—Yo ya no atraco bancos. Ni tampoco huyo después de ningún atraco. Me quedaré aquí. *Nos quedaremos aquí.*

Vincent se había puesto a su lado, se inclinó hacia el diminuto espacio que separaba un auricular de teléfono de una oreja.

—¿Quieres hablar con Vincent?

No había terminado de formular la pregunta, no había tenido tiempo de obtener una respuesta, antes de que Vincent le arrebatara el teléfono de la mano.

—¿Leo?

—¿Sí?

Su hermano pequeño se quedó en blanco, tenía el micrófono pegado a la boca, intentó pronunciar lo que otra persona tantas veces le había expresado a él.

—Leo..., oye..., pasamos por encima de todos.

A quinientos kilómetros de distancia.

—¿Verdad, Leo?

Y en la misma sala.

—Sí. Por encima, Vincent.

Tras la puerta que ellos mismos habían decidido cerrar.

—Y Vincent..., Félix no me escucha. Así que escúchame tú. Si esto sale mal, si sale mal..., entonces cada uno tiene que arreglárselas por su cuenta. ¿Comprendes? Tú tienes que zanjar esto *a tu* manera. A tu propia manera. Hagas lo que hagas, Vincent, será lo correcto. ¿Me oyes? Pase lo que pase..., lo que hagas será lo correcto, sea lo que sea.

Había un arbolito de Navidad de plástico encima de la mesa.

No lo había visto hasta ahora. Félix debía de haberlo comprado.

A su hermano ni siquiera le gustaba la Navidad.

—¿Leo?

—¿Sí?

—Tendría que haber estado ahí.

—No, hermanito..., te aseguro que no.

Broncks estaba delante de la pared del mapa gigante. Una gran cruz en rotulador negro en el sitio donde había un coche —ya le habían confirmado que estaba alquilado a nombre de Anneli Eriksson y que llevaba regalos vacíos— tirado en la cuneta. Los atracadores a la fuga se habían alejado de allí a pie a través de un bosque alargado donde había más de medio metro de nieve. A unos tres, quizá cuatro kilómetros por hora, supuso, no más rápido. Miró la hora, calculó, trazó una circunferencia con el rotulador cuyo centro era la cruz y que tenía un radio de seis kilómetros. Un área de búsqueda que no había tenido tiempo de expandirse demasiado. Y que con los refuerzos sobre el terreno no tardaría en comprimirse.

—Voy a entrar otra vez —dijo a Rydén—. Y cuando haya terminado... ponte en contacto con el fiscal. A esa de ahí dentro hay que detenerla y llevarla a prisión preventiva. No sé qué pinta en todo esto, pero algo pinta.

Entró en la salita de interrogatorios donde se hallaba la mujer que se hacía la aturdida.

—¿Anneli?

Miraba a la mesa, al suelo.

—Anneli, *mírame cuando te hablo*. Quiero que me cuentes todo lo que sabes. Si no lo haces, esto puede terminar jodidamente mal.

—¿A qué se refiere con «todo»?

—Todo lo que sepas. Sobre los del coche. Los que han robado un banco. Quiero saber cómo se llaman. Si podemos comunicarnos con ellos. Qué armas llevan. Me parece importante. Si es que quieres volver a verlos alguna vez.

Por primera vez lo miró con sinceridad, sin fingir con los ojos.

—Anneli..., ¿qué armas llevan?

Un instante breve, pero lo suficiente. Ella sabía de qué estaba hablando Broncks. Sabía de qué eran capaces los que en ese momento estaban corriendo por un bosque.

—Para poder protegerlos tenemos que entender toda la amenaza.

Y estaba asustada.

—¿No lo entiendes, Anneli? Tenemos que saberlo. Para poder cogerlos, vivos.

—Ponte las botas.

—Leo, joder, tienes...

—¡Cierra el pico, papá! ¡Llevamos ventaja y vamos a mantenerla! ¡Jasper, líquidos, comida, coge lo que encuentres!

—Pero las fuerzas especiales, Leo, hijo, escúchame, tienes que...

—¡Escucha tú! ¡Ningún capullo volverá a acercarse! ¡Ninguno!

La tormenta había pasado a ser un viento amainado. Destellos discretos de las estrellas por encima de los árboles. La noche sería tranquila. Y sus rastros serían más fáciles de seguir. Pero también sería más fácil seguir adelante, alejarse de aquellos que les acosaban.

Leo se había puesto las botas, la chaqueta, el chaleco antibalas y el arma cuando se percató de algo nuevo. No con demasiada claridad, sino más bien como fragmentos que se perciben sin comprenderlos realmente.

Excepto entonces, cuando todo esto había comenzado, había sido él quien había recurrido a la oscuridad a modo de protección. Ahora era otra persona quien lo observaba a él desde la oscuridad. Primero, a la izquierda desde la ventana de la cocina, tuvo la impresión de que una sombra cobraba vida y se movía junto a un árbol. Y luego, a la derecha, como si se desplazara hasta el siguiente árbol, una sombra con media cara negra. Y por último, cuando ya se hubo echado al suelo y acercado reptando a la ventana para ver mejor, la sombra se convirtió en más sombras que llevaban armas parecidas a la suya y que se movían trazando un arco alrededor de la casa. Y si realmente acababa de ver y registrar todo aquello —el hecho que le resultaba tan familiar— tuvo la sensación de que todo había sucedido al mismo tiempo.

—¡Están aquí!

Se volvió hacia Ivan, que se había sentado en el sillón del salón, y Jasper, que estaba revisando los armarios de la cocina en busca de cuanto fuera comestible y se pudiera meter en la bolsa de las armas.

—¡Ya están aquí!

Ivan permaneció sentado, como si se hubiera quedado pegado, incapaz de reaccionar; se reclinó rendido en la butaca. Jasper corrió primero hasta la ventana para ver lo que Leo ya había visto, después hasta la chaqueta que había en el reposabrazos del sofá. La llevó a la cocina y de uno de los bolsillos interiores sacó una granada de mano, que puso en la mesa. Luego otra. Y otra.

—Este grupo, lo que hemos hecho, no termina aquí —dijo Jasper—. *Nosotros* no terminamos de esta manera.

Tres granadas. Junto a ellas puso la bolsa con los cargadores, separándolos extendidos en una nueva fila.

—Eres un puto loco, Jasper. ¿Granadas?

—¡Granadas, Leo! ¡Mañana cuando salgamos en las portadas de los periódicos será con el pasamontañas puesto! No van a poder señalarnos con el dedo y decir *Ah, o sea que esa es la cara que tienen*. Dime qué tengo que hacer, Leo. Haré lo que sea. Tú lo sabes, ¡lo que sea! No podemos morir como

atracadores fracasados y que nos metan a cada uno en una celda distinta y en diferentes cárceles. ¡Entonces ya no habrá banda!

Le quitó el seguro a su arma, apuntó a la noche, preparado para abatir sombras.

—Relájate un poco, joder —dijo Ivan. Se había puesto de pie y se estaba acercando a las dos filas de arsenal—. Si lo que quieres es morir, esta noche no fracasarás, te lo garantizo. ¡Pero no estás tú solo aquí dentro, pedazo de idiota! ¡Así que deja de menear el arma!

—Jasper. ¡Así es como me llamo! Y ya puedes abrir la boca todo lo que quieras, se te da muy bien, ya se te daba bien entonces. Incluso sabes partirle la cara a la gente. ¡Pero eres incapaz de tener tu equipo bajo control! ¡Es culpa tuya que estemos aquí!

Se había sentado junto a las granadas, igual de solo que como se había sentido en el cuartito de armas cuando había decidido que se las llevaría. Como si lo hubiese sabido. Que los dos civiles no estarían a la altura.

—¡Se están agrupando en este momento! ¡A ver si te enteras, están haciendo exactamente lo mismo que nosotros hemos estado haciendo un año sin ti, viejo inútil! ¡Agruparse! ¡Para atacar! ¡Así que meneo el arma todo lo que me da la gana, seguro que ahí fuera hay alguien que me tiene en la mira telescópica! Puedo sentirlo. ¡Puedo sentirlo!

Leo se arrastró por el suelo y se sentó entre ambos.

—¿Leo? ¿Vas a dejar que el boinas este...? ¿Qué vamos a hacer?

El ruego en la voz de papá, otra vez. Leo no le dio espacio. Se volvió hacia la cocina de leña y el calor que emanaba hasta que se le calentó la tez. La bolsa seguía en el suelo de la cocina. La abrió, metió la mano, agarró dos fajos.

—Esto de aquí... casi treinta por ciento de algodón. ¿Lo sabías, viejo?

Un fajo de billetes de cien, otro de quinientos.

—Hace que el papel se vuelva un poco más rígido. Más difícil de romper. ¿Sabes cómo lo descubrí? Tuve que lavarlos. Acetona y agua. Unos cuantos, la verdad. Estaban manchados de rojo por una bomba de tinta. Y después había que secarlos.

Tiró de la puertecilla cuadrada de la cara frontal de la cocina y esta se abrió.

—El jodido material se encogió en la secadora y los billetes se volvieron demasiado pequeños y no servían ni para las gasolineras de autoservicio. Hasta ese día yo no había tenido ni idea. De que había tela en los billetes. Tuve que usar miles de coronas antes de darme cuenta de que tenía que secarlas en un tendedero.

Leo metió el primer fajo de billetes, los de cien.

—¡Qué coño haces! —Jasper gritó pero no empujado por la cólera sino por la sorpresa—. ¿Vamos a rendirnos? ¡No vamos a dejar que nos cojan!

—Entonces siéntate en el suelo. Tú mismo lo has dicho, nos están apuntando.

Después metió el otro fajo, los billetes de quinientos, y estos también ardieron con una llamarada.

—Está muy bien que quemes hasta la última corona —dijo Ivan, que ya se había sentado él también en el suelo, el fuego a la altura de la cara—. Porque a veces, Leo, hijo, hay que aceptarlo.

Leo sintió un calor intenso y nervioso como una fina cáscara sobre la cara.

—¿Aceptar? No van a llevarse este maldito dinero.

Leo volvió a meter la mano en la bolsa, las dos manos, hasta el fondo. Seis fajos. Solo billetes de quinientos.

—El dinero no. Y a mí tampoco.

El fuego comenzó a devorarlo todo, metió los fajos y los empujó con el reverso de la puertecilla y después echó el sencillo cerrojo.

—*No van a cogermé.* ¿Comprendes, viejo? A mí no. Así que o vas a buscar tu arma o sales por la puerta. En tal caso, se ocuparán de ti, allí fuera, ya lo sabes, ¿verdad? Como hacen siempre. A partir de ahora... cada uno que haga lo que quiera.

El calor de cientos de miles de coronas se parece al de un trozo de leña. Pero las llamas se extinguen más deprisa.

Se hizo silencio absoluto. Ivan se había sentado junto a la mesa esquinera en la salita, la que quedaba protegida por dos paredes. Las manos le temblaban al liarse el último cigarrillo con el último tabaco que le quedaba. Leo iba arrojando y empujando fajos a medida que los anteriores se convertían en ascuas. Jasper se arrastraba de un lado para otro intentando mirar por todas las ventanas de la casa, seguir los movimientos de las sombras mientras

quitaba el seguro y cambiaba el selector de tiro a fuego automático.

A partir de ahora. Cada uno que haga lo que quiera.

John Broncks ya se había topado antes con ojos así.

Tú. O yo.

Pero estos ojos que Broncks observaba ahora pertenecían a su propio bando, envueltos en un pasamontañas negro.

La Unidad de Operaciones Antiterroristas. Dieciséis policías de élite. Agrupados en la nieve tras la protección de los gruesos troncos, con subfusiles y rifles de francotirador.

El círculo de búsqueda. Que por fin se había hecho lo bastante pequeño.

Cuatro vehículos pesados habían salido del cuartel central bajo la petición de Broncks en Solna y cincuenta y siete minutos más tarde se habían metido por la carretera rural a un par de kilómetros al noroeste del pueblo, coches reconstruidos y reforzados hasta dotarlos de un aspecto de pequeños carros de combate. Mientras tanto, una unidad canina había seguido el rastro desde un vehículo de huida hasta la caseta que acababan de rodear. Rastro todo el camino hasta la puerta. Seis pies, tres pares, y ahora sabía que pertenecían a un padre y a un hijo y al amigo de la infancia del hijo, que iban armados con los AK4 del ejército sueco y que tenían munición real. Ella se lo había contado un poco más tarde, la mujer que se había hecho la desconcertada, incluso le había indicado exactamente cuántos cargadores llevaba cada uno en sus chalecos cosidos por ellos mismos.

—¿Cuánto tiempo más, crees tú? —preguntó Broncks al jefe de la unidad antiterrorista.

—No tenemos prisa.

—La unidad canina calcula que llevan dentro unos treinta minutos.

—Esperaremos. Al momento preciso.

Había dejado de nevar. Y el frío había aflojado. John Broncks miró una tarjeta de felicitación de Navidad con un dibujo hermoso. Eso parecía. Pacífico. Una cabaña iluminada y nieve blanda como el algodón sobre los canalones y los frutales, una columna de humo saliendo de una chimenea de ladrillos.

No era ninguna tarjeta de Navidad.

La lámpara de lo que sin duda era la cocina había sido encendida por atracadores armados que en su trayecto hasta allí no habían titubeado a la hora de disparar contra un agente de policía. Y que en diez atracos graves habían disparado más balas entre personas vivas que ninguna otra banda criminal sueca.

El jefe de las fuerzas especiales los había llamado por teléfono una vez.

Ahora volvía a marcar el número del teléfono fijo de la casa, que había sido fácil de localizar. Pudieron oír los tonos que sonaban y se filtraban por las ranuras de las paredes y los cristales de las ventanas.

Un intento de exhortar a los que estaban allí dentro a que salieran de forma voluntaria con los brazos y las manos por encima de la cabeza. Tonos monótonos que terminaron cesando sin que nadie cogiera el teléfono.

No obstante, sí que obtuvieron respuesta. Todas las luces se apagaron de golpe.

No iban a rendirse.

Tres millones y medio de coronas es menos de lo que uno cree. Ni siquiera dan para llenar una bolsa de deporte. Y cuando vas metiendo fajo tras fajo en llamas crepitantes de color naranja se encogen y se reducen a cenizas y apenas ocupan ningún espacio.

Ivan estaba tumbado en el suelo de la salita.

—¿Leo?

Su hijo pasó cerca de su cabeza arrastrándose hasta la ventana, tan cerca que podría haberlo agarrado por las botas.

Todo el cuerpo agazapado, tenso, al abrir los dos cierres de la ventana y empujar el cristal hacia fuera, hasta que la nieve que oponía resistencia en el alféizar terminó cediendo.

Una abertura de un par de centímetros. Su vía de salida.

—Sé lo que estás haciendo.

Ivan se puso de rodillas, al lado de su hijo.

—Leo, no lo hagas.

Luz tenue allí fuera. En la claridad, el frío. Las estrellas esparcidas, la media luna menguante. Y en el cristal, podía verlos justo delante, el reflejo de cuatro ojos. Como si se estuvieran observando en un área diminuta de la parte superior de un espejo pintarrajeado, subiendo en un ascensor. Había bajado corriendo descalzo siete plantas convencido de que lo había perdido.

—*Leo...*, no lo hagas.

El reflejo de cuatro ojos en el cristal. Para Leo eran igual de evidentes. Y sabía qué estaba viendo en dos de ellos.

Duda.

—Van a usar gas lacrimógeno, viejo. Siempre empiezan así. *Creen* que nos cogerán por sorpresa. Y justo entonces es cuando saldremos. Por aquí. Por la

ventana.

Este hombre, mayor y más débil que aquel del que se había colgado mientras había golpeado una y otra vez, la única vez que lo había abrazado y comprendido lo fuerte que era ese cuerpo.

—Será el único momento en que tendremos nuestra oportunidad, más o menos como después de los primeros disparos en el atraco a un banco, cuando solo nosotros sabemos lo que pasa y podemos actuar. Quizá estos capullos piensan que saben con qué armas contamos, pero no saben una mierda sobre las granadas de mano. Así es como damos el golpe. Somos *nosotros* quienes los atacamos a *ellos*.

Aquella vez se le había colgado al cuello, lo había apartado con un abrazo. *No lo hagas*. Este no era el mismo cuerpo: consumido, despojado del vigor de antaño.

—Si no actuamos en ese lapso, entonces será demasiado tarde. Nunca saldremos de aquí.

La duda. Eso era lo que veía. Como solo la alberga alguien que no tiene fuerzas.

—Cuando entre el gas lacrimógeno usaremos dos granadas, directamente. No cuentan con ello. Tú y yo salimos primero mientras Jasper los mantiene a raya con todos los cargadores que haga falta. Nos ponemos a cubierto y hacemos lo mismo hasta que Jasper nos haya pasado. Tenemos munición de sobra. Sabes hacerlo, viejo, bailar y pegar, bailar alrededor del oso. Es más grande pero podemos ganar, derrotarlo, si bailamos y acertamos en los golpes. ¿Verdad?

Ivan se incorporó. Quería coger los hombros de su hijo, sujetarlos fuerte, sacudirlo y gritarle hasta que lo escuchara.

—Si bailamos a su alrededor. Podemos vencer. Si golpeamos cuando los de ahí fuera creen que tienen la situación dominada. ¡Ponte el pasamontañas, papá, y prepárate!

—¿Vencer?

Ivan no lo tenía agarrado, acabaría siendo una catástrofe. Y tampoco gritaba. Pero por fin recuperó el habla.

—¿Por qué has quemado el dinero si crees que podemos escapar? Si nos enfrentamos a ellos ahí fuera con armas, se irá todo a la mierda. Se volverá

todo negro. Se pudrirá. La muerte se expande hacia arriba.

Mientras Leo lo estuviera escuchando no se estaría preparando. Y si no estaba preparado tampoco podría salir corriendo, allí afuera, hacia los que habían rodeado con intención de disparar.

—¡Ese de ahí, el boinas, va por ahí hablando de portadas y *sin pasamontañas*! ¿Leo? ¿Cómo coño puedes prestarle atención a esa mierda? Félix y Vincent, ¿quieres que te vean muerto, en esas jodidas portadas, es eso lo que quieres?

—¿Y desde cuándo cojones te preocupas tú por ellos? ¡Ponte el maldito pasamontañas de una vez!

La tela negra sobre la cara de Leo. Sus facciones se habían borrado.

—¡Ya te lo he dicho! ¡No volveré a sentarme ahí! ¡Detrás de una maldita mesa, enfrente de un poli! ¡Nunca! ¡Ahora ponte el pasamontañas, viejo! ¡Si no, te dejo aquí!

Su hijo estaba saliendo. Fuera. Lejos. Ya no prestaba atención. Y la fuerza, la poca que quedaba, un eco de otra persona en otra época, de otro hombre, esa fuerza lo abandonó ahora por completo, y él hizo lo único que aún podía.

—¿Leo? Sé que tú no... me delataste.

Chivato.

—Lo he sabido... siempre.

Chivato.

—Lo digo de verdad, Leo. Tú no me delataste. Sé que el policía mintió. Que tú no habías dicho nada. Vi la venda en su mano cuando vino a hablar conmigo.

Un pasamontañas negro en la cara. Un arma con el seguro quitado en las manos.

No importaba.

Leo había interrumpido sus preparativos para el combate —había funcionado—, mientras pudiera hacerlo escuchar podría mantenerlo con vida.

—¿Y entonces por qué cojones no lo has dicho?

—Pensaba que era mejor así.

—¿Que era... mejor?

—Sí.

—Cómo coño... primero destrozarlo todo y después rendirte y esperar a

que llegue la poli. Y luego... ¡me echas la culpa a mí!

Su padre se había deslizado hasta sentarse en el suelo, desde donde ahora lo miraba alejado, la cabeza reclinada hacia atrás.

—Siempre has sido un coñazo con toda esa mierda —continuó Leo—. ¡Un coñazo! *Chivato*. ¡Nunca parabas! Y pensabas que era... ¿mejor así?

Los de fuera, en la oscuridad, posicionándose para atacar.

Y Jasper reptando por el suelo, detrás de él, con una de las granadas en la mano; metió el dedo en la anilla de seguridad al llegar a la otra ventana de la salita.

—¡Leo, si no nos largamos ya moriremos! —dijo Jasper.

—Espera —susurró Leo.

Vio cómo Jasper apartaba la cortina y asomaba la cabeza para oír.

—¡Los veo! ¡Hay que salir! ¡Nos volarán la cabeza de un momento a otro!

—¡Cierra el pico!

—¡Ahora, Leo! ¡Antes de que sea demasiado tarde!

—¿Jasper? ¡Cierra el pico! ¡Estoy hablando con mi viejo, no lo ves!

Ya había quitado el seguro del arma.

—¿Mejor... así? ¿Viejo? ¿Mejor así?

Ahora la levantó.

—¡Es a ti a quien debería pegarle un tiro, joder! ¡No a ellos!

¡A ti!

Leo respiró hondo, mantenía el cañón del arma estable, sentía tanta paz. No había ningún temblor. Ni en él ni en su padre.

Fue entonces cuando se rompió el primer cristal.
Habían elegido la ventana de la cocina.

Una granada de gas *comenzó a esparcir* una nube blanca de gas desde la cocina caliente hasta la salita. Corrieron, los tres, hacia el dormitorio cuando el siguiente tubo reventó esa ventana y empezó a girar, allí mismo. Y cuando, a los pocos segundos, las dos nubes se cruzaron, se convirtieron en un alud de gas lacrimógeno.

—¡Echaos al suelo!

Leo se tiró de bruces e Ivan se tumbó a su lado *mientras* Jasper seguía donde estaba, con el pasamontañas.

—¡Maldita sea, tumbate! Jasper, tienes que...

Esto último no debió de llegar a oírse, sus palabras se ahogaron en tres disparos que fueron efectuados en algún punto del exterior, fuera de la nube blanca. Tuvo tiempo de pensar que en aquella claridad la sangre de Jasper adoptaba un tono mucho más rojizo de lo que esperaba mientras le caía encima.

Después sus párpados comenzaron a contraerse de forma espasmódica. Y las lágrimas saltaron de sus ojos cuando canales y mucosas dejaron de funcionar.

—¡Soltad las armas!

Voces apagadas atravesando máscaras antigás por encima de su cabeza, en mitad del alud lacrimógeno, y hablaban a gritos.

—¡No te muevas del suelo y no toques el arma!

Leo estaba ciego. Le ardía la lengua y el pecho se transformó en un globo que había que reventar, y vomitó desde lo más profundo de su ser. Alguien lo aplastó contra el suelo, gritando, forzando. Otro le bloqueó las piernas, le dio

varias patadas en el costado. Y alguien le sujetaba la mano. No podía respirar ni pensar pero la mano que lo sujetaba le era familiar, grande y con callos donde siempre los había habido.

Su padre había estado hablando y hablando, retrasando el momento a conciencia, sacándolo de su concentración, y no le había dado tiempo a correr.

Y de pronto fue real. Aquello que no podía suceder. Ser atrapado nunca había sido una alternativa.

Pero ahora era la única que quedaba.

Mañana del día de Navidad. O amanecer. Quizá madrugada. John Broncks no tenía la menor idea.

Sabía que fuera estaba oscuro y que una capital entera estaba durmiendo. Sabía también que un inspector de policía estaba sentado solo en su despacho mirando fijamente una caja de cartón precintada con la puerta abierta a un pasillo desierto. Y que no se sentía como debía. A pesar de que catorce meses de pesquisas, cavilaciones, frustración, caza, rendición, rabia, incluso odio hubieran llegado a su fin. A pesar de que Hermano mayor ahora estuviera a tan solo doscientos metros de distancia en otra zona de la comisaría, en una celda de la prisión preventiva de Kronobergshäktet. Y de que el Militar hubiese sido transportado a la planta de cuidados intensivos del hospital Karolinska. A pesar de que Hermano pequeño y Conductor hubiesen sido localizados en un piso del centro de Gotemburgo, detectives vigilando el portal de la finca de alquiler y las fuerzas especiales listas para entrar. Y a pesar de que dos de ellos nunca hubieran aparecido antes en el caso: el hombre mayor ahora en una prisión local de Upsala y la joven en el módulo para mujeres de Kronoberg, una planta por debajo de Hermano mayor.

A pesar de que ahora supiera que se trataba de una familia. Tres hermanos. Un amigo de la infancia. Una novia. Y un padre.

Una familia entera.

Debería estar dando vítores, riendo, brindando. Y no lo hacía. Catorce meses. Y nada.

A lo mejor no debería haberla llamado. Tal vez era por eso.

Se le había antojado tan normal.

Había salido al coche que había dejado aparcado delante de la pequeña comisaría en Heby y se lo había encontrado cubierto de nieve. Había ido a

buscar la pala de detrás de la puerta de comisaría y había apartado varios palmos de nieve desde la calle hasta la acera, después había quitado aún más nieve con el brazo del techo y las lunas y el capó, por último había rascado la película de hielo que se había aferrado a los cristales sin intención de soltarse. Un lento viaje de vuelta por el caos de nieve. Había llegado hasta Enköping cuando marcó el número por primera vez. Llevaban mucho tiempo sin hablar. A decir verdad, los últimos meses solo se habían visto en compañía de compañeros de trabajo sentados a mesas cuadradas en salas de reuniones, o se habían lanzado un escueto saludo al cruzarse por algún pasillo. Había llamado pero colgado al cabo de un solo tono. Veinte kilómetros más tarde, entre Bålsta y Kungsängen, había vuelto a llamar. Y había colgado cuando ella lo había cogido. Diez kilómetros más tarde, Jakobsberg, habían sonado cuatro tonos y su voz había sido cortante y él había permanecido callado con el teléfono en la mano.

—¿John? Puedo ver que eres tú.

Había mantenido el auricular pegado a la mejilla y la oreja.

—John, ¿qué estás haciendo?

Lo había apretado, fuerte.

—John, oye, es...

—Se acabó.

—¿Se... acabó? —La voz de Sanna había cambiado, ya no era tan cortante —. ¡Yo que llevaba tanto tiempo intentándotelo explicar! Cómo me alegro, qué alivio que lo entiendas, John, yo...

—No, me refiero a... *ellos*, se acabaron.

—¿Perdón?

—Los hemos cogido. Esta noche. En Heby. *Son ellos*. Tres hermanos y un amigo de la infancia. El más pequeño acaba de cumplir dieciocho. Ninguno tenía antecedentes. Estábamos persiguiendo a una banda de mocosos que han puesto patas arriba todo el país. Catorce meses, y se ha acabado, Sanna.

Se había hecho un momento de silencio porque ninguno de los dos había sabido cómo continuar. Y se habían podido oír dos vidas. Ella, que había reconocido el rumor de cuando vas sentado en un coche, de camino a alguna parte. Él, que había reconocido el murmullo que eran voces en una casa, personas que están alrededor.

Voces de niños. Que a lo mejor habían llorado un poco. Que a lo mejor habían dicho mamá.

—¿John?

—¿Tienes..., eso son niños?

—Nos has despertado.

—¿Tienes? ¿Niños?

—Dos. Una niña. Tiene cuatro. Un niño, a punto de cumplir dos.

—No me lo dijiste.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Ahora el rumor era más evidente, como si ella se volviera y el micrófono del teléfono captara de forma más directa dos niños que instantes antes estaban durmiendo y que ahora habían dejado de hacerlo.

—¿John?

Ella lo había dicho. Que buscaba un final. Porque lo necesitaba.

Él no había entendido que pudieran existir finales así.

—Es Navidad. Es de noche. Dentro de unas horas... tengo...

—Feliz Navidad.

—Ya sabes, John...

—Solo era eso. Feliz Navidad.

Después se había aproximado a la ciudad. Y en la nieve que seguía cayendo pesadamente había tomado un atajo. Por Solna y el cementerio Norra, pasando por una tumba que también había estado cubierta de nieve.

Hacia alguien en quien pensaba más ahora que estaba muerto que cuando estaba vivo.

Continuó atravesando una capital que pronto cobraría vida y se mantendría al calor de la familia y los regalos de Navidad. Hacia una comisaría igual de vacía ahora que cuando había llegado, una hora atrás.

Una familia entera. Y el final de Sanna.

Había ido a su despacho y apartado los montones de carpetas, el caso que pronto desaparecería de su mesa y que se convertiría en los fundamentos del fiscal en un juicio próximo: cuatro mil páginas de investigación sobre nueve atracos bancarios, un atraco a un furgón blindado, doscientas veintiún armas automáticas robadas, intento de extorsión a las Autoridades Policiales y una bomba que había estallado en la estación central de Estocolmo. Y se había

puesto con otro caso. El que estaba dentro de una caja precintada que llevaba sin abrir tanto tiempo que se había convertido en una silla de visitas.

Había cortado el celo que daba varias vueltas a la caja. Había levantado las solapas. Y había salido de allí.

Al pasillo desierto y a la cocinita, a los últimos restos de *glögg* y unas galletas de jengibre abandonadas en un cestito.

Había regresado al despacho.

Había continuado dando vueltas intranquilo alrededor de la caja, ahora abierta.

Una familia. Un final.

Recordó a Sam entre dos funcionarios de prisiones al salir de la sala de visitas de la cárcel a doscientos treinta kilómetros de distancia, que se había vuelto para susurrarle *no quiero volver a verte nunca más*.

John Broncks se había decidido en aquel mismo instante. Se había acercado a la caja, que aguardaba para ser abierta. El grueso fajo de papeles se escondía bajo archivadores vacíos y calendarios caducados. Otro caso. El que dieciocho años antes había sido la base para otro juicio y una cadena perpetua.

Ya había llamado a Sanna y esta había tenido dos hijos. Ya ni siquiera sabía dónde vivía su madre. Y llamar a Sam, eso tampoco, puesto que se trataba de él.

Cogió entre los dedos una guarda rígida.

DISTRITO POLICIAL: Estocolmo DEPARTAMENTO:
Investigación criminal DELITO: Homicidio

Todos estos años. De adolescente a adulto que se aproximaba a la mediana edad. Y hasta ese día ni siquiera lo había tocado.

Las primeras páginas se parecían, en verdad, a la introducción de todos los casos en los que él mismo había trabajado. Primero la denuncia. Después la relación de fiscales. Después otra denuncia. Después un resumen de las señas identificativas. Después la transcripción de una llamada de emergencia efectuada por una mujer alterada y consternada a las 02.32.

Ahí, pasadas las veinticinco primeras páginas, en el primer interrogatorio, era donde terminaban las similitudes.

A un John Broncks de dieciséis años.

Quien ni siquiera recordaba que alguien hubiera hablado con él.

FL: ¿Lo sabías? ¿Lo que tu hermano iba a hacer?

JB: ¿Si lo sabía?

FL: ¿Te había contado que iba a matar a vuestro padre?

Era curioso. No lo recordaba en absoluto. Hasta que leyó sus propias respuestas.

Podría haber sido él el policía que interrogaba. Quizá incluso lo había sido en todos los casos. Y a lo mejor volvería a serlo, mañana, cuando comenzaran los interrogatorios a un padre, un hermano mayor, un hermano mediano y un hermano pequeño.

FL: ¿El cuchillo, John?

Sabía exactamente qué pregunta vendría después. Antes de haberla siquiera leído. Esa era la misión de todo policía, buscar la verdad, poner orden a los acontecimientos.

FL: ¿Sabes que lo encontramos debajo de tu cama?

Sabía la pregunta pero nunca la respuesta. *A veces... hace ver que se desmaya.* Todo el mundo tiene sus respuestas. *Entiende que se lo merecía, ¿verdad?* Una explicación particular para cada caso de violencia en particular. *Si hubiese querido matarla... lo habría hecho.* Sabía la pregunta pero nunca la respuesta: ni entonces, ni ahora.

FL: Y yo me pregunto, John, si no puede ser que tú también lo estuvieras sujetando.

Iba a leer más, cuando volviera. El interrogatorio a mamá. El interrogatorio a Sam. El informe técnico con imágenes de una cama y sábanas

empapadas de sangre y un cuchillo que tenía dientecitos afilados para descamar pescado. Y el informe forense con la descripción de un cuerpo de varón recién lavado que presentaba tres orificios en el pecho más o menos a la altura del corazón. Pero primero le haría una visita a alguien a quien conocía y, al mismo tiempo, no conocía en absoluto.

No quedaba lejos y ni siquiera le hizo falta salir a la calle. Tres puertas cerradas a través del departamento de Investigación Criminal de la Policía de Estocolmo pasando por la Interpol, Protección de Testigos y el departamento Forense hasta el edificio que era un poco más alto y miraba al oeste, Policía Secreta, Policía Judicial, Sección de Escuchas, prisión preventiva de Kronobergshäktet. No había estado aquí desde la primavera pasada, cuando le habían echado una mano para analizar dos conversaciones nocturnas; cuanto más hincapié se hacía en la colaboración entre departamentos, menos se colaboraba.

Broncks tomó el ascensor hasta la octava planta esta vez. Se bajó y llamó con los nudillos a la garita del funcionario de prisiones que estaba de guardia. En mitad de la noche. Y llegaba sin previo aviso. Pero la persona joven y afable del otro lado de la ventana abrió la portezuela y le explicó que si el señor inspector Broncks era tan amable de tomar asiento y esperar un par de minutos, enseguida podría visitar al sospechoso que había llegado unas horas antes y que estaba ahora recluido en el pasillo oeste.

Hizo lo sugerido, se sentó en la silla a esperar.

A cada paso que daba, un poco más cerca de una celda cerrada con llave, y un poco más lejos de un caso de dieciocho años de antigüedad.

De una familia, hacia una familia.

¿Qué era una familia? Ya no tenía la menor idea.

Quizá una familia debía de ser algo fuerte, con una conciencia de grupo construida desde la base. Un lugar donde la violencia, por esa razón, cada vez se hacía más evidente, más bestial: se volvía hacia dentro, hacia los semejantes, contra aquellos a los que la unión debía haber protegido.

—¿Broncks?

Nadie con quien hablar. Nadie con quien compartir.

Hasta que ya es demasiado tarde.

A veces termina en un cementerio. A veces, aquí.

—¿Broncks? ¿Hola?

—¿Sí?

—Ya puede pasar.

Oyó un grito en la primera celda, sueño o angustia, sonaba igual. Después tres en silencio. Y luego dos que volvieron a sonar, pero no gritos, más como si hubiese alguien haciendo flexiones en una y hablando solo en la otra: cuando los días se volvían semanas que se volvían meses era fácil darle la vuelta al día y a la noche.

Casi a la mitad del pasillo. Bajo uno de los intensos fluorescentes. Celda número 7.

—¿Y está seguro? ¿Prefiere estar solo?

—Sí.

—Puedo darle una alarma, si quiere. Es pequeña, le cabe en el bolsillo. Por seguridad.

—Gracias. No hace falta. Es una visita corta.

El manajo de llaves del funcionario de prisiones raspó tanto la puerta como el marco al hacerlo girar dos vueltas.

John Broncks dejó que la pesada puerta de hierro se abriera. Un hombre alto, atlético, rubio y mucho más joven de lo que se había imaginado estaba sentado en el catre y mirando fijamente a la pared.

—Me llamo John Broncks. Y yo soy el que te ha estado investigando.

El rubio seguía con los ojos clavados en el hormigón.

—¿Investigando el qué?

—Un buen número de atracos bancarios. Un robo de armas más que considerable. Y una bomba que se equiparará con un acto terrorista.

—No sé de qué estás hablando.

—Yo creo que sí lo sabes..., Anna-Karin. Y empezaremos a hacerlo juntos mañana mismo.

—Nadie va a *hablar* de nada mañana.

—Tú ya has hablado antes conmigo. Los que son como tú lo hacen, a veces. Hablar. Para que sus hermanos pequeños no salgan malparados.

El recluso llevaba ropa con el símbolo de la Penitenciaría en el pecho blanco del jersey y en los laterales marrones de los pantalones. Ropa que también había sido llevada por alguien que ya había estado antes allí dentro.

Ahora se dio la vuelta. Ojos azules. Labios delgados.

Era él.

—Yo no delato. Nosotros no delatamos. No es así como funcionamos.

Y luego volvió a girarse, hacia la pantalla gris de cemento.

—Puedes irte. Porque ni quiero ni tengo por qué hablar contigo en este momento.

John Broncks se demoró unos segundos en el aire recargado. Respiró polvo de prisión.

—Yo tampoco quería hablar contigo. No he venido por eso.

Volvió a salir, aguantó la puerta, esperó en el pasillo hasta que el funcionario y un gran manojó de llaves le hicieron el relevo.

—Solo quería ver cómo eras. Detrás de la máscara, Hermano mayor.

T iempo.

Siempre sabía exactamente de cuánto disponía.

Ya no tenía ningún reloj de pulsera con manecillas rojas y correa de cuero marrón. Papá había estado llevando ese. Pero no le hacía falta, en verdad nunca lo había necesitado, el tictac del reloj siempre había sonado *dentro* de él cuando calculaba el tiempo que pasaba.

Tic. Menos tiempo de vida. Tac. Menos tiempo de vida. Tic. Menos tiempo de vida.

Las robustas barras de acero en una ventana cuadrada de prisión. A partir de ese momento no podía, no debía, hacer lo que siempre hacía: pensar en el tiempo. Estaba encerrado. Y aquel que ahí dentro supiera exactamente cuántos segundos, cuántas respiraciones han pasado, no tardaría en quedarse sin fuerzas para seguir respirando.

Sin días ni estaciones del año ningún cabrón lograría acercarse a él.

Lo había probado una vez antes. Y había funcionado. Si no participaba, si se negaba a existir entre los demás, la puerta cerrada no sería más que un obstáculo por encima del cual pasaría.

También había habido uniformes al otro lado, en aquella ocasión. En casa. En el piso. Papá había tirado una bomba y una casa había ardido en llamas y mamá y la policía habían estado esperando al otro lado de la puerta que él mismo había cerrado con llave.

Félix a su lado en la cama, Vincent en sus brazos.

Pasamos por encima de ellos. Por encima.

También pasaría por encima de esto. La puerta. El policía. Los interrogatorios. No tenía por qué decir nada si no quería. Estaba encerrado, pero era él quien decidía si abría la boca.

Estaban sentados cada uno detrás de una puerta cerrada. No estaban juntos.
Pero volverían a estarlo, después. Siempre lo estaban.
Si dejaban de pensar y de contar el tiempo.
Si el ahora se volvía entonces y el entonces ahora.

el gran agradecimiento de los autores

a

tres hermanos que no se enzarzaron en discusiones a pesar de que destrozáramos la realidad y la reconstruyéramos en forma de ficción.

Petra Cabbe y *Fia Roslund* por estar ahí para nosotros y el texto durante todo el proceso de escritura.

Niclas Breimar por puntos de vista singularmente audaces.

Eric Thunfors por tu portada que tanto nos gusta y a *Astrid Sivander* y *Anna Silberstein* por la ardua tarea de corrección.

Mattias Boström, *Cherie Fusser*, *Anna Hirvi Sigurdsson*, *Lasse Jexell*, *Madeleine Lawass*, *Christina Kivi*, *Anders Olofsson*, *Anna Carin Sigling*,

Ann-Marie Skarp y Lottis Wahlöö de la editorial Piratförlaget por cuidar de nosotros y de nuestro texto con calidez y conocimiento profesional.

Federico Ambrosini, Julia Angelin, Jessica Bager, Josefine Johansson Cavalera, Ylva Ericson Dufva, Malin Gyllenhammar Broman, Marie Gyllenhammar, Tor Jonasson, Karolina Larsson, Karin Lindgren y August Modín de Salomonsson Agency por su competencia y presencia aquí en casa y fuera de ella.

Un agradecimiento especial a *Sofia Brattselius Tlounfors*, nuestra editora, y a *Nielas Salomonsson*, nuestro agente literario.



ANDERS ROSLUND es un reconocido periodista de la televisión sueca y uno de los escritores de novela negra contemporáneos mejor considerados de los países nórdicos. STEFAN THUNBERG es guionista de cine y autor de películas de gran éxito en su país. Para escribir este libro con tanta realidad, los autores dada su cercanía, han tenido acceso privilegiado a sus protagonistas así como a materiales únicos. Los derechos de la historia, convertida en un *best seller* en Suecia, han sido ya adquiridos por DreamWorks (productora de Steven Spielberg) para su adaptación al cine.